***FAN CLUB***
***IRVING WALLACE***




LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Para todas las mujeres. y particularmente para una llamada Sylvia.

No me importa que se me acuse de ser fascinante
y de poseer atractivo sexual.
Sin embargo, ello lleva aparejado una carga.
La gente da por sentadas muchas cosas y
espera mucho a cambio de muy poco.
Un símbolo sexual se convierte en una cosa.
Y yo no quiero ser una cosa.
*Marilyn Monroe*.

De no ser por la imaginación, señor,
un hombre sería tan feliz entre los brazos de una criada
como entre los de una duquesa.
*Dr. Samuel Johnson*.

La mayoría de los hombres conducen unas vidas
de serena desesperación.
*Henry David Thoreau*.

***Primer acto.***

***A***quella mañana de primeros de junio no hacía mucho rato que había amanecido -eran las siete y diez según su reloj de pulsera-y el sol seguía levantándose y calentando lentamente la vasta extensión de edificios y la alargada franja de la campiña del sur de California.

El y su amigo se encontraban allí de nuevo, agazapados y tendidos boca abajo entre la achaparrada maleza del borde del peñasco, tras un seto de arbustos, ocultos a la mirada de cualquiera que habitara en las casas cercanas o penetrara en aquella calle sin salida llamada Stone Canyon, en la cumbre de una colina del lujoso Bel Air.

Ambos seguían esperando con los prismáticos pegados a los ojos.

Ladeando y levantando un poco los prismáticos, escudriñando más allá el objeto de su vigilancia, pudo ver claramente la presa de Stone de Caynon, con las figuras en miniatura de varios visitantes madrugadores paseando por la orilla del lago artificial.

Bajando ligeramente los prismáticos pudo seguir la cinta de la calle Stone Canyon desde donde ésta empezaba a serpentear ascendiendo a la altura de Bel Air.

Después sus prismáticos se movieron y enfocaron una estrecha y empinada travesía -en el camino Levico-que conducía al callejón sin salida en el que se encontraba la verja de seguridad que defendía la entrada de la muy fotografiada propiedad.

Una vez más sus prismáticos volvieron a recorrer el interior de la propiedad, enfocando el oculto camino asfaltado, la calzada cochera que desde la verja cerrada conducía, entre arracimamientos de árboles de gran tamaño y un huerto, hasta la palaciega mansión que se erguía sobre una gradual elevación.

Le seguía pareciendo tan impresionante como siempre.

En otros tiempos y otros lugares, sólo los reyes y reinas hubieran vivido entre tanto esplendor.

En este tiempo y este lugar las grandes casas y los modernos palacios estaban reservados a los muy ricos y a los muy famosos.

De los ricos no sabía nada, pero sí en cambio sabía con toda seguridad que no había en Bel Air nadie más famoso y más mundialmente conocido que la dueña de aquella propiedad.

Vigilaba y esperaba conteniendo el aliento sin dejar de enfocar el soberbio sector del camino asfaltado entre la verja y los racimos de olmos y chopos.

De repente apareció alguien en su campo visual.

Extendió la mano libre y le dio a su compañero una palmada en el hombro.

-Kyle -dijo con apremio-, allí está.

¿La ves saliendo de entre los árboles? Oyó que su compañero se removía lentamente y, al cabo de una breve pausa, le oyó hablar.

-Sí, es ella.

Allí mismo.

Se sumieron en el silencio, enfocándola sin cesar, vigilando implacablemente a la pequeña y lejana figura hasta que ésta llegó al término de su habitual paseo de quinientos metros hasta la verja cerrada.

La siguieron enfocando mientras se alejaba de la verja, se detenía, se arrodillaba, acariciaba y después hablaba con el diminuto y excitado terrier de Yorkshire que no había cesado de brincar a su alrededor.

Al final se levantó y se dirigió rápidamente hacia la enorme mansión.

Al cabo de un momento, se perdió de vista, oculta por los frondosos árboles.

Adam Malone bajó los prismáticos, se tendió de lado y se los guardó cuidadosamente en la funda de cuero que llevaba ajustada al ancho cinturón.

Sabía que ya no le harían falta.

Había transcurrido un mes desde el día en que había iniciado aquella vigilancia.

Había descubierto aquel lugar de observación y lo había utilizado por primera vez la mañana del día 16 de mayo.

Estaban en la mañana del día 17 de junio.

Había estado allí, casi siempre solo y en algunas ocasiones acompañado de Kyle Shively, vigilando y cronometrando aquel paseo matinal durante veinticuatro de los treinta y dos días transcurridos, ésta sería la última vez.

Miró a Shively, que se había guardado los prismáticos en el bolsillo y se había incorporado para cepillarse los hierbajos y el polvo de su camisa deportiva a rayas.

-Bueno -dijo Malone-, me parece que ya está.

-Sí -dijo Shively-, ahora ya lo tenemos todo.

-Se alisó el recién crecido y poblado bigote negro y sus fríos ojos color pizarra se posaron una vez más en el escenario de abajo.

Sus finos labios esbozaron una torcida sonrisa de satisfacción-.

Sí, nene, ahora ya estamos preparados.

Mañana por la mañana podremos poner manos a la obra.

-Por allí abajo -murmuró Malone con cierto tono de asombro en la voz.

-Ya lo creo, por allí abajo.

Mañana por la mañana. Tal como lo hemos planeado.

Se puso en pie y se sacudió el polvo de los gastados pantalones vaqueros.

Siempre resultaba más alto de lo que Malone se esperaba.

Shively medía por lo menos un metro ochenta y seis y era espigado, huesudo, ágil y fuerte.

"No hay en su cuerpo ni un solo hueso imperfecto", pensó Malone observándole.

Shively se inclinó y extendió la mano, tirando de Malone para que éste se levantara.

-Vamos, nene, marchando.

Ya basta de vigilancia.

Ya hemos mirado y hablado bastante.

A partir de ahora actuaremos.

-Le dirigió a Malone una sonrisa, antes de echar a andar hacia el automóvil-.

A partir de este momento, estamos comprometidos.

No podemos volvernos atrás.

¿De acuerdo? -De acuerdo.

Mientras se dirigían al coche en silencio, Adam Malone se esforzó por conferir realidad al proyecto.

Lo había llevado en la cabeza tanto tiempo como un sueño despierto, un deseo, un anhelo, que ahora se le antojaba difícil aceptar el hecho de que pudiera hacerse realidad dentro de veinticuatro horas.

Para poder creerlo hizo una vez más lo que había estado haciendo con frecuencia en el transcurso de los últimos días.

Procuró centrar sus pensamientos en el principio y después repasar todo el proceso de transformación, de fantasía a punto de convertirse en realidad, paso a paso.

Recordaba que había sido un encuentro fortuito y accidental que se había producido una noche de hacía seis semanas en un acogedor bar del All-American Bowling Emporium de Santa Mónica.

Mirando a su compañero, se preguntó si Shively se acordaría.

***T***odo había empezado entre las diez y media y las once y cuarto de un lunes 5 de mayo.

Ninguno de los cuatro hombres podría olvidarlo jamás.

Kyle Shively no podría ciertamente olvidarlo.

Shively había tenido una mala noche.

A las once menos cuarto estaba más furioso de lo que jamás había estado desde que había llegado a California procedente de Tejas.

Tras aguardar en el restaurante y comprender finalmente que aquella acaudalada mocosa le había dejado plantado, había salido a telefonearla y, tras llamarla por segunda vez, advirtió que estaba a punto de estallar.

Kyle Shively ardía de rabia mientras bajaba por el paseo Wilshire de Santa Mónica de camino hacia el All-American Bowling Emporium, y al Bar de la Linterna de su interior, que era el que habitualmente frecuentaba.

Esperaba que unos cuantos tragos en aquel oasis contribuyeran a calmarle.

Shively podía soportar muchas cosas, pero lo que no aguantaba es que se le tratara como a un ciudadano de segunda categoría, que le tomara el pelo cualquier tía encopetada que se creyera mejor que tú por el simple hecho de que su marido fuera un ricachón.

Ah, Shively había conocido a muchas de esas preciosidades, ya lo creo que sí.

En los dos años que llevaba trabajando de mecánico en la estación de servicio de Jack Nave se había mostrado muy activo.

A este respecto no podía quejarse.

Shively se consideraba a sí mismo un tipo que se conocía muy bien por dentro y por fuera.

No hace falta ser psicólogo para conocerse a sí mismo.

Basta sentido común, cualidad que Shively creía poseer en abundancia.

Tal vez no fuera lo que se llama un sujeto instruido -había abandonado los estudios secundarios en Lubbock, Tejas-, pero la misma vida le había enseñado un montón de cosas.

Había aprendido muy bien a manejar a la gente en el transcurso de los dos años que se había pasado sirviendo en el Vietnam, en infantería.

Y recorriendo los Estados Unidos en "autostop" había aprendido muchas cosas acerca del mundo y acerca de sí mismo.

Y desde que vivía en California su inteligencia se había agudizado.

Ahora, a los treinta y cuatro años, sabía finalmente lo que más le interesaba.

Pensándolo bien, ello se reducía a dos cosas: beber y hacer el amor.

Y desde que trabajaba en la estación de servicio de Nave, sabía que lo había conseguido con creces.

Beber y ocupar el lugar que a uno le corresponde y salir, bueno, esas cosas se las podía permitir más o menos con los 175 dólares a la semana que le pagaba aquel tacaño de Jack Nave.

Pero Shively sabía también que para Nave estaba empezando a resultar imprescindible.

Trabajaba rápido y lo que hacía lo hacía bien, y estaba seguro de que en todo Santa Mónica no había mecánico de cintas de freno, puestas a punto o válvulas que se le pudiera igualar.

Sabía que era acreedor a algo más que aquellos miserables 175 dólares a la semana.

Y tenía intención de conseguirlo.

Cualquier día iba a pedirle un aumento al viejo Nave.

Shively había hablado con otros mecánicos de Los Ángeles y se había enterado de que éstos incrementaban sus ingresos mediante el cobro del 48 por ciento del precio de la mano de obra de cada automóvil que se reparaba.

Es decir, que se partía del precio de la reparación que se cobraba al cliente.

Después, tras deducir el costo de las piezas, aquellos mecánicos se repartían prácticamente el dinero restante con su jefe.

Algunos de ellos se llevaban a casa hasta 300 dólares a la semana.

Shively sabía que eso era lo que se merecía, y lo pediría y lo conseguiría por mucho que el viejo Nave le llamara maldito asesino.

Lo cual significaría que su vida postlaboral, es decir, la bebida y la diversión, sería más fácil y de un más alto nivel.

En cuanto al amor, eso no constituía un problema, porque había mucha animación, sobre todo cuando uno trabaja en una estación de servicio tan atareada y poseía aquel estilo y aquella hechura.

Sea como fuere, con la cantidad podía contarse, aunque no siempre con la calidad.

Pero en algunas ocasiones conseguía plazas de superoctano.

En la estación de servicio de Jack Nave se surtían muchos tipos del gremio de los automóviles de lujo -propietarios de Cadillacs, Continentals y Mercedes-y de esta forma alguna tarde podías conocer a las esposas de los clientes ricos o a las hijas que se morían de ganas de echar una cana al aire.

Sí, en los últimos meses había conseguido apuntarse algunos tantos con mujeres ricas.

Apuntarse un tanto con estas tías le hacía a uno sentirse bien, lo reconocía.

Acostarse con ellas le hacía a uno sentirse igual e incluso superior.

A Shively le gustaba filosofar a este respecto y ahora, mientras se encaminaba al All-American Bowling Emporium, Shively estaba filosofando.

Sí, en cuanto te llevas a tu cuarto una de estas señoras ricas y le quitas la ropa y la desnudas y la tiendes en tu cama, todo lo demás se olvida.

Dejas de ser un mono grasiento de uñas sucias que sólo gana 175 dólares a la semana.

Y la mujer, con sus prendas de Saks y Magnin en el suelo, con su Cadillac y su instrucción universitaria y su vivienda de quince habitaciones y sus criados y el medio millón en el banco, se olvida de todo eso.

Y no es más que un busto y un trasero que lo está deseando tanto como tú lo deseas.

Este era el gran igualador, desearlo y hacerlo sin que importe ninguna otra cosa.

El máximo igualador de la tierra, el mayor allanador del mundo era el miembro de un hombre.

Un rígido veintidós centímetros hacía mucho más en favor de la promoción de la justicia social que todos los más grandes cerebros del mundo.

Y eso es lo que le había hecho enfurecer tanto esta noche.

La injusticia de haber sido tratado como si no valiera lo suficiente, como si no huera un igual, como si no lo mereciera.

Había conocido a la tal Kitty Bishop hacía cosa de un mes.

Era la primera vez que la veía.

Gilbert Bishop, su marido, era uno de los clientes habituales de Nave.

Bishop solía traer personalmente su viejo Cadillac, mientras que el Mercedes de su esposa solía traerlo un criado.

Era un viejo bastardo muy rico, sesenta años tal vez, y Nave decía que había ganado los millones con negocios inmobiliarios. El muy hijo de puta.

Sea como fuera, hacía cosa de un mes se había presentado en persona por vez primera la esposa del viejo Bishop.

El viejo se encontraba ausente de la ciudad por asuntos de negocios y ella, Kitty Bishop, se dirigía con su Mercedes a la playa de Malibú, cuando el motor empezó a hacer un ruido extraño y el coche a dar sacudidas y pensó que sería mejor detenerse para que Nave le echara un vistazo.

Bueno, el caso era que los conocimientos automovilísticos de Nave empezaban y terminaban en el depósito de gasolina y, por consiguiente, Nave le pasó la clienta y el automóvil a Shively.

Shively estaba emergiendo de debajo del puente de engrase cuando la vio descender del vehículo para hablarle.

No podía creer que aquélla fuera la señora Bishop.

Demonios, pero si debía tener treinta años menos que el vejestorio.

Y una auténtica preciosidad, una pelirroja, allí de pie, con el albornoz abierto y un bikini a lunares porque se dirigía a la playa, sonriéndole mientras le explicaba lo que sucedía.

Shively la escuchó sin dejar de mirarla, calibrando los pequeños pechos, la firme piel y el fabuloso trasero.

Levantó inmediatamente la cubierta del motor, tanteó el distribuidor, ajustó el carburador y le dijo que pronto había que quitarlo.

Mientras trabajaba y hablaba, ella no hacía más que mirarle.

Le miraba, fumaba y sonreía.

Al final se hicieron amigos y él bromeó con ella y ella bromeó con él.

Al terminar, no intentó nada.

Pero cuando ella se hubo marchado, no pudo apartarla de sus pensamientos.

Una semana más tarde, la vio regresar a la estación de servicio con otra dificultad mecánica.

Y después otras dos veces.

El coche no tenía gran cosa y Shively empezó a estar más seguro de que ella venía sobre todo para verle.

Y después aquella mañana, vestida con un fino blusón azul y unos ajustados "shorts" a juego, sonriendo y diciéndole que debajo del coche se escuchaba un crujido y ella pensaba que tal vez fuera cosa del tubo de escape.

Shively agarró una herramienta, se deslizó bajo el coche y, cuando hubo terminado y salió, la vio y estuvo seguro, casi seguro, de que debía de haberle estado mirando la bragueta.

Cuando se levantó, empezaron a bromear, un poco.

Se encontraba de pie a su lado y echó un vistazo y vio que Nave no podía oírle.

Y llegó a la conclusión de que ¿por qué no? Pero entonces ella se metió en el automóvil y cerró la portezuela.

él se le acercó rápidamente y se inclinó junto a su cabeza porque ella se había inclinado hacia adelante para girar la llave de encendido.

-Debo confesarle -dijo mirándola directamente a los ojos-que me ha gustado mucho hablar con usted, señora Bishop.

Ella le miró y contestó: -A mí también me ha gustado, Kyle.

-me gustaría poder seguir haciéndolo un poco más. Para conocerla mejor.

Termino de trabajar a las nueve de la noche.

¿Le parece bien que nos encontremos a las nueve y media en el Tambor Roto para tomar un trago?

-Bueno, ya veo que no se anda usted por las ramas con una mujer, ¿verdad, Kyle?

-Cuando la mujer es como usted, no.

Estaré allí a las nueve y media.

Ella puso marcha atrás y empezó a retroceder.

-Ah, muy bien -dijo, o algo parecido, y se fue y él estuvo seguro de haber alcanzado el éxito.

Se pasó toda la tarde canturreando muy contento.

Durante las dos horas libres de la cena se fue de compras y se dirigió después a su apartamento para dejar las bebidas alcohólicas y arreglar un poco la casa con vistas a la actividad que iba a tener lugar por la noche.

Después, volvió a trabajar hasta las nueve, y después se quitó la mugre de las manos y los brazos con Lan-Lin.

Se había afeitado en el lavabo de caballeros con la maquinilla eléctrica que siempre tenía a mano, se había peinado el oscuro cabello rizado y se había puesto ropa limpia.

A las diez y media aún estaba esperando a Kitty Bishop en el Tambor Roto.

Pero ella no apareció.

Le dejó plantado, la muy bruja.

Le había excitado y le habla prendido fuego para dejarle después.

Había comprendido la lección.

Le había querido colocar en su sitio. Le había dicho que no era suficiente para ella.

Pues, muy bien, maldita sea, él también tenía que decirle un par de cosas.

Salió hecho una furia del restaurante y corrió a la estación de servicio.

Nave estaba ocupado llenando un depósito de gasolina.

Shively entró en el despacho de Nave y buscó el registro de clientes.

Copió de la tarjeta del viejo Bishop en un trozo de papel el número telefónico de su casa de Holmby Hills.

Después se fue y se dirigió a la cabina telefónica más próxima.

Introdujo unas monedas y marcó.

Ring... ring y allí estaba ella.

Le reconoció la voz.

Tranquilo, como si nada hubiera sucedido.

-¿Kitty? Soy Kyle. ¿Qué sucede? Llevo esperándote más de una hora.

-¿Quién es?

-Kyle. Kyle Shively. Ya sabes, ya me recuerdas. Te he visto esta mañana en la estación de servicio, ¿recuerdas? Hemos quedado citados para tomar un trago en el Tambor Roto.

-Ah, conque es "eso" -dijo ella echándose a reír-. No hablará usted en serio, ¿verdad?

-¿Qué quieres decir con que no hablo en serio? -preguntó poniéndose lívido-. Te he invitado a tomar un trago esta noche y has dicho que muy bien. Has aceptado. -Es una situación muy embarazosa.

No lo entiendo, señor Shively. No es posible que haya usted pensado que iba a reunirme con usted. De veras, ¿cómo es posible? Ha habido un malentendido.

-¡No ha habido ningún malentendido, maldita sea!

-No se atreva a levantarme la voz. Eso es ridículo. Voy a colgar.

Y le colgó.

Fuera de sí, Shively buscó más monedas, las introdujo en la ranura y volvió a marcar el número de la muy perra.

En cuanto ella contestó, le dijo: -Oye, Kitty, tendrás que escucharme. Me gustaste desde la primera vez que te vi y comprendí que yo te gustaba, tanto si lo reconoces como si no. ¿Qué hay de malo entonces en que dos personas que se gustan salgan a tomar un trago? Por consiguiente, voy a darte otra oportunidad.

-¿Otra oportunidad? Es usted un cara dura. Para mí no es más que un señor que me ha arreglado el coche y nada más. ¿Qué se ha creído usted que soy?

-Creía que eras una mujer pero empiezo a pensar que a lo mejor no eres más que una de tantas coquetas que piensan que...

-¡No escucharé sus palabras! ¡Ni nada de lo que usted me diga! Si vuelve a molestarme, se verá metido en dificultades. Soy una mujer casada. No salgo con otros hombres.

Y, si lo hiciera, desde luego que no sería con un bruto y un grosero como usted. Por su propio bien, tenga en cuenta la advertencia.

Molésteme otra vez e informaré de ello a mi marido y él se encargará de que le despidan. Y volvió a colgarle de golpe el teléfono.

Shively colgó también tembloroso y salió de la cabina enfurecido a causa de la injusticia de que había sido víctima, de aquel burdo insulto a su virilidad y orgullo que le había infligido aquella perra mocosa.

Al llegar a la acera, la cólera de Shively se hizo más generalizada y fue más allá de aquella perra en particular.

No se trataba únicamente de aquellas mujeres de la llamada clase alta, de aquellas tías mimadas con sus actitudes en relación con los hombres a los que consideraban por debajo suyo.

Lo que estaba mal era todo el sistema de clases.

Shively no tenía la menor idea de política y todo eso le importaba un comino, pero hubiera sabido determinar mucho mejor que cualquier político lo que estaba mal en el mundo.

Lo malo es que un puñado de ricos tenían demasiado y el resto, los pobres, apenas tenía nada y jamás podía alcanzar la riqueza.

Lo malo es que los ricos cada vez se iban haciendo más ricos -ricos de dinero y ricos de mujeres, lo más escogido era siempre para ellos-mientras que las sobras quedaban para los demás, para los Shivelys a quienes no se permitía el paso y que tenían que conformarse con las migajas y mostrarse satisfechos con bocados recalentados de segunda mano y escasa calidad.

Maldita sea.

Había llegado a la entrada de cristal de doble hoja del All-American Bowling Emporium.

A través de ella pudo ver parte de las treinta y dos pistas, todas ellas ocupadas.

En lo alto, muy a la vista, había un rótulo de cristal iluminado y con una flecha roja que señalaba hacia la derecha y que decía "Bar de la Linterna -Cócteles".

Menos mal, pensó.

Aún podía disfrutar de algún placer.

Tres o cuatro cervezas y tal vez se sintiera mejor.

Kyle Shively se adelantó hacia la entrada.

Adam Malone se hallaba en el salón, sentado perezosamente en un sillón de madera de arce y contemplando soñadoramente la vela que centelleaba en el interior de la linterna roja que había sobre la mesa.

Jugueteaba distraídamente con los dedos sobre el pequeño bloc amarillo que llevaba consigo dondequiera que fuera, incluso en el trabajo.

En la clase de literatura de su segundo año de estudios le habían dicho que los más célebres escritores tenían la costumbre de tomar notas para caso de que éstas les proporcionaran cierta inspiración o les permitieran observar algo que pudiera resultar útil en algún relato.

Como Henry James y Ernest Hemingway.

Si tomaban notas de lo que pensaban o veían.

A partir de entonces, en los seis años transcurridos, Adam Malone siempre había llevado en el bolsillo un pequeño bloc y un lápiz.

Malone no tenía por costumbre frecuentar los bares.

No bebía mucho.

Bebía muy poco en el transcurso de las reuniones sociales, y en determinadas ocasiones lo hacía estando solo en su habitación, en cuyo caso tomaba un poco de vino o bien un trago de Jack Daniels porque había leído que el alcohol, si no se consumía en exceso, podía estimular la imaginación.

La mayoría de escritores americanos ganadores del Nobel -Sinclair Lewis, Ernest Hemingway, William Faulkner-habían sido bebedores y, al parecer, el alcohol había contribuido a encender y no a apagar su capacidad creadora.

Pero, en realidad, a Malone le constaba que no le hacía falta el whisky para estimular su imaginación.

No le costaba el menor esfuerzo evocar situaciones, inventar, elaborar, dramatizar.

Apenas transcurría una hora del día sin que se sorprendiera soñando acerca de lo que fuera.

Lo más difícil era apresar estas fantasías y ponerlas por escrito de una forma interesante y coherente.

Poner lo negro sobre lo blanco, tal como solía decir Maupassant, era ciertamente lo más difícil.

No, no había acudido al bar para beber, a pesar de tener delante suyo sobre la mesa un whisky a medio terminar.

Había acudido allí aquella noche porque no le apetecía quedarse solo en su habitación y ya había visto la mayoría de las películas que daban por televisión y había visto también las mejores obras teatrales que daban en los teatros de las cercanías y no se podía permitir el lujo de irse a ver una película de estreno.

Además, algunas veces, como esta noche por ejemplo, se sentía culpable por pasarse tanto tiempo libre en la habitación, encerrado entre aquellas cuatro paredes, viviendo únicamente en el interior de su cabeza.

Un autor debe salir, ver cosas, ver gente, mezclarse y confundirse y vivir experiencias.

Un bar constituía un excelente tarro de fusión, un escenario maravilloso para trabar conocimiento con extraños o bien observar la vida.

Sólo hubiera querido que a aquellos que así lo desearan, como él por ejemplo, les estuviera permitido fumar hierba en público.

Unos cuantos cigarrillos le hubieran resultado mucho más agradables que aquel desabrido whisky que había estado tomando.

Malone había entrado en la bolera y se había dirigido al salón de cócteles hacía cosa de media hora porque le había parecido bullicioso y alegre, lleno de cuerpos, y porque ya en otras dos o tres ocasiones se había dejado caer por allí, lo cual hacía que le resultara un ambiente familiar.

Había ido a sentarse junto a una mesa cercana a la barra porque esta noche prefería observar a mezclarse, y, durante algún rato había visto ir y venir a los clientes, hombres en su mayoría y en su mayoría mayores que él (lo cual significaba de más de veintiséis años), y a las parejas entrando tomadas del brazo, susurrando y riéndose, y a algunas personas que salían con paso vacilante.

Tras haberse hartado de todo eso, Malone decidió retirarse a su interior procurando esbozar la estructura de una novela corta que tenía en proyecto escribir.

Pero se distrajo muy pronto y empezó a contemplar fijamente la llama de la vela que parpadeaba en el interior de la linterna roja y que parecía hipnotizarle.

Ahora, consciente de haberse retirado a su interior, hizo un esfuerzo y procuró mostrar interés por la actividad que le rodeaba.

Se irguió en su asiento, tomó un sorbo de Jack Daniels y escudriñó el salón.

La iluminación era indirecta y, por consiguiente, muy matizada.

Sus ojos se apartaron de un joven y una mujer que estaban examinando los títulos de los discos de la máquina automática y se posaron en los clientes que llenaban la barra.

Era una barra muy larga, tal vez midiera nueve metros, y, cuando había llegado Malone, la mitad de los taburetes estaban vacíos, pero ahora estaban todos ocupados menos uno.

Precisamente el que tenía más cerca.

Malone estudió la conveniencia de abandonar la mesa y trasladarse con su vaso al taburete vacío de la barra.

Estaba a punto de hacerlo cuando un sujeto alto y musculoso de rostro alargado cruzó el salón y se detuvo entre Malone y el taburete vacío.

Con aire posesivo, el recién llegado giró el asiento del taburete hacia sí, se acomodó y se volvió de cara a la barra.

El intruso que se había acomodado en el taburete de Malone chasqueó los dedos para llamar la atención del anciano barman, un amable y eficiente negro de frente abombada y algodonoso cabello muy rizado, y el barman le atendió rápidamente.

-¿Cómo está esta noche, señor Shively? -preguntó.

-Hola, Ein.

-En el transcurso de su última visita Malone se había enterado de que "Ein" era el apócope del apodo del barman, a quien llamaban Einstein por la propensión que éste tenía a solucionar cualquier problema de los clientes por complicado que fuera.

El recién llegado, llamado Shively, seguía hablando-.

Si quieres que te diga la verdad, esta noche estoy de un humor de perros.

-Pues para eso tenemos muchos brebajes, señor Shively.

¿Qué le apetecería?

-Lo que me apetecería -repuso Shively-sería un buen trasero, pero también me conformaré con una cerveza fría.

Sentado junto a su mesa, Malone se despertó.

Este Shively tenía mucha personalidad.

Malone pasó una página del bloc.

La última frase de Shively no había estado nada mal.

Malone vaciló un instante preguntándose si Henry James la hubiera anotado; lo dudaba, pero empezó a tomar nota.

Shively permanecía sentado un poco inclinado sobre la barra esperando a que le sirvieran otra cerveza.

Cuando se la sirvieron, sorbió ruidosamente la espuma de la superficie, ingirió un buen trago y se dispuso finalmente a comentar las desgracias que le afligían con cualquiera que estuviera dispuesto a escucharle.

Miró al hombre del taburete de al lado.

La perspectiva no se le antojaba muy halag eña.

Un mohoso sujeto un poco mayor con pinta de hombre de negocios, medio calvo y con cuatro pelos blanquecinos, gafas de montura metálica apoyadas sobre una afilada nariz, boca melindrosa, raquítico, enfundado en un severo y conservador traje azul con camisa blanca y corbata de pajarita.

Con aquella cara tan pastosa y aquel aspecto de individuo acostumbrado a perder, debía de ser el director de unas pompas fúnebres, pensó Shively.

Pero qué demonios, era un tipo con quien podría charlar.

-Hola, amigo -dijo Shively tendiéndole la mano-, me llamo Shively.

El sujeto se sorprendió un poco.

Recuperándose de su asombro, estrechó brevemente la mano de Shively.

-Encantado de conocerle.

Yo... me llamo Brunner... Leo Brunner.

-Muy bien, Brunner, ¿Qué te ha parecido lo que le he dicho al barman cuando me ha preguntado que qué me apetecería?

Brunner se quedó altamente perplejo.

-Pues... no estoy seguro de haberme enterado.

-Me ha preguntado que qué me apetecería y yo le he dicho que un buen trasero pero que me conformaría con una cerveza -dijo Shively sonriendo-.

Es una broma que solemos gastar. Aunque yo siempre lo digo en serio.

¿Qué te parece, Brunner? Brunner se removió inquieto y esbozó una débil sonrisa.

-Pues, sí, es bastante gracioso.

Shively decidió largarse cuanto antes.

Aquel tipo no iba a contribuir a distraerle.

Probablemente era de los que pensaban que sólo lo hacían los pájaros y las abejas.

Sí, pensó Shively, de aquellos a los que si se les hiciera el amor se quedarían hechos polvo.

Mientras Shively se apartaba de Brunner, un individuo del fondo de la barra le gritó a Ein que pusiera el noticiario de las once.

Accediendo a la petición, Ein extendió la mano hacia el gran aparato de televisión en color, lo encendió, buscó el canal adecuado y ajustó el volumen.

En la pantalla apareció el jovial rostro de Sky Hubbard, el famoso comentarista, que estaba hablando de otra insurrección comunista en no sé que lugar del sudeste asiático.

Inmediatamente se pasó la filmación de unos tipos morenos correteando por allí tras haber sido atacados con napalm.

A Shively le importaba un bledo.

Les está bien empleado, pensó, por entrometerse e impedirnos que les ayudemos y les civilicemos.

Shively les conocía en persona y sabía con toda seguridad que aquellos tipos morenos eran unas bestias.

Siguió contemplando la pantalla mientras Sky Hubbard empezaba a vapulear a algún individuo de la Casa Blanca a propósito de una nueva medida de reforma tributaria a punto de convertirse en ley y que para Shively significaba otra exención de impuestos en beneficio de todos los acaudalados hijos de puta de los Estados Unidos, ya lo creo que sí.

-Ahora otra exclusiva de Sky Hubbard -oyó que anunciaba Hubbard-.

Mañana a las ocho de la tarde, Hollywood volverá a ganarse una vez más el derecho a llamarse "La Capital Mundial del Esplendor" con el fulgurante estreno mundial de "La prostituta real", protagonizada por la singular Sharon Fields, el símbolo sexual internacional número uno, que recientemente ha sido designada como la actriz más taquillera por las publicaciones "Variety, Hollywood Reporter y Film Daily".

Con la producción de esta película, cuyo presupuesto ha ascendido a quince millones de dólares, siendo la primera epopeya tradicional que se rueda en muchos años la Aurora Films vuelve por sus viejos fueros taquilleros ofreciendo a los espectadores de televisión una película de época y ambiente histórico.

A ello se añade la inimitable y acusada sensualidad del personaje central interpretado por Sharon Fields y la rutilante presencia de la misma señorita Fields, la actriz más taquillera del momento.

Shively se bebió la cerveza y siguió contemplando la pantalla mientras Sky Hubbard seguía con su perorata.

-A la edad de veintiocho años, con éxito ininterrumpido, Sharon Fields ha alcanzado el pináculo convirtiéndose en la máxima diosa mundial del amor.

En "La prostituta real" desempeña un papel en el que puede proyectar su más acusada cualidad: la sexualidad.

La película es la auténtica biografía de la emperatriz Valeria Mesalina, tercera esposa del emperador Claudio de la antigua Roma y la más célebre adúltera y ninfómana de la historia.

Las relaciones amorosas y el escandaloso comportamiento de Mesalina eran legendarios.

Tenemos entendido que Sharon Fields ofrece una interpretación memorable de la figura de la escandalosa emperatriz.

Bien, y ahora la exclusiva que les hemos prometido.

Por gentileza de la Aurora Films, vamos a ofrecerle un "trailer" de una de las más sensacionales escenas de lo que promete ser el mayor éxito de Sharon Fields.

Aquí, mientras César Claudio se encuentra ausente dirigiendo una invasión de las Islas Británicas por parte de sus tropas, Sharon Fields en el papel de Mesalina danza semidesnuda

sobre una plataforma levantada en el Foro de Roma, en una especie de prólogo a una orgía pública.

Por primera vez, a Shively empezó a interesarle la pantalla.

Y allí estaba el "trailer", un plano en el que aparecía Sharon Fields ascendiendo a una plataforma aclamada por miles de jaraneros borrachos.

Ahora la cámara se le estaba acercando para captar un primer plano.

Shively silbó involuntariamente y sus ojos se abrieron al contemplar a la voluptuosa Sharon con su renombrado busto lechoso apenas cubierto por unas sartas de abalorios, con el vientre y la espalda y las posaderas al aire, prácticamente desnuda de no ser por una V de abalorios que le cubría las partes más íntimas.

Se agitaba y ondulaba, su busto se movía, las blancas caderas oscilaban, sexualidad pura, todo sexualidad, mientras el primer plano mostraba su enmarañada melena rubia, sus soñolientos y suaves ojos verdes y sus húmedos labios entreabiertos y después su voz jadeante y gutural llamando a todos los varones de Roma y a todos los varones del siglo XX: "¡Vamos, vamos, acercaos a mí!" Súbitamente terminó el "trailer" y la cámara volvió a enfocar al comentarista Sky Hubbard.

-Jamás ha habido en toda la historia del cine un símbolo sexual tan ampliamente venerado y deseado como Sharon Fields -estaba diciendo.

Rápidamente, una serie de fotografías de Sharon Fields y carteles en los que ésta aparecía en provocadoras posturas en distintas fases de desnudez, mientras Hubbard seguía hablando-: Ninguna diosa del amor del pasado -ni Clara Bow, ni Jean Harlow, ni Rita Hayworth, ni Marilyn Monroe, ni Elizabeth Taylor-ha conseguido prender jamás en la imaginación del público como Sharon Fields.

Lo que una célebre escritora británica dijo a propósito de Marilyn Monroe puede aplicarse indudablemente a Sharon Fields.

"Correspondía a nuestro deseo de librarnos de la fantasía para hundirnos en la realidad más auténtica.

Colmaba nuestro anhelo, de enfrentarnos con nuestros deseos eróticos sin romanticismos ni distracciones".

Tal como ha reconocido sinceramente la propia señorita Fields: "En el fondo soy una criatura sexual. Lo somos todos.

Pero la mayoría de las personas temen enfrentarse con esta faceta de su naturaleza. Yo no.

Creo que interesarse por la sexualidad es algo normal. No lo oculto.

Tal vez por eso les resulto seductora a los hombres".

-Hace unas horas he conversado a este respecto con Justin Rhodes, el productor de su más reciente película.

"Sí, en Sharon eso es cierto -me ha dicho-.

No puede evitar ser seductora.

Si hubiera vivido algunos cientos de años atrás, hubiera sido sin lugar a dudas la amante de un rey.

Pero tenemos la suerte de que nos pertenezca a nosotros.

"Eso ha dicho Justin Rhodes.

Como es natural, sus admiradores conocen de sobra la despreocupada vida personal de la señorita Fields y sus escapadas si bien últimamente se la ha visto con menos frecuencia, por lo menos en público.

Pero mañana por la tarde volverá a estar con nosotros no sólo en la pantalla sino personalmente cuando asista al estreno que tendrá lugar en el Teatro Chino de Grauman.

Se nos dice que próximamente viajará a Inglaterra para tomarse un período de descanso, pero nosotros nos preguntamos: ¿Será para descansar o bien para reanudar sus relaciones con su más reciente y romántico interés, el actor británico, Roger Clay? Seguiremos el noticiario de las once tras la pausa comercial.

La última fotografía de Sharon Fields en la pantalla de televisión -Sharon tendida desnuda en una cama con una sábana blanca entre sus carnosos muslos y cubriéndole el busto-había sido sustituida bruscamente por el anuncio de un detergente.

-¡Santo cielo! -exclamó Shively sin dirigirse a nadie en particular-.

¡Cómo me he puesto! Miró al atontado de Brunner, sentado a su derecha.

Brunner permanecía sentado en silencio, lamiéndose los resecos labios.

Shively se dirigió al hombre que tenía a la izquierda, un corpulento y colorado sujeto muy llamativamente vestido, de unos cuarenta y tantos años, y comprendió que con éste podría charlar.

El tipo debía de haber estado contemplando a Sharon Fields, porque mantenía los hambrientos ojos como pegados a la pantalla.

-Me llamo Kyle Shively -dijo Shively-.

¿Qué le parece? -Yo me llamo Howard Yost -dijo el tipo corpulento girando en el taburete-y me parece que no ha habido jamás una hembra con mejores hechuras.

-Sí -dijo Shively-, se explica usted muy bien.

-Mire, le digo que, viéndola, sería capaz de hacer cualquier cosa por pasar una noche con una mujer así.

Acostarme con ella sería lo más grande de mi vida.

¿Está de acuerdo conmigo, señor?

-¿Que si estoy de acuerdo? -repitió Yost-.

Pues, mire, cambiaría a mi señora y a mis dos niños y a todos mis clientes por una sola vez con alguien como esta Sharon Fields.

Una larga noche con ella y después ya nada me importaría. Moriría dichoso.

Inesperadamente, el de las pompas fúnebres o lo que fuera se inclinó sobre la barra mirando a los dos hombres.

Subiéndose las gafas, Leo Brunner empezó a hablar.

-Sí, me muestro inclinado a estar de acuerdo con ustedes.

Una aventura con la señorita Fields tal como usted la ha descrito merecería cualquier cosa.

Pero las personas como nosotros.... -sacudió tristemente la cabeza-no tenemos la oportunidad de ver cumplido este sueño.

-Pues claro que la tenemos -dijo una firme voz a su espalda.

Sorprendido, Shively miró por encima del hombro y tanto Brunner como Yost se volvieron para ver quién había hablado.

El interlocutor era un joven de unos veintitantos años, pensó, Shively, sentado junto a una mesa de allí cerca, un muchacho bastante bien parecido, de cabello castaño oscuro mandíbula cuadrada, vestido con una gastada chaqueta gris de pana, un ancho cinturón de cuero y unos ajustados pantalones de punto.

Les sonrió, se guardó en el bolsillo una especie de bloc y se levantó.

-Hola -dijo adelantándose-, me llamo Adam Malone.

Perdonen pero no he podido evitar escucharles hablar de Sharon Fields. -Miró a Brunner y dijo con aplomo-: Está usted completamente equivocado, señor Brunner.

Los hombres como nosotros tenemos oportunidades con una mujer como Sharon Fields.

-Ahora estaba mirando fijamente a Shively-.

¿Ha dicho en serio... lo que estaba diciendo... de ser capaz de cualquier cosa... a cambio de hacerle el amor?

-¿Que si lo decía en serio? ¿Que si decía en serio que haría cualquier cosa y lo dejaría todo a cambio de la oportunidad de acostarme con ella? Ya puede estar seguro, hermano. Cualquier cosa.

Daría cualquier cosa por poderme revolcar con ella.

-Pues, bien, su deseo puede convertirse en realidad -dijo Malone con absoluta seguridad en la voz-.

Si quiere acostarse con Sharon Fields, puede hacerlo.

Eso se podrá arreglar.

Shively y los otros dos contemplaron a aquel desconocido sorprendiéndose de su seguridad.

-¿Acaso está usted loco? -preguntó Shively al final-. ¿Quién es usted?

-Alguien que conoce muy bien a Sharon Fields.

Da la casualidad de que me consta que a Sharon Fields le gustaría acostarse con cualquiera de nosotros si tuviera la oportunidad.

Tal como he dicho, puede arreglarse.

Por consiguiente, si...

-Un momento, joven -le interrumpió Yost-.

Está usted diciendo cosas muy gordas. -Señaló el vaso medio lleno que había encima de la mesa-. ¿Está seguro de que no se ha tomado uno de más?

-Estoy perfectamente sereno -dijo Malone muy en serio-.

Jamás he estado más sereno ni he hablado más en serio.

Llevo pensando en ello mucho tiempo.

Lo que hace falta es ultimar los detalles. -Vaciló un poco-. Y el riesgo es mínimo.

-Parece que el chico habla en serio -dijo Shively mirando a Yost.

Brunner se había quitado las gafas y estaba mirando a Malone con ojos de miope.

-No... no quisiera parecerle impertinente, señor Malone, pero, ante todo, me cuesta trabajo creerle.

-¿Qué podría querer Sharon Fields de sujetos como nosotros? En la escala social, no somos nadie. Por lo menos, confieso que yo no lo soy.

-Y ya la ha visto usted en la pantalla de televisión: ella sí es alguien, una celebridad internacional. Es quizá la joven más famosa y deseable de la tierra.

-Estoy seguro de que puede conseguir a cualquiera que le apetezca.

Le basta con arquear un dedito para tener a los que quiera, los más ricos y los más poderosos, los dirigentes elegidos de las naciones o los reyes.

-Tiene a sus pies a todos los hombres de la tierra.

¿Por qué tendríamos que interesarle nosotros?

-Porque jamás ha tenido a nadie con quien pudiera relacionarse realmente -replicó Malone-.

-Conozco a la gente que la rodea.

-No hay en su vida ni un solo ser humano sincero y corriente.

-Y, sin embargo, eso es lo que ella ansía realmente.

-No hombres que sean famosos.

-No hombres de su ambiente que se sirvan de ella para hacerse publicidad.

-No.

-Quiere a hombres verdaderos que la deseen por ella misma, no por quien es sino por lo que es.

-Eso no lo entiendo demasiado -dijo Yost meneando la cabeza-.

-De todos modos, no me retiro de lo dicho.

-Es decir, que estaría dispuesto a comprar mi parte al precio que fuera.

-Dejaría en un periquete a mi mujer y a mis dos hijos sin pensarlo.

-Daría todos los dólares que tengo y hasta mi casa si hiciera falta.

-¿A cambio de una noche con Sharon Fields? Estaría dispuesto a hacer cualquier cosa.

Eso es lo que pienso exactamente.

-Muy bien, pues, será como yo le he dicho -insistió Malone-.

Podrá gozar de ella.

Y probablemente sin tener que ceder nada tangible a cambio.

Tal como le he dicho, sólo tendrá que estar dispuesto a correr un... un pequeño riesgo.

Porque sólo hay un obstáculo menor.... que es el de llegar a conocerla.

-¿Qué quiere usted decir? -preguntó Shively frunciendo el ceño-.

Pensaba que la conocía.

-Y la conozco.

-La conozco mejor que a ninguna otra mujer de la tierra. Sé sobre ella todo lo que pueda saberse.

-Sin embargo, no la conozco personalmente. Pero puedo.

-Y ustedes también pueden.

-Sé como podemos hacerlo.

-¿Cómo? -le aguijoneó Shively-.

-Si es usted tan listo... Díganos cómo.

Adam Malone estaba a punto de volver a hablar, pero entonces se dio cuenta de los clientes que había cerca y bajó la voz.

-Me parece que éste no es el mejor sitio para iniciar una operación de este tipo. Sería mucho mejor .-discutir el asunto en privado. -Miró a su alrededor-.

-Al fondo del salón hay un reservado vacío.

-¿Quieren ocuparlo?

Llevaban sentados unos quince minutos en el relativo aislamiento del reservado del fondo tapizado de gris e interrumpieron la conversación al acercarse la joven y rechoncha camarera de los leotardos negros para retirar los vasos vacíos y colocar más bebidas y servilletas sobre la mesa semicircular revestida de formica.

Adam Malone se hallaba acomodado en el centro del reservado con los hombros apoyados contra la pared.

A su derecha se había acomodado Kyle Shively, que no cesaba de fumar.

A su izquierda, mascando un puro apagado, se sentaba Howard Yost.

Y frente a Malone se encontraba un nervioso Leo Brunner sentado en el borde de una silla que había acercado al reservado.

Un poco envarados, habían vuelto a presentarse sin revelar demasiados datos.

Shively era mecánico de automóviles y, en algunas ocasiones, para incrementar sus ingresos y para divertirse, reparaba automóviles abandonados y los vendía.

Yost era agente de seguros y vendía pólizas de la Compañía de Seguros de Vida Everest y otras ocho empresas asociadas.

Brunner era un perito mercantil con despacho y clientes propios.

Malone era colaborador libre de distintas publicaciones, aunque a veces se dedicaba a extrañas actividades para ganar dinero o bien para vivir una experiencia.

Malone volvió un poco cohibido al tema de Sharon Fields.

El discurso de Malone de los últimos siete u ocho minutos había estado centrado en este tema.

Siempre había sido muy aficionado al cine, les había confesado.

Llevaba siendo esclavo de Sharon Fields desde la primera vez que la había visto en una película de hacía ocho años en un papel de escasa importancia de una superficial película de aventuras titulada "El séptimo velo".

Y había seguido su meteórico ascenso al superestrellato.

Había visto sus veintitrés películas no sólo una vez sino incluso dos y hasta tres o cuatro.

Llevaba muchos años enamorado de ella desde lejos.

Su vocación había sido la observación de Sharon Fields.

Había sido un estudiante asiduo de su vida y carrera.

Los últimos tres años los había dedicado especialmente a interminables horas de investigación.

Estaba seguro de que no había nadie en la tierra que poseyera una colección tan completa de datos acerca de la Fields.

-Por consiguiente, cuando digo que la conozco, pueden creerme -repitió Adam Malone-.

Me conozco todas las frases que ha pronunciado en público.

Sé todo lo que ha hecho y prácticamente todo lo que piensa.

Sé cómo vive. Conozco sus costumbres. Y, por encima de todo, conozco sus sentimientos, sus aspiraciones y necesidades.

Aunque pueda parecerles, que peco de inmodestia, en lo tocante a Sharon Fields, soy la máxima autoridad.

-¿Por qué? -preguntó Yost.

-¿Por qué? Porque está aquí.

Porque el conocerla como la conozco ha enriquecido inmensamente mi vida.

-¿Pero jamás la ha conocido personalmente? -volvió a preguntarle Shively.

-No, pero siempre he pensado que llegaría a conocerla.

Y quería estar preparado para cuando ello ocurriera.

-No ocurrirá jamás -dijo Brunner removiéndose en su asiento-.

Todo el mundo sueña lo mismo. Pero el sueño jamás se convierte en realidad.

-Este se convertirá -dijo, Malone con firmeza-. Hace un año descubrí la forma en que podría ocurrir.

Con un poco de ayuda, supe que podría -conseguirlo.

-Muy bien, deje de andarse por las ramas, -le dijo Shively-. Díganos cómo.

-Me gustaría decirles...

Pero entonces llegó la camarera con más bebidas y Malone y los demás esperaron a que se fuera.

Ahora todos los ojos enfocaban a Malone esperando que éste les contara de qué forma se proponía hacer realidad el sueño.

Suavemente pero sin vacilar, en tono conspiratorio, Adam Malone les contó cómo podía hacerse, cómo podrían llegar a conocer a Sharon Fields.

Le escucharon en silencio sin comprenderle y Malone, animado por aquel silencio que se le antojaba de aprobación, se dispuso a elaborar el plan.

Howard Yost, el vendedor, que no se había tragado el anzuelo, le interrumpió antes de que pudiera proseguir.

-Espere un momento -dijo-. Acabo de fijarme en lo último que ha dicho. Me parece que no lo he entendido. ¿Qué ha dicho usted exactamente? Quiero asegurarme de haberle oído bien.

Malone lo consideró no un reproche o un reto sino más bien una razonable petición en el sentido de que aclarara lo dicho.

-Lo repetiré con mucho gusto -dijo amablemente-.

-He dicho simplemente que, considerado el asunto desde un punto de vista completamente realista, lo más probable es que jamás consiguiéramos llegar a conocer a una famosa estrella como Sharon Fields de una forma normal.

-No es fácil que ninguno de nosotros tuviera la oportunidad de llegar hasta ella, presentarse y salir con ella.

-Está rodeada por un muro protector de amistades, gorrones y aduladores.

-Entre los que se cuentan su representante personal, Félix Zigman, su secretaria particular, Nellie Wright, su experto en relaciones públicas, Hank Lenhardt, y su peluquero, Terence Simms.

-Sólo podríamos llegar a conocerla de una manera...

para darle así la oportunidad de que nos conociera y le gustáramos.

Tendríamos que preparar una situación en la que literalmente nos la lleváramos en volandas.

Tendríamos que planear una situación en la que no tuviera más remedio que conocernos en un momento en que nadie se interpusiera entre ella y nosotros.

Yost posó el vaso sobre la mesa y se inclinó cautelosamente hacia adelante.

-¿Qué quiere usted decir con eso de una situación en la que no tuviera más remedio que conocernos? ¿Qué significa eso exactamente?

-Ya lo sabe, cogerla.

-¿Cogerla? -preguntó Yost-. Sigo sin entenderle.

-Es muy sencillo -dijo Malone asombrado-.

Ir y cogerla y llevárnosla con nosotros. Ni más ni menos que eso. Llámelo usted como quiera.

-Lo que, yo quiero saber es cómo lo llama usted, Malone -dijo Yost contrayendo los ojos.

-Bueno.... -empezó Malone deteniéndose para reflexionar brevemente-me parece que pretendo decir que la abordaríamos y... bueno, yo no lo llamaría secuestro ni nada de eso... no me interprete mal, no íbamos a raptarla... pero...

-Secuestrarla, eso es lo que me ha parecido que quería usted decir desde un principio -dijo Yost triunfalmente mirando a Malone-.

¿Raptarla? ¿Raptar a Sharon Fields? ¿Intentar nosotros hacer eso? ¿Me irá usted a decir que ésa era su gran idea? -Miró a los demás con desagrado y después volvió a dirigirse a Malone-.

Mire, señor, francamente no sé quién es usted ni de qué manicomio se ha escapado. Pero si se refiere a eso... -Sacudió la cabeza, se sacó la cartera del bolsillo y empezó a depositar sobre la mesa el importe que le correspondía de las consumiciones-.

En mi trabajo se tiene ocasión de conocer a muchos chiflados y suelen hacerte toda clase de propuestas extrañas. Pero eso es lo más grande que he oído jamás. Si le he entendido bien, si quiero decir lo que yo pienso, que quiere decir... en tal caso, no se ofenda, señor, pero me parece que está usted más loco que un cencerro.

Malone no se inmutó.

-Sí, creo que me ha entendido usted bien. Supongo que quiero decir eso, sólo que sería distinto. No sería un acto... un acto de rapto en el verdadero sentido de la palabra, porque nuestra intención y su reacción no serían las habituales.

Estarían ustedes de acuerdo en que no sería ningún delito y entrañaría ninguna dificultad si supieran con la misma certeza que yo lo positivamente que ella reaccionaría.

Yost siguió sacudiendo la cabeza al tiempo que se volvía a guardar lentamente la cartera en el bolsillo.

-Debe de estar enfermo si piensa eso. Lo siento. Acabo de conocerle. No sé quién es usted. Sólo sé lo que he oído.

Es un secuestro y el secuestro es uno de los peores delitos que puede haber.

-Pero es que no sería un delito, ¿acaso no lo entiende? -protestó Malone muy convencido-.

Sería una forma romántica y honrosa de llegar hasta ella, de hacerla consciente de nuestra existencia.

Yost miró hacia el otro lado de la mesa.

-Shively, dígale que está chiflado, ¿quiere? Malone hizo caso omiso de Shively y siguió hablando fervorosamente con el agente de seguros.

-Es que usted no lo entiende, señor Yost. Si la conociera como yo, lo vería todo muy claro.

Cogerla es secundario, un medio menor de llegar a un fin.

Una vez lo hubiéramos hecho y hubiéramos conversado con ella, se mostraría de acuerdo con nosotros. Debe creerme.

Y una vez se mostrara de acuerdo, conseguiríamos que todas las consecuencias fueran voluntarias por su parte.

Lo que viniera a continuación, vendría porque ella lo querría.

Podría usted acostarse con ella.

Yo también.

Es probable que todos pudiéramos hacerlo. Conociéndola, sé que se mostraría dispuesta a colaborar.

En estas cosas, su actitud es mucho más libre que la de la mayoría de las mujeres.

Créamee, señor Yost, una vez lo hubiéramos hecho, no se trataría de ningún delito. Se sentiría halagada y le gustaría.

-¿Y quién lo dice? -preguntó Yost indicándole a Brunner que apartara su silla.

Brunner se levantó y Yost se desplazó en su asiento y se puso en pie.

-Lo digo yo -repuso Malone llanamente-.

Sé positivamente que no tropezaríamos con dificultades. Puedo demostrarlo.

Yost no le hizo caso, pero Brunner le habló utilizando el tono que un padre emplearía con su hijo.

-¿Y si se equivocara usted, señor Malone?

-No puedo equivocarme. No es posible que me equivoque.

Shively había estado ocupado contando el cambio. Ahora se desplazó hacia la salida del reservado.

-Muchacho -le dijo-, me parece que ha bebido usted en exceso.

Se levantó añadiendo-: Además, aunque le creyéramos, ¿qué le induce a pensar que podría conseguirlo?

-No habrá problema. Será fácil.

Tal como les he dicho, llevo trabajando en ello largo tiempo. Todos los detalles. Puedo mostrárselos.

-No, gracias -dijo Yost soltando una breve carcajada-. Tendrá que buscarse a otros primos para jugar a los sueños.

Se dirigió al hombre de más edad que tenía al lado-.

-¿No es cierto, Brunner?

El perito mercantil le dirigió a Malone una amistosa mirada como de disculpa.

-Me temo que nos ha estado usted tomando el pelo, Malone. ¿No es eso? Reconozco que le envidio la imaginación.

Shively se mostró menos conciliador.

Tirándose de los ajustados pantalones, miró enfurecido a Malone.

-Por unos momentos casi me había embaucado, muchacho. Pero veo que se ha estado burlando. Y a mí no me gusta perder el tiempo de esta manera.

Malone encajó muy bien el desprecio de su idea.

Como escritor, era un veterano de los desprecios.

-Lo lamento pero hablaba completamente en serio -dijo encogiéndose de hombros-.

En cualquier caso, si cambiaran ustedes de opinión, si quisieran averiguar lo que efectivamente podemos hacer, mañana estaré aquí en el mismo lugar y a la misma hora. De ustedes depende.

A punto de marcharse, Yost se acercó la palma de la mano al ángulo de la boca como si la última frase que quisiera dirigirle a Malone fuera de carácter confidencial.

-Joven, a buen entendedor, pocas palabras bastan. -Guiñó exageradamente un ojo y dijo-: Acepte mi consejo y escóndase. El hombre del saco anda buscándole.

A las cinco y media de la tarde del día siguiente, martes, Kyle Shively estaba terminando la última tarea que le había encomendado Nave, una puesta a punto de un Cadillac de tres años.

Dado que había tenido un mal día, un auténtico desastre de día, había querido concentrarse por entero en su trabajo para distraerse de los pensamientos que le atormentaban.

Había terminado la parte más laboriosa de la tarea -ajustar adecuadamente la compresión de cada cilindro-y ahora se estaba dedicando a la limpieza de la bujía con un limpiador de chorro de arena y a colocarla cuidadosamente.

Tenía muy buena mano en eso de calcular perfectamente la distancia explosiva y esta faceta del trabajo requería menos cuidado y concentración.

Mientras se afanaba bajo la cubierta, Shively volvió a pensar en la enorme erección con que se había despertado por la mañana.

No necesitaba ir al lavabo y, por consiguiente, no había sido por eso.

Había sido una mujer desnuda de la última parte de su sueño, una mujer que se había disuelto y evaporado al despertar.

No recordaba si habría sido la actriz Sharon Fields por haberla visto medio desnuda la noche anterior por la televisión o bien por haber prestado oído a aquel chiflado del bar, a aquel muchacho llamado Malone, y haber querido creerle y haberse trastornado.

O tal vez hubiera sido la muy perra de Kitty Bishop, que le había inducido a creer que saldría con él y después le había plantado y dejado en ridículo.

Tendido en la cama mientras esperaba a que le desapareciera la erección, llegó a la conclusión de que no era posible que le hubiera estimulado una visión de Sharon Fields.

No, ella era irreal, no estaba a su alcance ni siquiera con el pensamiento a pesar de lo que hubiera dicho aquel chiflado del bar.

Por consiguiente, debía de haber sido la muy perra de la señora Bishop, que se le había quedado grabada en la imaginación.

Levantándose de la cama y desperezándose, concluyó definitivamente que debía de haber sido Kitty Bishop.

Seguía sin admitir que hubiera podido equivocarse con respecto a las intenciones de ésta. Su primer comportamiento con él había sido provocador, eso era indudable, y a pesar de haber quedado éste contradicho por las respuestas que ella le había dado las dos veces que la había llamado, seguía creyendo que no se había equivocado.

Tal vez sus respuestas por teléfono formaran parte del juego automático del desdén, del recato y la timidez al objeto de darle a entender que no era una cualquiera sino una señora y que tendría que perseguirla e insistir si es que efectivamente lo deseaba.

Maldita sea, ya lo creo que lo deseaba. Decidió impulsivamente seguirle la corriente.

Volvería a llamarla, lo intentaría de nuevo, le daría la oportunidad de reconocer que deseaba verle.

Olvidaría lo pasado. La halagaría, bromearía con ella y tal vez le hiciera algunas alusiones de carácter sexual.

Eso resultaría eficaz. Así solía suceder por lo general.

Tras tomarse unos sorbos de zumo de naranja directamente de la botella, encendió un cigarrillo y se dirigió al teléfono para marcar el número de los Bishop.

Maldita sea, allí estaba ella al tercer timbrazo, ella misma, no la sirvienta ni el viejo, sino la mismísima Kitty.

Fue inmediatamente al grano y, medio disculpándose, le dijo suavemente que no había conseguido apenas pegar el ojo en toda la noche pensando en ella.

No habría pronunciado más allá de tres o cuatro frases cuando ella le interrumpió.

Le gritó de tal forma que casi le perforó el tímpano.

Le dijo que él mismo se lo había buscado, que ya se encargaría de que no siguiera molestándola e invadiendo su intimidad y después le colgó el teléfono.

Esta vez su cólera se mezcló con un temor a las represalias.

Y había acudido al trabajo medio furioso y medio asustado. Pero se encontró con muchos automóviles que atender y no tuvo tiempo de alimentar su enojo, y, a medida que

pasaba el rato sin que se produjeran represalias por parte de aquellos acaudalados hijos de puta, su temor se fue desvaneciendo.

Había colocado la última bujía del motor del Cadillac y estaba a punto de ponerlo en marcha cuando oyó que Jack Nave le llamaba a gritos.

Shively levantó la cabeza en el momento en que Nave detenía el vehículo de remolque.

Shively ni siquiera se había dado cuenta de que su jefe se hubiera ausentado.

Vio que Nave abría la portezuela, bajaba y se dirigía hacia él.

Al ver la cara que traía Nave, Shively se preparó para lo peor.

Conocía muy bien a su jefe y sabía que era hombre de poca paciencia, y ahora parecía que estuviera a punto de estallar.

El rollizo rostro de Nave parecía ceñudo, su vientre sobresalía por encima del cinturón confiriéndole el aspecto de un tanque del ejército y sus gruesas manos estaban cerradas en puño.

Antes de que Shively pudiera recuperarse, Jack Nave se detuvo a su lado.

-¡Idiota, cabeza de chorlito! -le gritó Nave enfurecido-.

¡Me estás costando más de lo que vales con los quebraderos de cabeza que me das! -¿Pero qué demonios le pasa? -preguntó Shively, sin retroceder y disponiéndose a hacer frente el ataque-. ¿Qué le sucede, Jack?

-A mí no me sucede nada... eres tú el que arma jaleos!

Nave respiró hondo como para calmarse. Después, percatándose de que el alboroto que estaba provocando había llegado a los oídos de dos empleados que estaban llenando los depósitos de unos clientes Nave bajó la voz pero no modificó el tono-.

Escúchame, estúpido, entérate de dónde he estado por culpa tuya.

Shively ya sabía dónde había estado Nave pero siguió conservando su máscara de inocencia.

-Pues he estado en casa del señor Gilbert Bishop, de allí vengo. La señora Bishop me ha estado atormentando los oídos por espacio de media hora. Y no me preguntes el porqué, miserable.

El porqué lo sabes muy bien.

En esta casa hay una norma que te comuniqué el primer día que entraste a trabajar y es la de que no gastamos bromas con los clientes.

No mezclamos el trabajo con la diversión. Nunca.

Por consiguiente, ¿qué te ha pasado por la cabeza, Romeo? ¡Molestar a una dama como la señora Bishop! ¿Qué demonios piensas que podría querer ella de alguien como tú? Me lo ha revelado todo.

Que has intentado seducirla y tratarla como una cualquiera dispuesta a engañar a su marido, y por si fuera poco con un mono grasiento.

Y después molestarla con esas llamadas telefónicas -me ha dicho que tres veces- persiguiéndola sin dejarla en paz....

-Ha sido ella, no yo -le interrumpió Shively muy ofendido-. Yo no hice nada malo.

No me propasé en ningún momento. Fue ella.

No hacía otra cosa más que insinuárseme para que la invitara a un trago.

Por lo general, no suelo hacer caso de estas cosas. Conozco las normas, Jack. Pero pensé en usted, por eso lo hice.

Si no la complacía, era posible que se enojara y consiguiera que el viejo se fuera a otro sitio.

Pensaba en usted, Jack, nada más.

-Eres el mayor cuentista que me he echado a la cara, Shiv -dijo Nave meneando la cabeza-.

Ahora resulta que lo has hecho por mí, por mi maldita estación de servicio.

Le pediste una cita por bondad, la perseguiste con una llamada, dos llamadas, tres llamadas por bondad.

Vamos, Shiv, no me vengas con historias.

-Le juro que no...

Un claxon estaba sonando junto a las bombas.

Nave se volvió, vio a un conductor que le estaba haciendo señas y le gritó que iba en seguida.

-Escúchame, zoquete, y escúchame bien -le dijo a Shively-.

La señora Bishop nos ha hecho una advertencia. Ha tenido la amabilidad de decirnos que por esta vez no le dirá nada a su marido.

Pero como vuelvas a acosarla, ya sea aquí o por teléfono, se lo dirá a su marido. Y entonces será el final porque éste se irá con su coche a otra estación.

¿Sabes lo que significa para mí? Es uno de nuestros mejores clientes. Y, además, me envía a sus amigos ricos.

No puedo permitirme el lujo de perder a un cliente como éste. Perdería a diez holgazanes como tú antes que perder a un cliente como Bishop.

Si fuera sensato, lo que haría es despedirte inmediatamente. Pero llevas conmigo bastante tiempo y has cumplido con tu deber y te lo tengo en cuenta.

No quisiera hacer nada desagradable. Pero, escúchame, Shiv, te lo advierto, te someteré a prueba a partir de hoy de la misma manera que la señora Bishop me ha sometido a prueba a mí.

Un paso en falso con ella o con cualquier otra clienta y te pongo de patitas en la calle. A partir de este momento, será mejor que mantengas la boca y la bragueta cerradas y te dediques al trabajo y a nada más. Será mejor que no lo olvides.

Después Nave se encaminó hacia las bombas de llenado y Shively se quedó pensando enfurecido en el rapapolvo de su jefe y en la suma de injusticias de que estaba siendo objeto.

Lo que más enojaba a Shively era el hecho de haber tenido intención de pedirle a Nave el aumento que se merecía hacía tanto tiempo.

Había tenido la intención de amenazar a Nave con marcharse si éste no le cambiaba el salario fijo por un porcentaje sobre los gastos de mano de obra de cada vehículo.

Ahora la amenaza carecía de sentido y no podía ejercer presión.

En lugar de encontrarse en una situación en la que pudiera solicitar un aumento, le habían castigado a una situación en la que podía ser despedido de la noche a la mañana.

Y todo por culpa de aquella remilgada que le quería pero no deseaba reconocerlo porque le consideraba inferior.

Como si su marido, que probablemente hacía diez años que no se acostaba con ella, fuera mejor que él por tener un millón de dólares o tal vez más gracias a haber engañado al público y al gobierno.

Shively recordó haber leído que en uno de los últimos años había habido 112 personas con unos ingresos de más de 200 mil dólares que no habían pagado ni un solo céntimo en concepto de impuesto sobre la renta.

El ricacho de Bishop debía de ser probablemente uno de esos tíos.

Maldita sea.

Shively regresó al automóvil para terminar el trabajo en seguida y poder largarse cuanto antes.

Ya estaba harto de Nave y de su estación de servicio y de sus cochinos clientes.

Lo que ahora le apetecía era un buen trago largo, cuanto más largo y más fuerte, mejor.

Media hora más tarde, compuesto por fuera pero no por dentro, Shively entró en el All-American Bowling Emporium y se encaminó hacia el Bar de la Linterna, comprobando que la barra aún no se había llenado.

Se encaramó a un taburete y saludó al barman.

-¿Qué va a ser, señor Shively? -le preguntó Ein-. ¿Lo de siempre?

-No. Esta noche no me vale una cerveza. Ponme un tequila doble. Con hielo.

-¿Mal día?

-Sí, un día pésimo.

Mientras esperaba a que le sirvieran, Shively miró a su alrededor. Por lo general siempre había algún conocido. Pero en aquellos momentos, a pesar de que era la hora de cenar, no reconocía a nadie.

Sus ojos se desplazaron hacia el reservado del fondo en el que había estado charlando con aquel chiflado y aquel par de imbéciles.

El reservado estaba vacío. No había nadie, ni siquiera aquel mochales con su manía de conocer a Sharon Fields.

Ein le estaba colocando delante un vaso de tequila y una servilleta.

-¿Pero a dónde se ha ido todo el mundo esta noche? preguntó Shively.

-Es que todavía es un poco temprano. ¿Está pensando en alguna persona en particular?

-No sé. ¿Y aquel tipo con quien charlamos anoche, ese muchacho que afirma ser escritor?

-Ah, ¿se refiere usted al señor Malone?

-Creo que sí. Sí, Adam Malone. ¿De veras es escritor o es que me tomó el pelo?

-Pues, sí, creo que se podría catalogar como escritor. No le conozco muy bien. Sólo ha venido unas pocas veces. Una vez, me mostró algo que había publicado. Era en una especie de revista muy seria. No sé si debieron pagarle mucho, si es que le pagaron. Porque era una revista que en mi vida había visto en los kioskos. Pero supongo que es escritor.

-Sí.

-En realidad, estuvo aquí hace cosa de una hora. Se tomó un vaso de vino blanco y se sentó a anotar no sé qué. Dijo que no disponía de mucho tiempo.

Que tenía que terminar un trabajo y que después bajaría al paseo Hollywood para ver a Sharon Fields.

Dicen que acudirá personalmente al estreno de su última película.

-Ein se acercó un dedo a la sien-.

Ahora que recuerdo. Antes de marcharse, el señor Malone dijo que si alguien venía y preguntaba por él, que dijera que regresaría más tarde.

Casi lo había olvidado.

Supongo que el recado era para usted o cualquier otra persona que preguntara por él.

Si desea ver antes al señor Malone, tal vez le encuentre en el estreno.

Y, además, así tendrá ocasión de ver a Sharon Fields en persona. Menuda preciosidad es esa chica.

-No tengo intención alguna de ver al señor Malone ni antes ni después -dijo Shively-.

En cuanto a Sharon Fields...

-Perdone, señor Shively, me parece que tengo a un cliente sediento al fondo.

Shively asintió, tomó el vaso de tequila y casi ingirió la mitad del zumo de mezcal de un solo trago.

Notó inmediatamente el calor del alcohol y esperó a que éste le bajara por el pecho y por el estómago y se le enroscara por la bragadura.

Le quedó grabado en la cabeza algo que había dicho Ein.

Aquello de ver a Sharon Fields en persona. En persona. En persona y sin nada encima. Santo cielo. Menudo espectáculo.

Inmediatamente se le llenó el cerebro con una imagen en tamaño natural de una Sharon Fields desnuda, la tía más sexual del mundo, a la que había visto anoche en televisión y tantísimas otras veces en miles de revistas y periódicos.

Allí estaba, tendida en su imaginación y sin ni una sola prenda de vestir encima.

Con asombro y placer, Shively la reconoció inmediatamente.

Ella había sido -ella, Sharon Fields, y no Kitty Bishop-la mujer con quien había soñado antes de despertar por la mañana con aquella erección.

Ella había sido quien le había enloquecido por la mañana de la misma manera que su solo recuerdo le estaba volviendo a enloquecer ahora.

Tomó otro trago de tequila y llegó a la conclusión de que ya sabía lo que deseaba hacer aquella noche.

Tomaría un bocado en algún sitio y después se metería en su coche para dirigirse al paseo Hollywood y echarle un vistazo de primera mano a Sharon Fields en persona.

Sí. En persona, para ver si era de verdad, simplemente para vivir una emoción.

Aquel mismo martes, a las seis menos cuarto de la tarde, Howard Yost se encontraba en el salón elegantemente amueblado de una casa de estilo francés del lujoso Brentwood Park, una elegante zona del Oeste de Los Ángeles.

Su mole llenaba totalmente el gran sillón a cuadros escoceses y su actitud era confiada, afable y tranquila -por lo menos eso esperaba él-, porque había acudido a aquella cita con aquellos acaudalados posibles clientes presa de una tensión interior y una ansiedad que no le habían abandonado en todo el día.

Los Livingston, es decir, el correcto matrimonio forrado de dinero sentado frente a él al otro lado de la mesa de café, se mostraban muy favorablemente dispuestos a un amplio programa de cobertura de seguros.

Yost les había sido recomendado por un amigo común, un periodista radiofónico de Nueva York especializado en deportes, que había conocido a Yost hacía veinte años en su apogeo de atleta y que había intimado con el señor Livingston a raíz de un documental sobre fútbol americano, en el que había intervenido por cuenta del señor Livingston, un sereno, apacible y amable caballero de cincuenta y ocho años que se dedicaba, con mucho éxito por cierto a la producción independiente de documentales para televisión.

Yost había sido informado de que el señor Livingston, que tenía cuatro hijos, había estado pensando en la conveniencia de suscribir una elevada póliza al objeto de proteger a su familia del impuesto sobre herencias, que a su muerte, arrebataría a ésta un buen bocado de sus propiedades.

Yost sabía que el señor Livingston estaba pensando suscribir una póliza de vida por valor de 200 mil dólares, más tarde, el propio señor Livingston se lo confirmó en el transcurso de la conversación telefónica previa a la cita.

Yost también se había enterado de que el señor Livingston ya había mantenido conversaciones con otros agentes de seguros que le habían recomendado otros amigos suyos de California.

Yost tenía muy buenas posibilidades Si le vendía la póliza de 200 mil dólares al señor Livingston, la prima correspondiente a diez años ascendería a 137 mil dólares brutos.

Dado que la comisión de Yost ascendía al 55 por ciento de la prima del primer año y al 5 por ciento de cada prima anual por espacio de nueve años -cincuenta y cinco y nueve cincos, así se lo había explicado a Elinor, su Mujer, y ésta le había comprendido inmediatamente y también se había puesto muy nerviosa-, ello significaba que Yost se embolsaría inmediatamente dólares por el simple hecho de suscribir aquella póliza.

Un buen pellizco. Un pellizco muy gordo. Tal vez no significara gran cosa para aquellos fabulosos agentes de la Mesa Redonda del Millón de Dólares cuyos miembros vendían seguros por valor de más de un millón de dólares anuales.

Pero para Howard Yost, que ganaba alrededor de los 18 mil dólares al año (mucho más que la mayoría de sus competidores, que ganaban no más de 10,000 dólares al año), una sola jugada como la de los Livingston podía resultar un gran alivio, ayudarle a saldar las deudas y permitirle respirar más tranquilo, últimamente, con lo que ganaba, se las veía y se las deseaba para hacer frente a la elevación de impuestos, el incremento de los precios de alimentos y artículos de vestir, los gastos de la casa de Encino, las lecciones de ballet de Nancy y las lecciones de tenis de Tim y el coche y las salidas ocasionales con Elinor. Era muy duro.

Le estaba resultando imposible. Simplemente para poder seguir viviendo tenía uno que trabajar, no ocho horas al día, sino con frecuencia diez o doce.

Por consiguiente, Howard Yost se había pasado la semana pensando en cómo se la apañaría para causarles buena impresión a los Livingston.

En los últimos años, hastiado y decepcionado a causa de su incapacidad para mejorar su situación, Yost se había vuelto perezoso, descuidado y hasta chapucero en su trabajo.

Pero con vistas a los Livingston había decidido entrenarse tal como solía hacer en su época de estudiante antes de la celebración de un gran partido.

Se habían estado produciendo, constantemente drásticos cambios en relación con las coberturas, normas, tarifas y proceso de datos en relación con los seguros y Yost empezó a estudiárselo todo.

Examinó su cuaderno de tarifas y contratos. Analizó a su posible cliente y escribió pulcramente a máquina varios programas que pudieran satisfacerle.

Hasta se vistió con especial esmero. Sabía que no estaba en su mano hacer nada con vistas a parecer más delgado teniendo en cuenta lo que ahora pesaba. Pesaba ciento diez kilos y tardaría demasiado en hacer un régimen que le permitiera reducirlos a los noventa kilos que constituían el peso óptimo para el metro ochenta que medía.

No obstante, acudió a un barbero -dieciocho dólares-para que éste le cortara, modelara y peinara de lado el arenoso cabello.

Y se compró también un traje nuevo, una gabardina de lo más moderno y unos zapatos Gucci a juego, adquisiciones todas ellas que constituyeron para él un gran sacrificio.

Y aquí estaba, en la residencia de los Livingston, aparentando sinceridad, tranquilo y rebosante de aplomo y seguridad en sí mismo.

En el transcurso de los primeros minutos se había dedicado a hablar de Los Ángeles, de lo mucho que los Livingston llegarían a querer a la ciudad igual que le había ocurrido a él y a su esposa Elinor y a sus dos chicos.

-Es un paraíso para los jóvenes -había señalado.



Librodot

Habló largo y tendido acerca de la educación de los hijos, sabiendo que estaba tratando con un cliente muy preocupado por la herencia de los mismos.

Después, sin estar todavía seguro de haber impresionado lo bastante a los Livingston en su calidad de potencial guardián y asesor familiar, decidió pasar a una breve sinopsis autobiográfica, destacando sus meteóricos (si bien ya lejanos) años de fama y respeto popular que había vivido.

Pero antes de que pudiera hacerlo, el señor Livingston se miró el reloj y dijo:

-Estamos citados para cenar, señor Yost. ¿Por qué no vamos directamente al grano? ¿Qué propuestas me tiene preparadas?

Yost perdió moment neamente el aplomo, pero se recuperó enseguida, abrió la cartera y sacó una carpeta gris que contenía tres planes de seguros especialmente elaborados de tal forma que se ajustaran a las exigencias personales del señor Livingston.

Entregándole la carpeta al posible cliente, Yost añadió sin pérdida de tiempo:

-Si examina la primera propuesta, señor Livingston, comprenderá por qué se la recomiendo. Se trata de un contrato de seguro de vida permanente con valor efectivo garantizado.

Verá usted en la primera tabla el aumento del valor efectivo y verá en la última columna que, cada año, este valor efectivo contribuye a satisfacer el importe del seguro sin adición de otras primas.

-Se detuvo.

Lo que venía a continuación era lo más difícil, pero tenía que seguir adelante-. Procure entenderlo, señor Lvingston.

Si suscribiera esta póliza por diez años -una póliza de 200 mil dólares que abarcara diez años-, el valor efectivo de 64 mil dólares que se añadiría reduciría la prima de 17 mil dólares de tal forma, que la protección de su familia por valor de 200 mil dólares no le costaría más que 72 mil dólares.

Desde un punto de vista anual, ello significa que la prima es inicialmente de 13 mil dólares, pero se reduce gradualmente de tal forma que los gastos generales de una póliza de tanta envergadura resultan relativamente exiguos.

El señor Livingston iba asintiendo en ademán, de aprobación mientras él y su esposa examinaban el programa de la carpeta.

Muy animado, Yost estaba a punto de aconsejarle al señor Livingston la conveniencia de poner la póliza a nombre de su esposa en calidad de propietario, de tal forma que, en caso de su desaparición (el eufemismo utilizado por los agentes de seguros para referirse a la muerte), los beneficios del seguro no estuvieran sujetos al impuesto sobre herencias, cuando, antes de que pudiera hacerlo, le distrajo el súbito parloteo de alguien que bajaba por la escalera del vestíbulo y después este mismo alguien irrumpiendo en la estancia.

Era una muchacha preciosa, una morena de rostro anguloso y cuerpo curvilíneo, alegremente vestida y en todo el esplendor de sus veintitantos años.

-Papá... -empezó a decir, pero se detuvo al comprobar que había otra persona-. Ah, perdone, yo...

El señor Livingston levantó la mirada.

-Hola, Gale. -Después se dirigió a Yost y le dijo-: Señor Yost, le presento a nuestra hija mayor, Gale Livingston.

Yost se puso torpemente en pie.

-Encantado de conocerla, señorita Livingston.

-Hola -dijo ella sin hacerle demasiado caso y acercándose al sofá-.

Papá, si no te importa, tengo que hablar contigo de algo muy urgente. En privado.

-Claro que me importa -dijo el señor Livingston-.

Estoy seguro de que no hay nada tan urgente que no pueda esperar quince o veinte minutos.

Ya ves que en estos momentos estoy ocupado con el señor Yost. Cuando terminemos, te escucharé. Ahora espera un poco.

-Muy bien -dijo ella molesta-, esperaré aquí.

-Espera donde quieras pero no nos interrumpas.

El señor Livingston le indicó a Yost que volviera a sentarse y después volvió a dedicar su atención a la carpeta.

Yost se sentó.

Como atraídos por un imán, sus ojos volvieron a posarse en la muchacha, ésta se hallaba de pie a unos tres metros de Yost con los brazos en jarra y mirando enfurecida a sus padres.

Tremendamente mimada, pensó Yost, pero qué figura.

Lucía una blusa de seda casi transparente y desabrochada hasta la mitad. Estaba claro que no llevaba sujetador. Aquellos pechos, apuntándole directamente a través de la blusa.

Vestía una falda de tenis plisada, más corta que una minifalda, iba sin medias y calzaba sandalias.

Yost mantenía los ojos fijos en una señal de nacimiento que tenía en el bronceado muslo.

Ahora empezó a pasearse mientras Yost observó que el busto se le agitaba bajo la blusa.

Se dirigió al otro sillón que había frente a Yost y se hundió arrogantemente en él, levantando y separando las rodillas y las piernas para apoyarlos en el borde de la mesilla de café.

Los raudos ojos de Yost no pudieron evitar lo que podía verse entre aquellas piernas separadas.

Claramente visibles los muslos desnudos y la parte más estrecha de unas bragas tipo bikini, formando una leve prominencia en la entrepierna.

Tenía la boca y la garganta secas y decidió apoyarse las manos sobre los muslos para que nadie pudiera percatarse de lo que le estaba empezando a ocurrir allí abajo.

Hacía mucho tiempo que ninguna muchacha o mujer le excitaba de aquella manera.

Había estado tan agobiado por el trabajo, por las dificultades económicas y los problemas de sus hijos, procurando calmar a Elinor a propósito de sus horarios de trabajo y el abandono en que la tenía y las deudas, que no le había quedado tiempo para pensamientos o sensaciones como aquélla.

A excepción de una vez, una sola vez.

La noche anterior en el bar de la Linterna cuando, en compañía de aquellos mastuerzos, había contemplado a Sharon Fields en la pantalla de televisión.

Pero a esta Gale la tenía sentada justo enfrente. Podía prácticamente extender la mano y tocarla.

Levantó los ojos para comprobar si la muchacha se había percatado de lo que le estaba haciendo, pero ella ni siquiera le miraba.

Seguía mirando enfurecida a sus padres. La expresión de su rostro, aquellos labios fruncidos y aquel nido de entre sus piernas le estaban enloqueciendo de deseo.

Cerró brevemente los ojos y desapareció aquella franja de las bragas, desaparecieron también la blusa y la falda y se vio encima suyo enloquecido.

Santo cielo, hacía tiempo que no alimentaba sueños y placeres de esta clase.

Pero, pensándolo bien, todo se reducía a eso.

Y no a esas idioteces acerca de los seguros, el trabajo y el dinero.

Nos han puesto en el mundo para que nos lo pasemos bien y él lo había olvidado o reprimido y ahora esta muchacha le había inducido a recordar aquello que efectivamente era esencial.

Abriendo los ojos, comprendió con súbita desesperación el profundo abismo que mediaba entre lo que era y lo que hubiera querido ser.

Evitó mirar a Gale para no distraerse.

Procuró evocar a Elinor y hacer inventario. Elinor era lo que tenía y algo era algo. Tampoco estaba mal.

Cuando se casó con Elinor, hacía catorce años, ésta solía excitarle mucho.

Sin embargo, le costaba trabajo recordarla tal como era. Intentó desesperadamente recordar.

Una muchacha alta, de busto menudo y largas y bien torneadas piernas. él, conservando todavía su aureola del fútbol americano y ella adorándole.

Se había enamorado de ella, se había casado con ella en Las Vegas, la había obligado a que dejara su trabajo en la agencia de seguros para poder tenerla constantemente a su disposición, de tal forma que pudiera darle un verdadero hogar y tal vez algunos hijos.

Entre él y Elinor el ardor había durado cinco, seis o siete años. ¿Qué había sucedido después? Probablemente lo que le sucede siempre a la gente que se casa.

Demasiada monotonía, demasiada intimidad, mayor evidencia de las debilidades y defectos y una disminución de la necesidad de querer y agradar como consecuencia de un amor convertido en compañerismo.

Claro que seguía queriéndola. Sin embargo, se dejaba sentir el peso de los años y del desgaste matrimonial.

Ella, cansada de los hijos, de la casa y del presupuesto familiar, él cansado del trabajo, del exceso de trabajo, del exagerado trabajo y de la decepción de no haber alcanzado jamás una auténtica seguridad.

Pero siempre sucede lo mismo -se dijo-, menos en el caso de los propios privilegiados que son ricos y famosos.

Y, tras la monotonía que produce el tiempo y el vivir juntos, aquella Gale que tenía delante se convertiría en otra Elinor y el acto por el que ahora suspiraba se convertiría con los años en una prolongada conversación.

Tras haber solucionado el problema, comprendió que podría volver a mirar a Gale sin excitarse ni experimentar turbación.

Levantó la cabeza y la miró.

Allí estaba, con las piernas separadas y levantadas y atormentándole con la franja de la braga.

El corazón empezó a latirle con fuerza.

Olvida a Elinor, olvida que ésta de aquí se convertiría en una Elinor. Mírala por lo que es y tiene en estos momentos.

La quería, deseaba salir con ella una noche o bien con un razonable facsímil.

Cómo deseaba que llegara de nuevo una convención en el Fairmont de San Francisco, el Fontainebleau de Miami Beach o el Chase-Park Plaza de St. Louis, con todas aquellos extraordinarias prostitutas que suben a tu habitación sólo con que levantes un dedo.

Pero tenía que esperar demasiado y tal vez no fuera necesario. Esta muchacha, esta Gale, estaba claro que debía ser un torbellino.

No era posible que no se diera cuenta de lo que le estaba haciendo a él, que era un perfecto desconocido, insinuándosele de aquella forma, diciéndole algo, pidiéndoselo.

Súbitamente a Yost se le antojó importante corresponderle, hacerle saber que había comprendido el mensaje, hacerle saber quién era él y qué podría darle.

Al diablo los Livingston y aquella sombría idiotez de póliza. A quien deseaba convencer era a Gale.

Tenía que saber que Howard Yost era algo más que un miserable agente de seguros. Era un astro, un personaje famoso, alguien importante, o lo había sido y de ello no hacía "tanto" tiempo. Gale ya había nacido.

Miró a los Livingston, éstos se hallaban absortos todavía examinando la carpeta de programas.

Bueno, fingiría hablar con ellos pero sus palabras irían dirigidas a la hija.

Que ésta se enterara de quién era verdaderamente Howard Yost y entonces ya veríamos su reacción.

Le saldría de maravilla.

-Miren -dijo Yost tranquilamente mirando hacia el espacio que mediaba entre los Livingston y Gale-, ahora mismo estaba pensando en mi época universitaria.

De eso no hace muchos años. Fue en la Universidad de Berkeley, de California. Entonces jamás se me hubiera ocurrido pensar que algún día me dedicaría a la venta de pólizas.

Siempre pensé que llegaría a ser... -Vaciló. ¿Qué le hubiera gustado a Gale que fuera?- ... columnista de periódico o comentarista de televisión, tanto si lo creen como si no. Se rió modestamente.

El señor y la señora Livingston le miraron inexpresivamente, asintieron vagamente y reanudaron su lectura.

Yost aún no deseaba comprobar si Gale empezaba a mostrarse atenta, curiosa e interesada.

Y siguió hablando apresuradamente.

-Pero en cambio, quiso la casualidad que la glándula pituitaria me señalara el destino.

Yo era un joven muy fornido. Alto, musculoso y fuerte, y llamaba la atención de todo el mundo. Los compañeros y las chicas me convencieron para que intentara incorporarme al equipo de fútbol americano. Lo conseguí inmediatamente. Y me convertí en "tackle" izquierdo.

Al llegar al segundo año, bueno, es posible que ustedes ya lo hayan leído, pasé a convertirme en co-capitán del equipo Rose Bowl y los periodistas deportivos de toda la nación me eligieron para formar parte del segundo equipo All-American.

Sea como fuera, el caso es que todos los ex alumnos iban tras de mí deseosos de que me incorporara a sus empresas en calidad de socio, y este ejecutivo de la Compañía de Seguros de Vida Everest me....

-¡Papá! -exclamó Gale incorporándose impaciente ¿Cuánto va a tardar todo eso? Faltan diez minutos para que llame...

-Calla la boca y no vuelvas a interrumpirnos -dijo el señor Livingston severamente-. Tardará lo que a mí me venga en gana que tarde.

En un arrebato de furia, Gale se levantó dispuesta a marcharse. En aquellos momentos Yost comprendió que la muchacha ni siquiera se había percatado de su presencia. Para ella no era más interesante que un herrumbroso y viejo trofeo colocado en la repisa de una chimenea.

-Un momento, señorita Livingston -dijo Yost impulsivamente. Ya no le interesaba permanecer allí ni discutir los pormenores del programa de seguros.

La venta de la póliza no solucionaba nada importante y en modo alguno contribuiría a solucionar la inquietud y la decepción que se albergaba en su interior.

La venta de la póliza era como intentar recomponer un sueño roto con la ayuda de un esparadrapo. Se volvió hacia los Livingston y se señaló ostentosamente el elegante reloj de pulsera de plata.

-No sabía que fuera tan tarde.

¿Por qué no les dejo para que hablen con su hija y se vayan a cenar? El programa que les recomiendo se halla expuesto aquí con todo detalle. Es necesario que dispongan ustedes de tiempo para absorberlo y comentarlo juntos.

-Recogió los papeles, los guardó en la cartera y se levantó-.

¿Le parece bien que le llame mañana a su despacho, señor Livingston? Si tiene usted alguna pregunta o desea que le haga alguna aclaración, gustosamente le contestaré y se lo aclararé todo por teléfono.

O regresaré de nuevo a visitarle. Les agradezco infinito el tiempo que me han dedicado.

Minutos más tarde, tras haber sido acompañado hasta la puerta por un perplejo señor Livingston, Howard Yost se acomodó tras el volante de su Buick y se esforzó por comprender lo que le había ocurrido.

Jamás le había sucedido nada igual. Pero es que antes no tenía cuarenta y un años. Y antes no llevaba catorce años casado. Y antes no había comprendido que jamás alcanzaría el éxito. Y antes tampoco sabía qué es lo que había pasado por su lado y qué es lo que jamás tendría.

Giró la llave de encendido y puso en marcha el vehículo. No le apetecía regresar a casa. Pero es que no tenía dónde ir. Media hora más tarde se encontraba en casa.

El trayecto a través de la autopista y el paseo Ventura hasta llegar a Encino le había tranquilizado un poco y le había devuelto parte de su equilibrio más cierta sensación de culpabilidad. Entró en la casa, dejó la cartera, se quitó la chaqueta, se aflojó el nudo de la corbata y vio a Elinor en el comedor poniendo la mesa para la cena.

-Hola, cariño.

Mira quién ha llegado a casa.

-Ya era hora -dijo ella-.

Será la primera vez.

-¿Qué quieres decir?

-Venir a cenar a una hora normal, como hacen otras personas.

Su esposa terminó de poner la mesa y se dirigió al salón, él la contempló experimentando una sensación de culpabilidad por lo de Gale, experimentando pesar y una sensación de fracaso por no haber insistido lo bastante ante los Livingston en relación con la póliza y comprendiendo que estaba en deuda con ella por sus defectos.

Extendió los brazos en actitud burlona de romanticismo y esperó a que se le acercara.

-Te echaba de menos -dijo-. He regresado a casa más temprano porque te echaba de menos. Estás preciosa.

Ella se alisó el cabello.

-Estoy hecha un asco y lo sabes muy bien. No me trates como a tus clientes.

Yost dejó caer los brazos y ella se le acercó y le besó abrazándole brevemente para darle a entender que lamentaba haberse mostrado involuntariamente tan áspera.

-¿Cómo están los chicos? -preguntó él.

-Tim-me está dando algunos quebraderos de cabeza. Quisiera que hablaras con él. Si tú le hablas, te escuchara..

Nancy no ha asistido a clase de ballet. Creo que está resfriada. Bueno, ya que estás aquí, ¿te parece que podremos cenar dentro de quince minutos?

-Antes me gustaría tomarme un trago. ¿Me acompañas?

-No, gracias.

El se encogió de hombros, se encaminó al mueble bar de madera de cerezo, lo abrió, sacó una botella de vermut y otra de ginebra y preguntó:

-¿Y a ti qué tal te ha ido el día?

-Como siempre. Muy ocupada. No sé ni cómo se me ha pasado. Ordenar la casa por la mañana. He pasado la aspiradora. He vaciado los cajones de la alcoba y los he arreglado. He sacado muchos calcetines viejos y camisas que ya no te pones. Quisiera que les echaras un vistazo y me dijeras cuáles puedo desechar.

Después... vamos a ver... he hecho algunas compras en el mercado. Tu padre ha llamado y me ha tenido hablando por teléfono por lo menos una hora. Me temo que no tendremos más remedio que afrontar la situación, Howard..Se está haciendo viejo.

Ah, sí, también ha llamado Grace. Acaban de pasar cuatro días en Las Vegas. Se lo han pasado estupendamente bien. Ojalá pudiéramos marcharnos de vez en cuando como hacen otras personas.

-Ojalá tuviéramos un poco de dinero para hacer lo que hacen otras personas -dijo él amargamente mientras se terminaba de preparar el martini.

-¿Qué pretendes decir? ¿Que gasto demasiado?

-No pretendo decirte nada, Elinor. ¿Por qué no me dejas beber en paz y echarle un vistazo al periódico de la mañana?

-Ahora resulta que soy una pesada.

-Yo no he dicho que fueras una pesada. He dicho que me gustaría disponer de un ratito para descansar antes de la cena.

Elinor le miró enfurecida, se mordió la lengua, se volvió y se encaminó hacia la cocina.

Yost abrió el periódico por la página deportiva y, sorbiendo el martini, se hundió en el sillón.

Leyó los resultados de béisbol mientras se terminaba el martini y empezó a sentirse mejor. Llegó a la conclusión de que si un martini le hacía a uno sentirse mejor, dos martinis tal vez le hicieran sentirse bien.

Se levantó, se llenó prácticamente el vaso con ginebra, añadió un chorro de vermut y después se dirigió a la cocina a por una aceituna.

Al verle entrar en la cocina, Elinor miró el vaso y frunció el ceño.

-¿No irás a tomarte otro, verdad? más parecen tres vasos que dos.

-¿Y por qué no? -dijo él-. Estamos en un país libre.

-Porque sé el efecto que te produce. Bueno, la cena ya está casi lista.

-Puede esperar.

-No puede esperar. Se va a enfriar todo.

¿Es que no puedes prescindir del segundo vaso por una vez?

-No, maldita sea. Déjame en paz, Elinor, ¿quieres? He tenido un día muy ajetreado.

Esperó a que ella le preguntara cariñosamente a qué se había debido el ajetreo y le demostrara comprensión.

Pero Elinor había vuelto a prestar toda su atención al estofado de buey.

Entonces Yost se dio cuenta de que él no se había mostrado en modo alguno comprensivo con el ajetreado día de su esposa. Estaban empatados.

Regresó al salón decidido a emborracharse. Bebió pausadamente.

Elinor emergió varias veces de la cocina para mirarle con ojos de reproche y preguntarle si ya estaba dispuesto.

No lo estaba y así se lo dijo, pero media hora más tarde, ligeramente anestesiado, empezó a mostrarse amable con Elinor y, al final, se reunió con ella para cenar.

En el transcurso de toda la cena se dedicó a mirarla con simpatía y a asentir sin dejar de comer mientras escuchaba distraído el relato detallado de todos los acontecimientos de su jornada.

El temario, pensó Yost, era espantoso. Un tratado acerca de cómo se hacen las camas. Una historia de intrascendentes llamadas telefónicas. Una diatriba acerca de los precios de los alimentos. Un informe psicológico acerca de los hijos y los problemas de éstos. Una revisión fiscal de las finanzas familiares con especial hincapié en las facturas no pagadas y los acreedores. Una genealogía desfavorablemente equilibrada en relación con los parientes de Yost. Un deseo de escapar, de descansar un poco, de hallar un poco de alivio. Esto último Yost lo comprendía muy bien.

En resumen, experimentó afecto hacia ella y deseó que se le correspondiera con afecto. Ella también era una persona, una persona que le pertenecía, y, bien mirado, a él hubieran podido irle peor las cosas, mucho peor.

Estaba empezando a experimentar los efectos de la borrachera y Elinor volvía a antojársele tan joven y atractiva como antes.

Se acrecentó su sensación de bienestar y se inclinó hacia ella mirándola con una burlona expresión lasciva.

-Oye, encanto, ¿te apetece que nos acostemos temprano y nos hagamos un poco el amor? Ella hizo una mueca y se acercó un dedo a los labios.

-Ssss.

¿Por qué hablas tan alto? ¿Quieres que te oigan los niños?

-Ya saben que no les trajo la cigueña.

¿Qué dices, cariño? -Digo que ya era hora que me demostraras un poco de interés. -Se secó la boca con la servilleta, se levantó y empezó a quitar la mesa-.

Ya veremos.

De repente se sintió abandonado, sereno, de nuevo en casa como siempre.

Empujó la silla hacia atrás y se levantó para buscar un puro.

Lo encontró, lo encendió y se preguntó si sucedería lo mismo en otros lugares y con otras mujeres.

¿Sucedería lo mismo en el caso de la pareja de la Casa Blanca o de la pareja del palacio de Buckingham o del presidente de la Compañía de Seguros de Vida Everest y su esposa en su residencia de Manhattan? ¿Sucedería lo mismo en el caso de aquellos astros cinematográficos que vivían en Holmy Hills o Bel Air? Eso no era posible que le sucediera a uno que fuera alguien con poder y riqueza y toda la libertad y las alternativas del mundo.

Elinor había regresado al comedor y estaba quitando el mantel.

¿Tenemos algo en el programa de esta noche? le preguntó él.

-Si te refieres a si vamos a ver alguien.... no, hasta el sábado por la noche.

-¿Y qué haremos el sábado por la noche?

-Prometimos ir a casa de los Fowler, a jugar un poco al "gin rummy".

-¿Otra vez?

-¿Pero qué te ocurre, Howard? Creía que te resultaban simpáticos.

-De vez en cuando, de vez en cuando. ¿Y ahora qué vas a hacer?

-Terminar de arreglar la cocina. Y después quiero que no me estorbes. Tengo que coser un poco.

Y, si no tuviera demasiado sueño, querría terminar de leer aquella novela para devolverla a la biblioteca antes de que expire el plazo.

-¿Dónde están los niños?

-Pegados al aparato de televisión, ¿dónde si no? A veces pienso que somos demasiado indulgentes porque les permitimos ver estas idioteces una noche sí y otra también.

Debieras ponerte un poco serio a este respecto.

Permitirles mirarla sólo cuando hubieran terminado los deberes y ordenado sus habitaciones como es debido.

Debieras ver el desorden que reina en sus cuartos.

-Muy bien, de acuerdo.

Elinor se dirigió de nuevo a la cocina y él salió al pasillo para decirles hola a su hijo de doce años, Tim, que ya era tan alto como él a esta edad, y a su hija de diez años, Nancy, que se estaba convirtiendo en una niña muy guapa a pesar de las abrazaderas que llevaba en la dentadura.

Entró en la habitación que jamás habían terminado de amueblar y que utilizaban como cuarto de juego para encerrar en él a los niños sobre todo cuando había invitados.

Tim y Nancy se hallaban sentados sobre la alfombra marrón con las piernas cruzadas, mirando atentamente la pantalla del aparato de televisión en color.

-Hola, monstruos -les saludó Yost.

Tim levantó una mano y le saludó sin volverse. Nancy se puso rápidamente de rodillas para besarle.

-¿Qué estáis mirando? -les preguntó señalando el aparato.

-Una birria de película del Oeste -repuso Tim-.

Estamos esperando lo que vendrá después.

-El estreno -añadió Nancy-.

Va a haber un programa de una hora dedicado al estreno de la gran película de Sharon Fields "La prostituta real" en el Teatro Chino Grauman.

Asistirá Sharon Fields en persona.

-Es muy llamativa -dijo Tim sin apartar los ojos de la pantalla.

-Es la que más me gusta de todas -dijo Nancy.

Yost se sentó en el borde de un desvencijado sillón, fumando el puro y recordando súbitamente el extraño encuentro de la noche anterior en el bar del All-American Bowling Emporium.

Si se atreviera a contárselo a alguien, creerían que estaba loco.

Aquel escritor chiflado, Adam Malone, el sedicente experto en Sharon Fields, con su descabellado plan de llevársela y raptarla en la seguridad de que a ella no le importaría les había sacado a todos de quicio.

Ahora tuvo una incontrolable visión de la joven Gale Livingston sentada frente a él con las piernas levantados y separadas y sus suaves muslos, atormentándole con aquella franja de las bragas.

Su imaginación borró a Gale y la sustituyó por Sharon Fields, la actriz del cuerpo más hermoso y provocador de la tierra, sentada frente a él con las piernas levantadas y separadas y dejando al descubierto lo que había entre ellas.

La noche anterior, aquel tipo raro de Malone con sus fantasías había puesto por unos momentos a Sharon Fields al alcance de su vida.

Santo cielo, la de locos que andaban sueltos por la ciudad.

Pero la imagen de Sharon Fields siguió grabada en sus pensamientos.

-¿Sería posible que alguna mujer resultara tan hermosa en persona como en la pantalla? Se preguntó cómo sería Fields en persona. ¿Sería posible que resultara tan fabulosa como en las películas o las fotografías para las que posaba? Lo dudaba. Jamás sucedía tal cosa.

Y, sin embargo, no sería tan famosa y venerada si no poseyera algo auténtico.

-¿A qué hora empieza el estreno? -les preguntó a los niños.

Tim se miró el reloj de astronauta.

-Dentro de diez minutos -repuso.

Yost se puso en pie.

-Que os divirtáis pero que os vayáis después a la cama en seguida.

Se dirigió a la cocina.

Elinor estaba ordenando los platos de espaldas a él.

Yost se le acercó y la besó en la mejilla.

-Cariño, acabo de acordarme.

Tengo que salir una o dos horas.

No tardaré mucho.

-Pero si acabas de llegar.

¿A dónde vas ahora?

-Al despacho. Tengo que ir por unos papeles que he olvidado.

Tengo que prepararle un programa especial a un posible cliente de mañana. Podría ser un buen pellizco.

Elinor se irritó levemente.

-¿Por qué no puedes ser como los demás hombres? Los hombres saben hacer otras cosas aparte de trabajar. ¿Es que no podemos disponer de un poco de tiempo para nosotros?

-Es un medio de ganarse la vida -repuso él-. Si pudiera lograr que me aceptaran algunos de estos programas, es posible que pudiéramos descansar un poco más.

No lo hago sólo por mí, ¿sabes?

-Lo sé, lo sé. Todo lo haces sólo por nosotros. Bueno, procura no estar fuera toda la noche.

-Voy al despacho y vuelvo en seguida -le prometió él.

Se dirigió al armario para descolgar la chaqueta.

-Si el tráfico de la autopista no fuera muy denso, podría llegar a Hollywood en cosa de veinte minutos.

Estaba seguro de que no llegaría demasiado tarde para poder verla en persona.

Aquel mismo martes, a las seis y media de la tarde, Leo Brunner todavía seguía trabajando el fondo del despacho particular de Frankie Ruffalo, situado encima del conocido "key club" de Ruffalo, El Traje de Cumpleaños del Sunset Strip de Hollywood Oeste.

El Traje de Cumpleaños, que ofrecía a sus socios almuerzos, cenas, cócteles y la diversión constante que procedía de una pequeña orquesta y varias danzarinas desnudas de cintura para arriba o de cintura para abajo, era una de las más lucidas cuentas de Leo Brunner y la preferida de éste sin ningún género de dudas.

Varios días antes de que tuviera lugar su visita mensual destinada a revisar las cuentas del libro mayor de Ruffalo, Brunner ya se solazaba pensando en aquella aburrida tarea.

Para ser un perito mercantil titulado, las operaciones de Leo Brunner eran más bien modestas y sus clientes eran de los de ingresos poco elevados.

En una oficina de dos estancias y una sola secretaria, en el tercer piso de un triste y sombrío edificio comercial de la zona menos elegante de la Avenida Occidental, Brunner llevaba a cabo la mayoría de su trabajo.

En su propio despacho, flanqueado por una máquina de escribir y una calculadora (tan importante para él como uno de sus miembros), Brunnner se encargaba de escribir: preparar y enviar por correo los resúmenes de los informes, las solicitudes de confirmación a los clientes o acreedores de sus clientes y las sugerencias o recomendaciones acerca de la mejora de los procedimientos de contaduría y archivo.

Lo que más le gustaba de su trabajo era salir de su despacho para visitar el despacho de un cliente y examinar los libros de éste en su propio terreno.

Pero ninguna de estas visitas te resultaba tan satisfactoria como la visita mensual que realizaba al atrevido club particular de Frankie Ruffalo.

Varias veces, cuando abandonaba el club y bajaba por la escalera que conducía a la salida posterior, Brunner se había detenido entre bastidores para presenciar brevemente la actuación de las chicas de Ruffalo.

A veces sólo bailaba una muchacha.

Otras veces había toda una hilera.

Las muchachas siempre eran jóvenes, bonitas y extremadamente bien formadas.

Aparecían desnudas de cintura para arriba y empezaban a girar y oscilar al ritmo de la música y, hacia la mitad de su actuación, se quitaban los pantaloncillos o faldas cortas y dejaban al descubierto las nalgas y la parte frontal.

Brunner jamás había tenido ocasión de observarlos de cerca tal como podían hacer los clientes -danzaban desde el escenario a lo largo de una pasarela elevada que se proyectaba directamente hacia el centro del local-, pero incluso desde lejos el espectáculo se le antojaba muy estimulante.

Esta noche, inclinado sobre el segundo escritorio de detrás del despacho particular más lujosamente amueblado de Ruffalo comprobando las cuentas del libro mayor, Leo Brunner que estaba más distraído que de costumbre y que le resultaba muy difícil concentrarse.

A través de la puerta cerrada del despacho le llegaba la música de abajo y el apagado murmullo de las conversaciones y las risas y la diversión y los aplausos.

Le estaba costando Dios y ayuda concentrarse en aquellos debes y haberes cuyos números no hacían más que confundirse y danzar ante sus ojos.

Esta noche, realizar el trabajo le había costado el doble de tiempo, pero, si se concentraba bien, lograría estar listo en veinte minutos.

Sin embargo, le costaba manejar los libros con su habitual eficiencia y, al final, se reclinó contra el respaldo del chirriante sillón giratorio y se preguntó por qué, se preguntó qué debía ocurrirle.

Se alisó los cuatro pelos canosos que le cubrían parcialmente la calva, se quitó las gafas metálicas para descansar un poco la vista y se concentró involuntariamente en sí mismo para examinar sus pensamientos.

Pensaba que aquella lentitud tal vez se debiera a la edad. Tenía cincuenta y dos años, llevaba treinta casado con la misma mujer y no tenía hijos.

Pero no podía ser cosa de la edad o de la falta de forma. Porque Brunner se dedicaba a un trabajo sedentario y siempre había vigilado su peso.

Medía metro setenta y tres y pesaba setenta y cinco kilos, lo cual estaba muy bien.

Llevaba muchos años practicando tres ejercicios matinales para mantenerse en forma.

Comía con regularidad saludables alimentos orgánicos y yogourt.

Dudaba que aquella lentitud se debiera a la edad o a la baja forma.

Había leído que muchos hombres de cincuenta y dos años eran unos grandes amantes muy codiciados por mujeres más jóvenes.

Reflexionando acerca de aquella situación, se le ocurrió una idea y comprendió inmediatamente lo que le estaba sucediendo. La causa de su falta de concentración había sido un sentimiento que acababa de descubrir.

Bueno, en realidad, dos sentimientos, uno de resentimiento y otro de autocompasión. Brunner era un hombre suave, un hombre tímido, un hombre tranquilo exento de envidia y celos. Jamás se había considerado una persona que pudiera mostrarse resentida contra alguien o algo.

Sin embargo, el resentimiento lo tenía en su interior como una especie de úlcera flotante y comprendió que estaba resentido, no contra alguien o algo en especial, sino contra la propia vida, la forma de vida que le había estigmatizado convirtiéndole en un pasivo a largo plazo y no ya en un activo.

La vida le había desdeñado y había pasado de largo, mientras que abajo había hombres de su misma edad e incluso hombres de más de cincuenta y dos años totalmente libres de prejuicios, independientes, con abultadas carteras y whiskys con soda, admirando a preciosas muchachas desnudas y a veces llevándose a estas muchachas a sus mesas y después a sus alcobas, sin que ello les indujera a pensar otra cosa que no fuera eso: que la vida podía resultar divertida para la gente que sabía divertirse y podía permitirse el lujo de pagarlo.

Estaba resentido contra el hecho de que un Hacedor o alguna Fuerza Cósmica hubiera facilitado a la mayoría de las personas los medios y el derecho a disfrutar de los placeres, otorgando en cambio a una minoría de la que él formaba parte unos medios limitados y un derecho limitado a ser acémilas a las que sólo estaba permitido un mínimo de complacencia hedonista.

Todo aquello constituía una terrible iniquidad y, sí, se mostraba resentido a causa de esta injusticia.

Metiéndose la mano en el bolsillo para buscar la bolsa de semillas de soja que siempre llevaba consigo, la abrió, se metió en la boca unas cuantas semillas y siguió reflexionando acerca de su negativo, francamente negativo, estado mental.

El dolor dominante que experimentaba era debido a la autocompasión.

Había cometido un error muy temprano, a los veintidós años, y aún lo estaba pagando.

Hubiera querido echarle la culpa a Thelma pero comprendía que era absurdo culparla a ella. La elección se había debido a él.

Y, sin embargo, él tampoco había tenido la culpa. Había sido víctima de su pasado, de sus padres tan desabridos y de su educación tan severa y, al enamorarse de Thelma en el transcurso de su último año de estudios en la Universidad de Santa Clara y verse correspondido por ésta como jamás nadie le había correspondido, se aferró a esta posibilidad única de poseer a alguien que se preocupara por él.

Su intención había sido la de convertirse en abogado, deseaba serlo, poseía cualidades para el desempeño de esta profesión y había tenido en proyecto dedicarse a ella.

Es más, incluso, le habían aceptado la instancia de admisión a la facultad de Derecho de la Universidad de Denver.

Pero en su lugar se casó con Thelma y, al quedar ésta embarazada, se sintió lógicamente orgulloso de que su esposa dependiera de él y se sintió responsable por ella y por el hijo que había de nacer.

Lo menos que podía ofrecerles a ambos era un sustento.

Desistió de proseguir sus estudios en la facultad de Derecho de Denver, redujo sus aspiraciones y se conformó con un peritaje mercantil, que en cierto modo se le antojaba un respetable primo lejano de la abogacía.

Siguió unos cursos nocturnos y aprobó todas las asignaturas, necesarias, según la legislación californiana, para pasar a las pruebas finales.

Estudió como un loco, se sometió a las mismas en San Diego, las pasó con brillantes calificaciones y se convirtió en todo un perito mercantil titulado.

Entre tanto, su hijo había nacido prematuramente.

Nació muerto y Thelma ya no pudo tener más hijos.

Tras pasarse tres años empleado en una empresa de administración de Beverly Hills - una empresa demasiado grande para poder ofrecer oportunidades de promoción y demasiado poderosa para su miserable personalidad retraída-había decidido empezar a trabajar por su cuenta en su misma casa utilizando a Thelma como secretaria.

más tarde, rebosante de sueños de gloria, había abierto despacho propio, el mismo triste despacho que había conservado durante todos estos años.

No había dado resultado o, por lo menos, no había dado el resultado que esperaba, ahora lo comprendía claramente.

Había personas de su profesión, contables no mejores que él, que habían alcanzado la cima.

Tenían clientes famosos, empresas importantes y espaciosos y elegantes despachos particulares.

A veces hasta se llamaban a sí mismos administradores de empresas y en tal caso ganaban más dinero y eran tratados con más respeto si cabe.

Leo Brunner jamás había conseguido tal cosa. Suponía que ello se debía a que no era lo suficientemente extrovertido, a que no tenía dotes de vendedor y jugador.

No poseía ni esta personalidad ni este sentido.

Estaba destinado a ser no un letrero sino un número, un número muy cercano al cero.

0, mejor dicho, para regodearse más en la autocompasión, se le ocurrió pensar que no estaba destinado a otra cosa más que a ser una calculadora humana, una calculadora que casualmente también andaba y hablaba.

Se había conformado y hasta se había sentido satisfecho de los pequeños y vulgares clientes escasamente románticos.

Llevaba los libros de una carnicería, de una empresa de camiones, de un pequeño fabricante de juguetes, de una cadena de puestos de hamburguesas, de un establecimiento de

alimentos orgánicos (en el que, en lugar de recibir una paga completa, estaba autorizado a adquirir comida a precio de mayorista).

La cuenta de Ruffalo, la posibilidad de llevar los libros de El Traje de Cumpleaños, la había conseguido accidentalmente a través de uno de sus clientes que era socio del club.

En el transcurso de un acoso por parte de las patrullas de represión del vicio y los inspectores del departamento de lucha contra la obscenidad, a Ruffalo le hizo falta un contable conservador y discreto que le ordenara rápidamente los libros para el caso de que la policía aprovechara el pretexto del impuesto sobre bienes muebles para cerrarle el local.

Brunner resultó muy adecuado y fue contratado inmediatamente.

Brunner pensaba ahora que las mismas cualidades que en cierto modo le habían impedido abrirse camino en calidad de perito mercantil le hubieran ayudado a alcanzar el éxito como abogado.

El peritaje mercantil era una profesión gris y, si te dedicabas a ella siendo también una personalidad gris, acababas resultando invisible.

En cambio, la abogacía era una profesión más brillante, vistosa y llamativa en la que el hecho de ser incoloro te convertía en más digno de crédito, más honrado y respetado, permitiéndote así alcanzar el éxito.

Si hubiera dado aquel paso y hubiera estudiado Derecho, lo hubiera conseguido. Hoy en día sería rico y afortunado.

Estaría abajo, sentado junto a una de las mesas de primera fila de El Traje de Cumpleaños, bebiendo champán y viviendo la vida hasta el fondo en lugar de verse obligado a permanecer encerrado en un sombrío y anónimo despacho cualquiera.

La culpa había sido suya desde un principio. No se lo reprochaba a nadie.

A pesar de que Parmalee, su vecino y mejor amigo de Cheviot Hills, que se encontraba también en sus mismas condiciones, lo atribuía a otra cosa.

Parmalee era muy dado a comentar, siempre que se le ofrecía la oportunidad de hacerlo, que tanto él como Brunner -ambos habían abandonado los estudios de Derecho para casarse muy jóvenes-habían sido víctimas de los conceptos morales de su tiempo.

Era una época en la que se consideraba que había que casarse con una mujer para poder mantener relaciones sexuales con ésta.

Y Parmalee y Brunner habían echado por la borda sus carreras y su futuro para poder gozar de la sexualidad sin experimentar sentimientos de culpabilidad.

De haber vivido en la época actual, las cosas hubieran sido muy distintas. No hubieran considerado necesario casarse para poder acostarse con sus chicas.

Hubieran podido proseguir los estudios que habían elegido y gozar al mismo tiempo de una sexualidad libre de sentimientos de culpabilidad.

Y aquí estaba Brunner, un contable descarrilado que no se dirigía a ninguna parte.

Y allí estaba Parmalee, pegado desde hacía veinte años a su profesión de agente del Servicio de Impuestos sobre Bienes Muebles sin posibilidad alguna de prosperar.

Todo aquello era muy triste.

Leo Brunner suspiró y volvió a colocarse las gafas sobre el caballete de su puntiaguda nariz, se inclinó hacia adelante sentado en la silla giratoria y se dispuso a reanudar su trabajo y terminarlo cuanto antes.

Acababa de tomar el lápiz cuando se abrió bruscamente la puerta del despacho e irrumpió en la estancia Frankie Ruffalo.

Brunner fue a saludarle, pero Ruffalo ni siquiera había advertido su presencia y se dirigió a toda prisa hacia el gran escritorio de madera de roble.

Ruffalo era un hombre moreno, de pequeña estatura, ojos de abalorio y fino bigote, que, al parecer, se pasaba la vida estrenando atuendos caros, como la chaqueta de ante y los pantalones que lucía en aquellos momentos.

Para ser un hombre de negocios tan próspero era sorprendentemente joven, Brunner calculaba que debía tener treinta y tantos años.

Quitándose la elegante chaqueta sin bolsillos, Ruffalo la arrojó a un sofá y, al hacerlo así, se dio cuenta de que no estaba solo.

-Ah, Sig me ha dicho que estaba aquí.

Pensaba que ya habría terminado y se habría ido.

-He tenido que ordenar muchas cosas, señor Ruffalo.

Podré estar listo dentro de media hora.

-No, no se preocupe.

Quédese donde está y siga trabajando. Yo tengo otras cosas que hacer.

Me ha dejado una de mis mejores chicas. Tengo que hacer unas pruebas para sustituirla inmediatamente.

-Podría irme a otro...

-No, no, quédese donde está. No nos molestará.

Nadie se percatará de su presencia.

Brunner no creía posible que nadie se percatara de su presencia.

-De veras, señor Ruffalo, si va usted a probar a algunas chicas, tal vez prefiere estar solo con...

-He dicho que se quede -le interrumpió Ruffalo en tono impaciente-.

Pero, bueno, ¿es que voy a tener que decírselo por escrito? Perdone pero tenerle aquí en el despacho conmigo es como estar solo.

Y se lo digo como un cumplido. Siga, pues, con su trabajo.

Para Brunner aquello no era en modo alguno un cumplido. Estaba acostumbrado a los ataques cotidianos de la vida contra su dignidad. Hacía tiempo que se había resignado a no ser una persona, a no ser más que un dibujo de papel de pared.

Pero esta noche tenía la sensibilidad a flor de piel y la observación de Ruffalo, le hizo daño.

Procuró concentrarse en las cuentas pero los movimientos y las palabras de Ruffalo le distraían.

Ruffalo había descolgado el teléfono y, al parecer, estaba llamando a los vestuarios de abajo.

-Oye, Sig, ¿cuántas hay? -Escuchó-.

Muy bien, envíame a tres.

Al terminar de hablar por teléfono, Ruffalo, empezó a pasear por la estancia, después se dirigió a la puerta, la abrió y asomó la cabeza.

-Muy bien, chicas, moved los traseros. Por aquí.

Regresó al escritorio y empezó a tamborilear sobre su superficie con los dedos de bien cuidadas uñas.

Sin mover el lápiz, Brunner estaba mirando hacia la puerta.

Las tres entraron rápidamente en el despacho, una tras otra, y todas ellas saludaron cordialmente a Ruffalo coqueteando un poco.

Ruffalo las saludó con un gesto de la mano y le ordenó a la última que cerrara la puerta.

-Muy bien, chicas, no perdamos el tiempo -dijo Ruffalo-.

Poneos allí, delante del sofá.

Las tres mujeres se dirigieron sumisamente al sofá y se quedaron de pie sobre la blanca y peluda alfombra.

Simulando trabajar, Brunner las contempló por el rabillo del ojo.

Todas eran bonitas, tal vez un poco ordinarias por lo que respectaba al atuendo y los modales pero jóvenes y llamativas.

-Ya sabéis por qué estáis aquí -les dijo Ruffalo sin más preámbulos-.

Estoy seguro de que Sig ya os habrá puesto en antecedentes.

Voy a contratar a una de vosotras.

Quiero que ya empiece a actuar en el último espectáculo de esta noche.

¿Habéis entendido? Las jóvenes asintieron al unísono.

-Muy bien, pues. Empecemos por ti -,dijo Ruffalo señalando a la muchacha de la cabellera platino, que tenía más cerca-.

Dime cómo te llamas, de momento el nombre de pila, tu último empleo, el motivo por el que te marchaste o fuiste despedida y lo que mejor sabes bailar para un club como el nuestro. Te escucho.

La rubia platino poseía boca rosada, labios húmedos y aspecto nórdico.

Lucía un jersey color púrpura de cuello cisne, una cortísima falda amarilla, pantimedias y botas de cuero color morado. Tenía una voz estridente.

-Me llamo Gretchen. Trabajaba de modelo en la agencia Grossser. Era modelo de ropa interior. Un fabricante de las prendas que yo presentaba... bueno, a su mujer yo no le era simpática, me parece que estaba celosa y consiguió que me despidieran.

Eso fue hace algunos meses, últimamente no ha habido mucho trabajo en la industria de la confección.

-¿Lo que mejor sabes bailar? -preguntó Ruffalo.

-Sé menearme y oscilar.

-Bien.

La siguiente.

Los ojos de Brunnner enfocaron a la muchacha de en medio, más baja que las otras y también más llenita..

Tal vez midiera un metro sesenta y dos. Llevaba corto el cabello castaño, poseía unas ventanas de la nariz muy anchas y el busto más exuberante que las demás. Lucía una camiseta suelta y unos pantalones de terciopelo a juego con el color de su cabello.

-Me llamo Vicky.

Actuaba dos veces por noche en el Figón de Al, cerca del aeropuerto. Un sitio de camareras desnudas de cintura para arriba. Clientela acaudalada. Me marché al empezar a salir con un dentista cliente habitual de allí que quería casarse conmigo. Me fui y estuve viéndome con él un año. Después nos peleamos y él me dejó. Estoy dispuesta a volver a empezar. Sé bailar una danza del vientre estupenda.

-Muy bien. ¿Estás en forma?

-Véalo usted mismo señor Ruffalo -repuso Vicky sonriendo.

-Lo haré -le prometió Ruffalo-.

Ahora tú -dijo señalando a la tercera.

Poseía lustroso cabello rojizo que le caía hasta los hombros, un redondo y cremoso rostro de ingenua, hombros y caderas muy anchas pero cintura muy fina y piernas largas.

Vestía un ajustado traje que le llegaba hasta la rodilla, iba sin medias y calzaba sandalias. Hablaba arrastrando las palabras y jugueteaba con su cabellera.

-Puede llamarme Paula.

Soy modelo de fotógrafo. En cueros. Me detuvieron en San Francisco por posesión de droga. Era reincidente y estuve en la sombra algún tiempo. Después pensé que me convendría trasladarme a vivir aquí, He empezado a buscar trabajo para hacer algo distinto.

-¿Ya no tiene nada que ver con la droga? -preguntó Ruffalo.

-¿Usted qué piensa? Pues claro que no. Estoy completamente limpia. Jamás he bailado profesionalmente, pero he tomado lecciones. Cosas de tipo interpretativo.

Estilo Isadora Duncan. Pero también sé bailar cosas más animadas. Y entonces mi cuerpo resulta estupendo. De veras que me gustaría actuar aquí.

Ruffalo, que había estado sentado en el borde del escritorio, se levantó súbitamente.

-Todo bien, hasta ahora.

Ahora viene lo más importante. -Señaló con la mano a las tres muchachas-. Vamos a ver lo que tenéis. Quitaos la ropa.

En el rincón más alejado del despacho, Brunner tragó saliva y se apartó del libro mayor hundiéndose en el asiento y mirando furtivamente a las muchachas para comprobar si éstas se habían percatado de su presencia o se sentían cohibidas.

Pero, al parecer, ninguna de ellas se había dado cuenta de que en la estancia hubiera alguien más que Ruffalo y sus competidoras.

Obedecieron la orden y empezaron a desnudarse muy despacio.

Brunner jamás había presenciado nada parecido, tres preciosas mujeres desnudándose al mismo tiempo, haciéndolo sin vacilar y probablemente con sumo gusto.

Los ojos de Brunner iban de una a otra sin saber en cuál detenerse, procurando captar de una sola vez todos los fragmentos de epidermis que iban quedando al descubierto.

Gretchen se quitó despacio y con mucho cuidado el jersey de cuello cisne para no despeinarse el cabello platino. Llevaba un sujetador blanco con relleno que se desabrochó y arrojó sobre el diván.

Tenía los pechos pequeños, altos y cónicos, con unos pezones rosados, diminutos y puntiagudos. Se bajó la cremallera de la falda y se la quitó.

Ahora apoyó alternativamente el peso del cuerpo en cada uno de los pies para quitarse las botas de cuero y las dejó a su lado. Después se quitó también las pantimedias y se irguió.

Poseía un vientre plano, un tórax prominente y una fina mancha de vello que no ocultaba la línea de la vulva.

Vicky, la más menuda, se había quitado la camiseta y, al quitarse la banda transparente que hacía las veces de sujetador, sus pesados pechos se aflojaron ligeramente. Se quitó los zapatos y después emergió con mucha habilidad de los pantalones de terciopelo.

Debajo sólo llevaba unas bragas tipo bikini. Se las quitó también. Se alisó el vello castaño de abajo y después miró sonriente a Ruffalo, esperando.

Ruffalo había estado prestando más atención a Paula, que se había entretenido en desabrocharse lentamente los botones de la espalda y en quitarse muy despacio el vestido.

Debajo no llevaba nada, ni sujetador, ni bragas. Sólo llevaba el vestido.

Desde su rincón Leo Brunner la miró con la boca abierta.

Paula parecía la más desnuda y la más excitante de las tres, con aquellos anchos hombros carnosos, aquellos grandes y redondos pechos y aquellos anchos muslos enmarcando una alargada mancha de vello que le subía hasta la mitad del vientre.

Brunner se percató de que le estaba sucediendo algo que llevaba muchos meses sin sucederle.

Notó que se le estaba produciendo una erección.

Se acercó más al escritorio rezando para que nadie le viera.

Pero entonces volvió a recordar que ni siquiera sabían que estuviera vivo.

Brunner miró a Ruffalo, que se había levantado de su sillón de ejecutivo para acercarse a las muchachas e inspeccionarlas minuciosamente.

Guardó silencio al detenerse frente a Gretchen, le dio a Vicky una ligera palmada en el vientre y después se agachó para palparle una pantorrilla.

-Me parece que te has mantenido en forma -dijo.

-¿Qué le había dicho? -comentó Vicky.

Ruffalo permaneció de pie frente a Paula examinándola de pies a cabeza con el ceño fruncido.

-Date la vuelta, Paula.

Ella se dio la vuelta para mostrar las nalgas y después volvió a describir un círculo completo.

-Todo el mundo dice que tengo un trasero estupendo -dijo con mucha convicción.

-No está mal -murmuró Ruffalo contrayendo los ojos-.

¿Seguro que ya no tienes nada que ver con las drogas?

-Se lo juro.

No me atrevería a correr el riesgo de que volvieran a pillarme.

-Ya veremos.

Muy bien, chicas.

Paula se queda con el empleo.

Pero vosotras dos seguid en contacto conmigo un par de días. Si no me da resultado o me engaña, os llamaré a una de vosotras. Ya podéis vestiros.

Mientras Gretchen y Vicky se vestían rápidamente, Paula se adelantó.

-Muchas gracias, señor Ruffalo. No se arrepentirá.

-Ya veremos.

Tienes dos horas libres. Pero procura estar aquí a las nueve y media. Empezarás a actuar a las diez. Pero primero habla con Sig, él te indicará lo que debes hacer y te hará ensayar los movimientos.

Te indicará el sueldo y las horas de trabajo que tendrás que hacer esta semana.

-Se dirigió hacia la puerta-.

Gracias, chicas, muchas gracias. Y se fue.

Solo en el despacho con las mujeres, dos de ellas parcialmente vestidas y una completamente desnuda, Brunner se sintió ardoroso y ruborizado.

Procuró simular no hacerles caso, enfrascado en su trabajo, pero advertía que le miraban y en su cerebro giraban en torbellino toda una serie de descabelladas posibilidades.

Miró furtivamente y vio que nadie le miraba, que Gretchen y Vicky ya se habían vestido del todo y se estaban despidiendo de Paula y deseándola buena suerte.

Se fueron y se quedó Paula, completamente desnuda.

A Brunner hasta le costaba trabajo tragar saliva. Procuró no fijarse en ella, no ser atrevido. Podía verla medio danzando y medio paseando por la estancia, canturreando alegremente.

Después la vio detenerse y mirar a su alrededor.

Su mirada cruzó la estancia más allá de Brunner y ni siquiera se detuvo en éste, cruzó más allí como si él fuera un objeto inanimado, como si fuera una calculadora, vamos.

Y su mirada descubrió lo que estaba buscando.

Empezó a cruzar la estancia acercándose cada vez más a Brunner como una torre de carne exquisita con aquellos descarados pechos oscilando levemente.

Brunner contuvo el aliento pero ella pasó por su lado sin hacerle caso y sin pronunciar ni una sola palabra.

Se detuvo ante la máquina de agua fría, tomó un vaso de papel encerado, lo llenó y bebió con evidente placer.

Después arrojó el vaso a una papelera, pasó de nuevo junto a Brunner como si éste no existiera, se acercó al sofá , se calzó las sandalias, recogió el vestido y se lo puso alegremente sin dejar de canturrear. Cinco minutos más tarde abandonó el despacho.

Y Brunner se quedó -¿con qué?-con una diminuta mancha húmeda en la bragueta y la amarga sensación de no existir para ninguna de aquellas personas que poblaban su imaginación y agitaban sus deseos.

Aquellas muchachas, la buena vida, todo aquello era para la gente de verdad, para personas visibles con identidad propia, para los triunfadores, para los que son alguien, él era un absoluto don nadie. Un cero.

Y eso no estaba bien, no estaba ni medio bien, porque dentro tenía muchas cosas ocultas pero latentes que le decían que era una persona, una persona realmente interesante que los de fuera ni siquiera se tomaban la molestia de mirar. Era una persona que se merecía algo, que se merecía cosas mejores. Reanudó tristemente su trabajo.

Tardó casi una hora en poder cerrar los libros. Al terminar comprendió que ya era demasiado tarde para poder cenar en casa. A Thelma le había dicho que no le esperara si no aparecía a las siete y media.

Ahora ya eran las siete y media pasadas. Thelma y su hermana mayor, Mae, que vivía con ellos, ya habrían cenado. Decidió llamar a su esposa, decirle que se comería un bocadillo en un restaurante de alimentación sana que había a dos manzanas de distancia y que volvería en seguida a casa.

Brunner marcó el número de su casa. Y quiso la mala suerte que contestara al teléfono su cuñada Mae. Ello significaba que tendría que soportar las bromas que ésta le repetía cada vez que finalizaba su tarea mensual en El Traje de Cumpleaños.

Su cuñada solía gastarle bromas acerca de aquel trabajo tan duro que muchos hombres le envidiarían, pasándose el día rodeados de mujeres desnudas, y que a eso se le llamara trabajar. Gruñendo para sus adentros, se reclinó en la silla y esperó a que Mae terminara con sus bromas.

Cuando ésta hubo terminado de atacarle sin piedad, Brunner le pidió que se pusiera Thelma al teléfono. Su esposa se puso al aparato.

-¿Eres tú, Leo? ¿Dónde estás? ¿Pero sabes qué hora es?

-Todavía estoy en el club. Ya termino. ¿Habéis cenado?

-Sabes que sí. Hace una hora por lo menos.

-Entonces me tomaré un bocadillo en un sitio de ahí cerca, a pocas manzanas de distancia de aquí.

-Vigila lo que comas, Leo.

-Lo haré, lo haré. Creo que podré estar en casa dentro de una hora. ¿Te apetece ir al cine esta noche? Me parece que en el Culver City dan una cosa muy buena.

-Gracias por pensar en mí, pero esta noche no me apetece, Leo. Si te doliera como me duele a mí, lo que querrías es acostarte y morir.

Ya estaba acostumbrado a eso.

-¿Cómo te encuentras? ¿Te ocurre algo?

-Otra vez la artritis. Los hombros y la espalda. Me ha estado matando todo el día. Esta noche ni siquiera me lavaré la cabeza. Me meteré en la cama para descansar un poco. Si te apetece ir al cine, ve tú, Leo. Te doy permiso.

-Ya veremos.

Bueno, no tardaré mucho, Thelma.

-Cuando vuelvas a casa, ya estaré durmiendo, si tengo esa suerte.

-Buenas noches, Thelma.

Colgó el teléfono y se quedó inmóvil en la silla. No tenía apetito. No le apetecía comer nada. Tal vez una película.

Eso era una especie de escapada. Tomó el periódico de la mañana que había sobre el escritorio.

Abriéndolo por la sección de espect culos, empezó a echar un vistazo a los anuncios.

De repente sus ojos se posaron en un gran anuncio rodeado de estrellas: "¡Esta noche extraordinario estreno! ¡Sharon Fields en persona!" Leo Brunner se incorporó en su asiento y contempló, fijamente la fotografía de una Sharon Fields medio desnuda, en una lánguida y sugestiva posición supina.

Su mente retrocedió a la extraordinaria aventura de la noche anterior en la bolera de Santa Mónica.

Al extraño joven que pensaba que podrían llegar a conocer a Sharon Fields e incluso... pero es que aquel joven era un psicópata, sin lugar a dudas.

Leo Brunner contempló de nuevo el anuncio.

Jamás había estado en un estreno con asistencia personal de los intérpretes. Jamás había visto a Sharon Fields en persona.

Si las tres muchachas que habían estado en el despacho habían resultado tan sexualmente provocadoras, Brunner se imaginaba que Sharon Fields resultaría cien veces más excitante.

Se sentía inquieto, sumido en la autocompasión y ligeramente deprimido. Y allí había un extraordinario acontecimiento gratis. Allí estaba la oportunidad de contemplar a la joven más deseable del mundo.

Asistir a tal acontecimiento, gozar de la contemplación de semejante mujer quizá contribuyera a animar su triste vida y a equilibrar un poco un día especialmente desgraciado. .Leo Brunner tomó una decisión. La noche era joven. Aún tendría tiempo de ir al cine.

Aquel mismo martes, a las siete y veinte de la tarde, Adam Malone, dirigiendo constantemente los ojos hacia el reloj de la pared, se hallaba arrodillado entre cajas de comida para gatos junto al segundo mostrador del Supermercado Pearless, del paseo Olympic, sabiendo que tendría que darse mucha prisa para llegar a tiempo al estreno.

Dado que sólo se dedicaba a horas a aquel trabajo de chico de almacén -lo había elegido porque de este modo podía dedicar el resto del día a escribir-su horario de trabajo era bastante flexible.

El día anterior le había dicho al encargado que se marcharía a las siete y media en punto y el encargado había accedido a regañadientes.

Ahora Malone vio que sólo disponía de diez minutos para marcar el precio y colocar en su sitio el resto de las latas.

Malone rasgó rápidamente las tapas de las cuatro cajas que quedaban.

Después, consultando la lista de los últimos precios, tomó los sellos de goma correspondientes y empezó a marcar las latas de atún, de menudillos troceados, de subproductos cárnicos, pescado e hígado.

Marcó en ocho minutos todas las latas y la colocó en el estante adecuado. Ahora tenía que darse mucha prisa. Se llevó las cajas vacías y corrió al cuarto de los empleados, situado detrás de la sección de alimentos importados.

Quitándose el manchado delantal, se dirigió al cuarto de baño..Se mojó el cabello y se restregó la cara y las manos, y se peinó cuidadosamente el ondulado cabello castaño oscuro.

Secándose la cara y las manos con la toalla, se examinó frente al espejo. En tales ocasiones, Malone siempre procuraba arreglarse al máximo para el caso de que pudiera llegar a conocer casualmente a Sharon Fields. Deseaba ofrecer su mejor aspecto.

La imagen del espejo le mostró lo que vería Sharon Fields: un abundante cabello, una frente ancha de creador, unos soñadores ojos castaños, una nariz recta y una boca simpática, una mandíbula bien definida, cuya línea estropeaba un poco un grano inesperado, y un cuello recio con una nuez muy visible.

Y parecía más alto que el metro setenta y cinco que medía gracias a que era delgado.

Satisfecho y tirando de sus pantalones azules de punto, Malone descolgó la chaqueta de pana y cruzó rápidamente el establecimiento, las puertas automáticas de cristal y el aparcamiento.

Procuró recordar dónde habría dejado su coche usado extranjero, un MG verde, y entonces lo vio en la tercera fila de vehículos justamente delante suyo.

Mientras se dirigía al coche, se escuchó un claxon seguido de una voz femenina.

-¡Hola, Adam! Se detuvo para localizar a la que le estaba llamando y descubrió a la muchacha que le saludaba desde la ventanilla de su Volkswagen.

Se volvió y vio que era Plum.

Se trataba de una muchacha sencilla, simpática y amable, cliente habitual del supermercado.

Hablaban con frecuencia cuando ella acudía a efectuar sus compras. Trabajaba de cobradora en un banco de allí cerca.

Debía tener unos treinta años. Vivía sola y Malone sabía que estaba enamorada de él.

Le gustaban sus modales desconfiados y el hecho de que fuera un intelectual. Jamás había conocido a ningún escritor y le fascinaba haber conocido a uno. Varias veces le había insinuado que le gustaría que acudiera a su apartamento para tomar unas copas y cenar, pero él nunca se había dado por enterado.

Sabía con toda certeza que no le costaría el menor trabajo conseguir acostarse con ella, pero jamás había querido llegar hasta las últimas consecuencias.

-Hola, Plum -la saludó acercándose al coche-. ¿Qué hay?

-Si quieres que te diga la verdad, llevo esperándote un cuarto de hora. Un chico de reparto me dijo la hora en que ibas a salir. Te diré de qué se trata. Espero que no pienses que soy demasiado impertinente.

Malone empezó a sentirse incómodo.

-Pues claro que no, Plum.

-Muy bien.

Alguien del banco... bueno, la señora, que dirige nuestra sección del banco, ofrece una fiesta esta noche. Me parece que es el cumpleaños de su amigo o algo así. Ha preparado una cena fría y me ha invitado diciéndome que trajera a alguien. Entonces he pensado en alguien que me resultara simpático y en seguida me he acordado de ti. -Plum le miró esperanzada-. Espero... espero que no tengas ningún otro plan para esta noche.

Malone se preguntó muy turbado cómo podría rehusar sin mostrarse grosero.

Era una buena persona y Malone, que era incapaz de ofender a nadie, no sabía cómo librarse de semejante invitación.

¿Se vería obligado a cambiar sus planes? Plum no significaba absolutamente nada para él. Le era totalmente indiferente. Entre una noche con ella y una noche con Sharon no cabía la menor duda en cuanto a la elección.

-Lo siento mucho, Plum -le dijo-, pero tenía otros planes. Precisamente ahora me iba a la cita. Si me lo hubieras dicho con un poco de antelación, pues... Se encogió de hombros y ella hizo lo propio.

-"C est la guerre" -dijo-. Otra vez será.

-Pues claro que sí -dijo Malone-. Cuídate.

Retrocedió torpemente y después se volvió para alejarse.

Una vez en el MG se miró el reloj. Llegaría muy justo.

Puso en marcha el motor, puso marcha atrás y, recorriendo a toda prisa el paseo Olympic en dirección a la avenida Fairfax, comprendió que no le había contado a Plum ninguna mentira.

Tenía otros planes, una noche completamente ocupada.

Primero, el estreno, claro, y un vistazo más a Sharon Fields, la luz de su vida.

Sólo la había visto dos veces en persona y ambas desde lejos.

Hacía tres años la había visto entrar en el Hotel Century Plaza para asistir a un baile benéfico. A principios del año anterior, mientras ella abandonaba apresuradamente unos estudios de televisión, tras aparecer en un programa en el que habían intervenido varios astros, pudo verla desde la otra acera de la calle, porque la policía había acordonado la zona.

Esta noche esperaba, poder gozar de una contemplación más próxima de aquella que él consideraba la única mujer de la tierra. A excepción suya, las demás mujeres eran como muchachos.

Después tenía que acudir a otra cita.

No olvidaba la promesa que le había hecho a los tres caballeros -Shively, Yost, Brunner-en el reservado del bar de la Linterna del All-American Bowling Emporium.

Les había dicho -recordaba casi al pie de la letra sus palabras-, les había dicho: "Si alguno de ustedes cambiara de opinión, y quisiera averiguar cómo podemos hacerlo efectivamente; estaré aquí mañana, en el mismo sitio y a la misma hora".

Era peligroso incluir en su plan a unos desconocidos, pero siempre había sabido, desde que se le había ocurrido la idea de llevarse a Sharon Fields, que no podría conseguirlo solo.

Le hacía falta un colaborador y, a ser posible, varios.

En una empresa tan complicada como ésa, cuantos más fueran más seguros estarían.

Y, sin embargo, jamás le había hablado a nadie de su plan.

Jamás había confiado en nadie.

Si confiaba en una persona inadecuada y se producía un malentendido, la policía le causaría muchos quebraderos de cabeza.

¿Qué le había inducido, pues, a confiar su atrevido proyecto a tres perfectos desconocidos? Acudieron a su mente dos motivos gemelos.

Uno de ellos era de carácter íntimo y personal.

Estaba harto de soñar solo y de vivir y volver a vivir mentalmente su deseo de Sharon Fields.

Había llegado a un punto en que experimentaba la necesidad de poner en práctica el deseo sabiendo que podría hacerlo.

El motivo externo había sido accidental.

Al ver a Sharon Fields en la pantalla de televisión, tres hombres sentados junto a la barra de un bar habían manifestado espontánea y unánimemente un deseo hacia ella, y dos de ellos habían llegado al extremo de reconocer públicamente que lo darían todo y arriesgarían cualquier cosa a cambio de poseerla.

Aquellos extraños habían expresado con palabras lo mismo que él llevaba guardado celosamente en su cabeza desde hacía tanto tiempo.

Inmediatamente les había considerado hermanos mosqueteros y se había visto a sí mismo como D'Artagnan -todos para uno y uno para todos-. Y todos para Sharon Fields.

Aprovechando la ocasión, se había adelantado, había quebrantado su silencio había revelado a otras personas su más íntimo sueño.

Era comprensible que le hubieran rechazado a la primera.

Se trataba de unos hombres que, al igual que la inmensa mayoría de hombres, no estaban acostumbrados a creer que un sueño imposible pudiera convertirse en una realidad posible por medio de una acción directa.

Por otra parte, si sus deseos de cambiar de vida fueran lo suficientemente intensos, si sus crecientes decepciones estuvieran a punto de estallar, era muy posible que se mostraran dispuestos a reconsiderarlo, a visitarle aquella noche en el bar, apuntarse a la causa y emprender la arriesgada misión codo con codo y junto a él.

En caso contrario, se decía Malone, no habría perdido nada. Seguiría conservando su sueño. Esperaría, observaría y algún día, en algún lugar, encontraría a otro Byron lo suficientemente romántico como para acompañarle en su búsqueda de Sharon Fields. Giró a la avenida Fairfax y corrió velozmente hacia el paseo Hollywood.

Había aparcado en una pequeña travesía a tres manzanas del Teatro Chino de Grauman y, medio caminando y medio saltando, se había dirigido hacia la gran masa de gente.

Los focos lanzaban sus luminosos haces hacia el cielo y Malone siguió avanzando ciegamente como una polilla en dirección a la fuente de aquellas luces.

Llegó a la congestionada zona casi sin resuello.

Había llegado con cinco minutos de retraso, y las limousines conducidas por chóferes y cargadas de astros estaban empezando a vomitar a sus personajes famosos.

A ambos lados de la entrada del local había unas gradas abarrotadas de vociferantes y ruidosos admiradores.

Había también un inmenso gentío en las aceras y los mirones, que formaban cinco o seis filas, eran mantenidos a distancia por medio de cordones de policía.

Malone se encontró situado detrás de un segmento de muchedumbre que no le permitía ver nada, ni las limousines que iban llegando ni las ceremonias que tenían lugar a la entrada del local.

Entonces, recordando una estratagema que le había dado muy buen resultado en otra ocasión, se sacó de la cartera la tarjeta de socio de la Sociedad de Autores de América, la sostuvo en alto por encima de su cabeza y empezó a avanzar entre la inquieta muchedumbre

al tiempo que gritaba: -¡Prensa! ¡Déjenme pasar, soy de la prensa! El reflejo condicionado se produjo de inmediato. Al igual que los perros de Pavlov, los plebeyos respondieron, y los espectadores se hicieron respetuosamente a un lado para dejar paso libre al Cuarto Poder.

Fue un trayecto agotador que le llevó, sin embargo, a la primera fila detrás de las cuerdas, un punto bastante ventajoso desde el que podía contemplar a los astros descendiendo de sus limousines.

Los vio avanzar hacia la plaza profusamente iluminada de la entrada del local, en la que dos cámaras de televisión y Sky Hubbard entrevistaban a los célebres personajes antes de que éstos penetraran en el edificio.

Esforzándose por verlo mejor, Malone empujó al hombre que tenía al lado y a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio.

El hombre se irguió y se dirigió a Malone muy enojado.

-No empuje, haga el favor. ¿Quién se ha creído que es?

Malone reconoció inmediatamente el enfurecido mirón.

-!Shively! -exclamó-. Qué sorpresa.

Shively le escudriñó, le recordó y entonces se desvaneció su enfado.

-Conque es usted.

Hola, qué casualidad.

Sobre el trasfondo del ruido, Malone se esforzó por hacerse entender:

-A quien menos me esperaba encontrar es a usted. ¿Cómo es posible?

Shively se inclinó y le murmuró ásperamente al oído: -Estoy aquí por el mismo motivo que usted, muchacho.

Para echarle un vistazo de primera mano al trasero más extraordinario que existe. Me aguijoneó usted la curiosidad.

-Estupendo, no se arrepentirá.

-Malone apartó la mirada preocupado-. ¿Ya ha llegado?

-No, pero está al llegar.

Ambos contemplaron la prolongada serie de alargados y lustrosos automóviles que iban llegando -una limousine Cadillac, un Lincoln Continental, conducido por un chofer-, todos ellos descargando a atractivas mujeres con sus acompañantes vestidos de etiqueta, la flor y nata de la industria cinematográfica.

Una recién llegada, que lucía el pecoso rostro sin maquillar y producto la impresión de acabar de levantarse de la cama, fue objeto de grandes aplausos.

Malone escuchó que la identificaban como a Joan Dever, y recordó vagamente que era una de las exponentes del nuevo estilo natural, famosa por haber tenido hijos fuera del matrimonio.

De repente, entre el acompañamiento de un creciente murmullo de anticipación procedente de las gradas, se acercó al bordillo de la acera un suntuoso Rolls Royce Corniche descapotable de color marrón.

Malone tiró muy excitado del brazo de Shively.

-Ya está aquí. Es su coche.

El conserje del teatro abrió la portezuela trasera del Rolls Royce y descendió del mismo un rechoncho y elegante sujeto con gafas, de cerca de cincuenta años.

Miró parpadeando la masa de rostros y las cegadoras luces.

-Su representante personal -anunció Malone con profundo respeto-. Félix Zigman. Se encarga de todos sus asuntos personales.

Zigman se había inclinado hacia el interior del vehículo para ayudar a alguien, y poco a poco, casi a cámara lenta, emergió primero la mano enjoyada, después el brazo desnudo, el leve pie y la clásica pierna, la larga melena rubia, el célebre y extraordinario perfil, la temblorosa prominencia del famoso busto y, finalmente, la sensual espalda.

Había emergido del todo y ahora permanecía de pie con sus verdes ojos y sus húmedos labios entreabiertos sonriendo para agradecer el clamor y los aplausos que, poco a poco, se fueron, convirtiendo en vítores y gritos, "¡Sharon! ¡Sharon! ¡Sharon!" gritaban tumultuosamente cientos de gargantas.

Regiamente, con una estola de armiño cubriéndole los hombros y el cuerpo envuelto en un ajustado traje de lentejuelas con corte lateral, que despedía destellos a cada movimiento de sus caderas y muslos, Sharon Fields agradeció con una fugacísima sonrisa aquella estruendosa recepción.

Hipnotizado por su presencia -jamás , había estado tan cerca de ella, a sólo nueve metros de distancia, Malone se quedó momentáneamente sin habla.

Estaba allí en toda su dimensión, sin el filtro de una cámara.

Sus relucientes ojos se quedaron clavados en ella, viéndola efectuar uno de sus conocidos gestos teatrales.

Se quitó de los hombros la estola de piel, se la arrojó a Zigman y, sin ningún impedimento, dejó al descubierto el profundo escote del traje, la hendedura del busto, los suaves hombros y la espalda desnuda.

Irguiéndose y sacando el pecho para comprimirlo contra el traje de lentejuelas, se volvió graciosamente hacia una dirección y después hacia otra levantando un brazo para agradecer las constantes ovaciones de sus reverentes admiradores.

Ahora, con expresión de dicha orgásmica dibujada en el rostro, empezó a avanzar lánguidamente desde el bordillo de la acera hacia las cámaras de televisión y la entrada del local.

Era una forma de andar sinuosa y envolvente, sus nalgas ondulaban bajo el ajustado traje, y el flexible movimiento de los perfectos muslos casi transformaba el traje en carne femenina.

-No... no lleva nada debajo, ¿sabe? -dijo Malone jadeando-. Igual que Harlow y Marilyn Monroe.

Pronto se perdió entre una emboscada de fotógrafos que la iluminaron con sus "flashes" como si fuera un árbol de Navidad.

La diosa de la sexualidad fue visible una vez más mientras contestaba a las preguntas que le estaba dirigiendo Sky Hubbard, en una entrevista transmitida a toda la nación.

Después, otro saludo con la mano a los vociferantes admiradores y desapareció en la caverna del Teatro Chino de Grauman.

Shively y Malone se miraron el uno al otro mudos de asombro.

-¿Qué le ha parecido? -preguntó Malone recuperando el habla.

-Santo cielo -repuso Shively sacudiendo la cabeza-, he visto muchas cosas en mi vida, pero jamás había contemplado una carrocería parecida.

¿Cómo es posible que Dios haya otorgado un busto y un trasero como ésos a una sola chica? -Es perfecta -dijo Malone solemnemente.

-Vamos -dijo Shively-. Por lo que a mí respecta, no necesito ver otra cosa.

-Estoy de acuerdo -dijo Malone.

Al parecer, había otros que también se mostraban de acuerdo, porque buena parte de la muchedumbre empezó a dispersarse.

Shively y Malone se retiraron lentamente entre los espectadores que aún quedaban, ambos sumidos en tus propios pensamientos.

Shively se detuvo en seco, señalando hacia adelante.

-Mire, ¿no son los tipos que estuvieron con nosotros anoche? Malone escudriñó hacia adelante y vio en la acera, frente a un puesto de helados, a Howard Yost y Leo Brunner enfrascados en una conversación.

-Pues, sí, son los mismos. -dijo Malone.

-Menuda sorpresa, más parece una reunión -dijo Shively-. Vamos a ver qué se traen entre manos.

Al cabo de unos momentos, se reunieron los cuatro, y Brunner y Yost explicaron tímidamente que aquella noche no tenían nada que hacer y habían acudido allí para ver cómo era un estreno.

-Tonterías -dijo Shively alegremente-.

¿Para qué engañarnos? A ninguno de nosotros le importa un comino ver un estreno.

Todos hemos venido para ver con nuestros propios ojos si es lo que todo el mundo dice: la mujer más preciosa de la tierra.

Yost soltó una estruendosa carcajada.

-Ya veo que no hay quien le tome a usted el pelo, Shively.

Reconozco que he querido cerciorarme de si era verdad. Y vaya si lo es.

-Puede estar bien seguro -dijo Shively-.

Lo único que he pensado, cuando la he visto quitarse las pieles y echar a andar, es qué tal sería darme un revolcón con ella.

Lo único que puedo decir, señores, es lo que ya dije anoche en el bar. Sólo que ahora rectifico.

Daría todo lo que tengo o pueda llegar a tener, por una sola noche -fíjense bien-, una sola noche, con esta tía tan fabulosa.

-Lo mismo digo terció Yost.

Brunner sonrió levemente moviendo la cabeza.

Shively apuntó con el dedo a Malone, dirigiéndose a los demás.

-No nos engañemos.

Debemos nuestra presencia aquí a nuestro amigo Malone y a nadie más.

Nos ha vuelto locos con Sharon Fields. Nos ha entusiasmado con la posibilidad de echarle las manos encima y de tenerla para nosotros.

-Estudió a Malone-.

¿Sigue usted pensando lo mismo, muchacho?

-¿Lo mismo?

-¿Que podríamos llegar a conocer a esta Sharon Fields en persona?

-Pues claro -repuso Malone-, no se ha producido ningún cambio. Jamás lo he dudado ni por un momento. Anoche se lo dije y lo repetiré. Si quieren conocerla, pueden hacerlo -todos podemos hacerlo-colaborando y siguiendo mi plan.

-¿Qué podemos perder? -preguntó Shively y mirando a los demás y encogiéndose de hombros-.

Hace veinticuatro horas que me vuelvo loco pensando en esta Sharon Fields.

Quiero saber si he perdido el tiempo por nada.

¿Probamos a averiguar si aquí nuestro amigo Malone nos está tomando el pelo o bien habla en serio?

-Esta noche me presto a cualquier cosa para divertirme un poco -repuso Yost-. ¿Qué dice usted, Brunner?

-Dispongo de unas cuantas horas de libertad.

-Estupendo -dijo Shively rodeando los hombros de Malone con el brazo-. Muy bien, gran cerebro, vamos a conocernos los cuatro un poco mejor.

Y tal vez hablemos también un poco de lo que bulle en su cabeza.

¿Conocen algún sitio de aquí cerca donde podamos tomar un trago y charlar sin que nos molesten? Se apretujaron en el espacioso Buick de Yost dado que se sentían temerarios y rumbosos, decidieron trasladarse al bar del Hollywood Brown Derby de la calle Vine.

Mientras que el restaurante de al lado aparecía lleno de gente y ruido, el bar Derby estaba relativamente tranquilo y escasamente ocupado.

Les costó muy poco esfuerzo encontrar un cómodo reservado que les aislara del puñado de clientes que había.

Una vez hubieron pedido los tragos y éstos fueron servidos, se produjo un embarazoso silencio, como si ninguno de los tres hombres que Adam Malone había reunido se mostrara todavía dispuesto a dar crédito al improbable sueño de éste.

Al final, contemplando aquel lujoso y caro lugar de reunión de los personajes célebres, Kyle Shively inició una conversación que pronto se centró en lo que Malone comprendió que constituía el tema preferido del mecánico.

-La primera vez que vengo a un sitio tan elegante -reconoció Shively-. Ahora ya sé lo que me pierdo.

¿Han visto lo que cobran por una miserable bebida sin alcohol? Hay que ser Onassis o Rockefeller para venir a un sitio así.

El que diga que en esta llamada democracia no hay sistema de castas es un idiota.

Y entonces empezó a referir la injusticia de que había sido objeto por parte de la señora Bishop, que le había humillado, le había dicho sin rodeos que no era suficiente para ella, siendo así que él hubiera podido ofrecerle mucho más que su marido o cualquiera de sus adinerados amigos.

-Lo único que no podía ofrecerle era una buena cuenta bancaria -dijo Shively-.

Sí, de nada te sirve un miembro largo cuando tienes una cuenta corriente muy corta.

Esta discriminación me pone furioso. Y, tal como yo digo siempre, no hay forma de cerrar la brecha y ser iguales, porque los ricos cada vez son más ricos.

-Así es, efectivamente, señor Shively -dijo Leo Brunner.

Se quitó solemnemente las gafas y las empezó a limpiar con el extremo de su servilleta mientras proseguía-: Uno de estos últimos años hubo en este país cinco personas con unos ingresos de más de cinco millones de dólares que no pagaron ni tan sólo cinco centavos en concepto de impuestos sobre la renta.

En este mismo período hubo un magnate del petróleo con unos ingresos de veintiséis millones de dólares en doce meses que consiguió legalmente no pagar el impuesto sobre la renta.

En un solo año, la industria Acero de los Estados Unidos obtuvo unos beneficios de ciento cincuenta y cuatro millones de dólares, y no pagó en concepto de impuestos ni un maldito centavo.

Gracias a unas estratagemas legales, los individuos acaudalados o las grandes empresas consiguen librar de los impuestos a cincuenta y siete mil quinientos millones de dólares

anuales y, para compensarlo, cada familia de los Estados Unidos se ve obligada a pagar aproximadamente mil dólares al año.

Y téngase en cuenta que ello sucede en un país en el que cuatro de cada diez personas viven en la pobreza y las privaciones.

Soy todo lo contrario de un radical, señores. Podría decir que soy más bien conservador en muchas cosas, incluida la política fiscal. Me adhiero sin reservas al sistema de la libre empresa, pero nuestra estructura tributaria es tremendamente injusta.

Tras pronunciar su monólogo, Brunner se deshinchó como un globo de gas que hubiera perdido todo el helio.

Se hundió en su asiento como si se hubiera vaciado y encogido.

-Exactamente, amigo mío -dijo Shively, satisfecho de que un experto hubiera corroborado sus puntos de vista-. Es justamente lo que yo digo siempre.

-Bueno, nadie lo niega -dijo Yost acariciándose pensativo la mofletuda mejilla-.

Aunque siempre he creído que todos tenemos la oportunidad de abrirnos camino, si lo intentamos con denuedo. Sé de muchos ricachones que no nacieron ricos.

No sé, yo no nací rico y, sin embargo, estuve a punto de conseguirlo. Cuando me seleccionaron para el segundo equipo de fútbol americano All-American, en mi último año de estudios en la Universidad de California, se me abrieron toda clase de puertas.

Para algunas personas de allí, yo era alguien.

-Entonces, ¿por qué no es alguien ahora? -le preguntó Shively-. ¿Qué le ocurrió en el transcurso de su carrera hacia el banco?

-No lo sé, de veras que no lo sé -repuso Yost sinceramente perplejo-.

Me parece que hay que descargar el golpe cuando el hierro está candente y yo no debí golpear con la suficiente rapidez o la suficiente fuerza. Porque después el tiempo pasa y la gente se olvida de quién fuiste y de lo que hiciste.

Después aparecen nuevas promesas con renombre más reciente y a ti te olvidan como si fueras agua pasada. Algunos de los jóvenes casados a los que visito en calidad de presuntos clientes ni siquiera han oído hablar de mí.

Es decepcionante, es lo único que se me ocurre decir. Podría contarles algo que me ha sucedido hace escasas horas. Creo que no debiera referirlo, porque es un poco embarazoso y les pareceré un estúpido.

Adam Malone, que había estado tomando sorbos de vino y escuchando, rompió el silencio por primera vez.

-Puede usted confiar en nosotros, señor Yost -dijo amablemente-.

Creo que hemos llegado al acuerdo tácito de mantener en la más estricta reserva, cualquier cosa que podamos revelarnos los unos a los otros.

-Sí -dijo Shively.

Vacilando, con los ojos fijos en el vaso de whisky, Howard Yost se libró de su fingida extroversión, de su falsa fachada, y casi se mostró sincero al referir su visita a la residencia de los Livingston, donde se había sentido atraído y había sido ignorado por Gale, la hija de éstos, no habiendo hallado después en su propio hogar ningún consuelo para sus sentimientos heridos.

-Es lo que yo había estado intentando explicar -dijo Shively.

-Que conste que no menosprecio a mi esposa -se apresuró a añadir Yost-. Ella no tiene la culpa de mis fracasos. Bastante tiene que bregar con sus problemas.

Lo que sucede es que llega un momento en la vida en que te encuentras como acorralado en un rincón y no puedes volverte hacia ningún lado ni salir de la olla a presión.

Malone asintió en ademán comprensivo y dijo suavemente: -La mayoría de los hombres conducen unas vidas de serena desesperación. La frase no es mía. Pertenece a Thoreau.

Brunner pareció emerger una vez más, más allá de la silla.

-Sí, la observación de Thoreau fue muy perspicaz. Supongo, bueno, creo que en cierto sentido podría aplicarse a cada uno de nosotros.

Usted se ha referido a su matrimonio, señor Yost.

Probablemente soy el de más edad de los cuatro cumpliré cincuenta y tres y me imagino que soy el que más tiempo lleva casado.

Treinta años con la misma mujer, por si les interesa saberlo.

Ha sido un matrimonio satisfactorio por muchos conceptos.

Cuando veo las compañeras de otros hombres, pienso con frecuencia que debiera mostrarme satisfecho de mi suerte. Y, sin embargo, me pregunto a menudo si el hombre estará hecho para la monogamia.

Toda la emoción del descubrimiento de los primeros años de matrimonio tiende a desvanecerse con el paso del tiempo. Los compañeros llegan a conocerse demasiado. La pasión se esfuma. La relación pasa a convertirse en algo parecido a unas relaciones entre hermano y hermana.

Y si a ello se añade la monotonía y aburrimiento de la propia actividad laboral con escasos perspectivas de mejora, resulta que el hombre cada vez se desmoraliza y decepciona más. Le quedan muy pocas alternativas. No tiene oportunidad de cambiar o variar. Pierde la esperanza y eso no me parece justo.

Pareció como si Shively no le entendiera demasiado.

-Mire, Leo, una cosa puedo decirle: jamás he estado casado y no sé muy bien qué tal resultado da eso.

Pero no veo por qué no puede usted aprovechar de vez en cuando algún que otro trasero aparte. Para variar, para animar un poco la cosa. Lo hacen la mayoría de los hombres casados que conozco.

-No es fácil para todo el mundo, Kyle -dijo Brunner encogiéndose de hombros. Todos no resultamos igualmente simpáticos o atractivos para las mujeres.

A míme costaría mucho engañar. Tal vez mi inhibición se deba a un sentimiento de culpabilidad.

-¿Quiere usted decir que no ha engañado ni una sola vez a su señora? -le preguntó Shively.

Brunner tomó la servilleta de papel y vaciló sin atreverse a contestar. Al final, apartó a un lado la arrugada servilleta y decidió hablar.

-Bueno, hablando en confianza, le he sido infiel a Thelma dos veces, dos veces en el transcurso de nuestro matrimonio.

La primera vez... bueno, yo no tuve la culpa. Fue una especie de accidente. Sucedió hace unos diez años. Yo tenía una bonita secretaria y ambos solíamos quedarnos a trabajar hasta tarde.

Era la época de recaudación de impuestos, cuando suele acumularse más trabajo. Un día terminamos pasada la medianoche y ella me dijo: "Bueno, ya estamos a mañana y es mi cumpleaños. He traído una botella. Espero que quiera celebrarlo conmigo".

Por consiguiente, para animarnos un poco y para celebrarlo, empezamos a beber. Me temo que nos embriagamos. Lo único que recuerdo es que estábamos en el sofá y ella se había levantado el vestido y yo se lo estaba haciendo.

Fue increíble. No sucedió más que una vez. Ella me dejó al poco tiempo para irse a trabajar a un sitio donde le pagaban mejor.

-Brunner vaciló mirando a los demás y se ruborizó-. Supongo.... supongo que no les parecerá gran cosa.

La segunda vez -bueno, les confesaré que fue el año pasado-acerté a leer un ejemplar de estas escandalosas publicaciones clandestinas. ¿Las conocen ustedes?

-Las leo todas las semanas -repuso Malone.

-Bueno, para mí constituyó una novedad. Aquellos anuncios. Salones de masaje y qué sé yo.

Bueno, había un anuncio de un sitio de la avenida Melrose en el que se decía que si eras aficionado a la fotografía podrías fotografiar desnuda a cualquiera de las bonitas muchachas que allí había. Y resulta que soy aficionado a sacar fotografías Polaroid.

Por consiguiente, una noche en que Thelma estaba ausente de la ciudad por haberse ido a visitar a un pariente achacoso, tomé la máquina y me dirigí al lugar del anuncio. Pagué y me enviaron a una estancia en la que había una hermosa modelo. No tendría más allá de veinte años. Fue al grano en seguida.

Se quitó el vestido -el vestido y las bragas-y se tendió en la mullida alfombra y me dijo que le comunicara cómo quería que posara.

Yo estaba fuera de mí. Estaba tan excitado que ni siquiera podía preparar la máquina.

Ella comprendió lo que me estaba sucediendo y se mostró muy amable.

Me dijo algo así como: "Ven aquí y tiéndete a mi lado. ¿Verdad que no has venido a sacar fotografías?" Hice lo que ella me había aconsejado y después me bajó la cremallera de la bragueta, se me subió encima y lo hicimos.

Fue una experiencia memorable. Aun a riesgo de parecerles ingenuo les diré que jamás lo había hecho de esta forma.

Quiero decir, invirtiendo la posición. Resultó de lo más estimulante.

-Si tanto le gustó -dijo Malone-, ¿por qué no lo repitió?

-No lo sé. Supongo que me avergoncé, un hombre de mi edad y encima casado. No me pareció correcto.

Shively se terminó su bebida.

-Bueno, Leo, no acabo de entenderlo, no me gusta nada eso de privarse de las cosas.

¿Para qué lo guarda? ¿Acaso no siente usted deseos de salir a divertirse un poco?

Brunner asintió enérgicamente con la cabeza. -Desde luego que siento el deseo de entregarme a tales placeres. Supongo que me lo impiden distintos factores.

Una cosa es desear y otra muy distinta poner en práctica los deseos. Supongo que me educaron de otra manera y en otra época en la que la sexualidad se consideraba vergonzosa, y en la que le ensalzaba la castidad o más bien la fidelidad de los hombres.

A este respecto, soy una víctima de mi pasado. Al igual que les sucede a muchos hombres de mi edad. Somos unos tullidos mentales. Además, siempre temo que una mujer más joven no me quisiera o incluso que se burlara de mí. Pero deseos, sí, Kyle, siento deseos.

-Creo que para mí es más fácil -dijo Yost-.

Por el ambiente en que me muevo. Me dedico constantemente a visitar a posibles clientes. Entre ellos figuran muchas divorciadas o viudas jóvenes. De vez en cuando me apunto un tanto. Y me invitan a mezclar el trabajo con el placer. No está mal.

-Se echó a reír-. Ha habido cosas inolvidables. Pero les diré en confianza que a veces resulta excesivamente complicado. A veces quieren verte con regularidad y eso no es fácil

siendo padre de familia. Francamente, si he de serles sincero, lo prefiero más claro. Nada de jaleos emocionales. Pagas, lo consigues y te largas.

-¿Se refiere usted a las prostitutas y rameras? -preguntó Malone.

-Pues, claro, amigo mío. En este sentido me considero afortunado.

Por lo menos una o dos veces al año asisto a una convención de seguros. Estatal y nacional. El año pasado organizamos la convención en el Fontainebleau de Miami Beach.

El sitio estaba lleno a rebosar de posibilidades. Había una prostituta en particular, una elegante belleza cubana de unos veintinueve o treinta años que conocí en el Bar del Caniche. A cien la noche.

Pero son noches que hacen que la vida merezca la pena vivirse. Es vivir como viven los privilegiados.

-Cada loco con su tema, Howie -dijo Shively esbozando una mueca-.

No quiero despreciar lo que hagan los demás para conseguirlo. Pero, por lo que a mí respecta, soy contrario a pagar a cambio.

¿Por qué pagar habiendo tanto material que lo está suplicando? ¿Qué dice usted a eso, Malone? Para ser nuestro presidente, no es usted muy comunicativo que digamos. ¿Les interesan los escritores a las mujeres?

-Ya lo creo -repuso Malone-. A las mujeres les intrigan todos los creadores. Cuando me apetece, no me cuesta mucho trabajo encontrar a alguien disponible. En realidad.

-¿Qué ha escrito usted? -le interrumpió Yost-. ¿He leído algo suyo?

-No es probable -repuso Malone tímidamente-. No me han publicado nada importante, ni libros ni historias cortas en publicaciones de amplia difusión.

Hasta ahora mis trabajos sólo han aparecido en publicaciones de reducida tirada, en revistas literarias trimestrales. Te pagan con el prestigio pero del prestigio no se come. Por ello me veo obligado a desempeñar otros trabajos secundarios hasta que alcance el éxito algún día.

-¿Qué clase de trabajos secundarios? -preguntó Brunner.

-No soy muy exigente.

Me basta cualquier trabajo que me permita ganar un poco de dinero y me deje el tiempo suficiente para escribir.

Empecé trabajando de sustituto de maestro de escuela primaria. Pero era una cosa muy limitada y escasamente satisfactoria. Me pasé un año de dependiente, vendiendo zapatos de señora en unos almacenes. Pero me cansé de mirar por debajo de las faldas de las mujeres.

-Usted debe ser un afeminado, hombre -dijo Shively.

-No, soy completamente normal -dijo Malone sonriendo-.

En cualquier caso, este último año me lo he pasado trabajando a horas en un supermercado del Olympic. Es un trabajo que no requiere esfuerzo ni concentración. Y me permite disponer de tiempo para ir pensando en mis relatos mientras me gano la vida.

Y, a propósito, eso de trabajar en un supermercado es un buen sistema para conocer a muchísimas chicas solteras del barrio. Están muy dispuestas a actuar tal como dice Kyle Shively.

Con eso del "women's Lib" y todo lo demás se muestran tan agresivas como los hombres. Vienen y te dicen: "¿Qué te parecería, amigo?" Así por las buenas.

-Muy bien, ¿qué te parecería, amigo? -repitió Shively.

-¿Qué significa eso?

-Significa lo que dice que significa. Significa que por qué no vamos al asunto por el que hemos acordado reunirnos esta noche.

Mire, muchacho, hablar de pasadas conquistas es perder el tiempo. Lo pasado, pasado.

Hace tiempo que averig é que acostarse con las mujeres tres o cuatro veces por semana no es gran cosa.

Hace tiempo que aprendí la principal lección. Las mujeres lo desean tanto como los hombres.

Si no eres remilgado -y yo no lo soy-, qué demonios, si se mueve y es pasable yo me apunto.

En este caso todas valen. Pero esta noche no he venido aquí para eso.

¿Sabe por qué he venido?

-Tengo una vaga idea -repuso Malone muy tranquilo.

-No para hablar de las buscadoras y de las mujeres fáciles. De estas mujeres hambrientas de sexualidad que pasan cada día por la estación de servicio -una secretaria, una camarera, una dependienta-, de esas mujeres del montón.

He venido aquí para hablar, no de lo que tengo, sino de aquello de que carezco porque no soy lo que la gente llama un ricachón, ¿comprende usted? Estoy hablando del material de primera clase que tendría que resultar adecuado para Kyle Shively. Estoy hablando de cosas extraordinarias.

-Se detuvo para conferir más fuerza a sus palabras-. Como Sharon Fields quizá. ¿Le parece bien?

-Me parece bien -repuso Malone.

-La he visto esta noche en el estreno. El miembro se me ha alargado un kilómetro. A eso quiero ir a parar. De eso quiero tratar.

Me ha oído decir que me cortaría el brazo izquierdo, el brazo de en medio o cualquier otra cosa a cambio de un material como ése. Quiero metérselo a alguien como Sharon Fields.

Ahora bien, usted es el gran cerebro que dijo que eso sería muy fácil. Anoche casi me convenció. Pero después lo echó usted todo a rodar.

Sin embargo, he pensado en ello, ¿comprende? Y estoy muy dispuesto a dejarme convencer. Sólo que no quiero que me tome el pelo.

-No tengo ningún motivo para tomarle el pelo, Shively.

-Entonces contésteme a una cosa y sabré si se ha estado o no burlando de nosotros.

Admito que sea un entusiasta de esa tía y que sepa muchas cosas acerca de ella. Admito incluso la posibilidad de que haya usted elaborado un plan que pueda dar resultado. Hasta ahora, muy bien. Pero dígame una cosa.

Si lo tiene preparado desde hace tanto tiempo, ¿cómo es posible que jamás lo haya utilizado ni puesto en práctica? ¿Cómo es posible que todavía no haya conseguido conocer a Sharon Fields? Todos esperaban ahora la respuesta de Adam Malone.

Este empezó a hablar lentamente, midiendo las palabras.

-Al principio había elaborado un plan menos atrevido, con el que pensaba que podría apañármelas.

Sí, intenté llegar a conocerla poniendo en práctica el primer plan. Y lo hice de la siguiente forma.

Soy escritor. Hay muchos escritores que escriben artículos acerca de Sharon Fields.

Para ello no tienen más remedio que conocerla al objeto de poder entrevistarla.

Por consiguiente, a pesar de que las revistas cinematográficas no son las publicaciones en las que me interesa colaborar, pensé que valdría la pena rebajarme a cambio de la oportunidad de ver a Sharon Fields.

Me saqué de la manga varios reportajes acerca de ella desde puntos de vista distintos y me dirigí a la Aurora Films para conocerla. No pude pasar del departamento de publicidad.

Al parecer, yo no les era suficientemente conocido, mis credenciales no bastaban para que pudieran autorizarme a someterla a una entrevista.

Además, dijeron que ahora era tan famosa que todo el mundo le pedía entrevistas y ella estaba demasiado ocupada para ello. Me entregaron por tanto toda clase de publicidad en conserva y fotografías y me despidieron afirmando que ellos me proporcionaría material suficiente sobre el que trabajar.

Entonces empecé a pensar. Puesto que me constaba que sabía de ella muchas cosas y que la conocía muy bien, mejor incluso que a muchas muchachas con quienes he salido con regularidad y me he acostado, comprendí que una vez hubiera hallado el medio de conocerla personalmente, conseguiría mi propósito.

Y ella querría amarme tal como yo he querido siempre amarla a ella.

Entonces empecé a elaborar el segundo plan, más arriesgado, que es precisamente el actual.

Observó que Shively se mostraba algo más persuadido pero no del todo satisfecho.

-Muy bien, ¿cómo es posible que jamás haya intentado poner en práctica lo que nos ha dicho que podríamos hacer, es decir, llevársela para poder convencerla y lograr mantener relaciones sexuales con ella?

-Porque es una empresa muy complicada que no puede emprender una sola persona. Por ser quien es resulta mucho menos accesible que la mayoría de las mujeres.

Existen también otras complicaciones, pero no hay ni un solo obstáculo que no haya previsto y solucionado sobre el papel.

Hacen falta varias personas, varias habilidades, una organización de hombres como nosotros. -Se detuvo-.

Puesto que esta noche hemos decidido ser sinceros, les diré que la puesta en práctica de mi plan me la ha impedido también otra razón no distinta a la aducida por Leo Brunner al hablar de las mujeres.

Soy muy hábil en la creación y forja de planes e ideas. Fundamentalmente no soy un hombre de acción. Por consiguiente, siempre procuro buscar a otros que me ayuden a poner en práctica mis ideas.

Shively no apartaba los ojos de Malone.

-Tal vez en Yost, e incluso en Brunner y en mí, haya usted encontrado lo que siempre ha andado buscando.

-Es todo lo que espero.

-Muy bien, basta de tonterías, muchacho. A partir de ahora quiero ser práctico, ¿comprende? Nada de juegos.

Ya me imagino echándole las manos encima. Eso sí me lo imagino. Pero de lo que quiero estar seguro es de lo que seguirá.

Supongamos que nosotros cuatro consiguiéramos echarle las manos encima.

¿Qué prueba absoluta tiene usted de que podríamos hacerlo con ella, de que ella no opondría resistencia y se nos entregaría? Contésteme a eso y ficharé por su equipo.

-Puedo contestarle a su entera satisfacción -repuso Malone-. Poseo pruebas absolutamente documentadas según las cuales, una vez la hubiéramos conocido personalmente, ella se mostraría dispuesta a colaborar.

-Sí, tan fácil como coser y cantar.

-¿Prueba?

-Prueba.

-Se lo demostraré, se lo demostraré todo -dijo Malone con firmeza-. Aquí no. Tendrá que ser en mi apartamento.

Cuando lo vea, se disiparán sus dudas. Estoy seguro de que se mostrará dispuesto a seguir adelante. ¿Quiere venir a mi apartamento mañana por la noche después de cenar? Digamos a eso de las ocho.

Shively apoyó las palmas de la mano sobre la mesa.

-Por lo que a mí respecta, trato hecho.

-Miró a los otros dos-.

¿Quieren ustedes venir sí o no?

-Pues claro que sí -repuso Yost frunciendo el ceño-. ¿Quién no quisiera tratándose de este asunto? Estaré allí. Sólo para saber qué se propone Malone, si me convence usted de que será factible, le seguiré hasta el final.

Ahora estaba esperando que hablara Brunner. Los ojos de éste parpadeaban sin cesar detrás de las gafas. Al final decidió hablar.

-No.... no lo sé.

Puesto que ya he llegado hasta aquí, ¿por qué no seguir?

-Unanimidad -dijo Shively esbozando una ancha sonrisa-. Así me gustan las cosas.

-A mí también -dijo Malone satisfecho-. Será nuestro lema. Todos para uno y uno para todos.

-Sí, no está mal -dijo Shively-.

Muy bien, Malone, díganos dónde vive. Iremos sin falta. Será la primera reunión oficial de la Sociedad "Acostémonos con Sharon Fields".

Malone hizo una mueca y después miró a su alrededor para percatarse de que nadie les había oído. Nadie les había oído.

Se inclinó hacia los demás: -Creo que a partir de este momento será mejor que nos mostremos cautelosos -murmuró-.

Si lo hacemos, tendrá que ser algo absolutamente secreto.

Shively formó un círculo con el pulgar y el índice.

-Muy bien, sellado con sangre -prometió-. A partir de ahora, todo será secreto. Porque algo me dice en la bragueta que eso va a suceder.

-Pues claro que va a suceder -dijo Malone suavemente-.

Y, puesto que así va a ser efectivamente, sugiero otro nombre para nuestro grupo, algo que suene muy inocente..

-¿Como qué? -preguntó Shively.

-Como...como... El Club de los Admiradores.

-Sí -dijo Shively con ojos brillantes-. Me parece estupendo. Eso es lo que somos, compañeros.

A partir de ahora seremos El Club de los Admiradores.

***E***ran las ocho y diez del miércoles por la noche.

Era el momento con el que Adam Malone llevaba un año soñando.

Desde la bandeja colocada encima del aparato de televisión, en la que había botellas, vasos y cubitos de hielo, Malone preparaba y servía tragos sintiéndose invadido por un sentimiento de afecto e identificación con sus tres nuevos amigos, que descansaban en un apartamento de soltero de Santa Mónica.

Estaba Kyle Shively, repantigado en el desvencijado sillón de cuero marrón con una pierna apoyada en uno de los brazos de esta pieza de mobiliario que Malone había adquirido en un almacén de muebles usados del Ejército de Salvación.

Estaba Leo Brunner, sentado rígidamente y con aire muy preocupado en una esquina del sofá cama.

Estaba Howard Yost, sin corbata, recorriendo la estancia y examinando las fotografías y carteles de Sharon Fields -que cubrían dos de las paredes de la misma.

-Oye, Adam -dijo el agente de seguros-, veo que conoces muy bien a Sharon Fields. En mi vida he visto una colección semejante. Tu apartamento parece un museo de carteles. ¿De dónde sacas todo eso?

-De la Aurora Films y de otros estudios para los que ha trabajado Sharon Fields -repuso Malone-.

Algunas cosas las he comprado en tiendas de segunda mano especializadas en arte cinematográfico. Algunas las he conseguido a cambio de fotografías de otras actrices cinematográficas en cueros. Sí, creo que es una de las colecciones más completas del país.

Yost se detuvo ante un cartel de gran tamaño y soltó un silbido.

-Fijaos en ésta. Miradla bien -dijo señalando la fotografía de Sharon Fields en tamaño superior al natural de pie con las piernas separadas, apoyando una mano en la cadera y sosteniendo con la otra un arrugado vestido sin lucir otra cosa más que un fino sujetador blanco y unas ajustadas bragas y desafiando audazmente a sus invisibles espectadores-.

Chicos, ¿no os gustaría tenerla entre vuestros brazos tal como se la ve aquí?

-Malone se apartó del aparato de televisión, pasó entre un estropeado archivador y una mesa y se acercó a Yost para admirar con éste el cartel.

-Es uno de los mejores -dijo-. Se utilizó para los anuncios de "¿Es usted decente?" Es la obra que interpretó Sharon Fields hace cinco años en la que desempeña el papel de una remilgada censora por cuenta propia dispuesta a arruinar a un productor de espectáculos pornográficos que posee una compañía ambulante actuando por toda Nueva Inglaterra.

Para descubrir a este productor, Sharon tiene que fingir ser una artista de "strip" e incorporarse a su espectáculo.

¿Recuerdas la película?

-¿Como no voy a recordarla? -dijo Yost sin dejar de contemplar la enorme fotografía de Sharon Fields-. ¿Y dices que tienes otras?

Malone dio orgullosamente unas palmadas al archivador.

-Cuatro cajones de aquí están llenos de todo lo que puede saberse acerca de Sharon Fields.

Y lo tengo todo cuidadosamente archivado, anuncios, recortes de periódicos y revistas, grabaciones de entrevistas por radio y televisión, fotografías, todo lo que tú quieras. Sin contar mis propias notas.

Shively bajó la pierna que tenía apoyada sobre el brazo del sillón de cuero.

-Vosotros dos, dejad de babear, no perdamos el tiempo y vayamos al grano.

Tú, Adam, ibas a facilitarnos una información completa acerca de la tía.

Andando, pues.

-Ahora mismo iba a hacerlo -repuso Malone.

Mientras Yost se acomodaba al lado de Brunner en el sofá cama, Malone abrió el primer cajón del archivador y sacó tres carpetas.

Buscó un sitio sobre la pequeña mesa circular, abrió las carpetas y empezó a examinar y seleccionar el material.

Al final se volvió para mirar a los demás.

-Aquí está el asunto de que estamos tratando.

Sharon Fields.

Versión abreviada.

Nació hace veintiocho años en una granja tipo plantación de las afueras de Logan, Virginia Occidental.

Buena familia, elegantes aristócratas.

Su padre era un caballero georgiano que se dedicaba a la abogacía. Recibió instrucción primaria en la Escuela de Educación Social de la señora Gussett, de Maryland. Una escuela muy fina.

Después estudió en el colegio Bryn Mawr de Pennsylvania. Se especializó en psicología y estudió también artes teatrales.

En el colegio tuvo ocasión de interpretar el papel de la señora Erlytine en "El abanico de lady Windermere" de Oscar Wilde y el de Wendy en el "Peter Pan" de Barrie.

En el transcurso de su tercer año de estudios, sin que sus padres lo supieran, se presentó a un concurso de belleza y resultó vencedora. Parte del premio consistía en un viaje a Nueva York al objeto de realizar un anuncio para televisión por cuenta de un fabricante de géneros de punto.

El anuncio tuvo tanto éxito que a Sharon la animaron a abandonar los estudios e iniciarse en la carrera de actriz de televisión. Aparte, un profesor particular de arte dramático le dio lecciones según el método Stanislavsky.

Un día, junto con otras jóvenes actrices, pasó modelos de traje de baño en el transcurso de una fiesta benéfica que tuvo lugar en el Plaza.

Resultó que había allí un agente de Hollywood acompañado de su esposa, éste vio inmediatamente la posibilidad de convertir a Sharon Fields en una estrella.

Le preparó una prueba cinematográfica y los estudios la contrataron para un año con un sueldo muy reducido.

Se la llevaron a Hollywood, donde interpretó un pequeño papel en una película de "suspense" llamada "El hotel del terror".

El papel era el de la novia de un gángster. Sólo aparecía en dos escenas. El resto ya lo sabéis.

El pequeño papel produjo una avalancha de cartas de admiradores, hombres en su mayoría, como jamás había recibido cualquier estrella consagrada. Sharon firmó inmediatamente un contrato a largo plazo. Y ahora, veintitrés películas más tarde, se ha convertido en la máxima estrella y el máximo símbolo sexual de toda la historia cinematográfica.

-Malone se detuvo para recuperar el resuello y para rebuscar entre sus papeles más detalles acerca de la carrera de Sharon-.

En cuanto a algunas de las películas en que...

-Ya basta -le interrumpió Shively-.



Librodot

No es necesario que nos convenzas de lo extraordinaria que es. No somos tontos. Lo sabemos. Pudimos verlo anoche con nuestros propios ojos. No hemos venido aquí para eso.

Por lo que a mí respecta, lo que quiero es saber algo más acerca de la vida sexual de esta mujer.

Apuesto a que tiene una vagina más grande que una lancha de desembarco.

-¿Su vida sexual? -preguntó Malone-. Muy bien. Sus relaciones con distintos hombres son del dominio público. Es una de las mejores cualidades de Sharon.

No tiene nada que ocultar. Es muy sincera a propósito de todo lo que hace o ha hecho. En cuanto a los hombres, bueno, ha estado casada dos veces, las dos veces siendo una chiquilla y las dos veces muy rápidas.

La primera vez fue con un universitario que se alistó en el ejército al poco tiempo de haberse ella graduado, lo cual sucedió al mes de haber contraído ambos matrimonio. Fue enviado al Vietnam y le mataron allí.

Poco tiempo después se casó con el agente buscador de talentos que la había descubierto, se llamaba Halen. Se había librado de su primera esposa por Sharon pero, al llegar a Hollywood, se divorciaron. Creo que este último matrimonio sólo duró seis meses.

-Por lo menos ya sabemos que no es virgen -dijo Yost riéndose estúpidamente.

-El matrimonio no es necesariamente una prueba de pérdida de la virginidad -dijo Brunner muy en serio.

-Bueno, creo que no debemos preocuparnos por eso -dijo Malone-.

Aunque no me atrevería a llamar descocada a nuestra chica, creo que ésta siempre se ha comportado en la vida de acuerdo con sus sentimientos y sin inhibición alguna.

Siempre ha sido una hedonista. Jamás ha reprimido sus necesidades sexuales. Siempre las ha satisfecho.

Ya habéis leído los reportajes de sus relaciones amorosas y acerca de su tendencia a acostarse con hombres famosos publicados en las primeras planas de los periódicos.

Ha habido por lo menos media docena de escandalosas relaciones aireadas a los cuatro vientos. Tres de ellas tuvieron lugar con famosos actores, dos de los cuales estaban casados.

Después hubo un púgil, un campeón de peso semipesado. Después un multimillonario perteneciente a la alta sociedad de Boston. Después -ya lo recordáis-aquel apuesto senador del Medio Oeste.

-Sí -dijo Brunner-.

Su esposa se divorció de él y le estropeó la candidatura al presentarse él a la reelección.

-Y sus últimas relaciones -quiero suponer que habrán sido unas relaciones-con el actor británico Roger Clay -dijo Malone-. Decían que iba a casarse con él. Al parecer, tuvieron una disputa y él regresó a Londres.

Ella tiene el propósito de trasladarse a Londres el veinticuatro de junio -faltan unas seis semanas-pero no creo que se proponga verle. De todos modos, podemos suponer con bastante fundamento que en la actualidad no está sexualmente activa.

Y también podemos suponer que le gusta estar sexualmente activa.

-¿Y quién lo dice? -preguntó Shively removiéndose en su asiento.

-Es del dominio público -repuso Malone-. Ella no lo oculta.

Leí el informe de un psiquiatra acerca de la actitud de Sharon en relación con la sexualidad.

Dice muchas cosas. Desde su primera infancia, a pesar del ejemplar ambiente en el que creció, por el motivo que sea siempre ha carecido de confianza, siempre se ha sentido insegura e inadaptada.

Una forma de adaptarse, de ser aceptada por los demás, es la de procurar ser deseada por los hombres.

Es lo que dijo un famoso fotógrafo a propósito de Marilyn Monroe.

"Cuando conocía a un hombre no lo sabía, se sentía segura y a salvo sólo cuando sabía que aquel hombre la deseaba. Por consiguiente, toda su vida se encaminaba a la provocación de este sentimiento.

La única forma que conocía de hacerse aceptar era la de hacerse desear. Y lo mismo sucedía con la máquina fotográfica. Procuraba seducirla como si fuera un ser humano". ésa es Sharon Fields.

-Demonios -murmuró Yost levantándose para volver a llenarse el vaso.

-Ya véis de la clase de persona de que se trata -dijo Malone.

-Todo eso me parece muy bien -dijo Yost preparándose otro whisky-.

Nos has demostrado que la señora es casquivana. Nos has dicho que ella no lo oculta. Pero no nos has demostrado en absoluto que accediera a acostarse con hombres como nosotros, con hombres que no sean magnates cinematográficos, apuestos actores, multimillonarios o políticos, ésa es la prueba que queremos escuchar.

-Eso queremos escuchar -repitió Shively-.

Deja de andarte por las ramas, hijo. Queremos que nos lo demuestres o que calles la boca de una vez por todas.

-Os estaba poniendo en antecedentes, os estaba aleccionando para abriros el apetito -les explicó Malone-. Tengo la mercancía. Os prometí una prueba. Ahora podréis verla.

Sin más palabras, Malone tomó una abultada carpeta de papel manila, se levantó, extrajo toda una serie de recortes y se los entregó a Yost, que los aceptó y cruzó la estancia para ir a sentarse y leerlos.

Malone le entregó otro montón de recortes a Brunner y después le entregó a Shively la carpeta con el resto de los recortes.

Mientras los tres empezaban a leer los recortes, Malone se situó en el centro de la habitación para observar sus reacciones y esperar su veredicto.

Después, sin poder contenerse por más tiempo, Malone prosiguió mientras los demás seguían leyendo y le medio escuchaban.

-Tal como ya os he dicho, he seguido la carrera de esta muchacha desde el principio.

Conozco todos los matices de lo que dice, los cambios más sutiles de sus actitudes.

Podéis creerme; en mi calidad de primer espectador mundial de Sharon, no hay nada que pueda pasarme inadvertido. Por consiguiente, podéis creerme si os digo que de un año o dos a esta parte he observado un drástico cambio en Sharon Fields.

Era lo que vosotros pensáis que es: una muchacha que sólo aceptaría por amantes a los famosos, a los ricos y a los poderosos. Pero eso ya ha terminado. Ya no existe.

Si se exceptúa a Roger Clay, ha cambiado de actitud en lo concerniente a la clase de hombres que desea que la amen. Ello queda claramente de manifiesto, en las sinceras entrevistas que estáis leyendo ahora, en los artículos de confesión escritos por ella misma, en las grabaciones que poseo de las entrevistas a que se ha sometido por radio y televisión. Podéis verlo y oírlo vosotros mismos.

-Sí -murmuró Shively enfrascado en la lectura del contenido de la carpeta.

-Podéis ver que se muestra más sincera, más honrada y más dispuesta a confesar la inquietud que le produce su vida de famosa y sus famosos amantes.

Podéis ver que repudia su antigua forma de vivir.



Librodot

-¿Su antigua forma de vivir? -preguntó Shively levantando los ojos-¿Te refieres a cuando se acostaba con hombres célebres?

-Bueno, no es eso precisamente pero algo muy parecido -repuso Malone como defendiéndose-.

Dice que el hecho de que un hombre sea famoso o posea talento, dinero o poder no significa que sea automáticamente el hombre a quien ella estuviera dispuesta a amar y a entregarse.

Podéis leer que se muestra crecientemente hastiada de esta clase de relaciones. Podréis ver -porque está muy claro-que la aburren los decadentes intelectuales, los varones materialistas, los hombres egocéntricos que la rodean. La mayoría de ellos son tan egoístas que no saben darse.

En determinado lugar cita la frase de Wilson Mizner acerca de este tipo de hombres.

"Algunas de las más grandes historias de amor que he conocido sólo han estado interpretadas por un actor, sin oponente".

-Muy gracioso -dijo Brunner esbozando una ligerísima sonrisa.

-Estos hombres insustanciales que se aman a sí mismos más de lo que puedan llegar a amar a una mujer no son los únicos que la hastían -prosiguió Malone-.

En su círculo inmediato existen otros elementos de los que también está harta.

Hay hombres que desean mantener relaciones sexuales con ella por lo que es: un símbolo sexual mundialmente famoso.

-A mí ya puedes incluirme en este grupo -le interrumpió Shively.

-Y otros buscan la publicidad que les proporciona el hecho de ser vistos en su compañía.

Después están aquellos que la temen, los débiles aduladores. Dice que se ha librado de todos ellos porque, por el motivo que sea, se muestran incapaces de ofrecerle lo único que exige y necesita de los hombres: amor, amor puro, honrado y profundo.

Viendo a los demás enfrascados en la lectura, Malone se situó detrás de Yost y leyó por encima del hombro de éste una entrevista a toda plana con Sharon Fields en el suplemento dominical de un periódico.

-Fijaos en ésta -dijo sin dirigirse a ninguno de los tres en particular-, ésta de aquí sólo data de hace un mes. Observad la forma en que Sharon lo dice.

"Necesito a un hombre agresivo, que me haga sentir desvalida, que me domine, que me haga sentir segura y protegida.

Estoy harta de los hombres crecidos que siguen siendo niños de mamá, que fingen estar muy seguros de sí mismos siendo así que en realidad están asustados y son débiles por dentro.

También estoy harta de los famosos Casanovas que se ven obligados a demostrar su virilidad seduciendo sin cesar a todas las mujeres con quienes tropiezan y que se hunden en estas relaciones sin más deseo que el de afianzar su virilidad y mejorar su puntuación con vistas al público.

Suelen ganarse la fama de ser grandes amantes cuando lo cierto es que no saben nada del amor. Mantener relaciones con un hombre de esta clase es como mantener relaciones con una computadora".

-Malone se detuvo y siguió leyendo.

Tanto Shively como Brunner le estaban prestando atención y Yost estaba volviendo a leer las palabras que Malone acababa de leer en voz alta.

éste señaló la segunda mitad de la página-.

Fijaos en este párrafo.



Librodot

El entrevistador dice: "Me resultó claramente evidente que todo lo que Sharon Fields me había dicho era profundamente sincero y procedía de una auténtica convicción.

Me dijo que su actitud en relación con el otro sexo se había modificado por completo en el transcurso de los últimos meses".

-Malone levantó la cabeza-.

Escuchad lo que viene ahora.

Son palabras textuales de Sharon Fields.

"Cuando conozco a un hombre y éste se interesa por mí, exijo que me diga inmediatamente lo que siente.

Francamente, si estamos hablando de un hombre que me desea, preferiría que me tomara a la fuerza y no ya que intentara tomarme por medio de falsos juegos de seductor.

Otra de mis nuevas ideas consiste en que no me importa el nivel de popularidad del hombre. Me interesa el hombre por sí mismo. Me importa un bledo su aspecto, su educación y su posición social.

Lo que sí me importa es su interior, sus cualidades internas y, claro está, su interés por mí y su buena disposición a manifestarme este interés como persona y también como criatura sexual.

Cada vez busco más al hombre que sea todo hombre -no sé si me entiende-cuyo principal interés sea el de satisfacerme como mujer y no sólo el de satisfacerse a sí mismo.

He abierto la puerta de mi corazón para permitir que pueda entrar en él cualquier hombre que me quiera por encima de todo, que arriesgara cualquier cosa que tuviera para poseerme por la simple razón de que yo sea yo.

últimamente se ha producido una revolución tremenda en las relaciones humanas y yo me he dejado arrastrar por ella.

Flota en el aire una nueva libertad, igualdad y sinceridad sexual y yo soy partidaria de ella y quiero formar parte de ella.

La mayoría de hombres no comprende lo que les está sucediendo a las mujeres y a una mujer como yo.

Pero tal vez haya algunos que sí lo comprendan y a éstos les digo: estoy dispuesta, Sharon Fields espera y está dispuesta".

Malone se irguió y se dirigió al centro de la estancia para observar la reacción de sus amigos.

-Bueno -dijo-, me parece que eso ya es algo, ¿no? La expresión del rostro de Yost revelaba bien a las claras cuál había sido la reacción de éste.

Estaba impresionado.

-Ya lo creo que es algo -dijo volviendo a posar los ojos en el artículo-.

¿Qué os parece? Lo dice muy claro.

Shively apartó a un lado sus recortes.

-Sí, no cabe duda -dijo dirigiéndose a Yost-.

Howie, ¿sabes una cosa? Me parece que aquí nuestro anfitrión no nos ha defraudado.

-Ya os lo dije -terció Malone radiante de felicidad-.

El problema estriba en llegar a conocerla personalmente.

Cuando la hayamos conocido, se mostrará de acuerdo. No hace más que repetírnoslo en todas sus declaraciones.

Leo Brunner levantó un dedo y lo movió como si quisiera decirle al profesor que deseaba ir al lavabo, pero, en realidad, lo que pretendía era llamar la atención de Malone, de Yost y de Shively.

Al parecer, era el único que no estaba muy convencido de lo que había leído y oído leer.

-¿Sí, Leo? -dijo Malone.

-Te toca a ti, Leo -añadió Yost con expresión divertida-.

Aquí no nos atenemos a las "Reglas del orden" de Robert.

-Gracias -dijo Brunner cortésmente-.

Estas pruebas que hemos estado leyendo acerca del interés de Sharon Fields por hombres corrientes como nosotros.

Tomadas al pie de la letra tienden a confirmar lo que Adam nos ha estado diciendo. Por otra parte, ¿cómo podemos saber que dijo efectivamente las cosas que hemos leído? Todos sabemos que los medios de comunicación social deforman las noticias a través de la omisión o bien de la tergiversación, aun en el caso de entrevista.

Yo creo que modestamente podría hablaros de ello por experiencia propia.

Una vez un semanario del barrio me entrevistó a propósito del futuro de la economía.

Había un párrafo en el que se me atribuía una afirmación determinada. Pero el periodista añadió tres palabras que yo no había dicho y estas palabras modificaron todo el sentido de mi frase.

¿Cómo podemos estar seguros de que la señorita Fields ha sido citada con exactitud?

-Podemos estar seguros de que allí donde hay mucho humo necesariamente debe haber fuego -replicó Malone muy en serio-.

Otra cosa sería si nos hubiéramos limitado a dos o tres entrevistas, Leo.

Pero aquí yo os he mostrado varias docenas. Y en todas ellas se expresa lo mismo. ¿No irás a creer que todas estas historias han sido deformadas o exageradas, verdad?

-En eso tienes razón -reconoció Brunner.

-Tantos entrevistadores distintos citando casi las mismas palabras de Sharon Fields -prosiguió Malone-. Tiene que haber algo de verdad. Y, aunque no confiaras en estos reportajes, ¿qué me dices de las grabaciones de entrevistas por radio y televisión que se le han hecho? Tengo las "cassettes".

Puedes oírlas cuando quieras. En ellas no hay ningún periodista que se interponga entre Sharon y el público.

En ellas puedes oírla hablar directamente y diciendo estas mismas cosas acerca de sus sentimientos y deseos.

En mi opinión, lo que hace es decirnos a los hombres como nosotros que somos la clase de hombre que le interesan.

Y he observado que su cualidad más constante es la sinceridad absoluta. Dice lo que piensa. -Señaló los recortes que había esparcidos por toda la estancia-.

Y aquí nos dice que nos la llevemos. Por lo menos, así lo interpreto yo.

Shively se puso en pie y se ajustó el cinturón.

-Sí, yo también lo he interpretado así.

-Recogió los recortes, los acarició brevemente y los volvió a dejar. Se adelantó, rodeó a Malone con el brazo y le contempló admirado-.

¿Sabes una cosa, muchacho? Antes no me importó decirte que al principio me habías parecido una especie de chiflado que nos quería tomar el pelo.

Ahora estoy empezando a comprender que aquí hay algo. Todo empieza a resultar lógico.

Estoy dispuesto a dar el siguiente paso aunque no sea más que para pasar el rato.

-¿El siguiente paso? -repitió Malone.

Shively se apartó de Malone y le miró a los ojos.

-Ya sabes a qué me refiero. Al plan.

Al plan que has elaborado para llevarlo a la práctica.

Lo que nos has dicho hasta ahora es que empezaremos por llevárnosla. Pero eso no basta.

Será mejor que te sientes y nos digas qué sucedería después.

Shively se dejó caer una vez más en el sillón de cuero y Malone acercó la desvencijada otomana al semicírculo formado por sus amigos y se acomodó en ella.

-Muy bien -dijo-.

Los cuatro vamos un día y nos la llevamos.

Brunner sacudió la cabeza enérgicamente.

-Yost lo ha dicho antes.

Y quiero subrayarlo una vez más.

Eso es un secuestro y se trata de un grave delito. No intentes hacerlo pasar por otra cosa.

-Tal vez pueda calificarse de secuestro al principio y sería secuestro si insistiéramos en retenerla contra su voluntad -dijo Malone-.

Pero, si una vez hecho, a ella no le importa, ya no se tratará de un secuestro.

-¿Y después qué? -preguntó Shively.

-Después nos la llevamos a algún sitio cómodo y seguro a pasar el fin de semana.

Logramos conocerla más a fondo. Ella empieza a conocernos a nosotros. Y después, bueno, supongo que acabamos acostándonos con ella.

-Debo señalar que eso es lo que se llama violación -dijo Brunner con inesperada firmeza.

-Si ella accede, no -repuso Malone-. Si ella se presta voluntariamente a colaborar no es violación.

-Pero supongamos que no le agrade la situación y se niegue a colaborar con nosotros -dijo Brunner escasamente convencido.

-Eso no sucedería.

-¿Pero y si sucediera?

-Entonces habríamos fracasado -dijo Malone-. No tendríamos más remedio que soltarla.

Brunner se mostró satisfecho.

Shively volvió a levantarse.

-Otra cosa antes de que me vaya, muchacho -le dijo a Malone-.

Mañana empiezo a trabajar muy temprano y será mejor que me vaya a dormir. Pero, antes de irme, una cosa.

Has estado hablando de cosas con carácter general. Nada concreto. Si vamos a seguir, será mejor que sepamos exactamente lo que vamos a hacer.

-¿Te refieres a los detalles del procedimiento? -Preguntó Malone-.

Tengo preparados los detalles. Páginas y más páginas llenas de notas acerca del cómo llevarlo a cabo. Puedo repasarlas todas contigo cuando dispongas de tiempo.

-Muy bien, eso es lo que quiero saber -dijo Shively-¿Cómo lo haremos "si" es que lo hacemos? ¿Dónde iremos al grano?

-Dime el sitio y la hora y allí estaré -dijo Yost.

-¿Tú qué dices, Leo? -preguntó Shively.

Brunner vaciló y después se encogió de hombros.

-¿Por qué no? -dijo. Mientras se encaminaban hacia la puerta, empezaron a hablar del sitio y la hora.

Puesto que se acercaba el fin de semana llegaron a la conclusión de que el mejor momento sería el lunes al anochecer, es decir, al cabo de cinco días.

Decidieron también celebrar la reunión en el despacho de Brunner de la avenida Western, porque la esposa de Brunner sabía que éste solía quedarse a trabajar hasta tarde aquel día y, además, porque de noche el despacho les ofrecía una posibilidad de aislamiento absoluto.

Al separarse, Malone les prometió que no se arrepentirían.

-Cuando veáis mis proyectos, comprenderéis que se trata de un negocio muy serio.

El lunes siguiente al anochecer, tras haber salido tarde del trabajo, Adam Malone llegó hasta la puerta de vidrio del tercer piso de aquel triste edificio comercial de la avenida Western, en cuya placa podía leerse en letras negras: "Leo Brunner. -Perito Mercantil Titulado".

Con una cartera de cuero de imitación bajo el brazo, Malone abrió la puerta y entró.

La pequeña estancia que, al parecer, se utilizaba como vestíbulo de recepción y despacho de la secretaria estaba vacía y a oscuras, a excepción del rayo de luz que se filtraba a través de la puerta que daba acceso al despacho adyacente.

Malone pudo distinguir la mole de Yost y la estilizada figura de Shively en un sofá.

De repente, la luz quedó parcialmente bloqueada al aparecer Brunner en la puerta que unía las dos estancias.

-¿Quién es? -preguntó Brunner-. ¿Eres tú, Adam?

-El mismo que viste y calza.

Brunner entró apresuradamente en la estancia en sombras.

-Estábamos empezando a pensar que no vendrías. Llevamos aquí tres cuartos de hora.

-Lo lamento, el jefe me ha entretenido con un trabajo de última hora.

Después he tenido que pasar por casa para recoger los papeles.

Brunner estrechó la mano de Malone.

-Menos mal que has llegado. Pasa. Será mejor que cierre con llave la puerta principal. No queremos recibir visitas inesperadas.

-Desde luego que no.

Esta reunión tiene que ser de absoluto alto secreto.

Miró a Brunner mientras éste cerraba con llave la puerta, le esperó y entró junto con él en el despacho interior saludando y disculpándose ante los otros dos.

Malone fue a sentarse en el sillón del cliente que había frente al escritorio del perito mercantil, pero Brunner le indicó que se sentara detrás del escritorio.

-Puesto que vienes con todos estos papeles, utiliza el escritorio, Adam. Voy a dejarte sitio.

Apartó la calculadora y los libros a un lado, ladeó el sillón giratorio en dirección a Malone y fue a sentarse en el otro sillón.



Librodot

-Hay un poco de cerveza fría -dijo Brunner.

-No, gracias -dijo Malone sacudiendo la cabeza-. Quiero concentrarme en lo que he traído.

Empezó a extraer de la cartera gran cantidad de notas mecanografiadas y varias carpetas.

Lo que había reunido era el fruto de casi todo su tiempo libre de los últimos cinco días.

Normalmente, el precioso tiempo libre de que disponía antes de ir o al volver del supermercado solía dedicarlo al desarrollo de una o más narraciones breves que ya hubiera escrito, o bien al esbozo de una novela en la que hubiera estado pensando.

Pero en el transcurso de los últimos cinco días su máquina de escribir sólo había estado ocupada por hojas de papel en las que describía todos los pasos de la misión Sharon Fields.

La había elaborado, la había escrito y vuelto a escribir con el mismo esmero que si se tratara de una obra de creación artística.

Es más, se había dicho astutamente a sí mismo que era una extraordinaria obra de creación artística, con todos los ingredientes de un argumento perfectamente elaborado.

Una vez superada la incredulidad, venía el rapto, la emoción, el conflicto, el idilio, la sexualidad e incluso el final feliz.

Malone no recordaba haber disfrutado jamás tanto como ahora al redactar las distintas fases del rapto de Sharon Fields.

Ahora, con las notas y pruebas esparcidas sobre el escritorio de Brunner, Malone se dirigió a sus compañeros.

-Ante todo, la disposición de su propiedad de Bel Air.

Está situada al otro lado de una verja al final de un callejón sin salida llamado Camino Levico.

Hay que apartarse del paseo Sunset y girar al norte hacia la calle Stone Canyon.

Al cabo de unos seis o siete minutos, se encuentra el Camino Levico a la izquierda.

He explorado la zona y, para disfrutar de una visión completa de la residencia de Sharon Fields, hay que seguir subiendo por Stone Canyon hasta llegar a lo alto de las colinas de Bel Air.

Finalmente, pasada la calle Lindamere, se llega al final de la calle Stone Canyon en su punto más elevado.

Bajando la mirada puede verse desde allí toda la propiedad de Sharon Fields con la casa inmediatamente debajo.

-¿Has estado allí? -le preguntó Brunner asombrado.

-Muchas veces -repuso Malone-.

Aquí tengo uno de estos mapas de recuerdo para turistas que desean ver dónde viven los astros cinematográficos. Los venden por el paseo Sunset.

Bueno, con un lápiz rojo he trazado el camino que conduce a la propiedad de Sharon, y después el camino que conduce a la colina desde la que puede observarse dicha propiedad.

Como podéis ver en el mapa, la zona de Bel Air, en la que habita Sharon, está constelada de residencias de actores.

Si lo observáis con cuidado, veréis que yendo hacia la casa de Sharon Fields se tropieza con las residencias o antiguas residencias de Greer Garson, Rey Milland, Louis B. Mayer, Jeannette MacDonald, Mario Lanza, Alan Ladd y Frank Sinatra.

-Muy fino -dijo Yost.

-Sí.

Y, para que os hagáis una idea de la situación con la que nos enfrentamos, aquí tenemos un plano fotográfico de la mansión de Sharon Fields, por dentro y por fuera, con el terreno que rodea la lujosa residencia.

Es enormemente extenso. He leído no sé dónde que vale alrededor de los cuatrocientos cincuenta mil.

-No hay nadie que viva en este plan -dijo Shively soltando un silbido.

-Hay muchas personas que sí -,dijo Malone-y ella es una.

Es una casa de dos pisos y veintidós habitaciones del llamado estilo colonial español; vedlo vosotros mismos: tejado de tejas rojas, ventanas con rejas, patios, balcones, repisa de chimenea de madera grabada, sala de billar y sala de proyección particular.

Y, en la parte de atrás, una cascada artificial y un cenador con columnas de madera que sostienen una cubierta de barro que, según tengo entendido, el decorador compró o copió de la antigua residencia de John Barrymore. Vedlo vosotros mismos.

Malone ladeó el sillón giratorio de cara al sofá y le entregó el plano a Brunner y el mapa de las residencias de los actores a Shively.

Después rebuscó entre los papeles la hoja en la que había anotado los distintos pasos de la operación y, al final, consiguió encontrarlo.

-Hay una cosa que quiero que examinéis con especial cuidado, porque es lo que más nos interesa -dijo Malone-.

Veréis que hay un estrecho camino asfaltado -que conduce desde la casa hacia la alta, verja de hierro forjado dando un rodeo y atravesando una zona boscosa poblada de álamos, cipreses y palmeras. ¿Lo veis?

Yost y Shively asintieron y llamaron a Brunner para que éste también lo viera.

Brunner fue a sentarse presuroso en el sofá y estiró el cuello para contemplar la fotografía.

-Muy bien -dijo Shively-¿Qué sucede?

-Ahí es donde Sharon Fields efectúa su diario paseo -les explicó Malone-.

Conozco casi todas sus costumbres, y la que más religiosamente he observado desde que se trasladó a vivir a esta casa es la del paseo matinal.

Lo confirman todas las fuentes.

Se levanta por la mañana muy temprano, se ducha, se viste y, antes de desayunar, sale de la casa, recorre el camino asfaltado hasta la verja de entrada y regresa.

Es el paseo diario que realiza para tomar el aire, hacer ejercicio o lo que sea. Bueno, siempre he pensado que es el mejor sitio para que pueda abordarla un desconocido.

-¿Te refieres a llevárnosla cuando salga a pasear? -preguntó Shively.

-Justo en su punto intermedio, es decir, cuando llegue a la verja y antes de que regrese.

Ahí es donde la podríamos... bueno... coger con muy buenas probabilidades de que nadie nos viera. Suele ser entre las siete y las ocho de la mañana. Estaríamos preparados, nos acercaríamos y nos la llevaríamos.

-Es posible que opusiera resistencia -dijo Yost reclinándose contra el respaldo del sofá-.

¿Has pensado en esta posibilidad?

-Sí, es posible, por lo menos al principio, porque se asustaría y tal vez no comprendería nuestros motivos -dijo Malone mostrándose de acuerdo-.

Pero ya lo tengo previsto; Me temo que tendremos que dejarla un rato inconsciente.

El pálido rostro de Brunner se contrajo en una mueca.

-¿Te refieres a administrarle éter?

-éter o cloroformo. Una pequeña cantidad.

El siguiente paso consistiría en trasladarla a algún escondite seguro, algún lugar aislado -como, por ejemplo, un bungalow abandonado o que no use nadie-apartado de cualquier centro habitado y lejos del tráfico.

-No será fácil encontrarlo -dijo Shively-. ¿Crees que podremos encontrar un sitio así?

-No tendremos más remedio -repuso Malone-.

-No os preocupéis por eso -les interrumpió Yost-.

No vayamos a quedarnos atascados aquí. Ya tengo idea de cómo podríamos resolverlo. Ya lo discutiremos más tarde. Tú sigue, Adam.

¿Cuál sería el siguiente paso?

Malone no contestó de inmediato. Se reclinó contra el respaldo del sillón giratorio imaginándose la escena.

Se había imaginado tantas veces el siguiente paso que no le costaba ningún esfuerzo evocar de nuevo la situación.

-Bueno -dijo suavemente como hablando consigo mismo-, los acontecimientos siguen su curso natural.

Estamos con Sharon y ella está con nosotros sin nadie más a nuestro alrededor. Descansamos juntos.

Empezamos a conocerla a fondo. Ella empieza a conocernos a nosotros.

Pasamos dos, tres, cuatro días charlando, hablando de nosotros, de la vida en general, del amor en particular, hasta que ella empiece a sentirse cómoda y a gusto en nuestra compañía.

Cuando ya no se sienta desorientada ni amenazada, cuando comprenda que somos buena gente y que la apreciamos, buena gente que la trata como ella ha deseado siempre que la trataran los hombres, se habrá roto el hielo.

-Habla claro -le dijo Shively-. ¿Qué significa eso?

-Significa que ya estaremos en condiciones de poder comunicarle lo que queremos, si bien estoy seguro de que ella ya lo habrá comprendido. Se lo diremos y después todo dependerá de ella.

Podrá elegir entre acostarse con uno o dos de nosotros o bien con los tres, lo que ella prefiera. Una vez se lo hayamos dicho, no habrá problema.

-Un momento, muchacho -dijo Shively antes de que Malone pudiera proseguir-.

Es posible que tú no veas ningún problema. Pero yo estoy viendo uno y muy claro por cierto. ¿Quieres saber cuál es?

-Sí, desde luego.

-No voy a sudar doce camisas para ponerle las manos encima -dijo Shively-y acabar no consiguiendo nada. ¿Comprendes a qué me refiero? No estoy dispuesto a sufrir todas estas penalidades para que luego vaya ella y de repente se decida por ti y por Yost, pero no por mí y quizá tampoco por Brunner. ¿Me entiendes? Es aquello de la expresión que te oí utilizar una vez, ¿recuerdas?, acerca de nosotros cuatro, o todo o nada.

-¿Te refieres a lo que Dumas escribió en "Los tres mosqueteros"? ¿Todos para uno y uno para todos?

-¡Exacto! -exclamó Shively-. Una vez lo hayamos conseguido, ése será mi lema y no otro.

-Shively -le dijo Brunner-, ¿estás insinuando que aunque la señorita Fields no nos quisiera a ti o a mí, tú estarías decidido a mantener relaciones sexuales con ella?

-Eso es lo que estoy insinuando, ni más ni menos.

Brunner se inquietó extremadamente.

-No accedería a ello en ninguna circunstancia, Shively.

No me gusta utilizar esta palabra pero ya veo que no tendré más remedio que volver a utilizarla.

Es violación, estás hablando de un delito de violación, Shively.

-Llámalo como prefieras -replicó Shively-. Muy bien, violación. Es posible.

Pero lo que ahora estoy diciendo es que no estoy dispuesto a tomarme todas estas molestias sin cierta seguridad de que podré intervenir en la acción de alguna forma.

-Bueno, Shively -dijo Brunner escasamente convencido-, si estás pensando en la posibilidad de una violación, será mejor que sepas el resultado que puede aguardarte. -Se levantó del sofá-. Aparte de considerar censurable y moralmente negativo el acto de violar a una mujer, da la casualidad de que me consta muy bien que se trata legalmente de uno de los delitos más serios y graves que existen. -Rodeó la mesilla de café y se acercó al escritorio-. He previsto la posibilidad de que pudiera suscitarse de nuevo esta cuestión y he decidido estar preparado.

He trabajado un poco, Shively. En el transcurso del fin de semana, valiéndome de los conocimientos legales que todavía poseo, he realizado algunas investigaciones acerca de este tema. ¿Quieres conocer el resultado?

-No estoy especialmente interesado -repuso Shively.

Mientras Malone giraba el sillón, Brunner abrió el cajón central de su escritorio.

-No obstante, puesto que hemos hablado de permanecer unidos en la puesta en práctica de este proyecto, considero que no sólo tú sino todos nosotros debemos estar plenamente al corriente de los hechos. -Sacó un montón de folios de tamaño legal-. Tengo aquí ciertos artículos del Código Penal de California.

-Estás perdiendo el tiempo, Leo -dijo Shively-, no me interesa.

Yost efectuó con la mano un gesto conciliador mirando a Shively.

-Déjale leer, Shiv. El saber no ocupa lugar. Muy bien, Leo léenos estos fragmentos de la cartilla de urbanidad local.

-El Código Penal de California -repitió Brunner-Para ahorrar tiempo, me limitaré a leer las disposiciones clave que he analizado previamente. -Carraspeó y empezó a leer sin inflexión alguna en la voz-.

Artículo Dos Sesenta y Uno.

Definición de violación: "Violación es un acto de unión sexual llevado a cabo con una mujer que no sea la propia esposa, bajo cualquiera de las siguientes circunstancias: Cuando la mujer no ha cumplido los dieciocho años; cuando, por locura intermitente o cualquier otra deficiencia mental, tanto transitoria como permanente, es incapaz de consentir legalmente; cuando opone resistencia pero es superada por medio de la fuerza o la violencia; cuando se le impide oponer resistencia mediante amenazas de graves e inmediatas lesiones físicas acompañadas de aparente capacidad de puesta en práctica de las mismas o mediante cualquier sustancia narcótica o anestésica administrada por el acusado o con el consentimiento de éste; cuando en aquellos momentos no es consciente de la naturaleza del acto y el acusado está al corriente de ello; cuando se somete a ello en la creencia de que la persona que lleva a cabo el acto es su marido, siendo dicha creencia el resultado de cualquier artificio, simulación u ocultación practicada por el acusado con la intención de provocar tal creencia".

Esto último a Shively se le antojó muy gracioso.

-Ya tenemos la solución, Leo.

Le haremos creer a Sharon que somos su último marido y no le diremos en ningún momento que no lo somos.

A Brunner no le hizo la menor gracia.

Miró a Shively frunciendo el ceño y reanudó la lectura.

-Artículo Dos Sesenta y Tres, sobre la violación.

"Elementos esenciales.

Penetración. La culpa de la violación consiste en el ultraje a la persona y sentimientos de la mujer.

Cualquier penetración sexual, por leve que ésta sea, es suficiente para la comisión del delito".

Shively seguía insistiendo en hacerse el gracioso.

-!Penetración! -exclamó.

En el caso de Sharon Fields, te aseguro, hermano, que no sería leve.

Brunner prosiguió sin hacerle caso.

-El artículo Dos Sesenta y Cuatro define las penas de este delito.

Pasaré por alto lo que ya acabamos de comentar aquí.

"La pena mínima por violación es reclusión en la prisión del Estado durante un período no inferior a los tres años.

Si a la víctima se le han infligido daños físicos y ello se demuestra ante el tribunal, el acusado cumplirá condena de reclusión en la prisión del Estado desde un mínimo de quince años hasta cadena perpetua".

-No habrá daños físicos -dijo Yost-, por consiguiente, eso no nos concierne. En cuanto a...

-Espera, Howard -dijo Brunner levantando una mano-, me había equivocado.

Aquí está la parte que nos concierne.

La parte que se refiere a la intervención de varias personas.

Es el artículo Dos Sesenta y Cuatro, apartado uno del Código Penal.

"En todos los casos en los que el acusado, actuando voluntariamente de acuerdo con otra persona, ejerciendo fuerza y violencia y, contra la voluntad de la víctima, cometiera una violación, ya fuera personalmente o bien ayudando e incitando a otro, tal acto figurará en la acusación y, caso de demostrarse, el acusado cumplirá condena de reclusión en la prisión del Estado desde un mínimo de cinco años hasta cadena perpetua".

-Brunner levantó la cabeza y se ajustó las gafas-.

De eso estábamos hablando. Reclusión desde cinco años hasta cadena perpetua.

Quizás ello nos induzca a reflexionar.

Malone se inclinó hacia adelante sentado en el sillón giratorio y tiró a Brunner de la manga.

-Leo, lo que acabas de leernos carece de sentido, porque aquello de que estamos hablando jamás llegaría a este extremo de la violación por la fuerza.

A pesar de lo que haya dicho Kyle, no es eso lo que nos proponemos hacer.

Pero supongamos -admitamos esta posibilidad-, supongamos que Sharon nos engaña y acude a las autoridades para declarar que ha sido violada.

¿Sabéis una cosa? No la creerían.

Y eso también puedo demostrarlo.

No eres el único que ha estado trabajando.

Malone empezó a rebuscar entre sus papeles.

-Quítate de en medio, Leo, el León -dijo Shively-. Nos impides ver.

Brunner se apartó molesto de delante del sofá donde se encontraba y fue a sentarse en el sillón que había frente al escritorio. Malone ya había encontrado lo que buscaba.

-Os resumiré lo que he averiguado. Ante todo, según los expertos, un setenta por ciento de las violaciones no llegan a conocimiento de la policía.

Por lo general, las víctimas se averg uenzan, no quieren que se sepa, no quieren publicidad y no quieren pasar un mal rato ante los tribunales.

En el último informe del FBI figuraban treinta y ocho mil violaciones denunciadas en todos los Estados Unidos, es decir, unas treinta y seis mujeres violadas de cada cien mil.

Pero el FBI calcula que en el transcurso del año en cuestión se habrán producido cinco veces más violaciones.

Como veis, la mayoría de mujeres lo ocultan. Si una persona como Sharon Fields fuera violada, lo más probable es que no lo denunciara.

-Yo creo que sería una de las pocas que lo harían -dijo Brunner.

-Muy bien -dijo Malone afablemente-, supongamos que sucediera lo que tú dices. Supongamos que Sharon fuera violada y lo denunciara.

¿Cuántas probabilidades habría de que sus violadores fueran declarados culpables y castigados? Pocas, muy pocas. Lo tengo aquí. Escucha.

Tomemos el condado de Los Angeles en uno de estos últimos años.

Hubo tres mil cuatrocientas noventa violaciones. En este mismo año sólo fueron detenidos mil trescientos, ochenta sospechosos.

Y de los que fueron detenidos, sólo pudo demostrarse la culpabilidad de trescientos veinte. Como ves...

-Oye, eso es muy interesante -terció Yost-. No tenía ni la menor idea.

¿Cómo es posible que cueste tanto demostrar la culpabilidad de alguien en un caso de violación?

-Por muchos motivos -repuso Malone-. El principal factor es de carácter psicológico.

Los jurados se aferran a la anticuada idea según la cual una mujer no puede ser violada si ella no se presta de buen grado.

Se da por sentado que, si a una mujer la penetran, es porque ella lo ha querido y porque le ha gustado, por ser éste, un hecho biológico natural.

Tal como dijo un fiscal de la oficina del fiscal de distrito: "A no ser que a la víctima le machaquen la cabeza o se trate de una persona de noventa y cinco años o cualquier otro caso límite, los jurados no pueden creer en la violación de una mujer.

Siempre sospechan que la culpa ha sido suya, que se ha insinuado al hombre o que ha consentido... el consentimiento es una de las cosas que más trabajo cuesta confutar.

Cuando el acusado afirma que no lo hizo por la fuerza y que ella accedió a mantener relaciones sexuales con él, resulta muy difícil poder confutarlo".

Otra cosa.

La demostración física.

Cuándo una mujer ha sido violada, la policía la traslada inmediatamente al Central Receiving Hospital.

Allí la someten a un examen pélvico, le extraen líquido seminal y le practican una irrigación antiséptica.

Pero lo que quiere la policía es obtener inmediatamente el líquido seminal al objeto de utilizarlo como prueba.

Ahora bien, el líquido sólo puede obtenerse si a la víctima se la encuentra en seguida en el escenario del delito o bien si ella presenta inmediatamente la denuncia.

Y sólo dos de cada cien mujeres acuden a la policía inmediatamente.

Las demás suelen irse a casa o a otro sitio para reponerse de la impresión y calmarse, y después lo primero que quieren hacer es limpiarse. Y de esta manera eliminan todas las pruebas.

Como ves, Leo, si a Sharon le pasara por la cabeza la idea de presentar una denuncia por violación contra nosotros, lo más probable es que no llegara a ninguna parte.

-No estoy de acuerdo -dijo Brunner-.

Ella no es una víctima como las demás. Es la actriz más famosa del mundo. La escucharían. Y la creerían tanto la policía como el jurado.

-Estás completamente equivocado -dijo Malone muy convencido-. En este caso, la perjudicaría, precisamente el hecho de ser quien es. He investigado los procedimientos policiales.

Una de las primeras cosas que hace la policía es elaborar el producto, expresión que, en lenguaje policial, significa analizar los antecedentes de la presunta víctima, su comportamiento e historia sexual.

Y todos conocemos el historial de Sharon. En él ha habido muchos hombres. Innumerables escándalos sexuales aireados a los cuatro vientos. No creo que la defensa pudiera presentarla como a una tímida mujer virginal.

Se trata nada menos que del máximo símbolo sexual mundial. No, Leo, no correríamos ningún peligro de resultar perjudicados.

-Tal vez -dijo Brunner vacilando.

-En cualquier caso, no tiene nada que ver con el asunto que nos traemos entre manos. Tal como ya he dicho antes, no llegaríamos a este extremo. No nos proponemos atacarla a la fuerza.

No somos como los hombres ignorantes, enfermos y tarados que hacen esas cosas. Somos tipos corrientes. Somos seres humanos civilizados. Además, tal como ya he repetido muchas veces, la violación no entra en nuestros planes, porque no será necesaria.

Es posible que al principio Sharon se muestre enojada y resentida por el hecho de que nos la hayamos llevado y le hayamos estropeado lo que tuviera en programa, pero, una vez nos haya conocido, bueno, creo que se calmará y se le pasará el enfado.

Al fin y al cabo, es una muchacha muy amante de la aventura y sabrá apreciar en lo que vale nuestra acción y hasta admirará nuestro valor.

Es muy posible que se muestre entonces favorablemente dispuesta en relación con nosotros. Por consiguiente, creo que no debes preocuparte, Leo. En nuestro plan no se incluye ningún delito.

-Sí se incluye un delito -dijo Brunner, y se volvió para dirigirse también a Yost y a Shively-.

Lamento poner tantas trabas, pero creo que no nos causaría ningún bien mostrarnos impulsivos y lanzarnos a ello sin tener en cuenta los hechos y los riesgos que entraña tal empresa. Porque, aunque se excluya el delito de violación, vuelvo a repetir que hay otro delito de por medio. El delito de secuestro.

-Pero, bueno, Leo, si ella colabora una vez nos hayamos conocido, no irá después a acusarnos de secuestro -dijo Yost levantándose-.

Voy a tomarme una cerveza.

-Es posible, es posible que sí -dijo Brunner levantando la voz-.

¿Sabes cuál es la ley de secuestro que se aplica en este Estado? -rebuscó rápidamente entre el montón de papeles que tenía sobre las rodillas-. Todos debierais estar plenamente informados.

-Ya está bien, Leo -murmuró Shively enojado-, no nos fastidies más con todas estas mierdas legales.

Pero Brunner no quiso callarse.

-Artículo Doscientos Siete del Código Penal de California.

Secuestrador es "toda persona que lleva consigo, retiene o toma a cualquier otra persona en este Estado para trasladarla a otro país, Estado o condado o a otra parte del mismo condado".

Me parece que está muy claro. Tan claro como el artículo Doscientos Ocho, en el que se especifica la pena que entraña tal acto.

Si raptas a alguien, el delito se castiga "con reclusión en la prisión del Estado durante un período no inferior a diez años y no superior a veinticinco años". -Brunner posó los papeles sobre el escritorio-. ¿Estáis todos dispuestos a arriesgar veinticinco años de vuestra vida a cambio de pasar un fin de semana con esta mujer? Porque éste es el castigo del secuestro y aquí estáis hablando de secuestro y nada más.

Malone se levantó del sillón giratorio.

-Leo, no has entendido el punto esencial.

Este acto sería secuestro si a Sharon nos la lleváramos a la fuerza contra su voluntad y ella nos acusara de haberlo hecho así efectivamente.

Pero, ¿acaso no os he demostrado con la suficiente claridad, acaso no os he explicado lo suficientemente bien que, una vez hubiéramos hablado con ella, sin causarle el menor daño, Sharon no tendría ningún motivo para acusarnos de tal delito? Jamás haría eso. No tendría ningún motivo.

Brunner se removió inquieto.

-Ojalá pudiera estar tan seguro como tú -dijo.

-Muy bien, voy a ir todavía más lejos. Supongamos que aun así, cuando la dejáramos en libertad sin haberle causado el menor daño, ella estuviera molesta con nosotros y decidiera perjudicarnos. Supongamos que se dirigiera a la policía.

¿A quién tendría que acusar? En mi plan, lo tengo previsto. Cuando nos la lleváramos, iríamos disfrazados. En su presencia iríamos también disfrazados.

Jamás nos llamaríamos por nuestros nombres. No podría saber ni quiénes éramos ni cómo éramos. No, Leo, en el peor de los casos, no sabría a quién acusar.

-Al parecer, lo tienes todo previsto -dijo Brunner.

-Pues claro. Es necesario tener previstas todas las contingencias.

No, no podría fallarnos nada porque lo tengo muy bien planeado. -Miró sonriendo a los demás-.

Nos divertiríamos con ella y después la soltaríamos al cabo de una semana o el período de tiempo que nos pareciera, y ella lo olvidaría o sólo lo recordaría como una aventura insólita y reanudaría su vida normal. Nosotros desapareceríamos y reanudaríamos nuestras vidas. -Se detuvo-.

Pero conservaríamos algo muy especial que muy pocas, poquísimas personas corrientes han logrado alcanzar.

Tendríamos a nuestras espaldas una experiencia inolvidable. Sí, habríamos vivido una experiencia con la que sueñan toda la vida millones de hombres sin lograr jamás alcanzarla. Nos contaríamos entre los pocos privilegiados. Eso es lo que debemos recordar. La recompensa.

Shively se dio una fuerte palmada en la rodilla y todos se volvieron para mirarle.

-Maldita sea, ya basta de perder el tiempo -ordenó-. Concentrémonos en el fin y no nos preocupemos por los medios. Los medios ya los iremos discutiendo. -Se detuvo-. Ya os he manifestado mi opinión.

Me gusta. Soy partidario de ello. No sé vosotros pero yo estoy con Adam. Lo ha preparado todo como un auténtico general y todo lo que dice tiene sentido. Digo que puede hacerse y que la recompensa bien merece el esfuerzo.

-Yo me inclino a estar de acuerdo contigo -dijo Yost.

-Pues, muy bien, ¿a qué preocuparse entonces? -dijo Shively rebosante de optimismo-.

Lo prepararemos hasta el más mínimo detalle. Si ponemos en práctica el plan de Adam hasta el más mínimo detalle, no correremos ningún riesgo. Podéis creerme.

Yo era ayudante del jefe de nuestro pelotón de infantería en el Vietnam. Lo importante es la organización y la preparación y el suficiente valor como para proseguir sin desmayo.

Todos los ataques e incursiones que efectuaban nuestras fuerzas se preparaban de antemano y, fijaos, estoy aquí, dio resultado. Eso de que estamos hablando aquí es diez veces más fácil. Y tiene que dar resultado.

Brunner no estaba convencido. Resistía tenazmente.

-Permanecer sentado aquí bebiendo y hablando, haciendo conjeturas y entregándonos a nuestras fantasías es una cosa. Pero la dura realidad es otra cosa muy distinta.

Hablar es fácil, sobre todo cuando se trata de una despreocupada conversación de hombres solos.

Pero en cuanto tratemos de poner en práctica este sueño, en cuanto intentemos trasladarlo a la vida real, tropezaremos con cientos de obstáculos y escollos.

No me gusta interpretar el papel del abogado del diablo pero....

Impaciente y enfurecido, Shively se dirigió a Brunner.

-Entonces deja de ponerle pegas al proyecto, maldita sea. Si no quieres formar parte del mismo, si quieres dejarlo, aún estás a tiempo. -Miró al perito mercantil-. Si no crees en lo que estamos haciendo ¿por qué demonios nos has invitado a venir a tu despacho? Brunner se encontró por primera vez como cogido en una trampa. Se ruborizó y se esforzó por hallar una respuesta.

-No... no lo sé. En serio que no sabría decirlo. Tal vez, bueno, quizá pensé que sería divertido hablar de ello.

-Pues se trata de algo más que eso -dijo Shively enojado-; y ahora voy a decirte de qué se trata y por qué estás aquí y por qué está Yost y por qué está el muchacho y por qué estoy yo también.

Es porque la sociedad nos ha humillado toda la vida, al igual que a la inmensa mayoría de la gente. Permanecemos como atrapados en el mismo sitio para el resto de nuestros días como si hubiéramos nacido en un sistema de castas.

-Esta es una opinión radical -protestó Brunner-y no estoy muy seguro que...

-Y yo te digo que no me cabe la menor duda de que así es -afirmó Shively ahogando la voz de Brunner con la suya propia-. Y tampoco soy radical. No me interesa la política.

Me interesa mi persona y no me gusta la manera en que me humilla el sistema. Los verdaderos delincuentes de este país son los poderosos y los ricachos. Nos explotan. Se aprovechan de nosotros. No nos dan nada y se lo guardan todo para sí.

Puesto que ya lo tienen todo, lo que hacen es conseguir más y más. Poseen las mejores casas, las mejores vacaciones, los mejores automóviles y las mejores mujeres que existen. Y se cagan en nosotros que estamos debajo como si se nos pudiera eliminar tirando de la cadena del retrete. Forman un grupo compacto en el que no se nos está permitido entrar.

Y te digo, Brunner, que ya estoy harto. Quiero entrar. Quiero participar también. Si no consigo dinero, que sea el mejor trasero que haya, análogo a los que ellos pueden conseguir siempre que se les antoja.

-Shively se había levantado, muy nervioso, con el rostro deformado en una mueca y los tendones de detrás de las sienes muy rígidos.

Se acercó a Brunner, se quedó de pie a su lado y movió la mano como abarcando toda la estancia-.

Mira a tu alrededor, Brunner, mira. Cuatro extraños que se han conocido accidentalmente. Ninguno de nosotros es un bocado especialmente escogido. Somos cuatro tipos normales y corrientes.

-Señaló con el dedo a Yost, sentado en el sofá-.

Aquí está Howard Yost. Universitario. Instruido. Astro del fútbol americano. ¿Y qué es ahora? Trabaja como un negro día y noche para mantener a su mujer y sus dos hijos.

Y se ve obligado a ahorrar hasta el último céntimo, podéis creerme. Si quiere divertirse un poco y echar una cana al aire, tiene que rezar para que le caiga en suerte alguna posible cliente hambrienta de amor. O bien tiene que ausentarse de la ciudad, para seguir trabajando, y en el transcurso de su tiempo libre se ve obligado a pagar a cambio de una cualquiera.

-El dedo de Shively señaló a Malone, que le escuchaba fascinado desde detrás del escritorio-.

Fijaos en este muchacho, Malone, Adam Malone.

Un chico listo. Mucha imaginación. Un escritor que debiera poder gozar de la libertad de escribir, pero, en su lugar, se pasa la mitad del tiempo colocando latas de sardinas en un maldito supermercado para poder ganarse el sustento. Y, para relajarse un poco, ¿qué tiene que hacer? Apuesto a que puede considerarse afortunado si de vez en cuando consigue meter mano a alguna mujer encorvada, patizamba y obesa que haya conocido en el supermercado.

Lo máximo que puede hacer para acercarse un poco a las hembras de clase, a una Sharon Fields, es soñar solo y masturbarse en la cama.

-Shively se golpeó el pecho-.

Fijaos en mí, Kyle Shively, de Tejas. Tal vez no posea instrucción universitaria pero soy listo. He aprendido muchas cosas por mi cuenta. Tengo lo que se llama sentido común y conocimiento de la naturaleza humana.

Y soy, además, muy habilidoso. Con estas dos manos soy capaz de hacer cualquier cosa. Tal vez, de haber tenido un poco de suerte, hubiera podido ser un constructor de automóviles millonario, como ese Ferrari y esos otros extranjeros.

Y, en lo tocante a habilidad, ésta no se limita a las manos sino que se extiende a la bragueta. ¿Y de qué me sirve? Si quiero divertirme un poco con una mujer, ¿quién accede a venir conmigo? Alguna estúpida adolescente o la dependienta de algún tienducho del barrio.

Las tías ricas de la alta sociedad, a las que veo día tras día, me miran por encima del hombro como si no fuera otra cosa más que un mono grasiento, un criado ignorante. Les importo un bledo. No soy nada.

Y ahora te toca a ti, Brunner. Se detuvo con los brazos en jarras contemplando a Brunner, que no se atrevía a mirarle a la cara-.

¿Y qué me dices de ti, señor Leo Brunner, en este palacio tuyo de la miserable avenida Western? No me digas que eres feliz o que estás satisfecho de tu vida.

No me digas que le has sacado a la vida todo el jugo, todo lo que tiene, a través de tus relaciones con una sola mujer, a través de tu matrimonio de treinta años con la misma mujer.

Durante estos treinta años sólo lo has probado dos veces con algo distinto e incluso en estos dos casos, fue por accidente, porque te tuvieron lástima.

-Brunner hizo una mueca, hundió la cabeza entre los hombros como una tortuga pero no dijo nada-.

Mira, a mí no puedes engañarme -prosiguió Shively-. No me digas que durante todos estos tristes años no te ha escocido el miembro y no has sentido el deseo de probar el material que es exclusiva de los ricos, el material que ves en las películas o en los periódicos. Pues, bien, hombre, voy a decirte lo más sincero que jamás hayas oído.

¿Cuánto tiempo te queda de vida? Ese pobre miembro sin usar se te está marchitando, se te está marchitando poco a poco. Jamás ha gozado de la buena vida de que disfrutan los llamados superiores.

Dentro de diez años no podrás siquiera levantarlo y estarás listo. Dentro de veinte años tampoco lo levantarás porque serás polvo y habrás muerto, y antes de morir comprenderás que ni una sola vez viviste la experiencia y la diversión de que otros has leído que disfrutan. ¿Qué dices a eso, Brunner? Shively esperó, respirando ruidosamente.

La estancia aparecía silenciosa como una tumba. Brunner permanecía sentado con la cabeza baja y la vista apartada en actitud vencida.

Al cabo de lo que pareció un rato, interminable Brunner suspiró audiblemente.

-¿Qué qué puedo decir? Supongo que en cierto sentido tienes tienes razón. Tengo que ser sincero conmigo mismo. Sí, creo que no he tenido muchas oportunidades de. de vivir.

-Puedes estar bien seguro, amigo.

Pero ahora te digo que tienes una oportunidad, tal vez la última oportunidad, y te digo que la aproveches. Ven a jugar y deja de pensar. Cierra los ojos y lánzate y tal vez obtengas algo que pueda justificar tu existencia y haga que merezca vivirse lo que te reste de vida. ¿Te parece bien?

Brunner asintió casi imperceptiblemente. Yost habló desde el sofá.

-Estoy de acuerdo contigo, Shiv. Lo has expresado muy bien pero yo lo expresaría de una forma algo distinta si no te importa.

Yo digo que no nos lancemos con los ojos cerrados. Digo que, antes de lanzarnos, los abramos mucho. Que los abramos bien para poder ver dónde y cómo vamos a ir.

-Me parece bien siempre y cuando pongamos manos a la obra -dijo Shively encogiéndose de hombros.

Tomó una botella de cerveza, la destapó y se dirigió hacia el sofá.

-Yo soy un jugador, Adam -le estaba diciendo Yost a Malone-. Pero soy también muy aficionado a las estadísticas. Y me gusta jugar cuando las probabilidades están a mi favor.

Por consiguiente, procuremos que las probabilidades de esta inversión nos sean favorables. Estudiemos el plan general, examinémoslo paso a paso, revisemos todos los pasos con un peine de dientes finos, busquemos todos los boquetes que pueda haber, obturémoslos bien y procuremos que todos nuestros esfuerzos sean a prueba de errores.

-Estoy perfectamente de acuerdo -repuso Malone-.

Estoy dispuesto a volver a redactar. ¿Desde dónde propones que empecemos?

-Desde el principio -contestó Yost-.

Busquemos respuestas de primera mano, respuestas de testigo presencial, a las preguntas que voy a plantearte.

-Un momento -dijo Malone acercándose al escritorio, tomando un lápiz y abriendo un cuaderno de apuntes-. Deja que lo anote.

Yost esperó y después prosiguió:

-¿Preparado? Primero, y sobre todo, las costumbres y hábitos de Sharon Fields.

No me basta saberlo de segunda mano a través de los periódicos y revistas. Quiero informes comprobados de testigos oculares. ¿En qué consiste realmente esta costumbre? ¿Efectúa realmente un paseo a primeras horas de la mañana? ¿Y sucede eso realmente todas las mañanas? ¿A qué hora exactamente? ¿Pasea sola? Cuando ella efectúa el paseo, ¿quién está en el interior de la casa y fuera de la casa? ¿Me entiendes?

-¿Quieres decir que tenemos que comprobarlo personalmente? -preguntó Malone levantando los ojos del cuaderno.

-Personalmente. Para estar seguros, no una o dos veces sino muchas.

¿Dices que hay una zona elevada desde la que puede observarse la propiedad?

-Sí.

Desde la parte más elevada de la calle Stone Canyon.

-Muy bien, estupendo.

La siguiente pregunta se refiere a la fecha. ¿Cuándo podremos hacerlo? ¿Dentro de una semana? ¿Dentro de seis semanas? Tenemos que averiguar cuáles son sus planes para no cometer errores.

-Puedo averiguar el programa de sus actividades -prometió Malone.

-Otra cosa -prosiguió Yost-. ¿Cuánto tiempo vamos a permanecer con Sharon Fields? ¿Cómo coordinaremos nuestras respectivas actividades de tal forma que todos podamos conseguir una semana o diez días de vacaciones exactamente en el mismo período? Cuando la tengamos en nuestro poder, ¿dónde nos la llevaremos? En realidad, conozco un lugar perfecto pero, tal como ya he dicho, os lo comunicaré más tarde.

Después, ¿cómo conseguiremos un vehículo en el que podamos ocultarla, un vehículo que nadie eche en falta, y qué clase de vehículo tendrá que ser? ¿Cómo nos disfrazaremos de tal forma que resulte verosímil? Una vez en el escondite, qué tipo de provisiones nos harán falta? Después hay más... Su voz se perdió.

-¿Como qué? -le preguntó Shively.

-Mmmm, tenemos que prever varios otros problemas peliagudos -repuso Yost lentamente-.

Por ejemplo, una vez nos la hayamos llevado, ¿qué personas la echarán en falta? ¿Qué harán estas personas cuando averig en que ha desaparecido? En cuanto a nosotros, ¿qué proyectos de emergencia o alternativas tendremos si alguien nos descubre en el momento de llevárnosla o bien cuando la estemos trasladando en un vehículo? ¿Cómo podremos estar seguros de que las personas más cercanas, patrones, esposas, amigos, no intentarán averiguar dónde estamos? Y finalmente hay que contar con la faceta psicológica de la empresa.

-¿Y eso qué significa? -preguntó Malone dejando de escribir.

Yost se mordió los labios en expresión pensativa.

-Supongamos que alcanzamos el éxito. Y nos encontramos a solas con Sharon en un lugar aislado.

Yo creo que Adam tiene razón. Tengo el presentimiento de que colaborará con nosotros aunque no sea más que para pisar el roto.

Le gustará la emoción y la novedad de todo ello o tal vez se muestre de acuerdo porque nos tenga miedo.

-O porque no pueda oponernos resistencia -dijo Shively con una sonrisa.

-Tal vez sí -dijo Yost pensando-.

A eso quería venir a parar. ¿Y si, al final, se enoja por el hecho de que nos la hayamos llevado o, como ha dicho alguien, si sólo elige a uno o dos de nosotros y no a los cuatro? ¿Cómo lo solucionaremos? Tenemos que llegar previamente a un acuerdo unánime a este respecto.

Tenemos que estar de acuerdo y atenernos a lo que hayamos acordado.

-Creo que puedo ofrecer una solución de compromiso -dijo Malone-.

Pero tenemos que jurar, a partir de ahora, que así será y no desviarnos después de lo que hayamos acordado.

Sugiero que el único acto involuntario por parte de Sharon sea el hecho de que nos la llevemos.

Brunner intervino haciendo un supremo esfuerzo.

-Habrá otro acto involuntario por su parte. Sucederá cuando se despierte en el escondite y la retengamos allí por espacio de uno o dos días, tanto si ella quiere como si no, hasta que tengamos la oportunidad de intimar con ella.

-Tienes razón, Leo -dijo Malone-, éste será el segundo acto involuntario por su parte. Después, sugiero que todo lo que haga sea voluntario por su parte, que ella acceda de buen grado, sin coacción por nuestra parte.

Si quiere quedarse a hacer el amor y corresponder a nuestro amor, tendrá que ser con todos nosotros, no con uno, con dos o con tres sino con los cuatro.

Tendremos que ser todos o ninguno. -Se detuvo-.

Voy a subrayarlo.

Si quiere colaborar con nosotros -y no me cabe la menor duda de que así será-no habrá problema.

Lo habremos conseguido. Será el arco iris. La olla de monedas de oro.

Sin embargo, si dice que sólo accede a colaborar con uno de nosotros o con más de uno pero no con los cuatro, tendremos que dejar bien sentado, a partir de ahora, que olvidaremos el plan y la soltaremos sin más palabras.

No ejerceremos la fuerza, no le causaremos daño alguno y no cometeremos contra ella ningún acto delictivo éste debe ser el acuerdo básico.

¿Qué decís? ¿Tú, Howard?

-Muy bien -repuso Yost-. Estoy de acuerdo.

-¿Y tú, Leo?

-Yo creo que sería lo más adecuado. Accedo a seguir adelante sobre esta base.

-¿Shiv?

Shively esbozó una ancha sonrisa y se cubrió la bragueta con una mano.

-¿Por qué perdemos el tiempo? Dibújame un plano e indícame la dirección. -Se comprimió con fuerza la bragueta-.

Todo a punto para la salida.

Cada cual tenía sus ocupaciones y necesitaban tiempo.

No se reunieron hasta cinco días más tarde, es decir, al sábado siguiente, y esta vez lo hicieron en el apartamento de Adam Malone de Santa Mónica, a las nueve en punto de la noche.

Malone observó que todos ellos llegaron con un aire de emoción reprimida, y que cada uno trajo una cosa como si fueran unos Reyes Magos que vinieran con oro, incienso y mirra.

Una vez preparadas las bebidas, se dispusieron inmediatamente a ir al grano.

Yost y Brunner se acercaron unas sillas a ambos lados de Malone, sentado junto a la mesa del comedor, y Shively se acomodó en el sillón de cuero. dedicándose a extraer cacahuetes de sus cáscaras y a mascarlos entre trago y trago de cerveza.

-Si no os importa, actuaré de secretario colectivo -dijo Malone.

-¿Colectivo? ¿Y qué demonios es eso? -quiso saber Shively.

-Todos para uno y uno para todos -repuso Malone.

-Ah, entonces, bueno -dijo Shively.

Por unos momentos he pensado que ibas a endilgarnos una de esas cosas de tipo comunista.

-No te preocupes -dijo Malone sonriendo con tolerancia-. Somos una organización democrática.

El Club de los Admiradores, ¿acaso no lo recuerdas? -Abrió el cuaderno de notas, tomó el lápiz y consultó la hoja que tenía delante-.

He pasado a máquina las preguntas que planteó Howard hace cinco días.

Creo que acordamos acudir a esta reunión con algunas respuestas.

Leeré las preguntas una a una, las iremos resolviendo y anotaré la decisión que hayamos tomado en relación con la forma de proceder. ¿Empezamos?

-Te escucho -dijo Yost ansiosamente.

-Muy bien. Primera pregunta. ¿Quiénes son las personas que pueden encontrarse en el interior de la casa de Sharon o bien en los terrenos adyacentes un día cualquiera de la semana? Saberlo es fundamental.

¿Alguno de vosotros dispone de información a este respecto? Leo Brunner, con los ojos muy brillantes detrás de sus gafas convexas, levantó tímidamente una mano.

-Creo que puedo ayudaros -dijo como avergonzado-.

Creo que sé qué personas están al servicio de la señorita Fields o lo estaban hasta abril último. -Vaciló-.

Jamás había hecho nada semejante. Me temo que, para obtener esta información, he sido cómplice del quebrantamiento de una ley federal. -Se inclinó, abrió la cartera de ejecutivo marrón que llevaba y extrajo como unas veinte fotocopias de tamaño legal-. He obtenido una copia del último formulario de impuestos sobre la renta rellenado por Sharon Fields con destino al Servicio de Impuestos Internos.

-¿No es una broma, Leo? -preguntó Yost muy impresionado-. ¿Cómo demonios.?

-No me convence -dijo Shively-. ¿Y eso qué nos va a decir?

-Muchas cosas, muchísimas cosas -repuso Brunner orgullosamente-.

Un formulario del SII es posible que a un profano no se le antoje más que una aburrida colección de números.

Pero me he pasado mucho tiempo preparando este tipo de formularios y, para un perito mercantil con experiencia, la relación que figura en el formulario del SII equivale a una biografía. Os aseguro que, cuando uno sabe leer los formularios del impuesto sobre la renta, éstos resultan tan emocionantes y reveladores como el informe de un investigador privado.

Si se interpreta y lee como es debido, un formulario detallado de impuestos, con todo el acompañamiento de notas adicionales y declaraciones, puede ofrecerte un perfil muy preciso de la vida y actividades de una persona.

-Rebuscó entre las fotocopias-.

Sí, el formulario de impuestos de la señorita Fields revela muchas de las cosas que deseamos saber.

No sé ni cómo se me ha ocurrido adquirirlo.

-Ha sido una idea muy brillante, Leo -dijo Malone con sincera admiración.

-Gracias -dijo Brunner complacido-.

Ahora, en respuesta a la pregunta de quiénes son las personas que pueden estar dentro de su casa o fuera de ella, en los terrenos de la propiedad cualquier semana, aquí tengo las páginas correspondientes.

-Rebuscó entre las hojas-. Aquí está. "Deducciones laborales. Salarios y sueldos".

Aquí tenemos a la señorita Nellie Wright, secretaria con plena dedicación. Al parecer vive en la casa porque el documento revela que dos habitaciones de la casa -una para uso personal y otra destinada a despacho-se consideran incluidas dentro de los gastos laborales.

En la lista de gastos laborales parciales están incluidas Pearl O. Donnell y Patrick O. Donnell, al parecer marido y mujer, que sirven a la señorita Fields en calidad de ama de llaves y chofer. Viven también en la propiedad, en una casita aparte situada detrás de la residencia principal.

Después, bajo el apartado C-uno tenemos los sueldos entregados a Henry Lenhardt, calificado de asesor de relaciones públicas, y Félix Zigman, representante personal que fue el que preparó el formulario.

No existe ninguna indicación que permita suponer que el señor Lenhardt o el señor Zigman vivan en la casa, pero imagino que la visitan muy a menudo.

Ahora, vamos a ver. -Brunner rebuscó entre las hojas mientras Malone tomaba notas-. Aquí está, eso podría ser importante.

Bajo la lista de gastos laborales parciales se incluyen los salarios de tres jardineros llamados K. Ito e hijos.

Otro de los gastos laborales, poco interesantes para el SII pero significativo para nosotros, es la cantidad pagada anualmente en concepto de mantenimiento del sistema de alarma protector y de servicio de vigilancia por parte de un coche patrulla particular que protege la propiedad de la señorita Fields.

-Oye, eso es importante, Leo -dijo Shively.

-Un trabajo estupendo, Leo -dijo Yost con creciente respeto.

Brunner aceptó modestamente los espaldarazos.

-Bueno, confío en que haya sido útil.

Creo que es todo lo que puede saberse a través de este medio.

Volvió a guardar las hojas en la cartera y la cerró.

-¿Cómo has conseguido hacerte con eso? -quiso saber Malone.

-Prefiero... prefiero no revelar el medio -dijo Brunner-.

Baste decir que estoy en contacto con las oficinas del SII de Los Ángeles.

-Quienquiera que te los haya facilitado, Leo -dijo Yost momentáneamente preocupado-, ¿no ha mostrado esa persona curiosidad por el motivo que te ha inducido a solicitar el formulario de impuestos de Sharon Fields?

-Pues, no -repuso Brunner, vacilando un poco antes de proseguir-.

He obtenido este informe por medio de alguien muy allegado a mí, alguien a quien he hecho ciertos favores en el pasado. Pero, para prevenir cualquier pregunta, me inventé una historia.

Le dije a esta persona que se me había presentado la oportunidad de conseguir la cuenta de una joven actriz en ascenso, una actriz que era posible que algún día alcanzara las mismas altas cimas que Sharon Fields.

Le dije que tenía en proyecto entrevistarme con ella en un cercano futuro y que, antes de hacerlo, quería estar al corriente de los especiales problemas tributarios con que pudiera enfrentarme al manejar los asuntos de una persona del mundo del espectáculo.

Quería saber hasta qué extremo llega la flexibilidad en lo concerniente a los gastos a deducir.

Le dije que me sería muy provechoso echar un vistazo a algún formulario reciente rellenado por alguien como Sharon Fields, es más, que para mí sería muy útil poder ver el último formulario de la señorita Fields.

-Sigo sin ver cómo es posible que tu amigo pudiera hacerse con algo tan secreto -dijo Malone.

-Al igual que tú, yo también creía que iba a ser muy difícil.

Bueno, este amigo mío -si queréis que sea sincero, os diré en confianza que mi amigo trabaja en la delegación local del SII-me dijo que todos los residentes en Los Ángeles envían directamente los formularios de impuestos al centro del Servicio de Impuestos Internos de Ogden, Utah.

Si, por el motivo que sea, las oficinas de Los Ángeles solicitan una copia, se ponen en contacto con el centro de Ogden y reciben la copia al cabo de tres o cuatro semanas.

Sin embargo, en el caso de que se precise efectuar una revisión, en Los Ángeles se reciben copias de los formularios que hay que revisar y éstos ya quedan archivados aquí.

Huelga decir que los impuestos de alguien como la señorita Fields son sometidos anualmente a revisión.

Por consiguiente, en la delegación local se disponía de todo un archivo dedicado a sus formularios. Y mi amigo pudo facilitar las copias inmediatamente.

No tiene ni la menor idea del uso a que me propongo destinarlas.

Yost se sumió brevemente en sus pensamientos.

-¿Sabéis una cosa? La información que acaba de facilitarnos Leo nos pone sobre aviso acerca de tres obstáculos que tenemos que superar.

A saber: ¿Qué extensión posee el sistema de alarma de la casa de Sharon Fields? Es decir, si se extiende hasta la verja de entrada.

Después los coches patrulla particulares. ¿Con cuánta frecuencia pasan y a qué horas del día y de la noche? Después estos jardineros, el señor Ito e hijos, ¿qué días y a qué horas se dedican a recortar el césped o lo que sea? Malone posó el lápiz y dijo:

-Puedo responder a cada una de estas preguntas, por lo menos parcialmente.

Explicó que en el transcurso de la semana anterior se había tomado la molestia de espiar las actividades que tenían lugar en la propiedad de Sharon Fields.

Había permanecido en su puesto de observación todas las mañanas y parte de tres tardes en el transcurso de su tiempo libre.

Había pedido prestados un par de prismáticos. También había llevado consigo una máquina fotográfica para poder simular ser un fotógrafo profesional en el caso de que a alguien del barrio le extrañara su comportamiento.

Había ascendido hasta el punto más elevado de la calle Stone Canyon de Bel Air, había permanecido apostado en su escondite y había observado toda la actividad que había tenido lugar abajo.

Se alegraba de poder comunicarles que su vigilancia había resultado muy provechosa.



Librodot

-¿Provechosa hasta qué extremo? -preguntó Shively.

-Ante todo, es cierto, tal como se dice, que Sharon Fields efectúa ese paseo a primeras horas de la mañana.

La he visto salir todas y cada una de las mañanas en que la he estado vigilando.

Iniciaba el paseo hacia las siete de la mañana, minuto más minuto menos.

Paseaba lentamente acompañada únicamente por su terrier Yorkshire.

-¿Qué clase de perro es ése? -preguntó Shively preocupado.

-En comparación con los perros corrientes, un Yorkshire es un mosquito. Podrías guardarlo dentro de la cartera de ejecutivo de Leo.

-Muy bien -dijo Shively-. ¿Y qué más? -No podía quitarle los ojos de encima -dijo Malone-.

Es preciosa. Bueno, recorría la calzada desde la casa hasta la verja de hierro.

Sólo la perdía de vista una vez en el transcurso de la ida y otra en el de la vuelta, porque hay un grupo de árboles aproximadamente a la altura de los dos tercios del camino hasta la verja.

Cada mañana llegaba hasta la verja alrededor de las siete y cuarto y después regresaba a la casa por el mismo camino.

-A nosotros lo único que nos interesa es el lugar en que se encuentra a las siete y cuarto. ¿No es eso? -dijo Shively.

-Sí -repuso Malone asintiendo-.

Vamos ahora a tus preguntas, Howard. Vi una vez a esos tres jardineros.

Pero nunca por la mañana. Ni el viernes ni el domingo, aunque aquella tarde no pude ir. Pero el sábado por la tarde, poco después de la una, llegó el viejo Ito con sus dos hijos mayores y los tres se dedicaron a trabajar en el jardín, desde la una hasta las cuatro.

-Es bueno, saberlo -dijo Yost-.

Pero será mejor que compruebes bien su horario.

-Eso pretendo hacer -dijo Malone-.

Me imagino que siendo tan extensa la propiedad de Sharon, a Ito y sus hijos no debe bastarles con una sola vez a la semana.

Es probable que acudan a la propiedad una o dos veces más. Ya les vigilaré.

Ahora vamos al coche patrulla particular, También he conseguido averiguar algo a este respecto.

Se parece a un coche patrulla de la policía. Está pintado de blanco y negro. El vehículo está ocupado por un solo hombre uniformado.

Le vi pasar cada mañana frente a la verja a eso de las diez, y cada tarde hacia las tres.

-¿Descendía del coche y entraba en la propiedad? -preguntó Brunner.

-Y, lo que es más importante -dijo Shively-. ¿Iba armado?

-La respuesta a esta pregunta queda contestada con la respuesta a la de Leo.

No sé si iba armado porque no descendía del vehículo.

Aminoraba simplemente la marcha al acercarse a la verja de entrada, echaba un vistazo y después describía una vuelta en U y se alejaba.

-Esta patrulla de alta seguridad me gusta muchísimo -dijo Shively dándose Una palmada en un muslo.

-A mí también -dijo Malone-.

Bastará con que vayamos cuando ellos no estén.

En cuanto al sistema de alarma.

-Sí, en eso estaba pensando -dijo Yost.

-Sólo puedo comunicaros mis observaciones y deducciones.

Al llegar el jardinero Ito, le vi hablar a través de una especie como de altavoz instalado en un poste que hay junto a la verja, y poco después se abrieron automáticamente hacia adentro las dos hojas de la verja.

Además, esta mañana, hacia las diez y diez, uno de esos camiones de reparto de agua mineral de montaña, de Puritas creo que era, se acercó hasta la verja.

El conductor habló por el altavoz y la verja se abrió automáticamente. ¿Qué os dice eso a vosotros?

-A mí me dice muchas cosas -dijo Shively inclinándose hacia adelante sentado en el sillón de cuero-. ésta es mi especialidad.

Me dice que la verja se abre y se cierra electrónicamente desde el interior de la casa.

También me indica que probablemente el sistema de alarma sólo se extiende a la casa propiamente dicha.

Aunque de eso no podemos estar seguros.

Hay cientos de sistemas distintos.

Si esta Sharon tiene conectado el sistema de alarma con la verja de entrada, tropezaríamos con muchas dificultades.

Porque si manejamos indebidamente la unidad de alarma, se producirá un aviso silencioso de alarma que llegará hasta el cuartel general de la patrulla, desde donde transmitirán por radio una alerta a uno de los coches patrulla.

Por consiguiente, de eso tenemos que asegurarnos muy bien.

-Estoy totalmente contigo, Shiv -dijo Yost-. Tenemos que estar absolutamente seguros de cómo vamos a manejarlo.

No podemos dejar nada al azar, y tanto menos algo tan peligroso como un sistema de alarma. -Rebuscó un puro en el bolsillo de la chaqueta, lo desenvolvió, le mordió la punta y siguió pensando en el obstáculo.

Súbitamente se le iluminó el rostro-. ¡Oíd!, se me ha ocurrido una idea para que podamos verificar el funcionamiento tanto del sistema de alarma como del coche patrulla.

-Señaló a Malone con el puro-.

Necesito que me ayudes, Adam.

-Dime de qué se trata.

-La próxima vez que te traslades al puesto de observación, enfoca con los prismáticos el costado del coche patrulla.

Eso nos indicará el nombre de la empresa. Tú encárgate de eso y yo me encargaré de lo demás.

-Lo haré.

-Muy bien.

Después telefonéame a mi despacho para comunicármelo.

Y haré lo siguiente: llamaré a la empresa de coches patrulla, fingiré que soy un posible cliente, les facilitaré un nombre y una dirección falsas de Bel Air o tal vez la verdadera dirección de alguna casa cercana a la de Sharon.

Les diré que tengo una casa muy grande con mucho terreno y una verja de entrada -les describiré más o menos la propiedad de Sharon-, y les pediré cierta información preliminar acerca de los distintos sistemas que utilizan, cómo funcionan éstos, hasta qué extremo

resultan seguros y cuánto pueden llegar a costar y les diré que quiero saber todo eso antes de concertar una cita en la que me puedan facilitar datos más concretos.

-¿Y crees que colaborarán? -preguntó Brunner.

-Pues, claro, Leo, no tienen más remedio que mostrar interés por un posible cliente. En cualquier caso, soy muy hábil para vencer la resistencia de la gente. Es mi especialidad, ¿no? Conseguiré hacerles hablar.

De esta forma averiguaré si el principal sistema de alarma que instalan sólo protege la casa o está también conectado en cierto modo con la verja y valla exterior.

Si la protección se extiende a la verja y la valla, tendremos que inventarnos otro medio de entrar, si es que nos queda alguna otra alternativa.

Esperemos que la cerradura electrónica de la verja sea una unidad aparte, que no tenga nada que ver con el sistema de alarma interior.

Pero quiero asegurarme.

Lo habré resuelto para cuando volvamos a reunirnos.

-Sí, hazlo -dijo Shively-.

Porque si la verja es unidad electrónica aparte, yo podré encargarme de ella fácilmente. La desactivaré la noche anterior a la operación. Entonces podremos abrir la verja manualmente y entrar.

-Perfecto -dijo Malone sin dejar de tomar notas-.

Y yo podré proseguir la vigilancia de la propiedad desde ese punto elevado que he descubierto. De momento no me es posible hacerlo cada día. Pero dos semanas antes de la operación, podré hacerlo diariamente y casi con plena dedicación. Os tendré preparado también el horario de los jardineros. Y del coche patrulla. Y de cualquier otro tipo de visitantes que tengan por costumbre acudir con regularidad.

-Yo me uniré a ti cuando ya falte menos para el despegue -dijo Shively-. Cuatro ojos ven más que dos. Además, quiero echarle otro vistazo al objeto de nuestro afecto.

Malone estaba estudiando las preguntas que figuraban en la hoja mecanografiada que tenía delante.

-El escondite -dijo-.

Creo que es una de las cuestiones fundamentales que tenemos que resolver.

Cuando ya la tengamos en nuestro poder, ¿a qué sitio nos la llevaremos, a qué lugar aislado y seguro? Yost terminó de encender el puro y apagó la llama del fósforo.

-No será problema. ¿Recordáis que os dije que ya tenía pensado el sitio? Los demás asintieron para dar a entender que lo recordaban y esperaron pacientemente a que prosiguiera.

Desde detrás de una nube de humo, Yost les dijo:

-Hemos tenido suerte. No vais a creerlo. El escenario perfecto, como hecho a la medida para nuestra operación.

Sin darse la menor prisa, deseoso de adornar su participación, Yost empezó a referirse a su antigua amistad con un hombre llamado Raymond Vaughn, un afortunado ingeniero.

Cada año, hasta hacía un año, Yost y Vaughn solían organizar juntos excursiones de caza. Es más, sus hijos habían asistido a la misma escuela.

Este Vaughn siempre había sido muy partidario de huir de la ciudad y pasar prolongados fines de semana o vacaciones con su familia en algún lugar lejano y relativamente aislado.

Hacía cosa de unos ocho años, recorriendo una zona totalmente desértica y alejada en las Gavilán Hills, cerca de Arlington, California, Vaughn había descubierto un terreno con un descolorido y casi ilegible letrero de "En venta".

Vaughn llegó a la conclusión de que era un lugar ideal de vacaciones. Compró el terreno y, en dos años, utilizando rocas de granito y bloques de cemento, se había construido un refugio de ocho habitaciones, lo había amueblado por completo y le había instalado una fosa séptica y electricidad suministrada por una batería portátil.

Vaughn se había gastado una pequeña fortuna en aquel aislado escondite, y él y su familia habían podido gozar de aquella paz y comodidad durante dos o tres veces al año por lo menos.

Porque, a pesar de su aislamiento, el refugio de Vaughn sólo estaba a dos horas de coche del centro de Los ángeles.

-Hace poco más de un año -y ésa es nuestra suerte-mi amigo se fue de Los Ángeles -prosiguió Yost-. Su empresa firmó un importante contrato en Guatemala y a Vaughn le pidieron que supervisara el proyecto con gastos pagados, aumento de sueldo y bonificación.

Como es natural, no pudo negarse. Además, estaba deseando cambiar de ambiente. Alquiló su casa de Los Ángeles y se fue con su familia a la Antigua. Antes de hacerlo llegó a la conclusión de no vender el refugio de Gavilán Hills. De todos modos la venta no hubiera sido fácil porque es un lugar muy inaccesible.

Y me entregó las llaves a mí por si me apetecía utilizar el refugio durante la temporada de caza. Sólo me he trasladado allí una vez para asegurarme de que todo estaba bien cerrado y seguro. -Yost se detuvo, miró con expresión radiante a los demás y les hizo el regalo-. Bueno, pues es nuestro, nos está esperando -dijo-. Es como hecho a la medida.

Por allí no se acerca nadie jamás. No hay nadie que conozca siquiera su existencia.

-Alguien lo habrá construido -dijo Shively-. Deben saber su emplazamiento.

-Te aseguro que no lo sabe nadie -dijo Yost sacudiendo la cabeza-.

Vaughn lo construyó en buena parte con sus propias manos. Eso fue lo que más gracia le hizo. Utilizó rocas de granito que halló por la zona y algunos bloques de cemento que hizo traer para la construcción de las paredes maestras. De esta manera, eliminó la necesidad de trabajos de carpintería y revoque.

Instaló un pavimento de madera y lo recubrió con losetas de linóleum y alfombras. Para las paredes interiores utilizó paneles de madera. Utilizó un revestimiento de asfalto para el tejado y dentro dejó las vigas del techo descubierto y se limitó a pintarlo.

Ah, recuerdo que le ayudaron. Contrató los servicios de un par de "espaldas mojadas" mexicanos, al objeto de que le ayudaran.

Pero de eso hace años, y los mexicanos iban de paso y lo más probable es que no supieran qué lugar era aquél, y también es probable que haga mucho tiempo que hayan regresado a México o se encuentren en la cárcel.

No, Shiv, eso no me preocupa.

-¿Y qué me dices de los inspectores de la construcción del condado? -preguntó Malone-. O de la posibilidad de que haya alguna factura de algún servicio de compañías de suministro.

-Estarás bromeando, Adam -repuso Yost riéndose-.

Oye, amigo mío, Vaughn lo construyó fuera de la vista y fuera del camino sin conocimiento de nadie. No lo supo ningún inspector. No hay tampoco compañías de suministro.

No hay facturas de teléfono, gas o electricidad porque no dispone de teléfono ni de gas y el agua se extrae de un pozo del patio de atrás, y ya os he dicho que el refugio posee un generador de electricidad propio.

Mira, hasta a mi amigo le costaba mucho al principio llegar hasta su refugio y no digamos conseguir que le trajeran provisiones.



Librodot

Había un camino que ascendía hasta la mitad de la colina y después no había más que arbustos y malezas.

Tuvo que trabajar muchos meses para construir un estrecho camino lateral que se apartara de este camino que sólo llegaba hasta media colina.

Construyó un camino lo suficientemente ancho como para que pudiera circular un automóvil, y tuvo que cavarlo en la colina rodeando el Mount Jalpan, para bajar después a su refugio del valle.

Podéis creerme, muchachos. Es un lugar tan aislado y seguro como la isla desértica de Robinson Crusoe, que no recuerdo ahora cómo se llamaba.

-La isla de Crusoe era Más a Tierra -dijo Malone inmediatamente.

-Muy bien, pues ahora nosotros tenemos también nuestra Más a Tierra -dijo Yost.

-Y en lugar del hombre, Viernes, de Crusoe, nosotros tenemos a nuestra muchacha, Sharon -dijo Malone tomando el lápiz-. A, partir de ahora, Más a Tierra será el nombre clave de nuestro escondite.

-Howard -dijo Brunner tosiendo nerviosamente-, ¿y si tu amigo el señor Vaughn regresara de improviso y decidiera ir a echarle un vistazo a Más a Tierra?

-No es probable. Cálmate, Leo. A mi amigo le retiene en Guatemala un contrato de cinco años y sus niños estudian en Ciudad de México.

En la última carta que me escribió me decía que, cuando dispusiera de algunos días libres, se iría a pasarlos con sus hijos a México. Vaughn no aparecerá por aquí hasta dentro de tres o cuatro años.

-Bueno, eso ya lo tenemos resuelto -dijo Shively-.

Si tan aislado está, ¿cómo demonios podremos llegar hasta este refugio? -Hacen falta dos clases de vehículos para llegar hasta allí.

Un coche normal o un camión de tamaño mediano pueden subir por el camino hasta la mitad. Después, a partir del lugar en que Vaughn construyó su camino particular, para recorrer lo que queda del Mount Jalpan se requiere algo más pequeño y resistente.

Se puede subir a pie el resto de la distancia. Pero os digo que en verano es una escalada tremenda a no ser que se esté en muy buena forma. Nosotros lo probamos una vez. Después alquilamos una motocicleta que subimos hasta medio camino en una furgoneta.

Después tuvimos que dejar la furgoneta a medio camino y efectuamos el resto del recorrido con la moto.

Para volver, tomábamos la motocicleta, la dejábamos aparcada entre los arbustos, nos metíamos en la furgoneta y bajábamos la colina hasta llegar a la autopista de Riverside y desde allí hasta casa.

Ah, recuerdo ahora una cosa que se me había olvidado. Vaughn dejó de usar la moto al poco tiempo porque se veía obligado a hacer dos viajes de subida y bajada para poder trasladar a la familia. Acabo de acordarme. Sustituyó la moto por uno de esos cacharros Cox de ir por las dunas, que modificó añadiéndole dos asientos provisionales en la parte de atrás y una capota de lona.

¿Habéis visto en acción alguna vez uno de esos cacharros de ir por las dunas? Son capaces de andar por las rocas, las barrancas, las colinas más escarpadas, los caminos más difíciles, la arena, cualquier cosa. Ahora quisiera recordar.

-¿Recordar qué? -le aguijoneó Malone.

-Lo que hizo con este cacharro de dunas antes de irse a Guatemala. No, estoy seguro de que no lo vendió. ¿Pero qué digo? Si lo vi allí mismo cuando Vaughn se fue. Claro que sí, lo dejó aparcado para mantenerlo en forma.

Pero la última vez que estuve allí, la maldita cosa no se puso en marcha.

-La batería agotada -dijo Shively.

-Y tuve que ir a pie tanto a la ida como a la vuelta.

Santo cielo, Shiv, tal vez en estos momentos se haya estropeado, algo más que la batería.

Hace un año que nadie utiliza este vehículo. No sé si podríamos hacerlo funcionar.

-No te preocupes por eso -dijo Shively-, yo soy capaz, de hacer funcionar lo que sea.

-Muy bien -dijo Yost con renovado entusiasmo-, iremos a echarle personalmente un vistazo.

¿Qué te parece, Shiv? Una mañana cualquiera de la semana que viene podemos desplazarnos a primera hora hasta Arlington, y desde allí seguir en dirección a las colinas y el refugio.

-Más a Tierra -le recordó Malone.

-Claro, claro, lo que tú digas -dijo Yost, dirigiéndose de nuevo a Shively-. Podemos hacer el viaje y calcular con toda exactitud el tiempo que tardaremos.

Podemos ir con mi Buick hasta la mitad de la colina y llevarnos unas cuantas latas de gasolina para el cacharro. Tú traes las herramientas y piezas de recambio que pienses que vas a necesitar. Y podemos recorrer la distancia que nos quede hasta el refugio a pie.

No es que me agrade demasiado la idea, pero me imagino que será la última vez. Tú arreglarás el cacharro y, mientras, yo veré si todo está en orden en el refugio y qué artículos van a hacernos falta. ¿Te parece bien?

-Cualquier mañana -repuso Shively. Basta que me lo comuniques con un día de antelación.

Malone estaba tamborileando con el lápiz sobre el cuaderno de notas.

-Muy bien, ya está solucionado el asunto del segundo vehículo.

Pero ¿y el principal? ¿El que utilizaremos para... bueno, para llevarnos a Sharon y trasladarla por la autopista hacia las colinas? No creo que ninguno de nuestros coches nos sirviera.

Creo que debiéramos utilizar una especie de camioneta cerrada o tal vez una furgoneta de acampar, en la que pudiéramos ocultarla.

Algo así como uno de esos autobuses El Camino o VW.

-No tenéis ni la menor idea -le interrumpió Shively belicosamente, ofendido de que Malone se hubiera atrevido a invadir su propio territorio-. Eso de los coches será mejor que me lo dejéis a mí. Estas camionetas y furgonetas tan elegantes que acabas de mencionar nos costarían un ojo de la cara, aunque las adquiriéramos de segunda mano.

¿De dónde sacaríamos el dinero a no ser que tú estés dispuesto a pagarla de tu bolsillo? No. Eso déjamelo a mí. Encontraré alguna vieja camioneta de reparto abandonada -tal vez una vieja camioneta Yamahauler o una Chevy-de las muchas que hay todavía por ahí.

Escogeré la más adecuada, sacaré de alguna otra las piezas que sean aprovechables, pondré manos a la obra, la dejaré como nueva y no cobraré nada por el trabajo. ¿De acuerdo, muchachos?

-Ya lo creo, Shiv. Estupendo.

Después, en el último momento, tal vez le pintemos algo en el lateral para que parezca que somos de alguna empresa. Utilizaremos un nombre falso Desinfección y Desratización, Sociedad Anónima, o algo por el estilo. Después lo borraremos.

-Tras haber calmado a Shively, Malone volvió a examinar el cuaderno de notas-.

Y ahora pasemos a los suministros.

¿Qué clase de suministros nos harán falta en Más a Tierra?

-Depende -repuso Yost-..

Depende del tiempo que los cuatro -bueno, los cinco-permanezcamos ocultos allí. Todavía no hemos llegado a un acuerdo a este respecto. Me parece que debiéramos dejarlo bien sentado cuanto antes.

-¿Qué os parece una semana? -preguntó Malone.

-No, no basta -protestó Shively-. Lo he estado pensando mucho. Una semana no será suficiente.

Hay que tener en cuenta, ateniéndonos al plan de Adam, que perderemos dos, tres o tal vez cuatro días en calmarla y conseguir que se muestre más favorablemente dispuesta en relación con nosotros.

En tal caso, sólo nos quedarían tres días para pasarlo bien. No quiero tomarme todas estas molestias a cambio de poder acostarme tres días con una mujer.

-La primera vez te conformabas con una sola noche -le dijo Malone.

-Eso fue entonces. Ahora es distinto. Porque ahora la cosa cada vez va siendo más real. ¿Por qué no aprovecharla al máximo? Yo digo que un par de semanas; me parece algo muy propio del verano: unas vacaciones de dos semanas. ¿Qué opináis?

-No pongo reparos -repuso Malone-. Lo que vosotros acordéis.

¿Tú qué dices, Howard? Yost sopesó la posibilidad de las dos semanas.

-Bueno, creo que podrá arreglarse.

Mis clientes se pasan dos semanas sin mí siempre que salgo de vacaciones con Elinor y los niños. Supongo que mi clientela podrá sobrevivir una vez más.

-¿Y tú, Leo? -preguntó Malone mirando a Brunner.

Brunner se empujó nerviosamente las gafas hacia arriba.

-No lo sé. Os digo que no es fácil. Raras veces transcurre una semana sin que a alguno de mis clientes le ocurra alguna contrariedad. A decir verdad, jamás me he ausentado de mi despacho durante un período superior a una semana.

-Pues ya es hora de que empieces a hacerlo -le dijo Shively.

-Bueno, si la mayoría vota a favor, no quiero ser el único disidente -dijo Brunner-. Intentaré arreglarlo.

-Solucionado -dijo, Malone y giró el sillón en dirección a Yost-.

Necesitaremos dos semanas de suministros para cinco personas.

-No preveo ningún problema si todo lo organizamos de antemano -dijo Yost-.

Es probable que subamos al refugio un par de veces antes del gran día y en tales ocasiones podremos llevar lo que haga falta y dejarlo allí.

Recuerdo que el refugio está completamente amueblado. Hay dos dormitorios. Vaughn ocupaba el dormitorio principal, en el que había una cama muy espaciosa y un armario lleno de sábanas, almohadas, mantas y toallas.

Después había un dormitorio más pequeño con dos literas para los chicos. Tendríamos que preparar otro dormitorio.

-¿Por qué tres? -preguntó Shively.

-Bueno, supongo que le ofreceremos a Sharon el dormitorio principal -repuso Yost-.

Dos de nosotros dormiremos en la habitación de las literas, pero hará falta otra para los demás.

Recuerdo que hay una especie de habitación entre el dormitorio de los niños y el cobertizo del coche. Vaughn la utilizaba como taller y cuarto trastero. Podríamos sacar las cosas y convertirla en el tercer dormitorio que necesitamos, turnándonos para dormir en sacos de dormir. Tendremos que hacernos con dos sacos de dormir pero eso será fácil. Yo dispongo de uno. Podríamos comprar otro y pagarlo entre todos.

-¿Y de la comida qué? -preguntó Shively.

-La compraríamos de antemano -dijo Yost-. Casi todo nos durará dos semanas.

Además, hay una nevera para los productos que pudieran estropearse. Si se nos termina algo, podría acercarme a comprar algo a Arlington o Riverside. Ahora que recuerdo, en Arlington hay una pequeña galería comercial y enfrente hay un supermercado llamado Stater y también licorerías y tiendas de artículos de vestir y una o dos farmacias en la calle principal. Si se nos termina algo, no habrá problema.

-Eso no me gusta nada -dijo Shively bruscamente.

Los demás se sorprendieron.

-¿Qué es lo que no te gusta, Shiv? -le preguntó Yost.

-Que tú o cualquier otro de nosotros salga del escondite y se deje ver por la ciudad. Es peligroso.

-Demonios, Shiv -protestó Yost-. Eres un poco exagerado.

Puesto que no nos buscaría nadie, en Arlington no les llamaría la atención que un forastero se dejara caer por allí para efectuar algunas compras.

Los que salen de vacaciones lo hacen todas las semanas al salir de la autopista.

-Sigue sin gustarme -insistió Shively.

Yost levantó las manos en ademán de condescendencia.

-Muy bien, si tan nervioso te pone, no lo haremos. Procuraremos hacer todas las compras de antemano.

-Así será mejor -dijo Shively.

-Tendremos que confeccionar por adelantado una lista muy completa de todo lo que nos va a hacer falta, hasta el más pequeño detalle. Incluso.

-Yost chasqueó súbitamente los dedos-. Ahora que recuerdo, casi lo había olvidado. Tengo aquí una cosa muy interesante. -Se apoyó la cartera sobre las rodillas, la abrió y extrajo lo que parecía un documento protegido por una funda de plástico. Abrió la funda y sacó los papeles doblados que ésta contenía-.

Tal vez no resulte tan interesante como el formulario de la declaración de impuestos que nos ha traído Leo pero supongo que será útil. -Se detuvo con gesto teatral y agitó en sus manos el documento-. Aquí lo tienen, señores.

Estáis contemplando una cosa confidencial que muy pocas personas están autorizadas a ver. Estáis contemplando la póliza de seguro de vida particular y personal de Sharon Fields, número uno siete uno tres uno guión noventa. Los ojos de Malone se abrieron de asombro.

-¿La Póliza de Sharon?

-Ni más ni menos, suscrita hace dos años y con el informe médico.

-¿Y cómo has podido echarle el guante a eso? -preguntó Malone muy impresionado-. Yo creía que estas pólizas eran algo muy confidencial.

-Pues ya nada es confidencial, muchacho -dijo Yost soltando una carcajada-. Siempre hay alguien que conoce todo lo concerniente a los demás.

En este caso ha sido fácil. No olvides que trabajo en seguros. Bueno, la Compañía de Seguros de Vida Everest, que es la mía, no es más que una de las muchas compañías propiedad de una sola sociedad.

Otra de las compañías de la sociedad es la Compañía de Seguros de Vida y Pensiones Vitalicias Sanctuary.

Todas tenemos un centro de información común acerca de cualquier persona que haya suscrito cualquier tipo de seguros con las compañías. Bueno, pues, Sharon Fields tiene una póliza suscrita con la Sanctuary.

Yo soy agente de la Everest. Me dirigí al centro de información, encontré la última póliza de Sharon saqué una fotocopia.

-¿Y qué hay en ella? -preguntó, Shively yendo inmediatamente al grano.

-Ante todo, se nos informa de que Sharon Fields jamás ha padecido epilepsia, que no ha sufrido ningún agotamiento nervioso ni ha padecido de hipertensión o tuberculosis.

Jamás ha sufrido ninguna afección o anormalidad en el pecho ni en la menstruación. Jamás ha consumido LSD o sustancias parecidas. Se indican también su estatura, peso y medidas. Está construida como lo que ya sabéis.

-Desembucha -dijo Shively.

-Pues claro que sí -dijo Yost pasando algunas hojas de la póliza-.

Aquí lo tenemos tal como lo redactó el médico.

Sharon Fields.

Estatura, un metro sesenta y ocho. Peso, cincuenta y ocho kilos.-Levantó los ojos-. Y aquí permitidme añadir un detalle estadístico que obtuve anoche de una revista cinematográfica. -Se detuvo con aire teatral-. Medidas físicas de Sharon Fields.

¿Preparados? Muy bien. Noventa y cinco, sesenta, noventa y tres.

-¡Madre mía! -exclamó Shively.

-Perdona -terció Brunner-, pero, ¿podrías repetirnos estas medidas?

-Con mucho gusto, Leo, con mucho gusto.

Busto, noventa y cinco centímetros muy completos. Cintura sesenta centímetros. Cadera, noventa y tres centímetros -dijo Yost sonriendo-. Suficiente para todos.

-Demonios, ya me estoy volviendo loco -dijo Shively.

Yost asintió y volvió a la póliza.

-Lo único que nos interesa de aquí en relación con los suministros es lo que se dice en respuesta a la pregunta "¿Ha utilizado usted en el transcurso de los dos últimos años barbitúricos, sedantes o tranquilizantes?" El médico de la compañía de seguros anotó la siguiente respuesta: "Nembutal recetado por mi médico de cabecera".

No sé si lo toma contra la tensión o para dormir, pero será mejor que tengamos por si acaso.

-Hermano, cuando yo haya terminado de trabajarla, no le harán falta píldoras para dormir -dijo Shively torciendo los finos labios en una mueca.

Malone frunció el ceño, le agradeció a Yost su aportación y siguió examinando las notas mecanografiadas.

-Sigamos -dijo-.

Ahora tenemos que tomar una decisión de vital importancia. La fecha exacta en la que se llevará a cabo el proyecto, ésta es la información más exacta de que dispongo.

Según los últimos datos del "Daily Variety", Sharon emprenderá el vuelo desde Los Ángeles a Londres el martes veinticuatro de junio por la mañana.

Yo aconsejo que nos la llevemos la víspera, es decir, el lunes por la mañana veintitrés de junio a primera hora.

¿Os parece bien? Los demás se mostraron de acuerdo.

-Muy bien -dijo Malone-.

Si nuestra fecha es el veintitrés de junio por la mañana, eso significa que todos nosotros debemos iniciar nuestras vacaciones el lunes veintitrés y terminarlas el sábado cinco de julio.

Buen momento para devolverla y regresar nosotros a casa.

Vamos a ver, ¿podréis estar libres durante este período? Malone esperó.

Yost y Brunner guardaban silencio y reflexionaban.

El único que habló fue Shively.

-Puedo hacerlo -dijo-.

Mi jefe me debe unas vacaciones. En estos momentos está furioso conmigo pero sabe que le costaría mucho sustituirme.

Por consiguiente, tengo la impresión de que accederá. Y si no lo hace, que se vaya al infierno, yo me tomaré las vacaciones.

-Como es natural, a mí estas fechas me resultan muy convenientes -añadió Malone-.

Mi trabajo en el supermercado es temporal y a horas. Me limitaré a decirle al encargado que me voy. Cuando regrese, ya encontraré otro sitio parecido.

-Miró a Yost y Brunner, que seguían guardando silencio-.

¿Qué dicen los casados? ¿Os resultará muy difícil tomaros dos semanas de vacaciones sin vuestras esposas?

-Creo que podré apañármelas dijo Yost frotándose la mandíbula-. Ya lo he hecho en una o dos ocasiones anteriores.

Pero será mejor que no le diga a Elinor que se trata de una convención de seguros.

Podría comprobar las fechas de las convenciones en la "Mutual Review" -una de las publicaciones especializadas que recibo-y entonces me vería metido en un buen lío.

Estaba pensando en otra posibilidad. Podría enviarla con los niños a tomarse unas vacaciones a Balboa -para entonces ya se habrán terminado las clases-y podría decirle que yo aprovecharé esos días para irme de pesca con un par de posibles clientes muy acaudalados.

Puedo decirle que me han invitado a ir con ellos al río Colorado.

Elinor es una persona muy insegura. Se lo creerá. Hasta casi me lo estoy empezando a creer yo mismo.

-Sólo le encuentro un defecto a tu historia, Howard -dijo Malone-.

¿Y si tu mujer quiere que la telefonees? ¿Acaso no esperará recibir noticias tuyas?

-Claro. Mmmm, vamos a ver. Sabe por experiencia que cuando salgo de caza o pesca suelo trasladarme a zonas inaccesibles en las que no hay teléfono, le diré que estaré en medio del bosque en un lugar muy apartado.

Pero tendría que telefonearla de todos modos aunque no fuera más que una vez.

El día en que llevemos a cabo la operación, podríamos detenernos un minuto en las cercanías de Arlington antes de dirigirnos hacia las colinas.

Yo la llamaría al motel de Balboa desde una cabina pública y le diría que acababa de llegar a Grand Junction y que cómo estaban los niños y que mis clientes y yo estábamos a punto de adentrarnos en los bosques para pescar y acampar. Y ya lo habría solucionado todo.

Malone se mostró satisfecho y se dirigió al último de los cuatro.

-¿Y tú, Leo? Brunner sacudió la cabeza preocupado.

-Me temo que para mí no será tan fácil.

La época me parece bien. Habrá terminado la temporada fiscal.



Librodot

Entonces suelo tomarme una semana de vacaciones entre mayo y el cuatro de julio, me dedico a arreglar algo de la casa y realizo con mi mujer y mi cuñada una excursión a Disneylandia o Marineland.

No suelo marcharme sin mi esposa. Por consiguiente, a Thelma se le antojará insólito que permanezca alejado de ella tanto tiempojésa es la dificultad.

-Sí -dijo Malone.

Después se dirigió a Yost y a Shively-.

Creo que debiéramos estudiar muy seriamente la dificultad de Leo.

Tendrá que convencer muy bien a su esposa, de lo contrario, ésta sospechará y nos estropeará el plan.

Es aquello en que siempre solía fijarse Sherlock Holmes. Vigilar cuando una persona cambia de comportamiento y no actúa ni reacciona según le es habitual.

Vigilar lo inesperado, lo distinto. Como en aquel famoso incidente de la narración de Conan Doyle titulada "Resplandor Plateado".

El inspector le dice a Holmes: "¿Existe algún otro punto sobre el que desee usted llamar mi atención?" Sherlock Holmes contesta: "El curioso incidente del perro por la noche".

Y el inspector dice: "El perro no hizo nada por la noche".

Y Sherlock Holmes le dice: "ése fue el curioso incidente".

Lo mismo puede decirse a propósito de la situación de Leo.

Jamás se ha separado de su esposa durante más de una semana y no digamos dos. Y de repente, por primera vez, se va solo durante dos semanas.

A la señora Brunner eso se le antojaría tan sospechoso como que el perro no ladrara de noche.

Tenemos que procurar que Leo convenza perfectamente a la señora Brunner.

-¿Y qué demonios haremos? -preguntó Shively.

Yost giró su propia mole en dirección a Brunner.

-Leo, no irás a decirme que los peritos mercantiles no organizan convenciones y seminarios en otras ciudades, tal como hacen los agentes de seguros.

-Pues claro que organizamos reuniones y seminarios -dijo Brunner-.

La Asociación de Peritos Mercantiles de California organiza constantemente reuniones regionales acerca de cuestiones tributarias. Pero suelen celebrarse en noviembre o diciembre, jamás en junio.

-¿Has asistido a alguna de ellas? -le preguntó Yost.

-¿Que si he asistido? Pues claro, hace tres o cuatro años participé en una serie de seminarios organizados por el Instituto Federal de Contribuciones. Fue en Utah.

-¿Te acompañó tu mujer? -preguntó Yost.

-Naturalmente que no. Estas cosas no le interesan.

-Muy bien -dijo Yost-.

Supongamos que el Instituto Federal de Contribuciones organizara una serie de seminarios en Washington al objeto de ilustrar las nuevas leyes fiscales a los peritos mercantiles.

Supongamos que te invitaran. Supongamos que decidieras participar para mejorar tus conocimientos y con ello la posibilidad de futuros negocios.

¿Querría acompañarte tu mujer? Dices que esas cosas no le interesan.

-No -dijo Brunner lentamente-, no le interesan. Y tampoco le gusta viajar.

-¿Sospecharía?

-No tendría ningún motivo para ello.

Le preocuparía tal vez el hecho de que estuviera lejos tanto tiempo, pero no desconfiaría de mí.

-Perfectamente Yost-.

Acabas de ser invitado a unos seminarios que el Instituto ha organizado en Washington. Has aceptado.

Estarás ausente desde el veintitrés de junio al cinco de julio. Díselo así.

Brunner reflexionó.

-Sí, podría hacerlo. Sólo que preveo una dificultad.

Querrá que me mantenga en contacto con ella desde Washington. Y no sé cómo podré solucionarlo.

-¿Washington? -preguntó Shively chasqueando los dedos-. Solucionado. En eso podré ayudarte.

Tengo una antigua amiga -se llama Marcia y seguimos siendo amigos-que vive en Baltimore.

Lo que podrías hacer, Leo, es escribirle de antemano a tu mujer dos o tres postales.

Ya sabes, "Cariño, estoy muy ocupado, todo esto es muy interesante, ojalá estuvieras aquí"... las idioteces de siempre.

Yo le enviaré las postales a Marcia junto con unos cuantos dólares para que se traslade en autobús a Washington dos o tres veces y las eche al correo desde allí. ¿Qué te parece?

Brunner se mostró interesado, pero seguía dudando.

-¿Y qué va a pensar Marcia? ¿No sospechará nada?

-¿Ella? -preguntó Shively riéndose-. No, es una chica de la calle y por si fuera poco se droga, lo único que le interesa es ganarse unos cuantos dólares en la forma que sea.

Leo, dame cincuenta dólares para que pueda enviárselos junto con las postales y a ella le importará un comino.

-Lo haré muy gustoso -dijo Brunner.

-Pero hay otra dificultad -dijo Shively deshinchándose un poco-. ¿Tendrás que comunicarle a tu esposa el nombre del hotel en el que te hospedes, no? Pongamos que sea el Mayflower. ¿Y si a tu mujer se le ocurre llamarte allí?

-¿Thelma llamarme a Washington por conferencia? -preguntó Brunner mostrándose sinceramente sorprendido ante tal posibilidad-.

No, jamás, jamás haría tal cosa.

No sería capaz de gastarse dinero en una conferencia tan cara. Es muy tacaña por naturaleza. Y tampoco se imaginaría que yo pudiera cometer la extravagancia de telefonearla.

No, Kyle, eso no me preocupa. Creo. creo que las postales bastarían para satisfacerla.

Malone suspiró aliviado desde el escritorio.

-Otra cosa resuelta. Todos podremos marcharnos en la fecha acordada.

-Hizo una señal en la hoja-. Y ahora sólo nos quedan tres problemas.

Está la cuestión de cambiar de aspecto con anterioridad al veintitrés de junio de tal forma que parezcamos otros cuando estemos con Sharon.

Eso nos ayudaría más tarde cuando volviéramos a recuperar nuestro actual aspecto. Llegado el caso, no podrían reconocernos.

¿Qué aconsejáis? Para mí será fácil. Puedo dejarme crecer el cabello y la barba. Habrá tiempo suficiente. Faltan cinco semanas.

-Muy bien -dijo Shively-. Tú te dejas crecer la barba. Yo me dejaré crecer un poblado bigote. Ya me lo he dejado otras ocasiones. Cambio completamente de aspecto.

Malone señaló con un gesto a Yost y a Brunner.

-Si lo probarais vosotros, ¿os dirigirían alguna pregunta vuestras mujeres?

-La mía es posible que sí -contestó Yost-. Prefiero no probarlo.

¿No sería mejor que nos cubriéramos el rostro con medias de seda cuando estuviéramos con ella?

-Eso resultaría demasiado incómodo y le causaría miedo -dijo Malone.

-¿Y si mantuviéramos a Sharon con los ojos vendados durante las dos semanas? -preguntó Yost.

Malone no se mostró de acuerdo.

-Creo que eso la asustaría mucho y nos impediría comunicarnos adecuadamente con ella.

-Además -dijo Shively con una sonrisa perversa-, quiero que pueda ver lo que le doy. Ahí está la gracia.

-Bueno -dijo Yost-, me parece que Leo y yo podríamos utilizar disfraces artificiales en el último momento.

Es decir, que seguiríamos tal como estamos hasta el momento de salir de casa y entonces modificaríamos nuestro aspecto por medio de un disfraz.

Yo podría utilizar gafas de sol en todo momento y tal vez teñirme el cabello y peinarme de otra manera.

-Daría resultado -dijo Malone-.

Y tú, Leo, podrías modificar tu aspecto con un aplique de cabello o tal vez con un peluquín entero y hasta un bigotito falso.

Y tal vez pudieras quitarte las gafas en su presencia y vestir... bueno, prendas menos serias, nada de corbatas y camisas corrientes, sino más bien jerseys de cuello cisne. ¿Te importaría?

Brunner se mostró de acuerdo con la perspectiva.

-En absoluto de no ser por las gafas. Soy muy corto de vista..Estaría perdido sin ellas, Pero en lo demás pienso colaborar.

-¿Y por qué no te compras otras gafas de montura distinta? -le aconsejó Yost-. Una gruesa montura negra.

-No es mala idea -repuso Brunner.

-Sólo serán dos semanas -le recordó Malone-. Cuando hayamos terminado y, hayamos soltado a Sharon, te desprenderás del peluquín y del bigote falso y volverás a ponerte las gafas de montura metálica y prendas de vestir más conservadoras.

Howard se librará de los reflejos, se lavará el tinte y se peinará como tiene por costumbre.

Y Kyle y yo, nos limitaremos a afeitarnos el bigote y barba y a cortarnos el cabello. Y así estaremos a salvo de cualquier error.

-Puedes estar bien seguro -dijo Shively. Señaló la hoja de Malone-. ¿Qué nos queda todavía por solucionar?

-Penúltimo problema -dijo Malone-.

Cuando nos la llevemos, ¿cómo conseguiremos dejarla inconsciente en seguida?

-Muy bien -repuso Shively-. Nos llevamos una lata de éter o cloroformo.

-Eter no -dijo Brunner-, el cloroformo es mucho más seguro. Me precio de saber algo acerca de estas cosas -dijo carraspeando-. Mi mujer ha sido hospitalizada con frecuencia y ha estado sometida a tratamiento médico como consecuencia de distintas afecciones.

La he atendido muy a menudo y estoy muy familiarizado con "The Merck Manual of Diagnosis and Therapy" y también con "The Home Medical Guide". El éter es más peligroso. Es explosivo. Los vapores pueden acumularse en un lugar cerrado y bastaría una chispa para inflamarlos. El cloroformo, en cambio, es igualmente eficaz y no explota.

-¿Y de dónde lo sacaremos? -preguntó Yost.

-De cualquier farmacia si tienes un motivo legal que lo justifique -repuso Brunner-.

Podrías decir que lo necesitas para las mariposas que quieres añadir a tu colección. O....

-Ni hablar -le interrumpió Shively. No acudiremos a ninguna farmacia.

-No es necesario -añadió Malone-.

Yo puedo disponer fácilmente de cloroformo. Conozco a una pareja de drogados de Venice que se toman toda clase de tranquilizantes y euforizantes, mezcalina, óxido nítrico, cloroformo y éter. Están en condiciones de obtenerlos porque ella trabaja en una clínica particular y se lleva todo lo que le interesa. Le diré que quiero probar un poco de cloroformo en mi apartamento. Y me lo dará.

-Tal vez tenga que recordaros otra cosa -dijo Brunner-.

No quisiera pareceros un aguafiestas pero es necesario que lo tengamos todo previsto.

Debéis tener en cuenta que ni el cloroformo ni el éter son de efectos prolongados.

Si se aplican por medio de una mascarilla, un trapo o un pañuelo, deja a la persona instantáneamente inconsciente.

Pero la persona recupera rápidamente el conocimiento a no ser que se le siga administrando este tipo de anestesia y, en caso de que se aplique una dosis excesiva, los efectos pueden ser mortales.

Todo depende del rato en que deba permanecer inconsciente la señorita Fields.

-Todavía no hemos cronometrado la duración del viaje desde Bel Air al refugio de Gavilán Hills, Leo -dijo Yost-.

Lo sabremos con toda exactitud dentro de una o dos semanas. Pero me parece que tendríamos que procurar mantenerla inconsciente durante cuatro o cinco horas para estar más seguros.

-Entonces el cloroformo no va a dar resultado -dijo Brunner-.

Puede utilizarse de momento en calidad de anestesia rápida.

Después tendríais que administrarle una inyección hipodérmica con un narcótico de efecto más prolongado.

Procuraré enterarme de lo que podría ser más eficaz.

En cuanto a la administración de una inyección hipodérmica, yo podré encargarme de ello porque en casa le he administrado a mi mujer en distintas ocasiones inyecciones de insulina.

-Esperemos que resuelvas este extremo, Leo -dijo Malone.

Estudió la hoja por última vez y después la apartó a un lado-.

El problema final con que tendremos que enfrentarnos, señores.

Nos llevamos a Sharon. La mantenemos escondida en Más a Tierra por espacio de dos semanas.

Durante este período de tiempo no estaremos en contacto con nadie y ella tampoco lo estará.

El problema. La echarán en falta. Tiene que trasladarse a Londres al día siguiente de su desaparición.

Es indudable que estará citada con amigos y conocidos. Y se esfuma en el aire, Es mundialmente famosa. Puede producirse una conmoción, es posible que alguien llame a la policía.

-Pues claro que lo harán -dijo Brunner.

-¿Cómo lo arreglamos? -preguntó Malone-.

Tengo una idea. Cuando la tengamos en nuestro poder, la animaremos a que escriba una carta a su representante, Félix Zigman, o bien a su secretaria, Nellie Wright, explicando que ha cambiado de planes, que ha decidido huir para descansar por espacio de dos semanas y que no se preocupen por ella porque volverá muy pronto.

-Creo que una carta de la señorita Fields sería un error -dijo Brunner-. Podría revelar todo.

-Queda excluida la carta -dijo Shively rotundamente.

-Bueno, entonces no nos queda más que otra alternativa, -dijo Malone.

Tenemos que confiar en el pasado historial de Sharon y en su comportamiento impulsivo y extravagante.

Desde que alcanzó la fama, es de todos sabida su afición a no acudir a las citas, a mostrarse caprichosa, a desaparecer de vista sin más.

Hace varios años desapareció en cierta ocasión y no volvió hasta al cabo de una semana.

Tengo, recortes en los que su desaparición se compara con la de la hermana evangelista Aimee Semple McPherson, que desapareció durante varios días y después apareció un día por las buenas sin dar ninguna explicación razonable.

-Prefiero eso a que escriba a sus amigos -dijo Shively-.

De este modo, es posible que sus amigos piensen que se ha largado, y, además, la soltaremos antes de que tengan tiempo de preocuparse demasiado.

Yost, que estaba dando chupadas al puro, se lo quitó de la boca para poder hablar.

-Estaba pensando en lo que sucederá cuando aquel día se descubra que Sharon ha desaparecido.

¿Cuánto tardarán la secretaria o el ama de llaves o el representante en empezar a preocuparse y llamar a la policía?

-Yo creo que se pasarán por lo menos uno o dos días intentando localizarla entre amigos o bien en compañía de algunos de sus antiguos amantes -dijo Malone.

-Pero, si no la encuentran, acudirán inmediatamente a la policía -dijo Yost.

-Es probable que lo hagan -dijo Brunner mostrándose de acuerdo-, pero con la policía no van a llegar muy lejos.

Conozco varios casos en que desaparecieron los hijos o algún familiar de mis clientes. Al poco tiempo, mis clientes llamaron a la policía. Hablaron primero con el Departamento de Demandas.

Puesto que no existían pruebas de secuestro o juego sucio fueron enviados al Departamento de Personas Extraviadas, de la Sección de Investigación. Allí les pidieron una descripción física muy completa junto con toda una serie de características especiales de la persona extraviada. Después les dijeron que esperaran.

En el Departamento de Personas Extraviadas se ordenó una búsqueda de la persona en todos los depósitos forenses, hospitales y cárceles. Este mismo Procedimiento se seguiría en

el caso de Sharon Fields. Al no encontrarla, lo único que conseguirían las personas allegadas a Sharon Fields es que la policía la buscara de forma rutinaria.

Mientras no hubiera alguna prueba de la comisión de un delito, la policía no estaría autorizada a hacer ninguna otra cosa. Como es natural, es posible que en este caso la reacción fuera distinta dado que la señorita Fields es un personaje mundialmente famoso.

-De eso se trata precisamente, Leo -Le interrumpió Malone-. La policía no intervendrá, justamente porque Sharon es una actriz cinematográfica.

No se tomará en serio una denuncia de desaparición. En la policía no son tontos Conocen el pasado de Sharon.

También saben que está a punto de estrenarse la gran película de Sharon "La Prostituta real". Una denuncia de desaparición les parecerá una estratagema publicitaria.

Es más, se trata de uno de los trucos más viejos que existen con vistas a aumentar el éxito de taquilla. De eso puedes estar seguro.

No debemos temer que se mezcle en ello la policía. Y, aunque lo hiciera ¿cómo empezaría a buscarla?

-Tienes razón -dijo Yost-. Estamos totalmente de acuerdo en que éste será el menos importante de nuestros problemas.

Malone se levantó del sillón y se desperezó.

-Me parece que ya lo hemos analizado todo. Nos hemos planteado todas las preguntas posibles. Sabemos qué vamos a hacer en cada caso.

Es necesario que les demos una respuesta y solucionemos todos los problemas en el transcurso de las tres o cuatro semanas siguientes.

Yo sugiero que sigamos con nuestras ocupaciones y nos reunamos dos veces a la semana como mínimo para concretar los detalles definitivos. ¿Todos de acuerdo?

Todos se pusieron en pie y se mostraron de acuerdo.

Shively extendió la mano para tomar a Brunner del brazo.

-Oye, Leo, antes de que nos separemos, una última pregunta. ¿Sabes eso de los impuestos sobre la renta de Sharon Fields que nos has leído antes?

-Pues, sí.

-Hay una cosa que no nos has dicho. Me pica la curiosidad a propósito de una mujer como ésta. ¿Cuánto ganó el año pasado?

-¿Ganar? -preguntó Brunner colocando la cartera de ejecutivo sobre la mesa, abriéndola y extrayendo el informe del SII-. ¿Te refieres a los ingresos brutos o bien a los ingresos imponibles?

-Dime en cristiano cuánto cobra por tener la pinta que tiene.

-Bueno -dijo Brunner pasando las hojas del formulario del SII-, las ganancias de la señorita Fields -sus ingresos brutos correspondientes al último año fiscal-fueron de un millón doscientos veintinueve mil cuatrocientos cincuenta y un dólares con noventa centavos.

-Bromeas -dijo Shively parpadeando.

-Mira, Shively, la señorita Fields ganó este año más de un millón y cuarto de dólares.

Shively soltó un prolongado silbido.

-Demonios -dijo al final, y miró a cada uno de los demás con una sonrisa de oreja a oreja-.

¿Qué os parece, muchachos? No sólo vamos a disfrutar del más deseado trozo de carne de la historia, sino que encima vamos a gozar de balde de la mujer más cara de la tierra.

¿Cuánto dices que tardaremos, Adam? ¿Sólo cinco semanas? Me estoy muriendo de impaciencia.

Siempre he deseado acostarme con una mina de oro. No hago más que preguntarme que cómo va a ser.

"***C***uaderno de notas de Adam Malone -del 18 de mayo al 24 de mayo":

En un libro de segunda mano que adquirí, titulado "Más rojo que la rosa", escrito por Robert Forsythe, encontré la siguiente cita atribuida al autor teatral Robert E. Sherwood: "Imaginaos el apuro de una heroína de Hollywood, una belleza no excesivamente complicada que ha ascendido súbitamente a una vertiginosa cima y todavía se siente perpleja.

Se despierta en mitad de la noche pensando: "En estos momentos me están sometiendo a violación imaginaria innumerables hordas de yugoslavos, peruanos, birmanos, abisinios, curdos, latvios y miembros del Ku Klux Klan".

¿Acaso es de extrañar que a una muchacha que se encuentre en tal situación le resulte difícil llevar una vida normal y que su sentido del equilibrio sea algo inestable?" He estado pensando en ello en relación con Sharon Fields.

A primera vista nos ofrece una panorámica de las vidas de muchas hermosas y jóvenes actrices cinematográficas que se han convertido en símbolos sexuales internacionales.

Y tiende a explicarnos su confuso e insólito comportamiento público.

Pero en mi calidad de persona versada en la psicología de Sharon Fields, no creo que dicho comentario pueda aplicar a ésta. La conclusión por lo menos, no.

Es posible que Sharon se despierte a veces en mitad de la noche consciente de que millones de hombres de todo el mundo, enamorados de su deslumbrante imagen cinematográfica, la desean y en lo más profundo de sus pensamientos la someten a una violación imaginaria.

Pero, por lo que a mí me consta, ni esta situación ni el hecho de ser ella consciente de la misma han influido jamás en su sentido del equilibrio.

Es tan mentalmente equilibrada como cualquier otra joven de la tierra que sepa que resulta atractiva para los hombres y acepte este hecho como un accidente natural de la misma manera que acepta otras cualidades naturales como puedan ser la inteligencia, el ingenio o la serenidad.

En algunas ocasiones pasadas Sharon se ha comportado en público de forma extravagante o impulsiva, pero yo creo que ello se ha debido a que se ha negado a convertirse en una imagen irreal.

Quiere ser ella misma, no lo que creen los demás que es.

Por eso se rebela de vez en cuando.

Quiere afirmar su independencia y lo que efectivamente hace es decirle a la gente "yo soy yo".

Esta opinión mía la corrobora el hecho de haber ella declarado atrevidamente en público que prefiere a los hombres como nosotros y no ya a las deslumbrantes figuras con las que suelen asociarla.

A cada día que pase y a medida que avanza nuestro plan me voy sintiendo progresivamente más cerca de Sharon Fields tal como debe ser.

Porque a cada paso que damos me voy acercando más a ella.

Desde aquella decisiva reunión del Club de los Admiradores del sábado 17 de mayo en la que nos propusimos superar los problemas enumerados en la lista, nuestro proyecto ha abandonado el reino de los deseos y ha empezado a formar parte del reino de la realidad.

En lugar de atenernos a nuestra anterior costumbre de celebrar ocasionales y prolongadas reuniones, hemos empezado ahora a reunirnos con mayor frecuencia pero durante menos tiempo al objeto de facilitarles las cosas a los dos casados.

Además, nos está empezando a gustar eso de reunirnos más a menudo.

Puesto que nos proponemos un objetivo común, ha nacido entre nosotros un auténtico sentimiento de camaradería.

Y lo más significativo es que, en esta compleja maniobra, todo se está ensamblando perfectamente.

Repasaré brevemente nuestras actividades desde el pasado domingo hasta hoy, que estamos a sábado.

Nos hemos reunido dos veces, una en mi apartamento y la otra en el despacho del Perito Mercantil.

(Seré discreto al referirme a cada una de las personas y utilizaré un "nom de guerre" para designar a cada uno de los participantes en esta operación conjunta.) En resumen, éstos han sido los resultados de la pasada semana.

Tal como había prometido, el Agente de Seguros, haciéndose pasar por un acaudalado vecino de la zona que nos interesa y posible cliente, telefoneó a un servicio de seguridad llamado Patrulla Privada de Protección.

Yo le había facilitado el nombre de la empresa tras haberlo leído en el lateral de uno de los coches patrulla que vigilaban la zona.

Sea como fuere, el Agente de Seguros logró que el gerente de la empresa se mostrara muy deseoso de colaborar y de informarle por teléfono.

Claro que el Agente de Seguros posee una personalidad arrolladora e incluso cuando finge no hay quien se le resista éste debe ser indudablemente el motivo de que haya alcanzado tanto éxito en su profesión.

El Agente de Seguros supo que la Patrulla Privada de Protección sólo instala un tipo de sistema de alarma de seguridad en la zona que nos interesa.

Se trata de un sistema de alarma silenciosa. Sobre los goznes de las puertas de la casa se instalan unos diminutos controles metálicos llamados trampas, conectados con un transmisor central situado en algún lugar de la casa que puede ser la entrada de servicio o el garaje.

Estos mismos controles se instalan también en los marcos de las puertas ventanas.

Las demás ventanas están protegidas por una especie de pantalla con unos hilos entretejidos en su malla y conectados también con el transmisor central.

Cuando al salir de la casa o bien al irse a acostar, el propietario de la casa desea poner en funcionamiento el sistema de alarma, inserta una llave en una cerradura instalada en el costado de un armario, la gira y de esta forma la alarma queda en disposición de funcionar.

Si en tales circunstancias algún intruso pretendiera entrar en la casa, al abrir una puerta o ventana, rompería el circuito y transmitiría una alarma silenciosa al cuartel general de la patrulla.

Inmediatamente, el cuartel general se comunica por radio con uno de los coches patrulla y envía en seguida al lugar un vehículo conducido por un hombre armado.

Al preguntarle el Agente de Seguros si dicho sistema podía ser desactivado de antemano por parte de algún delincuente muy habilidoso, el gerente contestó que ello resultaría imposible.

En cuanto se manejaran los alambres o el transmisor central, se produce una alarma silenciosa.

Entonces el Agente de Seguros hizo la pregunta crucial.

Dijo que su casa estaba rodeada por un muro y que la entrada estaba constituida por una verja de hierro (describió con todo detalle la verja y la ordenación de los terrenos del Objeto).

Preguntó si el sistema de alarma que protegía la casa podía extenderse también al muro y a la verja.

Y le contestaron: "No, eso no lo hacemos. No es necesario. Estando la casa protegida por un sistema de alarma no hay motivo para que éste se extienda a la verja y la valla.

Si alguien forzara la verja o se encaramara a la valla no podría entrar en la casa sin que nosotros le detectáramos".

El Agente de Seguros fingió no estar totalmente convencido.

Explicó que unos vecinos suyos tenían verjas que se abrían y cerraban automáticamente.

¿Cómo se hacía eso? El gerente de la empresa de seguridad, deseoso de hacer gala de sus conocimientos, le explicó detalladamente la operación.

"En realidad, se trata de algo muy sencillo.

No tiene nada que ver con nuestro sistema de alarma silenciosa pero nos encantaría instalárselo si ése es su deseo.

Se reduce a un simple interfono instalado junto a la verja que comunica con el interior de la casa.

El visitante se identifica y alguien del interior de la casa comprime un botón que activa electrónicamente un motor instalado detrás de uno de los pilares de la verja.

Entonces un mecanismo de brazo rígido o bien de cadena conectado con el motor de transmisión abre automáticamente la verja, permite la entrada al visitante y la vuelve a cerrar automáticamente".

Es decir, que ahora ya conocemos los dos sistemas que se utilizan en la residencia del Objeto y, tras comunicárnoslo el Agente de Seguros, el Mecánico, que es muy hábil en el manejo de todo tipo de maquinarias, descubrió inmediatamente el medio de abrir la verja.

Nos explicó (personalmente no estoy familiarizado con estas cosas y espero haberlo entendido bien) que todos los diseños de motor poseen en su sistema de engranaje un mecanismo de embrague y desembrague.

Queda bloqueado cuando la puerta automática tropieza con un obstáculo como, por ejemplo, un vehículo que no haya terminado de entrar.

Entonces el sistema hace inmediatamente marcha atrás.

"Lo único que tendré que hacer cuando llegue el momento -dijo el Mecánico-será traerme una buena herramienta cortadora, escalar la valla, llegar hasta el motor y cortar el candado que habrá probablemente en la cubierta del motor.

Entonces meto la mano y suelto el embrague.

De esta forma se desembraga el engranaje del motor y éste pasa a convertirse en un sistema de rueda libre.

Tras lo cual podré abrir manualmente la maldita verja. Por consiguiente, no habrá problema. Me parece que ya tenemos resuelta la cuestión de la entrada".

Había otra cosa que el Agente de Seguros tuvo el buen acierto de comentar con el gerente de la empresa. Le preguntó, acerca del horario de los coches patrullas.

Le dijeron que, al precio de la instalación del sistema de alarma silenciosa, que ascendía a 2.000 dólares, se añadían 50 dólares mensuales a cambio de la vigilancia del sistema de alarma desde el cuartel general.

"No obstante, existe un servicio complementario -dijo el gerente-que suelen utilizar todos nuestros clientes. A cambio de otros 50 dólares mensuales, enviamos uno de nuestros coches patrulla a vigilar su residencia tres veces al día.

Una vez por la mañana, otra por la tarde y otra por la noche".

El miércoles pasado, al rayar el alba, el Agente de Seguros y el Mecánico se trasladaron en el Buick del primero, con una carretilla en la parte de atrás, al refugio de Más a Tierra al objeto de cronometrar el tiempo del viaje, supervisar los alrededores y comprobar el estado de las cosas que hay en el refugio.

Viajaron por la autopista y después siguieron dos carreteras secundarias hasta el punto de Mount Jalpan en el que tuvieron que aparcar el automóvil.

La primera parte del viaje duró dos horas y dos minutos.

Después tuvieron que trasladarse a pie hasta Más a Tierra.

Dado que el Mecánico tenía que acarrear herramientas y posibles piezas de recambio y el Agente de Seguros tenía que empujar la carretilla, cargada con dos bidones de gasolina y una batería, la marcha fue muy lenta.

Tardaron una hora y diez minutos.

Encontraron el cacharro de ir por las dunas en el cobertizo lo hallaron intacto y en el mismo sitio, lo cual demostró con toda certeza que ningún forastero, desconocido o visitante se había acercado a aquel lugar desde la última vez que el Agente de Seguros había estado allí, de lo cual hacía casi un año.

Una inspección de los alrededores les demostró que tampoco había paseado por allí ningún intruso.

El Mecánico sometió a revisión completa el cacharro de ir por las dunas y, al parecer, el vehículo, estaba en buenas condiciones si se exceptúa la sustitución de algunas piezas que previsoriamente había traído consigo.

La batería estaba agotada y un neumático estaba deshinchado.

La batería fue sustituida por otra nueva.

Dado que el neumático era de fabricación especial -anchura a la medida y de tipo flotación, a saber lo que significará eso-el Mecánico decidió que resultaría más fácil arreglarlo allí mismo en lugar de traer otro de recambio.

Sacó el neumático, lo arregló, volvió a hincharlo con una bomba accionada a mano y lo colocó de nuevo en el cacharro.

Después le metieron un poco de gasolina en el depósito.

El Mecánico se sentó al volante, puso en marcha el vehículo -consiguió ponerlo en marcha-y efectuó un recorrido de prueba.

A excepción de algunos crujidos y chirridos, funcionó perfectamente.

No obstante, la próxima vez lo lubricará un poco.

Hemos estado de suerte. Mientras, el Agente de Seguros se dedicó a examinar el refugio tras haberlo abierto con las llaves de Raymond Vaughn.

Aparte del polvo, el interior de la casa estaba en perfectas condiciones, con todo el mobiliario en su sitio.

Se pasó tres horas quitando el polvo y barriendo con un trapo y una escoba que había en la casa.

Tras poner en marcha el motor de la bomba, probó a abrir los grifos y echó el agua de los dos retretes y, aunque al principio el agua salió herrumbrosa, el caudal fue suficiente.

Al cabo de un rato el agua empezó a aclararse.

Tanto el suministro de agua procedente del pozo como la fosa séptica para las aguas residuales funcionaron a la perfección.

Sin embargo, había algo que no marchaba. Las luces no se encendían. Algo andaba mal en el suministro de electricidad.

Por consiguiente, tras haber arreglado el vehículo, el Mecánico echó un vistazo a la planta generadora portátil que alimenta el sistema eléctrico.

No tardó mucho en descubrir la avería.

Hacía falta arreglar la caja principal de los interruptores y llenar de combustible el depósito subterráneo.

Puesto que se les estaba haciendo tarde decidieron que las reparaciones se efectuarían en el transcurso de su segunda visita, en cuya ocasión traerían más bidones de gasolina.

Se había desprendido también parte del recubrimiento del techo, probablemente como consecuencia de un viento de Santa Ana, y hacía falta arreglarlo.

En general, los dos componentes del club se mostraron satisfechos de las excelentes condiciones de Más a Tierra.

A pesar de estas pequeñas averías que he anotado y varias otras cosas que hay que hacer y anotaré más adelante, el lugar es apto para su inmediata ocupación. Y, como es lógico, para almacenar en él los suministros que haga falta.

En el transcurso de nuestros últimos encuentros comentamos detalladamente la disposición del refugio. Acordamos ofrecer el dormitorio principal a nuestro huésped.

Dado que las dos ventanas del dormitorio principal podrían dar lugar a una huida, decidimos cubrirlas con tabla de madera y, como medida de ulterior precaución, protegerlas por fuera con unos barrotes de hierro.

Los dos miembros del club cronometraron los dos sectores de su viaje de regreso desde Más a Tierra a Los Ángeles.

En el primer sector el viaje fue mucho más rápido y en el segundo, considerablemente más lento.

En lugar de regresar a pie hasta el Buick, distancia en la que habían invertido una hora y diez minutos, decidieron utilizar el cacharro de ir por las dunas. Efectuaron el recorrido en 19 minutos.

No obstante, para regresar a casa a través de la autopista, se encontraron atrapados entre el tráfico de la salida del trabajo y la cena y esta parte del viaje la hicieron en dos horas y treinta y cuatro minutos en lugar de las dos horas y dos minutos que habían tardado por la mañana. Sin embargo, el viaje no lo efectuaremos a una hora de tanto tráfico.

En cuanto a otros asuntos, el Perito Mercantil comunicó orgullosamente a sus consocios que ya había echado los cimientos de su supuesta visita de dos semanas a Washington al objeto de asistir a un seminario sobre impuestos sobre la renta.

Para su asombro, no tropezó con la menor dificultad. Su esposa recibió la noticia con gran serenidad. Estaba muy satisfecho de la forma en que había manejado el asunto y se le veía mucho más tranquilo.

Sin embargo, el Agente de Seguros aún no le había comunicado a su mujer que se iría a pasar dos semanas al río Colorado a pescar en compañía de dos acaudalados posibles clientes.

Dijo que había estado muy ocupado pero al final, cediendo a nuestra presión, reconoció que no se había atrevido. Prometió encargarse del asunto en el transcurso de la siguiente semana.

Yo comuniqué al club que me había trasladado al puesto de observación -habiéndolo abandonado únicamente en una sola ocasión-con el propósito de vigilar el paseo matinal del Objeto y el trabajo del equipo de jardineros por la tarde.

Ambas cosas se produjeron siguiendo-exactamente el mismo horario previamente comprobado.

Prometí que, a partir del lunes, acudiría a mi puesto de observación casi diariamente, es decir, seis días a la semana, anotando todo lo que viera.

El Mecánico se ofreció a acompañarme una o dos veces a la semana y dijo que, si algún día yo no podía acudir, él me sustituiría, caso de estar libre.

Nota final acerca de la semana transcurrida: el domingo pasado dejé de afeitarme y, aunque me hacía falta un corte de pelo, prescindí del mismo y no pienso ir al barbero hasta que todo haya terminado.

Ahora me está creciendo un bigote y una barba muy desordenada.

Todavía no ofrecen muy buen aspecto y el encargado del supermercado ha hecho un comentario muy sarcástico a propósito de mis adornos capilares.

El Mecánico está haciendo lo propio. No se deja crecer la barba pero sí el bigote y su aspecto ya ha cambiado mucho. Yo diría que en conjunto ha sido una semana muy fructífera.

"Cuaderno de notas de Adam Malone -del 25 de mayo al 31 de mayo": He copiado una cita. Pertenece a Shakespeare.

"El amor es simple locura y os digo que se merece un cuarto oscuro y un látigo igual que los locos.

Y la causa de que no se castigue y someta a tratamiento se debe a que la locura es tan corriente que hasta los azotadores están enamorados".

Siempre que me siento abatido y considero objetivamente lo que tengo en proyecto llevar a la práctica en nombre del amor, me consuelo con esta cita del Bardo.

He estado pensando en una afirmación atribuida a Sharon Fields que ella reconoció haber pedido prestada a Lana Turner pero en la que Sharon cree con toda su alma: "Me gustan los hombres y yo les gusto a ellos".

Cualquier mujer que no reconozca que desea y gusta de la sexualidad o está enferma, o es de hielo o es una estatua".

Muy provocador, lo reconozco.

Otra cosa que se me ocurrió el otro día repasando mis archivos sobre Sharon Fields.

Todos los grandes símbolos sexuales femeninos de la época moderna han gustado de ir sin nada debajo.

He leído que Jean Harlow jamás utilizaba ropa interior.

Gustaba de excitar a los hombres.

Marylin Monroe tampoco llevaba nada debajo del vestido.

Quería que los hombres la quisieran.

Sharon Fields hace exactamente lo mismo.

Afirma que, independientemente de lo que viste por fuera -blusa y falda, vestido o traje pantalón-, raras veces lleva debajo sujetador, bragas o faja.

En su caso, el motivo no es el de provocar a los hombres.

Prefiere ir desnuda debajo.

Sus amigos afirman que prefiere esta moda porque es una persona natural y sin inhibiciones que no cree en la gazmoñería falsa.

Dicen que, si pudiera, prescindiría también de las prendas exteriores.

Es una mujer distinta a todas las demás mujeres de la tierra y la idea de poder llegar a conocerla íntimamente me obsesiona a todas horas.

Los otros tres componentes del grupo piensan lo mismo aunque sin comprenderla tan a fondo ni sentir por ella la misma pasión que yo siento.

Desde el último domingo, nuestro grupo ha celebrado tres reuniones, todas ellas muy breves, para poder ir conjuntando las cosas.

Una de las reuniones tuvo lugar en mi apartamento, la segunda en un reservado del fondo del bar de la Linterna, del All-American Bowling Emporium, y la tercera en el despacho del Perito Mercantil.

Las cosas van progresando mucho.

La suma total de nuestros esfuerzos de esta semana es la siguiente: Estuve vigilando en mi puesto de observación y comuniqué al grupo todo lo que había observado y detectado en el transcurso de los seis días consecutivos de vigilancia.

El Objeto efectuó el paseo matinal todas las mañanas sin falta.

Hubo una sola ocasión en que no recorrió toda la distancia hasta la verja.

Aquella mañana se detuvo a cosa de unos diez metros de ella.

En tales paseos sólo iba acompañada por su terrier Yorkshire.

Pude confirmar que un coche patrulla con un conductor uniformado pasó junto a la propiedad todas las mañanas entre diez y diez y media y todas las tardes entre las tres y las cuatro.

Además, el jardinero señor Ito y sus dos hijos acudieron a la propiedad dos veces.

El miércoles a eso de la una de la tarde y otra vez hoy sábado a la misma hora.

Trabajaron en el jardín por espacio de unas tres horas.

He prometido a los demás que seguiría vigilando sin desmayo la semana que viene.

Una información muy interesante del Agente de Seguros y el Mecánico.

El jueves al amanecer se trasladaron de nuevo al lugar Más a Tierra.

La duración del viaje fue menor todavía.

Llegaron al punto de transbordo en una hora y cincuenta y tres minutos.

Dejaron el Buick y subieron al cacharro, que funcionó muy bien, llegando a su destino final al cabo de dieciocho minutos.

Sólo he anotado el tiempo de duración del viaje, no el empleado en el translado de los suministros de un vehículo a otro.

Creo que en eso debieron invertir cosa de un cuarto de hora si bien ninguno de ellos lo cronometró con exactitud.

El primer cometido que decidieron abordar al llegar a Más a Tierra fue la reparación de la avería de la planta eléctrica portátil.

Tras fracasar varias veces, el Mecánico consiguió al final reparar la avería de la caja principal de los interruptores.

Después llenaron parcialmente el depósito de combustible con la gasolina que habían traído consigo en bidones.

Gracias a ello, pudo utilizarse todo lo que funcionaba por medio de electricidad.

Funcionaron las luces, la nevera, la pequeña cocina, la lavadora y la secadora.

Sin embargo, el Mecánico nos dijo que tendríamos que mostrarnos cautos en la utilización de la electricidad.

Si utilizáramos de golpe todos los aparatos, necesitaríamos 11.

110 watios y el generador portátil sólo puede producir 8.

110 watios.

Por consiguiente, no deberemos utilizar más que la mitad de las lámparas de pared o sobremesa.

Podemos mantener constantemente encendida la nevera.

Pero no podemos utilizar jamás al mismo tiempo la lavadora, la tostadora, la plancha y el aparato de televisión, porque éstos consumirían aproximadamente 3.

110 watios.

Nos hará falta mucha más gasolina de la que habíamos pensado para el generador subterráneo, sin contar el cacharro, que no tenemos intención de utilizar gran cosa una vez nos encontremos en el refugio.

Dado que estamos preparando unas largas vacaciones en una zona alejada, nos hemos alegrado mucho de saber que los Vaughn se dejaran el aparato de televisión conectado con una antena montada sobre un poste de aluminio clavado en lo alto de una colina situada detrás del refugio a una altura de unos quince metros por encima de la casa.

El Mecánico se mostraba partidario de que quitáramos la antena aunque ello nos costara privarnos del uso del aparato de televisión.

Le preocupaba que pudiera verse desde el aire.

Además, consideraba que el Objeto ya constituiría para nosotros motivo de suficiente distracción sin que a nadie le hiciera falta mirar la televisión.

El Agente de Seguros dijo que la antena la ocultaban parcialmente dos frondosos árboles y que a algunos de nosotros nos gustaría poder disfrutar de la televisión por lo menos de vez en cuando.

Es más, el Agente de Seguros se mostró partidario de traer otro aparato.

Al final se resolvió la cuestión de la conservación de la antena por un voto a favor.

El Perito Mercantil ofreció prestarnos un pequeño aparato portátil que tenía en el despacho.

En el transcurso de este segundo viaje se trasladaron a Más a Tierra los suministros más imprescindibles.

En el congelador de la nevera se guardaron algunos alimentos congelados.

En los estantes de un armario de la cocina se guardó el contenido de toda una caja de alimentos en conserva que yo "pedí prestada" del almacén de mi supermercado.

En la tercera habitación se dejaron dos sacos de dormir.

Como es natural, serán necesarias otras muchas cosas para cinco personas.

El Agente de Seguros y el Mecánico decidieron realizar un nuevo viaje al refugio la semana que viene.

En el transcurso de este viaje irán en vehículos separados y el Mecánico dijo que le pediría prestado un remolque a un amigo y que lo engancharía a su automóvil.

Hicimos una lista de todo lo que pudiera hacernos falta, desde bidones de gasolina a distintos artículos alimenticios, y acordamos quién pediría prestado o robada los distintos artículos, decidiendo guardar de momento las provisiones en la habitación del Mecánico en Santa Mónica.

El Agente de Seguros nos refirió los detalles de su enfrentamiento con su esposa a propósito de sus vacaciones de junio.

Se inventó una tremenda historia acerca de unos posibles clientes muy adinerados que le habían invitado a una excursión de pesca de dos semanas al río Colorado, afirmando que no podía negarse so pena de ofenderles.

Le dijo a su mujer que, mientras él estuviera ausente, reservaría habitación para ella y los niños en un motel de la playa de Balboa.

Nos confesó con toda sinceridad que se había producido una violentísima escena.

Su mujer protestó por el hecho de que la dejara sola con aquellos pequeños salvajes mientras él se iba a cazar mujeres con sus amigotes.

Pero él se mantuvo en sus trece, nos dijo, y no cedió ni siquiera al rogarle ella que redujera las vacaciones a una sola semana.

Le dijo que lo hacía por ella, porque la venta de aquellos programas de seguros podría permitirles saldar las deudas.

Se mantuvo en sus trece y, gracias a Dios, su mujer se dio al final por vencida.

Siempre que pienso en el matrimonio, el temor de poderme ver metido en tales conflictos -inevitables cuando se juntan dos personalidades distintas, de ambientes distintos y con distintos genes en la esperanza de que formen una unión de por vida-me acobardo sin poderlo remediar.

Durante los primeros años de matrimonio la pasión une y también ciega.

Pero más adelante la costumbre que al principio es causa de esfuerzos se convierte muy pronto en desprecio o, por lo menos, en un dar por sentado que conduce a la indiferencia.

A medida que transcurren los años de matrimonio, los integrantes del mismo van teniendo una visión más clara de las diferencias existentes y se hace necesaria una especie de guerra de guerrillas doméstica al objeto de que pueda sobrevivir la propia identidad.

Además, si se echa un vistazo general a la cuestión del matrimonio, tal como yo he hecho, se comprende que se trata de una institución social antinatural y creada por el hombre.

Al principio no existía esta unión oficial llamada matrimonio.

Los grupos de hombres vivían libremente con los grupos de mujeres y todos criaban conjuntamente a los hijos.

Más tarde la civilización, como la de la Grecia antigua, abolió la poligamia y la poliandria y la sustituyó por la monogamia.

La formalización del matrimonio a través de un certificado de matrimonio arranca de la época en que los hombres adquirían a las mujeres como si fueran objetos por medio de compra o permuta.

He leído que los africanos de la tribu Nandi solían entregar cuatro o cinco vacas a cambio de una esposa adolescente.

Bueno, la transacción exigía una factura y ésta es la base del moderno certificado de matrimonio.

En realidad, los hebreos del primer siglo y más tarde los cristianos exigían contratos de matrimonio.

Ello no sólo confería a la religión más autoridad sobre la vida de la gente sino que, además, daba origen a un orden al dejar bien sentados los derechos de cada uno de los cónyuges.

Sin embargo, en los contratos no existen cláusulas que regulen los sentimientos del marido o la mujer al cabo de diez o veinte años.

Es cierto que hoy en día existe una cláusula de escape que es el divorcio, pero eso es muy burocrático y, en términos generales, suele ser un engorro.

El matrimonio moderno está basado en la hipocresía.

Como institución es atípico.

No sé qué señora escribió en alguna parte que un contrato matrimonial podría dar resultado en el supuesto de que nadie se viera obligado a cambiar por su causa.

En la actualidad, el matrimonio equivale a "una capitulación de la identidad, a la muerte del autodesarrollo, a una muerte espiritual contraria a la naturaleza".

Un amigo ruso de mi padre solía decir: "El matrimonio es la tumba del amor".

Disraeli lo supo expresar mucho mejor: "Todas las mujeres debieran casarse pero no los hombres".

Como bien se comprende, Disraeli era un sexólogo.

Ya estamos viendo nuevas formas de vida que han suplantado el matrimonio, sencillas y fáciles uniones no sancionadas por ningún certificado que son como un regreso a la unión y vida en común que existía en las épocas primitivas.

Creo que acabaremos recorriendo todo el círculo.

Por otra parte y para no pecar de injusto, también puede decirse algo en favor del estado matrimonial.

He visto algunas parejas que llevan casadas treinta años o más y producen la impresión de sentirse satisfechas.

Al parecer, han descubierto un secreto: que vale la pena perder la mitad de la propia independencia y todo anhelo de variedad a cambio de la certeza de no envejecer solos.

Tal como dijo en cierta ocasión mi profesor de antropología, la maldición más horrible de la vejez es la soledad.

Sin embargo, jamás he conocido a ninguna muchacha que me haya inducido a pensar en la posibilidad de vivir para siempre a su lado.

La única mujer de la tierra con la que sí me imagino pasando el resto de mis días es el Objeto.

Todavía no la he conocido pero pronto lo haré, muy pronto.

Santo cielo, estoy seguro de que sabe convertir la tierra en un paraíso.

¿Cómo es posible que me haya extendido tanto en esta divagación? Volviendo a lo nuestro.

El bigote del Mecánico está empezando a poblarse.

El mío no es más que una birria, pero la barba me crece bien y ya llevo el cabello muy largo.

En el supermercado no hacen más que gastarme bromas.

Los clientes habituales quieren enterarse del por qué.

Yo les digo que soy adepto al Vivekananda y el Vedanta y que el cabello largo está más de acuerdo con un espíritu elevado.

Los clientes me miran como si estuviera chiflado.

"Cuaderno de notas de Adam Malone -del 1 de junio al 7 de junio": En el transcurso de una de nuestras sesiones de la semana pasada, ahora que sólo nos faltan unas tres semanas, el Perito Mercantil, que últimamente se mostraba menos comunicativo, se irritó por una cuestión sin importancia y en determinado momento nos salió con que mira lo que estábamos haciendo a cambio de algo tan fugaz y transitorio como son unas relaciones sexuales.

Yo suavicé la situación recordando una frase que se atribuye a lord Chesterfield, a propósito de lo que son capaces de hacer los hombres para llevarse a una mujer a la cama.

¿Y para qué? Chesterfield dijo: "El placer es momentáneo, la posición ridícula y los gastos detestables".

Todos se echaron a reír y hasta le hizo gracia al Perito Mercantil.

Considero que, aparte el hecho de haberlo concebido, mi mejor aportación al proyecto es la de servir de árbitro entre mis colegas, suavizando los conflictos de personalidad y procurando que toda la empresa marche sobre ruedas.

La semana pasada organizamos dos reuniones de mayor duración, ambas en mi apartamento.

El Mecánico, a pesar de su mal humor y ordinariez y hostilidad latente hacia la mayoría de seres humanos, ha resultado ser el más útil y el más fervoroso miembro del Club de los Admiradores.

Su ingeniosidad para encontrar cosas y su sorprendente habilidad manual son extraordinarias.

En el transcurso de la primera reunión nos hizo un importante anuncio.

Ha encontrado exactamente el tipo de camioneta que nos hace falta.

A través de sus amistades del Valle, ha localizado una vieja camioneta abandonada en un cementerio de coches de las afueras de Van Nuys.

Se trata de una Chevrolet de tres cuartos de tonelada, modelo 1964.

Tras varias horas de trabajo, consiguió llevarse esta Chevy a Santa Mónica utilizando el vehículo de remolque de la estación de servicio donde trabaja.

Deja aparcado su coche en la calle y de esta manera puede ocultar la Chevy en su garaje sin que nadie la vea.

Dijo que estaba en bastante buen estado y que está muy reciamente construida y que la suspensión es muy buena.

Le hará falta un repaso de motor y la acostumbrada sustitución de la batería y las bujías, algunas otras cosas y todo un juego completo de neumáticos nuevos extrafuertes.

Podrá dar cómodamente cabida a dos personas en los asientos de delante y a tres personas con los suministros que haga falta en la parte de atrás desprovista de ventanillas.

"Es una de las camionetas que se utilizan para efectuar repartos y no despertará ninguna clase de sospechas", dijo el Mecánico.

Dice que, dedicándole todo el tiempo libre de que disponga, podrá tenerla arreglada para dentro de una semana o diez días todo lo más.

Los tres restantes hemos acordado reunir el dinero necesario para la adquisición de las piezas de recambio que el Mecánico no pueda birlarle a su jefe o extraer de cualquier otro vehículo abandonado.

Dado que va a estar muy ocupado en la reparación de la camioneta, el Mecánico le ha propuesto al Agente de Seguros que el viaje a Más a Tierra previsto para dos días más tarde sea el último que se efectúe antes de la puesta en práctica de la gran operación.

Por consiguiente, los suministros y provisiones necesarias deberán adquirirse inmediatamente.

Todo lo demás habrá que trasladarlo junto con el Objeto el mismo día de la operación.

Por mi parte ya he adquirido muchos de los artículos no perecederos que figuran en la lista, a precios de mayorista: frutas y verduras en conserva, galletas, quesos.

A última hora he decidido incluir una caja de huevos.

Además, en ausencia del encargado, he trasladado a mi coche tres cajas de bebidas variadas, bebidas alcohólicas de alta graduación, cervezas y bebidas sin alcohol.

Lo he dejado todo en casa del Mecánico.

Como es natural, siendo adicto a los alimentos sanos, el Perito se ha encargado de la adquisición de sus propias vituallas.

En un establecimiento de alimentos orgánicos del que es contable ha adquirido pan integral, yogourt, té de hierbas, albaricoques secos, semillas de soja tostadas y también guisantes secos, algunas patatas, calabazas, nabos, y manzanas procedentes de fincas agrícolas en las que sólo se utilizan fertilizantes naturales.

Cada loco con su tema.

Otra cosa a propósito de la primera reunión.

Yo había consultado una obra de Alphonse Bertillon, director del departamento francés de identidad de la Sureté de París entre los años 1882 y 1914.

En ella, Bertillon expone una invención antropométrica suya que consiste en un sistema de medición corporal y facial de once rasgos inalterables de los criminales.

Aplicando una variación de dicho sistema, tomé las medidas de las cabezas y rasgos faciales del Perito Mercantil y del Agente de Seguros.

Con una cinta métrica y un compás tomé las medidas exactas de sus cráneos, frentes, narices y barbillas.

Cuando así lo hice, creyeron que estaba loco, pero después les expliqué los motivos.

Me pareció que no resultaría prudente que se encargaran ellos mismos de la adquisición de los disfraces.

Sería mejor que lo hiciera yo y, para poder adquirir apliques o bisoñés, patillas, barbas y bigotes falsos, precisaba de dichas medidas.

El Mecánico y yo ya teníamos muy crecidos nuestros disfraces y, con las nuevas frondosidades capilares de nuestros rostros, habíamos conseguido modificar grandemente nuestro aspecto.

Pero, dado que a los otros dos les estaba vedado hacerlo así como consecuencia de las esposas o familiares que pudieran dirigirles preguntas al respecto, consideré necesario que dispusieran también de pelo postizo con el que pudieran sentirse perfectamente a sus anchas.

Debo reconocer que lo comprendieron y se mostraron deseosos de colaborar.

Acordamos también que, en presencia del Objeto e incluso no estando éste presente (para acostumbrarnos y no cometer algún error), jamás nos dirigiríamos el uno al otro utilizando nuestros nombres o apellidos.

Sugerí la conveniencia de no utilizar ningún nombre y, en el caso de que ello resultara difícil en los momentos en que quisiéramos recabar la atención de alguien, que utilizáramos iniciales basadas en las denominaciones que yo utilizo en las presentes notas.

Por consiguiente, el Mecánico sería M., el Agente de Seguros sería A., el Perito Mercantil, P., y el escritor, E.

Acordamos discutirlo ulteriormente.

La segunda reunión, que tuvo lugar hace dos días, estuvo centrada en el informe final acerca de la situación de Más a Tierra.

El Mecánico y el Agente de Seguros, ambos en dos vehículos distintos, y el primero de ellos arrastrando un remolque que había pedido prestado, cargado hasta los topes, efectuaron el viaje sin incidentes utilizando otra autopista.

Llegaron al punto de transbordo en dos horas y veinte minutos.

Procedieron a la descarga de los suministros e hicieron el viaje de ida y vuelta hasta el punto de transbordo utilizando el cacharro de ir por las dunas.

Trasladaron los alimentos y las bebidas al interior del refugio y llenaron por completo la nevera colocando los restantes artículos en las estanterías.

Llevaron también toda clase de artículos, tales como más toallas, jabón, utensilios de cocina, el aparato de televisión portátil del Perito Mercantil, botiquines de medicamentos, sábanas, almohadas y mantas que yo había adquirido para la cama del Objeto en el dormitorio principal.

A esta cama, que es la mejor del refugio y la que le tenemos designada, yo suelo llamarla en mis sueños el Lecho Celestial.

La denominación la he sacado de una biografía de Emma Lyon, que más tarde se convirtió en lady Hamilton y que, en 1798 se convirtió en la amante de lord Horacio Nelson.

En su juventud, lady Hamilton había sido considerada la mujer más hermosa de Inglaterra, tal vez de la misma forma en que la actriz Sharon Fields es considerada actualmente la mujer más hermosa del mundo.

A los dieciocho años, Emma Hamilton fue contratada por una especie de médico curandero llamado James Graham, que alquilaba lo que él calificaba de "lecho celestial" a los hombres que desearan rejuvenecerse.

A cambio de cincuenta libras por noche, el paciente, podía tenderse en esta cama sostenida por veintiocho pilares de cristal y cubierta por un rico dosel al tiempo que Emma Hamilton interpretaba en cueros danzas eróticas alrededor del lecho.

Siempre he pensado que la causa del rejuvenecimiento debía ser Emma y no el lecho.

Sea como fuere, siempre que me imagino la cama de Más a Tierra en la que el Objeto tanto tiempo deseado se tenderá muy pronto, no se me ocurre otra denominación que no sea la de Lecho Celestial.

Jamás he creído en el cielo pero creo que este lecho me convertirá.

No quiero seguir divagando.

Según el informe de nuestros adelantados, éstos dedicaron mucho tiempo y energía a la seguridad del dormitorio principal.

Quitaron la cerradura de la puerta y la sustituyeron por otra, cubrieron las dos ventanas con tableros de madera por la parte interior y los protegieron con barrotes de hierro por fuera.

Abandonaron el refugio de Más a Tierra a media tarde tras haberlo revisado todo a fondo y tras haberse asegurado de que todo estaba en orden para la gran llegada.

Llenaron el depósito de gasolina del cacharro de ir por las dunas y éste lo dejaron aparcado detrás de unos arbustos de denso follaje.

Después, utilizando sendos vehículos, regresaron a Los Ángeles.

El Mecánico efectuó el viaje de vuelta en dos horas y treinta y cinco minutos.

El Agente de Seguros, sin el engorro del remolque, invirtió dos horas y diez minutos.

Estoy intentando recordar todo lo que se comentó en el transcurso de la reunión de hace dos días.

Ah, sí, una cosa que aún no se había resuelto.

Con bastante renuencia, el Perito Mercantil nos mostró tres postales panorámicas -vistas de la Casa Blanca, del Capitolio y del Instituto Smithsoniano-en las que había escrito sus mensajes de añoranza a su esposa tras pegarles unos sellos de franqueo aéreo.

Las entregó tímidamente a la custodia del Mecánico junto con dos billetes de veinte dólares y uno de diez al objeto de que todo ello se enviara a la tía de Baltimore, que a su vez se encargaría de echarlas al correo desde la capital al objeto de que la esposa del Perito Mercantil las recibiera espaciadas entre el 23 de junio y el 30 de junio.

Por mi parte, comuniqué los resultados de mi tercera semana consecutiva de vigilancia desde el puesto de observación.

Mi informe no presentó variación alguna en relación con los informes de las dos semanas anteriores y con los de mis previas vigilancias irregulares.

Efectuó su paseo matinal a la hora acostumbrada.

Los jardineros se presentaron según tenían por costumbre.

El coche patrulla llegó a las mismas horas.

Tomé nota de un visitante que previamente había pasado por alto.

El cartero.

Llegó todas las mañanas no antes de las once y un día hasta llegó a las doce menos diez.

Habló por el interfono y se abrió automáticamente la verja.

Entró con su camioneta de reparto parecida a un jeep, se acercó hasta el edificio principal, y se encaminó hacia la puerta donde una mujer de mediana edad (el ama de llaves probablemente) se hizo cargo del montón de correspondencia.

En el transcurso de esta semana, entraron en la propiedad cinco camionetas de reparto -todas después de las nueve de la mañana-, lo cual se les antojó a los restantes miembros del club una señal favorable, dado que significaba que las camionetas de reparto no eran infrecuentes.

Una de ellas pertenecía al agua Puritas, otra a un establecimiento de artículos alimenticios de Beverly Hills, otra a una empresa de fontanería, otra al Servicio de Transportes Flecha Roja y otra al American Express.

Al término de la reunión, los demás se emocionaron mucho escuchándome leer un breve reportaje publicado en la primera plana del "Daily Variety" de aquel mismo día.

En dicho reportaje se señalaba que "La prostituta real" se había estrenado en seis importantes ciudades de la nación, superando todos los récords de taquilla.

Finalizaba confirmando la noticia según la cual la estrella Sharon Fields se disponía a abandonar Los Ángeles y -tal como decía "Variety"-"volaría a Londres para promocionar su más reciente éxito".

Ayer, puesto que tenía la tarde libre -había trabajado en el supermercado en el turno de noche-y me sentía demasiado emocionado para poder concentrarme en escribir, salí a adquirir los disfraces del Perito Mercantil y del Agente de Seguros.

Por no sé qué extraño motivo visité en primer lugar varios bazares y tiendas de juguetes, recordando tal vez la época de mi niñez en que solía acudir a tales lugares en compañía de mi madre, en vísperas de Todos los Santos o de alguna fiesta de disfraces.

Las pelucas y bigotes que vendían eran muy baratos y de muy mala calidad, totalmente increíbles y fabricados de tal forma que confirieran un aspecto muy cómico al interesado.

Entonces decidí cambiar de sistema.

Busqué en las páginas amarillas algunos establecimientos que pudieran resultar más adecuados, tales como la Tienda Mágica Houdini de Hollywood, la Compañía de Disfraces del Oeste y el Salón de Alta Peluquería de Beverly Hills.

Llamé a los tres sitios y les dije que estaba filmando un anuncio para televisión, describiéndoles lo que me hacía falta.

Fue como un ábrete sésamo.

Vacié la cartera comprando en los tres establecimientos -como es natural, se me reembolsarán los gastos-pero pude adquirir lo que me hacía falta, auténticos adornos faciales del tamaño adecuado.

Me dijeron que a nadie pueden sentarle a la perfección si no se los ajustan personalmente, pero yo repuse que los modelos de mi anuncio estaban demasiado ocupados para poder perder el tiempo.

Compré un estupendo aplique del mismo color para la calva del Perito Mercantil así como un bigote entrecano tipo cepillo.

En total, sesenta dólares.

Le compré al Agente de Seguros unas preciosas patillas largas y unos soberbios mostachos de granadero por cincuenta dólares.

Le compré también un tinte temporal para el cabello.

Puesto que se va a teñir el cabello de un color más oscuro, se tratará de una sencilla operación de una sola fase.

Se garantiza que el tinte dura tres semanas si no se lava uno el cabello demasiado a menudo.

Ya está todo hecho.

Estamos preparados para las transformaciones.

Casi estamos a punto.

Apenas puedo creerlo.

"Cuaderno de notas de Adam Malone -del 8 de junio al 14 de junio": Todas las precauciones son pocas para satisfacer al Perito Mercantil.

Su timidez arranca del hecho de haberse visto tanto tiempo obligado a seguir una rutina.

Sigue mostrándose preocupado y afirma que corremos muchos peligros.

Al final tuve que citarle una frase del marqués de Halifax: "Aquel que no deja nada al azar pocas cosas hará mal pero hará muy pocas cosas".

Ello pareció ejercer en él un efecto saludable.

Mantuvimos otras dos reuniones muy breves en mi apartamento.

Repasamos todos los pasos para comprobar que no hubiéramos metido la pata en algo.

Al parecer, tenemos previstas todas las contingencias.

Discutimos acerca de la conveniencia de efectuar una última visita a Más a Tierra.

Al final nos pareció que ya no quedaba nada por hacer.

El refugio está listo para ser ocupado de inmediato.

El Agente de Seguros nos dibujó un plano de las habitaciones del refugio.

Decidimos dónde dormiría cada cual y qué días.

Hasta nos repartimos los deberes culinarios.

Leí el informe de las actividades que había observado desde mi habitual puesto de vigilancia, situado en el punto más alto de la calle Stone Canyon.

No observé ninguna novedad ni nada digno de mención.

El Objeto sigue cumpliendo religiosamente con el deber del paseo matinal al aire libre.

La vi preciosa en todas las ocasiones.

Siempre que la veo desaparecer en el interior de la casa experimento como una sensación de pérdida.

Los jardineros, el cartero y el coche patrulla se presentaron con la misma regularidad de siempre.

No preveo ninguna sorpresa.

Les entregué a mis dos colegas casados los disfraces que les había comprado.

Me reembolsaron el importe y se los probaron.

El Agente de Seguros estaba estupendo con las largas patillas y los Poblados mostachos.

Lo único que causaba extrañeza era el color más oscuro que el de su cabello natural.

Le aseguré que todo sería del mismo color una vez se hubiera aplicado el tinte, cosa que él prometió hacer en cuanto saliera de casa poco antes de entrar en acción.

En cambio, el Perito Mercantil, una vez con el aplique sobre la calva y el bigotito sobre el labio superior, resultó de lo más ridículo.

Parecía un inocente Adolf Schicklgruber, si tal cosa pudiera concebirse.

Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para evitar echarme a reír, sobre todo teniendo en cuenta que el Mecánico se estaba burlando de él despiadadamente.

Al cabo de un rato pude comprobar que el Perito Mercantil se gustaba bastante con la calva cubierta por el postizo.

No hacía más que levantarse para mirarse al espejo.

El bigote del Mecánico es denso, enmarañado y desordenado, y su aspecto me recuerda al de August Strindberg sólo que más áspero.

Es difícil reconocer en él a la persona con quien trabé conocimiento en el bar de la bolera.

Mi propio aspecto es, y no quisiera pecar de inmodestia, bastante sansoniano y me confiere mucha apariencia de fuerza.

El bigote es más bien esmirriado, una especie de semicírculo hacia abajo, pero la barba castaño oscura ha alcanzado la plena madurez, hasta tal punto que he tenido que recortármela un poco en el transcurso de la semana.

En el supermercado he tenido que soportar toda clase de bromas a causa de mi nuevo aspecto revolucionario anarquista.

Una noche acudió Plum a comprar leche y al principio ni siquiera me reconoció.

Cuando me acerqué a ella, se percató de que era yo y no podía dar crédito a sus ojos.

Le encantó mi nueva flora facial.

Les dije a los demás que había comunicado al encargado que dejaría el empleo el 15 de junio para trasladarme al Este a ver a mi familia.

Lo cual significa que esta noche será mi última noche de trabajo.

Creo que podré volver a obtener este empleo a mi regreso.

Pero no sé si me gustará volver al supermercado.

Me parece que estas dos semanas de ausencia me inspirarán lo bastante como para inducirme a escribir con plena dedicación.

Después quizá pueda lograr escribir cosas de alta calidad que me permitan obtener ingresos cuando se me termine el dinero de que actualmente dispongo.

El Mecánico dijo que había tenido una violenta discusión con su jefe, el propietario de la estación de servicio.

El Mecánico le pidió dos semanas de vacaciones, y el jefe se puso hecho un basilisco diciéndole que se iba ahora que empezaba la temporada turística y en la estación habría más trabajo que nunca.

Pero el Mecánico no se amilanó y, al final, el jefe le concedió a regañadientes las dos semanas de vacaciones, si bien sólo le pagaría el sueldo de una semana.

El Mecánico se puso furioso pero prefirió no protestar.

El Perito Mercantil había prometido encargarse de las píldoras y así lo hizo en el transcurso de nuestra segunda reunión.

Encontró en el botiquín de su mujer un frasco casi lleno de Nembutal, sacó del mismo diez píldoras, las introdujo en un frasco de plástico vacío y nos las entregó.

Les dije a los demás que ya les había pedido el cloroformo, la jeringa hipodérmica y el luminal de sodio (que, según descubrimos, era un soporífero estupendo) a mis amigos de Venice, y que esperaba tenerlos en mi poder en muy breve plazo.

El Mecánico dijo que todavía estaba bregando con la camioneta Chevy pero que los trabajos iban muy adelantados.

Dijo que a la mañana siguiente birlaría unos neumáticos especiales.

Ayer hice por mi cuenta algo que no he revelado a los demás.

Pensé en todo el proceso de hacerle el amor y comprendí súbitamente que se merecería cierta protección.

Era lo menos que podíamos hacer.

Al fin y al cabo, cuando nos la lleváramos ella no habría podido saberlo de antemano y tal vez no estuviera preparada.

Me avergoncé un poco de adquirir contraceptivos femeninos y entré y salí de dos farmacias sin pedir nada.

Después entré en una en la que había detrás del mostrador una mujer que me pareció amable y decidí lanzarme.

Me inventé una historia para justificar el hecho de que mi amiga no pudiera acudir personalmente y dije que ésta me había pedido que comprara lo mejor.

La farmacéutica se mostró comprensiva y dispuesta a colaborar y me dijo: "Mire, ya conozco estas situaciones.

Le daré lo que quiera.

¿Qué es lo que ella prefiere? Si se trata de un diafragma, es necesario que se lo coloque un médico y le dé instrucciones acerca del cordel.

Por consiguiente, eso habrá que dejarlo.

Hay otro tipo de diafragma de distintos tamaños que también debiera colocarle un médico y después aconsejarle el empleo de un espermicida, y le recuerdo que debe insertarse el diafragma media hora antes de mantener relaciones sexuales.

Y después tenemos la píldora, que vendemos bajo distintas marcas y para la que hace falta receta, pero yo no soy partidaria de las formalidades y, si usted quiere la píldora, le venderé una caja.

Pero recuérdele a su amiga que debe tomar la píldora durante ocho días seguidos antes de las relaciones sexuales.

Además, le recomiendo que su amiga utilice un poco de KY.

Se trata de una gelatina lubricante.

De esta forma será más agradable para ella y más fácil para usted".

No sabía qué demonios llevarme y compré un poco de cada cosa.

La farmacéutica me vendió un tubo de Precaptín, que es un espermicida, y me entregó una caja de píldoras anticonceptivas; y, en cuanto al diafragma, adquirí tres de distintos tamaños para más seguridad -65, 75, 85-, y ahora, mientras escribo, me excito sólo de pensarlo.

Compré también la gelatina lubricante y acabé comprando una bolsa de irrigaciones.

Después, preocupado por lo que me había dicho de los ocho días seguidos, entré en otra farmacia y adquirí tres docenas de preservativos.

Al regresar a mi apartamento, no pude resistir la tentación, de entregarme a una extravagancia.

Al pasar frente a una tienda de prendas femeninas, vi un camisón tipo minitoga con cortes laterales confeccionado en nylon blanco transparente.

Una auténtica locura.

Dado que conocía las medidas del Objeto, entré en la tienda y encontré su talla.

Me la imaginaba tendida en el Lecho Celestial luciéndolo.

Se lo compré inmediatamente en calidad de regalo de un ardiente admirador y secreto amante desde hacía mucho tiempo.

Antes de que diéramos por terminada nuestra segunda reunión de la semana pasada, se me ocurrió pensar en algo que todavía no habíamos decidido.

Le pregunté al Mecánico si ya había decidido cuál iba a ser el mejor camino para llegar a Más a Tierra.

él repuso que sí, que había tenido intención de traerse unos mapas de carreteras pero que los había olvidado.

Sin embargo, dijo que ello no tenía la menor importancia, puesto que se conocía muy bien el camino sin necesidad de utilizarlos.

No obstante, el Agente de Seguros insistió afirmando que sí era importante.

"Si tú conduces -dijo-y te da un calambre o algo así, uno de nosotros tiene que estar en condiciones de ocupar tu lugar, tomar el volante y saberse exactamente el camino".

El Mecánico, que nunca es muy amable, accedió a regañadientes a traernos los mapas la semana que viene.

Lo cual nos hizo pensar en la semana que viene, nuestra última semana en la ciudad antes de embarcarnos en nuestra increíble aventura.

Lo discutimos y acordamos reunirnos dos veces entre los días 16 y 22 de junio.

Llegamos a la conclusión de que ya lo teníamos todo dispuesto y no habíamos dejado ningún cabo sin atar.

No obstante, decidimos reunirnos una vez más el miércoles día 18 para revisarlo todo y asegurarnos de que todo estaba a punto.

Y acordamos celebrar una breve reunión final del Club de los Admiradores la víspera de la operación, una especie de alegre reunión para celebrarlo.

El Mecánico acaba de telefonearme mientras estaba escribiendo esta última frase.

Estaba muy contento y animado.

Ha terminado la reparación de la camioneta de reparto, le ha colocado los neumáticos y se la ha llevado a efectuar un recorrido de prueba hasta Malibú Canyon.

Dice que funciona como un Rolls Royce.

Le he felicitado y le he recordado que pintara en los laterales el nombre de alguna empresa imaginaria.

Hemos discutido un poco a este respecto y, al final, se ha mostrado de acuerdo con mi sugerencia inicial, que era la de pintar el nombre de alguna inofensiva empresa de control de plagas.

Prometió encargarse de ello esta tarde.

Ahora me iré a Venice a ver a mis amigos y averiguar si ya tienen en su poder lo que les he pedido, aprovechando de paso para fumar un poco en su compañía.

Será mejor que me entere de si les sobra un poco de hierba.

Cualquiera sabe, a lo mejor el Objeto está metida en eso y gusta de dar alguna que otra chupada de vez en cuando.

A última hora de la tarde: acabo de regresar de Venice.

Lo tengo todo, tengo todo lo que necesitamos: el frasco de cloroformo, dos jeringas hipodérmicas nuevas en bolsas esterilizadas, agujas de un solo uso, dos ampollas de luminal de sodio que han robado de la clínica y dos latas de hierba de primera calidad.

Estoy leyendo las notas acerca de la utilización de la jeringa hipodérmica.

Me cuesta creer que la utilizaremos dentro de una semana.

Estoy pensando en lo que sucederá después cuando ella se despierte y hayamos conseguido intimar con ella, y en la noche del 23 de junio en que ella y yo nos encontremos en el Lecho Celestial.

Y en cómo me amará ella y cómo la amaré yo.

Seré el hombre más afortunado de la tierra.

¿Cuántas personas pueden decir que han visto cumplidos sus deseos?

"Cuaderno de notas de Adam Malone -del 15 de junio al"...: Basta.

Ya no puedo escribir.

Estamos a lunes 16.

Se ha producido súbitamente una terrible situación imprevista. Terrible.

He llamado con urgencia a los demás.

Estoy esperando su llegada.

***E***xperimentando intensos latidos en las sienes, Adam Malone se hallaba sentado en el borde del sillón de su apartamento contemplando el teléfono que tenía delante y esperando a que sonara.

Era la primera vez que perdía el aplomo en el transcurso de todas aquellas semanas.

Habían previsto todas las contingencias posibles menos una.

Y ahora se había producido lo imprevisto, y para él había sido como un jarro de agua fría.

Se había producido a las once y dieciséis minutos de aquel lunes por la mañana mientras abandonaba Bel Air en su automóvil para irse a almorzar a un local de Westwood.

Se había pasado toda la mañana oculto en su puesto de observación con los prismáticos pegados a los ojos, estudiando todos los movimientos que habían tenido lugar en la propiedad de Sharon Fields, deteniéndose de vez en cuando para anotar algo que le hubiera parecido interesante.

Después, a eso de las once, dado que en su prisa por ocupar su puesto a tiempo, al objeto de no perderse el paseo matinal de Sharon, no había desayunado, empezó a sentir apetito.

Decidió abandonar su puesto de observación por espacio de una hora y media para poder tomarse una buena ensalada y una jugosa hamburguesa, antes de regresar una vez más a su solitario puesto de vigilancia.

Pues, bueno, allí estaba sentado al volante con la radio encendida y escuchando el noticiario, mientras abandonaba Bel Air para irse a almorzar, cuando sucedió lo imprevisto.

Había acercado el coche a la cuneta, se había detenido, había escuchado atentamente la radio y después había buscado a toda prisa el cuaderno para anotar todo lo que acababa de oír.

Había olvidado el almuerzo.

El vacío de su estómago provocado por el apetito se llenó de repente y quedó ocupado por un nudo de pánico.

Había ocurrido lo imprevisto y el futuro y el éxito de su proyecto, tan minuciosamente preparado, amenazaba con desembocar en un desastre.

Malone había vuelto a poner el vehículo en marcha y se había dirigido al paseo Sunset.

Pero, en lugar de irse a Westwood, se había trasladado directamente a su apartamento de Santa Mónica.

Profundamente agitado, se dirigió al salón, cerró la puerta y se dirigió al teléfono.

La primera de sus urgentes llamadas se la hizo a Kyle Shively, a la estación de servicio.

Le contestó otra persona pero Shively se puso en seguida al aparato.

-Kyle, soy Adam, ha ocurrido una cosa -le dijo sin aliento-.

Se trata de un asunto de emergencia, muy importante.

Podría repercutir en nuestro proyecto.

Tengo que veros a ti y a los demás en seguida.... No, no, no puedo decírtelo por teléfono. ¿No puedes venir a la hora del almuerzo? En mi casa. Estoy aquí. Te espero.

Después llamó al despacho de Howard Yost.

Encontró el teléfono comunicando en dos ocasiones, pero a la tercera consiguió llamar.

Le contestó la secretaria de Yost.

Él se identificó como un íntimo amigo de Yost y solicitó hablar con él inmediatamente.

La secretaria se mostró enloquecedoramente lenta.

-Lo siento, pero a esta hora no suele estar.

Se encuentra efectuando una visita. Después creo que se irá directamente a almorzar. Si me llama antes de que....

-Oiga, señorita, déjese de historias. Se trata de un asunto urgente, ¿ha comprendido?, y tengo que hablar con el señor Yost antes del almuerzo.

Por favor, intente localizarle donde quiera que esté y dígale que llame inmediatamente a Adam Malone, lo cual significa ahora mismo. Ya tiene mi número.

-Haré lo que pueda, señor.

Malone colgó el teléfono muy decepcionado, cortó la comunicación, lo volvió a descolgar y mantuvo el dedo levantado a punto de marcar hasta que escuchó la señal.

Llamó a Leo Brunner y escuchó con creciente impaciencia los timbrazos.

Para su asombro, contestó al teléfono el propio Brunner.

-Ah, ¿eres tú, Adam? Iba a salir.

-Olvídate de lo que estuvieras a punto de hacer, Leo. Acaba de producirse un imprevisto y tengo que verte. Ya he llamado a los demás. Nos reuniremos aquí este mediodía.

-¿Sucede algo? -preguntó Brunner preocupado.

-Sí, nos veremos a las doce.

Y ahora Malone se hallaba sentado ante el silencioso teléfono rezando para que sonara.

Al cabo de diez minutos se puso nervioso y buscó el cuaderno de notas que había utilizado en calidad de diario semanal.

Muy afligido, escribió la fecha inicial de la semana, empezó a escribir un párrafo y comprendió entonces que estaba perdiendo el tiempo porque era muy posible que aquella semana no terminara.

Al escuchar sonar el teléfono, soltó el lápiz y contestó inmediatamente.

-¿Adam? Soy Howard.

Ha llamado la secretaria de mi oficina y...

-Lo sé, Howard.

Oye, estoy seguro de que ya te habrá dicho que tengo que verte inmediatamente. Ha ocurrido una cosa muy grave.

-¿No puedes esperar? Esta semana he duplicado las visitas para poder compensar el claro de las dos semanas de vacaciones. Tengo un almuerzo de trabajo.

-Anúlalo -le interrumpió Malone-. Los demás van a venir al mediodía. Como no vengas y no podamos establecer la forma de superar un obstáculo que esta mañana se ha interpuesto en nuestro camino, ni tú ni nosotros podremos disfrutar de estas dos semanas.

-¿Así por las buenas?

-Así por las buenas. Tal vez podamos arreglarlo. Pero tendremos que tomar una decisión unánime. Y hay que decidirlo ahora mismo. El tiempo es esencial, Howard. Por consiguiente, anula la cita y ven.

-Como quieras. Voy en seguida.

Shively fue el primero en llegar, ocho minutos después. A los cinco minutos llegó Brunner, presa del temor. Querían saber lo que había ocurrido, pero Malone les dijo que tuvieran paciencia y esperaran a que llegara Yost para no tener que repetir dos veces el relato.

-Bueno, mientras esperamos a que nos cuentes el contratiempo -dijo Shively-, ¿por qué no preparo unos bocadillos? ¿Qué tienes para comer, Adam?

-Encontrarás en la nevera un poco de lechuga y tomate -repuso Malone-. Hay también un poco de "bologna" y un par de huevos duros. Hay también pan tierno.

-¿Qué os apetece, muchachos?

-Cualquier cosa -dijo Brunner-. Menos carne.

-Para mí lo mismo -dijo Malone sin quitar los ojos de la puerta.

Diez minutos más tarde, mientras Shively distribuía los platos de papel con bocadillos, apartando uno para el colega rezagado, llamaron a la puerta. Malone se apresuró a abrir la puerta y entró un jadeante y perplejo Howard Yost.

Agradeciéndole indiferentemente a Shively el plato, Yost se hundió en el sillón de cuero y dio un gran mordisco al bocadillo.

-Bueno, Adam, ¿cuál es ese obstáculo tan grande que se nos ha presentado? ¿Qué ocurre?

-Hace un rato, mientras abandonaba Bel Air, yo tenía puesta la radio del coche -repuso Malone-.

Al terminar las noticias nacionales, empezó a hablar una señora que es la encargada de la sección de espectáculos de la emisora, Ahí va lo que ha anunciado eso es lo que me ha dejado de una pieza. -Malone buscó el cuaderno de notas que guardaba en el bolsillo y lo abrió-. He anotado taquigráficamente casi al pie de la letra lo que ha dicho.

"Noticia para todos los admiradores de Sharon Fields -ha anunciado-.

La imprevisible Sharon Fields ha vuelto a hacer de las suyas. Tenía previsto salir hacia Londres el martes veinticuatro de junio, al objeto de asistir al estreno inglés de su última epopeya, "La prostituta real", y tomarse un merecido descanso, según ella misma había afirmado.

Hasta entonces se quedaría aquí colaborando con la Aurora Films en la promoción de su nueva película.

Pero ahora, como de costumbre, la extravagante Sharon ha echado por tierra todos los proyectos de los estudios.

Hemos podido saber, y esta mañana nos lo ha confirmado uno de sus más íntimos amigos, que Sharon se propone abandonar Los Ángeles mucho antes, casi inmediatamente, para volar a Londres.

Según nuestra fuente de información, saldrá el jueves por la mañana, día diecinueve de junio.

La pregunta más interesante es: ¿Por qué este repentino cambio de programa? ¿Por qué esta impulsiva salida hacia Londres cinco días antes de lo que ella y los estudios tenían previsto? Tenemos la sospecha de que el motivo se llama Roger Clay.

Al parecer, el idilio se había enfriado y se está volviendo a calentar. "Bon voyage", querida Sharon".

Malone levantó los ojos con el rostro en tensión.

Miró primero al ceñudo Shively, después al confuso Yost y, finalmente, al inexpresivo Brunner.

-Eso es lo que he oído hace una hora -dijo Malone-. Es como si nos hubieran echado encima un jarro de agua fría.

-Un momento, a ver si lo entiendo -dijo Yost intentando tragarse el último bocado de comida-. ¿Dices que nuestra chica se va dentro de tres días en lugar de dentro de una semana, contando a partir de mañana?

-Exactamente -repuso Malone asintiendo-. Lo cual significa que, de repente, tenemos que cambiarlo todo y modificar el programa si no queremos que nuestro proyecto quede en agua de borrajas. Por lo que a mí respecta, soy flexible.

Lo podré arreglar. Estoy dispuesto a hacerlo con cinco días de adelanto. Pero estaba preocupado por vosotros. Por eso teníamos que reunirnos inmediatamente, porque, si decidimos seguir adelante, no tendremos tiempo que perder.

Yost empezó a hablar entrecortadamente, como si pensara en voz alta.

-Si se va dentro de tres días. Eso significa... significa... que tendremos que llevárnosla pasado mañana.

-Exacto. El miércoles por la mañana -dijo Malone.

Yost apartó lentamente a un lado el plato de papel vacío.

-Mira, siempre hemos sido sinceros los unos con los otros. No es el momento de que dejemos de serlo. Por consiguiente, os diré que por lo que a mí respecta no veo la forma de arreglarlo. Tengo una serie de visitas concertadas para esta semana. Tengo previsto salir con mi mujer y los niños este fin de semana.

¿Ahora tendría que dejarlo todo para marcharme pasado mañana? Bastante trabajo me ha costado conseguir que mi señora me concediera el permiso para dentro de una semana. ¿Pasado mañana, así por las buenas? Se pondría hecha una furia.

-¡Tonterías! -exclamó Shively-. Sabes muy bien que son tonterías, Howie.

-¿Qué quieres decir?

-Eres lo suficientemente listo como para inventarte cualquier excusa que te permita tomarte las dos semanas de vacaciones esta semana en lugar de la próxima.

Te sacaste de la manga la inverosímil historia de irte a pescar con dos clientes ricos dentro de una semana contando a partir de mañana.

Pues ahora vas y dices que esos ricachos hijos de puta han decidido marcharse pasado mañana. Podrás conseguir que se lo trague. Yo estoy con Adam.

Puedo apañármelas. Soy partidario de que nos llevemos a Sharon el miércoles por la mañana y sanseacabó.

-No, Shiv, espera, sé razonable -le suplicó Yost-. Tal vez para ti sea fácil dejar plantado a tu jefe, porque no tienes esposa e hijos que te lo impidan. Pero Leo y yo tenemos que hacer frente a otras personas aparte del trabajo. -Vaciló y después prosiguió-: Mira, no propongo que abandonemos el proyecto. Lo único que digo es que lo aplacemos por breve tiempo. Tú

sabes, y yo sé, que volverá muy pronto. No hay motivo para que no podamos esperar y resucitar lo que....

Malone le interrumpió: -Dudo que podamos resucitarlo. Estoy seguro de que se quedaría en agua de borrajas.

En estos momentos ya estamos lanzados.

-Dentro de uno o dos meses conseguiríamos reemprenderlo con el mismo entusiasmo -insistió Yost-.

Es más fácil aplazar el plan que lanzarnos de repente a un proyecto arriesgado para el que no estamos plenamente preparados.

-Pero es que "estamos" preparados, tan preparados como podamos llegar a estar -dijo Malone-.

No tenemos que planear ni organizar nada. Todo está listo y a punto. Estamos tan en condiciones de hacerlo pasado mañana como dentro de una semana.

-Quiero decir desde el punto de vista psicológico, Adam -dijo Yost sin dar el brazo a torcer-, no estamos preparados desde el punto de vista psicológico. -Buscó un aliado-. ¿No te parece lógico lo que digo, Leo? El aliado respondió favorablemente.

-Estoy totalmente de acuerdo contigo, Howard -dijo Brunner con vehemencia-.

No me gusta intervenir en un juego cuyas reglas hayan cambiado de la noche a la mañana. Sería un error. Sí, psicológicamente sería un error.

Shively se puso en pie perdiendo los estribos. -Iros a la mierda con vuestro "error psicológico".

Aquí lo único que ha cambiado es que estáis sufriendo un ataque de "mieditis". Ambos os habéis acobardado a última hora. ¡Confesadlo!

Todas las cabezas se volvieron inexplicablemente hacia Brunner. El perito mercantil permanecía sentado muy erguido, con la nariz arrugada, mientras las gafas se le movían imperceptiblemente sobre el caballete de la nariz y su calva mostraba el primer brillo de sudor.

-Bueno, Leo -dijo Shively-, ¿lo confiesas? Brunner se removió inquieto.

-Sería... sería un necio si no me mostrara sincero con vosotros en una crisis como ésta. Hemos permanecido demasiado unidos en estas últimas semanas para que ahora nos andemos con evasivas.

Sí, este último fin de semana, al irme percatando de que se estaba acercando el momento, empecé a reflexionar acerca de mi intervención en este proyecto. Sí, lo reconozco. Mirad, durante todas estas semanas he procurado reprimir mis dudas, he procurado seguiros la corriente porque -¿cómo lo diría?-, porque supongo que se me antojaba algo irreal, una especie de maravilloso sueño, una fantasía sobre la que resultaba agradable hacer conjeturas pero que jamás podría hacerse realidad.

Sin embargo, al irnos acercando a la puesta en práctica de la fantasía, he empezado a comprender que os lo habíais tomado muy en serio, que estabais convencidos de ello.

-Tienes razón al decir que estábamos convencidos -dijo Malone serenamente-. Debieras haberlo comprendido porque estaba muy claro. Accediste a colaborar. Viste lo que estábamos haciendo.

El escondite del refugio. Las provisiones. La camioneta. Los disfraces. ¿Acaso no era eso real para ti?

-Sí, lo sé, Adam -repuso Brunner suspirando-. Y, sin embargo, jamás lo consideré un hecho real. Era como un juguete y todo eso era un juego, una distracción, una especie de medio de relajación que nada tenía que ver con la vida propia de unos adultos. Hasta ahora,

todas nuestras conversaciones acerca del proyecto, todos los planes, todos nuestros sueños se me habían antojado una escapada a una historia detectivesca y sexual de mentirijillas. ¿Lo comprendéis?

Nadie le contestó. Brunner procuró sonreír para ganarse su simpatía, para hacerles comprender su punto de vista de tal forma que pudiera seguir conservando su amistad.

-Lo que quiero decir es que me he dejado atrapar en todo ello y he llegado tan lejos porque me resultaba divertido y agradable y apreciaba la fraternidad que se ha producido a raíz de nuestros encuentros.

Pero en cierto modo, en mi fuero interno, sabía que jamás iba a suceder. No podía suceder. Jamás olvidaba el hecho de que éramos personas adultas. Somos hombres respetables. Siempre nos hemos comportado como personas normales. Respetamos las leyes, pagamos impuestos, nos ganamos honradamente la vida, vivimos serena y honradamente. No somos de los que van y secuestran a una famosa actriz y la retienen por la fuerza intentando seducirla... no, la gente como nosotros no hace estas cosas. Eso sería una locura, Iba... iba a decíroslo en nuestra próxima reunión. Me alegro de haber podido hacerlo hoy. -Parpadeó de nuevo buscando la comprensión de los demás-.

No me cabe duda de que lo entendéis. Hablar de un proyecto de este tipo es una cosa, pero intentar efectivamente ponerlo en práctica es una locura.

Con las manos apretadas en puño, Shively se acercó a Brunner en actitud amenazadora. Se quedó de pie al lado del perito mercantil sin poder contener su furia.

-Maldita sea, nosotros no estamos locos. ¡El loco eres tú! Estás completamente chiflado. Estás tan acostumbrado a no ser nada que no puedes creer en los hombres que quieren ser algo.

Contemplando la escena con arrobamiento, Adam Malone experimentó una sensación de "dejá vu", como si ya hubiera presenciado antes una escena semejante interpretada también por Shively y Brunner, hasta tal punto que lo que estaba aconteciendo llegó a parecerle menos violento e inquietante de lo que era, gracias a que se trataba de algo ya conocido.

No obstante, prestaba atención porque del resultado de lo que estaba ocurriendo dependería el éxito o el fracaso del proyecto.

-Y permíteme que te aclare bien una cosa -le estaba diciendo Shively a Brunner-. Nada de lo que hemos planeado es real, puesto que tú lo dices. Pero Sharon Fields sí es real. Es una mujer viva con busto y partes sexuales y gusta de hacer el amor. Eso se ha demostrado que es real. Ella misma lo ha dicho.

Y nosotros cuatro somos unos tipos normales que queremos complacerla y nos hemos inventado un sistema que nos permita presentarnos ante ella de una forma teatral, tal como a ella le gustaría. Después llegamos al acuerdo de que lo demás dependería de ella. ¿Y a eso lo llamas tú no comportarse como hombres adultos normales? ¿Llegamos a un acuerdo, no es cierto? No se trata de un delito como mutilar, matar o asesinar.

Ni siquiera se trata de un secuestro a cambio de un rescate ni de nada ilegal; se trata, simplemente, de llevarnos a una mujer para poder conocerla. Llevárnosla temporalmente para ver si logramos divertirnos o no.

Estás perdido, Leo. No andes por ahí tergiversando nuestras intenciones y diciéndonos que no es real que intentemos hallar la manera de divertirnos un poco. A nosotros no nos sucede nada, es a ti a quien le sucede, Leo. ¿Es que no quieres disfrutar de un solo momento de diversión en tu maldita y apestosa vida de eunuco?

Yost extendió la mano y rozó levemente el brazo de Shively.

-No le acoses así, Shiv. Cálmate. Tiene derecho a expresar su punto de vista. Y ello no significa que esté totalmente de acuerdo con Leo. Sin embargo, no me importa decirte que

estoy de acuerdo con él en parte. Ha sido muy divertido jugar con la posibilidad de esta fantástica escapada, proyectando todo lo que ocurriría si diera resultado.

Pero permíteme decirte con toda sinceridad que yo también tenía mis dudas y presentía que, llegado el momento, no nos atreveríamos a seguir adelante.

Shively se volvió par mirar a Yost.

-Maldita sea, Howie, ya "hemos" seguido. No empieces a querer asustarnos por el hecho de que tú te hayas echado atrás.

¿Engañaste a tu esposa al objeto de poder disponer de estas dos semanas libres, no es cierto? ¿Qué pensabas hacer en el transcurso de estas dos semanas una vez las hubieras obtenido? ¿Por qué demonios dispusiste las cosas de tal forma que pudieras tomarte unas vacaciones?

-Pues, no lo sé -repuso Yost.

-Pues yo sí lo sé -dijo Shively levantando la voz-, lo sé muy bien. Porque en tu fuero interno y en tu bragueta deseabas que sucediera. Deseabas que te transportáramos nosotros. Estabas realmente dispuesto ha hacerlo siempre que otro te guiara.

Yost murmuró por lo bajo y asintió casi involuntariamente.

-Sí, creo que en mi fuero interno deseaba que sucediera.

Me parece que no quería aguijonearos ni echar sobre mis hombros la principal responsabilidad. Creo que estaba dispuesto a seguir siempre y cuando fuera otro el que tomara las riendas y convirtiera el sueño en realidad.

-Pues nosotros lo hemos convertido en realidad, Howie -dijo Shively suavizando un poco el tono de su voz-.

No tenemos prácticamente nada que nos lo impida, Adam y yo estamos dispuestos a seguir adelante. Estamos dispuestos a cargar con toda la responsabilidad. Lo único que tienes que hacer es acompañarnos y aprovechar la parte de bonificación que pueda corresponderte. Te hemos allanado el camino, amigo. ¿Qué dices?

Yost guardó silencio. Miró primero a Shively y después a Malone, pero evitó encontrarse con la penetrante mirada de Brunner. Después movió casi imperceptiblemente la cabeza hacia arriba y hacia abajo.

-Muy bien -murmuró-, bueno ¿por qué no? Tal vez me hacía falta que alguien me retorciera el brazo. Gracias. Pues claro que iré. Y conseguiré convencer a mi señora de que tengo que salir hacia Colorado al rayar el alba de este miércoles en lugar de la semana que viene.

-Estupendo, Howard -dijo Malone radiante de felicidad.

-No te arrepentirás de ello en toda tu vida -le dijo Shively satisfecho-.

Llevamos varias semanas preparando las cuatro erecciones más memorables de la historia y no estamos dispuestos a echarlo todo a rodar en el último momento. No, señor.

Mira, Howie, cuando ya te hayas acostado con la Diosa de la Sexualidad, me besarás los pies por haber insistido en que te quedaras con nosotros y haberte ofrecido la oportunidad de gozar de lo mismo que tantos años llevan los ricachones recibiendo en bandeja de plata.

Tú también podrás gozar de ello, tal vez el mismo miércoles por la noche, y entonces me agradecerás que te haya permitido disfrutar de la experiencia más fabulosa de toda tu cochina vida.

Mientras escuchaba, Malone comprendió que estaba totalmente de acuerdo con la opinión de Shively. Tal vez no lo estuviera con sus vulgares modales y motivos, pero sí, ciertamente, con el objetivo que defendía. Consideraba Malone que Shively era todo acción

irresponsable y al diablo las consecuencias. A Shively le movía únicamente la atracción que en él ejercía aquella gran aventura sexual.

Malone, en cambio, había concebido el proyecto y deseaba llevarlo a la práctica por un motivo más elevado que trascendía incluso su amor hacia Sharon. Sabía lo que era: un soñador.

Y para un soñador aquel proyecto constituía un experimento de vital importancia, un experimento capaz de demostrarle si la fantasía no era más que un simple y fugaz ensueño sin relación alguna con la existencia real, o bien si la fantasía podía convertirse, a través de la energía física, en una realidad tangible.

Caso de ser ello posible, dicha alquimia tal vez llegara a constituir parir la raza humana un descubrimiento de mucho más valor que cualquiera de los realizados por Galileo, Newton, Darwin o Einstein.

Sin embargo, para saber si ello era posible, era necesario que el experimento no se hiciera añicos la víspera de su puesta en práctica.

Malone miró a Yost.

Allí estaba el gran fanfarrón convertido ahora en un flan.

Había resistido, pero más tarde había capitulado por temor a no estar a la altura de sus compañeros. Pero le habían ganado de nuevo para la causa.

Tres de ellos estaban dispuestos a empezar antes de lo previsto. Por consiguiente, sólo quedaba un indeciso.

Malone reflexionó acerca de Leo Brunner.

Al perito mercantil le había estremecido y hasta acobardado la vibrante arenga que Shively les había dirigido tanto a él como a Yost.

Solo ante el grupo unido, Brunner comprendería sin lugar a dudas que su postura se había debilitado.

Malone tomó una rápida decisión.

Antes que permitirle a Shively atacar de nuevo las débiles defensas de Brunner, corriendo con ello el riesgo de ejercer el contraproducente efecto de provocar la resistencia de Brunner, Malone decidió encargarse personalmente del segundo ataque.

Pensó que resultaría más efectivo abordarle de una forma más oblicua y sutil.

-Leo -dijo Malone suavemente-, eres el único que pone reparos al proyecto y al hecho de que lo llevemos a la práctica antes de lo previsto.

Kyle tiene razón, ¿sabes? Estas breves vacaciones pueden ser la experiencia más satisfactoria de toda tu vida.

Todo está perfectamente planeado. Debes comprenderlo. No hay ni una sola cosa que no hayamos previsto. No puede fallarnos nada. Creo sinceramente que merece la pena hacer el esfuerzo final.

¿Qué más da que sea pasado mañana o dentro de una semana? Lo importante es llevarlo a cabo. Y te hemos dado nuestra palabra de que, si no nos da el resultado que pretendemos alcanzar, la soltaremos sin más y no le causaremos daño alguno.

-Observó que Brunner escuchaba atentamente todas y cada una de las palabras para que le penetraran bien en el cerebro y pudiera reflexionar acerca de ellas.

Malone se acercó a Brunner y se agachó ante él mirándole con una sonrisa comprensiva-.

¿Acaso no comprendes que no somos malos, Leo? Ninguno de nosotros tiene la menor intención de causarle daño a un ser humano. Somos personas corrientes que no hemos obtenido de la vida todo lo que nos merecemos.

Por consiguiente, lo único que pretendemos es llevar a cabo un pequeño esfuerzo para tratar de conseguir, si podemos, sacarle un poco más de jugo a la vida. No queremos pasarnos soñando los mejores años de nuestra vida y tener que pensar, al morir, que lo que obtuvimos de la vida fue pobre, aburrido o vulgar. Tú y yo, Leo, nos merecemos la oportunidad de hacer realidad nuestros sueños.

¿Entiendes lo que te estoy diciendo? Tres de nosotros -hombres sanos y honrados- estamos dispuestos a seguir adelante, a explorar y a descubrir un placer que siempre creímos que nos estaría vedado.

Pero sería mejor, infinitamente mejor, que estuviéramos juntos los cuatro, exactamente igual que al principio. -Malone se detuvo mirando esperanzado a su renuente amigo.

Con voz susurrante, apenas audible, Malone prosiguió-: Quédate con nosotros, Leo. Ya has llegado hasta aquí. Sigue con nosotros hasta el miércoles por la mañana. Podrás arreglarlo. Podrás hacerlo. Y no correrás ningún riesgo.

Si nosotros tres no tenemos miedo, tú tampoco debes tenerlo. Iremos juntos. Por favor, quédate con nosotros.

Brunner le miraba con ojos extrañamente vidriados.

Parecía que le hubieran arrancado y liberado de su antigua concha de inflexibilidad. Asintió lentamente.

-Muy bien -murmuró-, muy bien, lo haré. -Tragó saliva-. Creo creo que no tengo muchas cosas que perder, habiendo sido un fracasado toda la vida. Sí, ya me las apañaré con Thelma y mis clientes. Aquí estaré el miércoles por la mañana.

Malone tomó muy emocionado la mano de Brunner, se puso en pie sonriendo y estrechó primero la mano de Yost y después la de Shively.

-¡En marcha! -exclamó-. Mañana por la mañana, Shiv, tú y yo efectuaremos una visita al puesto de observación. Mañana por la noche, pasaros los tres por aquí para celebrarlo. Y pasado mañana ¡El Paraíso Encontrado! -Miró a su alrededor-. Eso será, ¿no os parece?

-Has olvidado -una cosa -dijo Brunner poniéndose vacilantemente en pie-. Has olvidado decir que ibas a prepararme ahora mismo un trago auténticamente fuerte.

Todo eso, desde la primera noche del bar de la bolera hasta la escena del mediodía del día anterior, Adam lo fue recordando en el transcurso de la mañana del día siguiente, mientras Abandonaba por última vez el puesto de observación de la cumbre de la colina de Bel Air en compañía de Shively.

Y lo que no recordó por la mañana de aquel martes lo recordó, reuniéndolo cronológicamente, tendido más tarde en el sofá imaginándose a Sharon con su calor y su tacto y su amor.

Y ahora, este mismo martes por la noche, en vísperas de la realización del sueño, celebrándolo con sus amigos, Malone iba recordando una vez más todo el desarrollo del proyecto sentado en el sillón de cuero, fumándose un cigarrillo de hierba, dando intensas chupadas y escuchando la música sensual procedente del aparato estereofónico y los murmullos distantes de las voces de sus tres amigos.

Malone sabía que estaba bajo los efectos de la droga. Era el tercer cigarrillo que se fumaba. Pero daba igual. Lo importante era que se hallaban presentes Shively, Yost y Brunner, y que todos habían brindado por el éxito de la empresa y se habían aturdido tanto como él.

Sí, sí, estaban tan aturdidos, borrachos y atolondrados como él, porque estaban en vísperas de la gran aventura y habían decidido seguir adelante. Iban a llevar a cabo el experimento.

Malone fue vagamente consciente de cierto rumor de pasos, pudo distinguir a Brunner recogiendo su sombrero y un periódico y comprendió que, en su calidad de anfitrión, tenía que cumplir con sus obligaciones.

Haciendo un supremo esfuerzo, se levantó del sillón, se puso vacilantemente en pie y buscó y halló la botella de whisky medio vacía.

-Oye, Shiv -murmuró-, otro trago para el superchico, otro para el camino.

Shively cubrió el vaso con la mano.

-No -dijo con voz ronca-, tengo que irme. Tengo que dormir un poco porque mañana me levantaré muy temprano.

Yost y Brunner ya se estaban dirigiendo hacia la puerta haciendo eses.

Malone les siguió dando traspiés y agitando la botella.

-Otro para el camino.

Ambos rehusaron y Yost dijo alegremente:

-Ya tenemos bastante para el camino.

Chicos, será mejor que no me olvide. Mañana temprano vendré aquí a teñirme el pelo.

-No importa -dijo Malone-, no te olvidarás.

Bueno, chicos, ¿lo habéis entendido bien? Kyle subirá a Bel Air a las cinco de la madrugada y desconectará el motor de la verja.

¿De acuerdo? Después regresará a casa, cambiará su coche por la camioneta y vendrá aquí a las seis de la madrugada para recogernos.

-Yo vendré antes para teñirme el pelo -dijo Yost eructando.

-Pues claro -dijo Malone-.

Lo único que nos queda es la cita con Sharon Fields.

-Ya lo creo -dijo Yost riéndose-, mañana por la noche a esta hora casi no puedo creerlo una cita con la mujer que todo hombre desea y no puede alcanzar sólo la tendremos nosotros disfrutaremos de la mejor experiencia de la tierra.

-Puedes estar seguro -dijo Shively desde la puerta abierta sonriendo con perversidad-.

Espero que esta noche descanse y duerma bien, porque después ya no va a poder dormir mucho, ¿no es cierto, muchachos?

Todavía era martes por la noche. Casi medianoche. La mañana del miércoles estaba al llegar.

La gran mansión de estilo colonial español, con sus dos pisos y sus veinte habitaciones, irguiéndose sobre una elevación de terreno en medio de la vasta extensión que cerraba el Camino Levico, centelleaba como un ascua de luz rodeada de oscuridad.

Dentro, al fondo del espacioso salón rectangular, más allá de los alegres grupos de invitados de todas las edades elegantemente ataviados, frente a la gran repisa de madera de roble grabada de la chimenea y el óleo de Magritte colgado más arriba, Sharon Fields seguía presidiendo la fiesta muy a pesar suyo.

Cuatro de sus invitados -un productor británico, un "playboy" sudamericano, un millonario de Long Island y un modisto francés-habían formado un semicírculo a su alrededor y la tenían acorralada contra la chimenea.

Puesto que tenía previsto salir hacia Londres pasado mañana, le habían estado hablando de apartados restaurantes que no tenía que perderse.

Y dado que la conversación iba dirigida a ella y era en su provecho, se había visto obligada a mostrarse insólitamente atenta.

Pero ahora ya se había hartado, se estaba cansando y sólo deseaba poder librarse de ellos cuanto antes y que la dejaran en paz.

Con mucho optimismo y hasta con entusiasmo, Sharon Fields había organizado a última hora aquella fiesta de despedida para tener la oportunidad de ver a algunos antiguos amigos y personas del ambiente cinematográfico, para poder corresponder a ciertas deudas sociales que tenía contraídas, y para poder manifestar su agradecimiento a sus colaboradores en la película sobre Mesalina.

Había estado deseando que empezara la fiesta y ahora estaba deseando que terminara.

Mientras se esforzaba por escuchar y responder a las interminables idioteces superficiales de aquellos estúpidos, a propósito de las especialidades del Caballo Hambriento de la calle Fulham, del Keats de Downshire Hill y del Sheekey's justo a la salida de la calle St. Martin's, advirtió que se estaba marchitando.

Se preguntó si se notaría por fuera. Pero sabía por experiencia que jamás se notaba. Lo que tenía dentro jamás lo reflejaba exteriormente.

La máscara teatral que tanto tiempo llevaba luciendo se había convertido en una especie de segunda piel que no permitía que se filtrara nada y que jamás la traicionaba.

Estaba segura de que su aspecto era idéntico al que había ofrecido al recibir cinco horas antes a los primeros invitados.

Se había vestido con sencillez para esta velada: una fina blusa blanca de profundo escote sin sujetador debajo, una falda corta de gasa con suave estampado, cinturón ancho, pantimedias color piel que realzaban sus largas y bien torneadas piernas y ningún adorno en las manos o la blusa, simplemente el pequeño brillante de un cuarto de millón colgándole de una fina cadena de oro y hundiéndose en la profunda hendidura del busto.

No se había tomado la molestia de recogerse el cabello y éste le caía suavemente por los hombros. Apenas se había maquillado los almendrados ojos, al objeto de que destacaran más el felino verdor de los mismos. Llevaba los carnosos y húmedos labios más pintados que de costumbre.

Antes de que comenzara la fiesta, se había admirado en el espejo de metro ochenta de altura que tenía en el piso de arriba para comprobar cuán alto y firme se mantenía su busto increíble sin la ayuda del sujetador.

Claro, que parte del mérito se debía al incesante régimen espartano de ejercicios que seguía. Por consiguiente, al recibir a sus primeros invitados, se había sabido impecable y atractiva. Pero ahora, tras largas horas de tragos, de cena y de conversación, le dolían los hombros, le dolían las pantorrillas y los pies, le zumbaban los oídos y se sentía aturdida. Pero se tranquilizó pensando que su aspecto debía ser tan lozano y deslumbrante como había sido a las siete y cuarto de la tarde. Estaba deseando saber la hora que era y, sí ya era tan tarde como suponía, podría dar por terminada la fiesta y verse libre de aquella pesadilla.

Súbitamente Sharon se percató de que los cuatro hombres no se estaban dirigiendo a ella, sino que se habían enzarzado en una ligera discusión acerca de algo de Centry.

Aquella distracción y aquel intervalo de libertad fueron suficientes. Se puso de puntillas para poder ver qué hora marcaba el reloj antiguo. Faltaban diez minutos para las doce. Menos mal. Ahora podría hacerlo.

Se apartó a un lado, buscó a su secretaria y amiga Nellie Wright, levantó levemente la mano para llamar la atención de Nellie y le hizo la señal. Nellie asintió.

Se alisó profesionalmente el traje pantalón, se deslizó entre dos grupos de invitados, se acercó a Félix Zigman y le dio una palmada en el hombro. Apartándose con él le murmuró algo al oído. Las gruesas gafas de montura de concha de Zigman centellearon mientras éste asentía enérgicamente varias veces agitando el abundante copete entrecano. Sharon comprobó

aliviada que Zigman había recibido el mensaje y se disponía a actuar. A veces, pensó, era demasiado áspero y desabrido, pero ella le apreciaba.

En el transcurso de los últimos años, tras haberse hecho cargo de sus asuntos profesionales y de su carrera, había conseguido librarla de todos los pelmazos y sanguijuelas que la habían agobiado durante tanto tiempo.

Su querido Félix consideraba que el tiempo era un recurso natural que no debía despilfarrarse.

Para él, con sus bruscos modales (si bien, de vez en cuando, resultaba ser un maravilloso judío de lo más sentimental), la distancia más corta entre dos puntos era la sinceridad.

Le vio levantar un brazo, mirarse el reloj de pulsera, murmurar algo y acercarse de nuevo al grupo.

-Es la hora de las brujas -dijo, logrando que su atronadora voz llegara hasta todos los rincones del salón-. No sabía que fuera tan tarde. Será mejor que le demos a Sharon la oportunidad de descansar un poco.

Fue como el timbre de una escuela que señalara el término de las clases y la hora de irse a casa.

El grupo al que Zigman se había dirigido empezó a disgregarse, y ello, a su vez, provocó una reacción en cadena que fragmentó a otros grupos, lo cual constituyó el final de la fiesta de despedida.

Sharon Fields sonrió levemente y rozó los brazos de dos de los hombres que le bloqueaban la salida.

-Veo que se está marchando todo el mundo -dijo-, será mejor que cumpla con mis deberes de anfitriona.

Los hombres se apartaron y Sharon se deslizó hacia el centro de la estancia.

Se detuvo bajo la araña de cristal sin querer producir la impresión de sacar a empellones a los que todavía no se habían levantado y permaneció allí esperando.

Empezó a pensar en su agotamiento. Estaba cansada. No se debía al sueño sino a la fatiga que le causaba la gente; no aquella gente en particular sino toda la gente en general.

A excepción de cinco personas que había en el salón -Nellie, su única amiga, Félix Zigman, uno de los pocos hombres en quienes tenía plena confianza, Terence Simms, su fiel peluquero negro y Pearl y Patrick O'Donnell, el matrimonio que vivía en su casa y que ya había empezado a recoger los vasos vacíos y los ceniceros llenos-y tal vez de una sexta, Nathaniel Chadburn, amigo de Zigman y digno presidente del Banco Nacional Sutter, a quien apenas conocía, a excepción de estas personas estaba harta de todos los componentes de su aburrido círculo de amistades.

Sus ojos verdes seguían sin traicionar ni el menor de sus sentimientos, y sólo revelaban amable interés al tiempo que observaban a los intérpretes de la comedia disponiéndose a hacer el mutis.

Su mirada se detenía brevemente en cada uno de ellos, su cerebro añadía una etiqueta y pasaba después a fotografiar y catalogar al siguiente.

Hank Lenhardt, el publicitario más afortunado de la ciudad, con sus aburridas y estúpidas anécdotas y sus interminables chismorreos y murmuraciones.

Justin Rhodes, el productor de su última película, un perfecto caballero del teatro, pero otro hipócrita que se proponía, no conseguirla a ella (era indudablemente un marica o un indiferente), sino lograr que dependiera de él de tal forma que pudiera utilizarla en calidad de peldaño en su ascenso al poder.

Tina Alpert, la famosa periodista cinematográfica, que sonreía y te clavaba el cuchillo, una bruja a la que no se podía volver la espalda, ni ignorar ni olvidar agasajar con costosos regalos de Navidad o cumpleaños.

Y todos los demás, el grupo de los famosos, los explotadores y los explotados, la compañía de actores ambulantes que actuaba en todas las fiestas de Beverly Hills, Holmby Hills, Brentwood y Bel Air y hasta a veces en algunas de Malibú y Tranca.

Sy Yaeger, el nuevo director cinematográfico, que modificaba los guiones durante el rodaje y tenía la osadía de rendir culto a los cursilones pordioseros del pasado, tales como Busby Berkeley, Preston Sturges y Raoul Walsh.

Sky Hubbard, el comentarista de radio y televisión, un tipo con chillona voz de sirena y cara de anuncio de camisa, a quien el muy idiota de Lenhardt había insistido en que invitara en calidad de inversión de buena voluntad.

Nadine Robertson, cuya única fama consistía en el hecho de haber actuado una vez en calidad de oponente de Charles Chaplin (lo cual no era un escaso mérito), y que ahora había pasado a convertirse en un personaje de la alta sociedad, que organizaba bailes benéficos, en toda una gran señora que había conseguido escapar al internamiento en el Museo de Cera Cinematográfico.

Y otros.

El doctor Sol Hertzel, el más reciente psicoanalista a punto de ser elevado a la categoría de "guru" por parte de las más jóvenes componentes del ambiente cinematográfico gracias a su nueva Terapia Dinámica, que consistía en escucharte y después acostarse contigo.

En resumen, un Rasputín de vía estrecha con un título.

Joan Dewer, la nueva actriz, la Duse de la contracultura, una muchacha pecosa de veintidós años que había tenido tres hijos fuera del matrimonio y que hablaba incesantemente de ellos con la prensa, y había estado en Argelia y Pekín, y era tan pesada que te daban ganas de echarte a gritar.

Scani Burton, con su apostura de cirugía estética, el soltero profesional y abogado preferido del mundo cinematográfico, que llevaba tanto tiempo dedicado a los asuntos legales cinematográficos que probablemente pensaba que un agravio era un nuevo bar mexicano.

Y los demás -ahora ya estaban desenfocados-, todos ellos copias xerografiadas de algún original, todos iguales, todos con la misma brillantez y el mismo conocimiento del ambiente; los ingeniosos, con sus modales recalentados a lo Wilson Mizner; los entendidos, con sus conversaciones centradas en Luis Buñuel, Sergei Eisenstein y Satyajit Ray: los atacantes y los defensores, los elegantes sin querer parecerlo, en los periódicos, todos tan finos, tan previsibles, tan pesados, tan absolutamente irreales y tan nada.

Cuerpos arracimándose. Cuerpos alejándose. Y pensar, reflexionó Sharon, que hacía tiempo, allí en Virginia Occidental, y los primeros meses transcurridos en Nueva York y los primeros años transcurridos en Hollywood, su única ambición había sido la de llegar a ser tan famosa como para poder ingresar en el club y codearse con aquellos seres legendarios.

Ahora que formaba parte de dicho club, y que probablemente ocupaba su centro, deseaba dimitir.

Pero no podía. Tenías que pertenecer a él de por vida, a no ser que perdieras la fama o el dinero, o bien acabaras hecha un cascajo en el Asilo de Ancianos de los actores. Ahora comprobó que estaban empezando a desfilar en serio.

Sharon se movió y cruzó rápidamente el salón -mientras el mar Rojo se abría a su paso- para ocupar su puesto de anfitriona y despedir a los invitados, junto a la escultura de Henry Moore y frente a la enorme y sombría pintura al óleo de Giacometti. Se estaban yendo, yendo, y pronto se habrían largado todos.

Extendió con firmeza la mano, fue estrechando sus manos una tras otra, se inclinó en caso necesario hacia adelante para ofrecer la mejilla y para escuchar las muestras de dudosa sinceridad y agradecimiento -"has estado simplemente deslumbrante esta noche, Sharon", "una fiesta estupenda, cariño", "tendré que pasarme un mes haciendo régimen para librarme de todo lo que me he comido en tu mesa, encanto", "buen viaje, Sharon, nena", "sé que tu película va a ser allí un éxito tan grande como el de aquí, cielo", "que nos envíes una postal de Soho, encanto", "estás preciosa, niña", "si te hace falta un poco de hierba, tengo a montones, niña prodigio", "que vuelvas pronto, cariño"; cariño, cariño, cariño.

Al final notó que los fríos dedos de Félix Zigman le acariciaban la barbilla.

-¿Te has aburrido, verdad? Y, sin embargo, todo el mundo se lo ha pasado muy bien. Ahora procura descansar un poco. Te llamaré mañana.

-No me llames, Félix -dijo ella sonriendo débilmente-, ya te llamaré yo. Me quedaré en casa todo el día. Tengo que hacer muchas maletas y eso no puede hacérmelo nadie. Gracias por haberme librado de ellos. Eres un tesoro, Félix.

Y Félix se fue. Estaba sola. Escuchó el rugido del motor del último vehículo al ponerse en marcha y alejarse.

-Nellie, ¿has abierto la verja? -preguntó mirando hacia el comedor.

Nellie Wright regresó al salón con una copa de coñac en la mano.

-Ya hace mucho rato. ¿Por qué no subes a acostarte? Necesitas dormir. Me quedaré levantada hasta que todos se hayan ido. Después cerraré la verja y dejaré puesta la alarma una vez Patrick haya sacado fuera todas las botellas y la basura.

-Gracias, Nell. Qué asco de fiesta, ¿verdad?

-Pues no tanto -dijo Nellie encogiéndose de hombros-. Más o menos como siempre. Han devorado todo el pato asado y la salsa de naranja, y no han dejado ni una cucharada de arroz. Pero me alegro de que hayamos hecho eso en lugar del asado de vaca. En cuanto a la fiesta, no te preocupes ha estado bien.

-¿Por qué lo hacemos? -preguntó Sharon. No esperaba más respuesta que la suya propia-. Supongo que por hacer algo.

-¿Has visto al doctor Hertzel intentando hipnotizar a Joan Dever para quitarle el vicio de fumar?

-Es un imbécil -dijo Sharon dirigiéndose hacia la escalera-. Hasta mañana, Nell.

-¿Por qué no te quedas durmiendo hasta un poco tarde?

-No, creo que no -repuso Sharon deteniéndose-. Las primeras horas de la mañana son las mejores del día. Es cuando me siento auténticamente viva y cuando me vibran todos los corpúsculos.

-Tal vez te sientas mucho más viva cuando llegues a Londres y hayas arreglado las cosas con tu señor Clay.

-Pudiera ser. Ya veremos. Tal como dicen en el enigmático Oriente, será lo que tenga que ser. En realidad, en estos momentos me siento bien, Nell. En cuanto me he visto libre del ejército de Coxey he empezado a sentirme bien, a sentirme de nuevo un ser humano y no un robot.

Sharon se quitó un zapato y después el otro y paseó descalza recorriendo un círculo y siguiendo un dibujo de la alfombra.

-Cuando estoy sola -dijo-siempre me sorprendo volviendo a descubrirme a mí misma. Siempre hemos estado de acuerdo en que es extraordinario eso de volver a descubrirte, de averiguar quién eres y qué eres realmente. Muchas personas no consiguen averiguarlo en toda su vida. Gracias a ti yo lo estoy consiguiendo, Nell.

-Yo no he tenido nada que ver con eso -dijo Nellie-. Has sido tú.

-Pero tú me has alentado. Es algo muy serio eso de descubrir el propio yo. Es como clavar una bandera en un territorio nuevo.

Ya no me hace falta la aprobación ni el amor de nadie. Qué alivio. Me bastará saber que yo me quiero, lo que soy, lo que siento, y lo que verdaderamente puedo llegar a ser como persona y no como actriz, simplemente como persona. -Se sumió brevemente en sus pensamientos-. Tal vez necesite a otra persona. Tal vez necesite todo el mundo. Tal vez no. Ya lo averiguaré. Pero no me hará falta ni esta corte ni estos adornos. Dios mío, a veces experimento el deseo de dejarlo todo, de huir irme de repente a algún lugar donde nadie sepa quién soy, donde a nadie le importe quién soy, estar sola durante algún tiempo, vivir en paz, vestirme como quiera, comer cuando me apetezca, leer o meditar o pasear entre los árboles o bien haraganear sin experimentar sentimiento alguno de culpabilidad.

Largarme a algún sitio donde no hubiera manecillas del reloj, ni calendario, ni citas anotadas en la agenda ni teléfono. Una tierra de nunca jamás sin pruebas de maquillaje, sin sesiones fotográficas, ensayos ni entrevistas. Yo sola, independiente, libre, perteneciéndome exclusivamente a mí.

-¿Y por qué no, Sharon? ¿Por qué no lo haces algún día?

-Es posible que lo haga. Sí, es posible que pronto esté dispuesta a hacerlo.

La señorita, Thoreau viviendo en los bosques y formando una comuna con las hormigas. La señora Swami Ramakrishna en lo alto de una colina dedicada a la búsqueda interior.

Es posible que emprenda un vuelo anímico no programado y vea dónde aterrizo y qué me sucede. -Suspiró-. Pero antes tengo que ver de nuevo a Roger.

Me está esperando.

Tengo que averiguar si puede dar resultado. En caso afirmativo, estupendo. Abandonaré el papel de solista y probaré a interpretar un dúo.

Si no se produce el acuerdo, tiempo habrá para probar otro tipo de vida. -Ladeó la cabeza mirando a su secretaria-. Por lo menos pienso como es debido, ¿no?

-Desde luego.

-Soy libre de elegir. Se abren ante mí muchas opciones y alternativas. Y eso es una ventaja. La mayoría de las personas no disponen de ninguna.

Tengo buena estrella. ¿Quieres desabrocharme, Nell? Nellie se le acercó por detrás -y empezó a desabrocharle la espalda de la blusa blanca.

Sharon siguió hablando en tono nostálgico.

-¿Te acuerdas de aquel psicoanalista que conocimos hace años, Nell? ¿Dónde fue? Ah, sí, en aquella cena de la Casa Blanca, ¿te acuerdas? El que dijo que no quería tener por pacientes a los actores y actrices.

"Te pasas el rato arrancándoles una capa tras otra esperando poder llegar al núcleo, a la auténtica persona que se oculta debajo de todas las falsas apariencias. Y cuando lo consigues, ¿qué es lo que encuentras? Nada. No hay nadie. No encuentras a una persona auténtica".

Santo cielo, esta idea me aterró durante muchos meses. Supongo que a eso se debe a mi actual tranquilidad y satisfacción.

Me he arrancado todas las capas. Y he encontrado a una persona auténtica, un ser humano, mi propia identidad, el yo que habita en mí.

Y me gusta y respeto a esta persona y he comprendido que esta persona puede ser independiente y hacer lo que le venga en gana. No está mal. Mejor dicho, está muy bien.

-Se volvió sosteniéndose la blusa desabrochada a la altura de los hombros.

-Gracias, Nell. -Abrazó fugazmente a su secretaria con un solo abrazo-. Es posible que sea independiente pero no sé qué haría sin ti. Buenas noches. Descansa tú también un poco.

Sharon Fields se dirigió a la alfombrada escalera que conducía a su alcoba del segundo piso. Mientras subía, recordó el reportaje que una revista de difusión nacional había publicado sobre su casa.

Las dos páginas centrales las habían dedicado a una enorme fotografía de su alcoba, en la que aparecía la cama de matrimonio con colcha de terciopelo y dosel. El pie de la foto decía: "Si el Despacho Ovalado de la Casa Blanca de Washington, el Kremlin de Moscú y la Casa del Estado de Pekín son las capitales políticas del mundo, este dormitorio de Bel Air es la capital sexual del mundo.

El esplendor de esta estancia, el costd de cuyo mobiliario asciende a 50.000 dólares, es el escenario en el que Sharon Fields, la diosa internacional del Estado del Amor, se olvida de todo, de la veneración y la respiración entrecortada, para dormir sola".

Se había molestado por toda aquella basura pero ahora, al recordarla, comprendió que la última parte había sido profética y sonrió. Para dormir sola.

Gracias a Dios, pensó al llegar al pasillo. Gracias, Señor Dios, pensó, y se dirigió alegremente a su alcoba.

Media hora más tarde, enfundada en un camisón rosa de encaje y con el cobertor de raso acolchado subido hasta la barbilla, Sharon Fields se hallaba tendida bajo el enorme dosel en la oscuridad de la alcoba, todavía despierta pero sumida ya en una especie de sopor.

Se había tomado el Nembutal diez minutos antes de acostarse y sabía que no le haría efecto hasta dentro de otros diez.

Cómodamente tendida y dejando vagar sus pensamientos, se percató de que llevaba varias noches sin preocuparse por el pasado -lo cual era indicio de buena salud mental-, habiéndose dedicado con preferencia a examinar el presente y a pensar en el futuro.

Esta noche se sentía satisfecha y a salvo. Para ella se trataba todavía de una sensación nueva, porque, hasta hacía poco tiempo, la cama había sido para ella el símbolo de aquello que más odiaba en la vida.

La cama había sido la triste arena desde la que había ascendido al éxito. Una vez alcanzado el éxito, la cama se había convertido en el símbolo público de su personalidad y de la atracción que ejercía en millones de personas.

Para todas éstas, no era un ser humano como ellas sino un objeto, una cosa, un objeto sexual -el más deseado del mundo-cuya sola presencia se asociaba inmediatamente con el más perfecto receptáculo sexual y cuyo sitio estaba en la cama y en ningún otro lugar.

Al principio había perseguido esta identificación, pero, tras haberla alcanzado, había tratado en vano de librarse de ella, de separarse de la imagen de la cama. Pero el público no estaba dispuesto a aceptarlo, los estudios no estaban dispuestos a aceptarlo y ni siquiera se lo permitía su propio agente de prensa Hank Lenhardt.

Al final había hallado el medio de convivir con esta imagen -la imagen de su persona tendida en la cama de todo el mundo-y lo había logrado descubriendo su propio yo, aprendiendo que era algo más que un objeto sexual, y al hacerlo así se había divorciado mentalmente de aquel odiado símbolo de la cama.

Es más, se las había apañado tan bien que hasta su propia cama se había convertido en un tranquilo y abrigado punto de reposo, huida y descanso.

Se enorgullecía de su éxito y de la fuerza de voluntad que el final le había permitido doblegar la vida a su antojo.

Había tardado mucho en conseguirlo pero al final era dueña de su ser y de su destino.

Se sentía a salvo por vez primera, segura por vez primera, libre por vez primera de los hombres y de sus exigencias sexuales y de la necesidad de moldear su personalidad y conducta de acuerdo con sus gustos.

Y, por vez primera, estaba en condiciones de hacer lo que le viniera en gana, cuando le viniera en gana y como le viniera en gana.

Era un alma independiente y, tanto si ello gustaba a los demás como si no, era igual a sus semejantes. E incluso superior.

Tras veintiocho años de servidumbre y esclavitud como la que suelen conocer la mayoría de muchachas y mujeres, su espíritu y su cuerpo -sí, su espíritu y su cuerpo-sólo le pertenecían a ella.

Y, sin embargo, tal vez le faltara algo. Tal vez no. En el momento actual no experimentaba sensación alguna de vacío.

Tal vez no le bastara el amor de sí misma para poder vivir una vez se hubiera desvanecido el brillo de la novedad.

Entonces quizá resultara más evidente la sensación de vacío.

Entonces tal vez necesitara a alguien, a alguien honrado, amable y cariñoso con quien compartir el prodigio de cada nuevo día.

Roger Clay había sido un hombre simpático, considerado, respetuoso y a menudo amable, a pesar de ser un actor y un egoísta.

En realidad, habían roto sus relaciones porque ella se había mostrado celosa de su independencia tan duramente ganada y Roger no había podido adaptarse.

Ahora, en mitad de la noche, empezó a reflexionar. Tal vez no fuera mala idea llegar a una solución de compromiso. Ceder parte del territorio conquistado a cambio de un aliado que le hiciera el regalo del amor.

Bueno, pasado mañana, no, ya estábamos a mañana muy pronto se reuniría con él en Londres y estaría en condiciones de saber más acerca de él y acerca de sí misma y acerca de la importancia de ambos, y mantendría abierta la puerta de las distintas alternativas.

Bostezó y dio la vuelta sobre la suave almohada de plumas.

Aquellos libros franceses que había leído últimamente. ¿En cuál de ellos lo había leído? Era en el de Valery, sí, Valery.

"Es necesario que transcurran muchos años antes de que las verdades que nos hayamos creado se conviertan en nuestra propia carne".

Muy bien. ¿A qué objeto darse prisa? La metamorfosis se producirá, se está produciendo, se producirá.

El último pensamiento antes de conciliar el sueño: mañana sería un día maravilloso. Y se durmió.

***Segundo acto.***

***L***a camioneta de reparto Chevrolet de tres cuartos de tonelada, con su carrocería modelo 1964 y sus neumáticos nuevos de alto rendimiento, lucía la misma leyenda en ambos laterales recién pintados.

La leyenda decía: "Desinfección y Desratización, Sociedad Anónima, Control de Plagas desde 1938, Los Ángeles Oeste".

Mientras la camioneta de reparto ascendía por la calle Stone Canyon de Bel Air nada había en su aspecto que pudiera inducir a sospechar que no se dirigía a cumplir uno de sus habituales servicios.

A aquella hora grisácea de un miércoles por la mañana de mediados de junio -faltaban cinco minutos para las siete-, no había por la zona ningún otro vehículo y tampoco ninguna persona que pudiera observarla.

Sentado al volante, Adam Malone se iba acercando progresivamente a su punto de destino.

A pesar de que sólo había dormido muy poco en el transcurso de la agitada noche, Malone estaba ahora completamente despierto y ojo avizor. Pero se sentía extrañamente aislado del papel que estaba interpretando.

Era como si se encontrara oculto detrás de un cristal de una sola dirección, observando a alguien parecido a sí mismo que guiara a un grupo de cuatro personas desde el mundo de sus sueños, deseos y engaños en el que vivían, hacia una auténtica tierra de nadie tridimensional, en la que el peligro y el riesgo acecharan tras cada siniestro árbol y arbusto.

A su lado, repantigado en el otro asiento de delante, se encontraba Kyle Shively, aparentemente tranquilo y sereno pero con los músculos del rostro en tensión y con los tendones del cuello muy rígidos, señal inequívoca de ansiedad.

Se hallaba sentado con el mapa de Bel Air abierto sobre las rodillas y contemplando los distintos rótulos blancos y azules de las travesías que iban pasando y perdiéndose de vista.

Detrás de ellos, agachados sobre la alfombra de pelo, de segunda mano, se encontraban Howard Yost, con su atuendo de pescar color caqui, y Leo Brunner, vestido con chaqueta deportiva y pantalones oscuros.

No habían abierto la boca desde que habían abandonado el paseo Sunset, pero ahora Shively se incorporó en su asiento y rompió el silencio.

-Allí está -le dijo a Malone señalando hacia la izquierda-. ¿Lo ves? El Camino Levico.

-Ya lo veo -dijo Malone en voz baja-. ¿Qué qué hora es?

Shively se miró el reloj de pulsera.

-Las siete menos dos minutos -repuso.

Malone giró el volante a la izquierda y la camioneta Chevrolet entró y empezó a ascender por el Camino Levico.

Se escuchó desde atrás una voz asustada.

-Escuchad -suplicó Brunner-, aún estamos a tiempo de dar la vuelta, Temo que...

-Maldita sea, cállate -gruñó Shively.

Ya habían recorrido todo el trecho y se estaban acercando al final del callejón sin salida.

Tenían delante la formidable verja de hierro forjado que protegía la propiedad de Sharon Fields.

-¿Estás seguro de que la verja se abrirá? -preguntó Malone hablando con dificultad.

-Ya te he dicho que me he encargado de eso -repuso Shively con aspereza, y empezó a ponerse los guantes de trabajo. Ya estaban casi junto a la verja cuando Shively ordenó-:

-Muy bien, para aquí y deja el motor en marcha.

Malone detuvo el vehículo sin apartar el pie del freno. Sin más palabras Shively abrió la portezuela y descendió. Miró rápidamente hacia atrás. Satisfecho, avanzó hacia la verja.

Desde su asiento, Malone observó preocupado a Shively mientras éste asía uno de los barrotes de hierro de la verja con una mano enguantada y otro barrote de la otra hoja con la otra mano y empujaba hacia adentro.

Las dos hojas de la verja se abrieron con aparente facilidad y quedó visible el camino de asfalto, a cuya izquierda se observaban altos arbustos y a cuya derecha se veían recios chopos y grandes olmos, antes de torcer y perderse de vista entre los árboles que también ocultaban la mansión del fondo.

Shively regresó a la camioneta, volvió a su asiento y cerró la portezuela.

-Como ves, me he encargado del trabajo tal como te había dicho -le dijo a Malone quitándose los guantes y volviendo a mirarse el reloj-.

Si sigue el horario previsto, estará aquí dentro de tres o cuatro minutos. ¿Has entendido bien lo que tienes que decir? Malone asintió muy nervioso.

-Habla con indiferencia, como si te dispusieras a realizar un trabajo -le advirtió Shively-. Como pongas cara de asustado o se te vea nervioso, lo echarás todo a rodar. Por consiguiente, recuerda que...

Un momento, déjame comprobarlo todo. -Se agachó, recogió el frasco de cloroformo y el trapo y colocó ambas cosas a su lado en el asiento-.

Muy bien, muchacho. Todo dispuesto. Entra despacio.

El pie de Malone se apartó del freno. Pisó el acelerador y la camioneta cruzó la verja abierta penetrando en la propiedad.

El vehículo avanzó ahora lentamente y se fue acercando poco a poco a la zona boscosa junto a la que se torcía el camino.

Shively ladeó la cabeza y agarró a Malone del brazo.

-¿Lo oyes? Escucha.

Se escucharon claramente los estridentes ladridos de un perro procedentes de detrás de los árboles.

A Malone empezó a latirle apresuradamente el corazón. Miró a Shively.

-Su perro -murmuró.

-Sigue adelante -le dijo Shively reprimiendo su excitación.

Malone pisó ligeramente el acelerador. De repente se le agrandaron los ojos y pisó el freno.

Un perro, un peludo Yorkshire terrier, apareció brincando desde detrás de los árboles, se detuvo, ladró en dirección a alguien y a los pocos momentos apareció ella.

Estaba mirando al perro con tanto interés que, de momento, no les vio. Seguía al perro medio riéndose y medio regañándole, y éste se escapaba alegremente hasta que al final se detuvo a esperarla.

A través del parabrisas, con el corazón en un puño, Malone siguió sus movimientos presa del aturdimiento y la emoción.

Era increíblemente hermosa, tal como él se había imaginado que iba a ser, una perfección absoluta.

Había conseguido atrapar al perro de espaldas a ellos y sin haberse percatado de su presencia, y se había arrodillado para acariciarlo y hablarle.

En pocos segundos, Malone archivó en su cerebro todo lo que había visto.

Era más alta y más esbelta de lo que se había imaginado y, sin embargo, le pareció más curvilínea. El suave cabello rubio le caía sobre los hombros. Llevaba grandes gafas de sol color violeta. Lucía una fina blusa blanca con escote en V y abrochada delante, cinturón ancho de cuero con remaches metálicos, una falda de cuero color crema extremadamente corta y botas de cuero marrones de media caña y tacón bajo.

No llevaba medias y, al arrodillarse junto al perro, le quedó al descubierto medio muslo.

Lucía, además, una especie de collar con un pesado colgante.

Shively agarró de nuevo el brazo de Malone.

-Anda, estúpido. Ponte en marcha para que nos oiga y acércate a ella.

Sin apartar los ojos de Sharon, Malone repitió mecánicamente los movimientos. Se escuchó el rugido del motor y la camioneta empezó a avanzar. Al escuchar el ruido, Sharon Fields se volvió a mirar, soltó al perro, se levantó y se apartó a un lado del camino, contemplando con asombro aquella inesperada camioneta de reparto que se iba acercando.

Desde la ventanilla abierta, Malone miró fijamente a Sharon Fields, a escasísima distancia suya, tan cerca que casi la podía tocar.

Sus ojos, perplejos tras las gafas ahumadas, la nariz encantadora y los rojos labios, la redondez del busto acentuada por la ajustada blusa, la realidad de su persona y de su carne, todo ello le dejó momentáneamente sin habla.

Advirtió que Shively le daba un codazo y se recuperó. Intentó desesperadamente comportarse de forma normal.

Allí estaba, con la cabeza echada hacia atrás y mirándole directamente a la cara. Tragó saliva y se asomó por la ventanilla.

-Buenos días, señora. Lamento molestarla pero nos han llamado para un trabajo de exterminación de termitas y no encontramos la casa. Estamos buscando la residencia Gallo, se encuentra al fondo de un callejón sin salida, que es travesía de la calle Stone Canyon.

Puesto que aquí no había indicación, hemos pensado que tal vez....

-Lo lamento, se han equivocado de casa -dijo Sharon Fields. Probablemente estará unas tres o cuatro manzanas más arriba subiendo por la calle Stone Canyon.

Malone fingió mostrarse agradecido y después aparentó sentirse perplejo.

-Me parece que nos hemos perdido. Ninguno de nosotros conoce este barrio. ¿Le importaría indicarle a mi compañero en el mapa en qué punto nos encontramos?

Mientras hablaba, Malone advirtió el olor de una vaharada de cloroformo. Shively había abierto y vuelto a cerrar el frasco y Malone escuchó el rumor de sus movimientos al abrir la portezuela de la camioneta y bajar.

-No sé si podré -empezó a decir Sharon Fields mirando a Shively que se estaba acercando a ella con el mapa en la mano. Miraba sorprendida a Shively y a Malone y finalmente clavó los ojos en Shively.

-Lamento molestarla, señora -estaba diciendo Shively. Le mostró el mapa-, éste es el mapa Bekins de la zona, si usted...

Ella hizo caso omiso del mapa, frunció el ceño y miró a Shively.

-¿Cómo han entrado ustedes? -le preguntó bruscamente-. La verja siempre está...

-Hemos utilizado el interfono -la interrumpió Shively-. Señora, si me hace el favor de mirar este mapa.

Le acercó el mapa al rostro y, desconcertada, Sharon lo miró automáticamente. Shively adelantó rápidamente el otro brazo, que mantenía oculto detrás de la espalda, la rodeó por los hombros y le acercó al rostro el trapo mojado.

Después le comprimió el trapo empapado de cloroformo contra la nariz y la boca de tal forma que sólo quedaron visibles sus asombrados ojos tras las gafas violeta.

Sharon abrió aterrorizada los ojos e intentó protestar, logrando pronunciar un amortiguado:

-Oh, no...

Shively atrajo la cabeza de Sharon contra su pecho y la sofocó con el trapo impregnado de cloroformo. Ella intentó desesperadamente escapar, utilizar las manos para apartarse de él, pero Shively ya la había rodeado con el otro brazo y le había inmovilizado los brazos.

Mientras contemplaba toda la escena conteniendo el aliento, Malone observó asombrado que ella intentaba forcejear y escapar. Pero su resistencia cedió a los pocos

segundos. Sus ojos se cerraron tras las gafas ahumadas. Sus brazos se aflojaron. Y sus rodillas empezaron a doblarse.

Malone abrió la portezuela y descendió. Shively depositó en brazos de Malone el cuerpo inerte de Sharon Fields. Sosteniendo torpemente la figura de ésta en el hueco de un brazo, Malone golpeó el lateral de la camioneta con el puño de la mano que tenía libre.

Se abrió la portezuela trasera de la camioneta y saltó Yost apresurándose a ayudar a Malone. Juntos levantaron la blanda forma de Sharon y, tropezando en su prisa, la trasladaron a la parte de atrás de la camioneta.

La introdujeron hasta la mitad y Brunner, desde dentro, la arrastró al interior sosteniéndola por las axilas.

Yost subió inmediatamente y cerró la portezuela tras sí. Malone regresó corriendo a la parte de delante, donde Shively estaba ofreciéndole un puñado de comida para perros al terrier Yorkshire, que no cesaba de ladrar.

El perro husmeó el bocado que sostenía Shively en la mano. Tranquilizado, se aproximó a éste y empezó a comer de su mano. Con rápido movimiento, Shively arrojó al suelo la comida, agarró al perro por el collar y, utilizando la otra mano, le cubrió el hocico con el trapo empapado de cloroformo.

El perro perdió inmediatamente el conocimiento. Acercándose al borde del camino, Shively descubrió un claro y arrojó sin ceremonias al animal sobre el follaje.

Malone ya había recogido los restos de la comida para perros y el mapa de Bel Air, y había mirado a su alrededor para comprobar que no hubiera habido testigos. Le parecía que no.

Subió al asiento del conductor en el mismo momento en que Shively se acomodaba en el asiento del pasajero. Shively le entregó el frasco y el trapo del cloroformo a Yost y volvió a ponerse los guantes.

Malone había soltado el freno, había puesto marcha atrás y estaba retrocediendo silenciosamente por el estrecho camino. Cruzó la verja abierta y salió a la calle.

Mientras Malone daba la vuelta para que el vehículo se encontrara de cara a la calle Stone Canyon, Shively volvió a bajar y se dirigió a la verja. Una vez dentro, Shively volvió a cerrar la verja.

Después destapó el motor, volvió a conectar el engranaje y cerró de nuevo automáticamente la verja. Desapareció de la vista breves momentos y después Malone pudo verle en lo alto del muro.

Acto seguido le vio saltar al Camino Levico. A los pocos momentos, Shively se encontraba de nuevo en el interior de la camioneta. Cerrando la portezuela, se reclinó contra el respaldo y respiró hondo.

Miró a Malone y por primera vez en toda la mañana le hizo el honor de dirigirle una ancha sonrisa de perversidad.

-Ya está hecho, Adam -anunció con voz áspera-. Larguémonos enseguida, Próxima parada, la tierra prometida.

Consiguieron llegar por un atajo desde Bel Air a la autopista de San Diego. En lugar de seguir el camino habitual para dirigirse al paseo Sunset y seguir después por el oeste en dirección a la autopista, tomaron un camino mucho menos conocido, que desde la calle Stone Canyon les llevaría a la calle Bellagio y les permitiría salir al paseo Sepúlveda, a pocos pasos de la autopista.

Recorrieron el atajo sin incidentes. Malone subió por la primera rampa en dirección sur y se adentró con la camioneta Chevrolet entre el denso tráfico.



Librodot

Se había percatado de que apretaba el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos casi exangues.

A diferencia de sus compañeros, que ya habían empezado a respirar aliviados por haber salido airosos de la empresa, Malone seguía pensando que correrían peligro mientras no abandonaran los límites de la ciudad.

Al cabo de diez minutos llegó a un punto en que tuvo que cambiar de carril y, obedeciendo la señal que le estaba haciendo el dedo de Shively, se desplazó hacia la derecha para tomar la autopista de Santa Mónica.

El nerviosismo de Malone había ido en aumento a medida que se iban acercando al cruce del centro de la ciudad, desde el que podían tomarse tres autopistas en dirección sur.

Había dejado la dirección en manos de Shively y se había limitado a conducir.

A cada vehículo de la policía que pasaba y cada rugido de motocicleta que escuchaba le daba un vuelco el corazón.

Era como si temiera que alguien estuviera al corriente de cuál era la preciosa carga que llevaban, o que la policía hubiera comunicado por radio que Sharon Fields había sido secuestrada por una banda de golfos que iba en una falsa camioneta de reparto.

Malone había respetado religiosamente todos los límites de velocidad, ni demasiado rápido ni demasiado lento, puesto que ambas cosas hubieran podido llamar la atención.

Había procurado no adelantar a ningún vehículo y no cambiar de carril, a no ser que ello le hubiera resultado imprescindible, y se había esforzado por seguir la velocidad de la corriente del tráfico.

Se estaban acercando al cruce. Ya habían comentado y discutido con anterioridad acerca de las ventajas e inconvenientes de las tres carreteras.

La autopista de Santa Ana ofrecía la ventaja de los seis carriles, pero era la más larga y probablemente aquella en la que el tráfico sería más denso.

Habían considerado muy seriamente la posibilidad de tomar la autopista de San Bernardino, pero habían llegado a la conclusión de que ésta presentaba demasiadas rampas de entrada y salida.

Al final se habían decidido por la más reciente autopista de Pomona, por ser la más directa y rápida y la menos transitada de las tres autopistas que conducían a Arlington y las Gavilán Hills.

Sin necesidad de que se lo recordaran, Malone se situó en el carril adecuado y, una vez en la autopista de Pomona, su corazón y el tráfico se aligeraron.

Habían pasado frente al Parque Monterrey por un lado y Montebello por el otro y, siguiendo la autopista del sur, habían atravesado las localidades de La Puente y Hacienda Heights.

Ahora, tras atravesar el túnel de las montañas que rodeaban la zona de Brea Canyon y dejar atrás las ciudades de Pomona y Ontario, comprendieron que ya habían cubierto tres cuartas partes del trayecto que les conduciría a Arlington.

Malone dejó por unos momentos de prestar atención al paisaje y las señalizaciones que estaban pasando, para prestársela a sus amigos y a la carga que llevaban y a la increíble hazaña que habían llevado a cabo.

Shively estaba contemplando la figura inconsciente de Sharon Fields, -tendida en la parte de atrás de la furgoneta.

Tenía los ojos cubiertos con una tira de gasa esterilizada, otra tira le cubría la boca, y ella se hallaba tendida de lado sobre la alfombra de pelo, entre Yost y Brunner.

Shively chasqueó la lengua.

-Es extraordinaria. ¿Habéis visto alguna vez un trasero y un busto parecidos? -Miró a Malone con una expresión tan lasciva como éste jamás había visto, y volvió a repantigarse en el asiento encendiendo un nuevo cigarrillo con la colilla del que acababa de fumarse-.

Muchacho, reconozco que tienes buen ojo. Es una preciosidad, de eso no cabe duda. No me quito de la cabeza lo que he notado al sostenerla entre mis brazos cuando le aplicaba el cloroformo. Se estaba cayendo y yo, para sostenerla, la he agarrado de un pecho. Os digo que son de verdad, nada de cosas postizas, y, ¿sabéis una cosa? Apuesto a que en la palma sólo me cabe la mitad.

-¿Lo dices en serio? -preguntó Yost desde la parte de atrás.

-Puedes estar seguro -repuso Shively-. Pero si la tienes a tu lado. Métele las garras encima y compruébalo tú mismo.

-No lo hagas, Howie -dijo Malone enojado-. ¡No le pongas las manos encima! ¡Ya conoces nuestro acuerdo!

-Era una broma, muchacho -dijo Shively-. Puedes confiar en el viejo Howie. Es un caballero.

-Oye -dijo Yost-, deja de llamarme por mi nombre. En eso también llegamos a un acuerdo, no lo olvides.

-Cálmate, Howie -contestó Shively-. Está dormida.

-No estoy yo muy seguro -dijo Yost de repente.

Malone se medio volvió.

-¿Qué quieres decir? -preguntó alarmado.

-No sé, me ha parecido que se movía un poco. ¿Qué piensas? -preguntó dirigiéndose a Brunner.

Se produjo un breve silencio y después Malone escuchó la voz de Brunner.

-Sí, no me cabe la menor duda. Se mueve un poco. Ha movido un brazo. Creo que está cesando el efecto del cloroformo.

-¿Cuánto tendría que durar? -preguntó Shively.

-Por lo que yo he observado en mi mujer las veces en que ha estado en el hospital -repuso Brunner-, una media hora. Y ya llevamos casi una hora de viaje.

Malone golpeó nerviosamente el volante con las manos.

-Creo que ya ha llegado el momento de administrarle la inyección de luminal de sodio. Lo encontrarás en el botiquín marrón. ¿Estás seguro de que sabes administrarla?

-Anoté las instrucciones que te dieron y lo que leí en la "Home Medical Guide" -repuso Brunner-. Tengo las notas aquí en el bolsillo. No te preocupes, le he administrado a Thelma docenas de inyecciones.

-Pues, bueno, date prisa, antes de que despierte -le dijo Malone.

Shively se incorporó parcialmente en su asiento para mirar hacia la parte de atrás.

-Pero procura que no permanezca inconsciente mucho rato -dijo-. ¿Cuánto dura el efecto?

-Depende de las personas -le explicó Brunner-. Será mejor que me prepare. Ahora me estoy dirigiendo al conductor.

Cuando me disponga a administrarle la inyección, te lo comunicaré para que aminores la marcha y evites los baches. Ahora utilizo el pañuelo para aplicarle un torniquete. Vamos a subirle la manga muy bien. Ahora voy a sacar del botiquín todo lo que me haga falta.

Se produjo una pausa.

A los pocos segundos Brunner siguió describiendo sus actividades como un catedrático de cirugía que les estuviera explicando a los alumnos las distintas fases de una operación.

-La inyectaremos en la vena 0,24 gramos de luminal de sodio. Se trata de una dosis muy elevada pero inofensiva. Por consiguiente, tomaré dos ampollas de 0,12 gramos y obtendremos así los 0,24 gramos necesarios ahora los aspiro a la jeringa, dame esa bolsita de papel esterilizado, la aguja está dentro. Gracias.

Muy bien, conductor, me dispongo a inyectar.

Malone desplazó inmediatamente la camioneta hacia el carril más lento de la derecha, reduciendo la velocidad a menos de setenta kilómetros por hora.

-Ya está, todo hecho -gritó Brunner.

-¿No la has visto hacer una mueca? -preguntó Yost.

-Sí, pero no ha abierto los ojos -repuso Brunner-.

Mira... -Se perdió su voz pero después volvió a escucharse-: He estado leyendo las instrucciones. He pasado por alto una cosa. El luminal de sodio tardará de un cuarto de hora a veinte minutos en hacerle efecto. Temo que recupere la conciencia antes de que ello suceda.

-Pues, entonces adminístrale un poco más de cloroformo para que se quede quieta hasta que le haga efecto el luminal de sodio -le aconsejó Malone.

-Buena idea -dijo Brunner.

-Demonios, qué mal huele eso -se quejó Yost.

-Pero es necesario -dijo Brunner-.

Muy bien, ya le he administrado la segunda dosis de cloroformo. Creo que ya no tenemos que preocuparnos por ella.

Y, tranquilizaos, todavía disponemos de otras dos ampollas de anestesia y una aguja nueva para poderla dormir cuando la devolvamos a casa dentro de dos semanas.

-No quiero saber nada de cuando la soltemos -dijo Shively-.

A mí lo único que me interesa es lo que tenemos ahora. -Volvió a mirar hacia atrás-. Os digo que de sólo mirarla me estoy excitando.

Fijaos en la ropa que lleva puesta. No debe llegarle más allá de unos diez o doce centímetros por debajo del trasero.

Debe gustarle mucho exhibirse. Oye, Howie, hagamos una cosa, cambiemos de sitio. Quiero estar ahí atrás un rato. Quiero levantarle la falda y echar un vistazo de primera mano al bocado más famoso del mundo. ¿Qué dices, Howie?

Malone le miró enfurecido.

-Ya te estás callando, no hables así, Kyle. Nadie va a tocarla sin su consentimiento. En eso nos mostramos de acuerdo. Fue una decisión unánime.

-Anda por ahí -dijo Shively-. El acuerdo lo tomamos cuando todo eso era un sueño. Ahora es un trasero vivo y la tenemos en nuestro poder. Yo te digo que las circunstancias han cambiado.

-No ha cambiado nada -dijo Malone enojado-. Todo es lo mismo y las reglas del juego siguen siendo las mismas. Y no te acercarás a ella ahora que está dormida e indefensa y ni siquiera después cuando despierte a menos que ella te invite.

-¿Lo habéis oído, chicos? -gritó Shively-. Tenemos entre nosotros a un policía que se ha autodesignado guardián de la ley y el orden. ¿Pero es que vais a permitirle que es lo que podéis o lo que no podéis hacer?

-Yo, no le digo a nadie lo que tiene que hacer -dijo Malone-. Te estoy recordando simplemente que establecimos unas normas y que acordamos atenernos a ellas.

Shively sacudió la cabeza como para compadecerle.

-Adam Malone, eres un maldito y estúpido idiota.

Leo Brunner, asomó la cabeza entre los dos asientos de delante.

-¿Por qué no dejáis de discutir tontamente? Y basta de llamaros en voz alta por vuestros nombres. Si lo hacéis ahora es probable que os olvidéis más tarde cuando esté despierta.

-Rozó el hombro de Malone con una mano-. Pues, claro, Adam, estamos dispuestos a atenernos a las normas. Y sabes que nuestro amigo lo hará también.

Shively encendió un cigarrillo y se sumió en un malhumorado silencio.

Malone buscó y encontró la rampa de salida que les conduciría al paseo Van Buren y al condado de Riverside y después directamente a la ciudad de Arlington.

Sin apartar los ojos de la carretera, empezó a pensar en el compañero que tenía al lado. Estaba furioso con Shively. El tejano era el único elemento discordante en lo que de otro modo hubiera podido ser un día perfecto.

Malone se esforzó en vano por convencerse de que Kyle Shively no era tan malo como parecía. Al fin y al cabo, Shively había sido el primero en creer en el proyecto de Malone y el primero que se había adherido al mismo. Nadie se había esforzado tanto como Shively en hacerlo realidad.

Lo malo de Shively era su personalidad y su actitud social, debida a un resentimiento que arrancaba probablemente del medio en que se había desenvuelto. Era ignorante y mal educado pero muy listo e ingenioso.

Era un ser manual y físico, una criatura impulsiva. Su vulgaridad en relación con los temas sexuales y femeninos debía formar parte de su tendencia exhibicionista. En resumen, su obsesión sexual debía arrancar de cierta inseguridad y falta de recursos interiores.

Malone llegó a la conclusión de que comprendía a Shively pero que éste no le gustaba. Después Malone se preguntó otra cosa. Se preguntó si podría fiarse uno de Shively.

-¡Bueno, allí está! -exclamó Shively canturreando. Se incorporó y se inclinó hacia el parabrisas-. Ahí está Arlington. Menuda birria de ciudad.

Malone aminoró automáticamente la marcha.

-Oye -gritó Yost desde la parte de atrás-no olvides parar en alguna estación de servicio que tenga cabina telefónica. Tengo que llamar a mi mujer desde Colorado, ¿recuerdas?

-Déjalo -dijo Shively. Será mejor que no nos vean detenidos. Podría ser peligroso.

Yost se acercó a la parte delantera para protestar.

-Más peligroso será para mí si no llamo a mi mujer y le digo que he llegado bien. Tardaré un minuto.

-Muy bien, cálmate, Howie -dijo Shively indicándole a Malone el camino-. Sigue recto por Van Buren, muchacho. Tenemos que atravesar el centro de la ciudad.

No es que sea precisamente una ciudad, no hay más que un par de manzanas de tiendas. Pero no te detengas en ningún sitio. Cruza rápidamente.

Hay un par de estaciones de servicio unas dos manzanas más abajo junto al letrero de la Pequeña Liga de béisbol.

Malone atravesó Arlington a velocidad moderada acelerando sólo un poco para poder cruzar el único semáforo que había y a los pocos segundos salió de la población y pudo ver la primera estación de servicio.

Se acercó al bordillo y aparcó la camioneta a cierta distancia de la gasolinera.

-Sal por aquí, Howie -dijo Shively abriendo la portezuela-.

No vayas a abrir la portezuela de atrás. -Descendió de la camioneta para que Yost pudiera pasar al asiento delantero y después inclinó la cabeza hacia el interior del vehículo-.

Vosotros dos guardad el tesoro. Yo acompañaré a Howie para vigilar que no tarde más de un minuto y de paso aprovecharé para mear. Vuelvo en seguida.

-Daos prisa -dijo Malone.

Observó a través del parabrisas a sus dos compañeros, pero sus pensamientos se concentraron únicamente en la esbelta figura del tejano.

Malone pensó en la muchacha que llevaban en la parte de atrás. No era sólo la joven estrella más famosa y querida de la historia cinematográfica, sino que, además, era también un ser humano, un ser humano precioso, frágil y tierno que se merecía todo su respeto y consideración.

Y también su protección. Malone se mordió el labio inferior pensando en lo que iba a suceder. Hasta aquellos momentos, hasta hacía muy poco, había estado tan preocupado por la huida que no había podido pensar con seriedad y realismo en sus relaciones con Sharon Fields una vez la tuvieran en su poder.

Por la forma en que Shively se había comportado en el transcurso del viaje, comprendió que haría falta poner en cintura al tejano.

Malone sabía que era el único que podría darle quebraderos de cabeza. Los otros dos eran de fiar. Brunner no planteaba ningún problema. Yost, tampoco.

Eran hombres familiares y no cabía la menor duda de que se comportarían como personas civilizadas. Se atendrían a las normas igual que él.

El único que le preocupaba era Shively. Su actitud en relación con las mujeres, incluso en relación con una mujer tan inalcanzable como Sharon Fields, podía ser vulgar y grotesca y hasta incluso violenta. Para él las mujeres no eran más que objetos sexuales.

Tal vez no estableciera diferencia alguna entre Sharon y una prostituta. Además, Shively había dejado bien sentado que las normas le importaban un bledo. Sí, habría que vigilar a Shively, habría que ponerle en cintura.

Claro, que lo más probable era que no se produjera ningún grave conflicto. Eran tres contra uno y Shively no tendría más remedio en el futuro que acatar la ley de la mayoría tal como había hecho en el pasado.

Malone sabía que era el máximo responsable de la forma en que trataran a Sharon Fields.

A él se debía la idea de Sharon disponible, de una Sharon invitada suya, una Sharon convertida en realidad. Por consiguiente, él más que nadie estaba obligado a defenderla y a proporcionarle libertad de elección.

Vio a los otros dos saliendo de la gasolinera.

Y ahora, tras haber reflexionado acerca de todo ello y haber comprendido que el futuro de la carga que llevaban estaba en sus manos, se sintió más tranquilo.

Y empezó a pensar en cómo iban a desarrollarse los acontecimientos aquella noche.

Veinte minutos más tarde Adam Malone seguía al volante. Antes de reanudar el viaje se había producido una pequeña discusión a propósito de quién iba a conducir. Yost había propuesto sentarse él al volante, por ser el que más conocía la zona, y había expresado el deseo de que Malone se sentara a su lado para que se aprendiera el camino; pero Shively hubiera tenido que desplazarse a la parte de atrás con Brunner y Malone no quería que el tejano se acomodara al lado de Sharon estando ésta inconsciente.

Al final Yost lo comprendió y todos ocuparon las mismas posiciones de antes, menos Yost que se acercó a la parte delantera y se arrodilló asomando la cabeza entre Malone y Shively para poder ver el camino a través del parabrisas y dirigir a Malone.

Malone llevaba veinte minutos absorbiendo todos los detalles de la campiña que estaban atravesando y seguía pasando mentalmente revista a todo lo que Yost le había dicho.

Tras dejar atrás la gasolinera y cruzar un paso a nivel, enfiló una carretera bordeada de palmeras y naranjos.

La carretera les condujo hacia unas desnudas colinas y empezaron a ascender gradualmente.

Al llegar al Mockingbird Canyon efectuó un viraje a la derecha y a partir de aquel punto la carretera empezó a estrecharse.

Durante algunos kilómetros pudieron ver alguna que otra casa de vez en cuando, pero pronto, las dejaron atrás y se encontraron en medio de la campiña abierta y desolada.

Después, siguiendo las instrucciones de Yost, Malone enfiló la carretera de Cajalco y avanzaron en sentido paralelo a un camino que, según Yost, conducía a un lago bastante grande -el lago Mathews dijo que se llamaba-, que, en realidad, era una presa completamente vallada en la que no estaba autorizada ni la navegación a vela ni la pesca.

Después giraron a la izquierda y enfilaron otro camino que ascendía hacia una elevación de unos seiscientos metros de altitud.

Se estaba dirigiendo a una zona más elevada, conocida como la Meseta Gavilán, integrada en buena parte por unas suaves colinas interrumpidas de vez en cuando por algún que otro majestuoso pico pelado.

-Detente junto a esta verja que tenemos enfrente -ordenó Yost-.

Es la verja del rancho McCarthy.

Casi nadie sabe que el camino que atraviesa el rancho es público.

Verás también un letrero que dice "Cierren la verja", el cual contribuye a dar la idea de que no está permitido el paso y sirve para intimidar a los forasteros.

Para nosotros será estupendo porque este camino conduce al sitio donde vamos y tendremos la posibilidad de proseguir el viaje sin que nadie nos moleste.

Se detuvieron frente a la verja del rancho McCarthy mientras Shively descendía para abrirla.

Malone la cruzó y esperó a que Shively volviera a cerrarla y subiera de nuevo a la camioneta.

El tortuoso camino les condujo por suaves colinas en las que abundaban los resecos arbustos, los guijarros y los grandes enebros.

Pronto abandonaron el camino y siguieron por una vereda menos transitada si cabe.

Súbitamente, Malone descubrió a la izquierda una vieja cabaña medio oculta en una hoyada al borde del camino.

Frente a la cabaña había como una especie de extraño monumento indio.

-¿éste es nuestro sitio? -preguntó Malone.

-No -contestaron Yost y Shively al unísono.

-Es la última casa que veremos hasta llegar a nuestro punto de destino -explicó Yost-. Antes vivía aquí una anciana. Me parece que la casa está ahora abandonada. Se llama Camp Peter Rock.

¿Queréis saber por qué? ¿Veis este vestigio indio que hay delante? ¿Sabéis lo que es? Es una roca fálica de metro ochenta de altura asombrosamente parecida a un miembro.

-Yo fui el modelo -dijo Shively sonriendo.

-Ahora avanza despacio durante cinco minutos -le dijo Yost a Malone-porque de lo contrario pasarás de largo es un acceso casi oculto de un camino lateral que nos conducirá al

Mount Jalpan, el lugar de las Gavilán Hills en el que cambiaremos de vehículo para dirigirnos a nuestro refugio.

Transcurridos cinco minutos Yost le recordó a Malone que aminorara la marcha, después le dio una palmada en el hombro y le señaló con el dedo un lugar que había a la derecha.

El arenoso camino oculto casi totalmente por la espesa maleza que crecía a ambos lados estuvo a punto de pasarle a Malone inadvertido, éste viró justo a tiempo.

A los pocos minutos iniciaron el ascenso. El camino se hizo muy empinado y Malone puso la primera.

-El Mount Jalpan -dijo Yost-. Es la cumbre más alta y primitiva de las Gavilán Hills. Ningún forastero ha llegado jamás tan lejos, únicamente el guardián de los Servicios Forestales.

Sigue recto. No estamos muy lejos del sitio donde dejaremos la camioneta. Pasaron entre elevadas paredes de granito y, de repente, la camioneta llegó a una zona más despejada. El camino había desaparecido; a la derecha se observaba un precipicio y a la izquierda un denso bosquecillo.

-Final del camino y final de la civilización -dijo Yost-.

Aquí cambiaremos de vehículo. Shively miró a través del parabrisas.

-Sigue avanzando unos nueve metros, muchacho. Verás un claro en esa maleza. Allí tenemos oculto el cacharro de ir por las dunas.

La camioneta siguió avanzando. Malone descubrió el claro y pisó el freno.

-Espera aquí -le dijo Shively-. Sacaré el cacharro y tú meterás la camioneta justo en medio de estos dos enebros tan grandes. Aléjate todo lo que puedas del precipicio y sigue avanzando hasta donde ya no puedas seguir.

Shively descendió de la camioneta y se adentró en la boscosa zona.

Malone le observó procurando vislumbrar alguna señal del cacharro pero no pudo ver nada.

Entonces vio que Shively se detenía a pocos pasos de un gigantesco roble y se inclinaba hacia éste para sacar algo que había detrás de su tronco.

Malone intentó adivinar lo que era y comprobó asombrado que Shively estaba tirando de una de las puntas de una descolorida lona verde cubierta de ramas de enebro y hojarasca.

Un buen trabajo de camuflaje.

Shively estaba sacudiendo la lona para librarla de la hojarasca.

La levantó y quedó al descubierto el cacharro marrón oscuro con su hocico chato, sus elevados faros delanteros y sus neumáticos exageradamente grandes.

Malone siguió observando a Shively mientras éste trabajaba y después empezó a estudiar el emplazamiento del lugar de transbordo dirigiendo la mirada más allá del precipicio.

Pudo ver las desnudas y rocosas laderas de las cercanas colinas y las lomas más alejadas a cuyos pies se extendía la ancha faja de tierra llamada Temescal Canyon.

Malone se sintió por primera vez totalmente aislado del mundo que conocía.

Aquel promontorio y el paisaje de abajo le producían una sensación de aislamiento absoluto de todo lo conocido y de la vida humana.

Era algo totalmente primitivo. Como una página arrancada de "El mundo perdido de Conan Doyle".

Escuchó el rugido de otro motor y vio que Shively sacaba el cacharro de entre los árboles. Malone no había visto aquellos cacharros más que en los anuncios y se sorprendió de su reciedumbre.

Sabía que era biplaza y no se imaginaba cómo podría dar cabida a los cuatro. Cuando lo tuvo más cerca pudo ver las modificaciones que su propietario había llevado a cabo en el pequeño y compacto vehículo. En el portamaletas abierto habían colocado un banco de madera ligeramente más alto que los asientos delanteros.

Desde lo alto del parabrisas hasta dos varas de acero que había en la parte de atrás, habían extendido una especie de toldo de lona probablemente para protegerse del tórrido sol o de la lluvia. Cuando el cacharro estuvo al lado de la camioneta, Shively gritó:

-Bueno, Adam, ahora oculta la camioneta ahí dentro.

Malone soltó el freno, puso en marcha el motor y atravesó con la camioneta Chevy el claro que había entre los arbustos para dejarla oculta tras los árboles.

-No te muevas, Leo -oyó que Yost le decía a Brunner-. Voy a bajar.

Malone miró hacia atrás y vio que Yost abría por primera vez la portezuela de la camioneta.

Momentos después Yost, seguido de Shively, apareció frente a la camioneta para indicarle a Malone la mejor forma de aparcarla de tal manera que no resultara visible.

Malone efectuó las correspondientes maniobras y la ocultó detrás de una pantalla de árboles.

Tras apagar el motor y guardarse las llaves en el bolsillo, descendió y empezó a aplicarse masaje a las pantorrillas.

Después ayudó a los otros a cubrir con la lona verde la parte frontal de la camioneta y a recoger ramas, hojarasca y tierra para camuflar la lona que protegía la cubierta del motor. Al terminar, Yost se dirigió hacia la parte de atrás.

-Ahora viene la operación del "habeas corpus" o como queráis llamarla -dijo Yost-.

Lo único que nos queda por hacer ahora es trasladar el cuerpo de un vehículo a otro y llevárnosla a la suite real.

Por unos instantes Malone se sorprendió de aquella referencia indirecta a Sharon Fields.

Casi había olvidado que eran cinco y no cuatro.

Desde que habían dejado atrás Arlington y en el transcurso de la media hora que llevaban en las Gavilán Hills, Malone se había casi olvidado del propósito de aquel viaje.

Se había concentrado tanto en aquella zona tan áspera y remota, se había esforzado tanto por grabarse en la memoria el camino que no había tenido tiempo de pensar en la carga que llevaban.

Y volvió a pensar en la emoción que ya había vivido y en la que vivirían por la noche.

Yost le estaba diciendo a Shively:

-¿Por qué no acercas un poco más el cacharro, Shiv? Nosotros tres la subiremos y tú conducirás.

-Vaya, hombre, y yo que pensaba que iba a poder tocarla un poco -dijo Shively-. Muy bien, voy a acercarme un poco.

Yost abrió después de par en par la portezuela trasera de la camioneta.

Malone parpadeó y comprendió que no había mirado a Sharon desde las siete y diez de aquella mañana, hora en que la habían anestesiado e introducido en la camioneta.

Allí estaba, tendida de lado sobre la raída alfombra de pelo que cubría el pavimento del vehículo, con Brunner sentado incómodamente detrás suyo.

Brunner la estaba mirando y ahora levantó los ojos.

-No ha movido ni un solo músculo desde que le hizo efecto la inyección.

-¿No le sucederá nada, verdad? -preguntó Malone un poco inquieto.

-No.

El pulso le late con regularidad. Está inconsciente y aún lo estará un buen rato. -Brunner suspiró-. Incluso en estas condiciones es una auténtica preciosidad. -Se detuvo-. Me gustaría que hubiéramos podido trabar conocimiento con ella de otra forma.

-No te preocupes por eso -le dijo Yost con impaciencia-.

Andando. En cuanto Shiv acerque el cacharro, la trasladaremos al mismo. Tú, Leo, te sentarás en uno de los asientos de atrás. Adam y yo la levantaremos y Adam se acomodará después en el otro asiento.

Vosotros dos la sostendréis sobre vuestras rodillas. Yo me sentaré delante al lado de Shiv.

-¿Cuánto tardaremos? -preguntó Brunner.

-¿En llegar al escondite? No mucho.

El terreno es un poco duro pero la distancia es muy poca.

Tardaremos un cuarto de hora o veinte minutos todo lo más.

Muy bien, ahí viene Shiv. Levántala.

-Sosténla con cuidado -dijo Malone.

El proceso del traslado de Sharon Fields desde la camioneta Chevrolet al cacharro de ir por las dunas se desarrolló con suavidad y sin incidentes.

Yost sacó de la camioneta una caja de provisiones dejando el resto para su segundo viaje, y a los pocos minutos se dispusieron a cubrir la última y breve etapa del viaje.

Malone permanecía rígidamente sentado en la parte de atrás sosteniendo la cabeza de Sharon con un brazo y su cintura con el otro.

Las caderas y piernas de ésta descansaban sobre las rodillas de Brunner.

Fue un viaje lleno de baches y sacudidas.

El áspero camino, comparado con el cual los anteriores caminos hubieran podido parecer autopistas, era tan estrecho que a duras penas bastaba para el cacharro de ir por las dunas.

Era tortuoso y empinado y en distintos puntos había sido muy someramente aplanado.

Fueron zigzagueando a través de la montaña cubierta de maleza y al cabo de unos quince minutos emergieron a una zona más ancha y llana.

-Al otro lado -le recordó Yost a Shively.

Siguieron avanzando por la reseca tierra.

Malone estrechaba a Sharon entre sus brazos. Se había olvidado del paisaje y del lugar al que se dirigían..Mantenía los ojos clavados en un increíble rostro que no estropeaban siquiera las dos anchas tiras de gasa esterilizada que le cubrían los ojos y la boca.

Se había guardado sus gafas en el bolsillo de la camisa y seguía contemplando sus reposadas y lisas facciones sumidas en el sueño de la inconsciencia.

Sus ojos se desplazaron involuntariamente hacia los temblorosos montículos de su busto cubiertos por la blusa de punto, pero Malone los apartó inmediatamente como si se avergonzara. Sabía que el corazón le estaba latiendo con fuerza y se le había empezado a hinchar el miembro y estaba avergonzado de sí mismo y procuraba pensar en la situación de Sharon y en la necesidad que ésta tendría de él y de su dulce amor.

Cuánto había ansiado el momento en que los labios de ambos se encontrarían y él la estrecharía en sus brazos y ella se sometería de buen grado a su afecto y a sus caricias. Entonces la idea volvió a cruzar rápidamente por su imaginación.

No era una mujer hermosa cualquiera. Era Sharon Fields en persona, en carne y hueso entre sus brazos, entre los brazos de Adam Malone. Todo el mundo la deseaba. Y era él, Adam Malone, quien la estaba estrechando en sus brazos en aquella solitaria meseta. La magnitud del acto que acababa de llevar a cabo se le antojó increíble y pavoroso.

-Muy bien, chicos -oyó que decía Shively-, ahí lo tenéis.

Estaban bajando lentamente por una suave ladera en dirección hacia un valle y allí a la derecha, parcialmente debajo de una roca granítica y con otra roca al otro lado, se encontraba el refugio. Estaba situado en una especie de hueco escondido entre un bosque de nudosos robles y con un riachuelo que discurría muy cerca.

A través de las ramas sólo resultaban visibles algunas partes de la achatada edificación de piedra y roca. Pero, al rodear Shively los árboles para salir a la zona arenosa, apareció ante su vista toda la casa y ésta se le antojó a Malone más bonita y, al menos por fuera, más primitiva de lo que se había imaginado.

El cacharro se detuvo frente a los peldaños de madera y el pequeño porche que conducía a la entrada principal. Habían llegado a Más a Tierra.

Shively se volvió.

-Llevémosla dentro, muchachos. La cama está aguardando.

Con la ayuda de Shively, Malone y Brunner levantaron el inerte cuerpo. Mientras Shively abría la puerta con la llave que le había entregado Yost, Malone y Brunner subieron los peldaños y atravesaron el porche cruzando la entrada y pasando al pequeño vestíbulo.

Después giraron a la izquierda siguiendo a Shively por un pasillo que conducía al dormitorio principal. Shively abrió la puerta del mismo.

-Dejadla en la cama -les ordenó-. Voy a meter todas las cosas dentro. Volveré en seguida y os echaré una mano para atarla.

-Ya nos las apañaremos -dijo Malone sosteniendo cuidadosamente a Sharon por las axilas y caminando de espaldas a la puerta.

Shively se apartó a un lado para que Malone y Brunner pudieran pasar.

-Sí -murmuró contemplando a Sharon-, vale la pena. Le guiñó un ojo a Malone y se alejó silbando para sacar las provisiones del cacharro antes de que Yost lo dejara aparcado en el cobertizo que había a la derecha del refugio.

Al entrar en el dormitorio principal, Malone se sorprendió de sus inesperadas dimensiones, de su comodidad y del tamaño del Lecho Celestial.

La cama era una moderna reproducción de una vieja cama de latón del siglo XIX, con altos parales a ambos lados de las barras de latón de la cabecera. No había colcha, simplemente dos almohadas bien embutidas y una manta de lana rosa sobre las limpias sábanas blancas.

Depositaron suavemente a Sharon Fields sobre la cama, la colocaron en medio en posición supina, con la cabeza descansando sobre una de las almohadas.

Malone la examinó, le alisó la melena rubia, le quitó el pesado collar del colgante y lo colocó sobre la mesilla y le abrochó uno de los botones de la blusa blanca de punto.

Mientras la colocaban en su sitio, se le había levantado un poco la falda de cuero beige, dejando al descubierto una pequeña mancha de nacimiento que tenía en un muslo. Malone tiró discretamente de ella y, al rozarle suavemente la piel con los dedos, advirtió que un cálido, hormigueo le recorría todo el cuerpo.

Brunner guardaba silencio y parpadeaba incesantemente.

-Me parece que estaría más cómoda sin las botas, ¿no crees? -preguntó.

Malone dudaba.

La idea de quitarle cualquier prenda estando ella inconsciente le preocupaba. Y, sin embargo, puesto que se hallaba tendida en la cama, era una estupidez no quitarle el engorroso calzado.

-Sí, creo que debiéramos descalzarla. Tú le quitarás la izquierda y yo le quitaré la derecha. Me parece que tienen cremalleras a los lados.

Le bajaron las cremalleras de las botas, se las quitaron y la dejaron descalza. Ahora había llegado el momento de dar el paso que más desagradaba tanto a Malone como a Brunner. Brunner miró preocupado a Malone y habló el primero.

-¿Tenemos que atarla? Eso es lo que menos me gusta. Menos todavía que el secuestro. Ahora sí que parece un verdadero secuestro, como si la retuviéramos a la fuerza.

Malone vaciló de nuevo.

Pero sabía que tenían que hacerlo.

-No tenemos más remedio. Lo acordamos de antemano. Si no lo hacemos nosotros, sabes que lo harán los demás.

-Supongo que sí.

-Tengo la cuerda en la bolsa. Voy por ella -dijo Malone saliendo al pasillo.

A través de una ventana que daba al porche y a la zona arenosa que se abría ante el bosquecillo de robles, pudo ver a Shively junto al cacharro llenando el depósito de éste por medio de un bidón mientras hablaba con Yost, que ahora se encontraba sentado al volante.

Malone se dirigió a la entrada, donde aparecían acumuladas todas sus pertenencias. Encontró su bolsa entre todo un montón de maletas, bolsas de plástico y paquetes. La recogió y se dirigió de nuevo al dormitorio principal.

Rebuscando en la bolsa, Malone encontró dos trozos de cuerda que previamente había sido cortada a la medida adecuada. Sacó también dos tiras de tela que habían arrancado de una sábana. Le arrojó al apenado Brunner una de las cuerdas y una tira de tela.

-Pongamos manos a la obra, Leo.

-No vuelvas a llamarme por mi nombre.

-Perdona.

Cada cual tomó uno de los brazos de Sharon, envolvió la muñeca de ésta con una tira de tela para no causarle daño y después se la ató con la cuerda. Después le extendieron los brazos atando los otros extremos de las cuerdas a los pilares de la cama.

-No la dejes muy tirante -dijo Malone-. La cuerda no debe estar muy tensa. Tiene que ceder un poco para que pueda cambiar de posición si lo desea.

-Sí -dijo Brunner con un hilo de voz.

Terminaron en seguida. Se intercambiaron el sitio y cada cual comprobó el trabajo del otro y se mostró satisfecho.

-Mira -dijo Brunner-, me parece que podríamos considerarlo desde otro punto de vista. Una vez a mi mujer la operaron en el hospital y, para administrarle unas inyecciones intravenosas, tuvieron que atarle los brazos a las barandillas de la cama. Estaba inquieta y se movía sin cesar y lo hicieron para protegerla. En los hospitales suelen hacerlo.

-Creo que podríamos considerarlo desde ese punto de vista -dijo Malone-. Lo de atarla es sólo temporal. Para facilitar las cosas hasta que ella sepa por qué lo hemos hecho y se muestre dispuesta a colaborar. Entonces podremos desatarla.

-Tal vez esta tarde.

-Pues claro que sí -dijo Malone.

Contempló una vez más el cuerpo inmóvil de Sharon-. Me parece que no hay motivo para que sigamos manteniéndola con los ojos vendados y amordazada.

-La gasa de la boca se la podemos quitar -dijo Brunner-. Aunque gritara, estamos tan lejos que nadie podría oírla.

Se inclinó hacia Sharon, despegó una esquina de esparadrapo y le quitó suavemente la gasa que le cubría la boca. Sharon empezó inmediatamente a respirar con normalidad.

-¿Y la venda de los ojos? -preguntó Malone.

Antes de que Brunner pudiera responder, entró Shively en la estancia seguido de Yost.

-Vaya, chicos, habéis estado trabajando mucho -dijo Shively-. La tenéis muy bien atada.

Yost se acercó a la cama.

-Es la bella durmiente -dijo en un susurro.

-Estábamos pensando quitarle la venda de los ojos -dijo Brunner.

-No sé -dijo Shively-¿Qué te parece, Howie?

-Estoy pensando una cosa -dijo Yost-. Si le dejamos la venda en los ojos, jamás podrá saber quiénes somos. Aunque, hayamos cambiado de aspecto.

Malone decidió intervenir.

-Soy totalmente contrario a dejarle la venda. Cuando despierte y compruebe que le han vendado los ojos, se asustará mucho. Bastante se asustará de verse atada para que encima no pueda ver con quién está. No hay nada más aterrador que lo desconocido.

Si ve dónde está y con quién está, si ve que somos unos tipos normales y no unos criminales, tendremos mayores posibilidades de gustarle y de que acceda a colaborar con nosotros.

-Tienes razón -reconoció Yost-, si bien con toda esta pelambrera en la cara, no estoy muy seguro de que le parezcamos normales.

-Tú estás muy bien -le aseguró Malone-. Y ella sólo podrá recordar el aspecto que ofrecemos ahora. Cuando todo haya terminado y hayamos regresado a Los Ángeles sin bigotes, barbas ni disfraces, ella no podrá reconocernos.

Voto a favor de que le quitemos la venda de los ojos. Queremos que nos vea, que se sienta a gusto a nuestro lado. De eso se trata precisamente.

-Creo que el muchacho tiene razón -les dijo Shively a los demás.

Yost se acarició el bigote falso.

-Me parece bastante lógico.

-Yo estoy de acuerdo con lo que decidáis -dijo Brunner.

-Muy bien -dijo Malone.

Se inclinó hacia Sharon Fields y arrancó con sumo cuidado los extremos del esparadrapo que mantenía adherida la gasa y después apartó ésta. Los párpados de Sharon Fields se movieron pero no se abrieron.

Shively se estaba mirando el reloj.

-Yo tengo las diez menos cuarto -dijo mirando a Brunner-. Tú eres nuestro cerebro médico, amigo. ¿Cuánto tardará en recobrar el conocimiento?

-Bueno -repuso Brunner-, basándome en lo que he leído en la "Home Medical Guide" y en mis experiencias de las hospitalizaciones de mi mujer y mi cuñada, yo diría, teniendo en cuenta la cantidad total de anestesia que se le ha administrado, le administramos dos veces cloroformo y después una inyección de luminal de sodio.

-No hace falta que me lo digas -le interrumpió Shively impacientándose-, ya sé lo que le hemos administrado. Tú dime cuándo va a despertarse.

-Un cálculo aproximado serían seis horas. Yo creo que recobrará el conocimiento hacia las cuatro de la tarde, pero tal vez esté todavía un poco aturdida. Hacia las cinco yo creo que habrá recobrado totalmente el conocimiento.

-¿Tanto rato? -preguntó Shively sin disimular su enfado-. Maldita sea, ¿quieres decir que tendremos que esperar tanto rato para empezar?

-¿Para empezar qué? -le preguntó Malone.

-A acostarnos con ella, atontado -repuso Shively mirándole-. ¿Para qué crees que hemos venido? ¿Para ganarnos unas malditas medallas de "boy-scouts" al mérito deportivo por habernos jugado el tipo por los bosques y montañas?

-¿No quieres darte por vencido, verdad, Kyle? -le preguntó Malone-. Sabes muy bien que no le pondremos las manos encima contra su voluntad. Empezaremos cuando ella nos diga que empecemos y no antes. ¿Te lo quieres meter en la cabeza, Kyle?

-Muy bien, muy bien, "boy-scout". O sea, que el plan de batalla es que primero hablemos con ella. Cuando recobre el conocimiento, no perdamos el tiempo. Entraremos allí y se lo diremos inmediatamente.

-No te preocupes -le prometió Malone-. Cuando Sharon haya recobrado totalmente el conocimiento, hablaremos con ella. Mantendremos con ella una larga conversación.

-Muy bien -dijo Shively dirigiéndose hacia la puerta-. Es decir, que disponemos de tiempo libre hasta las cuatro o las cinco de la tarde. No sé vosotros pero yo tengo apetito. Nos hará falta toda nuestra fuerza. Vamos a prepararnos un poco de comida.

Yost y Brunner siguieron a Shively, pero Malone se quedó en el dormitorio resistiéndose a marcharse.

Se dirigió hacia los pies de la cama y contempló aquel rostro y aquel cuerpo tan conocidos, sumidos ahora en un profundo sueño.

Se le antojaba la reencarnación de la hija de Leda engendrada por Zeus y su rostro enmarcado por la suave cabellera rubia debía ser sin lugar a dudas como aquel que Christopher Marlowe había visto, "el rostro que lanzó a los mares mil barcos y prendió fuego a las torres de Ilión".

Bajo la ajustada blusa de punto el busto se elevaba y descendía siguiendo un ritmo regular.

Allí descansaba la esbelta figura de proporciones perfectas enfundada en una breve falda de cuero con las largas piernas juntas, la mujer soñada de todos los hombres.

Sharon Fields.

El pasado se había mostrado remiso en ofrecer una diosa de semejantes atributos. Por lo general, la historia solía limitarse a regalar a cada nueva generación una sola belleza deslumbrante, un único ser sexual.

En otros tiempos habían existido mujeres cuya desnudez conocíamos ahora en la Venus de Milo, la Maja Desnuda, la Olympia, la mujer de la "Mañana de Septiembre".

En otros tiempos había habido una Ninon, una O'Murphy, una Pompadour, una Duplessis. Habían enardecido la fantasía de los hombres una Duse, una Nazimova, una Garbo, una Harlow, una Hayworth, una Taylor, una Monroe.

Ahora, por encima de todas las mujeres de la tierra, estaba Sharon Fields. Durante muchos años ésta había sido para Malone una sombra de una lejana pantalla de la que sólo podía gozar de lejos y en comunidad con millones de adoradores de todos los continentes del globo.



Librodot

Durante ciento y una noches a lo largo de muchos años, Malone, había permanecido sentado en la oscuridad de los locales cinematográficos siguiendo todos los movimientos de la imagen bidimensional de la pantalla en la que Sharon Fields había sido "El espectro de los ojos verdes, Querida Nell, El presidente con faldas, Madeleine Smith, La camelia blanca, Pequeño Egipto, La divina Sarah, La muchacha de Bikini Beach".

Había sido tan incorpórea como un fantasma, tan irreal como una sirena, tan fugaz como un deseo. Y, sin embargo, gracias a su visión de lo que podría llegar a ser posible, gracias a su afortunado experimento de alquimia, había logrado convertir a aquella tenue figura de la fantasía en una mujer de carne y hueso tendida en una cama y al alcance de su mano.

Ninguna otra satisfacción hubiera podido superar a la que estaba experimentando en aquellos momentos.

Sólo había una cosa que estropeaba la escena. Experimentaba como una especie de punzada de dolor y remordimiento por verla en aquel estado, una diosa derribada y atada a unos pilares de metal como la más vulgar prisionera y esclava. Era mucho más que eso y se merecía mejor trato y, sin embargo no había habido más remedio.

Procuró aliviar los escrúpulos de su conciencia diciéndose a sí mismo que aquella condición sería transitoria. A media tarde se despertaría, les vería, les escucharía, se disiparían sus temores, apreciaría la honradez de sus intenciones y la admiración con que la distinguían.

Sus motivos y su valor les convertirían a sus románticos ojos en Robín Hood y sus Alegres Compañeros. Y entonces la librarían de sus ataduras. Se mostrarían con ella muy atentos y la harían objeto de los honores que se merecía. Y gozarían juntos de aquella singular aventura.

Malone esbozó una sonrisa al imaginarse el inmediato futuro que les aguardaba con Sharon. Estaba seguro de que lograría alcanzar todo lo que siempre había soñado.

Apartando los ojos de la cama prestó por primera vez atención a todos los detalles de la alcoba, ésta poseía techo de vigas descubiertas, paredes revestidas de tableros, de madera y pavimento de baldosas y había gruesas alfombras de pelo a ambos lados de la cama y a los pies de una tumbona.

Malone se dirigió a la puerta para poder admirar el dormitorio principal desde la entrada. A la derecha había unos armarios empotrados, uno para ropa blanca y otro para prendas de vestir, después un tocador con espejo y a continuación la puerta del cuarto de baño.

Entre el cuarto de baño y la cama había una ventana con unas cortinas parcialmente corridas que dejaban al descubierto las tablas de madera que cerraban su hueco.

A la izquierda de Malone había una tumbona, una mesa de café con superficie de cristal, dos sillones con cojines y una lámpara de pie. Detrás, otra ventana cubierta también con unas tablas de madera que resultaban visibles desde ambos lados de las cortinas.

En la misma pared, un espejo de metro cincuenta de altura. Al lado de los pilares de la cama había dos mesillas de noche, en una de las cuales se observaba una lamparilla de lectura.

Colgado de la pared por encima de la cama -Malone se sorprendió de no haberse dado cuenta antes-había un grabado a todo color bellamente enmarcado de Currier e Ives que representaba un paisaje de Nueva Inglaterra.

Teniendo en cuenta el desolado emplazamiento del refugio, la estancia resultaba asombrosamente armoniosa, cómoda e incluso agradable, de tal forma que no desdiría en absoluto de la presencia de su célebre ocupante.

Malone recordó satisfecho el contenido de su bolsa de lona. Tomó la bolsa, la colocó sobre la mesa de superficie de cristal y empezó a extraer de la misma los artículos que le había comprado a Sharon Fields: cepillo de dientes, dentífrico, peine, cepillo para el cabello, jabón, una caja de píldoras anticonceptivas, la gelatina lubrificante KY, el tubo de Preceptin, tres diafragmas, una bolsa de irrigaciones, lociones para el cutis y el cuerpo, pañuelos de papel, Tampax.

Lo trasladó todo al bien iluminado cuarto de baño y lo guardó en el armario que había sobre la pila. En el suelo, al lado de la cama, Malone colocó unas baratas sandalias de tiras para que Sharon las utilizara en calidad de zapatillas.

Encima de una mesilla depositó su viejo despertador de viaje, y un vaso de papel encerado con agua. En un cajón del tocador guardó el camisón tipo toga cuidadosamente doblado.

Le había comprado seis libros de edición de bolsillo. Había previsto que necesitaría variar de diversiones y había examinado los recortes correspondientes a sus entrevistas y declaraciones para averiguar cuáles eran sus escritores preferidos.

Le había comprado una selección de novelas de Albert Camus, Thomas Mann, Franz Kafka, William Faulkner y James Branch Cabell y una colección de obras de Moliére. Tras depositarlos sobre la mesa del tocador les añadió tímidamente un séptimo volumen perteneciente a su biblioteca particular, considerando que tal vez a ella le interesaría saber dónde tenía la cabeza su admirador.

Pensaba, además, que aquella obra resultaría muy apropiada para una situación romántica. Se trataba de "Ars Amatoria" -El arte de amar-de Ovidio.

Al terminar, Malone extrajo de la bolsa una carpeta que contenía algunas de las más atrevidas y recientes entrevistas de Sharon Fields. Tras dejar la carpeta sobre la mesa de cristal, Malone se acercó una vez más a los pies de la cama.

Sharon no se había movido ni un ápice. Respiraba con normalidad, perdida en una profunda inconsciencia. Su pasión hacia ella jamás había sido tan intensa. Le costaría mucho apartarse de su presencia.

Y, sin embargo, transcurrirían muchas horas antes de que pudieran trabar conocimiento. Por ello, tras una pausa de silenciosa admiración, decidió dejarla sola para que siguiera durmiendo bajo los efectos del narcótico.

Tomando la bolsa de lona en la que guardaba algunos libros para su uso personal y su diario particular, abandonó el dormitorio principal cerrando suavemente la puerta tras sí. Se dirigió por el pasillo hacia la entrada principal con el propósito de recoger una pequeña maleta que contenía otros efectos personales suyos y que Yost y Shively habían trasladado al refugio en el transcurso de uno de sus anteriores viajes.

Después, cuando hubiera deshecho la maleta, se dedicaría a recorrer el interior y el exterior de Más a Tierra. A la izquierda, frente a la puerta, estaba el espacioso salón, una bonita estancia con techo de vigas al igual que el dormitorio principal, paredes revestidas de tableros de madera de cerezo natural, pavimento de grandes ladrillos mexicanos y gran cantidad de alfombras de vistosos colores.

Había al fondo una gran ventana y una chimenea de imitación adobe, mientras que adosada a otra pared, había una consola de nogal que probablemente hacía las veces de aparador. Bajo la lámpara de hierro forjado que colgaba de la viga central había un sofá de cuero marrón frente a tres sillones tapizados a cuadros escoceses y una rústica mesita de madera que hacía las veces de mesita de café.

A la derecha de Malone se observaba la arcada que daba acceso al comedor, en el que Yost estaba poniendo la mesa. La puerta oscilante de la cocina aparecía abierta y Malone escuchó las voces de Shively y Brunner.

Malone atravesó el salón, pasó junto al aparato de televisión y la banqueta que había frente al mismo y se dirigió a otra estancia que había a la derecha. Se trataba de la habitación de los niños de la que Malone ya había oído hablar y allí encontró dos literas y el equipaje de Shively y Yost.

Buscando su habitación y su maleta, Malone cruzó esta estancia, abrió otra puerta y descubrió que ésta daba acceso a otro cuarto de baño, bastante espacioso, que probablemente compartirían quienes ocuparan la habitación adyacente.

Malone abrió la puerta que había en la pared del fondo y se encontró con una especie de cuarto de trabajo. Las herramientas pertenecientes a Vaughn, el propietario de la vivienda, habían sido apartadas a un lado, y cubiertas con un lienzo.

Sobre una raída alfombra se observaban dos sacos de dormir y junto a éstos la bolsa de Brunner y la estropeada maletita de Malone. En esta habitación había otras dos puertas.

Malone dejó en el suelo la bolsa de lona y las abrió.

Una de ellas daba directamente acceso al cobertizo de los automóviles, donde pudo ver aparcado el cacharro de ir por las dunas, y la otra daba acceso a la cocina, que estaba situada en la parte delantera de la vivienda pero disponía de una puerta de servicio que daba al patio que había a la derecha.

Mirando hacia la cocina, Malone comprobó que sus compañeros se habían reunido en el comedor y estaban comiendo.

Echó un último vistazo a su dormitorio provisional. Entre dos máquinas de carpintería había una cómoda sin pintar. Habían vaciado los tres cajones de la misma. Malone decidió adueñarse del primero.

Abrió la maleta y empezó a deshacerla colocando en el cajón sus camisas, calcetines y calzoncillos. Dobló el otro par de pantalones que se había traído y lo colocó sobre el escritorio, después colgó el jersey y la chaqueta de pana utilizando una percha que había y dejó en el suelo junto a la cómoda sus botas de montaña.

Estudió por última vez su habitación temporal -habían acordado que él y Brunner cambiarían de dormitorio con Shively y Yost al llegar la segunda semana-y le pareció que ya lo había hecho todo.

Ya se había instalado a todos los efectos y se disponía a iniciar unas idílicas vacaciones.

Se dirigió a la cocina. Acababan de utilizarla, dado que se olía todavía a tocino frito. Malone examinó los armarios; vio que estaban muy bien provistos y se alegró de comprobar que había más piezas y utensilios que en su propio apartamento de Santa Mónica.

Posó la mirada en la cocina eléctrica y se preguntó cuánto tardaría Sharon Fields en acceder voluntariamente a guisar para ellos, jugando a la señora casada en aquella cocina. Perdido en sus ensueños de Sharon, Malone decidió despertar y reunirse con sus compañeros.

En el comedor Shively ya se había terminado el zumo de naranja y había empezado a comerse la doble ración de huevos con jamón.

Brunner se hallaba sentado frente a él mordisqueando relamidamente una rebanada de pan integral con mantequilla.

Yost estaba enchufando el aparato de televisión portátil que Brunner había prestado a la expedición. Lo colocó sobre la mesa y siguió comiendo con una mano mientras con la otra pulsaba el botón. Empezaron a escucharse los sonidos de un serial.

-El sonido no es muy bueno -dijo quejándose-y, fijaos, la recepción de la imagen es muy borrosa.

-Puedo conectar el aparato con la misma antena del aparato del salón y entonces la recepción será mejor -dijo Shively.

-No te preocupes -dijo Yost apagando el aparato y concentrándose en la comida-. Ya tenemos el otro. Y, si quieres ver otra cosa, el sonido de éste me bastará para escuchar por lo menos los partidos de béisbol.

-¿Los partidos de béisbol? -preguntó Shively indignado-. ¿Es que acaso piensas que dispondremos de tiempo para eso?

-Sé razonable, Shiv -le dijo Yost-. Aunque tengamos aquí a Sharon Fields no hay hombre que pueda pasarse todo el rato en una alcoba.

-Tú tal vez no, amigo -dijo Shively-, pero yo sí puedo porque ya lo he hecho en otras ocasiones. En el transcurso de estas vacaciones me he propuesto hacer dos cosas. Dormir y hacer el amor.

No es mala combinación. Ocho horas para dormir y dieciocho para hacer el amor. Fijaos quién está aquí. ¿Dónde has estado, Adam?

Malone entró en el comedor y acercó una silla a la mesa.

-Arreglando la habitación de Sharon.

-Ya me lo imagino -dijo Shively sonriendo-, me imagino que no habrás hecho más que eso. ¿Estás seguro de que no le has echado un vistazo y la has manoseado un poco aprovechando que está dormida?

-Bien sabes que no -repuso Malone con cierto matiz de enfado.

-¿Está todavía inconsciente? -preguntó Yost.

-Completamente -repuso Malone.

-Esta noche ya la calentaremos -dijo Shively.

Señaló a Brunner con el tenedor-.

¿Qué dices, Leo? ¿Estás dispuesto a meterle el hueso mientras Howie vea los partidos de béisbol? El juego que a nosotros nos importa es el de acostarnos con ella, ¿no es cierto, Leo?

-Acordamos no utilizar nuestros nombres en voz alta -le recordó Brunner.

-Tranquilo, hombre -le dijo Shively-. Nada de nombres cuando estemos con ella. De acuerdo. Pero cuando estemos más solos.

-Es para acostumbrarnos, para que no se nos olvide.

-Bueno, bueno -dijo Shively. Pero todavía no me has dicho cuál es el juego que más te interesa. No me digas que no estás pensando en esta mujer.

-No diré que no haya pensado en la señorita Fields, -contestó Brunner esbozando una débil sonrisa-. Pero, si quieres que te diga la verdad, sigo pensando en lo que hemos hecho esta mañana. ¿Creéis que nos habrá visto alguien?

-Pues claro que sí -contestó Shively alegremente-, nos ha visto el perro, pero ése no habla.

-Cuando la echen en falta -insistió Brunner-, ¿no recorrerán el jardín para descubrir si ha habido juego sucio?

-¿Y qué? ¿Qué van a encontrar?

-Pues, que han tocado la verja.

-La he vuelto a arreglar -dijo Shively.

-Pero la caja, has roto el candado de la caja que contiene el motor. ¿No se darán cuenta?

-Tal vez. Pero ¿y qué? No podrán demostrar nada. Por estos barrios siempre hay gamberros que rompen cosas. No, Leo, lo hemos hecho y no hemos dejado ninguna huella. Estamos a salvo.



Librodot

-Tal vez alguien recuerde la leyenda que has pintado en la camioneta -dijo Brunner preocupado-. ¿Y si la cambiaras por si acaso? ¿Y si la quitaras y pintaras el nombre de otra empresa?

-No es mala idea, Shiv -dijo Yost.

-Muy bien, si Sharon me permite un día que me separe de sus brazos, lo haré. -Shively apartó a un lado el plato vacío y se miró el reloj-. Son poco más de las once. Nos faltan todavía seis horas.

Santo cielo, me fastidia perder tantas horas de amor. Os digo que, cuando despierte, estaré dispuesto a zambullirme. Menuda sesión va a ser. -Le dirigió a Yost una sonrisa-..Tú quédate viendo los partidos de béisbol, Howie, que yo jugaré a lo mío. Me lanzaré corriendo y marcaré un tanto.

Malone se removió en su silla.

-Kyle, bromas aparte, cuando despierte de la anestesia, tendremos que darle tiempo a que se recupere y se oriente. Después tendremos que hablar con ella. No estoy muy seguro de que nos sea tan fácil. Tal vez tardemos uno o dos días.

-Está bien, mamá, le daremos a tu niña todas las oportunidades -dijo Shively-. Teniendo en cuenta el bocado que me aguarda, estoy dispuesto a esperar un poco.-Se levantó y tomó su plato-. ¿No vas a comer?

-Ahora no -contestó Malone-, no tengo apetito.

El rostro de Shively se contrajo en su habitual mueca lasciva. -Ya te entiendo. Ya sé lo que quieres comer. -Se dirigió hacia la cocina-. Yo, en cambio, voy a servirme un poco más.

-Y yo creo que voy a salir a tomar un poco el aire y a poner al día el diario -dijo Malone.

Shively se detuvo junto a la puerta de la cocina.

-¿Diario? -preguntó mirando a Malone a la cara-. ¿Qué es eso? ¿Acaso estás escribiendo un diario y anotando lo que sucede?

-No es eso exactamente.

-¿Entonces qué es exactamente? ¿Estás chiflado o qué? Porque si pones por escrito lo que estamos haciendo y lo que nosotros...

-No te preocupes -dijo Malone-. No debes preocuparte. Soy escritor y escribo mis ideas y pensamientos. Hay ciertas referencias a nuestras actuales actividades pero en términos de lo más vagos y generales. Y no menciono ningún nombre.

-Bueno, muchacho, será mejor que te asegures bien, porque si escribes alguna idiotez que más tarde pueda llegar hasta las manos de alguien, es como si nos estuvieras preparando un nudo corredizo a todos, tú incluido.

-Te he dicho que no te preocupes, Kyle. No soy aficionado a la autodestrucción. Y por nada del mundo correría un peligro ni os haría correr uno a vosotros. Tranquilízate.

-Procura no mencionar nombres en lo que escribas -le advirtió Shively desapareciendo en el interior de la cocina.

Malone se encogió de hombros mirando a los otros dos y abandonó la estancia. Tenía intención de poner al día el cuaderno de notas pero su discusión con Shively a propósito del diario le había puesto de mal humor y ya no le apetecía trabajar en ello.

Consideró la posibilidad de escribir el diario para fastidiar a Shively, pero venció la razón. Exhibir el diario ante el tejano sería como agitar un lienzo rojo ante un toro. Y provocaría una escena desagradable.

Suscitar deliberadamente una disensión entre los compañeros el primer día de la aventura no era en modo alguno deseable. Malone abrió la puerta, salió, se detuvo bajo el porche y aspiró el aire fresco gozando del espectáculo de aquel escenario tan primitivo.

El cielo se había aclarado, el sol había salido parcialmente y una cálida brisa estival azotaba la camisa de Malone. Pensó en la posibilidad de dar un paseo por la zona para conocerla un poco.

A excepción del terreno llano que había frente a la casa, todo lo demás era áspero y majestuoso. Malone decidió que no era oportuno dar paseos.

Una noche casi en blanco y la gran tensión del acto que habían llevado a cabo por la mañana le habían dejado agotado y sin fuerzas.

Lo único que se le antojaba apetecible en aquellos momentos era la tumbona de madera de secoya con la prometedora colchoneta azul que alguien había sacado al porche.

Malone se dejó caer en ella, y después se tendió subiendo las piernas. Se estuvo un buen rato contemplando las copas de los árboles sin prestarles atención. Se estaba mirando por dentro.

Se preguntó por qué no sentiría en aquellos momentos más alegría de la que experimentaba por haber logrado alcanzar un objetivo tan largo tiempo deseado. Pocos eran los seres humanos, que podían ver cumplidos sus deseos.

Y, sin embargo, su sueño más deseado yacía tendido en la cama de una habitación muy cerca de él. ¿Dónde estaba el éxtasis? Mientras su cerebro iba filtrando las posibles respuestas, se detuvo en una de ellas y comprendió intuitivamente que se trataba de la respuesta a su falta de entusiasmo.

En todos sus pasados ensueños, había evocado imágenes de Sharon y él a solas, los dos juntos y solos en aquella situación. En sus fantasías no había nadie, ni desconocidos ni que se interpusieran en su idilio. Y, por otra parte, jamás hubiera dado cabida en sus ensueños a alguien tan vulgar y grosero como Kyle Shively y ni siquiera a nadie tan anodino como Leo Brunner o tan corriente como Howard Yost.

Y, sin embargo, allí les tenía. Sí, su sueño se había convertido en realidad, pero ello no había ocurrido tal como él se había imaginado. En el transcurso de las primeras semanas de preparativos y proyectos, no le había importado la presencia de sus tres compañeros.

Es más, siempre había sabido que precisaría de colaboradores. Al encontrarlos, se afianzó su confianza en el proyecto y los utilizó en calidad de bestias de carga al objeto de que le allanaran el camino hacia Camelot.

Reconocía que durante aquellas semanas les había considerado unos simples amigos que le estaban echando una mano al objeto de que él pudiera conseguir su propósito. En sus sueños y deseos, ellos no iban a acompañarle en el transcurso de su luna de miel con Sharon.

Se quedarían atrás, claro, y después, en el etéreo castillo de nubes, no estarían más que Sharon y él con su amor y su idilio de vacaciones. Y el sueño se había hecho realidad.

Pero no se había producido la huida con Sharon dejando atrás a los demás. Y lo peor era que tendría que compartir su amor con tres entrometidos que no eran dignos de gozar de aquella mujer y de aquel sueño.

Ella estaba allí y él también, pero también estaban los intrusos. Se imaginaba que esto último era el precio que cobraba la realidad a aquellos que se atrevían a poner en práctica sus sueños, éste era el único factor que le impedía experimentar alborozo.

Intentó reflexionar acerca de la realidad. Intentó consolarse pensando que no hubiera podido llevar a efecto aquel complicado plan sin la ayuda de otras personas.

Por consiguiente, sin la colaboración de los demás, Sharon Fields no estaría en aquellos momentos en el dormitorio. Con la ayuda de los demás, podría gozar por lo menos de una

parte del amor de Sharon, tal vez de la parte más grande, superior a un cuarto, porque ella sabría comprender de inmediato que de los cuatro, sólo él, Adam Malone, era digno de su amor.

Comprendería en seguida que era el que más la apreciaba, respetaba y amaba y el único que era digno de su amor. Era imposible que no reaccionara adecuadamente.

Mientras reflexionaba, Adam Malone se había ido adormeciendo poco a poco. Cerró involuntariamente los pesados párpados. En la oscuridad de sus pensamientos vio a Sharon y se vio a sí mismo desnudo dirigiéndose hacia ella, que mantenía extendidos sus brazos de alabastro y le invitaba y le llamaba con sus labios de carmín y su cuerpo de estatua.

Más tarde, mucho más tarde, alguien le rozó el hombro y se lo sacudió suavemente y Adam Malone se despertó y abrió finalmente los ojos y supo que llevaba dormido varias horas.

Leo Brunner se hallaba de pie a su lado con una mano apoyada sobre su hombro.

-Debo haberme dormido -dijo Malone con voz áspera-, estaba muy cansado. -Se incorporó esforzándose por eliminar las telarañas de su cerebro-. ¿Qué sucede, Leo?

-Ya está -le dijo Leo con apremio en la voz-. Sharon Fields. Ha cesado al efecto. Ha recobrado el conocimiento.

La noticia la recibió Malone como un chorro de agua fría en la cara. Se despertó inmediatamente y se puso en pie.

-¿Qué hora es? -preguntó.

-Las cinco y diez -repuso Brunner.

-¿Dices que ha recobrado completamente el conocimiento?

-Completamente.

-¿Ha hablado alguien con ella?

-Todavía no.

-¿Dónde están los demás?

-Esperándote -dijo Brunner-. Junto a la puerta, del dormitorio.

-Muy bien -dijo Malone asintiendo-. Creo que tenemos que hacer algo.

Entró apresuradamente y se dirigió al dormitorio principal seguido de Brunner.

Shively y Yost le estaban esperando impacientes junto a la puerta cerrada.

-Ya es hora -le dijo Shively-. Ha armado un alboroto hace cinco minutos. Ha gritado.

-¿Qué dice? -preguntó Malone muy nervioso.

-Escucha -le dijo Shively.

Malone acercó el oído a la puerta y pudo escuchar la voz amortiguada de Sharon. Estaba gritando.

Malone se esforzó por entender las palabras, pero se lo impedía la separación de madera. Malone notó que Shively le comprimía el bíceps.

-Vamos, hermano -le estaba diciendo Shively-, ya hemos perdido bastante el tiempo. Adelante. Tú que te expresas tan bien, entra y empieza a hablar. Y hazlo bien.

Malone se libró de la presa de Shively y retrocedió. Se sentía nervioso y asustado, no sabía por qué, sólo sabía que no debiera haberle ocurrido tal cosa.

Los demás le estaban mirando desafiantes y él no se atrevía a hacer frente a la situación. Pensó que ojalá estuviera solo, pudiera entrar y verla a solas, tranquilizarla, calmarla y ganarla.

-Tal vez -empezó a decir tartamudeando-, tal vez sería mejor que entrara solo. Y después...

-Ni hablar, hermano -replicó Shively-. ¿Tú y ella solos ahí dentro? ¿Para pasar el rato con ella mientras nosotros esperamos fuera? Nada, que no. Tal como siempre has dicho, estamos juntos. Entraremos todos.

Tú serás el portavoz y pondrás en marcha la cosa. Tú haces el discurso. Tú la pones en antecedentes y después nos jugaremos a las cartas quién empieza.

Malone no podía echarse atrás.

-Muy bien -dijo vencido-, me parece que no tenemos más remedio que afrontarlo.

Giró enérgicamente la manija de la puerta. Entraron en el dormitorio principal uno a uno. Primero Malone, después Shively, después Yost y después Brunner.

Ella yacía en la cama de latón con los brazos extendidos y las muñecas atadas a los pilares de la cama como una mujer a la que hubieran crucificado horizontalmente. La almohada le mantenía la cabeza ligeramente levantada.

Al abrirse la puerta y verles entrar, Sharon enmudeció.

Les miró muy asustada, posó los ojos en cada uno de ellos y les siguió con la mirada mientras ellos ocupaban sus puestos alrededor de la cama.

Les miró aterrada como si buscara desesperadamente descubrir la clave de lo que le había sucedido y del porqué la mantenían en aquel increíble cautiverio y de lo que se proponían hacerle.

Habían ocupado sus posiciones alrededor de la cama sin pronunciar palabra. Malone había acercado torpemente una silla a la cama, se había acomodado en ella y se quedó mirando a Sharon sin decir nada.

Yost se había acomodado en el brazo de la tumbona. Brunner se había sentado en la tumbona tras vacilar unos instantes. Shively acercó otra silla al otro lado de la cama y se sentó en ella balanceándose hacia adelante y hacia atrás.

En su calidad de portavoz del grupo, Malone se sentía visiblemente incómodo y se había quedado transitoriamente sin habla, aturdido por la presencia de Sharon Fields y por la dificultad de su misión.

Brunner se mostraba muy preocupado por la enormidad de lo que habían hecho. Yost estaba aterrado. Sólo Shively aparecía tranquilo y dando muestras de curiosidad acerca de lo que pudiera ocurrir.

Todos ellos habían estado contemplando a Sharon Fields, pero, a medida que pasaba el tiempo, el silencio se iba haciendo cada vez más insoportable y Shively, Yost y Brunner concentraron toda su atención en Malone, desafiándole una vez más a que empezara.

Al ver que le miraban a él, Sharon Fields debió comprender que Malone era el jefe del grupo, porque ella también giró la cabeza en la almohada y se lo quedó mirando.

Consciente de la presión que sobre él estaban ejerciendo, Malone se esforzó por formular sus pensamientos y convertir finalmente la fantasía en realidad.

Tenía la boca y los labios secos y no hacía más que tragar saliva en un intento de hallar las palabras más adecuadas. Procuró sonreír para tranquilizarla y darle a entender que no eran unos criminales, de tal forma que se sintiera más a sus anchas.

Su gesto afable pareció ejercer en ella cierto efecto. Porque casi inmediatamente y de un modo apenas perceptible la expresión asustada de sus ojos cedió el lugar a una expresión de perplejidad. Malone tragó saliva una vez más y quiso decirle que hacía bien en no asustarse porque aquello era lo más importante, no asustarse, pero antes de que su cerebro le diera la señal correspondiente a la vocalización de las palabras, Sharon empezó a hablar.

Habló en voz baja y casi sin aliento.

-¿Qué son ustedes? ¿Son secuestradores? Porque si son...

-No -consiguió responder Malone.

Pareció como si ella no le hubiera oído.

-Porque, si son secuestradores, han cometido un error, se han equivocado de persona. ¿Saben -creo que debe tratarse de un error-, saben quién soy?

-Usted es Sharon Fields -contestó Malone asintiendo enérgicamente con la cabeza.

Ella le miró sin comprenderle.

-Entonces será... les habrán contratado. -empezó a decir esperanzada-. Ya sé, debe ser un truco, una estratagema publicitaria.

Eso lo ha organizado Hank Lenhardt, él les ha contratado para que hagan esto y les ha dicho que lo hicieran como si fuera de verdad para que se publique en las primeras planas de los periódicos y constituya una propaganda de mi nueva película.

-No, señorita Fields, no, lo hemos hecho por nuestra cuenta -dijo Malone-. Por favor, no se asuste. Le explicaré, permítame explicarle.

Ella seguía mirándole. La expresión de perplejidad de su rostro había desaparecido y estaba dando paso a la incredulidad y de nuevo al miedo.

-¿No es una estratagema? ¿Me han me han secuestrado de verdad? -Sacudió la cabeza-. No puedo creerlo. ¿Me están tomando el pelo, no es cierto? Es algo que han organizado. Se calló al observar que Malone apartaba la mirada.

Su silencio constituía una elocuente y terrible respuesta que hizo que sus esperanzas empezaran a desvanecerse.

-¿Qué es esto? -preguntó con voz temblorosa-. ¿Quiénes son todos ustedes? ¿Por qué me han atado de esta forma? Dígame qué sucede.

Esto es terrible, terrible. Jamás... no sé ni qué pensar ni qué decir. No sé.

Empezó a jadear y a respirar dificultosamente, muy cercana al histerismo.

En su intento por calmarla y evitar una escena, Malone sacó fuerzas de flaqueza y consiguió hablar.

-Lo comprenderá si me escucha.

Nosotros cuatro no somos criminales, no. Somos personas corrientes como las personas corrientes que usted conoce, como las personas que acuden a ver sus películas y la admiran.

Somos personas. -hizo un gesto como para incluir a sus compañeros-incapaces de hacerle daño a nadie. Nosotros cuatro somos amigos y, al irnos conociendo mejor, averiguamos que teníamos una cosa en común, una cosa que compartíamos; me refiero a un sentimiento.

Y era el hecho de considerarla a usted la mujer más hermosa y más maravillosa del mundo. Somos admiradores suyos, por eso constituimos una sociedad, un club. ¿comprende?

Ella seguía mirando a Malone demasiado confusa para poder comprender nada.

-¿Pretende usted decir que son un verdadero club de admiradores o algo parecido?

-Un club de admiradores -dijo Malone aprovechando la frase-, sí, más o menos, pero no de los que suele usted tener, sino uno muy especial integrado por cuatro personas que han seguido su carrera y la han admirado y han visto todas sus películas.

Y eso nos indujo, nos hizo desear conocerla. Pero no somos unos criminales. No es un secuestro como esos de que se escribe. Esta mañana no nos la hemos llevado ni por dinero ni para pedir un rescate. No tenemos intención de causarle el menor daño.

Ella le interrumpió en un esfuerzo por comprender aquellas palabras incoherentes.

Hablaba con voz tensa.

-¿Que no es un secuestro? Si no es un secuestro, ¿qué es? Mire cómo estoy atada, no puedo moverme.

-Eso no será más que durante un rato -dijo Malone rápidamente.

-No lo entiendo -prosiguió ella haciendo caso omiso de sus palabras-.

¿Saben lo que han hecho?-Recuerdo. ¿ha sido esta mañana? la camioneta de reparto. Fingieron preguntarme, entraron en mi propiedad. Me narcotizaron. Me secuestraron, me llevaron, no sé a dónde, no sé dónde estoy, me llevaron a la fuerza y me he despertado aquí con estas cuerdas. ¿Acaso no es eso un delito? ¿Por qué estoy atada de esta forma? ¿Qué sucede? O yo estoy loca o lo están ustedes. ¿Qué están haciendo? ¿Quieren decírmelo? Estoy asustada, muy asustada. No tienen derecho a hacer eso. Nadie puede hacer esas cosas.

Empezó a jadear y su voz se perdió.

-Lo sé -dijo Malone asintiendo-, sabemos que no es fácil lograr que lo comprenda pero, si me da usted la oportunidad y se tranquiliza y me escucha, sé que podré hacérselo comprender.

-Malone se esforzó por hallar las palabras más adecuadas.

Hasta entonces las palabras habían sido su punto fuerte, su cualidad más destacada, por medio de la cual siempre había conseguido ganarse la benevolencia y la compasión de los demás, pero por alguna extraña razón parecía que ahora se hubiera quedado sin ellas.

Estaba en juego el gran experimento. La fantasía convertida en realidad. Tenía que efectuar la traducción sin cometer errores-.

Señorita Fields, tal como he intentado decirle, nosotros cuatro la venerábamos, queríamos conocerla, hallar el medio de conocerla personalmente.

Es más, en cierta ocasión lo intenté por mi cuenta. Fui a...

-Cállate.

-Por primera vez había hablado uno de los demás y el comentario procedía de Shively-. Cuidado. No le cuentes nada ni de ti ni de nosotros.

Malone asintió desconcertado, mientras Sharon Fields miraba a Shively y después de nuevo a Malone con expresión consternada.

-Sea como fuere -prosiguió Malone-, lo que intentaba decirle es que las personas como nosotros, las personas corrientes, no tienen oportunidad de conocer a alguien como usted, a alguien que admiramos más que a nadie, más que a una novia o a una esposa.

Por consiguiente, nos inventamos este medio, el único medio que se nos ocurrió para poder conocerla personalmente. No es que nos guste el método que hemos utilizado, sé que es feo si no se comprenden los motivos, pero era el único medio de que disponen las personas como nosotros.

Y puesto que no teníamos intención de causarle el menor daño, estábamos seguros de que, una vez comprendiera usted nuestras intenciones y nuestros motivos, pues, bueno, acabaríamos resultándole simpáticos.

Quiero decir que, a pesar de que el medio de presentarnos a usted no haya sido muy convencional, pensamos que usted nos admiraría por nuestro arrojo y romanticismo al haber corrido semejante riesgo con el exclusivo propósito de tener la oportunidad de hablar con usted y conocerla.

Ella le escudriñó el rostro como para descubrir si se trataba de alguna farsa, pero no descubrió huella alguna de humor y volvió a mirarle con incredulidad.

-¿Querían conocerme? Menuda manera de hacerlo. ¿Es que no puede usted entenderlo, quienquiera que sea? Las personas sensatas y normales no les hacen estas cosas a las demás personas. No secuestran y se llevan a una persona simplemente para conocerla. -Empezó a

levantar la voz-. Deben de estar chiflados, completamente locos, si piensan que podrán conseguirlo.

-Ya lo hemos conseguido, señorita -le recordó serenamente Shively desde el otro lado de la cama.

Ella le miró y volvió a dirigirse a Malone.

-Sí, claro, cualquier chiflado puede agarrar a una mujer por la calle o bien sacarla de su casa y llevársela. Pero eso sólo lo hacen las mentes extraviadas. Los hombres civilizados no hacen esas cosas.

Tal vez algunos de ellos sueñen con hacerlo pero jamás lo ponen en práctica. Para eso sirven las películas y los libros, para que estos hombres se desahoguen de una forma inofensiva. Pero nadie en su sano juicio secuestraría a una persona. Eso es quebrantar la ley. Es un delito. -Respiró hondo-. Por consiguiente, si no son unos delincuentes tal como dicen, me desatarán y me dejarán libre ahora mismo. Por favor, desátenme.

Yost dejó escuchar su voz desde su posición muy próxima a los pies de la cama.

-Todavía no, señorita Fields -dijo.

-¿Y entonces cuándo? -le preguntó ella a Yost.

Volvió a mirar a Malone-. ¿Qué quieren ustedes de mí?

Desconcertado momentáneamente ante la lógica y los implacables razonamientos de Sharon. Malone no consiguió explicarle el auténtico motivo que les había inducido a llevársela.

Ella esperaba su respuesta y decidió presionarle con mayor insistencia.

-Querían conocerme. Pues ya me han conocido. ¿Por qué no me sueltan ya? ¿Qué quieren de mí?

-Díselo -le ordenó Shively a Malone-. Deja de andarte con rodeos y díselo.

-Muy bien, muy bien, déjame hacer las cosas a mi manera -replicó Malone.

Volvió a mirar a Sharon Fields y empezó a hablar poniéndose muy serio-.

Señorita Fields, es probable que yo sepa más acerca de su personalidad, de su vida particular y de su carrera que ningún otro ser de la tierra.

Nos ha preguntado usted si éramos un club de admiradores.

Yo le he contestado que más o menos. Quería decirle que soy un club de admiradores, un club de admiradores integrado por un solo hombre.

En lo tocante a Sharon Fields, yo soy El Club de Admiradores por antonomasia. Me he dedicado a estudiar su vida desde el primer día que la vi en la pantalla.

Fue hace ocho años en "El séptimo velo". He coleccionado y leído todo lo que se ha publicado sobre usted en inglés.

Sé que nació y creció en una plantación de Virginia Occidental. Sé que su padre procedía de la aristocracia sureña de Georgia y que fue un famoso abogado defensor de los oprimidos.

Sé que estudió usted en la Escuela de Educación Social de la señora Gusset y que se especializó en psicología en Bryn Mawr. Sé que, sin el conocimiento de sus padres, participó en un concurso de belleza y fue declarada unánimemente vencedora. Sé que hizo usted anuncios de televisión. Sé que estudió el método Stanislavsky con vistas a convertirse en una gran actriz, y que fue descubierta por un agente cinematográfico en el Plaza de Nueva York cuando, junto con otras actrices, pasaba usted modelos en el transcurso de una fiesta de carácter benéfico.

-Malone se había dejado arrastrar por la pasión de sus propias palabras. Se detuvo, intentó leer la expresión del rostro de Sharon y, por primera vez, descubrió en éste interés y hasta fascinación.

Alentado por este semitriunfo, prosiguió presa de la excitación-.

Podría decirle muchas más cosas, señorita Fields podría enumerar todas las fases de su ascenso al éxito desde las primeras pruebas cinematográficas, pasando por los papeles secundarios hasta llegar al estrellato. No la molestaré más porque ahora ya sabe usted hasta qué extremo la conozco.

Pero sé algo más que simples hechos.

A través de lo que he leído acerca de usted y de lo que he estudiado y reflexionado a propósito de su psicología, estoy al corriente de todas sus características psicológicas como mujer, de sus más profundos sentimientos como ser humano y de sus valores espirituales ocultos.

Sé cuál es su actitud en relación con los hombres. Conozco sus secretos anhelos y la clase de relaciones que usted desea auténticamente.

Conozco sus necesidades, aspiraciones y esperanzas como mujer. Y lo conozco todo, señorita Fields, porque usted misma me lo ha dicho y me lo ha revelado. Por usted, señorita Fields, y por lo que usted me ha dicho, estamos nosotros aquí y está usted aquí.

-Se detuvo teatralmente rebosante de confianza en sí mismo. El triunfo estaba muy cerca. Lo presentía, lo veía.

Sus ojos verdes, más grandes que nunca, le miraban sin parpadear y sus labios aparecían entreabiertos y mudos de asombro.

Al fin, pensó Malone, al fin lo comprende. Se levantó rápidamente, se dirigió a la mesa de cristal, descubrió admiración y respeto en los semblantes de Yost y Brunner, tomó la valiosa carpeta de papel manila con las irrefutables pruebas de la conspiración del Club de los Admiradores, y regresó a su silla al lado de la cama.

Abrió la carpeta y empezó a leer fragmentos de recientes entrevistas-.

Mire, escuche esto. Las palabras son suyas, señorita Fields.

"Necesito a un hombre agresivo, que me haga sentir indefensa y me domine".

Y después dice usted lo siguiente: "Francamente, si estamos hablando de un hombre que me desea, prefiero que me tome por la fuerza a que intente tomarme por medio de falsos juegos de seductor".

Y después dice: "He abierto la puerta de mi corazón a esta a esta voluntad de permitir la entrada a cualquier hombre que me quiera más que a nada en el mundo, que arriesgara cualquier cosa que tuviera para tenerme".

Y después dice: "La mayoría de los hombres no comprenden lo que les sucede a las mujeres y a una mujer como yo. Pero tal vez haya algunos que sí lo comprendan y a ésos les digo: estoy dispuesta, Sharon Fields está dispuesta y espera".

Y repite usted varias veces este mismo deseo de ser buscada y poseída por hombres auténticos independientemente de su profesión y posición social.

El deseo de que se la lleven hombres fuertes y agresivos que estén dispuestos a arriesgarlo todo por usted.

-Malone cerró la carpeta, se levantó, la depositó de nuevo encima de la mesa y siguió hablando-.

Usted nos hablaba a cada uno de nosotros e intentaba decirnos lo que realmente quería. Era una invitación a que hiciéramos un esfuerzo por conocerla.

-Fue a sentarse en la silla pero se detuvo y permaneció en pie. Evitando la mirada de Sharon, extendió el brazo como para incluir a sus compañeros-.

Por eso estamos aquí los cuatro. No hemos hecho otra cosa más que aceptar su invitación. Le hemos tomado la palabra.

Hemos buscado el medio de conocerla y ahora ya la hemos conocido y usted nos ha conocido a nosotros. Y por eso está usted aquí.

Sencillamente por eso. Y ahora tal vez nos comprenda usted y nos acepte.

Miró a Sharon Fields esperanzado, dispuesto a recibir una respuesta favorable, a observar un cambio de actitud, una valoración positiva de la romántica hazaña que habían llevado a cabo.

Pero en cuanto le vio la cara y observó su reacción, su sonrisa se trocó en asombro y confusión.

Sharon había cerrado los ojos y había dejado caer la cabeza sobre la almohada. Estaba pálida y movía la cabeza de un lado para otro gimiendo afligida, agobiada por alguna emoción que, al parecer, no podía expresar.

Presa del desconcierto, Malone contempló como hipnotizado aquel comportamiento tan inexplicable. Al final escuchó sus palabras, brotó de sus labios un entrecortado lamento.

-Oh, Dios mío, no -estaba diciendo-. No, no puedo creerlo. Dios mío, ayúdanos. Que que alguien, que ustedes hayan podido creerlo, que hayan podido creer todas esas bobadas, esa basura, "y hacer eso".

El mundo está loco y ustedes están completamente locos, están locos, haber creído haber llegado a imaginar...

Malone se agarró al respaldo de la silla para no tambalearse. Procuró no ver la reacción de los demás pero no pudo evitar percatarse de que los tres le estaban mirando fijamente.

-No, no, tiene que ser una pesadilla. -Sharon jadeaba y tosía y se esforzaba por no perder la calma.

Volvió a hablar consigo misma y también con ellos-.

Lo sabía. Sabía que hubiera tenido que prescindir de los servicios de ese estúpido agente de relaciones públicas, de ese idiota de Lenhardt. Debiera haberle despedido de buenas a primeras, con sus ideas acerca de la mujer liberada, acerca de los nuevos públicos cinematográficos y de una nueva imagen que me permitiera ejercer más atracción en los hombres y excitar a los jóvenes, "más éxito de taquilla" me decía ese idiota, para mi película y para mi futuro.

Y yo, sin hacerle caso, sin importarme un comino, le dejé dirigir el baile, le permití organizar la campaña a su gusto, le permití que hiciera de mí lo que jamás he sido y jamás seré.

"Sharon, eres demasiado pasiva fuera de la pantalla -me decía-. Ya ha pasado la época en que una estrella no era más que objeto al que adorar -me decía-. Los tiempos han cambiado y tú tienes también que cambiar, Sharon -Me repetía-. Tienes que hablar con franqueza, expresarte con sinceridad, decir que te gustan los hombres tanto como tú les gustas a ellos, decir que las mujeres experimentan los mismos deseos que los hombres, y tienes que mostrarte audaz y agresiva y decir que te gustan los hombres tan audaces y agresivos como tú. Es la moderna tendencia, todo abiertamente y de cara, tanto si lo crees de veras como si no".

Y a mí me importó un bledo. Tenía la cabeza en otro sitio, le dejé seguir adelante. Pero ni haciendo el mayor esfuerzo de imaginación hubiera podido suponer que hubiera alguien que se dejara convencer por esas idioteces publicitarias, Por esas mentiras impresas y pensar que dichas mentiras eran una invitación.

-La confesión pareció ejercer un efecto catártico, Porque ahora Sharon miró a Malone con una mezcla de compasión y desprecio-.

Quienquiera que sea usted, debe creerme. No es más que una sarta de mentiras, todas y cada una de esas palabras son mentira. Jamás he dicho ninguna de las cosas que usted me ha estado leyendo.

Estas entrevistas se las inventaron publicitarios con mucha imaginación, son entrevistas en conserva. Puedo demostrarlo.

Y usted, pobre ingenuo, se lo ha tragado todo. ¿Es que acaso no pensó nada antes de comportarse como un loco? ¿Es que no se preguntó si era lógico que una mujer decente accediera a que la tomaran por la fuerza un grupo de desconocidos? ¿Acaso hay alguna mujer que desee que la narcoticen, la secuestren, la arrastren qué sé yo adónde y la amarren de este forma a no ser que esté loca? Cualquier hombre sensato hubiera podido contestar a estas preguntas.

Pero usted, por lo visto, no. Bueno, pues créame. No soy lo que usted piensa que soy. No soy nada de eso.

-Sí lo es -insistió tercamente Malone-, sé que lo es. La he oído en persona sin que nadie hablara en su lugar. La he oído por radio y televisión. Tengo las grabaciones. Puedo ponérselas.

-Lo que haya usted oído en las grabaciones, lo que haya.. -Sharon sacudió la cabeza-. Créame, debe creerme, me limitaba a bromear, a decir tonterías o tal vez no me expresé con la suficiente claridad y usted me interpretó erróneamente.

Ahora va a decirme que soy el símbolo sexual número uno y que ello significa que soy más sexual que las mujeres normales y que necesito más a los hombres.

-Es cierto que es usted más sexual, sabe que es cierto -dijo Malone percatándose de que estaba empezando a hablar en tono de súplica-. Todo el mundo sabe que en eso tengo razón.

He visto cómo actúa y cómo goza exhibiendo su cuerpo en las películas. Estoy al corriente de toda su vida amorosa, de sus escapadas. ¿Por qué finge ahora ser distinta?

-¡Qué estúpidos son ustedes, los hombres! -exclamó Sharon-. Soy una actriz. Actúo. Finjo. Lo demás son leyendas, folklore, falsedades basadas en la publicidad.

Media un abismo entre lo que usted pensaba y piensa que soy y lo que efectivamente soy.

-No.

-Cualquiera que sea mi reputación y mi aspecto exterior, no se lo crea. Mi imagen pública es una gran mentira. Me falsea por completo. Por dentro soy una mujer normal y corriente, con los mismos temores y complejos y problemas que las demás mujeres.

Soy una mujer que da la casualidad de que tiene un determinado aspecto y ha sido presentada al público de una manera determinada, y da la casualidad de que soy famosa, pero la persona que usted cree que soy es falsa, no es más que una apariencia sin realidad.

La palabra "realidad" se hundió en Malone como un puñal. Su gran experimento estaba empezando a desintegrarse.

-Soy una ficción -siguió diciendo Sharon desesperada-, un ser creado por los directores, profesores de declamación, guionistas y expertos en relaciones públicas, con vistas a convertirme en un objeto que los hombres puedan desear y anhelar.

Pero no soy lo que los hombres desean que sea. No soy distinta a ninguna de las mujeres que usted haya conocido. Tiene que comprenderlo.

En realidad, conduzco una vida serena y tranquila aunque sea un personaje famoso. En cuanto a los hombres, siento por ellos lo que siente la mayoría de las mujeres.

Tal vez encuentre algún día algún hombre que me aprecie tanto como yo le aprecie a él. Si le encuentro, querré casarme con él. Hace un año que no tengo nada que ver con los hombres en la forma que usted supone.

Ahora me interesa más mi propia madurez e identidad. Quiero saber quién soy. Quiero pertenecerme a mí misma. Quiero ser libre igual que usted. -Se detuvo y miró a Malone fugazmente-. Le han engañado. Ahora ya conoce la verdad. Reconózcalo y olvidemos este malentendido.

Suélteme. La broma ha terminado.

Malone se aturdió y se sintió como perdido en el espacio.

-Está fingiendo -dijo débilmente-, no podemos habernos equivocado.

-Está usted equivocado, completamente equivocado. Por consiguiente, deje de comportarse como un loco.

Santo, cielo, pero, ¿qué le habrá pasado por la cabeza? ¿Qué se imaginó usted? ¿Qué esperaba usted conseguir una vez me hubieran traído aquí? Yost se había levantado del brazo de la tumbona y se encontraba de pie junto a la cama.

-Con toda sinceridad, señorita Fields, esperábamos que se mostrara usted amable y accediese a colaborar.

-¿Con todos ustedes? ¿A cambio de haberme hecho eso tan horrible? ¿Que me mostrara amable y accediera a colaborar? ¿Cómo? ¿De qué manera? ¿Qué demonios esperaban ustedes?

-¡Déjeme contestar! -exclamó Shively poniéndose en pie de un salto-. Ya se han dicho bastantes mierdas en esta habitación. Yo se lo diré, señorita. Le diré lo que esperábamos. Esperábamos que nos permitiera acostarnos con usted.

-No hables así -dijo Malone enfurecido.

-Tú te callas, cabeza de chorlito. De ahora en adelante me encargaré yo de esta señorita tan fina.

La he estado oyendo hablar y actuar. Ella es la que nos está engañando. Está acostumbrada a eso. Pero a mí no va a hacerme desistir de mi propósito. -Shively la miró enfurecido y con expresión aterradora-. Señorita, tal vez piense usted que, por ser quien es, nosotros no somos lo bastante para usted.

Permítame decirle, señorita, y me importa un bledo lo rica y famosa que sea, que lo sabemos todo de usted y sabemos lo que es realmente. Lleva usted muchos años divirtiendo a sus amigos ricos. Y distribuyéndolo de balde.

Y nosotros pensamos que a lo mejor se había cansado un poco de que le metieran los miembros los canijos y los maricas. Nos imaginamos que estaría dispuesta a conocer a hombres como es debido. Nos imaginamos que cuando nos echara un vistazo y trabara conocimiento con nosotros, se divertiría y nosotros nos divertiríamos también acostándonos juntos que es lo auténtico para variar.

Aquí no hemos venido a jugar al billar. Hemos venido para acostarnos con usted, éste es el único motivo de que la hayamos traído aquí y basta de mierdas.

Sharon le estaba mirando con expresión ofendida.

-¡Cochino bastardo! -dijo forcejeando para librarse de las cuerdas-. Está usted más loco que el otro. No le permitiría que me tocara ni con una pértiga de tres metros.

-Usted lo ha dicho, señorita, eso tengo precisamente -dijo Shively.

-Me dan ganas de vomitar -dijo ella mirando a Malone y a Yost-. Ya estoy harta de toda esta locura. Suéltenme antes de que se metan ustedes en un lío.

Suéltenme en seguida dondequiera que estemos. Si lo hacen ahora mismo, yo olvidaré qué ha sucedido, me lo borraré de la imaginación.

La gente puede interpretar las cosas equivocadamente, cometer errores. Todos somos humanos. Lo comprendo. Lo dejaremos así y lo olvidaremos.

-Yo no estoy dispuesto a olvidar nada -dijo Shively en tono implacable-. No vamos a dejarla salir hasta que nos conozcamos mejor. Quiero conocerla mejor. -Contrajo los ojos recorriendo las curvas de su figura tendida-. Sí, mucho mejor. No tenga tanta prisa, señorita. La soltaremos a su debido tiempo. Pero no en seguida.

Brunner se había adelantado.

Tenía la frente empapada en sudor y se dirigió a Shively:

-Tal vez debiéramos olvidar todo este...

Shively se volvió hacia él.

-Tú te callas y me dejas a mí arreglar las cosas. -Volvió a mirar a Sharon Fields-. Sí, será mejor que se haga a la idea de hacernos compañía algún tiempo. Le daremos tiempo para pensarlo.

-¿Para pensar qué? -preguntó Sharon a voz en grito-. ¿Qué es lo que tengo que pensar?

-En compartir algo de lo que tiene con cuatro amigos. Ha demostrado que es la mujer más excitante del mundo. Ahora le damos la oportunidad de que demuestre que es algo más que eso.

-Yo a usted no tengo que demostrarle nada -dijo Sharon-, no tengo por qué compartir nada con usted. ¿Quién demonios se ha creído que es? Si me, tocan siquiera, ya me encargaré de que todos ustedes acaben en la cárcel de por vida.

No van a salir bien librados como me traten así. Tal vez hayan olvidado quién soy. Conozco al presidente. Conozco al gobernador. Conozco al director del FBI.

Harán lo que sea por mí. Y, si yo se lo pido, les castigarán como jamás hayan castigado a nadie. Recuérdenlo.

-Yo que usted no amenazaría, nena -le dijo Shively.

-Le estoy, exponiendo unos hechos -dijo Sharon con firmeza-. Deben saber a qué se exponen como me toquen. No bromeo. Por consiguiente, antes de que se metan en un buen lío, les aconsejo que me suelten.

Shively se limitó a dirigirle una perversa sonrisa.

-¿Sigue pensando que es demasiado para nosotros, verdad?

-Yo no he dicho que sea demasiado ni para ustedes ni para nadie. Le estoy diciendo simplemente que soy yo, y que usted es para mí un perfecto desconocido con quien no me da la gana de tener nada que ver.

Quiero que me dejen hacer lo que quiera con quien quiera. No tengo intención alguna de convertirme en un recipiente para el primer hombre que acierte a pasar.

Ahora ya lo sabe. Por consiguiente, déjeme vivir mi vida a mi manera y yo le dejaré a usted vivir la suya.

-Yo estoy viviendo mi vida, señorita -dijo Shively esbozando una ancha sonrisa-. Así es como quiero vivir, teniéndola a usted al lado.

-Pues de mí no conseguirá nada, ninguno de ustedes va a conseguir nada, por consiguiente, acepten los hechos, recapaciten y déjenme en libertad.

Shively puso los brazos en jarras.

-Mire, señorita, no me parece que esté usted en condiciones de decirnos lo que vamos o no vamos a conseguir de Sharon Fields.

La osadía de Sharon empezó a desvanecerse. Se lo quedó mirando y después miró a los demás.

Malone, que había permanecido como ausente en el transcurso de la discusión, fue quien primero se apartó de la cama.

-Dejémosla descansar un rato. Vamos a la otra habitación para poder hablar.

Los demás siguieron a Malone uno a uno.

Yost fue el último en salir y, con la mano en la manija, se volvió hacia la cama.

-Piénselo, señorita Fields -dijo-. Sea razonable. Procure comprendernos. Nosotros la respetaremos pero procure usted respetarnos también a nosotros. De esta forma será mejor.

Sharon Fields forcejeó como para librarse de las ataduras y gritó:

-¡Lárguese de aquí, cerdo! ¡Recuerde lo que le aguarda como no me suelten ahora mismo! ¡Les encerrarán en la cárcel hasta el día que mueran! ¡Recuérdelo, recuérdelo!

Se retiraron al salón, descorcharon las botellas de whisky y de bourbon y bebieron varias rondas. Más tarde, al anochecer, tomaron una cena ligera.

Ahora se hallaban sentados una vez más alrededor de la rústica mesita de café. Tres de ellos estaban bebiendo de nuevo.

Adam Malone, en cambio, prefirió fumarse un cigarrillo de hierba que acababa de liarse.

En las horas transcurridas desde la discusión mantenida con Sharon Fields, la conversación había ido y venido sin orden ni concierto, había habido estallidos de conversación, intervalos de silencio y más conversación.

Se habían dedicado en buena parte a repasar una y otra vez el intercambio de palabras que había tenido lugar en el dormitorio de Sharon Fields, analizando lo que ésta había dicho, comentando su sinceridad, buscando los auténticos motivos que pudieran haberla inducido a rechazarles.

Al principio, Malone había sido objeto de los burdos sarcasmos de Shively, éste le había dicho que había sido un falso profeta que había prometido guiarles hacia el paraíso dejándoles después perdidos en el desierto. Pero lo más curioso fue que, en general, Shively se tomó las cosas con más tranquilidad que los demás.

Yost se mostró decepcionado y molesto por haberse esforzado en vano. A Brunner le habían intimidado las amenazas de Sharon y parecía un enfermo grave del mal de San Vito. Malone era el que más abatido y silencioso se mostraba.

El rechazo de Sharon le había desconcertado y su estado anímico pasaba de la confusión a la incredulidad y la depresión.

Ahora, un poco separado de los demás y sentado frente al aparato de televisión, dio varias intensas chupadas al cigarrillo de hierba y procuró descubrir algún rayo de luz. Se negaba a aceptar el hecho de que la compañera de su alma, inquilina desde hacía tanto tiempo de sus fantasías, le hubiera rechazado de una forma tan categórica en la realidad.

No podía creer que se hubiera equivocado por completo con respecto a ella, no podía creer que su gran experimento hubiera acabado en fracaso.

No le cabía en la cabeza que la soberbia aventura del Club de los Admiradores hubiera acabado en agua de borrajas. Mientras fumaba, se agudizaron sus sentidos, si bien no su espíritu, y empezó a escuchar la conversación acerca de Sharon Fields que se estaba desarrollando al otro lado del salón.

Estaban revisando de nuevo lo ya revisado, seguían buscando la forma de salir de la ciénaga de aquel apuro. Estaba hablando Yost.

-¿Quién se hubiera imaginado que sería más fría que una monja? No sé si habla con sinceridad o nos engaña. Quiero decir que no sé si es lo que tiene que ser de acuerdo con el evangelio según Adam, o si es lo que ella dice que es.

-Por mi parte yo la creo -estaba diciendo Brunner-. Creo que está absolutamente horrorizada a causa de este incidente y, dado el carácter del mismo, no quiere saber nada de nosotros.

-Pues yo os digo que no me creo nada de lo que ha dicho esta perra engreída, ni una sola palabra me creo -estaba diciendo Shively-. ¿Pero habéis oído qué mierda nos ha estado contando? ¿Que hace un año que no la toca ningún hombre? Pues eso ya ha pasado, ja, ja.

Todo lo que nos ha contado ha sido mentira. ¿Pero la habéis oído? No soy más que una señorita corriente, hago calceta, juego al bridge, jamás he escuchado palabras sucias.

¿Un símbolo sexual? ¿Qué quiere usted decir, señor? ¡Historias! Mirad, chicos, yo he corrido mundo. Y cuando se corre mundo se aprenden ciertas cosas. Y una de las cosas que se aprenden es que donde hay humo hay fuego. Cuando una está hecha como está hecha esta tía, se sabe que no tiene más remedio que haberse pasado media vida con el miembro de alguien dentro como si formara parte de su anatomía.

Tiene que estar acostumbrada a dar y a que eso le guste, y me apostaría hasta el último dólar a que es cierto.

-¿Entonces por qué no nos quiere? -preguntó Yost.

-Yo te diré por qué -repuso Shively-. Porque a sus ojos somos unos don nadies. Nos mira como si fuéramos escoria. Piensa que posee una vagina revestida de oro que sólo está abierta para los ricachos y los personajes importantes.

Las mujeres de esta clase, a menos que no seas el director de un grupo de empresas o pertenezcas al gabinete del presidente, te tratan como si padecieras gonorrea o sífilis. Maldita sea, las mujeres de esta clase me atacan los nervios y me ponen furioso. Y entonces siento deseos de hacerles el amor hasta que les arda el trasero.

-Tal vez sólo le interese cuando está enamorada de un hombre y se siente romántica -dijo Brunner-. Tal vez piense que no es romántico eso de que la obliguen por la fuerza a hacer el amor.

-Tonterías -dijo Shively.

La conversación había llegado una vez más a un punto muerto.

-Veo que El Club de los Admiradores no está al completo -dijo Shively-. Falta un socio.

-Estoy presente -les gritó Malone desde la banqueta-, os he estado oyendo.

Shively se volvió para mirar a Malone.

-Para ser tan charlatán, esta noche has estado muy callado. Bueno, ¿tú que piensas?

Malone apagó el cigarrillo de marihuana en un cenicero.

-A decir verdad, ya no sé qué pensar.

-¿Cómo que no? -dijo Shively-. Ven aquí con nosotros antes de que me dé tortícolis. ¿O es que tampoco somos bastante para ti?

-Basta Shiv -dijo Malone levantándose y dirigiéndose con paso vacilante hacia el sofá de cuero, en el que se dejó caer al lado de Brunner-.

Su reacción, que juzgo sincera, me ha desconcertado mucho. No suelo equivocarme al analizar a las personas. En este caso, tal vez haya fallado. No lo sé.

-Yo nunca he querido humillarte, muchacho -dijo Shively-, pero pensé desde un principio que eras muy ingenuo si creías de veras que una mujer tan rica y agraciada como ésta iba a acceder a relacionarse con alguien que no perteneciera a su ambiente.

-Tal vez fui un ingenuo -reconoció Malone-, pero tú también lo fuiste. Leo y Howard son testigos de que seguiste adelante. También pensaste que accedería a colaborar.

-Y un cuerno -dijo Shively. Desde el día que empezamos, tuve mis reservas. Te seguí, soñador, porque te habías autodesignado presidente del Club de los Admiradores y porque pensé que no tenía nada que perder y que tal vez, siendo yo más práctico que vosotros, consiguiera convertirlo en realidad. Pero estaba preparado para ambas posibilidades. Si las cosas rodaban tal como tú habías dicho, estupendo, tanto mejor.

Y si ella nos rechazaba, pues, bueno, seguíamos llevando las de ganar. En cualquier caso, pensaba que tendríamos la sartén por el mango. Y la seguimos teniendo. Tenemos el cuerpo en nuestro poder. Y eso es lo más importante.

Lo demás vendrá por sus pasos contados. Porque ahora nosotros ocupamos el asiento del conductor y podemos convencerla y lograr que colabore.

Yost empezó a animarse.

-¿Cómo, Shiv? Por la forma en que ha empezado, no abrigo muchas esperanzas de que cambie y acceda a colaborar. ¿Se te ocurre alguna idea?

-Hay una cosa que siempre las induce a colaborar -dijo Shively con aire de suficiencia-. El miembro. Llámalo la teoría Shively o como gustes. Pero sé por experiencia que éste es el gran igualador.

Una vez lo has metido donde Dios quiere que esté, no hay mujer que te pida las credenciales. ¿Qué cuenta tienes en el banco? ¿Qué estudios universitarios tienes? ¿Qué crédito tienes? ¿Tu árbol genealógico? No, señor, cuando le metes dentro la cosa, la mujer se encarga de corresponder y empieza a amarte y a colaborar y ya no quiere detenerse.

Siempre sucede lo mismo. Y el material que tenemos en el dormitorio no es distinto, tal vez sea un modelo más elegante, pero funciona como las demás. Podéis creerme.

Estableced la conexión y ella colaborar ya podéis estar seguros. Es más, os digo que después no sabremos ni cómo quitárnosla de encima.

A través de las brumas de la droga, Malone se esforzó por comprender la lógica de la teoría de Shively.

-¿Qué es lo que intentas decirnos exactamente, Shively?

-Te digo que da la casualidad de que hemos logrado apoderarnos del mejor bocado del mundo. En la habitación de al lado tenemos el trasero más jugoso que jamás haya habido. Disponemos de diez días o de dos semanas para gozar de él.

Te digo y te garantizo que una vez nos hayamos acostado con ella, Sharon cederá y gozará también. Y que todo ocurrirá tal como habíamos previsto.

Malone sacudió la cabeza.

-Eso es contrario a las normas -dijo-. Estás volviendo a hablar de violación. Acordamos que eso estaría excluido.

Brunner se apresuró a secundar a Malone.

-Totalmente excluido -dijo-. Todos suscribimos verbalmente un acuerdo inquebrantable. Nada de violencias..Nada de delitos.

-¿Y qué demonios crees que hemos hecho esta mañana? -preguntó Shively-. No hemos recogido ningún paquete con nuestra camioneta de reparto. Lo que hemos recogido ha sido una persona. Hemos llevado a cabo un secuestro.

-No exactamente -dijo Brunner con expresión alterada-. Quiero decir que llegamos previamente a la conclusión de que el acto de esta mañana podría considerarse desde un punto de vista distinto, siempre y cuando no lo prolongáramos.

Si ella desea que la soltemos y la soltamos sana y salva, el secuestro no tendrá carácter delictivo alguno.

Ella quedará en libertad y nosotros estaremos a salvo. Pero si prolongamos esta situación, si seguimos adelante en contra de su voluntad, entonces se tratará de un delito injustificable que no podremos enderezar.

-Tonterías -dijo Shively-. ¿Cómo podría ella demostrar que lo hicimos y que fuimos nosotros quienes lo hicimos? Tú mismo te mostraste de acuerdo con Adam cuando éste nos dijo que casi resulta de todo punto imposible acusar a alguien de violación.

Además. -Se detuvo mirando a sus compañeros, y prosiguió-: Voy a ser sincero y espero que vosotros también lo seáis.

Si lo pensáis bien, tal como yo he estado haciendo, llegaréis a la conclusión de que el hecho de que hayamos llegado tan lejos significa que estamos dispuestos, en caso necesario a hacer cualquier cosa con tal de conseguir nuestro propósito.

Ninguno de vosotros está dispuesto a salir de aquí sin haber probado por lo menos una vez a esta mujer.

Yost se estaba preparando otro whisky.

-Antes de que hablen los demás, quiero expresar mi opinión al respecto. -Tomó un sorbo-. Ante todo, quiero manifestarle a Shively mi admiración y enhorabuena por haber tenido el valor de mostrarse más sincero que nosotros.

Porque, ¿sabéis una cosa?, Shiv tiene razón en cierto sentido. Ninguno de nosotros ha querido pensar con detenimiento en lo que empezó a hervir en su imaginación desde el primer día. Si hubieran podido sacarse fotografías de lo que pensábamos y sentíamos en nuestro fuero interno, bueno, hubiera quedado bien patente que todos nosotros abrigábamos ciertas dudas y temíamos que una muchacha como ésta jamás nos invitara a acostarnos con ella.

Y, si observáramos más de cerca las fotografías, veríamos que todos nosotros, subconscientemente o no, estábamos dispuestos a tomarla por la fuerza.

-Yo no -dijo Malone-. Ni una sola vez pensé tal cosa.

-Yo tampoco -dijo Brunner.

Yost estaba a punto de replicar pero Shively levantó la mano.

-Muy bien -dijo éste-, admitamos que vosotros dos no lo hayáis pensado.

Pero ahora la situación ha cambiado. Ella es un cuerpo que tenemos en el dormitorio de al lado. Es de verdad. Cosa buena.

Lo único que tenemos que hacer es entrar allí, meterle la mano por debajo del vestido y empezar a acariciar ese manguito multimillonario. Hacedlo y no tendréis que preocuparos por la violación o la no violación.

Hacedlo y podréis montarla a los diez segundos, aunque ella disimule y diga otra cosa. Pensadlo un poco y os daréis cuenta de que os importa un bledo la forma en que lo consigáis.

-A mí sí me importa un bledo -dijo Malone con firmeza.

-A mí también -dijo Brunner haciéndole eco.

-Bueno, bueno -prosiguió Shively-, pero aunque os importe, no dejemos que nos tome el pelo. No hagamos el primo por culpa de nuestros prejuicios acerca de lo que está bien y lo que está mal.

Lo que está bien es aquello que tú consideres que te mereces porque no mereces que se te engañe. Mirad, ya hemos llegado hasta aquí. Lo peor ya ha pasado.

Ya hemos superado la fase más peligrosa. Ahora estamos a salvo. En nuestro mundo. Lo dirigimos nosotros. Podemos hacer lo que queramos como si fuéramos Dios, dictar nuevas normas, nuevas leyes o como queráis llamarlas. Es. ¿cómo la llama Adam? La isla de Crusoe.



Librodot

-Más a Tierra -dijo Malone.

-Sí, nuestro reino y país particular.

Por eso disfrutamos de la flor y nata de las cosas. Disfrutamos de lo mejor. Si hay un tesoro, es nuestro. Por consiguiente, entramos en este dormitorio que es lo que siempre hemos soñado junto con los demás pelagatos.

Sólo que ahora ya no somos unos pelagatos. Estamos al mando y lo que hay aquí nos pertenece en exclusiva. Imaginaos a Elizabeth Taylor o a Marilyn Monroe o ¿cómo se llama la francesa?

-Brigitte Bardot -repuso Malone.

-Sí, imagináos a la Bardot desnuda en la habitación de al lado. Y podemos hacer lo que queramos porque somos los reyes. No iréis a decirme que le volveríais la espalda. No me convenceríais.

-Yo no creo en la violación -dijo Malone.

-Mirad -prosiguió. Shively sin hacerle caso-, ¿qué más da que la soltemos intacta dentro de dos semanas o que la soltemos tras habernos divertido con ella tal como llevan tantos años divirtiéndose con ella estos grandes productores cinematográficos? ¿Acaso le habremos causado un daño terrible? No es una virgen cuya vida podamos destrozar. No le vamos a dañar la salud.

No le van a salir granos por esta causa. -Shively esperó por si se producían risas. Pero no se escuchó más que la risita ahogada de Yost-. Esta experiencia no producirá en ella ningún cambio.

En nosotros, en cambio, sí lo producirá. Porque obtendremos por primera vez de la vida algo bueno que siempre hemos deseado y que nos corresponde por derecho. ¿A qué demonios seguir hablando? Digo que hagamos lo que nos venga en gana y no lo que ella dice que quiere. Es nuestro mundo. Y quien lo dirige es el Club de los Admiradores queridos consocios.

-No, Kyle, no es nuestro mundo -dijo Malone-. Más a Tierra tal vez sea un refugio aislado pero forma parte del mundo y observa las leyes y normas del mundo civilizado, al que todos nosotros pertenecemos.

Además, en nuestra calidad de socios de una asociación u organización llamada El Club de los Admiradores, hemos establecido toda una serie de normas adicionales.

Y la principal de dichas normas es que no daremos ningún paso a no ser que estemos todos unánimemente de acuerdo al respecto. Todo lo que hagamos tiene que ser por unanimidad, tal como sucede en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Cada vez que se produzca un veto, tendremos que desistir de aquello que hayamos presentado a votación.

-Eso era antes, maldita sea, pero ahora, tal y como están las cosas, estoy en contra de esta norma de la unanimidad -dijo Shively-.

Mira, ya ves que nosotros cuatro jamás podremos ponernos de cuerdo acerca de nada. ¿Qué tiene de malo que cambiemos las normas de la misma manera que el Congreso cambia las leyes?

-Eso no tiene nada de malo -repuso Malone-. Es perfectamente legal.

-Permitidme que presente una propuesta -terció Yost-. A partir de ahora, cada vez que tenga lugar una votación, bastará el principio de la mayoría. En otras palabras, si somos tres contra uno, se aprobará.

-Déjame entonces presentar una enmienda -dijo Malone-. Si se produce una mayoría de tres a uno, se aprobará. Pero si se produce un empate de dos a dos, se anulará exactamente igual que si se produjera una mayoría de tres a uno en contra de la propuesta.

-Acepto -dijo Yost-. Soy partidario de la norma de la mayoría y de la enmienda. ¿Y tú, Shiv?

-Me parece bien.

-¿Tú, Adam?

-Con la enmienda, acepto el principio de la mayoría.

-¿Leo?

-Creo que sí.

-Aprobado -dijo Yost. Se dirigió después a Shively-. ¿Quieres presentar de nuevo la primera moción?

-¿Te refieres a lo de entrar en el dormitorio y hacer lo que siempre hemos tenido en proyecto? -preguntó Shively.

-Sí, tanto si ella se muestra dispuesta a colaborar como si no -contestó Yost.

-Pues claro que presento esta moción. Yo digo que nosotros tenemos la sartén por el mango y ella no. Digo que una vez se lo hayamos hecho tal como se lo hacen sus amigos ricos, le encantará. Digo que no le causaremos ningún daño.

-Podemos producirle un "shock" psíquico -dijo Malone.

-Tonterías -dijo Shively-. A ninguna chica de veintiocho años le es perjudicial que le hagan el amor como es debido. Al contrario, resulta beneficioso. Es bueno para los corpúsculos o como se llamen y también para el sistema nervioso.

-En caso de violación, no -insistió Malone.

-A los cinco segundos de estar dentro, ya no se tratará de violación -dijo Shively-. Tanto si lo quería como si no, el paseo le gustará y nos pedirá más. Escucha la voz de la experiencia.

-Basta de discusiones -dijo Yost-. Se somete a votación la moción del señor Shively. La moción propone que no sea necesario su consentimiento para acostarnos con ella. ¿Qué vota usted, señor Shively?

-¿Bromeas? Voto un sí como una casa.

-Un voto a favor y ninguno en contra -dijo Yost levantando la mano derecha-. Yo también voto sí. Son dos votos a favor y ninguno en contra. ¿Qué vota usted, señor Malone?

-Soy totalmente contrario a ello. Voto no.

-Dos votos a favor y uno en contra -dijo Yost señalando a Brunner-. El último y decisivo voto será emitido por el senador Brunner. ¿Qué dice usted?

Brunner se secó la frente con el pañuelo.

-Vamos, Leo -le animó Shively-, piensa en el supertrasero que te espera a la vuelta de la esquina. No te arrepentirás.

-Ten cuidado, Leo -le advirtió Malone-, es posible que jamás puedas volver a dormir con la conciencia tranquila.

-Basta, señores -dijo Yost-. Nada de campañas en el lugar de la votación. Señor Brunner, indíquenos su voto. ¿Qué dice usted?

-Existen argumentos de distinta naturaleza en ambas posturas -dijo Brunner-. Tal vez sea debilidad por mi parte pero no podría hacerlo. Voto no muy a mi pesar.

-Eso sí es democracia -dijo Yost muy animado-. El resultado final es de dos a dos.

Dado que la moción de Shively ante el Club de los Admiradores no ha conseguido alcanzar una votación por mayoría, se rechaza dicha moción. Lo lamento, Shiv.

-Todo no puede ganarse -dijo Shively encogiéndose de hombros-. Muy bien, eso ya está decidido. ¿Y ahora qué hacemos?

-Hacemos lo que siempre hemos querido hacer -repuso Malone-. Hablamos con ella, procuramos mostrarnos amables y razonar con ella y ganarnos su simpatía.

Creo que podemos establecer un plazo de dos días. Si la convencemos, habremos conseguido ganarla de una forma civilizada. Si no lo conseguimos, la desatamos, la acompañamos a algún lugar de las cercanías de Los Ángeles y la dejamos en libertad intacta. ¿De acuerdo?

Todos se mostraron de acuerdo.

-Muy bien, solucionado -dijo Shively levantándose de su asiento y desperezándose. Tomó después la botella de bourbon-. Bueno, vamos a echar unos tragos y a dormir un poco.

No sé vosotros, pero yo estoy deseando acostarme temprano. Me siento agotado. Una buena dormida y mañana veremos las cosas con más claridad. -Mientras se preparaba el trago miró a Malone-. ¿Sigues pensando que podremos conseguirlo mediante el poder de la palabra?

-Creo que es posible -repuso Malone muy en serio.

-Pues yo no -dijo Shively con un gruñido-. Con ésta, no. Ni ahora ni nunca. -Levantó el vaso como para brindar-. Por la democracia y por tu mundo.

Quédate con él. Yo brindo por mi mundo, por el mundo que nos merecemos. Es un mundo mejor. Ya te darás cuenta más tarde o más temprano.

***E***ra pasada la medianoche y ella seguía sin poder dormir, atada a la cama y sumida en otra oleada de pánico y horror a causa de la situación en que se encontraba.

En el transcurso de la larga noche, su estado de ánimo había oscilado como un péndulo entre un esfuerzo controlado por comprender su situación y un abandono a un terror mortal, y su reacción física había oscilado entre una ardiente transpiración y un sudor frío que la había dejado totalmente agotada.

Deseaba escapar y ocultarse en la negrura del sueño, pero sin el Nembutal que solía tomarse todas las noches y con las oleadas de terror que experimentaba de vez en cuando, le resultaba imposible conciliar el sueño.

Desde la breve y silenciosa visita que le habían hecho tres horas antes dos de aquellos hombres, el más corpulento y el más viejo, no había sido consciente de que hubiera en la casa más vida que la suya propia.

La habían desatado, después le habían atado flojamente las manos por delante y le habían permitido utilizar el retrete.

Le habían ofrecido comida, que ella había rechazado, y agua, que había estado a punto de rechazar también, pero que después había aceptado.

A continuación le habían vuelto a atar las muñecas a los pilares de la cama, desapareciendo rápidamente seguidos de sus amenazas y maldiciones.

Después le había parecido escuchar voces confusas desde otra habitación, pero las voces habían cesado y toda la casa aparecía como cubierta por un velo de siniestro silencio.

El péndulo, interior había seguido oscilando entre las reflexiones y el helado temor irracional, y ahora estaba volviendo a fluctuar hacia las reflexiones racionales.

Vagaba con sus pensamientos hacia aquella mañana, hacia aquella tarde, hacia mañana, hacia algunos ayeres.

Sólo una vez en su vida, o por lo menos en su vida de persona adulta, se había encontrado en una situación parecida. Pero había sido de mentirijillas.

Se preguntaba, trataba de recordar, si en el transcurso de su infancia, en Virginia Occidental, cuando jugaba a vaqueros e indios o a policías y ladrones con los chicos de la

vecindad, la habrían atado a un árbol dejándola abandonada pidiendo socorro hasta que llegaran los demás a rescatarla.

Recordaba vagamente algo de este estilo. Sin embargo, su memoria recordaba con mucha mayor claridad una situación análoga que se había producido siendo mayor.

Había sucedido hacía tres años, casi estaba segura. La película titulada "Catharine y Simón" había sido rodada en Oregón. Se trataba de un episodio verídico de la historia americana, que había tenido lugar en 1784 en los desiertos fronterizos entre Ohio y Kentucky.

Ella había interpretado el papel de Catharine Malott, una muchacha capturada por un grupo de shawnees, adoptada por los indios, conducida a su tribu y criada como una doncella india.

Catharine había oído hablar y había visto a otra persona igual que ella, Simón Girty, que de niño había sobrevivido a una matanza que había tenido lugar en su colonia, siendo posteriormente adoptado por los indios senecas, que le criaron como un séneca, llegando a convertirse más tarde en un legendario jefe indio defensor de los territorios indios contra los soldados británicos y estadounidenses.

Su mente cansada se esforzó por recordar la escena y, al final, consiguió encontrarla y encuadrarla.

Escena 72.

Escena panorámica. -La orilla del río. Un grupo de muchachas indias bañándose chapotean, se divierten y empiezan a salir del agua para vestirse.

Escena 73.

Escena de grupo. -Muchachas indias.

Se están vistiendo. Catharine Malott en primer plano, con chaqueta de cuero y enaguas, calzándose los mocasines. Empieza a frotarse los brazos con grasa de oso contra las picaduras de los insectos. La cámara retrocede lentamente y enfoca a una docena de hombres agazapados, todos ellos armados con largos rifles. Empiezan a acercarse a las doncellas.

Escena 74.

Se enfoca a Catharine dirigiéndose hacia el bosque.

Aparecen, por todas partes los emboscados estadounidenses. Catharine les ve, se vuelve de cara a la cámara y lanza un grito.

Escena 75.

Interior de la cabaña. Primer plano.

Catharine tendida de espaldas forcejeando. La cámara se aleja y muestra a dos soldados norteamericanos atando a Catharine a la cama.

Primer soldado (al segundo soldado): "Será suficiente" (A Catharine): "No sois vosotras, las mujeres blancas que os habéis unido a ellos, quienes nos importan. Son los renegados como ese salvaje de Girty. Te retendremos aquí hasta que nos digas dónde podemos encontrarle".

Sharon Fields no conseguía recordar lo que sucedía a continuación. A excepción de dos cosas.

Al finalizar el rodaje de la escena, el director había anunciado la pausa del almuerzo, pero, en lugar de desatar a Sharon, la habían dejado atada y se había ido con los componentes del equipo de rodaje mientras ella les insultaba.

Había sido una broma porque regresaron al cabo de diez minutos para desatarla. Pero seguía recordando el pánico que experimentó al observar que se iban y la dejaban atada a la cama.

Era increíble que lo recordara. Y más increíble, si cabe, yacer tendida allí sabiendo que la vida había imitado al arte. Giró la cabeza sobre la almohada y contempló las dos ventanas encortinadas cerradas con tableros de madera.

Las rendijas entre los tableros sólo revelaban oscuridad y le llegaba desde fuera el canto de los grillos. Aquellos tableros de las ventanas contribuían a acrecentar sus temores.

Significaban que aquel descabellado secuestro había sido planeado de antemano. Habían efectuado preparativos con vistas a su llegada. Volvió a preguntarse quiénes serían, qué serían, qué se propondrían hacer con ella.

Si el más alto y feo de ellos había dicho la verdad, se trataba de unos maníacos o pervertidos sexuales.

Y estaban locos, completamente locos, si esperaban que ella accediera de buen grado y se prestara a colaborar. Haber creído en su imagen pública, en la publicidad, haber creído en aquella patraña del símbolo sexual y haber actuado en consecuencia cometiendo aquel horrendo delito, en la suposición de que ella se mostraría dispuesta a comportarse como la persona que ficticiamente era en la pantalla, eso era lo más descabellado.

Cuánto hubiera deseado poder dormir. Cuánta falta le hubiera hecho la píldora tranquilizante. Pero sabía que en su actual estado tampoco hubiera ejercido efecto.

Su temor sería más fuerte que el fármaco. Además, durmiendo estaría a su merced y no quería consentirlo. Aunque bien era cierto que aquella mañana la habían narcotizado, se la habían llevado inconsciente y no le habían causado el menor daño.

No, claro que no. Estaba segura. Aquella mañana se le antojaba muy lejana y brumosa. Había tenido tantos proyectos, los proyectos del día, el equipaje, las llamadas, las cartas, el proyecto del viaje a Londres al día siguiente, todo se había desvanecido como por arte de magia y ahora se le antojaba algo totalmente absurdo.

Por centésima vez volvió a aflorar a la superficie de su espíritu una débil esperanza. La echarían en falta.

Se tomaba una taza de café en la habitación cuando despertaba, pero Pearl siempre le tenía preparado un zumo de frutas y cereales para cuando regresaba de su paseo matinal.

La comida debía haberle estado aguardando y al lado del plato debían haber colocado el "Los Ángeles Times" y la edición de correo aéreo del "New York Times". Y la habrían estado esperando porque ella siempre acudía puntualmente a desayunar después del paseo.

¿Cuánto rato habría transcurrido hasta que la habían echado en falta? Tal vez un cuarto de hora o media hora todo lo más. Pearl habría supuesto que ella había regresado y estaba desayunando y habría subido al piso de arriba, con Patrick, para hacer la cama y ordenar la habitación.

Después ambos habrían bajado y Pearl habría ido a quitar la mesa del desayuno y habría encontrado la comida intacta. Pearl debía ser quien primero se había enterado, ya que Nellie Wright jamás se levantaba antes de las ocho.

Tendida y amarrada a aquella cama de latón, Sharon Fields cerró los ojos y procuró imaginarse la escena que habría seguido.

Pearl se habría sorprendido, habría recorrido la casa, la planta baja, el piso de arriba, para comprobar que estuviera bien, que no le hubiera ocurrido nada.

Al no encontrarla, Pearl habría llamado a su marido. Juntos habrían salido a recorrer la calzada y el jardín. En el transcurso de la búsqueda habrían encontrado a Theda, la Yorkie. ¿Qué le habría sucedido a la pobrecilla? ¿Le habrían causado algún daño? No, no era probable, ya que en tal caso hubieran dejado un rastro.

Sin embargo, no habría rastro de su dueña, a no ser que aquellos cuatro monstruos hubieran dejado sin querer alguna huella. ¿Qué habrían hecho entonces Pearl y Patrick?

Como es lógico, Patrick se habría dirigido al garaje de tres plazas por si ella había tomado uno de los coches y se había ido.

Pero no, el Rolls-Royce, el Ferrari y el Dusenberg estarían en su sitio.

Entonces habrían empezado a preocuparse. Y habrían despertado a Nellie. Y después ¿qué? Nellie no se habría alarmado de inmediato. Era muy tranquila y controlada y estaba al corriente de los caprichos ocasionales de su patrona.

Nellie se habría vestido y habría recorrido de nuevo la casa con los dos criados. ¿Y después? Nellie se habría imaginado que su patrona habría proseguido el paseo por la calle Stone Canyon y habría sugerido echar un vistazo por allí.

Al no hallarla e ir transcurriendo el rato sin que ella apareciera, Nellie habría llamado a varias puertas de residencias del Camino Levico y de la calle Stone Canyon preguntando a varios vecinos que conocían si alguno de ellos había visto a Sharon Fields paseando por la zona.

Al descubrir que no había tenido suerte, Nellie habría empezado a preocuparse, se habría retirado a su despacho, se habría sentado junto al escritorio y habría hecho uso del instrumento que parecía una prolongación de su propio ser: el omnipresente teléfono.

Nellie habría supuesto que su patrona habría visto a alguien que conocía junto a la verja, algún amigo que pasaba por allí o que había acudido a visitarla, y que se habría ido con esa persona a la ciudad o a tomar un desayuno improvisado.

Nellie habría empezado a llamar a media docena o una docena de amigos suyos sin comunicarles su desaparición, sino simplemente preguntándoles con indiferencia si estaban citados con ella o tenían en proyecto verse con ella aquel día.

Al no recibir información alguna a través de las llamadas, Nellie habría empezado a preocuparse más en serio. Como último recurso habría llamado a Félix Zigman. Y le habría informado. Y ambos habrían discutido a propósito del asunto.

Y caso de tomarse la desaparición en serio, Félix se habría apresurado a actuar. ¿Cuándo habrían empezado Félix y Nellie a sospechar la posibilidad de un secuestro, si es que tal cosa se les había ocurrido? Tal vez empezaran a sospechar esta noche, ahora mismo, en Los Ángeles, o tal vez lo hicieran mañana.

Sabía que Félix se mostraría reacio a informar de ello a la policía, que lo intentaría todo antes de presentar una denuncia a la policía.

Porque su instinto le diría que su nombre y su popularidad inducirían a la policía a revelarlo a la prensa, lo cual provocaría un sensacional revuelo, que más tarde resultaría embarazoso cuando ella apareciera al poco tiempo y explicara los motivos de su caprichosa conducta.

Sin embargo, al no poder atar ningún cabo y al irse acercando la hora de su partida y la necesidad de anular el pasaje, Félix empezaría a sospechar la posibilidad de que le hubiera ocurrido algo grave. Más tarde o más temprano, probablemente más temprano, probablemente dentro de setenta y dos horas, Félix no tendría más remedio que presentar a regañadientes una denuncia a la policía, dando cuenta de su desaparición y echando mano de sus amistades al objeto de que la policía guardara absoluto silencio al respecto.

Y la policía, su máxima esperanza, ¿qué haría? Procurando imaginarse la reacción y la conducta de los funcionarios de la ley y el orden, Sharon recordó súbitamente con tristeza la vez en que se había denunciado una desaparición suya a la policía.

Hacía seis o siete años, cuando ya había comenzado su ascenso pero ella era todavía una promesa y la Aurora Films le había encomendado uno de los principales papeles de aquella comedia suburbial titulada "Nido de amor".



Librodot

Faltaba una semana para el término del rodaje, la mayoría de escenas clave ya estaban filmadas y a ella le había apetecido celebrarlo y descansar un poco.

Había asistido a un baile de disfraces de la colonia de Malibú, había conocido a aquel fabuloso "playboy" peruano que participaba en competiciones automovilísticas y poseía un avión particular, y se había reído con él, emborrachándose como una cuba.

Al proponerle él tomar un último trago en su casa, ella había accedido sin saber que su casa o, mejor dicho, una de sus casas, se encontraba en las cercanías de Acapulco.

Le había hecho gracia y se había ido con él a tomar el avión que tenía aguardando en Burbank, y se había pasado una semana riéndose y bebiendo sin cesar en una fantástica hacienda de las afueras de Acapulco.

Recordaba aquella loca aventura -era por aquel entonces tan irresponsable y se sentía tan inadaptada-y recordaba lo que había tenido lugar en su ausencia y más tarde los directivos de los estudios, al no aparecer ella por los platós en veinticuatro horas y verse obligados a interrumpir el rodaje, se pusieron hechos una furia.

Y habían instado a su representante personal -sólo hacía seis meses que Félix Zigman había accedido a regañadientes a llevarle los asuntos-a acudir a la policía.

Félix, el pobre Félix, había accedido a ello muy a pesar suyo, sabiendo por experiencia que hubiera sido mejor no hacer tal cosa. Se había apresurado a acudir al jefe de policía, que a su vez le había enviado al Departamento de Personas Extraviadas, de la Sección de Investigación. Dado que no podía aportarse prueba alguna de juego sucio, los investigadores se lo tomaron un poco a la ligera.

Tras redactar un informe en el que figuraba su descripción física y sus características y profesión, se lo tomaron más a broma si cabe.

Uno de los oficiales comentó incluso que probablemente Sharon Fields se había repetido la escena. Era consciente de haberse comportado con vistas a alguna película de mala muerte.

La policía había prometido efectuar una investigación de rutina en el depósito de cadáveres y los hospitales, y Félix se había ido totalmente convencido de que no se tomarían nada en serio la desaparición de una actriz, a menos que existieran pruebas irrefutables de secuestro.

En aquella ocasión la policía había estado en lo cierto: no en lo de que ella buscaba publicidad, sino en lo de no tomarse en serio su desaparición.

Al regresar al cabo de una semana, los directivos de los estudios prometieron castigarla, pero cambiaron de idea al comprobar el éxito alcanzado por "Nido de amor" y, lo que era peor, Félix Zigman, que en ningún momento perdió los estribos si bien le dio a entender que no aprobaba su conducta, le dijo que había decidido rescindir el contrato que le unía a ella, si bien revocó su decisión tras suplicarle ella que no lo hiciera, y jurarle no volver a repetir jamás aquella escena sin informarle de antemano.

Había cumplido su palabra y jamás había repetido la escena. Era consciente de haberse comportado en algunas ocasiones en forma caprichosa e imprevisible, pero su profesionalismo había aumentado a tenor de su fama, últimamente se había mostrado mucho más sensata y madura y había sido un modelo de seriedad.

Dado que en aquella ocasión se había tratado de una falsa alarma, ¿se preocuparía Félix por su actual desaparición y se mostraría la policía más eficaz? Ahora Félix la conocía mejor, la apreciaba profundamente y lo más probable era que no considerase aquella desaparición como uno más de sus caprichos.



Librodot

Cuando acudiera al Departamento de Personas Extraviadas, tal como haría con toda probabilidad, ¿cómo se tomarían allí la denuncia? Había en su historia una falsa alarma. Se trataba de una famosa actriz a punto de estrenar una película de elevado presupuesto.

Había desaparecido bruscamente pero no se disponía de ninguna prueba que permitiera abrigar la sospecha de un delito. Por otra parte, hacía seis años no era más que una frívola aspirante a estrella muy poco conocida. Ahora, en cambio, era Sharon Fields, la personalidad cinematográfica más célebre del mundo. Ocupaba una posición social, era importante y tenía influencia.

Los investigadores harían caso de la denuncia. Y al cabo de uno o dos días empezarían a actuar. Pero, ¿cómo lo harían?, se preguntó Sharon. Y en aquellos momentos, la única esperanza a la que se había estado aferrando se disolvió en el aire. El péndulo interior estaba oscilando de nuevo. Estaba empezando a sentirse perdida y abandonada, y procuraba luchar contra el pánico y no perder la cabeza.

Había un hecho que no podía negarse. Estaba allí, víctima de una estrambótica conspiración de cuatro locos, bajo el mismo techo que éstos, ya había hablado con ellos y sin embargo ella, la principal protagonista del secuestro, la víctima, no tenía ni la menor idea de lo que había sucedido tras haberla secuestrado, y tanto menos sabía quiénes eran sus secuestradores.

Si ella, que había sido testigo presencial de los hechos, apenas sabía nada, ¿qué podrían saber Nellie Wright y Félix Zigman y la policía acerca de lo que había ocurrido, de dónde estaba ella y de quiénes la tenían en cautiverio? Nadie, ni aquellos que más la apreciaban y más se preocupaban por su bienestar ni los funcionarios de la ley, podría llegar a imaginarse aquel delito tan increíble, las causas del mismo y su actual situación. Estaba perdida, irremediablemente perdida.

Pensó en sus secuestradores, aquellos cuatro tipos con barba y bigote tan distintos en cuanto a edad, físico y forma de hablar. ¿Quiénes eran? Aquello era lo más importante. Procuró reconstruirlos individualmente a partir del primer encuentro que había tenido con ellos a media tarde.

Eran tan distintos entre sí que costaba muy poco separarlos e imaginarlos. Habían tenido la astucia de no dirigirse el uno al otro ni por sus nombres ni por medio de apodos. Procuraría atribuirles una identidad y un nombre de su propia cosecha.

Estaba el que sin lugar a dudas había sido el instigador de la acción y era el jefe del grupo. Superficialmente parecía muy poco apto para su papel de implacable cerebro criminal. Era el de estatura mediana, ensortijado cabello castaño y barba, malhumorado, extraño, tímido, medio chiflado con aquellos conocimientos tan erróneos acerca de su persona.

Un típico admirador chiflado que había conseguido fundar un terrible y siniestro club de admiradores totalmente distinto a cualquiera de los que ella hubiera tenido o podido tener jamás.

Se había mostrado muy aturdido ante su presencia, pero, tras superar el aturdimiento inicial, había resultado ser el más culto y hablador de los cuatro. Su cabeza albergaba descabelladas fantasías. Estaba tan desligado de la realidad y era tan fanático que había conseguido convencer a sus compañeros de que, al final, a la víctima no le importaría haber sido secuestrada y ser mantenida prisionera, que ésta se mostraría tan masoquista como para que ello le gustara y que accedería a ser objeto de sus agresiones y atenciones. Un loco.

¿Pero qué más? No parecía ni un obrero ni un atleta ni nada de eso. Su personalidad era tan evasiva como el mercurio y resultaba muy difícil definirla. Lo que sí era cierto es que no parecía un criminal.

Claro, que nadie lo parece hasta después de cometido el delito. ¿Acaso parecían criminales Osvald, Ray, Bremer o incluso Hauptmann antes de cometer sus respectivos



Librodot

delitos? Cualquiera de ellos hubiera podido ser un inocente oficinista o cajero de banco o cualquier otra cosa tan inofensivo como eso. Un nombre para identificarle. El Soñador. Sería el más adecuado.

Después estaba el grueso y fornido, con aquella cara ancha y carnosa debajo de toda aquella pelambrera. Con mucho cuento y mucha hipocresía. Procuró recordarle tal como le había visto a los pies de la cama. No le había observado con mucho detenimiento y él no había hablado demasiado.

Producía una impresión de falsa sinceridad. Algo en él y en sus modales le recordaba a los cientos de vendedores que había tenido ocasión de conocer a lo largo de los años. Sin lugar a dudas la Aurora Films le catalogaría dentro del grupo de los viajantes de comercio o vendedores.

Tampoco parecía un secuestrador. Un calavera tal vez sí, un calavera falso y embustero. Sólo le sentaba bien un nombre: el Vendedor.

Después el de más edad, aquel hombre mayor, tan sudoroso e inquieto que había ido a sentarse en la tumbona. Daba pena y risa con aquel bisoñé, que tan mal le sentaba, y aquellas inadecuadas gafas de montura negra y aquella boca melindrosa. Estaba pálido, era canijo y descolorido y no estaba muy lejos de una residencia de ancianos retirados.

Sin embargo, no debía dejarse engañar ni por la edad ni por el aspecto. Se había equivocado muchas veces juzgando a las personas a través de su aspecto exterior. ¿Acaso uno de los mayores criminales de la historia británica no había sido un vulgar e indescriptible dentista llamado Crippen? Aquel viejo, con su pinta de timidez, podía ser un cerebro criminal, en libertad bajo palabra por falsificación o cosa peor, y el más retorcido miembro de la retorcida organización llamada El Club de los Admiradores. Sin embargo, fuera como fuese, sólo había un apodo que le cuadraba a la perfección: el Tiquismiquis.

Pero al que más clara y estremecedoramente recordaba era al cuarto de ellos. Aquel vulgar y cadavérico sujeto malhablado, con aquella especie de acento tejano, el que no hacía más que hablar de acostarse con ella, el de la manía de la opresión a que le tenían condenados los ricachos, aquél era el peor de los cuatro. Era más feo que Picio.

Estaba claro que era un trabajador manual o algo parecido, un tipo peligroso y perverso. Probablemente, un sádico. Decididamente un hombre que podía ser o haber sido un criminal, tal vez con un largo historial delictivo a su espalda.

Los cuatro resultaban antipáticos y desagradables, pero el tipo alto parecía que no estuviera en consonancia con los demás, no daba la impresión de estar a su mismo nivel desde un punto de vista social e intelectual.

Por la forma en que había interrumpido al jefe, estaba claro que debía de tratarse del segundo de a bordo o tal vez incluso de otro jefe con iguales prerrogativas. Sólo se le ocurría llamarle el Malo.

Y, al pensar en él, se estremeció.

Los cuatro. El solo hecho de pensar en ellos, individualmente o bien en grupo, la ponía enferma.

Recordaba que cuando la habían dejado, hacia más de seis horas, casi las últimas palabras habían procedido del jefe, el Soñador, que les había dicho a los demás que la dejaran descansar, que les había dicho: "Vamos a hablar a la otra habitación".

Al parecer, debían de haberse pasado hablando toda la tarde y parte de la noche antes de irse a acostar.

Se preguntó: ¿De qué habrían hablado? Pensó: ¿Qué le tendría reservado el día siguiente? Los motivos que les habían inducido a traerla hasta allí a la fuerza habían oscilado entre la suave explicación del Soñador, en el sentido de que se proponían trabar conocimiento

con ella, y la afirmación sin ambages del Malo, en el sentido de que esperaban que les invitara a mantener relaciones sexuales con ella.

El Tiquismiquis se había mostrado partidario de soltarla, caso de que ella no accediera a colaborar, y el Vendedor se había mostrado inclinado a presionarla al objeto de que colaborara. ¿Pero qué clase de colaboración esperaban aquellos tipos raros? ¿Deseaban únicamente granjearse su amistad en la esperanza de llegar a conseguir algo más? Y, caso de no conseguir nada más, ¿tenían sinceramente el propósito de soltarla? ¿O acaso la colaboración de que hablaban no era más que un eufemismo para designar las relaciones sexuales a que había hecho referencia el Malo, en contra de la opinión de sus compañeros, que preferían no formular las cosas con tanta claridad? Se esforzó por imaginarse el resultado de la situación.

A pesar de todo lo que había ocurrido por la mañana y de su actual situación desesperada, existían varios factores que permitían abrigar la esperanza de que la soltarían ilesa.

Ante todo, al expresarle el Malo con toda claridad lo que deseaban de ella, el Soñador le había dicho que no hablara de aquella forma y el Tiquismiquis se había mostrado partidario de dejarlo correr.

Al parecer, los que controlaban el grupo eran contrarios al empleo de la fuerza. En segundo lugar, estaba casi segura de que había logrado hacerles recapacitar y abochornarles. Le parecía que había conseguido apelar con éxito a su sentido de la honradez civilizada, haciéndoles conscientes del delito que acababan de cometer. En tercer lugar -y ello alentaba su confianza y contribuía a sostener su esperanza-, ninguno de ellos había vuelto a molestarla.

Sí, era cierto, ninguno de ellos se había atrevido a volver (sólo lo habían hecho para permitirle utilizar el retrete) porque estaban abochornados y eran conscientes de lo que podía sucederles si tocaban a alguien tan importante como ella.

Claro que sí, estaba a salvo. Era Sharon Fields. No se atreverían a correr el riesgo de causar daños o violar a Sharon Fields, teniendo en cuenta su categoría, su fama, su éxito de taquilla, su dinero, su seguridad, sus seguidores, su inasequibilidad, teniendo en cuenta que, más que una simple mortal, era sobre todo un símbolo internacional.

¿Se habría atrevido alguien en el pasado a hacerle eso a Greta Garbo o Elizabeth Taylor, llegando hasta el extremo de violarlas? Claro que no. Era inconcebible. Nadie se hubier atrevido. Hubiera sido una auténtica locura. Y, sin embargo... Tirando de la cuerda que le rodeaba las muñecas recordó que era su prisionera.

Se habían atrevido a llegar hasta aquel extremo. Habían emprendido un proyecto inconcebible y, hasta ahora, se habían salido con la suya. La habían amarrado y la habían dejado impotente e indefensa, lejos de cualquier posibilidad de ayuda o rescate, totalmente apartada de su mundo de amigos y del mundo de la ley.

Puesto que habían osado ir tan lejos, era posible que estuvieran lo suficientemente desequilibrados como para seguir adelante. Su cerebro era un mar de confusión que oscilaba entre la esperanza y el optimismo y la desesperación y la impotencia.

¿Qué debía haber ocurrido en su tribunal fingido? ¿Cuál habría sido el veredicto pronunciado? Llegó a la conclusión de que prevalecería la cordura. Era indudable que habían decidido mantener con ella una nueva conversación al día siguiente y, caso de que sus palabras no consiguieran convencerla, la narcotizarían, le vendarían de nuevo los ojos y, finalmente, la dejarían en libertad sin causarle el menor daño.

Era necesario que hiciera acopio de fuerza, para el día siguiente. Intentarían engatusarla. Le suplicarían. La amenazarían incluso.

Pero, si ella se mostraba inflexible y conseguía inspirarles sentimientos de vergüenza y culpabilidad, triunfaría y ganaría la partida y se vería libre de aquella empresa de locos.



Librodot

Cuando la soltaran y pudiera contarlo, ¿quién se creería aquella fantástica historia? La casa estaba tan silenciosa como un depósito de cadáveres.

Gracias a Dios estaban durmiendo y descansando con vistas a la confrontación de la mañana siguiente.

Ella también necesitaba dormir, conservar las fuerzas al objeto de poder convencerles, desbaratar sus maniobras y derrotarles cuando amaneciera.

En el dormitorio habían dejado una lámpara encendida y ella pensó que ojalá hubieran apagado aquel resplandor amarillento permitiéndole gozar así de una absoluta oscuridad. Sin embargo, tenía que dormir, tenía que esforzarse por conseguirlo y mañana sería otro día.

Pero se interpuso algo y, transcurridos unos segundos, comprobó que no se trataba de figuraciones suyas sino de algo real que su agudo sentido del oído había conseguido captar.

Dirigió el rostro hacia el techo para que le quedaran al descubierto las dos orejas y escuchó.

El sonido era ahora más preciso, el pavimento de fuera del dormitorio, crujía y crujía, alguien lo estaba pisando y se iba acercando cada vez más.

Abrió los ojos. El corazón le dio un vuelco y empezó a latirle con fuerza. Más allá de los pies de la cama pudo ver que giraba la manija de la puerta. De repente se abrió la puerta y su hueco lo ocupó una elevada figura medio perdida en la oscuridad.

La figura entró, cerró suavemente la puerta tras sí, corrió el pestillo y avanzó hacia la cama.

El corazón dejó de latirle y la miró como hipnotizada. Se acercó al círculo de luz amarillenta y Sharon vio que era... Dios mío... el Malo, el peor de todos ellos. Iba desnudo de cintura para arriba, tenía el torso velloso e iba descalzo. Era alto y delgado y muy musculoso, y se le veían las costillas.

Se quedó de pie junto a ella, con su cabello negro enmarañado, su estrecha frente, sus pequeños y penetrantes ojos y el bigote que a duras penas le cubría el fino labio superior. Le vio fruncir los labios y el corazón empezó de nuevo a latirle con fuerza.

-No conseguía dormir, cariño -le dijo en voz baja-. Ahora veo que éramos dos los que no lo conseguíamos. Los demás están durmiendo como troncos. O sea, que sólo estamos tú y yo.

Ella contuvo el aliento y guardó silencio. Advirtió que olía a whisky barato. Era asqueroso.

-Bueno, cariño, ¿has cambiado de idea? -le preguntó en voz baja.

-¿Sobre qué? -preguntó ella con voz temblorosa.

-Ya lo sabes. Sobre lo de colaborar. Por tu bien.

-No -murmuró ella-, no. Ni ahora, ni mañana ni nunca. Por favor, váyase y déjeme.

Los finos labios seguían fruncidos.

-Tengo la impresión de que no sería muy caballeroso dejar sola a una invitada en el transcurso de la primera noche estando ella tan inquieta. Me pareció que te apetecería que te acompañara alguien la primera noche.

-No quiero a nadie ni ahora ni nunca. Quiero estar sola y dormir. Procuremos dormir y ya hablaremos de ello mañana.

-Ya estamos a mañana, cariño.

-Déjeme en paz -dijo ella levantando la voz-. Salga.

-¿Conque así estamos todavía, aún no se nos han bajado los humos? -dijo él-. Bueno, cariño, será mejor que te diga que no tengo tanta paciencia como mis compañeros. Te daré otra oportunidad de ser razonable por tu propio bien. -Sus ojos de abalorio le recorrieron el

rostro, la blusa, la falda y volvieron a posarse en el rostro-. Será mejor que lo pienses, y verás que soy muy cariñoso.

-¡Lárguese, maldita sea!

-A menos que me traten mal. Conque, si no vas a ser amable, lamentaré tener...

Sucedió todo con tanta rapidez que ella no pudo reaccionar.

Se metió la mano en el bolsillo, exhibió algo blanco y, antes de que ella pudiera gritar, le cubrió la boca con un pañuelo ahogándole la voz en la garganta.

Los dedos del hombre trabajaron con celeridad y la banda de tela se fue hundiendo en su boca, ahogándola y lastimándola mientras él le anudaba estrechamente el pañuelo sobre la nuca.

Agitó la cabeza de un lado a otro, procuró articular palabras de protesta y súplica, pedir socorro, pero estaba amordazada, y muda.

El Malo se irguió satisfecho de su labor.

-Creo que tendré que hacer las cosas a mi modo. Sí, creo que tendré que hacer amistad contigo a mi manera. Porque me siento amistoso, nena, francamente amistoso.

Esta noche has tenido una oportunidad y la has desaprovechado. Tengo que darte una lección. Tienes que enterarte de que siempre hablo en serio. -Se calló y observó que sus labios pugnaban por librarse de la mordaza. Se inclinó y se la ajustó para que se le hundiera con más fuerza entre las mandíbulas.

Después retrocedió-.

Así. No quisiera que despertaras a mis amigos, ¿sabes? Sería una desconsideración por mi parte, ¿no crees? -Puso los brazos en jarras y la miró sonriendo-. Lástima que me hayas obligado a amordazarte.

Porque dentro de media hora me hubiera gustado oírte pedirme más. Puedes creerme, cariño, te va a encantar, te va a encantar como no te imaginas.

Mira, cariño, entérate bien. No es que seas precisamente una virgen; por consiguiente, no voy a hacerte nada que no te hayan hecho cientos de veces, ¿verdad? Tal vez debiera darte una segunda oportunidad de colaborar, aunque no suelo hacerlo.

Si me demuestras que estás dispuesta a colaborar, seré muy bueno contigo y hasta te quitaré la mordaza ahora mismo. Y, cuando hayamos terminado, no les diré nada a los demás.

Tú colaboras conmigo esta noche y durante algunos días y no les diremos nada a los demás, no les contaremos nada y no te molestarán. Fingiremos que no ha sucedido nada. ¿Qué te parece? Nos divertiremos en secreto y entonces te garantizo que te soltarán. ¿Qué dices a eso?

Estaba ciega de temor y rabia. Jamás se hubiera imaginado que a ella, a Sharon Fields, pudiera sucederle alguna vez algo parecido. No estaba sucediendo, no era posible que estuvieran sucediendo.

Pero allí estaba él aguardando y ella se notaba el corazón en la garganta y se estaba ahogando.

Sacudió violentamente la cabeza para darle a entender cuáles eran sus sentimientos, para darle a entender que no había habido ningún error, para decirle que se fuera, que saliera, que la dejara en paz.

Agitó las muñecas amarradas y empezó a cocear con las piernas.

Intentó cocearle con el pie izquierdo para darle a entender que no bromeaba. Comprendía que su situación era desesperada, Ella le había dado una respuesta y ahora él iba a darle la suya. Le vio desabrocharse lentamente el ancho cinturón de cuero. Cruzó fuertemente las piernas.

-Muy bien, cariño -le dijo él esbozando una ancha sonrisa-, no quieres colaborar. Entonces, no tendrá más remedio que ser así. Tú lo has querido.

Paralizada por el terror le vio quitarse los pantalones y dejarlos sobre la alfombra.

Llevaba calzoncillos blancos. El abultamiento de la bragadura parecía una roca.

Hubiera querido implorarle, suplicarle, ella no lo había querido, no lo deseaba, era libre, se pertenecía a sí misma, jamás había sido violada, jamás la habían humillado de aquella forma.

¿por qué "ella"? ¿Qué quería demostrarle? ¿Acaso no era un ser humano? pero la mordaza le ahogaba las palabras y se las empujaba de nuevo a la garganta encerrándolas en ella y permitiendo únicamente que se filtraran a través del pañuelo unos entrecortados gemidos de angustia.

Le miró jadeante y aterrorizada mientras se quitaba los calzoncillos.

Dios mío, deténle, sálvame, protégeme, rezó. No era posible que sucediera. Era imposible. No sucedería.

¿Acaso no sabía aquel animal quién era ella? Se había acercado y se había inclinado hacia ella y estaba acariciándole los botones de la blusa de punto.

La desagradable cercanía de su repulsivo rostro y el nauseabundo olor a whisky la obligaron a hacer una mueca.

-Los pechos primero -dijo él con aspereza-. Quiero echar un vistazo a estas aldabas.

Le estaba desabrochando uno a uno los botones.

Ella procuraba apartar el cuerpo todo lo que podía y entonces se descosió el último botón. La blusa quedó parcialmente abierta y con sus toscas manos él atrajo hacia sí la parte superior del cuerpo de Sharon y le abrió del todo la blusa. Pudo ver sus grandes pechos al aire, cada uno de ellos coronado por la circunferencia de un pardo pezón.

-Vaya, hombre -le oyó decir ella-, ¿conque sin sujetador, eh? Creo que lo hacías para que se te vieran. Santo cielo, vaya pechos. Hace años que no veía unos tan grandes y redondos. -Posó una mano sobre cada uno de los pechos y empezó a sobarlos y acariciarlos.

De repente apartó las manos-. No perdamos el tiempo en los preliminares. Se arrodilló rápidamente en la cama a su lado. Su sonrisa se había convertido en una torcida mueca lasciva.

-Muy bien, cariño, ya me has visto ¿a que parece un rinoceronte? Ahora me toca a mí. Vamos a ver el bocado más famoso del mundo.

Aterrorizada, decidida a oponer resistencia hasta morir, Sharon fue a levantar los muslos y las piernas para cocearle, pero las manos del Malo fueron más rápidas, le apresaron las piernas levantadas y se las separaron.

Después se arrojó encima suyo con su cuerpo desnudo apoyando todo el peso del mismo sobre la pierna izquierda de Sharon, empujando, clavándola en el colchón mientras con una de sus manos le inmovilizaba dolorosamente la otra pierna por medio de la fuerza bruta.

Con la mano derecha libre le desabrochó los botones de la corta falda de cuero y, tras haberlo hecho, apartó a un lado una mitad de la falda y después hizo lo propio con la otra.

En aquel terrible momento intentó recordar qué tipo de bragas llevaba aquella mañana. Lo recordó y se estremeció. Era una de aquellas malditas bragas de seda negra transparente de sólo cinco centímetros de anchura que subían hasta la fina tira que se ajustaba muy baja en la cadera.

Era una de las más ligeras que tenía, apenas cubría el vello del pubis y la vulva, era casi como ir desnuda, y ello para conferir a las faldas y vestidos una suave línea ininterrumpida.

Pero ahora sabía que sería terrible y que contribuiría a excitar más si cabe a aquel sujeto. Comprendió inmediatamente que había estado en lo cierto. Vio que se le iluminaban los pequeños ojos al mirarle la entrepierna. Notó después que aquella cosa se endurecía junto a su muslo.

-Santo cielo -le oyó decir mientras palpaba con la mano la fina tira y localizaba los dos corchetes laterales, le bajaba la franja de seda y la desnudaba.

La estaba mirando y emitía sonidos entrecortados sin dejar de mirarle el abundante vello del pubis y los rosados labios de la vulva-.

Santo cielo -repitió-, qué preciosidad, qué preciosidad, qué bocado tan delicioso. Vaya si tienes, igual que mi obús.

Con un rápido movimiento le soltó las piernas y se irguió sobre las rodillas directamente encima suyo.

Momentáneamente en libertad, ella levantó ambas rodillas en la esperanza de hacerle perder el equilibrio empujándole con los pies.

Pero al hacerlo así, él adelantó las manos y la asió por los tobillos.

Después, tensando los músculos de los brazos, le separó las piernas manteniéndolas en alto, levantándole los labios genitales externos y abriéndoselos.

Ella gimió y forcejeó al verle el cuerpo desnudo entre sus piernas. Era horrendo, monstruoso. Dios mío, Dios mío, rezó, déjame morir.

-Bueno, cariño, bueno -estaba diciendo él-, allí voy.

Le bajó la pierna izquierda inmovilizándosela debajo de su cuerpo y, asiéndose el rígido miembro, lo guió hacia los labios vaginales abiertos. Ella se sentía presa del terror como una corza acorralada.

Cerró fuertemente los ojos rezando mentalmente, rezando para que se produjera un milagro y viniera a rescatarla algún salvador, algo que impidiera lo que estaba sucediendo, pero, no, no hubo respuesta ni salvación, estaba ella sola, totalmente indefensa.

Le notaba entre sus piernas esforzándose por penetrar en su carne, pero, a pesar de la intensidad de la presión, no conseguía introducirse. Le oía maldecir por lo bajo.

-La mejor estufilla del mundo, y más seca y apretada que... maldita bruja, ya te arreglaré las cuentas. Había retirado la punta pero ahora estaba penetrando en ella otra cosa, entraba y salía, hacia adelante y hacia atrás, un dedo que se proponía lubrificarla y humedecerla, maldita sea, maldita sea, maldita sea.

El tipo retiró bruscamente el dedo. Ella abrió los ojos y, al hacerlo, le vio aterrorizada por última vez, y de repente le sintió en su interior, hundiéndose cada vez mas, llenándola, quemándola, lastimándola, casi desgarrándola y hundiéndose más y más.

Estallando de horror y furia, ella se retorcía y agitaba la parte superior del cuerpo procurando vomitarle fuera, regurgitarle, gritando y sollozando en su reseca garganta, intentando escapar.

Las lágrimas le cegaban los ojos. Pero él no le hacía el menor caso parecía no preocuparse por su resistencia. Después le soltó las cansadas piernas y se hundió plenamente en ella, con las manos apoyadas sobre sus hombros, bombeándola como un loco, dentro y fuera, prolongadas arremetidas hacia adentro y hacia afuera.

Retorcerse para rechazarle era imposible porque tenía las nalgas como clavadas a la cama.

Levantó las piernas para golpearle la espalda y las costillas con los talones de los pies, pero advirtió que ello contribuía a aumentar su excitación.

Seguía arremetiendo con fuerza, sin modificar el ritmo, sin bondad, sin delicadeza, su arma de sádica furia y de triunfo le desgarraba las entrañas como un martinete, hundiéndose en ella como un puño que la golpeara implacablemente.

Su resistencia se estaba debilitando, sus doloridas piernas y pies no conseguían cocearle y desequilibrarle, sólo contribuían a inducirle a castigarla con más dureza.

Era como si le hubieran clavado un pistón en la carne, un pistón que subiera y bajara a ciento sesenta kilómetros por hora, que le distendiera la carne y la partiera en dos mitades.

Dios mío, era inútil. Sus piernas ya no estaban en condiciones de seguir luchando. La ahogaba la humillación y el dolor y las lágrimas de indignación y odio le cegaban los ojos.

Haberle ido a ocurrir a ella, precisamente a ella entre todas las mujeres, ella una víctima después de aquellos interminables años de lucha por alcanzar la libertad y la seguridad, por estar para siempre por encima de la esclavitud y la explotación y ahora la estaba destrozando, destruyendo y haciendo trizas un animal primitivo y despiadado.

Dios mío, por favor, déjame morir, déjame morir para siempre.

Y de repente su ardoroso cuerpo se llenó a rebosar como si un tumor maligno la desgarrara una vez más por dentro y la partiera en dos mitades como en un potro de tormento, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones pero nadie podía oírla y entonces notó que se tensaba encima suyo, le oyó lanzar un profundo suspiro, un suspiro que se convirtió en prolongado gemido y el aliento a alcohol le llenó toda la cara y su interminable y podrida polución le ensució las más recónditas rendijas de su ser.

Y, al final, terminó. Dejó caer encima suyo todo el peso de su huesuda figura, jadeando y respirando dificultosamente. Otra bonita violación en su haber.

-Conque eso es Sharon Fields -le oyó murmurar.

Yacía tendida como si estuviera muerta, apenas un ser humano, más parecida a un animal torturado sin apenas resistencia tras su irremediable derrota. Al abandonar él la cama, su cuerpo subió y bajó con el colchón. Le oyó dirigirse al cuarto de baño, notó la luz del cuarto de baño sobre sus párpados, oyó el rumor del agua del depósito del inodoro, oyó el rumor del agua del grifo.

Al abrir los ojos, le vio de pie junto al tocador poniéndose los pantalones.

Después, le vio acercarse a la cama abrochándose el cinturón. La estudió brevemente.

-Estás muy bien, nena -le dijo muy contento-, pero la próxima vez todavía estarás mejor. Cuando aprendas a colaborar, comprenderás que se pasa mejor.

Me lo has puesto un poco difícil al principio Me has obligado a trabajar. Me has obligado a terminar antes de lo que tengo por costumbre. Pero te prometo que la próxima vez lo haremos como es debido.

Ella yacía mirando hacia el techo, sumida en la degradación, experimentando la sensación de que le serpeaban por dentro y por fuera cosas sucias, sintiéndose sucia y enferma y deseando morir.

-Tienes que reconocer -le estaba diciendo él-que no te he hecho daño, no te he hecho nada malo ni te he cambiado nada. ¿A qué viene, pues, tanto alboroto? Ya ha terminado y ha sido divertido. ¿Por qué no te tranquilizas un poco? Ella mordió el pañuelo y los ojos se le nublaron una vez más a causa de las lágrimas.

-¿Quieres que te abroche la blusa antes de que te duermas? -le preguntó él.

Ella no reaccionó, todo te daba igual, Ya nada le importaba. El Malo se encogió de hombros y le juntó las dos partes de la blusa sin abrochársela.

-De lo contrario, vas a pillar un resfriado. -Le acercó los dedos a la parte posterior de la cabeza y empezó a deshacerle el nudo-. Creo que te has ganado el derecho a respirar un poco mejor. -Le quitó el pañuelo y se lo volvió a guardar en el bolsillo-.

Ya está, nena. ¿Así está mejor, eh? Tenía la boca y la lengua demasiado secas para poder hablar. Se pasó la lengua por el velo del paladar y el interior de las mejillas para estimular la secreción salival y, al final, lo consiguió.

-¡Cochino hijo de puta! -gritó-. ¡Maldito y cochino hijo de puta! Voy a castrarte, matarte, aunque me cueste la vida ¡voy a agarrarte!

El abrió la puerta, miró por encima del hombro y esbozó una ancha sonrisa.

-Pero si ya me has agarrado, cariño. Me lo has agarrado todo, es lo máximo que puedes agarrarme.

Ella lanzó un grito y rompió a llorar y a sollozar sin poderse contener, mientras se cerraba la puerta. Diez minutos más tarde, tras haberse preparado un bocadillo de carne y queso y un gran vaso de cerveza, Shively se encontraba sentado en el sofá del salón gozando de aquel refrigerio tras haberse fumado el cigarrillo que tanto le apetecía.

Masticaba el bocadillo y sorbía la espuma de la cerveza esforzándose por no prestar atención a los sollozos procedentes del dormitorio principal.

Sus llantos y sollozos eran constantes y podían oírse muy bien.

Se había imaginado que aquella estancia estaba lo bastante aislada del resto de las habitaciones del refugio como para ser a prueba de sonidos. Pero la había oído llorar desde el pasillo mientras se dirigía a la cocina y ahora la estaba oyendo desde el salón y pensó que no debía haber cerrado bien la puerta.

Pensó en la posibilidad de regresar para cerrarla mejor, de tal forma que no se oyera el alboroto que estaba armando y se despertaran los demás.

Al principio había pensado no contarles a los demás lo que había hecho, pero después pensó que, qué demonios, lo averiguarían a través de ella o lo averiguarían cuando repitiera la hazaña al día siguiente y, además, tal vez fuera conveniente que se enteraran para que se olvidaran de aquella mierda de la colaboración y gozaran de aquellas dos semanas de vacaciones exactamente igual que él.

Masticaba el bocadillo y bebía cerveza tranquilamente sentado, sin molestarse en reflexionar acerca de lo que acababa de hacer como no fuera para pensar en el cuerpo semidesnudo de Sharon y en lo mucho que hubieran deseado muchos hombres tener el valor que él había tenido y estar en su pellejo.

Pensó en todo eso y pensó en lo mucho que le envidiarían sus viejos compañeros de la compañía Charlie de la 11 brigada del Vietnam si lo supieran, pero no lo sabían y jamás podrían saberlo, maldita sea.

Todos solían fanfarronear mucho por aquel entonces, especialmente los oficiales, todos presumían de los traseros de que habían gozado cuando entraban en las aldeas, pero, qué demonios, ninguno de ellos había gozado jamás de un bocado tan escogido como Sharon Fields.

En los momentos en que no le distraían los sollozos de Sharon, Shively pensaba satisfecho en todas estas cosas, y decidió esperar un poco por si alguno de los demás se había despertado.

Como un globo enfundado en un arrugado pijama a rayas, Yost fue el primero en aparecer, frotándose los ojos.

Su mirada iba de Shively al pasillo y a la fuente de aquellos constantes sollozos. Se acercó a Shively perplejo y se sentó a su lado, en el sofá.

-¿Qué ocurre? -Preguntó.

Shively tenía la boca llena y tardó un poco en contestar. Mascaba y sonreía y dirigía los ojos al techo sonriendo enigmáticamente. Se divertiría haciéndole esperar.

-¿Es que le ocurre algo? -insistió Yost.

Shively tragó ruidosamente el bocado y, antes de poder contestar, descubrió la ridícula figura del viejo Brunner entrando en la estancia.

El perito mercantil, más pelado, que una anguila y más blanco que la tiza, vestido únicamente con unos calzoncillos azules que hacían que sus delgadas piernas varicosas parecieran palillos, se estaba poniendo las gafas y mirando preocupado a sus dos compañeros.

-Me ha parecido oír ruido y me he preocupado -les dijo acercándose. Ladeó la cabeza y descubrió la divertida mirada de Shively.

-Es la señorita Fields, ¿verdad?

-La misma que viste y calza -repuso Shively guiñando el ojo.

Brunner cruzó rápidamente la estancia y se sentó frente a los otros dos.

-¿Qué sucede? Shively ladeó la cabeza en dirección al pasillo y escuchó.

Los sollozos habían disminuido notablemente, habían empezado a menguar, a hacerse intermitentes. Asintió satisfecho.

-Así está mejor. Sabía que se calmaría.

Yost agarró el hombro del tejano y lo sacudió con impaciencia.

-Deja de andarte con rodeos, Shiv. ¿Qué ha ocurrido? Shively examinó sus expresiones de curiosidad y después se metió pausadamente en la boca el resto del bocadillo. Se reclinó en el sofá y se frotó el tórax satisfecho.

-Muy bien, queridos consocios del Club de los Admiradores, ya podéis anotar lo siguiente en nuestro diario de campaña. ¿Preparados? Yost y Brunner se inclinaron hacia adelante.

-Me he acostado con ella -les dijo Shively-, anotadlo en vuestros diarios. Kyle Shively se ha acostado con Sharon Fields. Hay quien dice y hay quien hace, y escribid que el viejo Shiv es de los que hacen. ¿Qué os parece? Enlazó las manos en la nuca y sonrió contemplando la reacción de los otros dos.

-¿Qué has hecho? -le preguntaron a gritos desde un extremo del salón.

Era Adam Malone, con la camisa por encima de los tejanos azules, cruzando descalzo la estancia con el rostro desencajado-. Me ha despertado Leo al levantarse y no estoy muy seguro de haberte oído bien, Shiv. -Se detuvo junto a la mesita de café-. ¿He oído lo que he creído oír?

Shively se echó a reír.

-Les estaba diciendo a los chicos que tu muchacha soñada ya no es una muchacha soñada, es de verdad, puedes estar seguro. He entrado allí hace un rato y me he acostado con ella a base de bien.

-¡No lo has hecho! -gritó Malone sinceramente escandalizado-. ¡Ella no te lo hubiera permitido! Maldita sea, Shiv, será mejor que nos cuentes la verdad.

Shively se irguió en su asiento y adoptó una expresión de seriedad.

-No podía dormir. Y me decía. ¿para qué estamos aquí? Y yo mismo me contesté, ya sé por qué estoy aquí.

Estos atontados de mis compañeros son unos cobardicas. Si yo no tomo la iniciativa, perderemos el tiempo y una ocasión única de divertirnos y todo quedará en agua de borrajas. Me he levantado, he entrado en su dormitorio y me he acostado con ella.

-!No! -gritó Malone con las facciones contraídas y las manos cerradas en puño.

-Será mejor que me creas, hijo. Si no me crees, entra y pregúntaselo a tu pequeño símbolo sexual. Ella será mi testigo.

-¡Maldito hijo de puta traidor! -rugió Malone. Se abalanzó fuera de sí sobre Shively.

El tejano se levantó instintivamente. Malone fue a agarrarle por la garganta pero el tejano fue mas rápido. Le esquivó y rechazó con el brazo derecho las manos extendidas de Malone, éste perdió el equilibrio, se tambaleó y Shively giró sobre sí mismo y le propinó un fuerte puñetazo en la mandíbula.

Malone quiso apuñear al tejano y agarrarse a éste para recuperar el equilibrio, pero falló y se desplomó de lado. Había empezado a levantarse y se había arrodillado en un intento de abalanzarse de nuevo sobre Shively, cuando Yost se interpuso entre ambos empujando a Malone al suelo con un pie y apartando a Shively con una mano.

-¡Basta, muchachos, basta! -les ordenó Yost.

Shively miró enfurecido a Malone.

-Ha empezado este papanatas. Yo no he hecho nada.

-¡Tú lo has hecho todo! -gritó Malone desde el suelo agitando un puño en dirección a Shively-. ¡Lo has estropeado todo! -Pronunciaba frases casi inconexas a causa del enojo-. Has quebrantado el acuerdo. Teníamos un acuerdo, un acuerdo solemne, como un juramento de sangre. Y tú lo has quebrantado a nuestras espaldas. La has violado. Nos has convertido en unos delincuentes.

-Vamos, cállate -dijo Shively molesto.

Apartó la mano de Yost y le dijo a éste-: Si no consigues que cierre la boca, Howie, lo haré yo y no va a ser bonito.

-Siéntate, Shiv, siéntate -le estaba diciendo Yost al tiempo que le empujaba hacia la silla que el alarmado Brunner acababa de abandonar.

Yost obligó al tejano a sentarse-.

Calmémonos, Shiv, y hablemos.

Yost se volvió y vio que el tembloroso Brunner estaba ayudando a Malone a levantarse del suelo.

-Ya basta, Adam, ya basta -murmuraba Brunner-. Las peleas de nada nos servirán.

-Tiene razón, Adam -dijo Yost asintiendo enérgicamente-.

Escucha a tu tío Leo. Esta vez tiene razón.

Lo hecho, hecho está, y es inútil culpar a Shiv. Lo ha hecho impulsivamente. Tenemos que reconocer que todos no somos iguales. ¿Quieres reportarte?

Malone no contestó. Se había lastimado la pierna al caer y, cojeando, dejó que Brunner le ayudara a dirigirse al sofá que había al otro extremo del salón, acomodándose en él.

Malone permanecía sentado mirando la alfombra, con los dedos de ambas manos entrelazados y sacudiendo la cabeza sin cesar. Al final miró a Shively.

-Muy bien, creo que de nada servirá la violencia.

-Así me gusta -dijo Yost complacido.

-Pero estoy muy dolido -dijo Malone amargamente-. Estoy muy decepcionado. Kyle, has cometido el delito más bajo que existe.

La has violado estando indefensa. Has quebrantado la solemne promesa que le hicimos a ella y que nos hicimos unos a otros. Lo has echado todo a perder.

-Mierda -dijo Shively-. Howie, dame una cerveza. -Tomó el vaso que le ofrecía Yost y miró a Malone con enojo-. Mira, chico, por tu bien déjame en paz. No me vengas con sermones. No vengas aquí a decirnos que eres el único que sabe lo que tenemos que hacer.

Somos todos iguales. Por consiguiente, no vayas a mandarme. Yo haré las cosas a mi modo y tú las harás al tuyo. Que es la única forma de hacerlas, según yo tengo entendido.

-Pero no utilizando la violación forzosa -dijo Malone-. Eso no es forma de hacer las cosas.

Yost terció una vez más.

-Adam, de nada sirve insistir en lo hecho. Dejémoslo. Ya ha pasado.

-En eso tienes razón -dijo Shively-. Está hecho y ha pasado, y por mucho que me reprendas y acuses, muchacho, la situación no cambiará y el reloj no volverá atrás.

A partir de ahora tendrás que ser más realista. Aceptar los hechos. Me apetecía hacerlo y lo he hecho, ¿te das cuenta? Me he acostado con ella. En un libro de cuentos tal vez sea la intocable santa Sharon Fields.

Pero por lo que a nosotros respecta es mercancía de segunda mano. Ya basta de idioteces acerca de lo que debemos y lo que no debemos hacer. Ya ha sido vencida.

A partir de ahora es miembro del Club de los Admiradores con plenitud de derecho y no ya una simple fotografía en la pared. Es un trasero vivo, muchacho, y está deseando actuar. A partir de esta noche será una fiesta de constantes diversiones. Ya es hora. No tardarás mucho en besarme los pies para darme las gracias.

Malone estaba furioso.

-¿Darte las gracias? ?Por haber cometido un delito despreciable contra una persona indefensa? ¿Por no haber cumplido con la palabra dada? ¿Por ponernos a todos en peligro? Mierda, me das asco.

Se tocó el bolsillo de la camisa, introdujo los dedos en él, extrajo un aplanado cigarrillo de hierba, se lo metió en la boca y Brunner le ofreció nerviosamente fuego.

Malone se reclinó en el sofá dando chupadas al cigarrillo y fue entonces cuando Brunner miró a Shively torciendo la boca.

-No quisiera agravar la situación, Kyle, pero estoy de acuerdo con Adam. Has quebrantado las normas. No debieras de haberte dejado dominar por tus impulsos. No has tenido consideración ninguna hacia nosotros, tus amigos. Involuntariamente y sin nuestro consentimiento nos hemos convertido en cómplices.

-¿Que sois cómplices? Bueno, ¿y qué? -dijo Shively lamiéndose la cerveza del labio superior-. Muy bien, pues, gozad de ello igual que yo.

Yost había estado observando a Shively atentamente y con cierto respeto disimulado. Estaba jugueteando con el cordón de los pantalones del pijama.

-Sí, yo creo que Shiv tiene razón en cierto sentido -dijo dirigiéndose a Malone y a Brunner, procurando mostrarse conciliador y actuar de árbitro razonable-.

A partir de ahora, sería mejor que nos calmáramos y aceptáramos mutuamente nuestras respectivas fuerzas y debilidades. Así vive la gente en el mundo. -Se detuvo y después prosiguió-: A Shively le reconozco un mérito: es realista y no se deja acobardar por innecesarios sentimientos de culpabilidad.

Ya habéis oído lo que ha dicho. Lo hecho hecho está y no puede deshacerse. Y, una vez hecho, cambia la situación. Podemos contemplarla desde una nueva perspectiva.

-No te expresas con demasiada claridad, Howard -dijo Brunner con aire preocupado.

-Digo que la situación ha cambiado y que tal vez fuera razonable que modificáramos nuestra actitud en relación con este asunto. -Se puso en pie y dio la vuelta para mirar a Shively.

Estaba claro que la aparente neutralidad de Yost se había convertido en una admiración patente-, Shiv, ¿no nos estarás tomando el pelo? ¿De veras has entrado y te has acostado con ella?

-Howie, ¿por qué iba a mentirte, siendo así que basta con que entréis y lo averiguéis vosotros mismos?

-Lo has hecho -dijo Yost como si hubiera dicho "amén". Pareció dudar un poco y añadió-: Muy bien, Shiv, pues ya podrías contarnos qué tal ha sido.

Malone contrajo los ojos para ver mejor a través del humo de la marihuana y dijo tartamudeando:

-Yo no quiero, no quiero oírlo.

-No he pedido información para ti -le dijo Yost con cierto tono de irritación-sino para mí. -Volvió a dirigir su atención al tejano-. Bueno, Shiv, cuéntanos. ¿Qué tal ha sido?

-Estupendo. Fantástico. Un viaje extraordinario. Me lo he pasado en grande.

-¿No bromeas?

-No bromeo. La chica es todo lo que se dice que es. Resulta fabulosa.

-¿De veras? ¿Ha colaborado?

-Yo la he invitado a hacerlo -repuso Shively con un gruñido-, pero ni siquiera le he dado tiempo a responder. A partir de ahora colaborará mejor.

Parece como construida en ladrillo pero yo la he hecho entrar en razón. Me parece que he conseguido hacerle entender que si nos lo pone difícil no irá a ninguna parte.

-Estoy seguro de que tienes razón -dijo Yost rápidamente-. ¿Entonces tú crees que no opondrá mucha resistencia?

-¿Después de lo que yo le he dado? No. A partir de ahora será tan fácil como una abuela. Te digo que está vencida, domada. Estamos a punto de convertirla en un animalillo doméstico.

-Bueno, puesto que tenía que ocurrir, bienvenido sea -dijo Yost con los ojos brillantes-. ¿Y dices que es tal como suponíamos?

-Mejor -repuso Shiv apartando a un lado el vaso vacío. Se levantó y se desperezó-.

Howie, muchacho -dijo apoyando una mano fraternal sobre el hombro de Yost-espera a posar los ojos en aquel manguito. Es la cosa más bonita que hayas visto. De primera categoría. Es más, lleva el castor arreglado, un poco rasurado por los lados, una preciosidad.

Brunner, veterano de los espectáculos nocturnos de El Traje de Cumpleaños de Frank Ruffalo, aportó espontáneamente una explicación:

-Las bailarinas y las coristas suelen rasurarse los lados del pubis porque resulta más presentable cuando lucen mallas o braguitas. Mmm... y la señorita Fields creo que interpreta unas danzas muy atrevidas en su última película.

-Sí, -dijo Shively estudiando a Brunner en calidad de posible aliado-, sí, de eso se trata, Leo. -Volvió a darle a Yost unas palmadas fraternales en el hombro-.

Y lo demás unas aldabas de las que podríais colgar el sombrero. Es la octava maravilla del mundo. ¿Pero por qué fiaros de mi palabra? Id a verlo con vuestros propios ojos.

-Tal vez lo haga -dijo Yost ansiosamente-, lo estaba pensando.

-Pues que te diviertas mucho -dijo Shively soltando una risotada-. Yo voy a disfrutar de un merecido descanso. Buenas noches, consocios, hasta mañana.

Y abandonó la estancia bostezando. Una vez se hubo marchado el tejano, Yost sacudió la cabeza con admiración.

-Vosotros diréis lo que queráis -dijo sin dirigirse a nadie en particular-, pero hay que admirar a Shiv por haber tenido el valor de vivir la experiencia.

-Luego cualquiera puede cometer una violación -dijo Malone con voz pastosa.

-Eso estaba pensando yo -dijo Yost.



Librodot

-Tal vez debiéramos acostarnos -dijo Brunner removiéndose en su asiento.

-Tú y Adam podéis iros a dormir -dijo Yost-, a mí no me apetece. Me siento estimulado.

-¿No irás a entrar allí? -le preguntó Brunner.

Yost se rascó pensativo la entrepierna.

-¿Y por qué no? -dijo-. Shiv no tiene por qué monopolizarla.

Brunner se puso en pie de un salto.

-Es cierto que no podemos deshacer el mal que se ha hecho. Pero dos males no suman un bien, Howard. No debiéramos agravar el delito. -Hizo ademán de agarrar el brazo de Yost-. Piénsalo. Mañana estaremos más tranquilos y podremos discutirlo.

Yost eludió su mano.

-Tal como ha dicho Shiv, ya hemos hablado bastante.

-Piénsalo, Howard, por favor.

-Ya lo he pensado. Y acabo de otorgarme un voto de confianza. Voy a echarle un vistazo a nuestra invitada de honor.

Malone fue a levantarse del sofá pero no lo consiguió.

-Howie, no.

Yost agitó la mano en dirección a él.

-Vosotros dos seguid hablando o acostaros. No os preocupéis por mí. Estamos en un país libre. Un hombre, un voto. Y yo ya sé por qué he votado. Se volvió y se encaminó hacia el pasillo.

Estaba tendida de espaldas sobre la cama, agotada por el ataque y el acceso de histerismo que posteriormente había sufrido, y le resultaba imposible pensar en nada. Sólo deseaba el olvido pero éste no se producía.

Mantenía los ojos cerrados como para convencerse de que aquel mundo no existía y había sufrido una pesadilla y pronto se despertaría a salvo en Bel Air.

Desde que había dejado de sollozar no había escuchado más rumor que los irregulares latidos de su corazón.

Corazón, detente, por favor, y líbrame de eso, rezaba.

El primer ruido que escuchó fue el de la puerta del dormitorio al cerrarse y el del pestillo al correrse. Por segunda vez, alguien había entrado en el dormitorio. No abrió los ojos inmediatamente.

No experimentaba curiosidad por saber cuál de los cuatro sería. No, bastaba con saber que aún no querían dejarla en paz.

Al principio, al pasar su acceso de histerismo, se había preguntado fugazmente si el Malo sería el único que la violaría aquella noche o más tarde. Se había preguntado si ocultaría a los demás su maldad.

Y había pensado que tal vez lo hiciera. Ahora, para saber si el visitante era de nuevo el Malo o bien uno de los demás, hizo un supremo esfuerzo y abrió los ojos.

De pie junto a la cama se encontraba la rolliza y pesada mole, enfundada en un arrugado pijama a rayas.

El Vendedor.

Sus ojos inyectados en sangre no le miraban la cara sino los pechos desnudos. La miraba fascinado y con la boca abierta y respiraba entrecortadamente.

Dios mío, gimió ella en silencio, lo sabe, lo saben todos. Ya la habían penetrado una vez.

Por consiguiente, ya no estaba intacta, no inspiraba pavor, no estaba lejos y a salvo de los intrusos Habían abierto la entrada.

El público había sido invitado a franquearla. La temporada había comenzado. Y ella era la víctima propiciatoria. Dios mío, no.

A no ser que éste, el Vendedor, y los demás fueran distintos, fueran más sensibles para con sus sentimientos y sólo se presentaran en calidad de "voyeurs".

Empezó a rezar pero se detuvo. Su infantil esperanza a propósito de una posible honradez civilizada se desvaneció antes de que pudiera formularla por entero.

Sin mirarle la cara, fascinado todavía por su busto, el Vendedor estaba intentando deshacerse el nudo del cordón del pijama.

Se quitó rápidamente los pantalones sin pronunciar palabra. No quería perder el tiempo.

-No, por favor, no -protestó ella débilmente.

El se acercó a la cama, se desabrochó con dedos enfebrecidos la chaqueta del pijama y la arrojó al suelo.

-No lo haga -le suplicó ella-. Sólo porque el otro animal...

-No le voy a hacer nada que usted no conozca -le dijo él de pie a su lado.

-No, no lo haga, no, me duele mucho. Sufro muchos dolores. Estaba seca.

-Ahora ya no lo está.

-Estoy agotada, enferma. Póngase en mi lugar. Por favor, tenga compasión.

-Tendré cuidado. Ya lo verá.

Lo que ella vio ahora, lo que no pudo evitar ver, fue la horrible y repelente figura desnuda a su lado. ¿Habría algún medio de hacerle recuperar la cordura? Sabía que resultaría inútil cualquier súplica.

Ya era demasiado tarde. La cama se hundió por el lado izquierdo al arrodillarse él en ella.

-¿Qué prefiere usted, señora? -le estaba diciendo-. Estoy a su servicio y quiero complacerla.

-Váyase, maldita sea, o le mataré. Si me toca, le mato. Voy a...

-No pierda el tiempo. Empecemos de una vez.

Se dejó caer pesadamente a su lado rozándole la piel con la suya propia.

Con la escasa fuerza que le quedaba intentó apartarse pero él ya había extendido una mano hacia su pecho y le había acercado la cabeza a su rostro.

A continuación empezó a besarle y succionarle los pechos, primero uno y después el otro.

Quiso apartarse pero le cayó encima una mano que, la inmovilizó de espaldas.

Mientras el hombre seguía cometiendo aquellas indignidades contra sus blandos pezones, notó por segunda vez aquella noche una apresurada y creciente dureza junto al muslo.

-Quienquiera que usted sea, deténgase -le imploró-. Ya no puedo más. Quiero morir. Déjeme en paz si es un ser humano.

-Por eso estoy aquí, señora, porque soy un ser humano -dijo él apartando la boca de su pecho.

Se le echó encima con un gruñido y ella hizo acopio de todos sus arrestos procurando mantener las piernas fuertemente apretadas. Ahora le estaba haciendo algo allí abajo.

Notó que apartaba a un lado una mitad de la falda y después la otra. Notó aire frío sobre el vientre y la parte superior de los muslos.

El hombre se detuvo momentáneamente, intrigado por la contemplación de su ancho, definido y prominente montículo vaginal.

De su garganta se escapó, casi involuntariamente, un profundo sonido gutural de placer anticipado. Lo que sucedió a continuación resultó curiosamente inesperado.

Actuó con tanta rapidez que la pilló desprevenida, sin darle tiempo a defenderse. Lo inesperado fue su rapidez y fuerza. A pesar de su apariencia fofa, era muy fuerte.

Sus manos se introdujeron entre sus muslos contraídos y le separaron las piernas haciéndola gritar de dolor. Quedó abierta la rosada vulva y los anchos labios exteriores se abrieron también y, antes de que ella pudiera protegerse, el rígido y grueso miembro se introdujo entre ellos ensanchándolos al penetrarlo.

-¡No! -gritó ella.

Pero la habían vuelto a violar, la habían penetrado por completo y se hallaba irremediablemente perdida.

Hizo acopio de todas sus reservas de resistencia, de todo lo que había sobrevivido a su enfrentamiento con el Malo.

Intentó librarse de él con sus doloridos músculos, sus nervios en carne viva y sus movimientos. Quiso propinarle un rodillazo pero él le descargó un violento puñetazo sobre la rótula y el dolor se extendió por todo su cuerpo y le estalló detrás de la frente y por todo el cráneo.

La agonía era excesiva, su mole, su tamaño y su peso elefantino eran demasiado y Sharon se ablandó.

El hombre mantenía los ojos cerrados y la boca abierta y se le caía la baba arremetiendo sin cesar hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás, distendiéndole las doloridas paredes de la vagina.

Estaba murmurando algo que ella no podía entender, pero que al final entendió.

-Estupendo, estupendo, estupendo -repetía como un disco rayado. Sus palabras la cegaron de rabia.

Le escupió todos los insultos que se le ocurrieron. Levantó la cabeza medio llorando y le golpeó la mandíbula y el pecho. Pero sus maldiciones eran como guijarros lanzados contra un dinosaurio al ataque.

Sin hacerle el menor caso, empujó y se hundió en ella. Lo que más le dolía no era la implacable arremetida que advertía entre las piernas sino el burdo cuerpo machacándola, aporreándola, estrujándola hasta dejarle el pecho y las costillas y la pelvis pulsantes y en carne viva, como si le hubieran propinado una paliza.

Hizo un último esfuerzo por lastimarle con las rodillas pero fue inútil porque parecía que allí no hubiera otra cosa más que su vagina.

Para él sólo existía el acto y el placer que éste le estaba proporcionando.

Notó que se estremecía, que echaba los hombros hacia atrás y las caderas hacia adelante y después escuchó un prolongado gemido.

-Aaaaaah, aaaah, aaah.

Había terminado. Se retiró, abrió los ojos, sacudió la cabeza como para volverse a colocar el cerebro en su sitio y se apartó de encima de ella. Después incorporó su desnuda mole, radiante de satisfacción y virilidad.

Por las mejillas de Sharon volvieron a rodar amargas lágrimas. Qué horror tan cochino y asqueroso.

Intentó propinarle un débil puntapié con la pierna izquierda, pero él lo esquivó y la dolorida pierna se dejó caer de nuevo sobre la cama.

Se había levantado de la cama. Empezó a secarse lentamente con una toalla. Después se quedó de pie con los brazos en jarras, orgulloso y complacido como un saco de grasa que se creyera el mismísimo Coloso y pensara que a ella pudiera agradarle la contemplación de su físico.

-¿No ha estado mal, eh? -le dijo.

-¡Maldito cerdo! -le gritó ella-. ¡Cochino cerdo indecente! ¡Espere, espere...

El se echó a reír.

-Vamos, reconózcalo. Ninguno de sus amigos actores le había dado jamás nada parecido.

-¡Se arrepentirá toda la vida, sucio degenerado! él recogió los pantalones del pijama.

-En estos momentos no pensemos ni en mi vida ni en la suya. -Se puso los pantalones y se anudó el cordón-. Pensemos en mañana y en pasado mañana. De eso se trata, amiga mía. Por consiguiente, más le vale quedarse tendida como una buena chica y pasarlo bien.

-¡Cerdo indecente!

-Puede repetirlo si quiere -le dijo él saludándola-. Es lo mejor que tengo.

Recogió la chaqueta del pijama y salió canturreando de la estancia.

Howard Yost les encontró tal como les había dejado. Entró en el salón sin dejar de canturrear y vio al viejo Leo Brunner, todo un espectáculo con sus calzoncillos holgados, y al pobre y afligido Adam Malone, clavado en el sofá a causa del exceso de hachís, en un estado de ligera euforia.

Con las gafas temblándole sobre la nariz, Brunner se acercó rápidamente a Yost.

-Howard, ¿lo has hecho?

-No te imaginarás que he estado jugando a la canasta.

-¿De veras le has hecho el amor?

-Pues, claro, Leo, muchacho. Y los dos nos lo hemos pasado muy bien. Te diré una cosa. La señorita Sharon está a la altura de lo que de ella cuenta la prensa.

Malone había emergido de la bruma y fue a sentarse en un sofá que había más cerca.

-Howie, eso está mal, está muy mal y tú lo sabes. -Su expresión denotaba profunda tristeza-. Muy mal. Primero Shiv. Ahora tú.

Los dos habéis quebrantado las normas y habéis echado todo a rodar. Y pensad en ella.

-Pero ¿cuándo vas a entenderlo? -le dijo Yost con impaciencia-. ¿Para qué hemos venido? ¿Para buscar setas y gozar de la Madre Naturaleza? Que se vaya al infierno todo eso. La única Madre Naturaleza que existe para nosotros en estos momentos es la que hay en el dormitorio.

Tal vez no hubiera hecho nada en otras circunstancias. Pero puesto que Shiv ya había empezado, me dije: ¿qué más da? Estoy seguro de que en estos momentos ella piensa lo mismo.

Si ya te lo ha hecho uno, ¿qué más da que vengan otros después? Yost pensó que Brunner iba a protestar, pero éste no lo hizo.

Parecía que Brunner se hubiera transformado por completo en un "voyeur".

-Howard, ¿cuál ha sido su reacción? ¿Cómo se encuentra?

Yost se encogió de hombros.

-Creo que todo eso le resulta muy conocido. Me refiero a lo de acostarse con hombres. Después de lo de Shiv, creo que no se sorprendió de verme. Supongo que se lo esperaba.

-¿De veras lo crees así?

-Estoy seguro. No digo que esté lo que se dice contenta. No le gusta estar atada.

Pero de no ser por eso, opuso cierta resistencia, lo cual era de esperar.

-¿De qué clase?

-Insultó un poco, se agitó un poco, me dijo que la dejara en paz. Pero, habida cuenta de las circunstancias, me parece bastante lógico. Supongo que sabe que tiene que oponer resistencia para que no se la considere una perdida.

Por consiguiente, no me extrañó demasiado. No sé cómo debió comportarse con Shiv, pero conmigo no se resistió demasiado.

Aunque haya luchado un poco, no creo que ahora le apetezca hacerlo. Hasta casi me atrevería a decir que no opondrá resistencia alguna.

Ya ha montado su espectáculo y me parece que ahora ya está dispuesta a considerar inevitable cualquier cosa que ocurra. Shiv y yo os hemos allanado el camino. No tropezaréis con dificultades.

-Yo no quiero -dijo Malone enojado-, no quiero participar en la violación.

-Yo tampoco, Adam -le aseguró Brunner a su aliado-. Pero, puesto que ya se ha producido, siento curiosidad al respecto.

-La violación apesta -dijo Malone.

Yost se estaba molestando.

-Ya basta, Adam. Deja de comportarte como un "boy-scout". Ya eres mayorcito. Sabes igual que yo que la mitad de las relaciones sexuales que están teniendo lugar esta noche en el mundo constituyen alguna forma de violación.

Hombres que fuerzan a las mujeres de alguna manera, que las obligan a compensarles por haberse casado con ellas, o por haberles conseguido empleo o por haberles hecho regalos o haber salido con ellas.

Eso es una violación análoga a la otra.

-Sabes muy bien a qué me refiero -dijo Malone.

-Y tú sabes lo que yo pienso -dijo Yost.

Brunner, no obstante, seguía insistiendo al tiempo que se pasaba la lengua por los resecos labios.

-Howard... mmmm si no fuera incorrecto preguntarte ¿qué le has hecho?

-¿Te refieres a si le he hecho alguna filigrana? No, la primera vez eso está excluido. Soy muy anticuado tratándose de la primera vez. Simplemente lo normal. Me he acostado con ella al estilo corriente.

-¿Quieres decir como suele hacerlo la mayoría de la gente?

-Claro. Unas cuantas caricias para calentarla y calentarme yo. Tiene unos pechos preciosos, los más grandes que he visto, y bastan y sobran para excitarle a uno, y después tiene un bocado que te aspira hacia adentro como no te puedes figurar.

Y, cuando ya estás dentro, bueno, tal como ya he dicho, lo demás ha sido normal, yo encima y ella debajo. Ningún problema.

-¿Cómo es? -quiso saber Brunner-. Quiero decir.

-Ya sé lo que quieres decir -le interrumpió Yost-. ¿Que si está hecha como la diosa sexual que dicen que es? Pues te diré una cosa. Los sueños de Adam se acercaban a la realidad.

Sharon Fields, en cueros, es una preciosidad. Eso es indudable. Ya sabes que dicen que a oscuras son todas iguales.

Pues no es cierto. Sharon es algo especial. Sexualidad pura. Y cuando le echas un vistazo a lo que tiene entre las piernas... -Juntó las manos-. Te digo, Leo, que ya no volverás a ser el mismo. Tal como dice Shiv, no os fiéis de mi palabra está a vuestra disposición.

Brunner esbozó una leve mueca.

-Ah, no, yo no estaba pensando en eso. Sólo quería...

-Pues ya podrías empezar a pensar en ello. Está despierta y esperándoos a cualquiera de vosotros. No seas tonto y aprovecha.Serías un anormal.

¿Quieres saber cómo es, Leo? ¿El cuerpo más célebre del mundo? Vé a verlo tú mismo.

Dirigiéndole a Malone una rápida mirada, el perito mercantil intentó darle explicaciones a Yost.

-No, puedes creerme, no estaba pensando en eso, Howard. Sólo pensaba que bueno, no he visto jamás de cerca a una mujer tan famosa prácticamente desnuda. -Vaciló-.

Pensaba que todo lo más que haría, bueno, sería tal vez entrar a echarle un vistazo pero nada más.

Y tal vez explicarle que no tiene que preocuparse, por lo menos en lo concerniente a Adam y a mí.

Quisiera decirle que no tenemos ninguna intención de causarle el menor daño.

-Haz como gustes -dijo Yost bostezando-. Yo voy a acostarme Mañana será otro día y menudo día va a ser. Buenas noches a los dos.

Tras de retirarse Yost, Brunner se quedó de pie muy cohibido.

Después tragó saliva y miró muy turbado al afligido y distante Malone.

-Yo quiero saludarla -dijo carraspeando.

Malone no levantó los ojos.

Con las manos temblorosas, Brunner se subió recatadamente los calzoncillos y se dirigió de puntillas al pasillo.

Estaba mirando las vigas del techo. El espanto y la desesperación psíquica le impedían razonar con lógica. Su ser se había convertido en una vasija rebosante de veneno.

No se sentía ni animal, ni vegetal, ni mineral.

Tardó mucho rato en darse cuenta de que otra presencia compartía con ella su celda.

Contrajo los ojos para enfocarle más allá de la elevación de su busto desnudo y los pies de la cama.

Estaba a escasa distancia de la puerta cerrada, era como una especie de bicharraco albino disfrazado de hombre, allí de pie con las gafas puestas y los calzoncillos, mirándola como si en su vida hubiera visto a una mujer.

Lo identificó haciendo un esfuerzo. El Tiquismiquis. El Viejo Sucio. El mismísimo V. S. en persona.

Le miró con desprecio y después dirigió de nuevo la mirada hacia el techo. Pero sabía que se estaba acercando, que se estaba acercando con sus escuálidas piernas varicosas. Ya estaba allí, al alcance de la mano.

-He venido porque quería decirle señorita Fields -empezó a decirle tartamudeando-que todos no somos iguales y que algunos de nosotros no queríamos lastimarla.

-Muchas gracias por nada -le dijo ella amargamente.

-Nosotros queríamos conocerla.

-Sí, conocerme antes de acostarse todos conmigo. Son ustedes unos perfectos caballeros, ya lo creo. Muy bien, ya me han conocido. Ahora lárguese, estúpido.

No hubo respuesta.

Sorprendida de su silencio, le miró.

Y se percató de lo que estaba sucediendo. Ya podía despedirse de toda honradez o amabilidad por parte de aquel imbécil.

Le estaba contemplando el cuerpo con los ojos desorbitados, se lamía los labios y le temblaba toda la huesuda figura como de cartón piedra.

Comprendió desalentada lo que le estaba ocurriendo. Estaba tendida prácticamente desnuda a todos los efectos.

Su último asaltante no se había molestado en cubrirla ni por arriba ni por abajo. El Tiquismiquis le estaba contemplando los pechos y las partes genitales.

Resultaba asqueroso y mortificante, y su desesperado odio hacia aquellos hombres le infectaba todos los poros de su ser.

-Ya me ha oído -repitió con abatida desesperación-, lárguese. Ya me ha visto. Ya habrá visto en otras ocasiones cosas parecidas, por consiguiente, váyase.

Respiraba como un asmático.

-Yo jamás he visto a ninguna mujer tan hermosa. Jamás he visto a nadie así.

No sé, no sé. Le miró los calzoncillos azules. Parecía que en su interior hubiera un ratón suelto. Vio que había algo que los empujaba hacia arriba. Volvió a sentirse enferma.

El viejo bastardo parecía que se hubiera descoyuntado. Jadeaba.

-No puedo evitarlo. Perdóneme pero tengo que tocarla. Se arrodilló en la cama a sus pies.

Estaba serpeando hacia ella como un pobre desgraciado perdido en el desierto y enloquecido por la sed.

Pensó instintivamente que, si oponía resistencia, tal vez éste recapacitaría y no tendría el valor de forzarla.

-Déjeme ver y tocar -musitó.

Ella le dio un puntapié entre el hombro y el cuello.

Al viejo se le cayeron las gafas y cayó de lado contra la otra pierna de Sharon emitiendo un aullido de dolor. Al acercarse las manos al cuello, Sharon le golpeó el rostro con el pie en un esfuerzo por apartarle.

Pero el pie pasó de largo y el cuello del viejo quedó apresado entre sus dos tobillos. Haciendo un supremo esfuerzo, juntó las piernas para ahogarle e inducirle a retirarse.

El no era fuerte y, en cambio, sus piernas, acostumbradas a años de ejercicios de danza, hubieran podido resistir la acometida, pero estaba exhausta. Se estaba debilitando, y al final, sus piernas se dieron por vencidas.

El se las había separado, había escapado y se había puesto de rodillas, Estaba dirigiendo una vez más los ojos saltones hacia el rosado pliegue de los labios.

Súbitamente a Sharon le fue dado contemplar un espectáculo ridículo. Hubiera resultado risible y auténticamente gracioso en otro lugar y otras circunstancias. Pero ahora resultaba aterrador y alarmante. El ratón se había escapado de los calzoncillos azules.

-No puedo evitarlo, señorita Fields -gemía-, no puedo controlarme.

El asombro y la incredulidad le impedían moverse. Había caído entre sus muslos y había empezado a hurgar en ella buscando y encontrando finalmente el orificio.

Presa de una especie de frenesí siguió empujando hacia adelante hasta conseguir penetrarla. Ahora estaba hurgando en su interior y llorando como un niño.

Recuperándose un poco, intentó sacudírselo en la creencia de que su tamaño le permitiría librarse fácilmente de él. Pero él la rodeó con sus brazos como si luchara por salvar la vida y se quedó clavado en su cuerpo.

Le soltó una lluvia de insultos en la espera de abochornarle y conseguir que se retirara.

-Viejo bastardo, de miembro en miniatura -le gritó-, no es mejor que los demás, al contrario, es peor porque me está contaminando con esta imitación de miembro...

Pero fue inútil. Su parloteo insensato ahogaba sus palabras y él se mantenía en sus trece, se movía como un conejo, se disculpaba gimiendo y hurgaba y hurgaba.

Al final, asqueada ante la humillación de haberse visto obligada a someterse a aquel miserable degenerado, dejó de insultarle y desistió de librarse de él.

Ya qué más daba. Comprendió que se vería libre de él a los pocos segundos.

Sus ojos vidriosos parecía que se hubieran congelado. De su boca se escapaban unos sonidos análogos a los de un globo deshincharse.

Se le tensaron los flojos tendones de ambos lados del cuello. Lanzó un grito, se aflojó, se movió arriba y hacia atrás y salió despedido como un piloto en un asiento de expulsión. Buscó las gafas, las encontró y empezó a alejarse serpeando.

Enfurecida, Sharon le dio un puntapié que fue a estrellarse contra sus costillas. El perdió el equilibrio junto al borde de la cama y cayó al suelo amortiguando el golpe con una mano para salvar las gafas.

Se levantó lentamente y se puso las gafas con aire de dignidad.

Ella le miró con enojo y repulsión. El blando fideo le colgaba todavía fuera de los pantalones. Se lo ocultó inmediatamente muy turbado.

Estaba sudoroso pero su morbosa sonrisa de satisfacción no daba a entender en modo alguno que estuviera avergonzado. Volvió a acercarse tímidamente a ella.

-Si no le importa -dijo amablemente, y le cerró la blusa sobre los pechos. Después le abrochó cuidadosamente la falda-.

¿Puedo traerle algo?

-Lo que puede hacer es largarse de aquí -contestó ella enfurecida.

-Se lo digo en serio, señorita Fields, no quería hacerlo. Pero no he podido controlar mi pasión. Jamás me había sucedido. En cierto modo ya sé que no va a creerme pero es un cumplido que le hago. Desearía que pudiera usted aceptar mi agradecimiento.

-Me alegraré de que el juez le sentencie a cadena perpetua o a arder en la silla, sucio ratón. El retrocedió parpadeando, se volvió de espaldas, cruzó la estancia y se marchó.

Adam Malone se había serenado lo suficiente como para recordar dónde estaba Brunner y lo mucho que estaba tardando. Habían transcurrido más de diez minutos, lo cual era muy extraño.

Malone había abierto una botella de Coke y estaba bebiendo para refrescarse la garganta, cuando advirtió que Brunner había entrado silenciosamente en el salón.

Se miraron el uno al otro en silencio. A Brunner se le veía inquieto y avergonzado. Parecía que quisiera decirle algo pero no se atreviera a hablar. Observó a Malone bebiéndose el Coke, como si aquel acto le interesara muchísimo, y después le siguió mirando mientras posaba la botella.

-¿Te importa que tome un sorbo? -preguntó Brunner.

-Claro que no.

Brunner tomó un sorbo y volvió a dejar la botella sobre la mesita de café.

Malone miró al perito mercantil. No le dirigiría la lógica pregunta. Dejaría hablar a Brunner.

Brunner suspiró. Pareció tranquilizarse como perdido en sus propios pensamientos. A Malone el viejo se le antojaba distinto. Se trataba de un cambio muy sutil que, sin embargo, hubiera comprobado cualquiera que le hubiera conocido de antes.

Era indudable que Brunner había experimentado una especie de transformación mística. Se le veía como arrobado.

Brunner carraspeó.

-Supongo que querrás saber qué he estado haciendo allí dentro, Adam.

-No tengo ningún derecho a preguntártelo. De ti depende.

Brunner asintió.

-Sí, bueno. -Vaciló brevemente y después lo soltó-. Lo he hecho, Adam. Quiero pedir disculpas, quiero pedir sinceramente disculpas.

-Y se lo confesó todo apresuradamente-.

No quería hacerlo, Adam. Sinceramente te digo que no quería hacerlo. Sabía que lo que habían hecho los demás no estaba bien. Pero entré y al verla en persona. -Se perdió momentáneamente en una especie de ensueño y después prosiguió-: Yo jamás había visto a nadie como ella sin sin ropa encima.

-¿Sin ropa encima?

-Bueno, la llevaba pero podía verse todo, y jamás había visto el cuerpo de una mujer tan famosa. Era tan... -No consiguió definirlo-. Me ha atraído como un imán. Sólo quería verla, nada más que eso, lo cual apenas era nada comparado con lo que habían hecho los demás.

Pero algo me impulsó, no pude controlarme era como si no fuera yo, Leo Brunner, como si fuera otra persona quien lo hiciera.

Adam Malone permaneció sentado en silencio. Su rostro era inexpresivo y ya había desistido de juzgar a nadie.

-Lo que tú quieres decir es que la has violado, Leo.

Brunner miró a Malone con asombro.

-Violarla, no, no ha sido una violación. Quiero decir que no ha tenido apariencia de delito violento.

-¿Qué ha sido entonces? Me has decepcionado, Leo.

Brunner hablaba, con vacilación como si intentara explicárselo a sí mismo.

-Ha sido, no sé, puesto que toda la vida me he visto privado de las cosas maravillosas de que gozan otros hombres y por primera vez se me presentaba la oportunidad de conocer aquello de que gozan y dan por descontado los hombres más privilegiados. ¿Cómo te lo diría, Adam, para que me comprendieras?

-No tienes por qué hacerlo, Leo.

-Me parece que he pensado que se me presentaba la ocasión de hacer una inversión que me permitiera gozar de una renta vitalicia en el transcurso de los tristes años de la vejez y esta renta, tal, como ha dicho Kyle, sería el recuerdo de algo especial que de otro modo me hubiera estado vedado. -Sacudió la cabeza-. Tal vez lo esté racionalizando demasiado. Tal vez ha sido una de las pocas ocasiones de mi vida en las que me he dejado llevar por el instinto sucumbiendo a una emoción que no he podido controlar.

Me he despojado de mi disfraz civilizado. Me he convertido en un animal como los demás. Lo único que puedo decir es que no he podido contenerme. Lo que he hecho no he podido evitarlo. -Se detuvo como para hallar otra explicación más convincente-. Mi comportamiento sólo tiene una débil excusa.

No he forzado a nadie cuya vida pudiera arruinar por medio de mi acción. La señorita Fields es una joven con experiencia. Y no me refiero simplemente al hecho de que Kyle y Howard ya la hubieran violado.

Me refiero también a lo que sabemos de su borrascoso pasado según tú nos contaste. Su fama y su fortuna se deben a la promesa de sexualidad que rezuma su ser.

Es indudable que ha conocido íntimamente a muchos hombres. Por consiguiente, me ha parecido, bueno, eso lo he pensado después de haberlo hecho. He pensado que lo que había hecho con ella había sido una cosa de tantas, otra más, una cosa de rutina; para mí, en cambio, ha sido algo nuevo, una especie de triunfo. -Esperó por si Malone contestaba, pero Malone guardó silencio y entonces él decidió proseguir-. Espero que puedas entenderlo, Adam. Espero que no te decepcione. Ojalá no se interponga eso en nuestra amistad.

Si piensas que me he comportado tan mal como los demás, si a tus ojos soy igual que los demás, lo lamentaré mucho. No quería que sucediera de este modo. Sin embargo, si lograras comprender mis motivos y la importancia de este momento de mi vida en el que no he podido dominarme, me perdonarías.

Escuchando al patético viejo que tenía delante, Malone descubrió que no sentía rencor. Su cólera se había disipado. Lo que había quedado en él no era resentimiento sino una sensación de piedad hacia su pobre amigo.

-No tengo que perdonarte nada, Leo. Acepto lo que me dices y me esfuerzo por comprenderlo.

No me imagino a mí mismo haciendo lo que vosotros habéis hecho, pero todos somos distintos, somos el producto de distintas matrices, de distintos genes, de distintas carencias.

Supongo que sólo puede decirse que todos tenemos que vivir de acuerdo con lo que somos por consiguiente, que cada cual se comporte a su aire.

-Me alegro de que lo comprendas así -dijo Brunner asintiendo enérgicamente-. En cuanto a mí tal vez mañana vea las cosas de otro modo y experimente sentimientos de culpabilidad. Pero en estos momentos, ahora mismo, bueno, quiero serte sincero, Adam no lamento nada y no me siento culpable en absoluto. -Apartó la mirada-. No le hemos hecho daño ni física ni mentalmente. Se encontrará bien. Ya lo verás, bueno, ¿te apetece ya acostarte, Adam?

-Todavía no.

-Buenas noches, Adam.

-Buenas noches.

Observó al viejo mientras se dirigía al comedor para pasar a la cocina y desde allí a su cuarto y, a no ser que la vista le engañara, le pareció que los andares de Brunner resultaban casi garbosos.

Decidido a ahogar su creciente sensación de desaliento, Malone se buscó otro cigarrillo en el bolsillo de la camisa, lo encontró y apretó fuertemente el papel por un extremo.

Tras encenderlo, dio unas intensas chupadas, exhaló el humo y se hundió de nuevo en el sofá para aclarar sus ideas.

Mientras escuchaba a Brunner, sí, se había desvanecido su enojo y ahora estaba intentando establecer qué sentimiento había ocupado el lugar de aquél.

La depresión, claro, pero había algo más. Estaba invadido por una sensación de absoluta desesperación. Estaba sumergido en una sensación de nihilismo. Se sentía un todo con Sartré, una auténtica alma gemela de éste.

La escena había pasado a convertirse en algo intensamente surrealista. El ambiente que le rodeaba estaba pavorosamente vacío de valores tradicionales, orden y limitaciones. Era un paisaje emocional dibujado por Escher.

Y sin embargo, Malone comprendía que debía quedar algo en lo que todavía creyera, ya que de otro modo no hubiera sido consciente de aquella sensación de desasosiego que le embargaba.

Bien era cierto que las palabras de Brunner habían borrado su enojo, pero no podía pasar por alto la amargura que experimentaba en relación con Shively y Yost. Esta noche se sentía enojado con ellos y el motivo estaba muy claro.

Estaba resentido contra ellos porque habían mancillado su sueño. Tal vez también estuviera un poco resentido contra el viejo por haber quebrantado el pacto inicial, por no haber hecho caso de su liderazgo y haber olvidado los principios de la decencia.

Brunner había sucumbido a la debilidad y se había inclinado del lado de los embrutecidos violadores.

Mientras fumaba la hierba advirtió que aumentaba la sensación de pérdida que experimentaba. Aumentó también su amargura, sólo que ésta cambió de rumbo, giró en ángulo y se dirigió contra él mismo y contra su propia debilidad.

Sí, aquello era lo más irritante, su propia debilidad, que había impedido que la fantasía que él solo se había inventado se convirtiera en una dichosa realidad.

De todos ellos, él, Adam Malone, era el ser humano que más se merecía a Sharon Fields. El se la había inventado como objeto amoroso asequible, él había creado la posibilidad de que pudieran amarla, él había fraguado la realidad de una cita, él, y sólo él, había logrado que ocurriera lo que había ocurrido.

De todos ellos, él y sólo él la respetaba y se preocupaba por ella como persona. Y, sin embargo, la suprema ironía había querido que él, y sólo él, se viera privado de ella o se hubiera privado voluntariamente de ella.

Los otros tres, malditos fueran, no se merecían nada de ella y mucho menos antes que él. Y, sin embargo, ellos habían gozado íntimamente con ella.

Y él en cambio, por culpa de su fatal debilidad, se había visto apartado a un lado. No era justo. Qué demonios, no era justo ni para ella. No era justo que hubiera tenido que soportar a aquellos estúpidos animales insensibles, sin llegar a saber que bajo aquel mismo techo vivía alguien que la amaba por sí misma, que la amaba con una ternura, una entrega y un calor que indudablemente debía necesitar en aquellos momentos.

Sería criminal, un verdadero crimen si bien se miraba, que ella no pudiera enterarse de que había alguien capaz de disipar sus temores y hacerla objeto de la dulzura que se merecía y necesitaba. Además, todo ello formaba parte de los designios de la naturaleza.

Acudió a su mente la estrofa de lord Alfred Tennyson: La naturaleza es rapiña, mal que ningún predicador podría sanar; La golondrina destroza a la mosca de mayo, el alcaudón alancea al gorrión, Y todo el bosquecillo donde me encuentro es un mundo de pillaje y depredación.

El ambiente que le rodeaba había adquirido una característica de inevitabilidad. Adam Malone dio una última chupada al cigarrillo de hierba, lo apagó y se puso en pie. Su misión no estaba muy clara. Tenía que rescatar a Sharon Fields y salvarla de la desesperación en la que probablemente estaba sumida.

Tenía que restablecer su fe en la honradez, la bondad y el verdadero amor. Se merecía aquella sensación de seguridad que procedería del hecho de saber que en aquella casa había una persona civilizada que la amaba y respetaba.

Dependía de él. Avanzó tambaleándose en dirección al dormitorio.

Sharon Fields yacía atada a la cama con los ojos clavados en la puerta, esperando que ésta se abriera.

Se había resignado a aceptar el hecho de que aún no había cesado todo el horror de la noche. En una violación en grupo tenía una que estar preparada a que la violaran todos los componentes de la banda. Los componentes de aquella banda eran cuatro. Tres ya la habían violado. Faltaba el cuarto. Yacía tendida muy rígida y esperaba.

Se abrió la puerta. Y apareció el cuarto.

Cabello castaño oscuro, vidriados ojos castaños, expresión distante en el rostro. Se quedó de pie medio tambaleándose, con la camisa fuera y los pantalones vaqueros.

El Soñador. El chiflado autor de todo el enredo. El hijo de puta. Entró. Cerró la puerta. Se acercó a la cama avanzando casi como un sonámbulo.

-Tengo que asegurarme -dijo-. ¿Es cierto que los demás la han violado?

-Me han tratado como si fuera escoria, como si fuera basura -repuso ella-. Se han comportado como bestias salvajes. Han sido horribles, inhumanos. Me han hecho daño. -Abrigaba un destello de esperanza-. Usted no hará lo mismo, ¿verdad?

-Se han equivocado -dijo él en voz baja-. No debieran de haberlo hecho.

-Me alegro de que lo crea así -dijo ella esperanzada.

-Hubiera debido de hacerlo yo -dijo él.

-¿Cómo?

-Hubiera debido de ser el único -le dijo con voz extraña y distante.

Sus esperanzas se desvanecieron y volvió a sumirse en el temor. Había creído que aquella noche ya no podría volver a asustarse. En el transcurso de las últimas horas había experimentado terror con tanta frecuencia que creía haber agotado ya este sentimiento.

Pero éste que ahora se había sumido en el silencio era distinto a los demás. La aterrorizaba precisamente su forma antinatural de actuar. Parecía un drogado.

Hundió la cabeza en la almohada, procurando averiguar si estaba ebrio o drogado o bien era presa de un ataque de esquizofrenia. Hablaba en murmullos y apenas podía oírle.

-No quería entrar aquí de esta manera pero soy el único que la aprecia. No sabía cómo manejarle y no tenía idea de lo que se proponía aquel sujeto. Decidió seguirle la corriente.

-Si de veras me apreciara, me dejaría en paz. Estoy enferma. Estoy agotada. Quiero que me dejen sola. Por favor, sea amable.

Pareció como si no la hubiera oído, porque mantenía los ojos fijos en su cuerpo y, por primera vez, éstos se iluminaron y la acariciaron.

-Usted necesita amor -le estaba diciendo-. Fue creada para ser venerada y amada. Se merece amor, después de lo que ha padecido. Necesita a alguien que la aprecie.

Llegó a la conclusión de que debía estar completamente loco.

-Le agradezco que me diga eso -le contestó-, pero váyase. Déjeme descansar. Si se fuera, eso sería una demostración de amor. Váyase, por favor.

Estaba muy claro que no la oía. Se había quitado la camisa. Se bajó después lentamente la cremallera de los tejanos y a punto estuvo de caerse al quitárselos. No llevaba ropa interior. Se había quedado en cueros.

Dios mío, gimió ella para sus adentros. Ya no podía soportar más castigo, dolor y humillación.

Dios mío, concédeme algún medio de impedirlo, de castrarle, de conservar un último retazo de cordura. Pero aquella noche Dios no la escuchaba.

El Soñador se había sentado en el borde de la cama y la estaba mirando.

-Te quiero, Sharon. Te quiero desde la primera vez que te vi.

-Yo no le quiero a usted. Yo no quiero a nadie de esta forma. Les odio a todos. Déjeme en paz.

El no la escuchaba.

Acercó las manos a su blusa. Ella agitó los brazos en un intento de librarse de sus ataduras y evitar que la tocara.

Pero la cuerda la mantuvo inmovilizada en su cruz.

El apartó suavemente a un lado una mitad de la blusa y después la otra y una vez más tuvo Sharon que ver lo que estaba viendo, los dos blancos pechos con las manchas pardo rojizas de los pezones.

-Sé buena conmigo, Sharon -le estaba diciendo-, no quiero tomarte por la fuerza. Quiero que me ames. Bajó la cabeza y se restregó la mejilla contra un pezón y después contra el otro.

Giró la cabeza y sus labios le rozaron y besaron los pezones y después se los rodeó con la lengua.

Levantó un poco la cabeza y murmuró:

-Eres todo lo que siempre he soñado, Sharon. Te quiero para mí solo.

-Váyase -dijo ella con voz temblorosa-, no siga. Estoy muy débil, me siento enferma, por favor.

-Dentro de un rato, cariño. Dentro de un rato podrás dormir. Ahora ya nos conocemos demasiado para poder detenernos. -Bajó la mano hacia la falda, la halló desabrochada y empezó a abrírsela-.

Esto no es nuevo, Sharon. Para ninguno de los dos. Durante todos estos años estoy seguro de que has advertido las vibraciones de mis sentimientos. Debes haber sabido lo que yo sabía.

Te he hecho el amor miles de veces. Hemos transcurrido interminables y maravillosas horas el uno en brazos del otro. Esto no es más que una de tantas veces.

Desde que el primero de ellos, el Malo, había entrado en aquella habitación no había experimentado el terror que estaba experimentando ahora.

-Está loco -le susurró-, váyase de aquí.

-Los demás no te merecían. Yo soy el único que se merece tu amor.

Ella lo miró con ojos aterrados mientras se tendía en la cama a su lado.

Le separó las piernas desnudas. Intentó resistirse pero tenía las piernas agotadas. Ya no podía obligarlas a mantenerse unidas.

Se encontraba tendido entre sus piernas con la boca sobre su ombligo, rozándoselo con la lengua, introduciéndosela dentro.

La boca le descendió por el vientre besándole la carne hasta llegar al triángulo del pubis.

-No, no -le imploró ella.

Levantó la cabeza y el cuerpo y se puso de rodillas encima suyo.

Ella se hundió y lanzó un gemido. Era inútil, inútil. Estaba débil y abatida, sólo se mantenía viva a través del horror y el odio. El tipo estaba murmurando algo. Se esforzó por entenderle.

-Cuántas veces -decía-, cuántas veces -repitió-me has provocado una erección. Cuántas veces te he penetrado, he estado en tu interior y he gozado solo de nuestro mutuo amor.

Y ahora, Sharon, al final, Sharon, vamos a estar los dos juntos.

Hizo un último esfuerzo por librarse de él pero sus fatigadas piernas no podían moverse, permanecían separadas esperando el asalto.

La estaba mirando con sus ojos de fanático. Jadeaba y palpitaba como un maniático. Apenas podía entender sus entrecortadas palabras.

-Tiempo he esperado, deseado, querido este momento, este momento estoy tan excitado, tan excitado, tan...

Advirtió que la dura punta de su miembro le rozaba los labios de abajo, cerró los ojos, se dispuso a sufrir el empalamiento y entonces escuchó de repente un lacerante grito y abrió los ojos.

Con la cabeza echada hacia atrás, los ojos fuertemente cerrados, la boca abierta y las facciones contraídas, su grito de angustia y placer fue menguando hasta convertirse en un prolongado gemido.

Sus manos se esforzaban frenéticamente por introducirle el miembro pero era demasiado tarde.

Sharon notó que el cálido semen se le derramaba por el vello del pubis y por el vientre.

El tipo movía la boca, parecía que quisiera comerse el aire, se retorcía y terminó después bruscamente.

Se derrumbó sobre la cama entre sus piernas con el vacío miembro rozándole el muslo.

-Yo no sé por qué -murmuró jadeante-, per... perdóname.

El asombro de Sharon ante aquella eyaculación prematura se convirtió en alegría. Por primera vez aquella noche había salido vencedora.

Se había debido a una intervención divina. Dios existía. Había deseado torturar y matar a los demás. Pero no había podido, éste, en cambio, era vulnerable.

Podía matarle y, a través de él, matar a los demás ella sola con el poco orgullo mancillado que le quedara.

-¡Le está bien empleado, hijo de puta degenerado! -le gritó. Quería mostrarse despiadada-. ¿Qué tengo que perdonarle, maravilla sin miembro? ¿Quería usted forzarme, verdad? Pero no ha podido porque resulta que es un eunuco, por eso. Me alegro. Me siento satisfecha.

Se merece serlo por haber organizado todo este asunto, cerdo indecente. Miren al gran amante. ¿Qué le ha sucedido por el camino al ir a violarme?

Entristecido y sin poder mirarla, se levantó de la cama.

-No se irá todavía -le gritó ella-. Antes de largarse de aquí tiene que hacer la limpieza.

Tome una toalla mojada, maldita sea, y límpieme esta porquería de encima. Me siento contaminada.

Como un perro apaleado se dirigió al cuarto de baño, regresó con una toalla y le limpió sumisamente la secreción.

Arrojó al suelo la toalla, recogió la camisa y los pantalones, apagó la luz del cuarto de baño y fue a marcharse. Regresó y la cubrió en silencio. Al final se atrevió a mirarle los despectivos ojos.

-Lo lamento -dijo.

-¿Qué lamentas? -le preguntó ella enfurecida-. ¿Haberme metido en este lío o no haber conseguido hacerlo conmigo?

Se produjo una pausa de silencio.

-No lo sé -repuso-, buenas noches.

Aquel jueves por la mañana los cuatro durmieron hasta muy tarde, y ahora Adam Malone había terminado de preparar los huevos revueltos y las salchichas fritas y estaba sirviendo el desayuno cuando apareció finalmente Kyle Shively.

Este se pasó por última vez el peine por el cabello, se lo guardó en el bolsillo y acercó una silla.

Malone se sentó y contempló brevemente a sus consocios del Club de los Admiradores.

En este segundo día de la aventura no predominaba precisamente lo que pudiera decirse un ambiente de fiesta.

Brunner estaba abatido. Yost parecía estar muy lejos.

Por su parte, observándose en el espejo que tenía colgado delante, Malone vio que su rostro denotaba sombría introspección.

Sólo Shively aparecía alegre. Tras llenarse el plato, Shively hizo lo que Malone había estado haciendo, es decir, observar a sus compañeros. Se rió inquisitivamente.

-No es que esto se parezca exactamente, a unas vacaciones. ¿Qué os ocurre? ¿Acaso anoche no hicisteis nada con el nido de sexualidad?

No le contestó nadie.

Shively empezó a llenarse la boca de comida.

-Pero si yo creía que ahora estaríais haciendo cola a la entrada del dormitorio.

-No hay prisa -dijo Yost-. Todavía nos quedan trece días.

-Tal vez sea suficiente para ti -dijo Shively-pero para mí desde luego que no. -Se detuvo y miró a sus compañeros recelosamente-. Ninguno de vosotros me ha contestado. ¿Anoche os acostasteis todos con ella, no?

-Yo sí -repuso Yost masticando metódicamente las salchichas.

-¿Menuda es, verdad?

-Ya lo creo -repuso Yost.

-¿Y tú, Leo?

Brunner asintió a regañadientes.

-Sí. No quería hacerlo pero no pude contenerme.

-Me quito el sombrero, Leo -dijo Shively sonriendo-. Hoy eres un hombre.

-Después se dirigió a Malone-.

A nuestro jefe no le hemos oído.

Malone se removió inquieto en su asiento.

-Bueno -empezó a decir sin levantar los ojos del plato-, entré cuando todos dormíais. -Se detuvo-. No me enorgullezco de reconocerlo.

-¿Lo ves? -dijo Shively complacido-. Y, por lo que veo, no te has convertido en un despiadado criminal.

-Pero tampoco me satisfizo -dijo Malone-. No quería hacerlo de esta forma.

-Pero lo hiciste -dijo Shively implacablemente.

Malone no contestó. Lo hizo, lo había hecho y no podía saber por qué. Técnicamente no lo había hecho pero no cabía duda de que lo había intentado y había tenido intención de violarla.

Durante toda la larga noche, antes de conciliar el sueño, había procurado establecer qué le habría impulsado a comportarse de una forma tan contraria a sus principios y convicciones.

Su conducta no podía atribuirse por entero al efecto de la marihuana, estaba seguro. Algo más complicado le había inducido a ello. Lo único que sabía era que, al romper Shively aquel pacto civilizado y sentar el precedente de que el empleo de la fuerza no era ningún delito, al seguir Yost su ejemplo y al aceptar Brunner las nuevas normas, e incluso él, que

hasta entonces había sido el defensor de la ley y el orden, se había producido una violenta revolución en aquella microcósmica sociedad.

Y su concepto de la moralidad había experimentado un cambio radical. Pero Malone se preguntaba si aquel cambio habría sido instantáneo. Lo más probable era que se hubieran ido corrompiendo sutil y gradualmente.

La misma puesta en práctica de la fantasía había sido el principal paso que les había alejado de las normas impuestas por la sociedad. Con sus mentiras, sus disfraces, sus narcóticos y su secuestro, habían empezado a alejarse del comportamiento civilizado.

Teniendo la tentación al alcance de la mano y tras haberse cometido la primera violación, la civilización en la tradicional acepción de la palabra había sido barrida a un lado.

Puesto que no tenían que responder ante nadie, habían alterado las normas de la decencia. Se había sometido a debate un mal y, por mayoría, éste había sido aprobado como un bien.

Tres cuartas partes de aquella sociedad habían aceptado las nuevas normas. Y él por su parte había considerado el acto como una simple forma de acatamiento.

Bueno, se dijo ahora, ¿quién estaba en condiciones de establecer qué era lo auténticamente civilizado y, por ende, lo que estaba bien? Había leído los estudios antropológicos de Margaret Mead sobre las sociedades de los arapesh, los mundugumor y los tschambuli de Nueva Guinea.

Las familias arapesh eran cordiales y amables, sus mujeres eran dulces y plácidas, los hijos se educaban en la bondad, los hombres eran responsables de los hijos.

Los mundugumor creían en la poligamia, despreciaban a los hijos, fomentaban las luchas entre padres e hijos por la obtención de las mujeres, obligaban a las mujeres a realizar los trabajos más duros, fomentaban la agresión y la hostilidad.

Los tschambuli proporcionaban la misma educación a los dos sexos, permitían que los hombres se convirtieran en objetos sexuales, convertían a las mujeres en obreras, se consideraban una sociedad patriarcal a pesar de estar la tribu regida por las mujeres e instaban a las mujeres a convertirse en agresoras sexuales.

Para los arapesh, una persona agresiva estaba enferma y era una neurótica. Para los mundugumor, una persona pacífica estaba enferma y era una neurótica. Para los tschambuli, un varón dominante o una mujer dulce eran personas neuróticas y enfermas.

Por consiguiente, ¿quién podía decir lo que estaba bien y era civilizado? La digresión filosófica no le sirvió a Malone de mucho consuelo y ahora éste decidió prestar atención a Shively que estaba formulando una pregunta.

-¿La ha visto alguien esta mañana?

-Yo -repuso Malone-, me he levantado un poco antes que todos vosotros.

He entrado para ver si podía hacer algo por ella.

-Apuesto a que sí habrás podido -dijo Shively con un gruñido-. Nos llevas un vapuleo de ventaja.

-Cállate ya, maldita sea -dijo Malone enfurecido-. No le he puesto la mano encima. He entrado para ver cómo estaba.

-¿Y cómo estaba? -preguntó Yost secándose la boca con la servilleta de papel.

-Exactamente igual que ayer. Malhumorada y triste. No ha querido hablar conmigo. He pensado que armaría un alboroto cuando la desatara para permitirle ir al lavabo.

Pero se sentía demasiado débil. He querido darle algo de comer pero sólo ha aceptado un zumo de naranja.Después he vuelto a atarla.

-¿Cómo estaba? -preguntó Yost.



Librodot

-¿Que cómo estaba?

-Si todavía estaba guapa.

-Más que nunca -repuso Malone con serena sinceridad.

-¿Entonces por qué no te has acostado con ella? -le preguntó Shively.

Malone le dirigió al tejano una mirada despectiva.

-¿Y eso qué tiene que ver? Si quieres que te diga la verdad, de esta manera no tiene gracia, hacérselo a la fuerza contra su voluntad.

-Vaya por Dios -dijo Shively mirando a los demás-, ya tenemos aquí otra vez al jefe "scout".

Por mi parte, yo gozo del placer de la manera que sea.

Brunner se apresuró a salir en defensa de Malone.

-Vuelvo a estar de acuerdo con Adam. A mí tampoco me gusta forzar a una persona indefensa. No se trata de un acto sexual normal.Es más bien como una masturbación o como violar un cadáver. Me pongo nervioso de sólo pensarlo.

-Eso es exagerar un poco, Leo -repuso Yost-. Yo no experimento sentimiento alguno de culpabilidad teniendo en cuenta su historial. Naturalmente, tengo que reconocer que no es la mejor forma de hacerlo estando ella atada, acoceándome e insultándome. -Se dirigió a Shively-. Eso te priva un poco del placer. Tienes que reconocerlo, Shiv.

-No sé -dijo Shively encogiéndose de hombros-. No me importa que se me resistan un poco. Me estimula la pasión. Pero sí, Howie, creo que resulta más agradable cuando la chica se muestra de acuerdo.

Perdí mucha energía intentando vencer la resistencia de esta perra. Y toda aquella energía hubiera debido estar dirigida donde le corresponde, es decir, hacia su interior.

Malone tomó la bandeja en la que todavía quedaban huevos y salchichas y se dirigió a la cocina para volver a calentar la comida.

No le apetecía escuchar las groserías de Shively.

Pero no consiguió aislarse del diálogo.

-Ojalá pudiéramos conseguir su colaboración -estaba diciendo Yost tristemente-, entonces eso se convertiría en una auténtica fiesta.

-Yo sé que me sentiría menos culpable -dijo Brunner removiendo el yogourt.

-Bueno, qué demonios -dijo Shively-, si no quiere, no quiere y no se puede hacer nada al respecto.

-Si no accede a colaborar -dijo Brunner-no creo que me interese seguir adelante. Anoche no era yo. Y ahora, a la luz del día, me repugna lo que hice.

-Yo no diría eso precisamente -dijo Yost-. Me acostaré con ella mientras la tengamos aquí. Pero, sin estar ella de acuerdo, no es que sea precisamente mi deporte preferido. Mejor dicho, sí lo es pero podría ser cien veces mejor.

-Oye, Adam -gritó Shively en dirección a la cocina-, ¿tú qué dices? Malone se acercó a la puerta.

-No, si va a tener que ser por la fuerza, ya he terminado. Me doy por vencido. No puedo soportar la violación y no comprendo cómo la soportáis vosotros.

Si colaborara tal como yo había esperado, bueno, entonces sería distinto. -Se volvió-. Perdonadme, no quiero que se quemen los huevos.

-¡Oye, un momento! -dijo Shively poniéndose en pie y acercándose a la puerta de la cocina-. ¿Para quién estás guisando? ¿Qué estás haciendo ahí? Retrocedió al ver salir a Malone con una bandeja de comida y fue tras él.

-¿A quién le llevas eso?

-A Sharon.

-¿A Sharon? -repitió Shively.

-Pues claro. Hace casi treinta horas que no ingiere alimento sólido. Debe estar muerta de hambre. Creo que se alegrará de comer.

-Vaya si se alegrará -dijo Shively-, sólo que no comerá. Dame esta maldita bandeja. -Antes de que el sorprendido Malone pudiera reaccionar, Shively se adueñó de la bandeja-.

Escuchadme, chicos, acaba de ocurrírseme una idea prácticamente lo tengo resuelto la forma de conseguir que colabore.

-¿De qué estás hablando, Shiv? -le preguntó Yost.

-Mira, es lo mismo que adiestrar a un perro, a una perra para ser más exactos. El mejor sistema es darle o quitarle la comida. Intentas enseñarle algo y llega a comprender que, cuando colabora, recibe la recompensa de una buena comida. A veces se tarda un poco pero nunca falla.

-Maldita sea, Kyle -protestó Malone-, ella no es un perro. Es un ser humano. -Quiso recuperar la bandeja pero Shively la mantuvo en alto lejos del alcance de sus manos-. Vamos, Kyle.

-Te digo que no existe diferencia alguna -insistió Shively-. Una perra y una mujer pueden adiestrarse siguiendo el mismo método. Mira, cuando estaba en el Vietnam y le echábamos el guante a algún comunista al que queríamos interrogar, le matábamos de hambre. Déjame hacerlo a mi manera, muchacho. Todo lo que se ha hecho aquí, se ha hecho siguiendo mis directrices.

-Tal vez Shiv tenga razón -le dijo Yost a Malone-. ¿Por qué no le damos la oportunidad?

-¿Qué te propones hacer, Kyle? -preguntó Brunner muy perplejo.

-Ven a ver -le dijo Shively echando a andar con la bandeja en la mano-. Pero no me des la lata. La idea ha sido mía.

Todos siguieron a Shively atravesando el salón y el pasillo y se detuvieron ante la puerta del dormitorio.

-Ahora os quedáis aquí -les ordenó Shively a los demás guiñándoles el ojo-.

Si queréis ver como se hacen las cosas con estilo, observad al viejo Shively.

Se situó de cara a la puerta, se irguió, sostuvo en alto la bandeja con una mano y llamó a la puerta con los nudillos de la otra.

-Señora, es el mayordomo -anunció con voz de falsete imitando el acento inglés-. Su almuerzo está servido, señora. Miró a los demás, abrió la puerta y entró.

Malone se acercó más a la puerta para poder observarlo todo mejor. Se hallaba tendida en la cama cubierta todavía con la manta que él le había echado anteriormente encima.

Siguió mirando al techo haciendo caso omiso de la presencia de Shively, que se estaba acercando con la bandeja.

-Hola, preciosa -dijo Shively, ¿qué tal te encuentras esta mañana? Ella no contestó.

Shively apartó algunos objetos que había sobre la mesilla de noche y depositó cuidadosamente la bandeja encima de ésta.

-Debes estar muy hambrienta. Mira qué bien huele. Huevos con salchichas. Vaya si huele bien. ¿Y qué más tenemos? Vamos a ver. Zumo de naranja. Pan con mantequilla. Café caliente y crema de leche. ¿Qué te parece? Nos hemos imaginado que querrías conservar las fuerzas.



Librodot

Muy bien, te soltaré una mano para que puedas comer. Pero yo que tú no intentaría hacer ninguna cochinada. Estaré al otro lado de la cama vigilándote.

Así -se sacó una reluciente pistola del bolsillo, un revólver Colt Magnum, y la sopesó en la palma de la mano-. Estamos de acuerdo, nada de tonterías.

Ella le miró pero guardó silencio.

-¿Te apetecería alguna otra cosa, aparte de la comida? -le preguntó Shively volviendo a guardarse la pistola en el bolsillo.

Ella se mordió el labio y pareció como si le costara hablar. Al final decidió hablar.

-Si le quedara un gramo de decencia, me traería usted un tranquilizante, una píldora para dormir. De la clase que sea.

-Tenemos de las que tú usas -le dijo Shively con una sonrisa-.

Nembutal, ¿verdad? Como ves, hemos pensado en todo.

-¿Puedo tomarme una ahora?

-Pues claro que sí, ahora mismo. Y también toda la comida que hay en esta bandeja.

Es más, a partir de ahora podrás tener todo lo que quieras pero por cada cosa que recibas tendrás que pagar una factura.

-¿Pagar qué? No le entiendo.

-Nadie recibe nada a cambio de nada -le dijo Shively-. Mi madre solía decir que el mundo no le regala la vida a nadie de balde. Y es cierto.

Se paga a cambio de lo que se recibe. Nadie recibe nada gratis. Y yo digo que eso también se te puede aplicar a ti por importante que seas. Te serviremos tres comidas al día. Te daremos las pastillas. Te daremos todo lo que nos pidas, dentro de los límites de lo razonable, claro. Pero tendremos que recibir algo a cambio. ¿Y sabes lo que es? Ella guardó silencio.

-Pedimos muy poco a cambio de lo que vamos a darte -prosiguió Shively-. En la situación en que te encuentras, no estás en condiciones de ofrecernos demasiadas cosas a cambio de la comida y habitación, como no sea una cosa. Y eso es lo que te pedimos. -Se detuvo-. Tu amistad.

Esperó su reacción pero ella le miró friamente sin hablar.

-De ti depende, señorita -dijo Shively-. Aquí tienes una deliciosa comida caliente. Se te traerán las píldoras inmediatamente. Y te garantizo que muy pronto te desataremos. Lo único que te pedimos es que dejes de luchar contra nosotros y de ponérnoslo difícil tanto para nosotros como para ti. Tú juegas con nosotros y nosotros jugaremos contigo. Eso es. ¿Qué te parece?

Desde el pasillo Malone observó que el rostro de Sharon enrojecía de rabia.

-¡Váyase a la mierda, cochino bastardo indecente, eso es lo que me parece! -le gritó-. Vaya a esconderse debajo de la roca de la que ha salido. Usted y sus amigos pueden meterse en el trasero las comidas y las píldoras.

Porque no pienso darles nada a cambio. Podrán ustedes quitarme lo que puedan tal como hicieron anoche, pero yo no les daré nada de buen grado, ni una sola cosa. ¡Recuérdelo! ¡Ahora quítese de mi vista, asqueroso!

-Te estás cavando la fosa, señorita -le dijo Shively sonriendo-. Quédate en ella. -Tomó lentamente la bandeja de la comida, la examinó, aspiró su aroma y esbozó una radiante sonrisa. Tomó un sorbo de zumo de naranja y chasqueó la lengua. Tomó después una salchicha y empezó a mordisquearla-. Mmmm, delicioso. -Volvió a mirarla sonriendo-. Muy bien, muñeca, cuando quieras algo, lo recibirás o no lo recibirás según lo que estés dispuesta a pagar. A partir de ahora no recibirás nada a excepción de nuestro amor, claro, de eso no quisiéramos privarte. -Se dirigió hacia la puerta para reunirse con los demás y le habló por

encima del hombro-. Cuando quieras algo más, dinos que estás dispuesta a dar más, éstas son las condiciones finales. Hasta luego, encanto.

Shively cerró la puerta del dormitorio y les guiñó el ojo a los demás.

-Tened paciencia, muchachos. Hacedlo a la manera de Shiv. Tened confianza en mí. Dentro de cuarenta y ocho horas podréis gozar del trasero más colaborador de la historia.

Sharon Fields yacía inerte en la cama debilitada por el hambre, la sed y la falta de sueño y se sentía constantemente como al borde del delirio. No sabía cómo había transcurrido la tarde. No recordaba las dolorosas horas ni los pensamientos que habían cruzado por su imaginación.

Ahora, puesto que ya no se filtraba luz a través de las rendijas de los tableros, supuso que ya habría anochecido.

El reloj que había al lado de la cama le confirmaba que eran las ocho y veinte de la tarde en algún lugar del reino de Satanás.

Volvía a sentirse febril y, por alguna extraña e inexplicable razón, ello contribuyó a aclararle las ideas. Su cerebro se esforzaba por hallar alguna esperanza a la que aferrarse y, al final, sólo consiguió aferrarse a una. Volvió a pensar por centésima vez en la promesa de las Personas Extraviadas.

No podía concebir que un personaje célebre, una mujer tan famosa como ella, pudiera desaparecer sin que nadie la buscara. Imposible. Si bien, pensando en la facilidad con que había sido apartada de la seguridad de la raza humana, mantenida en esclavitud, violada y humillada, había empezado a abrigar ciertas dudas en relación con su importancia y su fama dado que ello se había producido sin que la protegiera y lo impidiera ninguna persona que la conociera y venerara.

Había examinado minuciosamente sus dudas descubriendo una profunda grieta en su orgullo -consecuencia de su desamparo-y había tenido que hacer acopio de toda la fortaleza de su ser para recordar quién era y qué representaba a los ojos de todo el mundo.

¿Por qué, pues, no la echaban en falta? ¿Por qué alguien de entre su legión de amigos, protectores y admiradores no hacía algo por salvarla? Otra vez la esperanza de las Personas Extraviadas. Era su máxima esperanza.

Félix Zigman y Nellie Wright hablando con la policía, demostrando que su desaparición había sido real. Y los de la policía, que eran muy listos y científicos, encontrarían alguna clave que les permitiera descubrir el secuestro y sus autores y su paradero.

Procuró imaginarse lo que estarían haciendo en aquellos momentos por ella. Varias patrullas de vehículos de la policía ya se habrían puesto en camino hacia el lugar en el que ella se encontraba al objeto de apresar a sus secuestradores y salvarla.

Siguió alimentando aquel sueño pero de repente éste fue sustituido por un espectro que eclipsó todas sus esperanzas. Había recordado algo, una escena que súbitamente revivió mentalmente, un primer plano de Nellie y ella anoche en el salón de su casa de Bel Air, mejor dicho, no anoche sino la noche del día anterior, cuando todavía era un ser humano apreciado por los demás.

Aquella escena, finalizada la fiesta de despedida y tras haberse marchado todos los invitados, hablando con Nellie antes de subir a acostarse.

La recordaba con toda claridad y precisión.

Ella: "Tal vez necesite a alguien. Tal vez lo necesite todo el mundo. Tal vez no. Ya lo averiguaré. Pero no me hará falta toda esta corte y adornos.

Dios mío, a veces quisiera marcharme, huir, escapar hacia algún lugar donde nadie supiera quién soy, donde a nadie le importara quién soy estar sola y en paz algún tiempo, vestir lo que quisiera, comer cuando me apeteciera, leer o meditar o pasear entre los árboles o

haraganear sin experimentar sentimiento alguno de culpabilidad. Largarme donde no hubiera manecillas del reloj, ni calendario, ni agenda, ni teléfono.

A un país de nunca jamás, sin pruebas de maquillaje, sesiones fotográficas, ensayos ni entrevistas. Yo sola, independiente, libre, perteneciéndome a mí misma".

Nellie: "¿Por qué no, Sharon? ¿Por qué no lo haces algún día?"

Ella: "Tal vez lo haga. Sí, es posible que esté dispuesta a hacerlo muy pronto es posible que emprenda un vuelo inesperado y vea dónde aterrizo y qué me sucede".

Santo cielo, le había dicho a Nellie todas estas cosas precisamente la víspera del secuestro.

Y Nellie, con la mentalidad de grabadora que tenía, no habría olvidado ni una sola palabra.

Se estaba imaginando ahora otra escena, la que habría tenido lugar tras su desaparición.

Félix: "O sea, ¿que te dijo todo eso la víspera de su desaparición?"

Nellie: "Exactamente éstas fueron sus palabras textuales. Que le gustaría largarse, huir y ocultarse en algún lugar desconocido donde nadie pudiera encontrarla".

Félix: "Pues ya tenemos la explicación. Se ha largado impulsivamente sin decirnos nada. Estará descansando en algún sitio".

Nellie: "Pero no tiene por costumbre no decirnos nada a ninguno de los dos".

Félix: "Ya lo ha hecho en otras ocasiones, Nellie".

Nellie: "Sí, pero...

" Félix: "No, eso es lo que habrá ocurrido con toda seguridad. Es inútil que acudamos a la policía. Haríamos el ridículo cuando apareciera. Me parece que tendremos que permanecer sentados con los brazos cruzados esperando a que se aburra de estar sola y decida regresar a casa. No te preocupes, Nellie. De una forma consciente o inconsciente te dio a entender que tenía en proyecto ir a ocultarse en algún sitio durante algún tiempo.

Y eso es lo que ha hecho. No podemos hacer otra cosa como no sea esperar".

Santo cielo, aquellas palabras estúpidas, inofensivas y carentes de significado que le había dicho a Nellie, las habrían interpretado ahora erróneamente y serían el instrumento que la alejaría de toda posibilidad de alerta, búsqueda y salvación.

El espectro que había borrado su última esperanza había sido ella misma.

Navegaba al garete, sola y sin que nadie que la echara en falta, sobre una balsa en un mar desconocido y era necesario que afrontara aquella realidad de una vez por todas. Estaba totalmente a la merced de aquellos sádicos tiburones.

¿Cómo era posible que ella -precisamente ella-hubiera acabado metida en aquella pesadilla viviente? Buscó alguna explicación racional y se acordó de aquellos increíbles momentos del día anterior, de la tarde del día anterior, en que el Soñador le había leído todas sus falsas declaraciones en el transcurso de las falsas entrevistas de prensa, las declaraciones que la habían hecho aparecer como una ninfómana, papel que justamente interpretaba en su última película, “La prostituta real”.

Todas aquellas falsedades y aquella imagen suya deformada, que ya empezaba en la biografía que los estudios habían divulgado, la habían conducido en cierto modo a la cautividad de aquella cama.

La biografía de los estudios, la biografía pública, parecía que todavía estuviera escuchando al Soñador recitándola, recitándosela como si fuera el Evangelio.

Nacida en una plantación de Virginia Occidental. Sus padres, unos aristócratas. Su padre, todo un caballero y abogado sureño. Estudios en la escuela de Educación Social de la Señora Gussett y en Bryn Mawr.

Un concurso de belleza, un anuncio de televisión, el método Stanislavsky, un desfile de modelos benéfico, un descubridor de talentos, unas pruebas cinematográficas, un contrato con unos importantes estudios, un papel secundario y el inmediato ascenso al estrellato.

Santo cielo, si aquellos chiflados supieran la verdad. Pero, si alguien se la contara, no la creerían. Ni ella misma podía creérsela porque la había reprimido y enterrado hacía mucho tiempo.

En contra de su voluntad, su cerebro empezó a practicar excavaciones arqueológicas en su no muy lejano pasado. Había que ir desenterrando uno a uno todos aquellos feos y desagradables objetos. Un solo vistazo a cualquiera de ellos bastaba para horrorizarla mentalmente.

Klatt y no Fields, ése había sido su apellido y el de sus padres. Hazel y Thomas Klatt. Su padre, un inmigrante analfabeto, guardafrenos de los ferrocarriles de Chesapeake y Ohio, borracho, borracho de bourbon barato, que murió de una afección hepática cuando ella tenía siete años. Abandonándola y dejándola injustamente sola y esclavizada por Hazel (seguía sin poder llamarla su madre), que la odiaba porque era para ella un estorbo, que la obligaba a efectuar los trabajos domésticos, que no le hacía el menor caso en su afán de dedicar toda su atención a los posibles futuros maridos.

Un padrastro, desde los nueve a los trece años, otro borracho que apaleaba a Hazel (le estaba bien empleado) y que un día se largó sin más.

Otro padrastro, probablemente un tipo que debía limitarse a vivir maritalmente con Hazel, granjero y maniático sexual, que miraba a la hijastra con lascivia y que la despertó una noche cuando ella tenía dieciséis años con una garra entre sus piernas y otra sobre su busto.

A la tarde siguiente abandonó su hogar y se fue a Nueva York. Todo aquello en Virginia Occidental, los primeros años en una sucia buhardilla situada encima de unos locales de servicios religiosos de Logan. Más tarde en una helada y estéril granja de las cercanías de Hominy Falls, en la zona de las montañas Allegheni, tierras de palurdos.

Más tarde en una miserable casa de huéspedes de una empinada y estrecha calleja de Grafton.

La escuela. Tres años en una miserable escuela superior de Virginia Occidental. Tres meses de clases nocturnas en un colegio municipal de Nueva York. Seis semanas en una academia de secretariado de Queens. Por la noche en las salas cinematográficas mirando, soñando, procurando imitar.

Empleos. Camarera en Schrafft’s. Secretaria de una empresa de venta de automóviles. Vendedora de maíz tostado en un cine de reestreno. Empaquetadora de unos almacenes. Camarera de un bar. Recepcionista de un pequeño taller de confección. Mecanógrafa de una empresa de postales por correo.

Después un día el fotógrafo ¿cómo se llamaba? ¿Aquel joven de la cara llena de granos que había cambiado el rumbo de su vida? Era colaborador libre de ciertas publicaciones especializadas. Estaba realizando un reportaje fotográfico acerca de las postales.

La vio, le pidió permiso a su jefe para utilizarla en el reportaje al objeto de conferir a éste garra y brillantez.

No faltaba más. Le dedicó diez carretes. Y los fines de semana, entusiasmado ante la sensualidad que decía se escapaba por sus poros, le hizo innumerables fotografías, una vez en la campiña de Connecticut, otra en bikini en las playas de Atlantic City.

Más entusiasmo. Le mostró las fotografías a un amigo suyo que trabajaba en una agencia de modelos. El amigo le aconsejó que siguiera un curso de modelo de tres meses de duración. Ella se mostró de acuerdo.



Librodot

Tenía por aquel entonces un amigo acomodado, subdirector de un hotel de la Avenida Park, y éste le pagó la matrícula del curso a pesar de lo tacaño que era, pero es que ella no estaba dispuesta a darle nada si no pagaba.

Aquel curso le enseñó muchas cosas. Al terminar, abandonó al subdirector de hotel y se hizo amiga de un redactor de una agencia publicitaria, que estaba casado y le pagó el arreglo de la dentadura y las clases de dicción y el repaso de los ejercicios. Obtuvo varios trabajos de modelo, no los mejores pero sí bastante aceptables.

Pasó sujetadores, lencería y bikinis para los compradores. Empezó a aparecer en anuncios de revistas vestida muy sucintamente con ropa interior y pasó a las portadas, primero “U.S. Camera” y después revistas para hombres, tres en dos meses.

Un agente de Hollywood de segunda categoría y ya en declive -¡un agente!-la vio en la portada de una de las revistas para hombres, la localizó, se ofreció a tomarla bajo su protección y llevársela a Hollywood, pagarle el alquiler y entregarle dinero a cuenta hasta que consiguiera encontrarle trabajo en la televisión o el cine. Y se fue con él a Hollywood.

No era gran cosa, no disponía de despacho sino tan sólo de teléfono, vestía raídos trajes, era achaparrado y panzudo, olía a puro y a ajo, pero era su agente. Personalmente se conformaba con muy poco -un trabajo manual dos veces a la semana-; gracias, cariño, muy bien. Y le encontró trabajo.

No precisamente en el cine pero muy cerca del cine. Actuó de azafata en salones del automóvil, salones náuticos y cuatro convenciones. Fue uno de los muchos cuerpos que recibieron a los invitados en el transcurso de las inauguraciones de un restaurante y un supermercado.

Muy pronto se la vio del brazo de este actor en ascenso, de aquel otro y del de más allá en fiestas y estrenos. Y todo aquello empezó a gustarle.

Su agente no sabía promocionar talentos. No inspiraba respeto ni autoridad. Sólo le conseguía contactos de segunda mano. Pero a ella le gustaba. La palabra agente era el eufemismo que se utilizaba para designar a un rufián de categoría.

Sin embargo, ella no necesitaba ningún rufián. Se las apañaría mejor por su cuenta. Fue sin cesar de un lado para otro.

Un actor de carácter. Contactos. Un director de reparto. Algún que otro papelito secundario. Un fabricante de cámaras. Mejores contactos. Un productor independiente. Dos papeles secundarios en cortometrajes.

Un acaudalado agente. Una presentación. Un director de estudios viudo. Un contrato, algunas pruebas, otro papel secundario, un puesto permanente de azafata en sus fiestas de Palm Springs, un apartamento en el paseo Wilshire. Exhibición.

El público la descubrió y la publicidad se encargó de lo demás. Casi había conseguido todo. Casi había olvidado que todo aquello había existido. Pero esta noche la habían obligado a recordarlo de nuevo.

El Soñador y los restantes monstruos, sometidos al lavado de cerebro de la leyenda, no se creerían la verdad porque no querrían creérsela. Y, sin embargo, era su verdad, la atormentada odisea que desde la miseria de Virginia Occidental pasando por la infamia de Nueva York la había conducido a la despiadada explotación de Hollywood.

Los primeros años de actriz habían sido los peores, el ofrecimiento de placeres, el hacer de geisha, el ofrecimiento de su carne y de su órgano femenino con tal de alcanzar el éxito. Había sido afortunada porque lo había alcanzado. Lo había alcanzado y lo comprendió al llegar a los platós y comprobar que los hombres la necesitaban a ella más de lo que ella les necesitaba a ellos.



Librodot

Su primer papel estelar la había liberado para siempre de su esclavitud en relación con los hombres y había sido libre a partir de entonces. Ahora, si bien se miraba, algo había en su pasado que la tenía perpleja. En la auténtica versión de su historia siempre había considerado que los hombres de su vida la habían explotado para satisfacción de sus propios y egoístas placeres.

Y, sin embargo, volviendo a revisar su historia, era posible que otra persona la interpretara de otro modo. Tal vez hubiera podido decirse que los hombres no habían explotado a Sharon Fields en su propio beneficio tanto como Sharon Fields los había explotado a ellos en el suyo.

Se esforzó por aclarar sus ideas. No cabía duda de que siempre había creído que los hombres la habían explotado -y la habían explotado, vaya si lo habían hecho-, pero tampoco podía negarse que ella los había utilizado constantemente y despiadadamente en su propio beneficio. Había coqueteado y les había atraído con la promesa del goce sexual.

Hábilmente, para lograr sus propósitos, había manejado a los hombres, había jugado con sus apetitos y debilidades y necesidades.

Les había enfrentado unos con otros exigiendo y después dando, siempre cambalacheando y comerciando y utilizándolos a todos en calidad de peldaños para ascender a la cumbre. Implacablemente y a sangre fría, en muy pocos años, destrozando orgullos e incluso carreras, destruyendo matrimonios, había utilizado a los hombres para ascender al pináculo.

Pero tenía una excusa. Había sido una chiquilla perdida en un tiránico mundo masculino.

Había entrado en el mundo masculino con desventaja, sin el respaldo de la seguridad familiar, sin instrucción, sin dinero, sin inteligencia natural, un auténtico ser primitivo.

No ambicionaba el dinero y la fama como no fuera para alcanzar aquello que siempre había ansiado y estaba decidida a alcanzar: la seguridad, la libertad, la independencia y la propia identidad.

Había conseguido ver cumplidos sus deseos porque era dueña, por suerte suya, de la única moneda que más anhelan los hombres: la belleza. No obstante, se resistía a atribuir exclusivamente su éxito a su rostro y a su cuerpo.

Había conocido a cientos y a miles de muchachas igualmente hermosas, muchachas de hechiceras facciones y preciosas figuras. Y, sin embargo, no habían conseguido alcanzar el mismo éxito que ella. La causa de haber conseguido el éxito no se debía sólo a la intensidad de su anhelo sino a la búsqueda de algo más que su simple apariencia exterior, algo que le permitiera promocionarse.

Había estudiado y había aprendido a utilizar su aspecto para atraer y seducir a los hombres, para convertirles en esclavos suyos fingiendo ser ella su esclava.

En eso había estribado la diferencia. Ya no recordaba con cuántos hombres se había acostado, se había hecho el amor y había dormido en el transcurso del traicionero ascenso. No podía recordarlo porque no había nada que recordar.

Eran hombres sin cuerpo y sin rostro porque se limitaban a ser unos peldaños y, tanto en la cama como fuera de ella, Sharon siempre había mirado más allá, hacia la lejana cumbre.

La sexualidad jamás había significado nada para ella. El acto jamás había sido un compromiso humano. Había sido simplemente un apretón de manos, una carta de presentación, una llamada telefónica, un contacto, un contrato, otra cosa.

La sexualidad jamás había sido para ella algo especial sino simplemente una de tantas funciones corporales automáticas, algo que se hacía, algo de que se sacaba un provecho, algo que a veces resultaba agradable pero no gran cosa, lo tomas o lo dejas, sólo que últimamente



Librodot

había sometido a revisión sus antiguos conceptos y había empezado a considerar la sexualidad como parte integrante del amor.

Y ahora se encontraba aquí sofaldada y atada a un lecho desconocido procurando reorganizar su futuro. Encuadrada en el contexto de su pasado, su actual situación se le antojaba mucho menos amenazadora. Al fin y al cabo, no eran más que unos hombres, y qué más daba que se lo hicieran un poco más teniendo en cuenta que ya la habían violado y le habían brutalizado el cuerpo.

Desde esta perspectiva fatalista, se le antojaba absurdo no beneficiarse de algo a cambio de lo que tendría que soportar. ¿Por qué no rendirse al precio que le exigían? ¿Por qué no colaborar a cambio de comida, descanso y liberación de las ataduras que le magullaban las muñecas, le entumecían los brazos y le producían un dolor incesante en los hombros? ¿Por qué no cambalachear al objeto de llegar a un acuerdo en el sentido de ser liberada muy pronto de aquel cautiverio? Reflexionó acerca de la posibilidad de llamarles, convocarles, decirles que estaba dispuesta a abandonar la resistencia a cambio de ciertas consideraciones.

Antes de que pudiera llegar a una decisión final, se percató sobresaltada de que no estaba sola. El más alto, con aquel rostro tan horrible y aquel lenguaje tan vulgar, se encontraba en la habitación de espaldas a ella corriendo el pestillo de la puerta.

Se le acercó rascándose la piel por debajo de la camiseta gris y se detuvo junto a la cama. Con los brazos en jarras, la inspeccionó en silencio. Después habló en un tono que, tratándose de él, hasta podía considerarse conciliador.

-¿Estás dispuesta a comer y a tomarte las píldoras? La respuesta se le quedó atascada en la garganta pero ella la obligó a salir fuera.

-Sí -contestó.

-Eso ya está mejor. ¿Conoces las condiciones?

Conocía las condiciones. Se lo quedó mirando fijamente.

Frente baja, pequeños ojos juntos, nariz fina, delgados labios perdidos en el bosque del bigote, todo ello en un rostro huesudo y enjuto. Horrible y cruel.

Experimentó repugnancia al comprobar que se estaba rindiendo ante “aquello”, pero comprendió inmediatamente que su repugnancia no se debía a una reacción de carácter físico ante aquel individuo o cualquier otro de los demás, sino al descubrimiento de que, junto con la rendición, estaba entregando algo que era lo que más estimaba en la vida.

Podía soportar que le hubieran violado la vagina, pensó. Pero no estaba segura de poder sobrevivir a la violación de su espíritu. En todos sus pasados encuentros con los hombres que la habían explotado, el acto amoroso no había sido algo tan indiferente como ella había intentado creer.

Había llegado a odiar con toda el alma aquel cambalacheo de su cuerpo a cambio de la promoción. Demasiados hombres habían podido comprobar que su ser era un complejo y delicado mecanismo muy sensible, lleno de necesidades y deseos humanos, y, sin embargo, no la habían considerado más que una vasija inanimada rebosante de placer, una cosa, últimamente, tras haber alcanzado el éxito y haberse convertido en una diosa, había podido comprender que ya no le hacía falta someterse a la explotación de los hombres.

Ella misma se había coronado y se había ganado a pulso la libertad después de tantos años de esclavitud. Era libre, independiente e intocable. Podía hacer lo que le viniera en gana. Además, últimamente su conciencia había dado un paso adelante.

Su secretaria y confidente, Nellie Wright, formaba parte de la vanguardia del movimiento de liberación femenino. Al principio, oprimida por el pasado y sus antiguas ideas, Sharon se había burlado de las militantes creencias de Nellie acerca de la emancipación femenina.



Librodot

Poco a poco, había empezado a tolerarlas y a escuchar de buen grado las explicaciones de Nellie y, al final, las había aceptado. En el transcurso de los últimos meses hasta se había dedicado a desarrollar una labor de proselitismo instando a otras mujeres a unirse a la lucha en favor de la absoluta igualdad de derechos.

Es más, esta nueva actitud había sido una de las causas de la rotura de sus relaciones con Roger Clay, éste tenía unas ideas británicas muy anticuadas acerca del lugar y del papel de la mujer y no era capaz de comprender aquella necesidad de absoluta igualdad y libertad.

Pero Roger había resultado ser tan sensible e inteligente como ella y su decisión de reunirse con él en Inglaterra se había debido a la esperanza de que estuviera cambiando o fuera lo suficientemente flexible como para dejarse instruir y moldear. En tal caso, tal vez pudieran establecer unas sólidas relaciones.

Y estos animales ignorantes deseaban que abandonara y renunciara a este nuevo concepto de la liberación. Eso era lo que más la enfurecía. Y, a pesar de que ello pudiera parecer contradictorio, se sentía molesta por algo que la humillaba más si cabe.

En el transcurso de los pasados años de ascenso al poder y la independencia, su precio siempre había sido muy elevado. Siempre se había enorgullecido de su valor. A cambio del disfrute de su cuerpo, siempre había recibido valiosos regalos: una importante presentación o recomendación, un contrato legal, un papel interesante, un fabuloso guardarropa o una costosa joya. Jamás se había vendido barata.

Siempre la habían comprado como un objeto de lujo. Y ello la había enorgullecido siempre. Sin embargo, una vez retirada del mercado, ya no se había visto obligada a vender nada a cambio de un precio, porque ya no había querido estar a la venta.

Sólo estaba dispuesta a entregarse a cambio de algo que no tuviera precio -el amor-, pero nada más. Y ahora, la mujer más deseable del mundo según las cotizaciones del mercado, resultaba que tenía que venderse a aquellos odiosos animales a cambio de una insultante pitanza. Su portavoz le había ofrecido un poco de comida corriente y unas cuantas píldoras baratas a cambio de que accediera a servirles de Cosa.

Era una humillación degradante, casi tan degradante como la violación de su independencia. Si capitulaba, perdería todo aquello que finalmente había logrado alcanzar.

-Muy bien, señorita -le estaba diciendo el Malo-, no me has contestado. Te daremos si nos das. ¿Estás dispuesta a aceptar estas condiciones?

La cólera la cegó. Recogió toda la saliva que tenía en la boca y le escupió, mojándole una pernera del pantalón.

-¡Ahí va mi respuesta, hijo de puta! Yo no les doy nada a los animales.

-Muy bien, señorita -dijo él con expresión sombría-, te daremos tu merecido. -Se quitó rápidamente la ropa y se quedó desnudo, acercándose a ella con el horrible aparato-. Muy bien, me parece que ya es hora de que te enseñemos a comportarte bien con la gente.

Echó abajo la manta y se le colocó encima inmediatamente procurando separarle las piernas. Con unas reservas de fuerza cuya existencia desconocía, intentó luchar contra el ataque.

Movió el cuerpo de un lado a otro para esquivarle y le propinó puntapiés manteniendo las piernas juntas, pero éstas estaban empezando a ceder y supo que aquel individuo se las separaría muy pronto y quedaría indefensa.

Ya no aspiraba a ganar sino simplemente a hacérselo pagar muy caro, a darle a entender lo mucho que odiaba aquella violación de su ser.

Le había separado las piernas y abierto la falda y Sharon vio que el tipo estaba luchando contra su resistencia. Un último y desesperado esfuerzo antes de que le inmovilizara las

piernas. La rodilla, la rodilla que tenía libre. Con toda la fuerza que le quedaba, levantó la rodilla por debajo de su erección y se la descargó contra los testículos.

Se le cerraron los ojos, contrajo las facciones a causa del sufrimiento y emitió un grito gutural de dolor. Sus manos la soltaron, se las acercó a la ingle y cayó hacia atrás retorciéndose.

Ella le observó fascinada hasta que dejó de retorcerse. Permaneció tendido sin moverse. Después, recuperándose muy lentamente, se puso de rodillas y la miró.

La expresión de su rostro la llenó de terror. Se estaba acercando a gatas con las repulsivas facciones deformadas por la furia asesina.

-¡Pequeña puta asquerosa! ¡Ya te arreglaré a ti las cuentas! -le dijo. Echó la mano hacia atrás y después se la descargó sobre la mejilla. Una y otra vez y otra vez la pesada mano se descargó contra sus mejillas, mandíbulas y cabeza.

Intentó gritar pero se sentía el cerebro suelto y parecía como si se le hubieran caído los dientes y le llenaran la boca, como si se le hubieran hinchado los labios impidiéndole hablar.

No supo cuántas veces debió golpearla ni cuándo dejó de hacerlo, pero debió dejar de hacerlo porque su cabeza cesó de moverse hacia adelante y hacia atrás como una pelota de boxeo.

Le distinguió vagamente a través de la bruma de las lágrimas y pudo verle satisfecho de su hazaña esbozando una inhumana y sádica sonrisa.

Se notaba en la boca el ácido sabor a sangre y advertía que ésta le estaba resbalando por la barbilla. Yacía casi cegada, gimiendo y con el cuerpo convertido en un amasijo inanimado de carne y hueso.

-Así está mejor -dijo él con voz ronca-. Ahora ya sabes lo que te espera. Y ahora, como no te reportes, volverás a cobrar.

Estaba retrocediendo de rodillas situándose encima suyo una vez más y Sharon comprobó que la violencia había contribuido a excitarle.

Esperó a que se iniciara el acto de necrofilia. Le levantó las piernas y se las separó sin que ella ofreciera la menor resistencia. La penetró lacerándola y sin hacer caso de sus gemidos.

Sharon fue consciente del martinete de movimiento continuo que tenía dentro destrozándole y desgarrándole el cuerpo vencido. Perdió la noción del tiempo, se hundió en la inconsciencia y se convirtió en una blanda muñeca de trapo mutilada.

Pero después volvió a recuperar el conocimiento, emergió de la negrura a la luz y el dolor de las magulladuras del rostro fue sustituido por el espantoso sufrimiento de sus muslos separados y su cuerpo martirizado.

La estaba martilleando por dentro como si quisiera matarla, como un verdugo enfurecido, y de repente el lacerante dolor de sus entrañas fue tan intenso que le devolvió la voz.

Suplicando piedad, gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Sus gritos ejercieron en él un efecto acelerador.

La acometió con una arremetida final que casi la partió en dos mitades obligándola nuevamente a gemir y después todo terminó.

Oyó que llamaban sin cesar a la puerta y escuchó el sonido de una voz amortiguada.

Advirtió que el Malo se estaba levantando de la cama. Intentó abrir los ojos, consiguió abrirlos un poco y pudo verle a través de las rendijas de pie junto a la cama mirando enfurecido en dirección a la puerta.

Con deliberada calma se puso los calzoncillos, los pantalones y la camiseta y, remetiéndosela en los pantalones, se encaminó hacia la puerta. La abrió y retrocedió.

Sharon vio al Soñador en la puerta y a los otros dos detrás de él en el pasillo.

-¿Qué sucede? -preguntó el Soñador-. Hemos oído los...

Sharon observó que sus ojos la miraban con incredulidad. Después le vio entrar en la estancia y quedársela mirando fijamente. Súbitamente giró sobre sus talones.

-¡Hijo de puta! -rugió mientras con ambas manos intentaba apresar la garganta del Malo.

Los antebrazos del Malo se adelantaron y apartaron a un lado las manos del Soñador. De un solo movimiento lanzó un puño hacia adelante descargándolo contra la cabeza del Soñador e inmediatamente le descargó otro contra el estómago.

El Soñador retrocedió y se desplomó pesadamente al suelo. Instantáneamente Sharon les vio a los tres, no, a los cuatro agitándose en la estancia mientras el Soñador se ponía vacilantemente en pie.

El más corpulento, el Vendedor, estaba apartando al Malo y procuraba calmarle hablándole en voz baja. El más viejo, el Tiquismiquis, estaba ayudando a levantarse al Soñador y le imploraba que no prosiguiera la pelea.

-A mí nadie me interrumpe -estaba gruñendo el Malo-. Y nadie me dice lo que está bien y lo que está mal.

La puta me ha propinado un rodillazo, me ha hecho mucho daño y yo le he dado una buena tunda para que recuerde quién es el amo. No lo he hecho sólo por mí sino por todos nosotros.

-¡Por mí no hagas nada! -estalló el Soñador-. Y puedes creerme, no estoy dispuesto a tolerar más violencia.

El Vendedor se había interpuesto entre ambos hombres.

-Escuchad, no hagamos escenas delante de ella. Podremos limar las asperezas hablando tranquilamente. No hay nada que no pueda resolverse por medio de la calma y la discusión. ¿Qué decís, amigos? Vamos a la habitación de al lado para hablar en secreto, preparémonos unos tragos y discutámoslo. -Empezó a acompañar al Malo en dirección a la puerta y le indicó al Soñador que le siguiera.

Mientras estos últimos salían al pasillo, el Vendedor se detuvo brevemente junto a la puerta-.

Sé buen chico -le dijo al más viejo-, encárgate de ella. Ya sabes donde está el botiquín de primeros auxilios. Lávale la cara con agua tibia y aplícale un poco de aquella cosa que detiene la hemorragia.

Después déjala descansar. Mañana se encontrará bien.

Mañana. Sharon giró la cabeza sobre la almohada, gimió y, al poco rato, se sumió en la oscuridad.

Otra mañana. Luz amarilla filtrándose a través de las rendijas de las tablas de las ventanas, había salido el sol. Había despertado de un ligero sueño reparador y había tardado un buen rato en recordar dónde estaba y lo que le había sucedido.

Jamás en toda su vida había sido un amasijo tan absoluto de sufrimiento desde la cabeza a los pies. No había salido bien librada ni una sola parte de su anatomía. Le dolía horriblemente la cabeza.

Le costaba mover la mandíbula y tenía un labio y parte de una mejilla magullados y ligeramente hinchados. Le dolían incesantemente los brazos atados, los hombros y el pecho.

Su huelga de hambre también había empezado a ejercer efecto. Se notaba el estómago distendido a causa de la falta de alimento. Le ardían los muslos y las partes genitales a causa del terrible castigo a que había sido sometida.

Se notaba las pantorrillas entumecidas. Y la falta de descanso continuado durante cuarenta y ocho horas consecutivas le había dejado el sistema nervioso crispado y a punto de estallar. Y lo más grave era que se estaba acentuando su depresión suicida.

No obstante, no podía negarse que todavía se abrían ante ella unas pocas y miserables alternativas capaces de mejorar su suerte. Se esforzó por pensar lógicamente en su futuro.

No vislumbraba futuro alguno y su cerebro no hacía más que tropezar. Procuró recordar los acontecimientos de la noche anterior, recordó algunos de ellos con pesar y comprendió finalmente que aquella situación ya no podría prolongarse por más tiempo.

No habría forma de alcanzar nada y ni siquiera de recuperar ciertas sombras de dignidad. Su resistencia era valiente, arrojada y justa pero sólo la conduciría a la muerte. Sus apresadores -pensaba en ellos como un todo único a pesar de que el Soñador se hubiera opuesto físicamente a los malos tratos a que la había sometido el Malo (seguía culpando al Soñador de la creación de aquel siniestro Club de Admiradores)-seguirían matándola de hambre, golpeándola, violándola y manteniéndola prisionera como un solo hombre.

No se avendrían a razones. No sabían lo que era la compasión. Eran unos maníacos homicidas y sabía que no podría tratar con maníacos. Y tampoco podría esperar que la ayudaran desde el exterior.

Ahora ya lo había comprendido. A partir de aquel momento tendría que encargarse de cuidar personalmente de sí misma. Su principal objetivo tendría que ser la supervivencia. Al diablo la violación de su independencia. Al diablo la humillación y la degradación.

Tenía que vivir. Ninguna otra cosa le importaba. Lo importante era la vida. Por mucho que se acostaran con ella no la matarían.

En cambio sí podría matarla una ulterior resistencia. En el pasado, a pesar de todas sus debilidades, siempre había poseído una fuerza. Había sido una superviviente. Tenía que concentrarse en esta fuerza.

Por mal que la trataran tendría que seguir soportándolo para poder seguir siendo una superviviente. Y no es que antes no hubiera sabido lo que era la degradación. De la misma manera que en otros tiempos se había sometido a agentes de medio pelo, directores, productores y hombres acaudalados, ahora tendría que ceder ante estos monstruos depravados.

“La Garde meurt et ne se rend pas”, decía aquel comandante de Waterloo en aquel libro del club de lectores que había leído. La guardia muere pero no se rinde.

Tonterías. De niña solía ser más sensata; te retiras para poder seguir luchando otro día. La capitulación era su única defensa contra la muerte. Si no morías, vivías. Si vivías, te quedaba la posibilidad de vengarte.

Al final, era posible que aquellos monstruos la ejecutaran. O tal vez no. En cualquier caso, la rendición constituía un aplazamiento de la aniquilación. Su atormentado cerebro no hacía más que girar en torno a tópicos. No estaba en condiciones de hacer mayores esfuerzos y se aferró a un tópico: mientras hay vida hay esperanza.

Estaba demasiado enferma y se sentía demasiado débil para pensar otra cosa. Levantó la voz gritando todo lo que pudo:

-¿Hay alguien ahí? ¿Me oyen? ¿Quieren venir?

Esperó pero no obtuvo respuesta. Volvió a llamar una y otra vez hasta enronquecer. Decepcionada, impaciente por cerrar el trato que le permitiera salvarse antes de que fuera

demasiado tarde, procuró luchar contra el aturdimiento de su cerebro al objeto de no sumirse en la inconsciencia.

Tenían que saberlo, tenían que enterarse antes de que ella cayera enferma sin posibilidad de restablecimiento. Hizo acopio de todas sus fuerzas para volver a gritar.

Articuló las palabras pero comprendió que éstas no saldrían de la estancia. Cuando ya se estaba diciendo que era inútil, se abrió la puerta del dormitorio. Y apareció el que ella llamaba el Vendedor mirándola inquisitivamente.

Se esforzó por encontrar las palabras y lo consiguió al cabo de unos momentos.

-Muy bien -dijo débilmente-, me portaré como es debido. Haré lo que ustedes quieran.

Habían transcurrido doce horas y había vuelto a anochecer. Yacía en la cama con las muñecas amarradas una vez más a los pilares esperando la llegada del dulce olvido del sueño. Pronto llegaría.

Hacía diez minutos que el último de ellos le había administrado el Nembutal y su último compañero de lecho iba a ser el amado sueño.

Estaba satisfecha de su decisión. Doblegarse a las condiciones del enemigo había sido un suplicio mitigado únicamente por su debilidad física y por su imposibilidad absoluta de resistir por más tiempo. El precio había sido horrible pero la adquisición de la vida había merecido la pena.

A decir verdad, la recompensa había resultado más agradable de lo que había supuesto. El Vendedor había regresado acompañado de los demás para asegurarse de que había entendido bien los términos del trato.

Los había entendido, los había entendido, les repitió una y mil veces. Colaboración. Basta de resistencia. Colaboración.

Los monstruos, los sapos, los vampiros se habían alegrado, la habían contemplado sonrientes como si la hubieran conquistado en buena lid. Sólo el más extraño de todos ellos, el Soñador, no había reaccionado con alborozo y expresión de triunfo.

Estaba como aturdido y sin poder comprenderlo. El cambio de atmósfera, de actitud y de trato había sido casi mágico.

El Malo se había ido a celebrarlo con un trago, pero los demás se habían pasado el resto de la mañana y la tarde cumpliendo con el trato.

Le habían facilitado tres comidas, una a media mañana, otra a primeras horas de la tarde y la tercera al anochecer.

Los huevos, los zumos, la sopa caliente, la ensalada, el pollo, el pan con mantequilla, el humeante café habían sido para ella toda una serie de festines exquisitos. Le habían aconsejado que no se atiborrara después de aquel ayuno tan prolongado, pero el consejo no le había hecho la menor falta ya que no consiguió terminarse ni una sola de las comidas.

Le habían soltado la mano derecha para que le circulara la sangre y pudiera frotarse el otro brazo y utilizarla para comer.

En determinado momento de la tarde, el Soñador la desató por completo y esperó fuera del cuarto de baño mientras ella utilizaba el retrete y se tomaba un buen baño.

Después le entregó un camisón para que se lo pusiera en lugar de la manchada blusa, la falda y las bragas. Le dijo que era nuevo y que se lo había comprado para ella.

Lo llevaba puesto mientras esperaba la llegada del sueño. Apenas era un camisón, más bien parecía una minitoga que le llegaba hasta los muslos, una reducida camisola blanca de nylon con escote pronunciado y cortes laterales, pero estaba limpia, resultaba cómoda y le sentaba bien. Era una de aquellas prendas que se anuncian y venden por correo en las revistas para hombres, una de aquellas prendas que los hombres aficionados a la sexualidad utilizan para ataviar a sus amantes imaginarias antes de masturbarse.

Después del baño y del cambio de ropa la habían vuelto a atar a la cama y ella no se había molestado en protestar.

En determinado momento le aplicaron una pomada suavizante a las magulladuras de la mejilla y la mandíbula. Después de cenar, le dejaron encima de la mesilla de noche la píldora para dormir junto con un vaso de agua.

Hubiera querido tomársela inmediatamente pero no se atrevió a pedirla.

Sabía muy bien lo que la aguardaba. Ellos habían cumplido con su deber. Ahora esperaban que ella cumpliera con el suyo.

No querrían gozar de ella estando medio dormida. La habían engordado, limpiado y atendido con vistas a una violación voluntaria y después de la cena se dispuso a someterse al suplicio.

Mientras esperaba al primero de ellos, empezó a pensar en cómo les trataría.

Había accedido a colaborar. Pero ello no incluía ninguna promesa de entrega, amor y calor. Significaba simplemente soportarlo todo pasivamente sin oponer resistencia oral ni física.

Le resultaría muy difícil reprimir el veneno y el instinto automático de rechazarles pero recordaría constantemente que no podía arriesgarse a perder la recompensa que le permitiera salvar la vida.

A pesar de constarle que no le quedaba ninguna otra alternativa, se aborrecía a sí misma por haber accedido al pacto. Sin embargo, su odio palidecía ante el que sentía en relación con sus apresadores, a quienes aborrecía y de los que abominaba con una intensidad que no podía expresarse por medio de la palabra, y la hacía ansiar vengarse de su inhumanidad y borrarles a todos de la faz de la tierra.

Había deseado que se apresuraran a entrar en el dormitorio y que se lo hicieran de una vez para poder ganarse la píldora tranquilizante y la huida temporal. Pronto se habían presentado uno tras otro para recoger el precio.

Al recordar la velada intentó desesperadamente borrarla de su memoria, rezó para que llegara el sueño, pero el caleidoscopio giraba y le mostraba con toda claridad las imágenes que se habían sucedido anteriormente.

Las desagradables horas pasadas se convirtieron en momentos presentes. Primero el Vendedor. ¿Lo habrían echado a suertes? El primero en recoger los frutos de la colaboración fue la mole de grasa. Mientras se desnudaba, se dedicó a alabarla. Había sido muy sensata al haber accedido a ser amable.

Que constara que él no era partidario de la táctica de matarla de hambre y de la violencia física y había esperado que ella comprendiera la situación y no provocara más incidentes. Estaba contento, estaba satisfecho de que todo se hubiera solucionado favorablemente.

Debía creerle, ninguno de ellos deseaba causarle el menor daño. Eran tan esencialmente honrados como cualquier grupo de hombres que ella hubiera podido conocer. Ya lo vería. Se lo demostraría.

Y cuando finalizara la luna de miel al cabo de unas semanas, estaba seguro de que se separarían como buenos amigos. De esto último había tomado buena nota.

Se proponían soltarla "al cabo de unas semanas". Se le antojaba una eternidad. En su fuero interno, rezaba para que, a cambio de la colaboración, su cautiverio no se prolongara más allá de unos pocos días.

Al fin y al cabo, ¿acaso aquellos monstruos no procedían de algún sitio y tendrían que regresar a alguna ocupación? ¿Acaso no les echarían en falta? Pero entonces se le ocurrieron las respuestas.

Estaban en junio. Los hombres eran móviles. Los Estados Unidos eran un país de vacaciones, un país de hadas, una interminable sucesión de placeres. Es decir, que no iba a pasarse simplemente unos días sino unas cuantas semanas en aquel Auschwitz mental. ¿Cómo podría soportar un cautiverio y un tormento tan prolongados? Hubiera querido hablarle, apelar a su sentido de la justicia.

Hasta cuando se jugaba sucio había cierto grado de juego limpio. Pero el instinto le dijo que la protesta no era la mejor forma de iniciar una colaboración. Se mordió el hinchado labio inferior y guardó silencio.

Tenía delante la masa de carne. Automáticamente empezó a juntar las piernas, pero se acordó a tiempo y las aflojó. Nada de resistencia, recordó. Pero, maldita sea, tampoco les entregaría nada. Podrían gozar de su cuerpo muerto pero de nada más.

-Oiga, qué camisón más bonito -le estaba diciendo-. ¿De dónde lo ha sacado?

-Estaba aquí.

Le levantó la camisola blanca de nylon hasta la cintura y se excitó inmediatamente. Sostenía un tubo en la mano.

-¿Le importa? -le preguntó-. Será más fácil.

Ella se encogió de hombros y separó a regañadientes las piernas.

Se acercó ansiosamente con el lubrificante y, al tocarla, se excitó ulteriormente. No quería verle. Cerró los ojos.

Y comenzó la explotación. Ya se habían iniciado los jadeos de la ballena que tenía encima y ésta se agitaba y sacudía con regularidad. No notaba otra cosa como no fuera aquella violenta inyección física.

No notaba nada, no entregaba nada, no decía nada y procuraba no escuchar el extático monólogo. Pero, aunque no estuviera obligada a sentir nada, no tenía más remedio que oír. Y la letanía no cesaba.

-Así está mejor, estupendo. ¿es estupendo, verdad, cariño? estupendo, buena chica, muy bien, estupendo, muy bien, muy bien.

Terminó.

Mientras se vestía, la expresó su satisfacción. Le habló muy animado de las mujeres que había conocido, "pero que conste que ninguna como tú, Sharon, tú eres la mejor".

No, no engañaba mucho, estaba casado, su mujer era buena, engañar mucho resultaba peligroso y, además, era una mala costumbre. Pero un poco de variedad de vez en cuando contribuía a mejorar el matrimonio. Y no siempre se veía obligado a pagar a cambio.

En su trabajo, en el ambiente en el que se desenvolvía, solía encontrar a muchas mujeres que se encaprichaban de él.

Sharon sabía que estaba deseando que le dedicara un cumplido. Se negó a abrir la boca.

-Bueno, gracias, Sharon. Ha sido estupendo. Eres algo especial. Hasta mañana.

Ella asintió imperceptiblemente.

El segundo fue el Tiquismiquis, con su triste ratoncillo blanco. A pesar de lo que pudiera haberle dicho su predecesor, seguían mostrándose muy cautelosos a propósito de la colaboración.

Estaba nervioso, se disculpaba, le hablaba estúpidamente de estadísticas que había sacado de manuales sexuales de las que se deducía que una mujer podía entregarse a varias relaciones sexuales en el transcurso de una sola noche sin que tal actividad resultara perjudicial para sus órganos genitales.

Le acarició tímidamente el busto y habló con más verbosidad si cabe que el Vendedor tratando de explicarse y justificar su comportamiento.

Insistía una y otra vez en que no era más que un ciudadano corriente, un profesional respetable, un trabajador, un burgués convencional que se había visto mezclado por azar en la operación del Club de los Admiradores.

No había tenido intención alguna de llevarse a la señorita Fields pero, una vez metido en el proyecto, no había podido echarse atrás.

Muy bien, hubiera deseado gritar ella, ¿entonces qué demonios está usted haciendo aquí? Se revolcaba en sus sentimientos de culpabilidad en un intento de alcanzar su perdón de tal forma que no tuviera después que expiarlos.

Pero ella se negó amargamente a perdonarle. No quiso darle nada. Fue consciente de que al Tiquismiquis le estaba costando alcanzar la erección.

Adivinó que debía estar acostumbrado a que le ayudara su mujer. Su suposición quedó confirmada al proponerle él tímidamente desatarle un brazo.

El alivio que ello representaría resultaba tentador pero decidió no ceder a la tentación a cambio de prestarle al tipo un servicio.

Le contestó secamente que no se molestara, él suspiró y empezó a levantarle gradualmente la corta toga hasta la altura del pecho. La contemplación de los lechosos pechos le excitó. Se le subió torpemente encima y le besó los pardos pezones.

Ella le maldijo por lo bajo al percatarse de que todo aquello estaba surtiendo efecto. Segundos más tarde, antes de que perdiera la erección, le introdujo la cosita gris.

Subió y bajó unas cuantas veces, gimió y, en menos de un minuto, experimentó un orgasmo de cerbatana. Se apartó disculpándose por haberse mostrado tan apasionado.

¡Tan apasionado! Dios mío, sálvame de estos imbéciles. Se vistió apresuradamente y siguió hablándole de la tenue separación que existía entre la seducción y la violación, manifestándole finalmente (el sempiterno orgullo masculino) que no podía hablarse de violación una vez se producía la consumación.

La verdadera violación sería tan imposible como enhebrar una aguja que oscilara sin cesar, ¿verdad? Una vez se había enhebrado la aguja, ello significaba que había habido colaboración, ¿no creía? Por consiguiente, no podía tratarse de violación a la fuerza, ¿verdad?

Te equivocas, estúpido hijo de puta. Estuvo amargamente tentada de contradecirle.

Pero se esforzó por guardar silencio mientras él le bajaba el breve camisón. Le dio respetuosamente las gracias y se marchó. Menudo informe sexual podría redactar basándose en aquellos brutos.

El siguiente resultó ser aquel al que más odiaba y temía, el bastardo que a punto había estado de matarla de una paliza. El Malo se estaba preparando.

-Tengo entendido que te estás portando como una buena chica -le dijo.

Subió a la cama.

Fue el momento más difícil. Todo su cuerpo se tensó disponiéndose a luchar y a ofrecer resistencia, pero permaneció inmóvil.

Y él le subió la camisola hasta el ombligo.

Rápidamente y sin hablar levantó las rodillas y separó las piernas. No estaba para juegos. Quería que se produjera lo inevitable y terminar después cuanto antes.

Comprobó que él había interpretado erróneamente su gesto considerándolo un deseo de participar. Ya estaba entre sus muslos.

-Aprendes rápido, nena. Ya lo sabía. Ahora que ya sabes cuáles son las ventajas, todo irá mucho mejor. -Le frotó los muslos y las nalgas con sus ásperas manos-. Muy bien, nena, ahora tiéndete y disfruta.

Sharon hizo una mueca pero se esforzó por conservar el estoicismo y no decir nada. Pero ahora, recordando el acto, se estremeció y se esforzó por borrar de su memoria lo que había ocurrido a continuación.

Había sido interminable y, como siempre, la había aporreado como un martinete. Dos veces había estado a punto de experimentar el orgasmo y se había detenido para poder proseguir.

En ambas ocasiones había estado ella a punto de empezar a moverse para estimularle y conseguir librarse de él cuanto antes, pero no se atrevió a hacerlo por temor a que aquel animal lo interpretara erróneamente como un éxito.

Había durado una eternidad y, al final, cuando ambos ya estaban completamente empapados en sudor, estalló y terminó el suplicio.

Estaba satisfecho. Se levantó de la cama y quiso saber si le había gustado. Ella se encogió de hombros.

-Lo sé, lo sé, nena -le dijo guiñándole el ojo-. No quieres reconocer que te ha encantado. -Miró el reloj-.

Sí, ha durado treinta y un minutos en total. Bueno, ha sido rápido.

Hubiera deseado castrarle con una cuchara roma. Hubiera deseado amarrarle a la cama y cortárselo lentamente, muy lentamente, disfrutando como una loca.

Cerró los ojos desvalida y le suplicó a Alguien de Arriba que le permitiera saciar su sed de venganza.

Y, finalmente, el Soñador Y encima oliendo a colonia. Se había duchado con colonia. Yacía desnudo a su lado murmurándole ternezas, arrullándola como si fuera su Julieta.

Una repetición de todas las películas en las que la había visto, y las muchas veces que había visto las mismas películas y lo mucho que aumentaba su sempiterno amor a cada nuevo éxito cinematográfico que ella alcanzaba.

Un estudio de su incomparable belleza. Era Afrodita surgiendo de las olas, la diosa del amor, y él era Zeus, y el hijo nacido de aquella unión sería Eros.

Completamente chiflado, estaba segura. Y después le preguntó sin más:

-¿Llevas algo, Sharon?

-¿Que si llevo algo? ¿Acaso no lo ve? Llevo el camisón que usted me dio, sólo que prácticamente lo he llevado toda la noche alrededor de la barbilla.

-No, me refiero por dentro. Te compré algunos contraceptivos para protegerte. Debiera de habértelo dicho el primer día.

-Sí, llevo algo. Siempre lo hago antes de emprender un viaje. ¿Acaso no llevan todos los símbolos sexuales aparatos intrauterinos?

-Bueno, menos mal, menudo alivio.

Absolutamente loco. Ahora le estaba acariciando el busto y el vientre.

-Quisiera que supieras cuánto te amo -le estaba susurrando-. Ojalá me amaras.

Le miró. Su triste miembro seguía flácido. Ayer había intentado defenderla del Malo, eso era innegable, y tal vez pudiera necesitar su ayuda en el futuro, pero no podía compadecerse del único responsable de su desgracia.

Observó que el muy idiota se estaba restregando contra su muslo al objeto de que el órgano le funcionara debidamente. Oyéndole respirar entrecortadamente adivinó que debía estar lográndolo.

Ahora se estaba levantando para subírsele encima y pudo comprobar que había estado en lo cierto. Se encontraba entre sus muslos, temblando de emoción anticipada.

Ella levantó entonces y separó fatigadamente las rodillas, y este gesto pareció enardecerle irremediablemente.

Excitado y a punto de estallar le buscó ciegamente el orificio, lo encontró y, al entrar en contacto con los suaves labios, emitió un lento y doloroso gruñido de desesperación y eyaculó prematuramente.

Se retiró muy afligido. Se levantó de la cama, buscó un pañuelo en el bolsillo de los tejanos y la secó rápidamente como si, secándola, pudiera lograr borrar su fracaso.

Hermano, pensó ella, tienes un problema. No es que sea muy grave, pensó, no es de los que no pueden superarse. Dado que había tenido ocasión de observarlo en muchos hombres, sabía que si se esforzaban en seguir haciéndolo de la misma manera, el defecto se agravaba y empeoraba.

Pero no quería ayudar al hijo de puta fundador del Club de los Admiradores. No, señor, aguántate, nulidad enferma.

Le observó friamente mientras se vestía. El tipo no podía disimular su abrumador abatimiento. Se estaba autoanalizando y exhibiendo ante ella todos sus tristes pensamientos.

Sólo le había ocurrido una o dos veces. Se esforzó por analizar su fracaso, por estudiarse a sí mismo a lo Masters y Johnson.

Era víctima de haberla venerado y deseado demasiado y, sin embargo, experimentaba sentimientos de culpabilidad por haberla forzado de aquella manera De ahí que su mente no le permitiera consumar el amor con ella.

Muchacho -hubiera querido decirle ella-, piensa en tus padres, en tus temores infantiles, en tus decepciones de adolescente, en tu falta de autoestimación. No me culpes a mí y no culpes tampoco a las mujeres sexualmente liberadas que te atemorizan. El problema eres tú, no nosotras.

Hermano, necesitas ayuda y yo soy la única que podría ayudarte. Pero no voy a hacerlo, se prometió a sí misma enojada. Sufre, cerdo impotente.

Se encontraba a su lado y se le movía la nuez.

-No se lo cuentes a los demás -le dijo-. No lo entenderían.

-No me interesa hablar de usted -dijo-. Hágame un favor.

-Lo que quieras, Sharon.

-Tápeme -le dijo ella señalándole los pies de la cama-Y deme la pastilla para dormir.

-En seguida.

Le bajó el camisón. Tomó la manta que había a los pies de la cama y la cubrió con ella hasta los hombros.

Le levantó la cabeza de la almohada, le depositó la píldora en la lengua y después le dio a beber un poco de agua para que pudiera ingerirla.

-¿Alguna otra cosa? -le preguntó.

-Déjeme dormir.

-Ya no estás enojada, ¿verdad? -le preguntó resistiéndose a marcharse.

Miró con incredulidad a aquel cretino chiflado.

-¿Cuánto tiempo hace que no le violan en grupo? -le preguntó ella amargamente. Tras lo cual giró la cabeza, oyó que se abría y cerraba la puerta y esperó al último visitante: el sueño reparador.

Ahora, tras finalizar el primer día de colaboración, yacía despierta esperando la llegada del sueño. El reloj le dijo que hacía más de veinte minutos que se había tomado la píldora que nunca fallaba.

Rezó para que esta vez no la abandonara. Bostezó. Y empezó a imaginarse una entrevista consigo mismo, tal como solía hacer muchas veces.

Bien, señorita Fields, ¿qué opina de su aproximación a los papeles dramáticos?

Mmmm, yo diría que ha sido un acierto. No podía seguir haciendo siempre lo mismo. Mi público no me lo hubiera permitido.

¿Está usted satisfecha de su último papel?

A decir verdad, el papel no me gustaba. Pero estoy sujeta a contrato durante unas cuantas semanas y no tenía otra alternativa. O lo hacía o me moría de hambre.

Señorita Fields, ¿está usted satisfecha de su actual situación?

Bueno, nadie suele estar satisfecho jamás. Yo diría que mi situación actual es mejor que la anterior. Pero eso no me basta. Fundamentalmente, soy un ser libre. Adoro la libertad. Pero sigo bajo contrato, ¿sabe usted? Y eso coarta mucho, ¿sabe? No seré feliz hasta que me sienta libre.

Señorita Fields, ¿considera que existe algún obstáculo que se interponga entre usted y la absoluta libertad?

Sí. La moda de los Clubs de Admiradores. Tener que satisfacer a los Clubs de Admiradores es la trampa más peligrosa que pueda haber. Para sobrevivir, tienes que hacer lo que ellos quieren y sabes que, al final, pueden cansarse de ti, rechazarte, matarte.

No será tanto, señorita Fields.

Vaya si es, le digo que estoy francamente asustada.

Muchas gracias, señorita Fields.

Bienvenida, señorita Fields.

Esbozó una soñolienta sonrisa. Aquellas escenas imaginarias eran siempre el preludio del sueño. Se sentía dispuesta a no pensar y a entregarse, a ser posible, a un vacío sin sueños.

Pero en su cabeza seguía danzando una cosa. La colaboración era el “statu quo”. Tal vez la mantuviera físicamente viva, pero la desesperada rabia que experimentaba la destruiría por dentro, se la comería viva y la destrozaría. Vivir de aquella manera era como no vivir.

Emergería de allí, si es que emergía, psíquicamente enferma, incapaz de hacer frente a nada y a nadie, con el orgullo destruido, con su concha vacía apta únicamente para vivir en una triste habitación de la Residencia de Actores Cinematográficos.

No podría soportar varias semanas de implacable humillación, con su vida enteramente a la merced de aquellos sujetos. Era necesario salir de allí cuanto antes en bien de su cordura. Pero ¿cómo? Pensó en Nellie y en Félix Zigman.

Los había perdido pero ahora pugnó por encontrarlos y darles la voz de alerta. Estaba segura de que Nellie ya habría dejado de tomarse en serio sus palabras de la víspera del secuestro. Ahora que ya habían transcurrido tres semanas, no, dos mejor dicho, tres días.

No le cabía la menor duda de que Félix seguiría estando convencido de que ella había desaparecido por capricho y se habría cruzado de brazos.

No. Imposible. Félix se habría alarmado. Y Nellie también. Ya se habría puesto en marcha el engranaje. Abrigaba esperanzas. La encontrarían.

Pero ¿cómo? ¿Cómo era posible que la encontraran si ni ella misma sabía dónde estaba? Pero tendrían que encontrarla aunque no fuera más que para apresarles y castigarles por la degradación a que la habían sometido. Averiguar todo aquello se había convertido para ella en una obsesión.

¿De dónde procedían? ¿A qué se dedicarían? ¿Cómo se llamarían? ¿Cómo la habían traído hasta allí? ¿Qué lugar era aquél? Preguntas.

Tal vez Nellie y Félix consiguieran hallar algunas respuestas. Tal vez ella pudiera ayudarles, tal vez. Era necesario. Estaba demasiado aturdida para poder seguir pensando. Pero procuraría no olvidarlo a la mañana siguiente.

No olvidar, ¿qué? Mmmm, hola, señor sueño, viejo amigo, Sabía que vendrías.

Había dormido y dormido y estaba todavía soñolienta cuando a las nueve de la mañana la despertó el Vendedor con la bandeja del desayuno.

Le habían permitido utilizar el cuarto de baño y verse libre de las ataduras mientras consumía ávidamente el desayuno, pero después habían vuelto a amarrarla.

Dos horas y media más tarde, el Soñador le había traído el almuerzo y le había soltado la mano derecha para que pudiera devorar el pan de centeno, la ensalada de atún y la manzana cortada, él se había sentado a su lado observándola tímida y ansiosamente mientras comía.

Sólo se habían cruzado unas pocas palabras. Al atarle una vez más la muñeca y retirar la bandeja, ella le había preguntado:

-¿A qué día estamos?

El se miró el reloj calendario y contestó:

-A sábado veintiuno de junio.

-¿Cuándo me secuestraron ustedes?

-La... nos la llevamos el miércoles, este último miércoles por la mañana -contestó él, contrayendo las facciones en una mueca.

Ella asintió y él la dejó sola.

El cuarto día, pensó. Era indudable que Nellie y Félix ya habrían tomado cartas en el asunto, se habrían puesto en contacto con influyentes amistades, y a estas horas la policía ya estaría sobre su pista.

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por voces a dos niveles. Se sobresaltó. Era la primera vez que oía voces procedentes de la habitación de al lado. Insólito.

Hizo un esfuerzo, levantó la cabeza y se percató de que, al salir con la bandeja, el Soñador había olvidado cerrar bien la puerta. Dos niveles de voces.

Dedujo que uno de ellos debía pertenecer a un aparato de radio o televisión, porque las palabras subían y bajaban, sonaban artificialmente y se oían ruidos.

Por el contrario, el otro nivel estaba segura de que pertenecía a las ya conocidas voces de sus apresadores. Pero no lograba entender claramente lo que decían a causa del trasfondo de las voces de la televisión o la radio.

Después, como si hubieran accionado un mando a distancia, el volumen del aparato se convirtió en un confuso murmullo y se escucharon con mayor claridad las voces de los componentes del Club de Los Admiradores.

Procuró identificar las voces. El que hablaba arrastrando las palabras era el Malo. La voz más recia pertenecía al Vendedor. La voz meticulosa y estridente pertenecía al Tiquismiquis. Y la voz vacilante correspondía al Soñador.

Escuchó atentamente y el corazón empezó a latirle con fuerza. Se le presentaba la insólita oportunidad de escucharles, de espiarles, de jugar al Watergate. Tal vez descubriera alguna clave a propósito de su identidad y procedencia. Escuchó las arrastradas palabras del tejano.

-Sí, desde luego que estuvo mejor, pero aún no está del todo bien, no es ni con mucho lo que cuentan que es.

Ahora el Tiquismiquis:



Librodot

-Francamente, no quería hablar de ello, pero puesto que lo habéis traído a colación, es hermosa, lo reconozco, pero con toda sinceridad me pareció menos estimulante y refinada que mi mujer.

Sucios hijos de puta, hablando de ella como si fuera una prostituta, peor, como si fuera una vasija incorpórea, un mero objeto. ¡Los muy hijos de puta! Ahora hablaba el Soñador:

-Bueno, ¿cómo queréis que sea buena y refinada si la mantenéis atada constantemente y la tomáis por la fuerza?

El Malo: -No creo que tú la estés sacando mucho provecho.

El Soñador: -¡Sí se lo estoy sacando! Es tal y como me la imaginaba.

El Vendedor: -Estoy de acuerdo con nuestro presidente. La situación podría mejorarse pero no está nada mal.

Yo me lo estoy pasando muy bien. ¿Dónde habéis visto un bocado parecido?

El Malo: -Sí, bueno, no es que lo desprecie. Lo que digo es que, para ser el máximo símbolo sexual mundial, no es que le encienda a uno fuegos de artificio. Tiene clase, no lo niego y no quiero menospreciarla. Lo que digo es que no resulta extraordinaria.

El Soñador: -¿Acaso no comprendes?

El Vendedor: -A callar. Van a dar el noticiario. Quiero oír los resultados. Sube el volumen, ¿quieres? La voz del locutor se superpuso a las de sus apresadores, y Sharon Fields notó que la rabia le subía a la garganta y la amordazaba.

Sádicos podridos. Haciendo comentarios acerca de ella como si fuera una cabeza de ganado en un mercado. Violándola y después valorando su sexualidad.

Las últimas palabras de Sadie Thompson en “Luvia”. ¿Cuáles habían sido? Ah, sí.

"¡Vosotros los hombres! ¡Sucios cerdos asquerosos! Todos sois iguales. ¡Cerdos! ¡Cerdos!"

Sus pensamientos de supervivencia fueron sustituidos momentáneamente por un ardiente deseo. Vengarse de ellos. Destruirles sin piedad. Castrarles uno a uno.

Pero volvió a acordarse de la realidad. En su actual situación resultaba ridículo abrigar tales esperanzas. La voz que se filtró a través de la puerta entreabierta interrumpió sus cavilaciones. La voz del Vendedor casi como un grito:

-¡Un momento, chicos, bajad la voz! ¿Habéis oído? ¡Sky Hubbard acaba de anunciar una información especial acerca de Sharon Fields una vez terminen los anuncios! Contuvo instantáneamente el aliento y esperó. Habían subido el volumen del aparato. Se oía muy bien el anuncio del laxante así como el de la loción de belleza.

Y después se escuchó la solemne voz, que tan bien conocía, la voz de Sky Hubbard, con su información especial acerca de ella en el transcurso de Noticiario del Mediodía: "Supimos anoche de fuente autorizada que la hechicera diosa sexual y máxima estrella cinematográfica, Sharon Fields, desapareció de su lujosa residencia de Bel Air el miércoles pasado, y que varios de sus más íntimos colaboradores denunciaron ayer su desaparición ante el Departamento de Personas Extraviadas de la Policía de Los ángeles.

“A pesar de que un portavoz de la policía se ha negado a comentar dicha información -prosiguió la sonora voz de Hubbard-, hemos sabido, a través de la misma fuente, que en el Departamento de Personas Extraviadas se mostraron recelosos a propósito de las pruebas aportadas en relación con la desaparición repentina de Sharon Fields, temiendo que pudiera tratarse de un truco publicitario con vistas al estreno nacional de su más reciente película, “La prostituta real”.

Nuestra fuente, un funcionario del Departamento de Personas Extraviadas, que no ha querido identificarse, ha afirmado: "Ya se nos ha tomado el pelo otras veces -el caso más sonado se produjo en 1926-, y esta vez no nos lo dejaremos tomar".

Tendida en la cama, Sharon Fields fue presa del desaliento.

Sky Hubbard seguía hablando: "El caso de 1926 a que se refería el funcionario -en cuyo transcurso el Departamento, fue objeto de toda clase de burlas de alcance nacional-fue el de la célebre evangelista Aimee Semple McPherson. La hermana Aimee fue a darse una zambullida en el Ocean Park de California y no regresó a su automóvil.

La policía de Los Ángeles tomó cartas en el asunto y promovió una búsqueda de carácter nacional. La desaparición se produjo el día 18 de mayo de 1926.

Después, un mes más tarde, se entregó una nota de rescate en el Templo del Ángelus, en la que se afirmaba que la hermana Aimee había sido secuestrada, se encontraba prisionera en el Suroeste y sería liberada a cambio de medio millón de dólares.

Al día siguiente, Aimee Semple McPherson reapareció en el desierto de las cercanías de Douglas, afirmando que la habían mantenido cautiva en una choza por espacio de un mes, que había conseguido escapar a través de una ventana y que llevaba varias horas vagando por el desierto.

Sin embargo, la policía empezó a sospechar. Iba pulcramente vestida, su rostro no estaba quemado por el sol y sus zapatos se hallaban en perfecto estado.

El fiscal de distrito se dispuso a iniciar un proceso contra la hermana Aimee, pero intervinieron influyentes personajes, entre ellos William Randolph Hearst, y se echó tierra al asunto. Más tarde se demostró, casi con toda certeza, que la hermana Aimee se había limitado a huir con un tal Kenneth Ormiston, empleado de su emisora de radio".

Al oírlo, Sharon Fields se enfureció contra la policía de Los Ángeles por atreverse a comparar su desaparición con la de la McPherson.

Siguió escuchando la voz de Sky Hubbard: "Teniendo en cuenta este caso inolvidable, se comprende que la policía no quiera convertirse de nuevo en el hazmerreír de la nación. Según nuestra fuente, el Departamento de Personas Extraviadas intervendrá únicamente en el caso de que los allegados a Sharon Fields puedan demostrar fehacientemente que la desaparición de ésta ha sido involuntaria aportando pruebas inequívocas de juego sucio.

He visitado a su representante personal, Félix Zigman, en su despacho de Beverly Hills. El señor Zigman se ha abstenido de revelarme ningún detalle, pero ha reconocido que ignoraba el actual paradero de la actriz, negando, por el contrario, haberse puesto en contacto con el Departamento de Policía de Los Ángeles.

Ahora, es exclusiva para el Noticiario del Mediodía de Sky Hubbard, las declaraciones del señor Zigman a un servidor de ustedes".

Sharon esperó conteniendo el aliento y, al final, escuchó la conocida y consoladora voz de Félix: "Sí, es cierto que no estoy en contacto con la señorita Fields desde mediados de semana, pero eso no tiene nada de raro, últimamente la señorita Fields ha estado trabajando muy duro y me había dicho que estaba exhausta.

Si bien tenía reservado pasaje para trasladarse a Londres, es probable que la perspectiva de un viaje tan largo se le haya antojado agotadora en su actual estado. Lo más probable es que haya decidido marcharse de incógnito a alguna localidad cercana, al objeto de tomarse un bien merecido descanso.

Sus más íntimos amigos no estamos preocupados. No es la primera vez que decide tomarse en secreto unas vacaciones. Puedo asegurarle que ninguna persona allegada a la señorita Fields ha presentado denuncia alguna de desaparición.

Estamos seguros de que se encuentra a salvo y esperamos recibir noticias suyas dentro de muy poco tiempo, tal vez este mismo fin de semana. No puedo decirle más, señor Hubbard. Le he dicho todo lo que sé. Se trata de una simple tormenta en un vaso de agua".

Apagaron el aparato de televisión de la habitación de al lado y el silencio se vio ocupado inmediatamente por gritos y voces de júbilo.

-¿Lo habéis oído? -estaba diciendo alguien ¿Lo habéis oído?

-¡Estamos libres! -gritó otro-. ¡Nadie sabe lo que ha ocurrido!

-!Tienes razón! -contestó otro-.¡Lo hemos conseguido! ¡Ya no tenemos que preocuparnos por nada!

Sharon Fields hundió la cabeza en la almohada. Hubiera querido echarse a llorar. Pero ya no le quedaban lágrimas. Al cabo de un rato miró hacia el techo y permaneció inmóvil como un cadáver.

No hubiera debido sorprenderse, se dijo a sí misma. Ya sabía que no sería probable que Nellie y Félix acudieran a la policía y provocaran un sensacionalismo fuera de lugar, y también sabía que no sería probable que la policía se tomara en serio la denuncia Y, sin embargo, más allá de toda lógica, Sharon se había permitido abrigar un rayo de esperanza en medio de su desesperación.

Era comprensible. Era normal. Hasta Shakespeare había dicho que los desgraciados no tienen más medicina que la esperanza. En su actual situación apurada, se había estado engañando a sí misma en la esperanza de que la medicina surtiera efecto.

Ahora aquella diminuta luz de esperanza se había apagado repentinamente. Jamás se había sentido más perdida y aterrada. Se sobresaltó al escuchar los crujidos de las tablas del pasillo.

Y oyó que el Vendedor les gritaba a los demás:

-Oíd, atontados, ¿quién de vosotros ha dejado la puerta abierta? Comprendió instintivamente que sería mejor que no se enteraran de que lo había oído.

Cerró los ojos y simuló dormir. Ahora se escuchaban dos voces.

Una de ellas pertenecía al Vendedor y la otra al Malo. Debían estar mirándola desde la puerta.

-Está dormida como un tronco -estaba diciendo el Vendedor para tranquilizar a su amigo-, no te preocupes.

-Muy bien, pero, a partir de ahora, tengamos cuidado, maldita sea.

Cerraron la puerta y se alejaron las pisadas. Sharon abrió los ojos. Ahora estaba completamente despierta, se percataba de su situación y comprendía la necesidad de inventarse una esperanza allí donde no había ninguna.

Trató de recordar sus pensamientos de la noche justo antes de conciliar el sueño. Sí. La necesidad de hacer algo por sí misma. Si el mundo exterior estaba ciego y no se percataba de su situación, sólo habría una persona capaz de hacerle comprender al mundo exterior lo que le había ocurrido.

Una persona. Ella misma. De ella dependía. No había nadie más. De Sharon Fields dependía, se dijo, que Sharon Fields se salvara. ¿Qué podía hacer, teniendo en cuenta su situación de limitación y confinamiento? Respuestas, alternativas.

Las buscó. Con renovadas fuerzas, y en su obsesión por verse libre de aquellos cuatro monstruos, empezó a sopesar las distintas alternativas con increíble agudeza mental, frialdad y lógica.

De una cosa no cabía duda. Por perdida que pudiera encontrarse y por abandonada que pudiera estar, se hallaba en compañía de otras cuatro personas que estaban relacionadas con el mundo exterior.

Por consiguiente, podía comunicarse con el mundo exterior a través de ellas utilizándolas en calidad de eslabón con el mundo civilizado.

Pero ¿cómo podría utilizarlas? Y entonces se le ocurrió -un destello de recuerdos de épocas pasadas-que en muchas otras ocasiones se había dirigido aquella misma pregunta, en el transcurso de su larga odisea desde Nueva York a Hollywood.

¿Cómo podría utilizar a este hombre, a este conocido? En épocas pasadas, siempre había tenido los medios a su alcance. Mirando hacia atrás, recordando sus pasadas experiencias con otros hombres -en nada distintos a éstos, a decir verdad, puesto que se le habían antojado igualmente mezquinos, vulgares y puercos-, examinó los motivos de que se había valido para utilizar y manejar a aquellos hombres en su ascenso hacia la libertad.

En realidad, en algunos casos el reto había sido más difícil, puesto que los hombres que había manejado eran más inteligentes, sofisticados y astutos.

Y, sin embargo, lo había conseguido. Se había salido con la suya. Se había aprovechado de sus debilidades, había jugado con ellos, los había utilizado de la misma manera que ellos la habían utilizado a ella.

Bueno, ¿por qué no? ¿Por qué no jugar de nuevo a aquel odioso juego? Ahora que habían transcurrido tres días, estaba empezando a entender un poco a estos tipos.

No disponía de ningún hecho concreto. Pero había conseguido adivinar sus respectivas debilidades y ello le permitía calibrarlos mejor. Aquellos antiguos dichos que afirman que pueden adivinarse muchas cosas acerca de una persona a través del perro que tiene, los libros que lee o la forma en que juega a las cartas, no eran más ciertos que lo que ella podía adivinar acerca de una persona a través de su comportamiento en la cama.

El Malo, por ejemplo. Era tejano, estaba segura. Se ganaba la vida utilizando las manos. Era ignorante pero muy listo. Era un sádico y, por consiguiente, podía resultar peligroso. Tenía manías de carácter paranoico y se consideraba un oprimido sin derecho a disfrutar del mundo. Pero le obsesionaba claramente una cosa.

Se mostraba muy orgulloso de su forma de tratar y enamorar a las mujeres. Se consideraba un amante extraordinario. Hasta ahora, se había negado a corresponderle. Es más, la sola idea de hacerlo la repugnaba.

Pero ¿por qué no le correspondía? ¿Por qué no procuraba deliberadamente acrecentar su orgullo sexual? ¿Por qué no le hacía sentirse tremendo? ¿A dónde la conduciría aquel juego? Sería un fastidio, muy cierto, pero tal vez consiguiera desarmarlo, lograr que confiara más en ella accediendo a revelarle algo más acerca de sí mismo.

O el Vendedor. Mucho más vulnerable y más fácil de manejar. Era un fanfarrón, tenía muchos humos y se esforzaba constantemente en ocultar que por dentro era un fracasado. No estaba seguro de su capacidad sexual. Era probable que experimentara alivio si se le daba la ocasión de entregarse a rarezas sexuales, de relajarse y gozar plenamente.

En tales circunstancias, era posible que, sintiéndose eufórico a causa del triunfo, le hablara más de lo debido y que fuera cierto parte de lo que le contara.

O el Tiquismiquis. Había confesado que era un profesional. Llevaba casado mucho tiempo. Deseaba variedad, estímulo, diversiones exóticas que jamás hubiera conocido, pero necesitaba entregarse a estos actos sin experimentar sentimientos de culpabilidad.

Era tímido. Era nervioso. Estaba preocupado. Si recuperaba la confianza en sí mismo y revivía su juventud entregándose al placer sin el agobio del remordimiento, tal vez se ablandara, se quitara la máscara de circunspección y se sintiera agradecido y obligado a hablarle de cosas de las que, de otro modo, no le hubiera hablado.

O, finalmente, el Soñador. A primera vista podía parecer el más fácil de manejar a causa del amor que le profesaba. Pero, en cierto modo, tal vez fuera el más difícil de alcanzar. Vivía en una especie de limbo situado entre la fantasía y la realidad.

Poseía mentalidad de creador y albergaba instintos honrados que se habían deformado como consecuencia de su escapada a un sueño convertido en realidad.

Sin embargo, tal vez le fuera posible hacer algo. Era sumamente vulnerable. Se había construido una vida imaginaria con ella y ahora quería convertirla en realidad. Se había enamorado de la Sharon Fields que él soñaba, no de la Sharon Fields que había conocido en carne y hueso.

¿Y si se convertía en la diosa que él se imaginaba? ¿Y si convertía en realidad todos los sueños de vida en común que él se había inventado? ¿Y si fingía aceptar su amor, sentirse halagada por éste y corresponderle? ¿Y si lograba devolverle la virilidad? Menudo trabajo, pero tal vez la recompensa mereciera la pena. Tal vez se convirtiera en su mejor aliado e incluso sí, en su confidente a sabiendas o sin saberlo.

Mmmm.

El material lo tenía a su disposición. Arcilla blanda que podría moldear y manejar a su antojo.

Pero, ¿con qué finalidad práctica? Pasó revista a varios objetivos razonables y a los distintos pasos que pudieran permitirle alcanzar por lo menos algunos de dichos objetivos. Empezó a reflexionar acerca de los primeros pasos.

Tenía que convencerles al objeto de que la desataran. Seguiría siendo una prisionera confinada en un lugar, claro, pero dispondría de libertad de movimiento dentro de dicho lugar.

Tendrían que desatarla en bien suyo; a cambio de los placeres que ella les prometería una vez la hubieran desatado. La libertad en aquella celda sería el principio. Tal vez la condujera posteriormente a una libertad dentro de la casa, a una libertad de salir al jardín que pudiera haber fuera y, más tarde, a una libertad que tal vez le permitiera escapar si se presentaba la ocasión.

Otra cosa. La libertad limitada tal vez pudiera permitirle hacerse con un arma. Tal vez la pistola del Malo y, con ello, otra posibilidad de huir. Si había alguna probabilidad de huir, que tal vez no la hubiera, cabía la posibilidad de otro plan que pudiera poner en práctica al mismo tiempo y que le permitiera alcanzar el mismo objetivo, es decir, la libertad.

Además, la libertad limitada tal vez le diera una oportunidad de conseguir enamorar a alguno de ellos de tal forma que confiara en ella y se convenciera de que deseaba huir con él, y éste sería otro medio de escapar.

Tenía que jugar con aquellos hombres, inducirles a error, ablandarles y programarles de tal manera que uno de ellos le sirviera involuntariamente de eslabón que la uniera con el mundo exterior.

La idea era confusa de momento, todavía no estaba claramente definida pero le dedicaría más atención e intentaría desarrollarla.

Lo más importante era empezar a trabajarles de tal forma que le revelaran o se les escapara algo a propósito de sus identidades. Sus nombres. Sus ocupaciones. Sus lugares de residencia.

Este conocimiento sería muy valioso, ya que le permitiría facilitarles a los de fuera algunas pistas sobre sus apresadores, pistas que pudieran conducir a otros hacia el lugar en que ella y sus apresadores se encontraban en aquellos momentos.

Y, aunque no hubiera otra razón, era necesario saber quiénes eran para poder vengarse de ellos más adelante, si es que para ella iba a haber un "más adelante".

Pero lo más importante de aquel proceso de obtención de datos sería permanecer muy atenta a todo lo que dijeran o comentaran de pasada, o en el transcurso de sus efusiones amorosas, a propósito del lugar en que la mantenían prisionera.

Directamente no se lo dirían. Pero tal vez le dijeran algo indirectamente y sin darse cuenta. Una vez dispusiera de aquella información, tendría que hallar el medio de comunicarla al mundo exterior.

Tal vez le resultara imposible pero no podía jugar a ningún otro juego y no le era posible abrigar ninguna otra esperanza.

Tendría que hacerlo paso a paso, con cuidado y astucia. Porque si alguno de ellos descubría que estaba al corriente de quiénes eran o dónde estaban, ello equivaldría a su ejecución segura.

Utilizarlos. Muy bien. Para utilizar a un hombre, para recibir algo a cambio, tienes que darle algo. A cambio de una colaboración reducida a su más mínima expresión ya había recibido una mínima recompensa: la simple subsistencia. La colaboración que les prestaba era escasísima, y por eso apenas recibía nada a cambio. Si les daba más, recibiría más.

¿Qué podía ofrecerles? Hizo un breve examen, que no le hubiera hecho la menor falta porque ya sabía cuáles eran sus bienes. Tenía exactamente lo que ellos querían, aquello por lo cual tanto se habían arriesgado, aquello que tan caro iban a pagar. Sabía cuál era la imagen que ellos habían creído apresar.

Poseía en potencia la sexualidad que ellos suponían. Poseía aquella aureola de símbolo sexual, diosa de la sexualidad y rutilante estrella que tanto se había esforzado en borrar.

La tenía allí, era inerte a su ser y les bastaba con ofrecerles la Sharon Fields que ellos deseaban y esperaban. Sí, su caballo de Troya sería aquella falsa sexualidad de que la creían dotada.

Le desagradaba enormemente revivir y jugar de nuevo el juego de siempre. Lo había dejado muy atrás, pero ahora comprendió que tendría que ir en su busca, desempolvarlo y ponerlo de nuevo en práctica.

Detestaba la ulterior humillación que ello significaría. Era un deporte repugnante eso de utilizar el propio cuerpo de señuelo, de narcótico y de trampa. Pero, qué demonios, en otros tiempos le había sido sumamente útil y tal vez también se lo fuera ahora.

Vacía de cualquier cosa, su carne y sus habilidades histriónicas serían sus únicas armas. Pasó brevemente revista a los hombres sin rostro de su pasado, a John, a Duane, a Steve, a Irwin, todos ellos hombres brillantes y de talento que habían sucumbido a los trucos más burdos y falsos y la habían ayudado a elevarse al estrellato, la riqueza, la fama y la libertad.

Tendida en la cama, recordando al antiguo juego que tantos años llevaba sin poner en práctica, empezó a emocionarse al pensar en el reto que ello llevaría aparejado y en las posibilidades que se abrirían ante ella.

¿Podría hacerlo? ¿Debería hacerlo. Decisión. Sí. Empezaría inmediatamente, ese mismo día, esta noche.

¿Hace el favor de levantarse la verdadera Sharon Fields? Con tu permiso, la verdadera Sharon Fields se quedará muy quieta en su sitio. Tendría que cambiar radicalmente de táctica, pero tendría que hacerlo de una forma inocente para que no se dieran cuenta del engaño.

Tendría que cambiar de la misma manera que ellos habían cambiado. Porque, independientemente de lo que hubieran sido sus cuatro apresadores en el mundo civilizado, no le cabía la menor duda de que debían ser distintos a como eran ahora, debían de ser unos conformistas, unos tipos que iban tirando.

Tras haber sobrevivido al riesgo inicial, tras haber convertido la fantasía en realidad, se habían librado de todas sus inhibiciones, represiones y sentimientos honrados. Se habían deshumanizado.

Muy bien. Ella también se deshumanizaría. Podía volver a ser lo que había sido, el joven ser secretamente encallecido y despiadado de Virginia Occidental y Nueva York de los

primeros años de Hollywood. Podía volver a ser la nulidad que no procedía de ningún sitio y que utilizaba sus encantos para pisotear a los hombres y verse libre de la esclavitud.

Su actuación ya estaba empezando a cristalizar en su cerebro. Tendría que interpretar el mejor papel de su vida, su interpretación tendría que ser insuperable. La señorita Susan Klatt tendría que transformarse en la señorita Sharon Fields, la leyenda, el sueño, el deseo, la "raison d'tre" del Club de los Admiradores.

Tendría que convertirse en el cálido, acrobático y erótico nido de amor y en la ninfómana que aquellos brutos se imaginaban y deseaban. Tendría que interpretar un papel, agradarles y complacerles utilizando métodos que ellos jamás hubieran experimentado.

¿Podría hacerlo? Desechó las últimas dudas.

Toda aquella historia ya la había interpretado otras veces, había sido la ilusionista por excelencia, deseando con las acariciantes rendijas de sus ojos verdes semicerrados, deseando con su húmeda boca entreabierta, deseando con su voz gutural y jadeante, con sus prominentes pechos firmes y altos, con los pardos pezones duros y puntiagudos, con los lentos movimientos de la carne del tronco y los muslos, ondulando, deseando y prometiendo placeres y éxtasis orgásmicos y después entregando, besos fugaces, lamiendo con la lengua los lóbulos de las orejas, los párpados, el ombligo, el miembro, acariciando, restregando, estrujando el pecho, las costillas, el estómago, sosteniendo las nalgas, los testículos y después siempre servir bien al cliente-el trabajo de mano prolongado, regular y progresivamente acelerado, o los juegos números 6 ó 9 o el coito, la cópula, la cohabitación, el ayuntamiento normal, a horcajadas, a estilo mecedora o chino, penetración posterior, de lado, de pie, cualquier cosa que uno quisiera, girando convulsamente, rascando, mordiendodentro, dentro, más, más, me muero, me muero, estallido hasta el cielo, lava fundida, amor, gemidos, agradecimiento, lo mejor, jamás había conocido nada igual, santo cielo, ya había actuado en el circo del concubinato y volvería a actuar de nuevo.

Tenía que hacerlo. Lo haría. Recordaría sus interminables experiencias y pondría en práctica sus profundos conocimientos de seducción sexual arrancados de su Quién es Quién particular de prepucios del pasado. Embellecería tales conocimientos con los adornos de la inexistente amante perfecta. Tendría que convertirse en un ser carnal pero con distinción, clase y estilo.

Y a través de dichos artificios convertiría a cada uno de sus cuatro apresadores en su amante especial y privilegiado. Sí, sí, ésta sería la clave de la huida, convencer a cada uno de ellos de que era el único favorito de Sharon Fields, que era el que más la emocionaba y aquel a quien ella más estimaba.

De esta forma, tal vez desistieran de mostrarse recelosos y accederían a hacerle favores a cambio de sus favores. Era necesario que cada uno de ellos llegara a desear convertirse en el hombre de su vida. Era necesario que consiguiera averiguar lentamente la autobiografía de cada uno de ellos su carácter, costumbres y necesidades, para poder con ello explotar sus respectivas vulnerabilidades.

Con esta fuerza tal vez consiguiera incluso enfrentarles entre sí -sabía que las circunstancias le serían propicias-y crear astutamente la discordia y la división entre ellos.

Un juego peligroso, más peligroso que cualquiera de los papeles que hubiera interpretado en el pasado. Pero es que aquí estaban en juego cosas que jamás lo habían estado en otros tiempos.

Se estiró en la cama y la boca se le curvó en una felina sonrisa. Porque, al fin y al cabo, ¿por qué no hacerlo? Era una esperanza.

Un anhelo de algo que tal vez le diera resultado. Por primera vez en el transcurso de su cautiverio Sharon Fields se sintió viva. Estaba ansiosa de actuar para ellos. Deseaba que las cámaras empezaran a rodar. Estaba dispuesta a enfrentarse con el mayor desafío de su carrera.

Santo cielo, le encantaría volver a ser actriz.

***S***haron Fields había dado cima a su actuación, inaugural de artista en gira. A pesar de que aborrecía el papel que se había visto obligada a interpretar, experimentaba una profunda satisfacción profesional en relación con la forma en que había actuado.

Estaba segura de que su interpretación de fabuloso símbolo sexual había sido impecable y había superado todas las previsiones. Su éxito podía calibrarse a través de las informaciones recibidas y las ulteriores recompensas que se le habían prometido.

Estaba segura de que se había tratado de una deslumbrante interpretación de cuatro estrellas.

Ahora, tendida y atada en la cama -su escenario-, esperaba la repetición a la que tendría que aprestarse.

Mientras esperaba, decidió revisar crítica y objetivamente el papel interpretado por Sharon Fields en el transcurso de las dos horas anteriores.

Primera actuación.

En escena con el Malo. Le había sido necesario echar mano de todos los matices artificiosos y trucos dramáticos que conocía. A quien más valoraba de los cuatro era al tejano.

Había sido consciente desde un principio de su astucia y perspicacia innatas. No sería fácil de engañar.

Al echarse en la cama y empezar a tocarla, ella fingió mostrarse molesta y ofendida igual que en las ocasiones anteriores, no le correspondió y aceptó su presencia sin resistirse.

Pero al separarle las piernas y penetrarla, se dispuso a iniciar la comedia. Sabía que tendría que actuar con acierto.-Dejó transcurrir parte del acto sin corresponder, exactamente igual a como lo había hecho la noche anterior.

Aceptó con inercia y sin moverse sus primeros movimientos, se mostró fría e inflexible, limitándose a ser la apática vasija que había sido en ocasiones anteriores.

Después, gradualmente y como sin querer, se convirtió en la hembra que corresponde.-Empezó a agitar las caderas, sus nalgas empezaron a ondular y todo su cuerpo empezó a oscilar hacia arriba y hacia abajo siguiendo el ritmo del tipo.

Mantenía los ojos cerrados y los húmedos labios entreabiertos para darle a entender que estaba disfrutando y, al final, dejó que se escaparan de su garganta los primeros gemidos de éxtasis.

El instantáneo placer del Malo al percatarse de que la había obligado a corresponderle en contra de su voluntad superó todo lo que Sharon hubiera podido imaginarse.

Había alcanzado la gloria. Lo había conseguido. Reduciendo el ímpetu de las arremetidas, le dijo con voz ronca:

-¿Lo ves, nena, lo ves? Sabía que te encantaría si lo probabas. No querías ceder pero, ya lo ves, lo quieres y lo has querido siempre, te encanta. Jamás habías probado nada parecido, ¿a que no?

-No -repuso ella jadeante-, no, nunca por favor, no te detengas.

-No me detengo, cariño.

-Pero más fuerte, más fuerte.

-Pues claro que lo haré más fuerte, cariño. Lo que tú quieras.

Sus incesantes y dolorosas arremetidas la estaban destrozando pero siguió gimiendo y pidiéndole más.

-Por favor, desátame, déjame abrazarte, ay déjame.

Sabía que lo había enloquecido y, al terminar, se percató de su goce y del pesar que le producía el hecho de haber terminado. Mientras se vestía, no pudo ocultar su satisfacción.

-Ha sido estupendo, ¿verdad, nena? Tienes que reconocerlo, te ha encantado.

El término de su actuación exigía una transición desde la compañera sexual sin inhibiciones a la turbada y virginal compañera avergonzada del anhelo físico que había puesto de manifiesto.

Echó mano de todos sus recursos histriónicos. Primero apartó los ojos.

-¿No te ha encantado? -le repitió él inclinándose hacia ella y sonriendo.

Ella le dirigió una mirada de asombro, parpadeó como admirándole a regañadientes y después apartó el rostro y lo hundió en la almohada para darle a entender que efectivamente le había encantado pero que se avergonzaba de reconocer la existencia de las pasiones que en su interior se habían desatado.

-Sí -dijo él irguiéndose-. Bueno, has tardado un poco pero eres tal como tenías que ser habida cuenta de tu estructura.

Yo sabía que lo tenías dentro. Hacía falta un hombre capaz de despertártelo.

Ella simuló modestia.

-No,-no sé qué me ha ocurrido, haberme comportado de esta manera.

-Te he penetrado, nena -le dijo él con orgullo-, te he penetrado tal como tu querías.

Ella se abstuvo de hacer comentarios.

-¿Sabes una cosa? Tengo la impresión de que te apetecería otra ronda. Apuesto a que me quieres probar otra vez esta noche, ¿a que sí?

Ella frunció los labios.

-Mira, nena, según las normas, tengo que darles a los demás su oportunidad. Pero terminarán muy pronto.

Cuando ya estén dormidos, volveré para la repetición. ¿Es eso lo que te gustaría? ¿Una repetición? Ella asintió imperceptiblemente.

El Malo esbozó una ancha sonrisa y se fue silbando.

Reseña de primera edición: En su esperado regreso teatral, la señorita Sharon Fields ha ofrecido una interpretación de extraordinario virtuosismo.

Segunda actuación.

En escena con el Tiquismiquis. Aquí nada de papeles de doncella tímida.

El sujeto ya estaba harto de virtud y de aburrida sosería doméstica. Necesitaba cosas exóticas. Acababa de pasarse varias semanas ante las cámaras interpretando el papel de la voluptuosa Mesalina, la agresiva ninfómana.

Agresiva, sí, ésta sería la tónica, pero no dominante e intimidatoria. Lo suficientemente descarada como para despojarle de sus sentimientos de culpabilidad, convertir en realidad sus sueños y devolverle la juventud.

El pálido y panzudo Tiquismiquis, con su ratoncito colgando, ya estaba en la cama. Tragó saliva al ver que ella le acercaba su magnífico cuerpo desnudo. Por primera vez, sus ojos le miraron con interés.

-Antes de que hagamos nada -le dijo suavemente-, tengo que hacerle una confesión. Tal vez no debiera decírselo pero lo haré. ¿No le molestará que sea sincera con usted?

-No, no, dígame usted lo que quiera, señorita Fields. Está en su perfecto derecho.

-Sabe lo mucho que me molestó que me secuestraran y violaran brutalmente.

-Sí, y yo quería decirle que jamás quise intervenir en ello.

-Bueno, he estado pensando a ese respecto. He dispuesto de mucho tiempo para pensar. Sigue sin gustarme, ¿comprende? Sigo considerando que está mal. Pero, puesto que no me queda ninguna otra alternativa, ayer decidí ceder, como usted sabe, y sacar de lo perdido lo que pudiera.

Sea como fuere, creo que ya les conozco un poco. Anoche estuve pasando revista a mis sentimientos en relación con cada uno de ustedes y ¿sabe una cosa?

-¿Qué, señorita Fields? -le preguntó él con voz vacilante.

-Mi confesión. He averiguado que sigo albergando sentimientos de odio en relación con los otros tres, pero que no es éste el sentimiento que usted me inspira.

Tanto si le gusta como si no, no puedo evitar experimentar mucha más simpatía hacia usted que hacia los demás. Comprendí que se había adherido usted a este proyecto en contra de su voluntad y que los demás le habían arrastrado a ello sin su consentimiento.

En cierto modo, tenemos un nexo en común. Ambos somos unas víctimas desvalidas.

El preocupado rostro del Tiquismiquis se iluminó.

-Sí, sí, señorita Fields, eso es totalmente cierto.

-Por consiguiente, mi actitud con respecto a usted es distinta.

Estoy en condiciones de pensar en usted aislándolo de los demás. Para mí está muy claro que es usted el único ser humano honrado que hay aquí. Es usted esencialmente cortés y amable. Es usted un caballero.

Pareció que fuera a desmayarse de agradecimiento.

-Gracias, señorita Fields, muchísimas gracias. No sabe cuanto se lo agradezco.

-Y también he observado otra cosa. De los cuatro, usted es el único que sabe cómo hay que tratar a una mujer. Supongo que ello se deberá a su madurez y al hecho de llevar casado mucho tiempo y haber aprendido cómo hay que tratar a una mujer.

-Viniendo de usted... -empezó a decir el Tiquismiquis rebosante de agradecimiento- sinceramente no encuentro palabras.

Ella le sonrió despacio con la más sugerente de sus sonrisas.

-No diga nada. Acepte simplemente el hecho de que es usted el único que no me importa albergar en mi cama. Es más, bueno, tal vez no debiera decírselo.

-¿Qué es? -le preguntó él ansiosamente.

Sus ojos verdes le recorrieron el cuerpo.

-Estaba deseando verle. Cuando se ha abierto la puerta he pensado que ojalá fuese usted. -Apartó fugazmente los ojos y después le miró directamente a la cara-. Soy una mujer, una mujer joven y sana, y me gusta hacer el amor cuando el hombre resulta adecuado. Lo que hacen los demás no tiene nada que ver con el amor.

Pero anoche, bueno, más tarde me di cuenta de lo mucho que había gozado con usted.

-¿Lo lo dice usted en serio? -le preguntó casi despavorido.

-¿Por qué iba a decírselo si no fuera cierto? Se lo podría demostrar si usted me lo permitiera.

Si tuviera las manos libres, si pudiera volver a ser una mujer entera, le estrecharía en mis brazos y se lo demostraría.

Observó que sus ojos se dirigían hacia sus muñecas, amarradas a los pilares, y comprendió que estaba a punto de soltarla.

-No sé si me lo permitirían. No debiera estar atada de esta forma. Se lo diré a los demás. La está lastimando y no es justo.

-Qué amable es usted -le dijo ella suavemente-. Pero aunque yo no puedo tocarle -añadió con un suspiro-, no me importará que me toque usted a mí.

-Lo estoy deseando -dijo él muy excitado.

-¿Entonces a qué espera? Acérquese más.

Se tendió ansiosamente a su lado.

-Sí, usted no sabe hasta qué extremo es maravillosa, señorita Sharon.

Le levantó el camisón a la altura del busto y después se acercó a rastras y se lo acarició tímidamente.

Ella movió las caderas y giró la cabeza -sobre la almohada en gesto de apasionada respuesta.

-Ohhh -dijo jadeando-, vaya si sabe usted cuidar a una mujer. -Le miró y vio que ya estaba listo-. No me hagas esperar, cariño. Hazlo ahora.

La penetró con tanta rapidez que apenas se dio cuenta. Empujaba hacia adelante como un conejo arrobado. A los dos minutos, lanzó un agudo chillido, se soltó y se apartó de ella como un hombre cuyo corazón hubiera sido alcanzado por un disparo.

Se encontraba en algún sitio de entre sus piernas respirando afanosamente como si hubiera sido víctima de un infarto. Ella le localizó y le llamó.

-Yo también lo he conseguido. Me he excitado. Has estado increíble.

El se incorporó sintiéndose a todas luces increíble.

-Sí -dijo respirando entrecortadamente.

-Gracias -murmuró ella.

-Sharon -le dijo él en un susurro-, yo... yo...

-No me dejes todavía. Ven aquí y tiéndete a mi lado.

La obedeció ciegamente.

-Jamás he conocido a nadie como tú.

-Espero que no te haya decepcionado -le dijo ella en voz baja-. Quisiera ser tan buena como tu mujer.

-Eres mejor, mucho mejor.

-Así lo espero.

-Con Thelma nunca consigo hacerlo tan largo. Te seré sincero. Jamás he conseguido hacerle experimentar un orgasmo. Siempre pensé que yo tenía la culpa.

-No, no es posible que la tuvieras tú.

-Eres tan distinta, tan apasionada.

-Porque tú me obligas, cariño.

-Este es el día más feliz de mi vida.

-Habrá muchos más -le prometió ella.

-Estoy deseando que llegue mañana -dijo él levantándose de la cama.

-Mañana te haré más feliz -le dijo ella sonriendo-. Hay muchas cosas que todavía no hemos probado.

Mientras se vestía, no hacía más que mirarla como si fuera el Taj Mahal de las mujeres.

-Ojalá pudiera hacer algo más por ti -le dijo-. Quiero que te desaten. Quiero que estés cómoda. Tengo otro aparato de televisión. Te lo podría traer aquí durante el día.

-Sería estupendo.

-No debo robarte tanto tiempo -dijo alegremente-, será mejor que me vaya. Hasta mañana.

-Te estaré esperando.

Reseña de segunda edición: La señorita Sharon Fields ha alcanzado un éxito resonante en el difícil papel de reina de los hechizos.

Su esencial sinceridad ha brillado como un faro. Bravo.

Tercera actuación.

En escena con el Vendedor.

Aquí un matiz distinto. El papel de la mujer experimentada que sabe apreciar el estilo y la técnica de un hombre de mundo. Constituye una insólita aventura dar finalmente con alguien que sabe lo que hace y predica con el ejemplo.

Qué alivio después de tantos aficionados y de tantos charlatanes que no saben darte nada. La ballena desnuda se encontraba tendida a su lado en la cama.

-Me alegro de que hayas decidido colaborar -le estaba diciendo-Ahora que has comido y descansado, estás mucho más guapa. Debieras verte. Te aseguro que no lo lamentarías.

-No lo lamento. Cuando decido hacer una cosa, jamás me arrepiento de haberla hecho. Tienes razón. En mi actual situación sería una necedad seguir resistiendo.-Por consiguiente, no me arrepiento de haber decidido colaborar.

-¿Quieres decir que no te importa? -le preguntó él visiblemente complacido.

-No quiero mentirte. Me importa. Pero lo que más me importa es la forma en que se me mantiene prisionera. Tras haber superado el trauma del secuestro y la idea de unos extraños que me forzaron, tras haber superado todo eso, comprendí que lo que más me molestaba es que me mantuvieran amarrada de una forma tan indigna.

-No queremos mantenerte así. Yo, por lo menos, no quiero. Pero tememos que nos des algún disgusto si te soltamos.

-¿Y qué disgusto podría daros? Podríais encerrarme con llave en la habitación. Estaría totalmente en vuestras manos. Si quieres que te diga la verdad, -empezó a decirle vacilando.

-Sigue, Sharon. Respeto a las mujeres sinceras.

-Muy bien. Pero no se lo digas a los demás. ¿Me prometes que no vas a decirles a los demás lo que voy a confiarte?

La ballena no sólo se mostró satisfecha sino que hasta se le cayó la baba al ver que se le convertía en confidente de un secreto.

-Mira, Sharon, créeme. Puedes confiar en mí.

-Muy bien, pues.-Tú conoces la psicología femenina tan bien como yo. ¿Qué mujer de la tierra no ha soñado alguna vez con ser raptada y tomada a la fuerza por un hombre apuesto? La mayoría no queremos reconocerlo, pero casi todas las mujeres soñamos con ello, ¿sabes?

-Pues, claro, claro.

-Yo lo he soñado cientos de veces. Es un medio de disfrutar realmente del placer sexual sin temor a experimentar sentimientos de culpabilidad como consecuencia de un comportamiento poco femenino en el sentido tradicional de la palabra.

Pues, bien, después me sucedió, me sucedió en serio. Al principio estaba furiosa.-Puedes comprenderlo. Arrancarme de mi vida normal cuatro hombres desconocidos. Verme prisionera, atada. Verme asaltada.

Me asusté muchísimo. La fantasía es una cosa. Pero la realidad puede resultar terriblemente aterradora.

-Lo sé muy bien.

-Pero, una vez me hubo ocurrido, bueno, comprendí que no podía remediarlo. Tras haber mantenido relaciones sexuales con todos vosotros, bueno, vi que no estaba en mi mano hacer nada, y tampoco es que fuera a contraer ninguna enfermedad mortal.

Quiero decir que las relaciones amorosas sanas jamás han matado a una mujer, ¿verdad?

El se echó a reír. Se lo estaba pasando bien. La estaba empezando a ver con ojos nuevos, la estaba empezando a ver como una mujer, adulta, alegre y sincera, muy dada a los deleites carnales.

-Tienes razón, Sharon, tienes muchísima razón. Me alegro de oírte hablar así. Siempre pensé que no nos habíamos engañado. Siempre supe que por dentro eras toda una mujer.

-Pues lo soy. Cuando me convencisteis de la conveniencia de colaborar, colaboré, ¿Y sabes una cosa? No estuvo ni medio mal. No me refiero a todos vosotros.

No soy una ninfómana sin preferencias. Soy muy exigente y remilgada Tus amigos no son precisamente de mi gusto. Ese alto del acento tejano, por ejemplo, no es más que boquilla. Carece de elegancia y, en el fondo, es demasiado soso para mí.

Al Vendedor se le iluminaron los ojos.

-Ya sé a qué te refieres. Dicho sea entre nosotros, hay muchos hombres que piensan que lo único que puede hacerse es tenderse encima.

-¡Exactamente! Siendo así que tú y yo sabemos que hay cien medios distintos de alcanzar un mayor placer sexual. ¿Me comprendes?

Al Vendedor se le agitó la fofa carne al pensar en las posibilidades.

-Vaya si te comprendo, Sharon. Eres una muchacha muy de mi gusto. Siempre supe que eras así, pero no estaba seguro de que llegaras a mostrarte tal como eras.

-Me estoy mostrando tal como soy, pero sólo para ti -le dijo ella rápidamente-, porque considero que he conseguido establecer contigo unas verdaderas relaciones.

Comprendí que eras el único que había corrido mundo. El muchacho que se inventó este proyecto es demasiado joven para mí. No sabe ni lo que tiene que hacer. Y el viejo, ¿para qué te voy a contar?

-No tienes que contarme nada, Sharon -dijo él riéndose-. Estamos a la misma longitud de onda.

-Exacto. Por consiguiente, a la segunda o tercera vez comprendí que eres el único de quien podría esperar algo.

Bueno, no quiero engañarte. No quería que me secuestraran. Tampoco estaba dispuesta a que me violaran. Pero lo pasado, pasado. Estoy aquí y he decidido sacar el máximo partido.

Y, puestos a colaborar, pensé que más me valía sacar algún beneficio. A mí me parece que eso denota madurez por mi parte, ¿no crees?

-Ciertamente que sí. Te admiro esa filosofía.

-¿Cómo te lo diré para que me comprendas? Lo que quiero decirte es que, si tengo que entregarme a los otros tres, muy bien, lo haré. Pero a ti, puesto que simpatizamos intuyo que nos llevaremos muy bien, bueno, a ti me gustaría tratarte de otra manera, de una forma especial. Considero que merece la pena.

-Te doy mi palabra de que merecerá la pena -le dijo él arrebolado de entusiasmo-. Tienes clase. Y comprobarás que soy un hombre que sabe apreciar la clase.

-Gracias. Pero hay una cosa... -Se detuvo y frunció el ceño ensombreciéndosele la expresión del rostro-. No sé cómo puedes sentirte atraído hacia mí en la forma en que me has visto.

-¿A qué te refieres? ¡Eres la mujer más hermosa del mundo!

-No, ahora no -dijo ella sacudiendo la cabeza sobre la almohada. Tal vez lo haya sido. Y tal vez pueda volver a serlo. Pero aquí, en estas circunstancias, no puedo resultar atractiva. Atada, sin poder tomarme un baño, enfundada en este camisón barato.

Esa no soy yo. Además, como todas las mujeres, tengo cierta vanidad femenina. Quiero ofrecer mi mejor aspecto cuando estoy en compañía de un hombre que me interesa. Quiero excitarle.

-Para excitarme no te hace falta nada más, Sharon. Mírame. Acabo de engordar medio kilo gracias a ti.

-Estupendo -murmuró ella dirigiéndole una mirada anhelante.

-¿Lo dices en serio? -le preguntó él con voz ronca.

-Les he visto a todos y tú eres el mejor.

Comprimió su mole contra ella.

-Me estás volviendo loco.

Ella le besó el tórax y los hombros y le recorrió el cuello con la punta de la lengua.

-Ya averiguarías lo que soy capaz de hacer si me dieras ocasión -le murmuró ella-. Si me vieras con una bata transparente o un bikini, ya te darías cuenta. Cuando esté libre, verás lo que soy capaz de darte.

-Cariño, eres demasiado.

-Para ti no -murmuró ella.

El Vendedor le estaba rozando el pecho con la boca y ella suspiraba de placer. Levantó la cabeza e intentó mordisquearle los lóbulos de las orejas. Después le habló en tono sensual.

-Sigue, cariño, me gusta mucho. Los hombres olvidan que eso a las mujeres les gusta mucho.

Mmmmmm, Dime, cariño, ¿qué es lo que más te gusta cuando amas? ¿Te gusta lo mismo que a mí?

-¿A ti que te gusta? -le preguntó él con un gruñido.

-Pues, todo. Todo, todo.

-Basta, basta, me estás excitando demasiado, espera tengo que...

Se le subió encima sin más preámbulos y le introdujo el hinchado miembro. Mantenía los ojos cerrados y jadeaba sin cesar.

-Anda, dámelo, dámelo -le decía ella gimiendo.

Enloqueció de excitación y, al experimentar el orgasmo, se le aplanó encima como la pared lateral de un edificio.

Ella jadeaba contra su oído.

Más tarde, sentado en la cama procurando recuperar el resuello, la miró con renovado respeto.

-Eres extraordinaria -le dijo.

-Lo acepto como un cumplido. Tú también lo eres. -Se detuvo-. Me has excitado mucho, ¿sabes?

Se le vio tan orgulloso como si acabara de ganar el premio Nobel.

-¿De veras? ¿De veras te he excitado? Me lo había parecido pero no estaba seguro.

-Puedes estar seguro -le dijo ella sonriendo-. Ha sido una preciosidad. Lo hemos logrado juntos.

El la miró complacido y pareció que fuera a decirle algo.

-Lo que antes me estabas diciendo, ¿lo decías en serio? -le preguntó con recelo.

-¿Te refieres a lo que podría hacer si me dieras ocasión?

-Sí. Si me encargara de soltarte, si te trajera cosas que te gustaran, ya sabes...

-Cosas sexualmente excitantes, sólo para ti.

Prendas interiores muy ligeras. Perfumes. Carmín de labios. Te asombrarías de comprobar lo útil que resulta.

-Si yo hiciera... tú has dicho que te gustaría hacer cosas distintas.

-Pruébame y verás -le dijo ella sonriéndole seductoramente.

El agitó la cabeza lentamente sin dejar de mirarla.

-Eres estupenda. Una mujer de cuerpo entero como jamás ha habido otra. Precisamente lo que he andado buscando toda la vida. -Asintió-. Muy bien. A partir de ahora vamos a ayudarnos el uno al otro.

Reseña de última edición: La señorita Sharon Fields, en el papel de protagonista, ha hecho gala de la asombrosa versatilidad que siempre cabe esperar de una verdadera estrella. Jamás había estado más convincente.

Cuarta actuación.

En escena con el Soñador.

La muchacha encantadora reducida a la quintaesencia de la feminidad en contra de sus deseos.

El amor del hombre la ha conmovido, ha conseguido llegar hasta su corazón y ella no puede evitar corresponderle. La bárbara y brutal empresa se está convirtiendo para ella en una romántica aventura. Se ha transformado, a los ojos de su amante, en la criatura soñada que éste se había inventado.

Su ardiente pasión (sabiamente guiada por ciertos recuerdos de Ellis, Van de Velde, Kinsey y, sobre todo, Masters-Johnson) se esforzará por devolverle la virilidad.

De lograr esto último, la actuación se convertiría en un triunfo.

El Soñador había entrado en la estancia con cierto recelo. No se molestó en desnudarse. Se sentó en la cama, completamente vestido, y sin moverse.

Parecía que meditara, Sharon ya sabía acerca de qué. Tendría que manejarlo con cuidado.

-Hola, hombre. No te veo muy contento.

-Es que no lo estoy.

-Yo sí debiera estar triste y no tú. ¿Es que no has venido a hacerme el amor?

-Yo bien quisiera. Créeme, lo quisiera. Pero estoy muy desalentado. Y, cuanto más lo intento, peor, Creo que ya sé lo que ocurre.

-¿Quieres decírmelo?

-¿Acaso quieres saberlo? -le preguntó él asombrado-. Pensaba que estabas muy molesta con nosotros.

-Lo estaba y sigo estándolo con los demás. Pero me he percatado de las diferencias que os separan. Ya no te considero igual a los demás.

-Me alegro -dijo él animándose un poco-, porque no soy igual. Te aprecio de veras. Creo que eso es lo más importante. Te aprecio lo suficiente como para saber que no está bien forzarte estando tú indefensa. Eso es lo que me perjudica. El sentimiento de culpabilidad.

-Te lo agradezco muy de veras -le dijo ella con voz gutural-. Al principio había creído que erais todos iguales Todos igualmente crueles e insensibles.

Pero ayer comprendí que no era lógico. Y desde que llegué a la conclusión de que era una necedad seguir resistiendo y que me convenía sacar el mejor partido, he podido iros viendo individualmente. Tú no tienes nada que ver con los demás.

-¿Te has dado cuenta? -le preguntó él ansiosamente.

-Al final, sí. Eres el único que ha pronunciado la palabra "amor".

-Porque yo te amo, te amo de veras.

-Y eres el único que me ha demostrado simpatía, comprensión y ternura, el único que me ha defendido. He estado pensando en ti y he llegado a una conclusión que no me importa confesarte un secreto.

Estaba pendiente de todas y cada una de sus palabras y se le veía como rejuvenecido. Sharon decidió adentrarse en la escena más crucial.

-Tenías razón en lo que pensabas, aunque yo me obstinara en negarlo. Para mí, la característica más estimulante de un hombre que me atraiga es el hecho de que crea que no hay nada imposible de alcanzar. Me atrae el hombre que no se desalienta. Sí, estabas en lo cierto al hablar de la personalidad que podía adivinarse a través de aquellas entrevistas falsas.

Me atrae el hombre capaz de afrontar cualquier riesgo con tal de poseerme. No me gustan los hombres computadorizados que calculan todos los pros y los contras de las acciones. Me gustan los soñadores lo suficientemente arrojados como para convertir en realidad sus sueños.

La reacción del sujeto fue precisamente la que ella se había imaginado.

Parecía un afligido peregrino que hubiera acudido a un sagrado santuario a la espera de un milagro, consciente de que probablemente éste no iba a producirse, y que acabara de verlo realizado.

-Eres todo lo que siempre he querido, Sharon -dijo ardorosamente-. No sé expresarte con palabras lo mucho que te quiero.

-Si me quieres, demuéstramelo. Házmelo comprender. Después de los demás, necesito de alguien que me aprecie. Quítate la ropa y tiéndete aquí a mi lado.

-¿De veras lo quieres? -le preguntó él sin poder dar crédito a sus oídos.

-Me conoces lo bastante como para saber que siempre digo y hago lo que pienso, cuando me dan la oportunidad, claro.

Se desnudó sin quitarle los ojos de encima. Se encontraba desnudo a su lado sin atreverse todavía a tocarla.

-¿Es que no vas a besarme? -le preguntó ella.

Se levantó tímidamente por encima de ella y la besó en los labios. Mientras la besaba, Sharon fue abriendo gradualmente los labios y le rozó la lengua con la suya. Se percató de la rápida aceleración de los latidos de su corazón. Entonces empezó a besarle las mejillas, las orejas y la barbilla y le murmuró:

-Ahora acaríciame los pechos y bésalos. Me gusta.

Mientras su cabeza descendía hacia su pecho, Sharon procuró recordar algunos de los consejos de Masters y Johnson. Los había leído con mucha atención. Pasó mentalmente las páginas.

El fracaso de los hombres se debía muy a menudo a la ansiedad, a una concentración en los resultados, a la necesidad de conseguirlo en lugar de perderse espontáneamente y participar de una forma natural en el acto.

Recordó haber leído que el fallo sexual podía deberse a "un desorden fruto de la ignorancia, de la privación emocional, de las presiones culturales y del total aislamiento de la sexualidad arrancada de su contexto natural".

Tales hombres "suelen mostrarse tan recelosos acerca de su actuación que, en el transcurso de la actividad sexual, se dedican a observarse mentalmente en lugar de dejarse arrastrar por sus naturales sentimientos sexuales".

Para evitar la eyaculación prematura, recordó, hay que comenzar por tocarse y acariciarse el uno al otro, iniciando el acto únicamente tras haber puesto en práctica la técnica de estrujamiento Masters-Johnson.

Con su cuerpo muy junto al suyo, Sharon se percató de que su deseo se estaba acrecentando. Para alcanzar la segunda fase a que hacía referencia la obra, tenía que asirle con fuerza.

-Espera, cariño -le murmuró-, ¿puedes soltarme la mano derecha, una sola mano? Ansioso de complacerla, dejó de besarla y acariciarla y, sin decir palabra, extendió la mano hacia el pilar y le soltó la muñeca derecha.

Sharon movió los dedos para que se le restableciera la circulación sanguínea.

Después le pidió que siguiera besándola y acariciándola. El la obedeció y su boca y sus manos regresaron a su cuerpo. A los pocos minutos se dispuso de nuevo a penetrarla pero ella le decepcionó una vez más.

-Espera -le repitió-, no lo intentes todavía. Acércate.

El se inclinó hacia adelante muy perplejo. Ella extendió la mano libre, le asió la punta del miembro y le aplicó la técnica Masters-Johnson. Lo consiguió a los cinco segundos y desapareció la erección.

-Muy bien, cariño -le dijo ella dulcemente-. Ahora descansemos juntos hasta que me desees de nuevo. Entonces repetiré lo que acabo de hacer.

Sin oponerse, él se dedicó de nuevo a besarla y acariciarla y, cuando estuvo dispuesto una vez más, ella se lo impidió, y repitió el proceso una tercera y una cuarta vez. A la quinta vez le dijo:

-Muy bien, cariño, vamos a probarlo.

Notó que se estremecía y empezó a guiarle, y cuando ya le tenía dentro cosa de un centímetro, advirtió que temblaba, lanzaba un grito y eyaculaba.

Cuando ya estuvo blando le siguió sosteniendo y estrujando suavemente.

-Ven aquí, tiéndete a mi lado.

El se tendió a su lado muy afligido.

-Lo siento -dijo.

-No lo sientas -le dijo ella cariñosamente-. Vas a conseguirlo. Esta vez lo has hecho mejor que antes, mucho mejor. Me has penetrado. Casi estabas dentro.

-Pero no he..

-Escúchame, cariño. Sé que podremos hacernos el amor porque lo deseamos mucho. Podremos conseguirlo. Lo probaremos una o dos veces más y nos haremos el amor tal como yo sé. Pero para hacerlo bien, tengo que estar libre, me refiero a las manos, no puedo estar atada.

Te seré sincera. Quiero que me desates para que podamos hacerlo como es debido.

-¿Quieres decir que sigues deseando hacerlo de nuevo conmigo?

-No seas tonto. Te quiero. Hay millones de hombres que padecen de eyaculación prematura. Es el defecto más fácil de solucionar. Pero, para conseguirlo, hacen falta dos personas.

Cuando esté libre como tú, te prometo que dará resultado. Verás qué fácil es y entonces nos sentiremos los dos satisfechos.

-Hablaré con los demás. No hay motivo para que te tengamos atada. Les hubiera hablado de todos modos aunque no me lo hubieras dicho.

-No te arrepentirás -le dijo mirándole con sus grandes ojos verdes rebosantes de afecto y ternura-. Ahora que somos amigos, nos merecemos la oportunidad de amarnos el uno al otro libremente. Yo te quiero, puedes creerme.

Ahora dame un beso de buenos noches y vuelve mañana. No les cuentes a los demás lo que siento por ti. Se pondrían celosos y me lo harían pagar. Pero vuelve y quédate conmigo mucho rato.

Reseña de la edición de medianoche: No hay ninguna actriz actual capaz como Sharon Fields de producir la sensación de dar y desear amor. Si todo el mundo fuera una alcoba, ella sería su reina. Decididamente, un nuevo triunfo Fields.

En escena con el Malo. Le había animado a volver porque, de los cuatro, era el más difícil de manejar. Su anterior actuación con él había sido un acierto, pero ahora tenía que superarse. Había rechazado la píldora para dormir al objeto de estar bien despierta con vistas a su “tour de force”. Pasada la medianoche, el sujeto entró furtivamente vestido únicamente con sus calzoncillos.

-¿Qué dices, nena? ¿Me estabas esperando?

Ella apartó la cabeza y se mordió el labio inferior. Ya había interpretado esta misma escena en uno de sus más grandes éxitos de taquilla (el que batió todos los récords del Radio City Music Hall), “La camelia blanca”, si bien con mucha menos eficacia que en estos momentos.

El Malo le tomó la cabeza entre las manos y la obligó a mirarle.

-Vamos, nena, ¿a qué viene esta vergüenza? ¿Lo quieres, no?

-Sí, estúpido, sí -le contestó ella bruscamente.

El sonrió y se quitó los calzoncillos.

Ella se lo quedó mirando como hipnotizada.

-¿Te gusta, eh? -le preguntó él acercándose a la cama.

-Sí, así te parta un rayo. Tienes el mejor.

-Muy bien, nena, en estos momentos es todo para ti.

No perdió el tiempo y le desató primero una muñeca y después la otra. Las manos y los brazos de Sharon estaban como entumecidos. Ella se los frotó brevemente sin apartar los ojos hipnotizados del musculoso cuerpo desnudo del sujeto. El se quedó de pie junto a ella, sonriendo.

-Muy bien, cariño, vamos allá. ¿Crees que podrás soportarlo?

Santo cielo, era aborrecible. Sin embargo, la expresión de Sharon reflejó asombro y deseo. Decidió utilizar deliberadamente ambas manos.

Le atrajo lentamente hacia sí tirando juguetonamente hacia arriba y hacia abajo. Le tenía de rodillas encima suyo y decidió cerrar los ojos y respirar entrecortadamente.

-Cariño -le dijo casi como sin poder hablar-, házmelo. Excítame.

-Bueno, bueno -dijo él acomodándose entre sus acogedoras piernas-. Esta vez lo haremos a base de bien.

-Date prisa -le murmuró ella.

Al penetrarle, ella le abrazó, cerró las piernas a su alrededor y movió lentamente el tronco siguiendo el ritmo de la creciente velocidad e intensidad de su acometida. Siguió moviéndose convulsamente, puntuando los jadeantes gruñidos del sujeto con una serie interminable de palabras malsonantes.

Bajó las piernas y se elevó y descendió siguiendo su ritmo girando y embistiendo, pidiendo más y más, más fuerte más fuerte, rascándole y arañándole la carne para su mayor deleite.

-Estoy a punto de alcanzarlo -gimió-, ya no puedo contenerme.

-Los dos juntos, nena -le dijo él jadeando -enloquecido-, ahora...

Al poco rato yacía tendida a su lado como exhausta y satisfecha. Al observar que el sujeto iba a levantarse, le agarró.

-Quédate conmigo, quédate un poquito más.

-Te daré todo lo que quieras -le dijo él sonriendo.

-Ningún hombre me había hecho eso jamás -le dijo ella sin soltarle-. Eres una maravilla.

-Ya somos dos -le dijo él.

-¿Tienes que irte? ¿No puedes quedarte toda la noche?

-Ojalá pudiera, pero no quiero que los demás piensen que te disfruto en exclusiva.

-Que se vayan al cuerno. ¿Qué te importa lo que piensen? ¿Por qué no piensas en mí?

-En ti pienso, nena -le dijo él apartándole las manos de sus hombros-. Será mejor que descanses. Conseguirás de mí todo lo que quieras. Tenemos mucho tiempo por delante.

Se levantó de la cama y ella permaneció inmóvil. Este "tiempo por delante" la había entristecido, la había alejado de su papel y del escenario. Se dejó atar sumisamente de nuevo las muñecas a los pilares.

-O mucho me equivoco o ésta va a ser la última vez -le prometió-. Eres un encanto y no quiero que estés atada.

-Gracias -le dijo ella débilmente.

-A partir de ahora nos lo vamos a pasar muy bien -le prometió él.

Eso si yo pudiera tener una oportunidad, hermano, pensó. Pero tenía que seguir fingiendo.

-¿Cuándo volveré a verte? -le preguntó.

-Cuando esté dispuesto -repuso él guiñándole un ojo-. Mañana por la noche lo más tardar.

Reseña de primerísima edición: El momento culminante de la carrera teatral de la señorita Fields. Cabe únicamente preguntarse adónde será capaz de llegar.

“Cuaderno de notas de Adam Malone. -Domingo 22 de junio”

Al llegar a Más a Tierra tenía intención de anotar, día a día, todas las incidencias de esta reunión extraordinaria del Club de los Admiradores. Pero me he abstenido de hacerlo hasta ahora como consecuencia de dos factores.

El primero de ellos fue mi desaliento a propósito de mi actuación sexual -o falta de actuación, para ser más exactos-con el Objeto. Tras haberme pasado tantísimos meses anhelando la unión sexual con ella y alcanzar finalmente la oportunidad de consumar dicha unión, mi inesperado fracaso me sumió en un estado de profundo desaliento. Como es natural, procuré disimular mi depresión y estos últimos días me los he pasado fingiendo.

Pero por dentro me sentía muy pesimista y, tras dos humillantes fracasos, la ansiedad y el temor me hicieron creer que sería inevitable un tercero. Hasta anoche me obsesionaba la idea de unirme a ella. Había logrado dejar de autoanalizarme, ya que ello no me había permitido alcanzar ninguna solución inmediata.

En su lugar, procuré buscar algún medio práctico que pudiera serme útil en el transcurso del breve período de tiempo de que disponía.

Recordé que en toda mi vida sólo había fracasado otras dos veces, hace cinco o seis años. Hubo una joven y rubia, auxiliar de dentista, con quien no pude hacerlo, a pesar de lo mucho que ambos estábamos deseando hacernos el amor.

Recuerdo que probé toda clase de afrodisíacos -desde atiborrarme de ostras y plátanos a la utilización del polvo chino que se extrae del cuerno del rinoceronte, desde mosca española (que se hace con escarabajos secos pulverizados) a la yohimbina (extraída de la corteza de un árbol africano)-, pero ninguno de tales remedios dio resultado.

Estaba a punto de probar alguna de las nuevas drogas, la PCPA y la L-dopa, que, según se afirma, son capaces de provocar una hipersexualidad en algunos casos, cuando, de repente, sucedió todo como sin darnos cuenta.

Una noche dejamos de probarlo y estábamos paseando, cuando ella me dijo algo a propósito de lo mucho que le gustaba mi cuerpo y entonces lo conseguimos. La arrastré hacia unos matorrales, le levanté la falda y se solucionó el problema.

La segunda vez, quizás un año más tarde, creo que fue con aquella preciosa viuda morena, de treinta y tantos años. La conocí en el cine. Se hallaba sentada a mi lado y, al salir, empezamos a hablar y ella me invitó a su apartamento.

En cuanto entramos en su casa, empezó a desnudarse. Estaba muy excitada y yo también me excité mucho. Estaba a punto de penetrarla cuando eyaculé. El desdichado incidente se repitió de nuevo al día siguiente. Al llegar la tercera noche, ella me ofreció dos tragos muy fuertes y empezó a acariciarme y, cuando ya estuve listo, me facilitó dos preservativos y me los hizo poner el uno encima del otro y dio resultado.

En los años sucesivos ya no hubo problema. Después de mis dos fracasos con el Objeto -que me dejaron profundamente confuso-, decidí hallar una solución práctica. Pensé en acercarme a Riverside para ver a un médico, no fuera caso de que padeciera una infección de próstata o una irritación del prepucio. Después, caso de que no se descubriera el origen, tenía intención de pedirle al médico algo de que había oído hablar, un anestésico local llamado Nupercainal, que algunos amigos me habían dicho que era estupendo si te lo aplicabas a la punta del miembro cuatro o cinco minutos antes de hacer el amor.

Al parecer, esta sustancia insensibiliza el prepucio y evita que se produzca un orgasmo rápido. No obstante, no me agradaba la idea de acudir a visitar a un médico a espaldas de mis amigos y me constaba que éstos no me lo permitirían caso de proponérselo.

Sea como fuere, había estado pensando en este desesperado remedio hasta anoche, cuando cesó finalmente mi obsesión. En estos momentos, mi ansiedad es mucho menor. Ello se debe a que el Objeto me ha manifestado los verdaderos sentimientos que yo le inspiro, y me ha dicho con toda sinceridad que no me preocupe, porque está dispuesta a ayudarme a consumar nuestra unión. Su actitud me ha librado de buena parte de mi angustia. No obstante, dicha angustia había sido hasta ahora tan abrumadora que me había impedido poner en práctica mi idea de llevar un diario.

Sin lugar a dudas, éste fue el primer factor que me impidió hacerlo. El segundo factor que me ha impedido escribir el diario fue la violenta e ilógica oposición del Mecánico, a pesar de haberle yo prometido que se trataría de algo muy secreto y privado. Sin embargo, he decidido anotar algunos puntos destacados siempre que tenga ocasión (como me sucede en estos momentos en que el Mecánico está echando una siesta) y seguir toda la cronología de la puesta en práctica del primer proyecto del Club cuando regrese a casa y ya no tenga que actuar de acuerdo con los demás.

Hemos organizado un almuerzo informal del Club de los Admiradores y aquí están casi en estilo taquigráfico, los principales puntos de la decisión a que hemos llegado. Al reunirnos para almorzar, todos nosotros nos mostrábamos más alegres, tranquilos y satisfechos que en otras ocasiones. Por primera vez nos mostramos unánimemente entusiastas a propósito de nuestra aventura.

A través de nuestras palabras resultó evidente que el Objeto había cumplido su promesa. Estaba claro que había llegado al convencimiento de que la colaboración tenía sus ventajas,

había hecho las paces con su situación y ya no nos causaría más problemas. Es más, pude deducir que con mis compañeros había hecho algo más que limitarse simplemente a colaborar.

Había superado su resentimiento y les había ofrecido su amistad. Me divertí pensando en cuál sería su reacción si supieran o tuvieran la más mínima idea de los sentimientos que yo le inspiraba al Objeto.

El Objeto y yo guardaremos celosamente nuestro secreto. Sea como fuere, gracias al entusiasmo provocado por el Objeto, se hicieron varias propuestas, que se sometieron individualmente a votación.

El Mecánico prologó la primera propuesta diciéndole al Perito Mercantil: "Bueno, ¿estás ahora de acuerdo? ¿A eso ya no se le puede llamar violación forzosa, no te parece?" A lo cual repuso el Perito con rostro afable: "Ya no." Después el Mecánico trajo a colación lo que yo estaba a punto de mencionar.

"Digo que está lo suficientemente tranquila para que la dejemos en libertad en su cuarto." "No me cabe la menor duda", dije yo.

"Es inofensiva", añadió el Agente de Seguros.

El Perito Mercantil fue el único que se mostró receloso.

"¿Estáis seguros de que no correríamos riesgo?"

"No hay peligro -dijo el Agente de Seguros-.

Como es natural, primero tomaremos toda clase de medidas. Ahora hay en la puerta un pestillo por la parte de adentro. Podemos sacar el pestillo de una puerta en la que no nos haga falta y colocarlo en la puerta del dormitorio por la parte de afuera. De esta forma, cuando uno de nosotros esté con ella podrá cerrar la puerta por dentro. Al salir, cerraremos el pestillo de la parte de afuera para que no se le ocurra hacer ninguna trastada".

"Sí -dijo el Mecánico ofreciendo la solución-. Hay otro pestillo en la puerta trasera de la cocina. No nos hace falta.-Lo sacaré y lo colocaré en su puerta algo más arriba que el pestillo de dentro".

El Perito Mercantil se mostró satisfecho de esta medida de precaución.

El Agente de Seguros resumió brevemente el siguiente paso.

"Muy bien, a partir de esta noche gozará de completa libertad dentro de los límites del espacio que le ha sido asignado. Podrá moverse con entera libertad, ir al cuarto de baño cuando lo desee, leer y hacer lo que quiera".

Se hicieron a este respecto varias propuestas unánimemente aprobadas. Todas las propuestas constituían pequeñas recompensas al Objeto, en agradecimiento a su sentido común y buen comportamiento.

El Perito Mercantil propuso prestarle el aparato de televisión portátil. Dijo que no nos hacía falta y que ella podría distraerse un poco. Lo aprobamos tras asegurarnos de que no existía ningún canal local que pudiera delatar la localización de nuestro escondite.

El Agente de Seguros propuso suministrarle bebidas alcohólicas y vasos para que el ambiente le resultara más acogedor.

El Mecánico se opuso a cualquier recipiente de cristal que pudiera convertirse en arma agresiva, y presentó una enmienda por la cual se le suministraría al Objeto bebidas alcohólicas en frascos de plástico y vasos de plástico. Se aprobó por unanimidad.

Por mi parte, yo dije que me gustaría entregarle algunos libros y revistas que me había traído para que pudiera distraerse un poco. No hubo objeciones. Fue una reunión amistosa, en la que se demostró que distintas personas pertenecientes a diferentes estratos sociales, pueden llegar perfectamente a un acuerdo y vivir en armonía cuando son felices y no se producen contratiempos.

Todo el mundo esperaba ansiosamente su cita nocturna con el Objeto.

Estamos a domingo, día que siempre confiere cierto aire festivo a todas las actividades humanas. El Agente de Seguros ha sacado una baraja y, como de costumbre, hemos echado a suerte los turnos; primero el que sacara la carta más alta, después el que le siguiera inmediatamente, etc. El orden de privilegio de visita de esta noche será el siguiente: Primero, el Agente de Seguros; después el Perito Mercantil; en tercer lugar el Escritor, es decir, un servidor de ustedes, y en cuarto el Mecánico.

Grandes esperanzas. Tal como afirmó John Suckling en el siglo XVII: "La esperanza te hace amar una dicha; , El Cielo no sería Cielo, si supiéramos cómo era".

En el transcurso de todo este día y parte de la noche -que aún no había finalizado, puesto que todavía faltaba un servicio-, Sharon se vio sumida en un creciente estado de esquizofrenia.

Se trataba de un estado por el que ya había pasado en determinados momentos de su carrera: el estado de ser dos personas distintas a lo largo de veinticuatro horas, de verse sumergida de día en la en la identidad de otra persona, en un papel imaginario que ella creía auténtico y era el que interpretaba en los platós, y de ser, en el transcurso de su tiempo libre, ella misma si bien con menos convencimiento.

Esta cuestión de separarse de sí misma y volver a ser ella misma, siempre la había dejado confusa y agitada, hasta hacía algunos años en que tuvo ocasión de definir mejor su verdadera identidad, consiguiendo que la auténtica Sharon Fields no se viera afectada por los papeles que interpretaba.

En cierta ocasión buscó remedio a su conflicto interior a través de la lectura de los comentarios de Robert Stevenson a propósito de la creación de “El extraño caso del Doctor Jekyl y el Señor Hyde”. En dicho relato, el autor había intentado resolver "esa acusada sensación de desdoblamiento de la personalidad que se produce en determinadas ocasiones y abruma la mente de toda criatura pensante".

Eso no es que se refiriera precisamente a su problema, pero constituyó para ella un consuelo. Entonces era cierto. Todas las personas poseían una doble personalidad, eran dos personas en una según las circunstancias.

Pero dicho descubrimiento no solucionó su problema y Sharon se esforzó por ser una sola persona y puede decirse que casi lo consiguió.-Pero ahora, en cautiverio, se había producido de nuevo el conflicto como consecuencia de su necesidad de sobrevivir. Había aceptado el reto de uno de sus más difíciles papeles, es decir, el de interpretar la figura de la persona que no era, de la persona que todos los hombres se imaginaban o deseaban que fuera.

Viviendo intensamente dicho papel, había conseguido escapar a la humillación y amortiguar su dolor. Esta tarde había interpretado el papel de la Sharon Agradecida.

Al parecer, sus actuaciones de ayer constituyeron un éxito resonante. Sus horribles admiradores la inundaron de regalos. Entraron después del almuerzo, la desataron, le concedieron libertad dentro del dormitorio y el cuarto de baño, le anunciaron su nueva autonomía y le recordaron que ésta sería limitada y que ella seguía estando prisionera, cosa que subrayaron colocándole un pestillo adicional por la parte de afuera. Después empezaron a llegarle los regalos de sus carceleros: un pequeño aparato portátil de televisión por parte del Tiquismiquis, dos montones de libros de bolsillo y revistas por parte del Soñador, una bolsa de golosinas y una botella de plástico conteniendo whisky por parte del Vendedor.

Y ella había interpretado el papel de la agradecida Margarita Gautier, la hechicera cortesana que recibía dones, halagaba y demostraba su gratitud a sus admiradores.

Pero tras marcharse ellos y dejarla encerrada, había vuelto a ser ella misma y se había llenado de odio al pensar en su estimulación de colaboración, si bien logró experimentar cierto alivio al dirigir dicho odio hacia ellos.

¡Cuánto les odiaba! Cuánto les aborrecía y cuánto ansiaba vengarse de todos y cada uno de ellos, por la degradación y desdicha en que la habían sumido. Cuánto les detestaba por obligarla a arrastrarse ante ellos, por esperar de ella que se mostrara agradecida por el hecho de haberla desatado y dejándola sin embargo encerrada.

Entonces se preguntó por primera vez si la prisión en la que se encontraba sería a prueba de huidas. Al fin y al cabo, la habían confinado en una simple habitación corriente, no en una prisión con barrotes de hierro. Habiendo recuperado la libertad de movimiento, cabía la posibilidad de escapar.

Pensando en dicha posibilidad, había recorrido la estancia cuidadosamente, estudiando y examinando todas las paredes. Se percató de que no le sería posible abrir la puerta. Los goznes estaban oxidados y los pestillos resultaban inexpugnables.

Le resultaría difícil aun en el caso de disponer de las necesarias herramientas, pero no había herramientas ni las habría. El pavimento y el techo no revelaban señales de escotillones o troneras.

Sólo quedaban las ventanas, pero las tablas que las cubrían habían sido clavadas con docenas de resistentes clavos que no podrían desclavarse. Acercando un ojo a una rendija de entre las tablas pudo distinguir vagamente un barrote metálico, lo cual significaba que las ventanas estaban doblemente protegidas por las tablas del interior y los barrotes metálicos del exterior.

Sí, estaba enjaulada, atrapada, con tan escasas posibilidades de escapar como un prisionero encerrado en su solitario confinamiento de San Quintín. ¿San Quintín? ¿Qué la habría inducido a pensar en aquella penitenciaría de alta seguridad de California? Lo recordó instantáneamente y el recuerdo se lo trajo a la memoria. En una de sus primeras películas había interpretado el papel de una joven esposa que en una de las escenas esperaba, a la entrada de la prisión, la puesta en libertad de su marido. Había sido un pequeño papel sin importancia y la escena se había rodado en la misma entrada de San Quintín.

Tras haberse rodado las cinco o seis tomas de la escena, ella, junto con el director y otros actores, habían sido invitados por el alcaide y los guardianes a almorzar dentro del recinto de San Quintín.

La atmósfera se le había antojado opresiva, y todo aquel ladrillo, cemento y acero le había parecido sobrecogedoramente inhumano, intuyendo el desamparo en que debían encontrarse los reclusos en aquella enorme jaula.

En el transcurso del almuerzo había manifestado sus pensamientos por decir algo, y había preguntado cuántos reclusos solían intentar escapar. Le dijeron que muchos intentaban evadirse pero que muy pocos lo conseguían. El alcaide y los guardianes le refirieron muchas historias de evasiones fallidas, y uno de ellos había recordado el más memorable de los intentos de evasión de toda la historia penitenciaria, un intento no de huir, sino de birlarle al Estado una víctima de ejecución. Jamás había olvidado aquella historia, y ahora había vuelto a pensar en ella tras finalizar el examen de su propia celda en un intento de descubrir en ella algo que pudiera serle de utilidad.

La historia era todo un compendio de decisión e inventiva humana. En los años treinta, no, había sido exactamente en el año 1930, un leñador polaco-americano ¿cómo se llamaba?... Kogut, William Kogut, había sido sentenciado a muerte por el asesinato de una mujer y había sido confinado en una de las celdas del pasillo de la muerte de San Quintín.

El juró que no permitiría jamás que el Estado le ejecutara. A medida que se aproximaba la fecha de la ejecución, Kogut se inventó un inteligente medio no de huir de su celda sino de la sentencia.

A pesar de sus escasos y casi ridículos recursos, Kogut decidió fabricar una bomba. Decidió fabricar una bomba utilizando una baraja. Al recordar la historia, Sharon comprendió que era sumamente importante no pasar por alto ni una sola de las fases del incidente.

Primera fase: Sabía que las zonas rojas de los naipes de rombos y corazones estaban integrados por celulosa y nitrato, ingredientes altamente explosivos.

Rascó cuidadosamente la superficie roja de todos los rombos y corazones.

Segunda fase: Había arrancado una pata de su jergón, recogió todas las virutas, las metió en la pila del lavabo y con el mango de una escoba las introdujo en la tubería metálica de desagüe, dejando el mango metido al objeto de que no penetrara aire en la tubería.

Tercera fase: Utilizando la lámpara de petróleo de la celda, mantuvo la bomba de fabricación casera sobre la llama durante toda la noche, al tiempo que en la tubería se formaba vapor y gas.

Cuarta fase: al rayar el alba, la bomba improvisada hizo explosión con un tremendo fragor, haciendo saltar en pedazos la celda y a Kogut con ella. Salió triunfante en contra de todas las previsiones y consiguió escapar.

Pensó un buen rato en repetir la hazaña de Kogut.

El Soñador le traería una baraja si ella se la solicitaba con el pretexto de hacer solitarios.

Podría rascar el color rojo utilizando las uñas. Pero ¿y después qué? Vaciló al pensar en la siguiente fase. En la habitación no había nada que se pareciera a una tubería metálica. Tampoco había lámpara de petróleo ni una vela que pudiera arder varias horas. Pero aunque poseyera todo lo necesario para fabricar una bomba, comprendía que no le sería posible llevar a la práctica aquel proyecto.

No estaba segura de que diera resultado y, caso de no darlo, la descubrirían y la castigarían de nuevo, lo cual le resultaría insoportable. Por otra parte, aunque diera resultado, no sabía cuál sería el alcance de la explosión y temía ser destruida junto con el cuarto.

Aunque sobreviviera e intentara escapar a través de alguna brecha en la pared, habría... todo aquello era ridículo y se debía a la frecuente dramatización a que la inducía su mentalidad teatral.

Tonterías. Estupideces. Estaba prisionera, encarcelada, enjaulada. No había posibilidad de huida. Estaba reducida a la impotencia. Era necesario que dejara de pensar como una actriz y que se dedicara, en su lugar, a interpretar un papel. Tenía que concentrarse en la interpretación del papel de Sharon Fields y nada más. Aquélla era su única posibilidad, si no de huida, por lo menos de supervivencia.

El aborrecimiento que le inspiraban a causa de lo que le estaban haciendo le subió de nuevo a la garganta y se la llenó de amarga y verdosa bilis. Durante todo el día se sintió inflamada por el odio que la poseía como un demonio.

Al caer la noche fue presa del terror -un terror parecido al que experimentan los actores antes de salir a escena-y pensó que no estaría en condiciones de seguir interpretando con éxito su papel, habida cuenta del veneno que se albergaba en su interior.

Sin embargo, cuando llegó el momento de actuar, desechó (como siempre) sus temores, se identificó de nuevo con su papel y la consumada actriz que era Sharon Fields volvió a dominar fríamente la situación desde el principio hasta el final.

Sentada en la cama, ahora que eran las once y cuarto de la noche, peinándose distraídamente la larga y rubia melena mientras aguardaba la aparición en escena del último de sus cuatro apresadores, evocó los detalles de las tres actuaciones anteriores y pensó en el partido que les había sacado. El partido había sido sensacional.

A un observador exterior, lo que había logrado y aprendido hubiera podido antojársele un simple accidente. Pero ella sabía que se trataba de algo más. Toda la información que había obtenido no se había debido al simple azar sino a su habilidad y talento.

Se había entregado a sus apresadores sin reservas y había conseguido desarmarles por completo. Habían creído en ella, habían olvidado la verdadera naturaleza de las relaciones que les unían a ella y se habían ablandado lo suficiente como para bajar la guardia de vez en cuando. Y ella había estado alerta y vigilante, dispuesta a abalanzarse sobre todos los bocados.

En lugar de recibir de cada uno de ellos un simple bocado, había logrado beneficiarse de un insólito e inesperado festín.

¿Por casualidad? No, ni hablar, eso sólo hubieran podido pensarlo quienes no la conocían. Se consideraba acreedora a los aplausos. Al igual que en todas las ocasiones anteriores, ella había sido la directora de escena de todas sus actuaciones.

El éxito había empezado a producirse a primeras horas de la noche con el Vendedor. Se había lavado y secado la blusa y las bragas de seda y había eliminado las arrugas de la falda manteniéndolas sobre el vapor de la bañera, y, al entrar el individuo en el jardín de los placeres, la encontró pulcramente vestida y rebosante de hechizo.

La variedad sería el ingrediente, la variedad sería el menú que le serviría esta noche y, a pesar de la repugnancia que ello le inspiraba, decidió apartar firmemente de sus pensamientos cualquier idea de inhibición.

No había tiempo que perder. Se arrojó inmediatamente en sus brazos, le besó y le permitió que la acariciara. En cuanto se cerró la puerta, decidió esforzarse al máximo.

A través de los más recientes actos sexuales había conseguido llegar a ciertas deducciones y había logrado imaginarse cuál debía ser la auténtica vida sexual de aquel individuo.

Se había imaginado las aburridas repeticiones del acto con su esposa, y lo que probablemente buscaba y a veces encontraba fuera del hogar. Había comprendido que no era un sujeto paciente y que no estaba en condiciones de proporcionar placer, sino que, por el contrario, ansiaba simplemente la satisfacción sexual sin que se le exigiera a cambio ni tiempo ni destreza.

Muy bien. Se apartó de él y empezó a desnudarle. Después, mientras él terminaba de desvestirse, se despojó rápidamente de la blusa y la falda, y únicamente se dejó puestas las provocadoras bragas negras.

Esperó a que se tendiera en la cama y después se le acercó. Le ofreció un prolongado beso francés, acariciándole el cuerpo con una mano.

La reacción del sujeto a sus dedos fue inmediata. Antes de que pudiera levantarse para hacer lo que de él se esperaba y lo que él mismo se exigía, los expertos dedos de Sharon se curvaron alrededor de su miembro.

Empujándole con la otra mano, le concedió permiso para que siguiera tendido de espaldas y le prometió silenciosamente que ella se encargaría de todo.

En pocos minutos el tipo se convirtió en una burbuja desamparada. Ella se le arrodilló encima y empezó a acariciarle el pecho y el estómago con su rápida lengua, mientras la corpulenta mole que tenía debajo se estremecía de felicidad. Sus labios se acercaron a su bajo vientre y se detuvieron.

Sharon levantó la cabeza, procuró no mirar el abultado miembro que había estado sosteniendo en su mano y, al final, se lanzó.

El tipo no cabía en sí de excitación. Le golpeaba la espalda con las manos y aporreaba la cama con los pies, y su cabeza giraba enloquecida, a uno y otro lado presa de un goce insensato.

Su orgasmo fue el más prolongado y ruidoso de todos los que había experimentado en el transcurso de aquella semana. Al regresar del cuarto de baño, le encontró tal como le había dejado: una masa inmóvil de carne saturada, mirándola con el pavor con que mira un humilde súbdito a su legendario soberano.

Ella se sentó al lado de su figura tendida, le rodeó las rodillas con sus brazos, ladeó la cabeza y le miró con expresión complacida.

-¿Te he hecho feliz, cariño? -le preguntó.

-Ha sido lo mejor. Jamás me había excitado así.

-¿Lo dices en serio? Espero que no sea simplemente un cumplido.

-¡Vaya si lo digo en serio! -dijo él. Después vaciló-. Francamente, jamás pensé que tú... bueno, que accedieras a hacerme eso.

Ella arqueó las cejas mirándole con inocencia.

-¿Por qué no? En cuestiones sexuales no existe ninguna norma acerca de lo que debe hacerse y lo que no debe hacerse y acerca de lo que está bien o está mal.

Lo que está bien es lo que hace feliz a la gente. Si a ti te ha gustado, está bien. A mí me ha gustado, deseaba hacerlo, me he sentido a gusto haciéndolo y me siento muy satisfecha.

-Ojalá hubiera muchas mujeres como tú.

-¿Acaso no las hay?

-Qué va. Tanto mi mujer comootras muchas son demasiado inhibidas. Se atienen estrictamente al manual.

-Lástima. Porque no sólo te privan a ti de una cosa agradable sino que también se privan ellas. Pero, bueno, nosotros somos felices, ¿verdad?

El se incorporó y le dio un abrazo de oso.

-Yo sé que lo soy.

-Y yo también, cariño. -Se apartó y frunció levemente el ceño-. Sólo que... Hábil pausa. Suspiro.

Se desplazó sobre la cama y fue a sentarse en una esquina.

El se levantó y se sentó a su lado en el borde de la cama, escudriñádole el preocupado rostro.

-¿Qué sucede? ¿Ocurre algo malo?

No ocurre nada malo, tonto. Claro que no. Es... bueno, quizá sea una estupidez -dijo ella deteniéndose.

-Anda, sigue. Nada que nos concierna puede ser una estupidez.

-Pues, bueno, si quieres que te diga la verdad -dijo ella irguiéndose-me preocupa que bueno, que puedas cansarte muy pronto de mí.

-¡Jamás!

-No estés tan seguro. Conozco a los hombres. Cuando lo han probado y repetido todo con una mujer, empiezan a aburrirse. No querría que a nosotros nos ocurriera lo mismo, pero me doy cuenta de que va a ocurrirnos porque estoy en condiciones de inferioridad y no puedo hacer por ti todo lo que quisiera.

-¿De qué estás hablando?

-Ya te lo dije otra vez. La mayoría de las mujeres, cuando quieren estimular a un hombre, bueno, tienen la oportunidad de hacerlo y de presentarse atractivas a sus ojos. Tal

como puedo hacer cuando estoy en mi casa. Pero ahora no estoy en mi casa, estoy aquí -hizo un gesto vago-en una habitación casi vacía, sin mis efectos personales, sin nada femenino, sin posibilidad de ofrecerte variedad y emoción.

Si tuviera algunas cosas.

-¿Qué cosas? -le preguntó perplejo.

-Ah, pues, lo de siempre, todas las tentaciones de que dispone una mujer en su tocador. Jabones de olor, colonias, perfumes, maquillaje. -Recogió la falda y se la mostró-. Ropa para cambiarse. Prendas de vestir y prendas interiores sugerentes.

Vine aquí sin estar preparada, con sólo lo que llevaba puesto. Y eso no está bien ni para ti ni para mí.

-Te bastas tú sola. No eres como las sosas mujeres corrientes.

-Llegaré a ser igual que ellas. Ya lo verás.

-Bueno, bueno, Sharon. Ya me encargaré de que consigas lo que quieras si eso te complace.

-Me sentiré más excitante.

-Muy bien, no veo ninguna dificultad. Puedo salir cualquier mañana a comprarte algunas cosas. No tardaría mucho. Hay una ciudad que no está muy lejos.

A Sharon le dio un vuelco el corazón. Esperaba que él no se hubiera dado cuenta. Una ciudad. Una ciudad que no estaba lejos. Entonces no estaban en Los Angeles. Estaban fuera de la ciudad, probablemente en alguna zona aislada, pero no lejos de una ciudad.

-Y hay un centro comercial que está muy bien -añadió él deseoso de complacerla-. Es posible que tengan algo que te guste.

Ella le abrazó con alegría infantil.

-¿Lo harías, cariño, harías eso por mí?

-Pues claro que lo haré. Es más, mañana por la mañana me encargaré de ello. Deja que me vista. -Se levantó para recoger su ropa-. Será mejor que me digas lo que quieres y lo anotaré en una lista.

-¡Maravilloso! -exclamó ella batiendo palmas.

Fingió observarle mientras se vestía pero, en su lugar, estaba reflexionando. Aquello podía ser importante, sumamente importante, y tenía que manejarlo a la perfección. Su cerebro iba pasando revista a las distintas prendas de vestir y objetos de tocador, seleccionando algunas cosas y desechando otras.

el encontró un trozo de papel en su cartera, lo partió por la mitad, volvió a guardarse una de las mitades en la cartera y se guardó ésta en el bolsillo de los pantalones. Después se metió la mano en el otro bolsillo y sacó un bolígrafo. Volvió a sentarse a su lado, se apoyó sobre la rodilla el trozo de papel e intentó escribir "Lista de compras" pero no lo consiguió.

-Necesito escribir sobre una superficie lisa -dijo. Dejó el papel y el bolígrafo sobre la cama, se levantó una vez más para buscar algo y al final vio el montón de libros y se dirigió hacia el mismo.

Sharon examinó el bolígrafo.

Tenía grabadas unas pequeñas letras mayúsculas. Leyó. "Compañía de Seguros Everest", decía. Debajo había otras palabras que no consiguió leer.

Levantó la mirada. El tipo se encontraba de espaldas a ella y de cara a los libros que había sobre la mesa del tocador.

Sharon acercó la mano al bolígrafo y le dio la vuelta con los dedos. Pudo leer entonces las demás palabras.

"Howard Yost. Su Agente de Seguros de Confianza", decía.

Volvió a apoyarse la mano sobre el regazo y fingió arreglarse la falda y después la blusa.

Empezó a reflexionar acerca del bolígrafo. ¿Sería suyo o pertenecería a otra persona? “Debía” ser suyo. Claro. El Vendedor debía ser un agente de seguros.

La profesión le sentaba perfectamente bien. El extrovertido, el fanfarrón, el charlatán acostumbrado a vender tenía que ser un vendedor de seguros.

"Muy bien, me alegro de conocerle, señor Howard Yost, grandísimo hijo de puta".

Se encontraba de nuevo sentado a su lado con el papel encima del libro que mantenía apoyado sobre sus rodillas, dispuesto a escribir.

-Muy bien, Sharon, dime lo que quieres que te compre.

A Sharon ya se le había ocurrido una idea. La había ensayado y estaba dispuesta a ponerla en práctica.

-Primero mis medidas. ¿Quieres anotarlas?

-Muy bien.

Ella bajó la voz y le dijo guturalmente:

-Bueno, las medidas básicas son, bueno, noventa y cinco D, sesenta, noventa y tres.

El la miró como para cerciorarse:

-¿Eso significa?

-Significa una talla de sujetador noventa y cinco D, sesenta centímetros de cintura y noventa y tres de cadera.

-Menuda chica -dijo él emitiendo un silbido.

-Si tú lo dices.

Con la mano libre le empezó a acariciar el muslo pero ella se lo impidió.

-No seas malo. Ahórralo para cuando me haya vestido para gustarte.

-Muy bien -dijo él asintiendo-. Te digo que ya me estoy muriendo de impaciencia. -Volvió a apoyar el bolígrafo sobre el papel-. Sigamos.

-Dale mis medidas a la dependienta y ella sabrá las tallas que me corresponden -le dijo ella aparentando indiferencia-. Ahora te diré lo que necesito, suponiendo que puedas encontrarlo. Mmmm... vamos a ver. Algunas horquillas para el cabello.

Cualquier dependienta sabrá lo que quiero. En la sección de perfumería, bueno, un lápiz de cejas, maquillaje y polvos baratos, barra de labios. Rojo fuerte. Me refiero al carmín. Y polvos traslúcidos.

-Espera -le dijo él esforzándose por anotarlo todo-. Muy bien, sigue.

-Laca para uñas. Roja también carmín. Un perfume almizcleño, una cosa que resulte excitante.

-¿Alguna marca en especial?

-Bueno, yo uso Cabochard de Madame Grés. Te lo voy a deletrear. -Se lo deletreó lentamente mientras él lo anotaba-. Pídelo, pero no lo tienen en todos los establecimientos.

Si no lo tienen, tal vez puedan encargarlo. De lo contrario, me conformaré con cualquier otra cosa que tú consideres excitante. Ahora, un poco de ropa para cambiarme. Tendrás que buscar una tienda de artículos para señora.

-No te preocupes. Déjalo de mi cuenta.

-Lo haré. En seguida adiviné que sabías desenvolverte. Bueno, nada más que unas cositas. Vamos a ver. Me gustaría un jersey de cachemira o cualquier otra clase de lana suave que no rasque.

Rosa o quizás azul pálido. Una o dos faldas. Ligeras. Y cortas. No me gustan las faldas largas. Algo que haga juego con el jersey, azul tal vez. Confío en tu gusto.

Ahora ropa interior, no suelo usar pero me gustaría que me trajeras algunas cosillas. Vamos a ver -Se humedeció los labios con la lengua-. Un sujetador de encaje.

-¿Para qué necesitas el sujetador? -le preguntó él mirándola.

-Para que tú puedas quitármelo, cielo -le contestó ella sonriendo.

-Ah, buena idea -dijo él concentrándose de nuevo en la lista-. ¿Qué más?

-Dos pares de fajitas, no, espera, son demasiado engorrosas. Pongamos dos pares de bragas, cuanto más pequeñas mejor. Ya me conoces. Del color que sea.

Una bata vaporosa, de color de rosa si la encuentras.

-La encontraré.

-Y anota también un par de zapatillas muy suaves. Este pavimento es muy húmedo de noche. Bueno, me parece que ya está todo.

A menos que no quieras comprarme una cosa que me sienta muy bien.

-¿De qué se trata?

-De un minibikini. Me encanta descansar en bikini.

-Ten cuidado. Me estás volviendo a excitar.

-Pues espera a ver cómo te excitas cuando me veas con ese bikini puesto. Bueno, si quieres ser muy generoso, hay tres cositas que echo muchísimo de menos. Me muero por tenerlas.

-Dímelas y las tendrás.

Rezó para que no se le viera el plumero y decidió correr el riesgo.

-Bueno, me gustaría ver el ejemplar de esta semana del “Variety”, si es que lo encuentras en el kiosko. Quiero saber qué tal ha ido el estreno de mi película.

-Cuenta con ello.

-Y otros dos lujos. Me gustaría poder fumarme un cigarrillo de vez en cuando. Muy suave. Mi marca preferida es de importación sueca. Se llama Largos. Si me encuentras una cajetilla, muy bien.

Si no, no te preocupes. Finalmente, pastillas de menta inglesas para el aliento. Altoid.

-¿Al qué? ¿Cómo se escribe?

Ella le deletreó el nombre de la marca.

-¿Algo más? -le preguntó él mirándola.

-Sólo tú -le dijo ella con una provocadora sonrisa.

-Pues aquí me tienes -dijo él guardándose el papel y el bolígrafo en el bolsillo-. Lo demás lo tendrás cuando regrese mañana de hacer las compras.

-¿Seguro que no te importa?

-Cariño -le dijo él rodeándola con un brazo-, haría cualquier cosa por ti. -Se levantó-. Esta noche has estado fantástica.

-Soy lo que tú haces de mí. Espero que mañana pueda darte algo más. Y espera a verme mañana por la noche cuando esté arreglada.

-No te preocupes. Me gustas como estás.

Cuando se hubo marchado, Sharon se preguntó si habría merecido la pena. Su situación era tan desesperada que le parecía que ya nada merecía la pena.

Sin embargo, mañana a aquella misma hora, y por primera vez desde su desaparición y cautiverio, habría conseguido comunicarse con el mundo exterior.

La posibilidad de que la lista de compras llamara la atención de alguien era tan remota que hasta se le antojaba ridícula. Sin embargo, disponía de muy pocas alternativas, y aquello que decidiera hacer tenía que resultar muy confuso para sus apresadores, tan confuso que apenas resultaría visible en el mundo exterior.

Sin embargo, había conseguido emitir una señal desde un planeta desconocido en un intento de decirle a alguien de algún lugar del universo que había vida en otro planeta. Mañana habría comunicado tres marcas de importación escasamente conocidas que eran las que habitualmente utilizaba.

Perfume Cabochard. Cigarrillos Largos. Pastillas de menta Altoid. Y después el semanario “Variety”.

Reunidas por alguien que la conociera, las cuatro cosas equivaldrían a Sharon Fields. Y también habría lanzado un quinto SOS. Una marca en cierto sentido indisolublemente unida a su fama. 95-60-93.

Había muchísimas otras mujeres con aquellas mismas medidas, estaba segura, pero sólo había una joven actriz mundialmente famosa, cuyo nombre era sinónimo de estas cifras.

Para sus incondicionales adoradores, los números 95-60-93 eran el carnet de identidad de Sharon Fields. Pero decidió poner bruscamente freno al vuelo de su fantasía.

¿Qué más daría todo aquello si ni una sola persona de entre un millón lograba interpretar sus tristes intentos de comunicación? ¿Qué más daría, teniendo en cuenta que nadie sabía que se encontraba en dificultades y necesitaba ayuda? ¿Qué más daría? Pisó desesperada otro freno, esta vez el de su creciente depresión.

Tenía que hacer todo lo que pudiera. Algo era mejor que nada. En el transcurso del primer encuentro de la velada había conseguido hacer un buen progreso.

Se encontraba en las cercanías de una ciudad. Era una ciudad en la que había un centro comercial. Uno de sus apresadores era probablemente un agente de seguros llamado probablemente Howard Yost.

Y ella comunicaría varias de sus necesidades a distintas personas del mundo civilizado. No es que fuera mucho. Pero era algo más que nada.

Gracias, Howard Yost.

Su siguiente visita fue la del Tiquismiquis, quince minutos más tarde. Apartó a un lado sus meditaciones para concentrarse una vez más en su papel. Entró con un ramillete de flores color púrpura.

-Para ti -le dijo tímidamente-. Las he cogido para ti esta mañana.

-Oh, qué atento eres -le dijo ella aceptándolo como si se tratara de un edelweis duramente ganado-. Qué bonitas son, qué preciosas. -Se inclinó hacia adelante y le rozó los labios con un beso-.

Gracias por pensar en mí.

-He estado pensando en ti todo el día. Por eso salí a coger estas flores. No es que sean gran cosa pero en la ciudad no se encuentran.

-¿Qué son? -le preguntó ella alegremente.

-Pues, no sé cómo se llaman. Son una especie de flores silvestres.

Clic. Flores silvestres. Silvestres. Asociación de ideas. Silvestres. Bosques, gargantas, montañas, desiertos, prados, campiña.

El tipo se había dirigido hacia una silla que había al lado de la tumbona, había depositado en ella una especie de estuche de cuero que llevaba y ahora se volvió para mirarla con sus ojos de miope a través de las gafas de gruesos cristales.

-Oye, esta noche, estás preciosa, Sharon -le dijo muy relamido.

Muy fuera de lugar, pensó ella. Se está comportando como un anciano pretendiente que visitara el apartamento de una joven a la que estuviera cortejando.

-Qué amable eres, qué amable -le dijo ella.

Avanzó hacia él contoneando sensualmente las caderas y se quedó de pie a su lado con los brazos colgándole a los lados. Su proximidad y desenvoltura le hicieron jadear como un asmático y parpadear involuntariamente.

-Anoche fuiste muy buena conmigo.

-Pues esta noche quiero ser mejor.

Le atrajo suavemente hacia la tumbona.

Se desabrochó la blusa, guió su temblorosa mano por debajo de ésta y se la dejó descansando sobre un abultado pecho. El sujeto temblaba sin poderlo evitar. Ella le atrajo la cabeza hacia su pecho, se abrió la blusa y advirtió que empezaba a lamerle y besarle un pezón.

Le acunó mientras él pasaba alternativamente de uno a otro pecho.

Bajó la mano hacia la bragueta de sus pantalones. Le bajó la cremallera e introdujo la mano suponiendo que le encontraría rígido como un lápiz. Pero, en su lugar, sus dedos tropezaron con una pequeña masa pulsante.

Al rozarla, se hinchó ligeramente pero no se levantó. Le rozó la sudorosa frente con los labios y después le acercó la boca al oído.

-Cariño, quiero saber qué es lo que más te excita.

Fue a contestarle pero no se atrevió y, al final, hundió el rostro entre sus pechos y guardó silencio.

-Ibas a decírmelo, cariño. Anda, dímelo. No hay nada de que tengas que avergonzarte.

Escuchó su apagada voz.

-Anoche -empezó a decirle tartamudeando-tú dijiste, me dijiste...

-Sigue -le dijo ella dándole unas palmaditas en la cabeza-¿Qué te dije?

-Que había muchas cosas que todavía no habíamos probado.

Ella le levantó el rostro asintiendo muy seria.

-Sí, y te hablaba con toda sinceridad. No te averguences. No es malo ni está mal nada que se haga a cambio del placer sexual. Lo único que quiero es hacerte feliz. Dime qué es lo que te gustaría, por favor.

El levantó el brazo y le indicó el estuche de cuero que había dejado encima de la silla.

-¿Qué es eso? -le preguntó ella.

-Mi nueva cámara Polaroid.

Comprendió inmediatamente al pobre, miserable y repugnante Viejo Sucio. Decidió ir al grano inmediatamente.

-¿Te refieres a que te gusta tomar fotografías de mujeres desnudas? ¿Eso es lo que más te excita?

-Espero que no pienses que soy un... -empezó a decir él bajando la cabeza.

-¿Un qué? ¿Un pervertido sexual? Santo cielo, pues claro que no, cariño. Hay muchos, muchísimos hombres que gustan de hacerlo.

Es la culminación del erotismo. Eso les excita más que ninguna otra cosa. Y, a decir verdad, a mí también me excita.

-¿Ya lo has hecho otras veces?

-¿Posar en cueros? Muchas veces. Forma parte de mi profesión. Me encanta exhibir el cuerpo y me gustaría mucho exhibírtelo de una forma que jamás hubieras visto.

-¿Lo harías?

-Lo estoy deseando.

Le soltó, se levantó de la tumbona y, canturreando por la habitación, se despojó de la blusa, la falda y las bragas negras de seda.

Observó que aquella esmirriada y pálida caricatura de hombre ya se había desnudado y estaba sacando nerviosamente la cámara del estuche para regularla.

Ella se acercó a la cama, y se sentó en ella esperándole desnuda.

El se le acercó tembloroso, sosteniendo la cámara en una mano y ajustándose con la otra las gafas sobre el caballete de la nariz.

-¿Cómo quieres que pose? -le preguntó ella.

-Bueno, no se trata de posar precisamente. -le dijo él vacilando. Pensó que a qué se estaría refiriendo y en seguida lo comprendió.

-¿Quieres tomar algunos primeros planos anatómicos? ¿Es eso?

-Sí -musitó él.

-Me siento muy halagada -le dijo ella dulcemente-. Ya me avisarás cuando estés dispuesto.

-Ahora mismo.

La miraba con los ojos contraídos y la boca abierta siguiendo sus felinos y elásticos movimientos. Sharon se había sentado en la cama de cara a él. Ahora se tendió de espaldas, levantó las rodillas y separó las piernas todo lo que pudo.

Se imaginaba lo que debía estar sucediéndole. Sus pensamientos volaron fugazmente a un sórdido apartamento del Greenwich Village, cuando tenía dieciocho años y necesitaba ganar un poco de dinero y había posado de aquella manera, por espacio de una hora, para un fotógrafo especializado en arte pornográfico.

Afortunadamente para ella y para su carrera, su rostro no había aparecido en ninguna de las instantáneas. Se preguntó cuál habría sido el destino final de aquellas primeras fotografías en cueros, y cuál sería la reacción de sus actuales propietarios si supieran que los primeros planos del castor que guardaban en recónditos cajones pertenecían nada menos que a la mundialmente famosa Sharon Fields.

Ahora se percató de que alguien se estaba acercando a sus piernas separadas y levantó la cabeza.

Con un ojo pegado a la cámara, el Tiquismiquis la estaba enfocando entre los muslos. Al sacarle la fotografía, el flash la cegó momentáneamente.

El tipo se irguió. Extrajo la instantánea en color y empezó a contemplarla. Mientras la miraba se le fueron desorbitando gradualmente los ojos y parecía que no fuera capaz de cerrar la boca.

Se volvió hacia ella dispuesto a sacarle otra. Pero ella comprendió que no lo conseguiría. Su ratoncito blanco estaba deseando salir en la fotografía.

Se adelantó hacia ella y depositó la máquina fotográfica encima de la cama.

Sharon se imaginó que se desplomaría entre sus piernas y la penetraría, pero, en su lugar, le vio permanecer inmóvil.

Lo comprendió y efectuó el hábil movimiento acostumbrado. Se incorporó, se puso de rodillas y extendió la mano.

El suspiró agradecido.-A los pocos minutos, una vez aliviado, se tendió a su lado murmurando de agradecimiento y satisfacción. Al cabo de un rato, tras haberse recuperado, empezó a hablar.

Hablaba sin parar de alguien que se llamaba Thelma y que al final supo Sharon que era su mujer.

Decía que Thelma estaba demasiado acostumbrada a él, ya le daba por descontado y sólo se interesaba por sí misma y por su catálogo de achaques.

Y él estaba dolido. Porque era algo más que un simple mueble. Era un hombre lleno de vida. Necesitaba atención, excitación y acción.

Por eso iba en secreto una vez cada quince días a un estudio fotográfico de desnudos para sacar fotografías y divertirse un poco.

No había nadie, ni su esposa ni los amigos que aquí le acompañaban, que sospechara la existencia de esta nueva y estimulante afición suya.

-Eres la primera persona a quien se lo confieso -le confió a Sharon tras levantarse de la cama para vestirse-. Puedo decírtelo porque eres sofisticada y hemos mantenido relaciones íntimas y conoces estas cosas y bueno, presiento que puedo confiar en ti.

Ella le prometió que podía confiar y se levantó también para vestirse.

-Teniendo en cuenta la naturaleza de nuestras relaciones, sabes que puedes confiar en mí a propósito de cualquier cosa.

-Lo único que quiero es que seas feliz -le dijo él ya vestido y sonriéndole como un imbécil.

-Me has hecho extremadamente feliz en una situación que hubiera podido ser desgraciada.-Eres el único que lo ha conseguido.

-Así lo espero -le dijo él mirando a su alrededor y posando la mirada en el aparato portátil de televisión-. ¿Ya has utilizado el aparato de televisión?

-Pues claro. Me alegro mucho de que me lo hayas traído. De esta manera me distraigo cuando no estamos juntos. Claro que no puedo verlo muy bien. La recepción de la imagen no es muy buena. Creo que habría que regularlo. Pero el sonido está muy bien. Oigo los programas con toda claridad.

El se acercó al aparato y asintió con aire de entendido.

-Sí, me lo estaba temiendo. Es difícil conseguir una buena recepción cuando se está en la montaña. Sobre todo teniendo en cuenta que no está conectado con la antena. Hasta me extraña que recibas la imagen.

Fingió no haberle oído. Pero sus pensamientos se apoderaron de aquella revelación casual. En la montaña. Una zona agreste de las montañas, no lejos de una ciudad. Los datos se estaban ampliando. El tipo estaba manoseando el aparato.

-Vas a ver -le dijo-. Tal vez lo conecte con la antena que hay detrás de la casa. Y mañana revisaré las lámparas. Creo que podré conseguir que recibas la imagen de algunos canales.

No quisiera pecar de inmodestia, pero soy bastante hábil en cuestiones de electricidad, sobre todo cuando se trata de arreglar fusibles y lámparas y hasta aparatos de televisión.

Mi mujer siempre se sorprende de que sepa arreglar las cosas de la casa. ¿Por qué no iba a saber? Si eres inteligente y te esfuerzas un poco, puedes hacer cosas que nada tengan que ver con tu actividad laboral.

He conseguido ahorrar una fortuna arreglándome yo mismo el aparato. Mi mujer siempre me dice: "Debieras montar un segundo negocio. "Leo Brunner, Especialista en Reparación de Aparatos de Televisión ". por lo menos ganarías un poco más de..."

Se interrumpió bruscamente y giró en redondo con expresión aterrada.

Ella le miró los asustados ojos y simuló indiferencia.

-Te he dicho mi nombre -balbució él-. No sé qué me ha ocurrido. Se me ha escapado. Es terrible.

Ella se comportó como una actriz consumada. Con asombro fingido le preguntó:

-¿Tu nombre? ¿Me has dicho tu nombre?

-¿Estás segura de que no me has oído? -le preguntó él vacilante.

-Debía estar pensando en nosotros. Pero, aunque lo hubiera oído, no tendrías que preocuparte. Se le acercó, le besó tranquilizadoramente y le acompañó hasta la puerta. Antes de abrirla, él vaciló y la miró con expresión preocupada.

-Si lo recordaras... mi nombre... por favor, procura que no se enteren los demás. Sería muy grave para mí y tal vez fuera peor para ti.

-Tonto, te juro que no sé tu nombre. Puedes estar tranquilo. Recuerda que mañana tenemos una cita. Ah, ya me encargaré de guardarte la cámara.

Cuando se hubo marchado, Sharon esbozó una enigmática sonrisa.

Leo Brunner, te presento a Howard Yost. Por lo menos estaréis acompañados cuando os encierren entre aquellas grises paredes para toda la vida, para toda la vida y para siempre, bastardos depravados.

Media hora más tarde yacían desnudos en la cama el uno en brazos del otro. Acurrucada junto al Soñador, empezó a recorrerle perezosamente el cuerpo con los dedos.

Recordaba que, al entrar, él había hecho todo lo posible por aplazar el acostarse con ella. Le había sugerido que se tomaran un par de whiskys para conocerse mejor, y ella había accedido y ambos se habían tomado dos generosos tragos de whisky con agua y sin hielo.

En su deseo de impresionarla, le había traído un patético regalo personal. Era una revista muy atrasada, “The Calliope Literary Quarterly”, publicada en Big Sur, California.

-Yo escribí una narración corta -le dijo-. No es gran cosa. En la actualidad, la hubiera escrito de otra manera. Pero he pensado que te haría gracia leer algo que escribí. Claro que no pagan nada. Pero hay que empezar como sea. Bueno, ahora no te molestes en leerla. Hazlo cuando dispongas de un rato.

Ella simuló sentirse muy impresionada. Eso sabía hacerlo muy bien. Muy impresionada.-Estaba deseando leer la narración. Entre todos los famosos personajes que conocía, a los escritores les respetaba más que a nadie. El proceso creador se le antojaba una cosa mística y pavorosa.

-Sé que algún día llegarás a ser famoso -le dijo con desarmante sinceridad-. Y yo podré decir que te conocí. Hasta bueno, ¿no te parecería maravilloso que más adelante me escribieras el guión de una película? Siempre que tú quisieras, claro.

-Sería la máxima aspiración de mi vida -le dijo él extasiado.

Siguió bebiendo y demorando el momento de acostarse con ella. Sharon no se lo esperaba. Estaba segura de que la noche anterior había conseguido infundirle confianza. Pero, al parecer, no había sido así. Temía el fracaso.

Y, sin embargo, ella estaba totalmente segura de su capacidad de conseguirlo. Con vistas a sus planes y esperanzas, le había parecido sumamente importante llevárselo a la cama cuanto antes para disponer del tiempo suficiente y conseguir restablecer su virilidad.

Sólo así podría sojuzgarle, últimamente, en sus cavilaciones, el Soñador había llegado a antojársele el miembro más vulnerable del grupo y aquel a quien con mayor facilidad podría manejar con vistas a que la ayudara sin saberlo.

Fue centrando por ello gradualmente la conversación en el punto en que ésta había quedado interrumpida el día anterior.

Le recordó que le había confesado su amor y que ella había estado dándole vueltas en la cabeza preguntándose sí la amaría por lo que representaba o lo que de ella se decía, o bien por ella misma ahora que había tenido ocasión de conocerla de cerca.

-Te amo a ti por ti misma -le repitió él ardorosamente.

-No sabes lo maravillosamente bien que eso me hace sentir -le dijo ella apasionadamente, yendo a sentarse sobre sus rodillas.

Después no le costó el menor esfuerzo pasar del dicho al hecho. Se encontraban tendidos en la cama desnudos, acariciándose el uno al otro en silencio. Pronto estuvo dispuesto y fue a levantarse para penetrarla procurando contenerse, pero ella notó que se movía y extendió el brazo impidiéndole levantarse.

-Espera, cariño -le dijo entrecortadamente-, hagamos lo que hicimos ayer.

-No sirvió.

-Servirá si yo me encargo de todo. Ahora estoy libre y puedo hacer todo que quiera.

-Déjame probar -le dijo él intentando apartarle el brazo.

-No, hagámoslo a mi manera.

El volvió a tenderse y permitió que Sharon le hiciera lo mismo que le había hecho la noche anterior.

A pesar de su decepción, ella se lo repitió tres veces en el transcurso de quince minutos. Ahora ya estaba listo una vez más.

-Déjame, Sharon -le suplicó.

-Te dejaré, pero lo haremos a mi manera -le dijo ella soltándole.

-¿Cómo? Déjame probar, quiero...

-Espera, por favor, espera, quédate donde estás, apártate un poco. -Se había puesto de rodillas-. Sí, quédate así tendido de espaldas. No te muevas.

Se le arrodilló entre las piernas extendidas. Separó los muslos y se le colocó encima apoyando las rodillas a ambos lados de sus caderas.

Después descendió con toda naturalidad, cerrando los ojos al notar que él la penetraba. Siguió descendiendo, sentándose encima suyo hasta rozarle los muslos con las nalgas. Se inclinó hacia él, le acarició el cabello y le sonrió.

-Lo has conseguido -le dijo dulcemente-. Ahora procura no moverte aunque lo desees. Quédate dentro y acostúmbrate a mí. ¿No es una maravilla?

El mantenía los ojos clavados en su rostro.

-Sí -musitó.

Sharon levantó ligeramente la pelvis y volvió a descender para que él experimentara la sensación de moverse en su interior.

-Santo cielo -dijo él jadeante-. Eres todo lo que siempre he soñado.

Sharon se inclinó, le rozó la mejilla con la suya y le susurró:

-Nos estamos haciendo el amor, cariño. Eso es lo único que importa.

Empezó a mover involuntariamente las caderas, a arremeter hacia adelante y hacia atrás con rapidez creciente, Sharon se percató de que se estaba moviendo a su mismo ritmo.

-Me muero -dijo jadeando.

Levantó las piernas y se agarró a ella presa de espasmódicas contracciones. Había terminado. Lo había conseguido.



Librodot

Sharon celebró en su fuero interno el éxito de su técnica y de su actuación cuidadosamente controlada. A partir de ahora le tendría en el bolsillo.

Más tarde, mientras ella se estaba poniendo el camisón y él se vestía, volvió a alabarle sin exagerar. No quería que se le viera el plumero. Sería una imprudencia correr el riesgo de que la considerara una hipócrita. Prefirió hablarle del futuro.

-Ha sido una maravilla sentirme tan unida a ti -le estaba diciendo-. Ningún ser humano podría sentirse más unido. A partir de ahora, ya no habrá dificultades, cariño.

Basta con romper la barrera psicológica. A partir de ahora podremos hacernos el amor, siempre que nos apetezca.

Al sentarse él en una silla para ponerse los zapatos, ella se acurrucó a sus pies.

Comprendió que se sentía estúpidamente satisfecho de sí mismo y hasta incluso un poco aturdido. Sin embargo, era consciente de la colaboración que ella le había prestado y se mostraba agradecido.

-No creo que hubiera muchas mujeres con tanta paciencia como tú -le dijo.

Ella se echó la larga melena rubia hacia atrás.

-Es porque te quería -le dijo sonriendo-. Y ahora ya te tengo.

-No tienes idea de lo que significa -empezó a decirle él con veneración-que todo haya salido tal como tantos años llevo soñando.

Le fastidiaba tener que soltar otra idiotez, pero no tenía más remedio.

-A veces los sueños se convierten en realidad -dijo con voz ronca, orgullosa de saber interpretar su papel.

-Yo así lo creía -reconoció él-. Ojalá pudiera hacer algo más por ti.

Es más, mañana saldré con How... con uno de los demás para hacer algunas compras. ¿Necesitas algo? Me encantaría comprarte alguna cosa.

Estuvo tentada de intentar averiguar algo más acerca del lugar al que se dirigirían.

Se preguntó hasta qué extremo podría llegar sin que él recelara y se encerrara en sí mismo. Decidió probarlo cautelosamente.

-Eres muy amable -le dijo-, pero no se me ocurre nada en concreto.

Sin saber qué tipo de tiendas habrá, es difícil.

-En realidad, no conozco muy bien esta zona -le dijo él-y no sabría decirte.

Hay una farmacia y uno o dos supermercados.

Una farmacia. Uno o dos supermercados. Indudablemente una ciudad pequeña a cierta distancia de Los Angeles, con alguna colina o montañas cercanas.

-Gracias, cariño -dijo ella poniéndose en pie-, pero no te preocupes por los regalos. Encárgate de tus compras. Mañana por la noche te estaré esperando.

-Sí, será mejor que duermas un poco -dijo él levantándose.

-Te quiero -le dijo ella abrazándole.

-Y yo a ti más -le dijo él devolviéndole el beso.

Esperó a que se fuera y, una vez sola, corrió hacia los dos montones de libros y revistas y tomó la revista trimestral que contenía su narración y que él le había traído como regalo.

La abrió por la página del índice. Su dedo recorrió la lista de autores. Ninguno de ellos le era conocido.

Súbitamente su dedo se detuvo en un agujero cortado en el papel.

Habían eliminado cuidadosamente un nombre.

El título de la narración corta era "Dormir, tal vez soñar", página 38.

Pasó rápidamente las páginas hasta llegar a la 38. Bajo el número de la página había una señal en tinta y dos palabras garabateadas en tinta: "Mi narración".

El título aparecía escrito en una especie de caligrafía inglesa y debajo, con la misma caligrafía, figuraban las palabras "Ensoñación imaginaria" y después un "por" y después un agujero en el lugar donde debiera haber estado el nombre.

Maldita sea. Había abrigado la esperanza de añadir un tercer ejemplar a su colección, pero, de momento, las tres primeras anotaciones de su lista de Fugitivos Más Buscados tendrían que ser Howard Yost, Leo Brunner y el Soñador.

El Soñador no le había resultado muy útil. Su avance se había detenido momentáneamente.

Sin embargo, algo sí había conseguido. Esta noche le había convertido en un hombre. Y, a cambio de eso, no le cabía duda de que un hombre experimentaría la necesidad de recompensar a una mujer. Tendría que esperar un poco. Miró hacia la puerta.

Bueno, ya había trabajado a tres y faltaba uno. Faltaba uno, y habría terminado. Pero de este uno no esperaba recibir mucha información. Era demasiado precavido, demasiado astuto y cauteloso en relación con sus asuntos personales.

Probablemente no sacaría nada en claro. Aunque nunca se sabe, se dijo a sí misma tal como solía hacer en su época de ascenso.

Era pasada la medianoche y estaba agotada. Yacía en la cama, en la habitación a oscuras, al lado de la forma dormida del Malo.

Estaba deseando que el velloso y repulsivo animal se levantara y saliera de la habitación dejándola sola.

La fornicación le había dejado satisfecho, de eso estaba bien segura. Se habían hecho incesantemente el amor por espacio de tres cuartos de hora y, gracias a su nueva libertad de movimientos y la posibilidad de utilizar las manos, había conseguido mostrarse más sexualmente agresiva y corresponderle también con mayor vehemencia.

El se enorgullecía sobre todo de su actuación y ella había procurado halagarle constantemente maldiciéndole, arañándole, suplicándole más y, finalmente, fingiendo experimentar el orgasmo al mismo tiempo que él, simulando un sísmico y rugiente orgasmo, para sumirse después en una semi-inconsciencia.

Había sido una actuación que hasta las más grandes actrices -la Duse, la Bernhardt, la Modjeska-le habrían aplaudido.

El se quedó tan agotado que no estuvo en condiciones de levantarse inmediatamente de la cama, tal como tenía por costumbre, para irse a dormir a su cuarto.

Se desplomó exhausto a su lado. Se pasó diez minutos esperando que se recuperara y se largara. Le miró en la oscuridad tratando de adivinar si estaría despierto o dormido.

Estaba parcialmente despierto, con la cabeza hundida en la almohada y los párpados semicerrados, mirándola a través de unas estrechas rendijas. Procuró sonreírle para disimular la repugnancia que le inspiraba, aquel vil degenerado.

-¿Te he hecho feliz? -le preguntó él con voz pastosa y soñolienta.

-Mucho.

-Te has vuelto loca.

-Me averguenzo de la forma en que me has hecho comportar.

-Dime una cosa ¿te excita tanto alguno de estos necios?

-Pues claro que no. No soy fácil. Y ellos no son muy buenos. Tú eres el único que sabe excitarme. No quiero que se te suban los humos a la cabeza, pero eres un amante maravilloso.

-Gracias, nena -le dijo él bostezando-. Tú tampoco estás nada mal. Santo cielo, estoy agotado. -Volvió a bostezar-. Bueno, yo soy hombre de palabra.

Te dije que si te portabas bien, te concedería más libertad y les he convencido.

-Te lo agradezco mucho.

Le repugnaba tener que arrastrarse y reprimir su ardiente enojo. Observó que al tipo se le cerraban los párpados.

-¿Estás dormido? -le susurró.

-¿Cómo? no, descansando un poco antes de levantarme.

-Descansa todo lo que te apetezca.

-Sí.

Pensó en la conveniencia de intentar averiguar algo acerca de su persona. Si es que iba a hacerlo, no habría mejor ocasión.

-Cariño -le dijo-, ¿puedo preguntarte una cosita?

-¿Qué?

-¿Cuánto tiempo vais a tenerme aquí?

-¿Y qué más te da? -le dijo él parpadeando-. Creía que te gustaba.

-Y me gusta. No se trata de ti y de mí. Tengo una carrera, compromisos. Pensaba que podrías darme una idea de...

-No sé -la interrumpió él con los ojos cerrados-. De nada te servirá preguntarlo. Cuando lo sepamos, lo sabrás.

-Muy bien. No hay prisa. Sólo quería decirte que, cuando volvamos a Los Angeles...

-¿Y quién te ha dicho que no estamos en Los Angeles? -le preguntó él escudriñándola.

-Bueno, donde quiera que estemos, quería decir que, cuando me soltarais, bueno, no quisiera que fuera el final. Podríamos seguir viéndonos. Me encantaría.

-No será fácil, hermana -le dijo él con un gruñido-.-No hay cuidado. Me fiaría de ti tan poco como de cualquier otra mujer en las mismas circunstancias. No, cuando hayamos terminado, nos largaremos y sanseacabó. -Sonrió sin abrir los ojos-. Pero no te preocupes. Te daré suficiente amor como para que puedas vivir diez años. Entonces, si tienes suerte, tal vez se celebre una nueva reunión del Club de los Admiradores y volvamos a llevarte con nosotros.

Se levantó con un gruñido y se volvió de lado dándole la musculosa espalda. Se estremeció y le miró la nuca con un odio que jamás había conocido. Tendría que recordar una cosa, se dijo a sí misma. Nada de bromas con este tipo.

No debía subestimarle ni arriesgarse a dirigirle más preguntas.

Es un hijo de puta muy astuto con una acusada tendencia al sadismo. Es imprevisible y capaz de revolverse contra quien sea en el momento menos pensado.

Por mucho que intentara ablandarle, complacerle y ganarle, jamás lograría utilizarle.

El Malo se encontraba más allá del alcance de sus maquinaciones. Tendría que contar con las debilidades más previsibles de Yost, Brunner y el Soñador.

Yacía tendida, pensando que ojalá no se durmiera y se largara, para poder librarse de la tensión de su presencia. Escuchó un sonido crujiente, contempló su forma inmóvil y comprendió que estaba roncando. Estaba profundamente dormido, el muy cochino. Bueno, que se vaya al infierno, pensó.

Ella también necesitaba dormir. Buscó el Nembutal en la mesilla de noche, lo encontró y vio que no había agua.

Se deslizó fuera de la cama muy despacio para no molestarle, recogió el camisón y se dirigió de puntillas al cuarto de baño.

Una vez dentro, cerró la puerta, encendió la luz, se introdujo la píldora en la boca y la ingirió con un sorbo de agua. Después se lavó rápidamente y, levantándose el camisón, se miró al espejo.

Estaba horrible. Con el cabello enredado y enmarañado, los ojos hinchados y el rostro pálido y escasamente atractivo a causa de la falta de sol y maquillaje.

Tendría que soportar su miserable presencia y conformarse hasta que regresara a la civilización, si es que regresaba alguna vez a la civilización.

Fue a apagar la luz para regresar a la cama y, al acercar la mano al interruptor, su mirada se posó en la puerta cerrada del cuarto de baño y, por primera vez, se percató de que colgaba del gancho una prenda que no le pertenecía.

Sus pantalones. Los pantalones de tela gruesa del Malo colgados por el cinturón.

Y los bolsillos no estaban planos. Se quedó de una pieza y notó que la sangre le afluía a las sienes.

¿Se atrevería? Se encontraba encerrada y la puerta la aislaba de aquel animal que dormía en su cama.

Estaba sola pero no estaba a salvo porque, aunque habían dejado la manija en su sitio, ésta no podía cerrarse por dentro.

Si corría el riesgo de registrarle los bolsillos y él despertaba de repente, la buscaba, entraba sin previo aviso y la encontraba examinando sus efectos personales, sería espantoso.

La golpearía hasta matarla. O cosa peor. Por otra parte, tal vez jamás volviera a presentársele una ocasión parecida. Hasta aquellos momentos, el tipo no había sido vulnerable.

Si tenía algún talón de Aquiles, tal vez pudiera descubrirlo en aquellos pantalones que colgaban del gancho del cuarto de baño.

No tenía idea de lo que andaba buscando ni de lo que podría encontrar.

¿Merecería la pena correr aquel espantoso riesgo? La sangre seguía afluyendo a su cabeza y la aturdía. Se había pasado la vida corriendo riesgos, lo cual le había parecido un precio justo a cambio de la libertad.

Tal vez fuera éste una vez más el precio de la libertad. Decidió lanzarse. Con una mano sostuvo la hebilla del cinturón para evitar que golpeara contra la puerta e introdujo rápidamente la otra en uno de los bolsillos laterales sin encontrar nada.

Pasó la mano por detrás buscó el otro bolsillo lateral y encontró algo, dos cosas.

Las sacó. Una cajetilla de cigarrillos medio vacía. Un encendedor plateado sin iniciales sobre su desgastada superficie. Introdujo de nuevo ambas cosas en el bolsillo.

Había dejado los bolsillos de los costados para el final.

El izquierdo. Un sucio y arrugado pañuelo y nada más.

Decepcionada, lo volvió a dejar en el bolsillo. El último que quedaba. El del costado derecho.

Utilizando ambas manos tomó una pernera.

El bolsillo estaba lleno. Introdujo la mano, la cerró alrededor de un objeto de cuero cuadrado y sacó una estropeada cartera marrón. La abrió con manos temblorosas.

Inmediatamente, a través de una hoja de plástico transparente, una fotografía del Malo tamaño sello de correos.

Examinó la tarjeta y leyó: Carnet de conducir de California Kyle T. Shively 10451-Calle Tercera Santa Mónica, Cal. 90403. No perdió el tiempo leyendo el resto del carnet.



Librodot

Pasó apresuradamente las dos hojas de celuloide. Una de ellas contenía la tarjeta azul y blanca de la Seguridad Social y la otra una tarjeta de crédito Master Charge.

Sus dedos examinaron el contenido de la cartera.

Había dos billetes de un dólar y un billete de diez dólares y, en un rincón, un trozo de papel doblado.

Sacó el trozo de papel y lo desdobló. Tras dejar la cartera en la pila del lavabo, su temblorosa mano alisó un amarillento y arrugado recorte de periódico a dos columnas, del “Lubbock Avalanche-Journal” de Lubbock, Tejas.

Databa de varios años. Allí estaba él otra vez, alto, delgado, feo, tan bien afeitado como en la fotografía del carnet de conducir, con un uniforme del ejército y saludando a la cámara mientras él y un sonriente oficial que le acompañaba descendían las escaleras de lo que parecía una especie de edificio oficial.

Sus ojos leyeron rápidamente el pie: “Rechazadas las acusaciones de asesinato en el Vietnam contra un soldado de infantería de nuestra ciudad”.

-El cabo Kyle T. Scoggins abandonando el tribunal militar de Fort Hood en compañía de su abogado, el capitán Clay Fowler. Las acusaciones de homicidio no premeditado en el transcurso de las matanzas de My Lai 4 fueron rechazadas en el consejo de guerra por "falta de pruebas".

Hubiera deseado leer el reportaje a dos columnas que venía a continuación pero no se atrevía por temor a tardar demasiado.

Se limitó a abrir mucho los ojos y echar un vistazo a la primera columna y después a la segunda.

Al terminar, había logrado hacerse una idea del relato y el corazón empezó a latirle con fuerza.

Scoggins o Shively había sido uno de los cien soldados de infantería norteamericanos transportados en helicóptero a la provincia de Quang Ngai, al nordeste de Vietnam del Sur, con el fin de atacar al 48 batallón Viet Kong, -que, al parecer, se ocultaba en la pequeña aldea de My Lai. En lugar de al enemigo, los norteamericanos sólo habían encontrado población civil vietnamita -mujeres preparando el desayuno, niños jugando entre el barro y las chozas de paja y viejos dormitando al sol-y los norteamericanos se habían convertido en unos enloquecidos e inhumanos saqueadores, cometiendo las más horribles matanzas y atrocidades de la guerra.

Habían violado a numerosas mujeres y después habían acorralado al resto de la población y la habían ametrallado a muerte. Entre los muchos soldados norteamericanos acusados de crímenes de guerra y asesinato de población civil en My Lai aquel espantoso día, figuraba un tal cabo Kyle T. Scoggins.

Un testigo, el soldado raso de primera clase McBrady, perteneciente al mismo pelotón de infantería que Scoggins, había declarado haber descubierto a Scoggins en las afueras de la aldea disponiéndose a ametrallar a cinco niños, "todos ellos de menos de doce años", que se habían ocultado en una zanja.

El testigo McBrady le había dicho a Scoggins: "\¿Qué demonios vas a hacer? No son más que niños inocentes".

El testigo había declarado que Scoggins le contestó: "Cuando lleves aquí tanto tiempo como yo, te darás cuenta de que ninguno de estos sinverguenzas es inocente. O tú o ellos.

Cuando estás metido en una cosa de ésas, tienes que eliminarlos a todos, matarlos a todos, matar cualquier cosa que se mueva, incluso a los niños para que no quede nadie que pueda señalarte con el dedo".

Tras lo cual, Scoggins había dado la vuelta y había ametrallado despiadadamente a sangre fría a los cinco niños.

En el transcurso del consejo de guerra de Fort Hood, el soldado de primera clase McBrady, testigo de la acción de Scoggins, fue obligado a reconocer bajo juramento que, personalmente, no había visto cometer el asesinato al cabo Scoggins.

McBrady declaró en su lugar que quien le había visto había sido un compañero suyo, un tal soldado raso Derner, que había intentado impedir que Scoggins llevara a cabo su propósito y que había mantenido con éste el pretendido diálogo.

Derner le había contado después a su amigo McBrady el horror de que había sido testigo y fue éste quien acabó declarando ante los tribunales.

El verdadero testigo presencial, Derner, el amigo de McBrady, había salido a patrullar tres días después de la matanza de My Lai, había pisado una mina y había saltado por los aires en pedazos.

El tribunal militar consideró que, dado que el único testigo presencial no podía declarar, la declaración de su amigo McBrady debía considerarse una prueba de oídas, razón por la cual resultaba totalmente inadmisible.

Por consiguiente, las pruebas contra el cabo Kyle T. Scoggins no bastaban para justificar la prosecución del juicio, se rechazaron las acusaciones y él quedó en libertad.

Y después, sin duda para enterrar el desgraciado incidente de su pasado, para dejarlo para siempre a sus espaldas, se había producido la metamorfosis desde Kyle T. Scoggins a Kyle T. Shively.

Con dedos como de madera, Sharon Fields dobló el recorte, lo volvió a doblar y lo empujó al rincón de la cartera donde lo había encontrado.

Después introdujo rápidamente la cartera en el bolsillo del pantalón de Shively.

Estaba aterrada como jamás había estado en su vida. Estaba aterrada porque, a pesar de que hubieran sido rechazadas las acusaciones, estaba segura de que Shively lo había hecho.

Ella había sido no sólo testigo presencial sino también víctima de su furia animal y había intuido ya desde un principio que Shively era en el fondo un asesino homicida con simple apariencia de hombre civilizado.

Y ahora, un vistazo a su pasado le había confirmado sus más ocultos temores. Procuró hacer frente a dichos temores. Arrancaban del hecho de que, independientemente de cuales fueran las intenciones de los restantes miembros del Club de los Admiradores, uno de ellos había decidido en secreto no dejarla en libertad en un futuro, para evitar que pudiera declarar contra él.

Cualquier animal capaz de asesinar a cinco inocentes criaturas, muchachos indefensos, simples chiquillos -arrebatándoles la vida y el amor y los años de permanencia sobre la tierra a que tenían derecho-, por el simple hecho de no querer supervivientes que pudieran "señalarle con el dedo", semejante monstruo no permitiría que una mujer adulta (sobre todo una mujer tan poderosa y bien relacionada como ella) quedara en libertad y pudiera organizar una persecución contra él para castigarle por secuestro, violación y agresión.

Hasta ahora, en el transcurso de toda la semana, había concentrado todas sus esperanzas y energías no tanto en la fecha en que tuvieran en proyecto soltarla cuanto en librarse de aquellos cuatro individuos.

En el fondo de su corazón siempre había creído que más tarde o más temprano, cuando ya se hubieran hartado, la dejarían en libertad.

A pesar de sus temores y depresiones, jamás había creído en la posibilidad de que no le permitieran regresar a casa.

Ahora esta esperanza a la que se había aferrado se había roto en mil pedazos.

En la cartera de Shively se encerraba su sentencia de muerte.

Se preguntó si los tres compañeros de Shively estarían al corriente de los antecedentes de éste.

Llegó a la conclusión de que no era probable. Se había tomado la molestia de cambiar de nombre para mantener oculta aquella historia y no debía querer que nadie supiera que en cierta ocasión había sido acusado de asesinato. Desesperada, pensó en la posibilidad de referirles la verdad de Shively a Brunner o bien al Soñador.

Les podría decir que lo hacía por su bien. Debían saber que uno de sus compañeros era un asesino y que, si éste volvía a asesinar, ellos serían cómplices.

Sabiéndolo, tal vez se pusieran de su lado y la ayudaran a escapar.

Y, sin embargo, comprendió intuitivamente que no podía revelar su terrible secreto a ninguno de ellos. Estaban juntos, se habían confabulado contra ella, se habían prometido fidelidad y dependían el uno del otro.

Este era el nexo que tenían en común.-Si escucharan la historia de sus labios, era posible que alguno de ellos se la repitiera a Shively o bien le dirigiera ingenuamente a éste alguna pregunta al respecto.

Y ello contribuiría a acelerar su sentencia. Sin embargo, se dijo a sí misma, su final no tenía por qué estar necesariamente decretado. Que un hombre hubiera asesinado a alguien en épocas pasadas bajo la presión de los combates en tiempo de guerra no significaba que éste tuviera que volver inevitablemente a asesinar en tiempo de paz.

Hasta que llegara el momento final de la verdad no podría saber si Shively se proponía dejarla en libertad a su debido tiempo o bien liquidarla.

El veredicto de Shively, la vida o la muerte de Sharon Fields, que él y sólo él conocía, la harían vivir en los días venideros en una angustia insoportable.

Llegó a un convencimiento que la llenó de una férrea decisión superior a cualquier otro sentimiento que hubiera experimentado en el transcurso de las últimas cuarenta y ocho horas.

No quería correr el riesgo de dejar exclusivamente el veredicto en manos de Shively. Tenía que apoderarse del veredicto y convertirse en la dueña de su destino. Sus motivaciones se habían reducido ahora a su más mínima expresión.

Ya no quería comunicarse con el mundo exterior simplemente para evitar los abusos y la humillación.

Ya no quería ponerse en contacto con el mundo exterior para disfrutar del delicioso sabor de la venganza. No le importaba otra cosa que no fuera la simple supervivencia. Sí, ésta era ahora la esencia desnuda.

Vida o muerte.

Y el tiempo había pasado a convertirse también en su tercer enemigo. Tenía que escapar cuanto antes. Era necesario que la encontraran y liberaran cuanto antes.

Pero, ¿cómo, cómo? Echó el agua del excusado para que él no sospechara que estuviera haciendo otra cosa.

Abrió despacio la puerta del cuarto de baño, apagó la luz y regresó al dormitorio de puntillas. Vio a Shively -santo cielo, tenía que olvidarse de su nombre no fuera que lo utilizara accidentalmente-todavía durmiendo en la cama y roncando levemente.

Miró la puerta a través de la oscuridad. Le bastaría descorrer el pestillo y abrir la puerta para alcanzar la libertad. Pero los desconocidos obstáculos de más allá de aquella puerta la abrumaban. No conocía el plano de la casa. No sabía si los demás ocupantes estaban cerca ni si dormían o estaban despiertos.

No conocía el terreno de afuera. Ellos sí lo conocían, pero ella no. Tendría muy pocas probabilidades de alcanzar el éxito.

No obstante, ¿se atrevería a intentarlo? ¿Deslizarse sigilosamente, tratar de orientarse y huir? Sabía que si la apresaban el castigo sería salvaje.

Se desvanecería toda la nueva confianza que les había inspirado por medio de su colaboración, amor y obediencia. Comprenderían que había fingido y seguía odiándoles.

La privarían inmediatamente de sus privilegios. Volverían a amarrarla a la cama con una cuerda. La someterían a toda clase de brutalidades antes de ejecutarla.

Perdería toda esperanza de poder utilizarles y llamar la atención de sus libertadores. Antes de que pudiera tomar una decisión, otro la tomó por ella.

Shively se removió en la cama, se incorporó apoyándose sobre un codo y se frotó un ojo.

-¿Dónde estás?

-Estoy aquí, cariño -le dijo ella tragando saliva-. He tenido que ir al lavabo. Regresó a la cama con piernas como de piedra. Más tarde, cuando él ya se había marchado y el Nembutal ya le estaba empezando a hacer efecto, luchó contra el sueño para poder pensar en su futuro y en las medidas a tomar.

Hasta ahora, su simulación le había permitido obtener ciertas ventajas, pero no las suficientes y tampoco con la suficiente celeridad ahora que sabía que bajo aquel techo vivía un asesino.

Se encontraba en algún lugar no lejos de Los Angeles. Se encontraba en alguna alejada zona montañosa cercana a una pequeña ciudad.

Iba a enviar una lista de compras a dicha ciudad. Sólo sabía que había un tal Howard Yost, un tal Leo Brunner, un tal Kyle T. Shively, nacido Scoggins, y otro cuyo nombre desconocía y a quien ella apodaba el Soñador.

No era suficiente. Tenía que haber más. Piensa, Sharon, piensa. Pensaba medio aturdida porque la estaba venciendo el sueño.

Antes de sumirse en el sueño pensó fugazmente en una idea descabellada. Tenía que averiguar exactamente dónde la mantenían prisionera. Tenía que comunicar al exterior dónde se encontraba.

Reflexionó momentáneamente acerca de la fugaz posibilidad y comprendió que ésta podría proporcionarle el medio de comunicarse con el exterior y de salvar la vida, pero después la oscuridad se adueñó de su cerebro y se hundió en el sueño aferrándose a aquella recién descubierta, tímida y descabellada esperanza.

***A*** la una en punto del lunes por la tarde Adam Malone se encontraba acomodado en una butaca de pasillo de la última fila del New Arlington Theatre, esperando a que comenzara la proyección de la película.

Tras acostumbrarse a la oscuridad, comprobó que no había más que unas pocas personas esparcidas por el patio de butacas.

Como era de esperar, se trataba en buena parte de adolescentes. Adam escuchaba el murmullo de sus conversaciones y el crujido de las palomitas de maíz al pasar éstas de las cajas de cartón a sus bocas.

En la pantalla se estaban pasando los "trailers" de los próximos programas y el juvenil auditorio les prestaba tan escasa atención como el propio Malone, a la espera del comienzo de la película de Sharon Fields.

Un afortunado azar había traído a Adam Malone a aquel refrigerado local cinematográfico en un caluroso día de finales de junio. El día anterior por la mañana, Howard Yost estaba escuchando un programa deportivo a través de una emisora de Riverside.

Malone, que se encontraba en la misma habitación, no prestó atención hasta que escuchó un anuncio.

En dicho anuncio se exponía el programa estival del reformado local cinematográfico New Arlington Theatre, de las afueras de Arlington.

Dado que ya se habían iniciado las vacaciones escolares, el local había organizado un programa de sesiones matinales diarias dedicadas a la reposición de famosas películas pertenecientes a los diez años últimos.

Las tardes se dedicarían a los programas habituales. Para su primera matinal, el cine anunciaba la reposición de una producción de diez millones de dólares, nada menos que “Los clientes del doctor Belhomme”, protagonizada por Sharon Fields.

La película había sido uno de los primeros éxitos internacionales de la actriz.

-¿Lo has oído? -dijo Malone muy excitado-.

En Arlington van a reponer una de las mejores películas de Sharon. Es de las pocas que sólo he visto una vez. Maldita sea, no sé lo que daría por volverla a ver.

-¿Y para qué quieres verla en la pantalla si en la habitación de al lado la tienes actuando para ti en carne y hueso? -le preguntó Yost en tono burlón.

-No lo sé -repuso Malone-. Me parece que ahora sería distinto y más interesante.

-Pues, bueno, te demostraré lo buen amigo que soy -le dijo Yost-. El lunes por la mañana tenía en proyecto salir solo a hacer algunas compras y adquirir un poco más de comida no sea que nos haga falta. Si quieres, te acompaño.

-Sería estupendo, Howard. Pero el caso es que la película empieza a la una.

-Muy bien, me amoldaré a tus necesidades. Al fin y al cabo, es posible que algún día puedas ser un futuro cliente mío. Saldré hacia el mediodía y llegarás con suficiente antelación.

Después podrás ver por lo menos parte de la película mientras yo hago las compras.

El lunes al mediodía, tras aconsejarles Shively que procuraran ser discretos y rogarles Brunner que tuvieran cuidado, subieron al cacharro de ir por las dunas, se dirigieron hacia las colinas e iniciaron el descenso hacia Arlington.

El sol del mediodía era abrasador y al llegar al claro en que habían dejado oculta la camioneta de reparto Chevrolet, ambos sudaban profundamente con las camisas chorreando y pegadas al cuerpo.

Yost había planeado cambiar el cacharro de ir por las dunas por la camioneta, pero ahora le pareció absurdo dedicarse a la operación de librar del camuflaje a la camioneta y traspasar dicho camuflaje al cacharro habida cuenta del calor.

Por consiguiente, decidieron seguir utilizando el cacharro y bajaron por el Mount Jalpan, abandonaron el pedregoso camino secundario, siguieron por la Meseta Gavilán más allá de Camp Peter Rock y atravesaron el rancho McCarthy.

Finalmente llegaron a la más transitada carretera de Cajalco, pasaron junto a la gran presa llamada lago Mathews y enfilaron después la carretera del Mockingbird Canyon, que conducía a la ciudad.

Al llegar a la Avenida Magnolia, en el corazón de Arlington, Yost se adentró con el cacharro entre el tráfico sorprendentemente intenso y avanzó lentamente hasta llegar a una arcada comercial con un aparcamiento situado entre dos hileras de tiendas de todas clases.

Encontró sitio frente a la más importante de todas las tiendas, El Granero de la Moda, adosada por la parte de atrás a una sucursal del Banco de América situada en la Avenida Magnolia.

-Creo que aquí podremos encontrar todo lo que nos hace falta -dijo Yost mirando a su alrededor-.

Hay un supermercado al otro lado de la calle, un par de farmacias y, bueno, he pensado que quiza, que esto quede entre nosotro, bueno, tal vez le compre a nuestra amiga un poco de ropa para cambiarse.

-Oye, eso estaría muy bien, Howie.

-Pues claro. ¿Dejo el cacharro aquí o quieres llevártelo para ir al cine? No está nada lejos. Está a unas dos manzanas al oeste del sitio en que giramos a la Avenida Magnolia.

-¿Te importa que me lo lleve, Howie? Me estoy derritiendo de calor.

-Como quieras -dijo Yost abriendo la portezuela y descendiendo del vehículo-. Está a tu disposición. Pero una cosa ¿cuánto dura esta película?

-Unas dos horas -contestó Malone, que ya se había acomodado detrás del volante.

-Entonces no la podrás ver toda. Yo habré terminado dentro de una hora y no quiero pasarme aquí mucho rato. Recógeme a eso de las dos.

-Media película de Sharon Fields es mejor que nada -dijo Malone encogiéndose de hombros.

Yost le señaló el otro lado del aparcamiento.

-Mira, delante de aquella farmacia de la Avenida Magnolia.-Recógeme a las dos. Te estaré esperando con todas las compras.

Y ahora Adam Malone se encontraba acomodado en una butaca del local refrigerado con los ojos clavados en la pantalla, en la que había aparecido en llamativas letras rojas el nombre de Sharon Fields y después el título “Los clientes del doctor Belhomme” sobre un trasfondo tricolor rojo, blanco y azul.

Súbitamente desapareció el tricolor y en su lugar se vio el rótulo de una calle según el cual aquella era la Rue de Charonne. Después, detrás de la lista del reparto, la cámara mostró una elegante calle del París del siglo XVIII y se detuvo frente a una verja y un alto muro que ocultaba parcialmente el “hotel” que había detrás.

Siguió apareciendo la lista del reparto sobre el trasfondo de una placa que había en el muro al lado de la verja. En la placa podía leerse: “Asilo Mental Particular, Director, Doctor Belhomme”.

Y comenzó la película. Una panorámica de la capital francesa con la leyenda “París, 1793, punto culminante de la Revolución Francesa y el reinado del terror”.

Seguía un montaje de escenas de París durante el Terror. La cámara se detenía finalmente en la guillotina de la plaza Luis XVI, donde el verdugo, conocido como Monsieur París mostraba las cabezas de los decapitados aristócratas -a los que él llamaba "clientes"-a la rugiente multitud que se arracimaba a su alrededor.

Centrando toda su atención en la pantalla, Adam Malone procuró recordar el contenido de aquella película de Sharon Fields. Recordó que todo lo que había visto hasta aquel momento era un prólogo a la presentación de la estrella de la película, Sharon Fields, en el papel de Giséle de Brinvilliers, hija adoptiva del bondadoso conde de Brinvilliers, liberal noble francés que se había atraído las iras de los revolucionarios y activistas franceses.

Malone procuró ir recordando la historia. No la recordaba muy bien.



Librodot

Sharon Fields en el papel de Giséle intentaba ocultar a su padre adoptivo hasta que éste pudiera abandonar Francia. Al final, Malone consiguió recordar la idea esencial basada en un hecho histórico.

Giséle había conseguido ocultar temporalmente a su padre adoptivo yéndose a vivir con él a un triste manicomio del corazón de París dirigido por un tal doctor Belhomme.

El buen médico había trasladado a sus treinta y siete enajenados mentales a otro manicomio y los había sustituido por aristócratas sentenciados a muerte y dispuestos a pagar una fortuna a cambio de salvar sus cabezas en aquel insólito escondite.

Malone recordó que la principal emoción de la película se centraba en los esfuerzos de Giséle por mantener oculto a su padre en el manicomio del doctor Belhomme procurando al mismo tiempo comunicar su situación a alguien que estaba a punto de abandonar París con destino a los Estados Unidos.

Malone intentó recordar si Giséle había logrado sus propósitos pero no lo consiguió. En cualquier caso una historia maravillosa, pensó Malone estremeciéndose de placer anticipado mientras se desarrollaba ante sus ojos el emocionante relato.

Esperaba sobre todo la primera aparición de Sharon Fields en el papel de la arrojada y seductora Giséle de Brinvilliers.

Y al final la vio aparecer en tamaño gigante y magnífico tecnicolor.

Se estaba bañando lánguidamente en una bañera blasonada en forma de cisne, en el piso más alto del castillo familiar, situado en las afueras del turbulento París.

Y Adam Malone se quedó absorto instantáneamente.

Era una visión etérea pero al mismo tiempo real, una mujer, una mujer falsamente angelical derramando atractivo sexual a manos llenas con el cabello rubio recogido en la parte superior de la cabeza, su perfil clásico no turbado todavía por las vicisitudes que la aguardaban y parte de su voluptuoso pecho desnudo sobresaliendo por encima del borde de la bañera entre jabonosa espuma.

Otra escena.

Se hallaba envuelta en un lienzo blanco secándose y seduciendo con la silueta impecable de su figura a sus jóvenes y enardecidos admiradores aristócratas.

Era la personificación de la alegría riéndose guturalmente con la cabeza echada hacia atrás. Era la encarnación de lo deseable, con sus orgásmicos ojos verdes semicerrados, la ardiente voz y los felinos andares. Era el símbolo de la libertad espiritual ahora ya totalmente vestida, con los jóvenes pechos sobresaliéndole del escote mientras atravesaba los bosques de su propiedad para dirigirse a una cita sin saber todavía que el Terror ya se estaba cerniendo sobre ella y su familia.

Nueva escena.

La dramática revelación del inminente peligro.

Nueva escena.

La huida nocturna con el conde y los demás en dirección al manicomio del doctor Belhomme.

Nueva escena.

La escasa y transitoria seguridad del manicomio.

Adam Malone se encontraba como clavado en la butaca perdido en sus antiguos ensueños.

Era un modelo de perfección, la diosa femenina que encarnaba toda la feminidad y que, sin embargo, no era más que una intocable imagen de la pantalla, una imagen inasequible e inalcanzable para la estirpe de los simples mortales.

Al aparecer en escena los cabecillas del Terror, Adam Malone parpadeó y recordó dónde estaba y se miró el reloj.

Llevaba en el cine cincuenta y cinco minutos y sabía que tenía que marcharse inmediatamente para regresar al menos atrayente mundo de la realidad.

El reencuentro constituyó casi un trauma. Se puso las gafas ahumadas y abandonó el local emergiendo a la bulliciosa y soleada calle principal de un lugar de California llamado Arlington.

Procurando librarse de su inexplicable confusión, corrió apresuradamente al aparcamiento en el que el achaparrado cacharro se estaba cociendo al sol.

Subió al vehículo y se esforzó por identificar a la lejana diosa con la verdadera joven a la que finalmente había conseguido poseer hacía dos noches y había vuelto a poseer con más éxito si cabe la noche anterior.

Se inclinó hacia el volante presa de la confusión. La Giséle de la película de esta tarde del lunes y la Sharon de carne y hueso que le había ofrecido su amor físico el sábado y el domingo, no estaban en modo alguno relacionadas entre sí.

Parecía que no pudieran fundirse en un solo ser. Giséle jamás hubiera permitido que la penetrara un don nadie, un sujeto vulgar y corriente como él.

En cambio, Sharon se lo había permitido, le había animado a hacerlo, le había ayudado y había gozado del memorable ayuntamiento casi tanto como él.

Era absurdo. Inesperadamente -cosa igualmente absurda-experimentó una profunda y dolorosa emoción parecida a una pérdida y se sumió en la tristeza. En aquellos momentos lamentó haber ido al cine. No hubiera debido permitirse aquella huida temporal a la fantasía.

Poseía en la vida real algo que cualquier hombre de la tierra le hubiera envidiado y eso hubiera debido bastarle.

Malone suspiró y puso en marcha el vehículo, dio un rodeo por una calleja y se dirigió hacia el lugar en que había prometido recoger a Howard Yost.

Vio la farmacia y se acercó al bordillo justo en el momento en que un arrebolado y jadeante Howard Yost salía del edificio portando una gran bolsa llena de toda clase de paquetes de distintas formas y tamaños.

-Ya estamos -murmuró Yost dejando la bolsa en el elevado asiento posterior del cacharro-. Ahora espera un momento, tengo que traer otra cosa.

Desapareció en el interior de la tienda y salió a los pocos segundos con otra bolsa de mayor tamaño llena, al parecer, de artículos alimenticios.

Con la ayuda de Malone la colocó también en el asiento de atrás.

-Ya está todo -dijo-, podemos irnos.

En el momento en que Yost iba a tomar asiento al lado de Malone, un anciano encorvado, panzudo y calvo, con el rostro arrugado y la mandíbula prominente, enfundado en una chaqueta blanca, salió corriendo de la farmacia llamando a Yost.

-¡Señor, un momento, señor!

Yost se volvió perplejo y le dijo a Malone:

-Es el viejo propietario de la farmacia. ¿Qué demonios querrá? El propietario de la farmacia se aproximó a Yost casi sin aliento.

Sostenía en la mano un billete y algunas monedas.

-Olvidé darle la vuelta -dijo-. No quería que se fuera sin entregársela.

Yost aceptó el dinero asintiendo satisfecho.

-Un hombre honrado -dijo-. Ojalá hubiera muchos como usted. Muchas gracias.

-No quiero quedarme con nada que no me corresponda -dijo el anciano devotamente-. Encantado de servirle. Y ya me cuidaré de pedir ese par de cosas que me ha encargado.

-Se lo agradeceré mucho -le dijo Yost saludándole.

Subió al cacharro mientras el propietario de la tienda retrocedía unos pasos para admirar el vehículo.

-Un bonito coche muy práctico -dijo-. Yo también tenía uno para el rancho. Pero en la ciudad no me resultaba muy útil. Los neumáticos no soportaban el asfalto. Tenga cuidado o se quedará sin ellos.

-Ahora los hacen distintos, abuelo -le aseguró Yost-. Son neumáticos especiales para todo uso que igual sirven para la tierra que para el asfalto.

El propietario examinó los neumáticos y movió la cabeza en gesto de aprobación.

-Sí, ya veo. Cooper Sesenta. Tienen pinta de ser muy resistentes. Ojalá hubiera dispuesto de ellos cuando tenía mi cacharro. Tal vez me compre otro algún día.

-Debería hacerlo -le dijo Yost-. Bueno, hasta la vista, abuelo. Y gracias por todo.

Malone puso en marcha el vehículo, aceleró y enfiló de nuevo la Avenida Magnolia dispuesto a regresar a las Gavilán Hills.

-Era un tío muy charlatán -dijo-. Espero que no te haya dirigido muchas preguntas.

-No le di tiempo. Le entregué una lista larguísima y le tuve ocupado hasta que llegaste.

-¿Qué son esas cosas que va a pedir?

-Déjale -repuso Yost-. No vamos a estar aquí tanto tiempo como para que se las traigan. Un par de cosas que quería para Sharon y que el tipo no tenía. Oye, ¿qué tal ha sido la película?

-Muy buena -repuso Malone concentrándose en el volante. No le apetecía aclarar sus confusas ideas.

-Ya te lo dije -añadió Yost pavoneándose-. Ninguna película puede estar a la altura de lo verdadero y nosotros tenemos a lo verdadero esperándonos a menos de una hora de camino. -Sacó un pañuelo y se secó el sudoroso rostro-. Santo cielo, menudo calor.

-¿Por qué no hacemos una de esas pausas que refrescan? -le preguntó Malone.

-¿A qué te refieres?

-Tomar un baño.

-¿Y dónde?

-En el lago por el que pasamos al bajar.

-¿El lago Mathews? -le preguntó Yost aterrado-. ¿Acaso estás loco? Es una presa particular. Está vigilada y, si nos sorprendieran, estaríamos perdidos. -Se reclinó en el asiento-. No podemos hacer tonterías. Corrimos un gran riesgo y lo conseguimos. Somos los hombres más afortunados del mundo. Piensa en lo que nos aguarda esta noche. ¿Acaso no te basta?

-Pues claro que sí -contestó Malone.

-El paraíso de Mahoma, eso es lo que tenemos -dijo Yost enfervorizado. Contempló el camino empinado a través del parabrisas y sacudió la cabeza-. Si alguien llegara a saberlo.

Estaban a lunes por la noche y Sharon Fields yacía una vez más de espaldas mientras Shively le aporreaba despiadadamente la vagina con su taladro neumático.

Sharon le correspondía con las manos, las nalgas y los muslos tal como había decidido hacer. Pero ahora el animal que arremetía contra ella sin compasión, el llamado Kyle T. Scoggins, ya no podía considerarse un simple y perverso violador.

Sabía que era un asesino y no se quitaba de la cabeza a aquellos cinco niños a los que había ametrallado a muerte porque no quería que hubiera supervivientes que pudieran "señalarle con el dedo". Antes de descubrir aquella revelación acerca de su pasado, Sharon Fields había actuado con mucha propiedad y ahora procuraba repetirse una y otra vez que tenía que actuar con la misma eficacia por espantoso y repugnante que ello le resultara.

Su cuerpo le ofrecía por tanto una apasionada respuesta. Pero el espíritu se lo guardaba para sí.

Hoy lunes había dormido hasta el mediodía. En el transcurso de las primeras horas de la tarde, a solas en su habitación, había apresado de nuevo el vago pensamiento, la idea que a punto había estado de escapársele la noche anterior antes de conciliar el sueño.

Era un pequeño e invisible chaleco salvavidas que tal vez pudiera impedir que se hundiera si lograba hincharlo y utilizarlo.

Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, había sido incapaz de desarrollar la idea y de proyectar sus futuras actuaciones. Sabía que la causa de su fracaso se debía a los conocimientos que había adquirido en secreto acerca de los antecedentes de Shively, asesino en potencia.

A última hora de la tarde, Yost había acudido un momento a su habitación para anunciarle que ya había regresado de hacer las compras y que le reservaría las sorpresas para cuando se reunieran después de cenar.

En el transcurso de las horas siguientes se había esforzado por sobreponerse, prepararse para la noche y aprovechar mejor el tiempo que le quedaba con vistas a prepararles a sus apresadores una sorpresa.

Había centrado nuevamente su atención en la fugaz idea, en el hipotético chaleco salvavidas que había acudido la noche anterior a sus pensamientos y que había estado examinando durante buena parte del día.

La idea era todavía confusa o no estaba aún plenamente estructurada, pero la veía mentalmente como una nebulosa en la que pudiera hallar el medio de escapar a la extinción en el planeta Tierra.

Ahora ya había llegado la noche y tenía encima la dura y desnuda figura de Shively, ametrallándole el orificio como si fuera una zanja de las afueras de My Lai.

Tenía que apartar de sus pensamientos aquella zanja con sus tristes y jóvenes cadáveres, se dijo a sí misma, y dedicar toda su atención al asesino si es que quería sobrevivir.

El maratón sexual siguió su curso y ella volvió a concentrarse en su actitud, sus gestos y su papel.

Al agotar él la última bala, Sharon reaccionó según el guión y se sumergió en una interminable, desvalida y agradecida convulsión de orgasmos fingidos.

Como siempre, la cobra se mostró satisfecha de sí misma y posiblemente de Sharon.

Esta hundió la cabeza en su velloso pecho, le rodeó la espalda con un brazo y se aferró a él para poder definir entre tanto los perfiles de la idea que estaba empezando a tomar cuerpo en su cerebro.

El tipo se rió. No solía reírse y ella se preguntó a qué se debería su risa.

-Es el viejo. Estamos pensando en él -le dijo.

-¿Qué le ocurre?

-Esta noche pasa. Está agotado. Quiere un día de descanso. ¿Qué le hiciste anoche?

-Le excité por espacio de dos minutos en lugar de uno -repuso ella con voz de prostituta.

Shively estalló en una carcajada.

-Eres una chica muy lista, tengo que reconocerlo.

Ella se apartó de su pecho y apoyó la cabeza sobre la almohada al lado de la suya.

-Soy algo más que eso y tú lo sabes.

-Sí, estás muy bien. Más sensual de lo que suponía. Menudo trabajo acabas de hacerme. Ella le miró con expresión sincera.

-¿Y el que tú me has hecho a mí? Eres el único que me lo ha hecho, ¿sabes? Pocos son los hombres que pueden excitarme.

En realidad, puede decirse que prácticamente no hay ninguno. Tú, en cambio, lo consigues todas las noches. ¿Dónde aprendiste a ser tan buen amante? La modestia no era precisamente su mejor cualidad.

-Algunos tipos lo tienen y otros no.

-La mayoría no, te lo aseguro -le dijo ella.

Se detuvo y decidió dar el paso-.

Cuando una mujer encuentra a alguien especial, suele experimentar mucha curiosidad acerca de ese alguien.

-¿Y tú experimentas curiosidad acerca de mí?

-¿No te parece lógico? He estado pensando en ti. Me he preguntado cuál debía ser tu vida antes de que nos conociéramos. Cómo te ganabas la vida y todo eso.

El la miró con dureza y cautela.

-Por tu bien, nena, procura no preguntarte demasiadas cosas acerca de mí. No me gustan las mujeres curiosas. Te meten en muchos líos.

-Eso no es justo. No soy una fisgona. No es mi estilo.

Lo que ocurre es que me interesas. Tratándose de un hombre que sabe hacerme lo que tú me has hecho, es natural que quiera conocerlo más íntimamente.

Me impresiona tu habilidad y tu fuerza sexual. Conozco a cientos de mujeres que te darían todo lo que quisieras a cambio de satisfacerlas como me has satisfecho a mí. Si corriera la voz, las mujeres te convertirían en el hombre más rico de la tierra.

-No será fácil -dijo él amargamente-. Así debiera ser, claro, pero, ¿acaso no has oído hablar del sistema de clases de nuestra maldita sociedad? Las personas como yo, las que cargan con todo el peso del trabajo de nuestro país, las personas ingeniosas, no tenemos ninguna posibilidad de que nadie se fije en nosotras. Les pagan un dineral a los tipos que saben entendérselas con las acciones y los bienes raíces, a los que saben cantar y contar chistes graciosos, pero no se molestan en pagar a cambio de la habilidad capaz de hacer feliz a la mitad de la población, me refiero a la mitad femenina, claro. Me refiero a la capacidad de satisfacer a una mujer.

-Tienes muchísima razón -le dijo ella gravemente.

-Pues claro que la tengo. Por eso estoy atascado. El sistema apesta y yo estoy atascado. Por eso tengo que trabajar despellejándome los dedos ocho horas al día y, ¿para qué? Para ganarme simplemente el sustento y nada más.

-Estoy de acuerdo contigo, es injusto -le dijo ella-. Pero, conociéndote, estoy segura de que debes ser muy hábil en todo lo que hagas. No me cabe duda de que debes ganar un buen salario. ¿Te puedo preguntar cuánto ganas?

-Suficiente -repuso él malhumorado. Y después añadió-. Suficiente a cambio del trabajo que realizo, pero no es lo que me merezco.

-Lo siento.

-¿Qué es lo que sientes? -le preguntó él con un gruñido-. Tú eres una ricachona. Dijeron no sé dónde que ganabas un millón y cuarto al año.

-Estos informes siempre exageran -dijo ella con fingido enojo.

-Que te crees tú eso.

-Si quieres que te diga la verdad, sé exactamente lo que ganaste el año pasado. Es una cifra de las que se le quedan a uno grabadas en el cerebro-. Ganaste exactamente 1,118,340.00 Ni más ni menos. Nos encargamos de hacer averiguaciones, por consiguiente no vayas ahora a negarlo.

-Muy bien -dijo ella-, no lo negaré. Es más, reconozco sinceramente que me ha sorprendido que lo supieras.

Se había "sorprendido" efectivamente y también se había desalentado un poco al comprobar la minuciosidad de sus planes. Ello demostraba que no habían dejado ningún cabo sin atar. Sin embargo, no debía desanimarse ni por eso ni por ninguna otra cosa.

El sujeto estaba hablando de nuevo y decidió prestarle atención.

-Imagínate -le estaba diciendo-, imagínate ganar más de un millón al año a cambio de exhibir el pecho y agitar el trasero ante la cámara. No es que quiera despreciarte, nena, pero tienes que reconocer que no es justo.

Ella asintió aparentando sinceridad.

-Siempre he reconocido que no es lógico. Es claramente injusto. Pero así es el mundo y no puede hacerse nada al respecto. Sin embargo, te mentiría si no te dijera que me alegro de que me haya ocurrido precisamente a mí.

Mira, al igual que suelen decir otras muchas personas, he sido rica y he sido pobre y ser rica es mejor.

Pero a veces reconozco que, cuando lo pienso siento escrúpulos de conciencia pero, bueno, ¿por qué te molesto con mis remordimientos?

-No, sigue -dijo él.

Sharon observó que el tipo estaba empezando a demostrar interés y decidió seguir hablando.

-Experimento sentimientos de culpabilidad, ¿sabes? Miro a mi alrededor. Veo a mucha gente buena y honrada trabajando duramente en oficinas, tiendas, fábricas, cumpliendo inestimables servicios, trabajando sin cesar ocho o más horas al día y cobrando ciento veinticinco, ciento setenta y cinco o doscientos cincuenta dólares a la semana, lo cual no es que esté mal, pero, una vez deducidos los impuestos, no les queda más que un sueldo esmirriado. Contraen deudas y siempre se encuentran con el agua al cuello.

Y miro a mi alrededor y veo lo que tengo. Aquí estoy, a los veintiocho años. Trabajo duro, es cierto, pero no más duro que otras personas. Y veo la recompensa que obtengo a cambio.

Una casa de veintidós habitaciones valorada en medio millón de dólares. Criados que me atienden en todos mis deseos.-Tres coches importados de carrocería especial. Vestidos sin cuento.

Suficientes inversiones como para permitirme no tener que trabajar, viajar a mi antojo y hacer lo que me venga en gana cuando me apetezca. Gracias a Félix Zigman. Es mi representante.

Y, ¿sabes una cosa?, me averguenza tener tanto, cuando hay otros que tienen tan poco.

No es justo, tal como tú dices, pero así es y no hay forma de que cambie la situación.

Había estado pendiente de todas y cada una de sus palabras tan fascinado como si ella fuera Sherezade.

-Sí -dijo-, sí, me alegro de que lo sepas. -Había vuelto a fruncir el ceño-. Hablar de dinero.

Es el único lenguaje que entiende la gente. El dinero, maldita sea. Le vio levantarse de la cama y vestirse en silencio.

-Pero te diré una cosa -añadió ella-. Te confieso que cuando desperté y me encontré aquí atada, comprendí por primera vez que el dinero no lo es todo. Comprendí que había algo más importante. La libertad.

Al principio, hubiera dado hasta el último céntimo a cambio de ser libre.

El siguió escuchándola sin dejar de vestirse y Sharon siguió hablando.

-Claro que, cuando tuvisteis la amabilidad de soltarme, mis sentimientos cambiaron.

Y, como tú sabes, no he echado de menos ninguno de los lujos superficiales que tengo en casa. Supongo que ello se debe a que he conseguido disfrutar de ciertas cosas que no se compran con dinero.

-Hermana, por lo que a mí respecta, no hay nada que no pueda comprarse con dinero -le dijo él abrochándose el cinturón.

-Tal vez. No sé. Pero no sé a qué te refieres.

Si dispusieras de todo el dinero que quisieras, ¿qué te comprarías? ¿Qué harías con él?

-No te importa -contestó él con impertinencia-, ya sé lo que haría.

-Dímelo.

-Otro día. Ahora no tengo ganas. Gracias por permitirme utilizar el saco. Hasta mañana. Y abandonó la estancia.

Ella permaneció tendida y esbozó una sonrisa.

La idea de su cabeza había cristalizado y tomado cuerpo, había superado la primera prueba.

El vago chaleco salvavidas se había transformado en una visible portezuela de salida.

En Las Vegas no apostarían demasiado por su éxito. Las trampas eran numerosas. Un resbalón por el camino significaría la muerte instantánea. Pero no esforzarse por alcanzarlo también podía equivaler a la muerte.

Por consiguiente, no le quedaba ninguna otra alternativa. Además, era jugadora por naturaleza.

Veinte minutos más tarde, Howard Yost, el vendedor de seguros, entró en el dormitorio cargado de cajas y paquetes como si creyera que había llegado Navidad y él era Papá Noel. Depositó los regalos sobre la tumbona y le dijo:

-¡Todo es poco para mi amiga!

Ella chilló alborozada siguiendo el invisible guión, le abrazó, se dirigió corriendo hacia los regalos, y arrancó los papeles de envoltura bajo la mirada complacida de su benefactor, satisfecho de su generosidad.

Mientras abría los regalos no pudo evitar percatarse de su vulgar camisa deportiva estilo hawaiano y de sus llamativos pantalones estilo Palm Springs, la charrería en persona, y esperó que su estremecimiento de repugnancia lo hubiera interpretado él como un temblor de placer anticipado.

Se abrían ante sus ojos todos los dones de las Indias: un jersey de lana color púrpura que seguramente rascaba, dos faldas cortísimas, una de ellas plisada y destinada seguramente a jugar al tenis con pantaloncitos debajo pero sin pantaloncitos, dos sujetadores transparentes, varias horquillas, una bolsa de maquillaje, mullidas zapatillas de dormitorio y un corto camisón color de rosa.

-Ahora abre éste -le dijo él señalándole una pequeña caja.

La abrió y sacó dos trocitos de fina tela de algodón blanco.

Un sujetador de bikini que a duras penas le cubriría los pezones y unas bragas de bikini que no eran más que un parche frontal con un cordón.

Volvió a reírse con afrodisíaco deleite y le dio un beso.

-¡Justo lo que quería! ¡Precioso! ¿Cómo lo has adivinado?

-¿Y cómo iba a equivocarme sabiendo quién lo llevaría?

-Absolutamente perfecto -dijo ella canturreando-. Estoy impaciente por ponérmelo.

-Y yo por vértelo puesto.

Recogió la bolsa del maquillaje, el bikini y las zapatillas y se dirigió danzando hacia el cuarto de baño, dejando la puerta entreabierta.

-Dejo la puerta así para que podamos hablar -le gritó-. Pero no mires hasta que esté lista. Quiero darte una sorpresa.

-No miraré.

Mientras se quitaba la arrugada blusa de punto y la falda de cuero decidió no interrumpir la conversación.

-Estoy muy orgullosa de ti. No has olvidado nada.

-Hasta cierto punto -le oyó decir-. No he olvidado nada de lo que me encargaste pero me temo que no he podido encontrarlo todo. Lo he intentado pero he fracasado un par de veces. Lo que ocurre es que en la ciudad no hay muchas tiendas.

Bastan y sobran para los habitantes que tiene. De todos modos había algunas cosas muy bonitas.

-Ya lo creo -dijo ella para halagarle. Después le preguntó-: ¿Qué es lo que no has podido encontrar?

-No tenían el perfume francés que tú querías.

-¿Cabochard de Madame Grés?

-Ni siquiera lo habían oído nombrar jamás. En su lugar te he comprado un perfume que se llama Aphrodisia. Espero que no te importe.

-Pues claro que no. Te lo agradezco mucho.

-Después esas pastillas inglesas de menta llamadas Altoid tampoco las he encontrado.

-Ya me las apañaré sin ellas. -Se dispuso a infligirle otra derrota-. ¿Y los cigarrillos Largo?

-El propietario de la tienda había oído hablar de ellos pero no tenía.

En cuanto a “Variety”, si hubieras pedido el “Hot Rod” hubiera sido estupendo, pero el “Variety” no sabía siquiera lo que era y dijo que jamás se lo habían pedido.

-No me sorprende.

-Pero te he traído casi todo lo demás.

-Ya lo veo. Es más que suficiente, cariño. Mi copa está llena a rebosar. Te lo agradezco muchísimo.

-Claro que si quieres lo que falta, cabe la posibilidad de que me consiga un par de cosas.

Insistió en tomar nota del Madame Grés y de las pastillas Altoid y de los Largos. El “Variety” no podrá conseguirlo, pero verá si puede pedir lo demás para este fin de semana.

Podría bajar el viernes a la ciudad y ver si lo ha recibido si es que te interesa.

-Ya veremos. Lo que has hecho es más que suficiente.

Mientras se anudaba los cordones del bikini, archivó rápidamente dos pequeñas informaciones sin detenerse a pensar en su posible valor.

Era posible que bajara de nuevo a la ciudad el viernes. Estaban a lunes.-Eso significaba como mínimo otros cuatro días en el pasillo de la muerte antes de que el verdugo decidiera sancionar su destino.

Por otra parte, el propietario de la tienda había anotado tres de las cinco huellas digitales simbólicas que ella había dejado.

En Las Vegas tampoco se atreverían a apostar por la posibilidad de que dichas huellas fueran descubiertas. Pero qué demonios.

-Dame unos minutos para arreglarme -le gritó.

-Tómatelo con calma pero no con demasiada. Voy a echar un vistazo a lo que estás leyendo.

-Muy bien.

Había vuelto del revés las copas del bikini en la esperanza de hallar alguna clave que le permitiera averiguar dónde había estado aquel tipo.

Pero no había tela bastante para que cupiera una etiqueta.

Examinó ahora las mullidas zapatillas de dormitorio y descubrió el cordel de una etiqueta que habían arrancado.

Rebuscó en el interior de la caja sin encontrar nada y después la levantó y se percató de que habían arrancado una etiqueta.

Analizó ahora el contenido de la bolsa más grande, que había depositado sobre el cesto de mimbre.

Había en ella como una docena de paquetes adquiridos en distintas secciones del establecimiento, todos ellos envueltos por separado.

Sacó y examinó los paquetes uno a uno y observó que habían arrancado las etiquetas y cortado cualquier inscripción que pudiera haber.

Había sacado los tres últimos paquetes de maquillaje para comprobar si quedaba en la bolsa alguna otra cosa cuando cayó al pavimento del cuarto de baño un trozo de papel amarillo que había permanecido oculto entre los paquetes.

Era un resguardo de compras con los precios muy débilmente marcados y rezó para que pudiera descubrir en él algo más que el simple nombre de la tienda.

Había introducido de nuevo los tres paquetes en la bolsa y había empezado a agacharse para recoger el papel cuando oyó su voz casi a su espalda a través de la puerta entreabierta.

-¿Por qué tardas tanto, cielo? -le preguntó Yost-.

Quiero verte. Como no salgas, entro yo.

-Un mom... -empezó a decir ella casi gritando.

Agarró el trozo de papel. No disponía de tiempo para darle la vuelta.

Levantó la bolsa, levantó la tapa del cesto de mimbre lleno de toallas y arrojó el papel al interior del mismo.

Se irguió, se alisó el cabello y procuró recuperar el aplomo, pero se percató de que estaba temblando de la cabeza a los pies.

Se dirigió hacia la puerta. Tenía que terminar con aquella bestia cuanto antes.

-Prepárate, cariño -le gritó-. Comienza el desfile de modelos. Abrió la puerta con el pie y entró sensualmente en la habitación con la pelvis echada hacia afuera, igual que una modelo de alta costura.

él se encontraba desnudo junto a los pies de la cama, parecido a una enorme burbuja de rosada carne.

Avanzó hacia él poco a poco y comprobó que la estaba mirando con los ojos desorbitados.

-¡Oh! -exclamó él.

Sharon se detuvo graciosamente, hizo una pirueta y se miró. Su abultado busto se escapaba por encima y por debajo del sujetador del bikini.

Las bragas del bikini eran tan ajustadas que, a través del algodón blanco, se adivinaba el pliegue vaginal.

-¿No se te ocurre decir otra cosa? -le preguntó burlonamente.

Se contoneó frente a él con la pelvis echada hacia afuera para provocarle. Después le apoyó las manos sobre los hombros y se los comprimió suavemente.

-¡Ay! -dijo él jadeando.

-¿A qué esperas? -le susurró ella-. Yo me lo he puesto.

Ahora alguien me lo tiene que quitar.

Perdió de vista el lascivo rostro del tipo. Este se había arrodillado frente a ella. Tiró de los cordones de las bragas del bikini y éstas se abrieron por delante y por detrás al tiempo que Sharon separaba sus largas piernas y las dejaba caer.

Babeando y presa de excitación, él le hundió los ojos y después la nariz y la boca entre sus piernas.

Ella cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

-No, no, cariño -le suplicó-. Levántate, por favor, déjame hacerlo a mí.

El se puso vacilantemente en pie, apuntándola directamente con su abultado miembro.

Ella se arrodilló sollozando y empezó a besarle.

El se apoyó contra el borde de la cama con los muslos temblorosos y empezó a emitir gritos entrecortados mientras ella se dedicaba a la tarea de costumbre.

Terminó en cinco minutos. Después corrió al cuarto de baño, se enjuagó la boca, regresó y le ayudó a sentarse en una silla. Se mostraba tan dócil y maleable como la masilla.

Le ayudó a vestirse y después le acompañó hasta la puerta mientras él le daba monótonamente las gracias por sus atenciones y amor.

Sharon oyó que se cerraba la puerta y el pestillo exterior y escuchó brevemente.

Tras asegurarse de que el tipo se había alejado pasillo abajo en dirección a los demás aposentos de la vivienda, corrió al cuarto de baño.

Sacó la bolsa que había encima del cesto de mimbre, levantó la tapa de éste y sacó el resguardo.

Era el resguardo de las compras de la farmacia, que debían haber doblado varias veces y deslizado debajo del papel de envoltura de algún paquete.

A Yost se le había pasado por alto. Sus ojos se posaron en la parte de arriba del resguardo, en la que podía leerse en letras mayúsculas azules: Droguería y Farmacia Arlington , Avenida Magnolia , Arlington, California. "Visite nuestro establecimiento de Riverside".

Arrugó rápidamente el trozo de papel y lo arrojó al excusado. Después echó agua. La prueba condenatoria desapareció inmediatamente.

Arlington, Arlington, Arlington, California. El dulce canto resonó por su cabeza. Intentó imaginarse un mapa del sur de California.

A excepción de Los Angeles, Beverly Hills, Bel Air, Westwood, Bretnwood, Santa Mónica, Malibú, el mapa estaba en blanco. Pero había toda una serie de localidades a escasa distancia de las numerosas autopistas y Arlington debía ser una de ellas.



Librodot

Estaba segura de haber oído mencionar aquel nombre alguna vez. Lo recordó. Una vez había rodado unos exteriores, un breve desplazamiento que había tenido lugar hacía tres, cuatro o cinco años para la filmación de una persecución en una película del Oeste en la que había intervenido.

Después había concedido una entrevista a dos simpáticos periodistas del “Press” de Riverside y el “Times” de Arlington. Ambos periodistas se habían gastado bromas a propósito -sí, ahora lo recordaba-del hecho de no ser Arlington más que un simple suburbio de la ciudad de Riverside propiamente dicho.

Muy bien, ello significaba que no debía estar a más de una o dos horas de distancia de Los Angeles. Se encontraba en alguna zona montañosa de las cercanías de Arlington, California. Le dio un vuelco el corazón. Eso ya era algo.

Pensó que ojalá dispusiera de más datos pero se mostró satisfecha. Había resuelto el penúltimo problema. Quedaba por resolver el último de los problemas, del que dependería su vida o su muerte.

Se había preparado esmeradamente para su último visitante de la noche, tan esmeradamente como cuando se preparaba para salir a cenar con Roger Clay.

Se probó uno de los jerseys y una de las faldas y desechó ambas prendas; se probó después el camisón y también lo desechó y, al final, se puso el sujetador y las bragas del sucinto bikini y se gustó más que con ninguna otra cosa.

A continuación se maquilló cuidadosamente ante el espejo del cuarto de baño. En el transcurso de los últimos meses había ido prescindiendo progresivamente de los artificios de la cosmética, prefiriendo, en su lugar, ofrecer un aspecto sano y natural.

Reservaba el maquillaje para cuando actuaba. Esta noche actuaría. Tras haberse aplicado la sombra de ojos, los polvos y el carmín de labios, se echó perfume detrás de las orejas, en el cuello y en la hendidura del pecho.

Después se sujetó el cabello rubio hacia atrás peinándose con cola de caballo y ya estuvo lista.

Tenía que disponerse a afrontar su más difícil interpretación. Desde el momento en que había decidido convertirse en la mujer que aquellos cuatro individuos soñaban, había estado segura de que su próximo visitante sería el más vulnerable a sus encantos y, por consiguiente, el más útil para sus propósitos.

Pero, inesperadamente, había resultado ser el más difícil de alcanzar y manejar. De los cuatro, era el único que no le había revelado nada.

Esta noche estaba decidida a sacarle provecho por arriesgado que ello pudiera resultar. Minutos más tarde se encontraba reclinada perezosamente en la tumbona canturreando una dulce balada, cuando él entró, corrió el pestillo y se volvió para mirarla.

El Soñador miró a su alrededor y, al final, la descubrió.

-Hola, cariño -le dijo ella con voz gutural-. Te estaba esperando.

-Hola -dijo él.

En lugar de acercarse a ella, se detuvo junto a una silla y se acomodó cuidadosamente en la misma. Sharon sabía que, al principio, siempre se mostraba extraño y distante, pero esta noche le veía más ausente que nunca.

-Bueno, ¿qué te parece? -le preguntó señalándole el bikini-. ¿Te gusta?

-Pareces una modelo de fotografía -le dijo él.

El bikini tenía un anillo extrañamente anticuado que evocaba reminiscencias de Betty Grable, Rita Hayworth e incluso de las estrellas Wampus.

-¿Debo considerarlo un cumplido?

-El mejor que te podría hacer.

-Quisiera darte las gracias por el traje de baño.

-No lo he comprado yo. Lo compró esta tarde mi compañero.

-Bueno, sea como fuere, es maravilloso. Lo único que echo de menos es una piscina.

-Sí -dijo él con aire ausente-, lamento que no podamos permitirte nadar un poco. Hoy ha hecho muchísimo calor. Más de treinta y cinco grados. Hasta yo hubiera querido darme un baño por el camino de regreso, pero el único lago que hay por aquí no está a disposición del público.

-Qué lástima -dijo ella con indiferencia, procurando dominar su emoción.

La referencia no se le había escapado. Acababa de recibir una recompensa imprevista. Un lago en las cercanías. En algún lugar situado entre la ciudad de Arlington y las colinas en que ella se encontraba había un lago.

Ello equivalía casi a señalar con alfileres sobre un mapa el lugar donde se la mantenía oculta. La geografía de su localización se había completado más allá de lo que hubiera, lástima -dijo él.

-Hubieras debido tomarte un baño de todos modos.

-No podía porque... bueno, no tiene importancia.

Había empezado a recelar. Sharon le vio muy distante.

Después de sus triunfos masculinos de las dos noches anteriores, Sharon había supuesto que se produciría en él un considerable cambio.

Creía que le vería más seguro de sí mismo y más tranquilo. Pero no había sido así y estaba desconcertada. Intentó leer la expresión de su rostro.

El la miraba parpadeando.

Era increíble pero, a pesar de las íntimas relaciones que les habían unido, se le veía como turbado ante su presencia. Era necesario descubrir cuanto antes la causa de aquella actitud. Dio unas palmadas a la tumbona.

-Ven aquí, cariño. ¿No quieres estar cerca de mí? ¿Ocurre algo?

El Soñador se levantó con evidente renuencia y se acercó lentamente a ella. Al final se sentó a su lado. Los fríos dedos de Sharon le rozaron la mejilla y las sienes y después le acariciaron suavemente el cabello.

-¿Qué te preocupa? Puedes contármelo.

-No sé qué estoy haciendo aquí.

-¿A qué te refieres? -le preguntó ella perpleja.

-No sé qué estás haciendo aquí ni qué estoy haciendo yo, todo este asunto.

-Me confundes.

-Tal vez porque yo también estoy confuso -dijo él bajando la mirada.

-¿Se trata de algo que tenga que ver conmigo? No es posible que estés enojado y que te haya decepcionado, de otro modo no te hubieras tomado la molestia de irme a comprar todas estas maravillosas...

-No, ahí está -le interrumpió él rápidamente-. Tal como ya te he dicho, no he sido yo quien te ha comprado el bikini y las demás cosas. Yo no te he comprado nada en la ciudad. Eso se lo dejé a mi compañero porque yo quería, bueno, muy bien, no hay razón para que no lo sepas.

-Dímelo, por favor -le instó ella.

-Me enteré de que esta tarde iban a proyectar una de tus antiguas películas, una de las mejores, “Los clientes del Doctor Belhomme”, y quise volver a verla.

Estaba deseando verla tal vez porque ahora ya te había conocido. “¡Que la había conocido!” Aquello era una locura. Sharon le escuchaba asombrada.

-Me fui allí y le dejé las compras a mi amigo. Sólo he podido ver la primera parte, pero lo que he visto ha sido suficiente. No me quito la película de la cabeza.

Estabas maravillosa, tal como siempre has estado. Sólo que yo lo había olvidado desde que estamos encerrados aquí.

Eras, no sé cómo expresarlo con palabras. Bueno, inalcanzable e inaccesible como una virgen vestal, como Venus, como la Mona Lisa, como la Garbo, lejos del alcance de los simples mortales.

Sharon estaba empezando a comprender lo que le había ocurrido.

El seguía explicándoselo como hablando consigo mismo.

-Al salir de ver la película y enfrentarme cara a cara con la realidad, me he dado cuenta y me he preguntado: "¿Qué es lo que he hecho?" -La miró asombrado-. Y no he podido hallar ninguna respuesta lógica. Me he asustado y sigo estando asustado.

-¿Asustado de qué?

-De la enormidad del acto que he cometido. Te he arrancado del marco de tu existencia. He olvidado quién eras y cuál es el lugar que te corresponde.

Te he humillado tratándote como una mujer corriente. Te he bajado de tu pedestal y, manteniéndote oculta en este ambiente terrenal, he olvidado tu situación. Y, al verte en la película, al recordar el lugar que te corresponde, al verte de nuevo enmarcada en el ambiente que te pertenece, me he sobrecogido.

Sí, me he sobrecogido y he comprendido que eras algo especial, una obra de arte, un templo, un objeto destinado a ser venerado de lejos, una insólita encarnación de Eva destinada a inspirar a los hombres desde su alto pedestal. -Sacudió la cabeza-. Y yo, comportándome de una forma egoísta y atolondrada, he roto el pedestal y te he conducido a esta ordinariez y vulgaridad. Me he sentido culpable y me he llenado de remordimiento.

Sharon le había estado escuchando arrobada, sin que ello le hubiera impedido percatarse de sus defectos.

Había hablado utilizando un pésimo estilo barroco, pero el análisis de lo que había hecho y de lo que ahora le había ocurrido resultaba preciso y convincente. Pero no había terminado.

-Desde que he vuelto no he cesado de pensar en mi irresponsable comportamiento.

He saqueado el Olimpo. He privado al mundo de Venus, de Afrodita. Más aún, me he unido a unos vándalos y he destruido la belleza, Lo único que desearía de ti esta noche es algo que no me atrevo a esperar y sé que no merezco. -Se detuvo-. Tu perdón, tu caridad y tu perdón.

A Sharon se le antojó un estilo barroco increíblemente malo, una amalgama de falsos estilos Beaumont, Fletcher, Harrick, Ihara, Saikaku, Richardson, Scott, Hawtborne y Louisa May Alcott.

-¿Cómo demonios podría manejar aquella verborrea romántica? Era necesario ordenar aquel crucial encuentro del Club de los Admiradores e ir después al grano, so pena de acabar hablando en chino con un chiflado.

Ante todo, aprecio. Se inclinó hacia adelante, le cubrió las manos con las suyas y le miró profundamente a los ojos.

-No sabes cuánto me has conmovido -tendrías que ser mujer para comprenderlo-, qué emocionada estoy y cuanto te agradezco esta sensibilidad y comprensión.

Que un hombre comprensivo me vea como tú me has visto es algo extraordinario, una experiencia insólita y hermosa que recordaré toda la vida.

¿No está mal, eh, Beaumont, Fletcher, Harrick y otros? En segundo lugar, rápidamente el perdón.

-En cuanto a lo de perdonarte, querido muchacho, no hay nada que perdonarte ahora que sé lo que pienso de ti. Soy todo lo que hoy has visto en la pantalla, no te lo niego.

Me debo al público. Es cierto. Pero hay una porción privada de mi ser que me pertenece a mí sola y tengo derecho a hacer con ella lo que me apetezca.

Y esta parte de mí no es la hechicera y mundana Sharon Fields sino una mujer ansiosa de ternura, consuelo y amor, ésta es la parte de mi ser que te has llevado.

El idiota se sentía fascinado. Ella también lo estaba.

Se preguntó fugazmente si estaría repitiendo parte de algún guión que se hubiera aprendido de memoria en el pasado. Sospechaba que se estaba inventando las frases.

Tal vez la próxima vez que acudiera a ella algún guionista le dijera a Zigman que le mandara al cuerno. No te necesito, Asociación Americana de Escritores.

¿Creéis que todas las actrices son unas estúpidas, verdad? Pues, bueno, escritorzuelos, tengo una noticia para vosotros.

Con renovada confianza y en la cumbre de su inspiración, regresó a su máquina de escribir mental.

-Puesto que nos estamos sincerando el uno con el otro -dijo acariciando la barbilla del Soñador-, te desnudaré mi corazón.

No tengo nada que ocultarte. Sí, al principio me sentí ultrajada, maltratada y violada, como tú bien sabes. Estaba enojada y resentida, más con tus llamados amigos que contigo, porque tú me defendiste.

Pero después ocurrió algo fortuito y todo el mérito te corresponde a ti. Son cosas que siempre han sucedido a lo largo de la leyenda y la historia y acaban de suceder aquí mismo donde nos encontramos ahora. Puesto que fui secuestrada y tomada a la fuerza, no tenía más remedio que acabar conociéndote.

Y, poco a poco, la alquimia fue surtiendo efecto. Mi corazón cambió. La piedra se trocó en oro. El hielo se convirtió en calor. El odio se convirtió en amor.

La mujer que se oculta en mi interior había encontrado a un hombre, un hombre a quien amar.

Parecía que el Soñador estuviera presenciando la proyección de una película. Se le veía absorto y conmovido.

-No lo dices en serio.

-Claro que lo digo en serio, cariño. No hay razón para que no sea sincera contigo. Quiero ser sincera porque confío en ti y creo en ti y te amo.

Se inclinó hacia adelante, le levantó los brazos y se los pasó alrededor de su cintura. Reclinó la cabeza contra su pecho y pudo escuchar los latidos de su corazón.

-Te quiero -le dijo él con voz estrangulada-. No debiera pero...

-Sssss, escucha, cariño, debes creerme. Me he pasado todo el día y toda la noche esperándote impaciente. Quería verte y tocarte.

Has ocupado todos mis pensamientos, he vuelto a recordar nuestra unión, me he emocionado al revivir la consumación de nuestro amor, imaginándome y recordando los deliciosos momentos en que estuviste en mi interior, deseándote más, por favor, ven a mí aquí mismo.

Empezó a desabrocharle la camisa, le ayudó a desabrocharse el cinturón y a quitarse la camisa y los pantalones y se detuvo al llegar a los calzoncillos, que se quitó él solo.

El miembro brincó casi hacia arriba. Ella levantó los brazos.

-Ahora Yo. Quítame estas tonterías de encima, Date prisa, corazón.

El se apresuró a desatarle el cordón del sujetador. Sharon arrojó el sujetador a un lado y se recostó sobre los almohadones de la tumbona.

El le desató los cordones de las caderas y ella levantó las nalgas para que pudiera bajarle las bragas.

Se hundió en los almohadones, levantó las rodillas y separó las piernas con impaciencia.

Se extasió contemplándole el miembro, más tenso y rígido que nunca. Se extasió al advertir la humedad de sus anchos labios vaginales lubrificados.

Las relaciones amorosas de esta noche serían buenas, mejores que nunca. Se había perdido en la ficción.

-Métemelo -le suplicó-, lo quiero dentro.

Estaba en su interior, duro y hasta el fondo, y ella apretó los ojos con fuerza y se movió siguiendo el ritmo de sus arremetidas, gozando del placer que le producía la suave fricción contra las lubrificadas paredes vaginales.

Se había preparado de antemano las frases, había ensayado las exclamaciones de éxtasis y deleite, pero ahora lo había olvidado todo, su cerebro como vacío, y la vasija de abajo se le estaba llenando y llenando hasta rebosar.

Hasta ahora, en el transcurso de toda la semana anterior, había sido una simple espectadora de su actuación. Pero ahora formaba parte de la representación, se hallaba mezclada en ella, no veía ni oía sino que hacía y le hacían, y ambos permanecían estrechamente unidos.

Con cuanta pasión estaba gozando del ¿qué? ¿Del juego? No, del juego, no, de la unión, de pura sensación cutánea y carnal, de la sensación de unidad y del intenso y debilitante perfume de la secreción sexual y el amor.

Era necesario que se esforzara por recordar lo que estaba haciendo. ¿Recordar qué? Recordar conocer algo. Conocerlo ahora.

Conocer el goce de secundar al excitante donador de placer que tenía dentro.

Le agarró con las manos las nalgas que subían y bajaban.

Siguió con las manos sus movimientos ascendentes y descendentes. Abrió las manos y le golpeó los costados de... de lo que fuera.

Su firme carne le apresaba su carne de abajo, y el constante beso de su piel contra su clítoris distendido le estaba resultando insoportable.

Quería huir de aquel delicioso dolor, lo deseaba con toda el alma pero ya era demasiado tarde. Sus pensamientos ya no podían intervenir. Sus músculos interiores se estaban contrayendo y apresándole y soltando y volviéndole a apresar.

Santo cielo, se estaba ahogando. Se estaba partiendo en dos mitades. Santo cielo, santo cielo, me estoy desintegrando, no iba, no quería. no puedo, no, no, no, hhhh.

Elevó el cuerpo, se quedó rígida como un tablón, apretó los muslos a su alrededor para cerrar el dique, pero el dique estalló salvajemente derramándose en cascadas de vida, arrastrándola fuera de sí en cálidas oleadas sucesivas. Y paz.

Tardó varios minutos en poder pensar con lógica. Desde la cabeza a los pies parecía que estuviera descansando sobre una nube de algodón. Pero los engranajes de su cabeza se estaban empezando a poner poco a poco en movimiento.

¿Qué le había ocurrido? Eso no le había ocurrido allí ni poco ni mucho.

Es más, apenas recordaba la última vez que le había ocurrido, debía hacer más de dos años sin lugar a dudas. Sin esperarlo, sin querer y en contra de su voluntad, se había excitado.

Había gozado -o sufrido-de un orgasmo total y completo.

Le miró. Allí estaba, el que menos probabilidades tenía de lograrlo, acurrucado entre sus brazos, con su cuerpo desnudo agotado, satisfecho, saturado y en paz.

Le miró fijamente. Odiaba a aquel chiflado, a aquel palurdo de pueblo, exactamente igual que a los demás.

Bueno, tal vez no con la misma virulencia y constancia porque era un blanco demasiado irreal y evasivo, pero sí le despreciaba en cambio con una amargura que corroía toda objetividad.

La había esclavizado y maltratado exactamente igual que los demás. Y ella había accedido finalmente a fingir colaborar con él para utilizarle con vistas a su salvación. Y esta noche se había preparado a recibirle y distraerle con el exclusivo propósito de manejarle en su propio beneficio.

Y, sin embargo, aquel cerdo desgraciado, que ni siquiera podía considerarse un amante experto, había conseguido hacerle perder el control de la situación.

La había hecho abdicar de la soberanía de su inteligencia. Había hallado el medio de hacerle olvidar su deber, traicionar su causa y convertirla en marioneta de sus propias emociones.

No era posible que tal cosa le hubiera ocurrido con él. Pero había ocurrido. ¿O acaso habría tenido ella la culpa? Tal vez él no hubiera tenido nada que ver con su orgasmo. Tal vez había sido víctima de sí misma. Se había esforzado tanto en interpretar correctamente el papel y en superar todas sus actuaciones anteriores, que probablemente se había identificado demasiado con el papel que se proponía interpretar.

Un actor tiene que interpretar el papel pero no convertirse en el papel. Si se olvida del papel, es muy posible que olvide que está actuando. Y en tal caso se convierte en la persona que no es en lugar de la persona que es.

Como el pobre doctor Jekyll, que de tanto convertirse en el señor Hyde acabó no pudiendo volver a ser el doctor Jekyll, por haberse convertido sin querer en el señor Hyde.

Sí, eso debía haberle ocurrido. Se había dejado arrastrar por el papel y, tras perder el dominio de su cabeza y sentido común, su vagina la había dominado y había actuado por su cuenta.

Pero ya volvía a tener la cabeza sobre los hombros. Sí, señoras y señores, a pesar del transitorio retraso debido a una indisposición de nuestra protagonista, el espectáculo seguirá. ¡Bravo! Magnífica actriz.

El espectáculo debe seguir y seguirá. La noche no tenía por qué haber terminado. Hundió las puntas de los dedos en sus bíceps y acercó los labios a su oído. Al advertir que se excitaba, le susurró:

-Gracias, cariño, gracias para siempre. Me has hecho muy feliz. ¿Sabes lo que me has hecho, verdad, cariño?

El la miró con los ojos muy abiertos y esperó. Ella asintió y le dirigió una sonrisa.

-Me has excitado. Eres el único que lo ha conseguido. Eres tremendo.

Jamás lo olvidaré, cariño mío, y ahora ya no podré dejar de amarte.

-¿Lo dices en serio, verdad? Así lo espero porque yo estoy muy enamorado de ti. Jamás hubiera podido imaginarme un amor tan perfecto.

-Eres tú -le dijo ella apasionadamente-. Eres todo lo que siempre he querido que fuera un hombre. Eres el único que me hace soportable el cautiverio. Gracias a ti y a lo que tú me das puedo soportar a los demás. Te amo tanto como les odio a ellos.

Y ahora ahora ya puedo decirte por primera vez que me alegro de que te me llevaras y me trajeras aquí.

Y hay otra cosa, otra cosa que tengo que decirte. -Se detuvo preocupada y él la miró inquieto.

-¿Qué es, Sharon? Quiero saberlo.

-Muy bien. No es que sea gran cosa pero para mí es muy importante. Y júrame que no te reirás cuando te lo diga.

-Te lo juro -le dijo él solemnemente.

-Pensarás que estoy loca cuando te lo diga, pero estoy empezando a sentirme orgullosa de una cosa. -Contuvo la respiración unos momentos-y después prosiguió-: Estoy orgullosa de que me hayas secuestrado por amor y no por dinero.

Hacerlo por amor es... bueno, ya te he dicho que te ibas a reír pero es romántico.

Hacerlo por dinero, para conseguir mucho dinero a cambio de mi regreso sana y salva, es vulgar. Más aún, es criminal. Pero al pensar que habías arriesgado la vida para secuestrarme, sólo porque me apreciabas y me deseabas por mí misma y no por mi dinero, bueno, comprendí que era muy distinto.

Si tú y los demás me hubierais traído aquí y me hubierais mantenido prisionera para obtener un rescate, os hubiera despreciado como a los más vulgares criminales, y toda esta situación hubiera resultado desagradable y cruel.

-Ninguno de nosotros ha pensado jamás un rescate, Sharon, ni por un momento. Jamás hemos hablado de ello siquiera.

El dinero no entraba en nuestros planes. Te queríamos a ti y puedes estar bien segura de ello.

-Ahora lo creo, pero al principio no estaba muy segura. Pensé que lo que andabais buscando era dinero. Es más, es el único mérito que les reconozco a los demás.

Les odio, pero no les odio tanto como les odiaría si se propusieran venderme a cambio de un montón de billetes, como si fuera una cabeza de ganado o una esclava.

-Jamás han pensado en tal cosa, Sharon. Ni por un segundo.

-¡Estupendo! Será mejor que les digas que no se les ocurra pensarlo siquiera, porque, en tal caso, les despreciaría y todo se echaría a perder. Si hablaran de ello, procura disuadirles, hazlo por mí.

Sé que puede resultar muy tentador pensar en el dinero que podrían conseguir si me soltaran, pero tú no lo permitas.

Sé que tú no tolerarías ni participarías en semejante acción.

-¿Yo? Jamás se me ocurriría pedir un rescate. Ya tengo lo que quería. Y, si los demás quisieran introducir algún cambio, yo no lo permitiría.

-Gracias, cariño. Muchas gracias.

Le sonrió y atrajo su cabeza hacia su pecho. No quería que viera la clase de sonrisa que estaba esbozando.

Cualquier director hubiera convenido con ella en que se trataba de una perversa sonrisa de autocomplacencia.

"Pero no exageres, Sharon -hubiera añadido el director-, porque el público sabe y tú sabes también que no puedes cantar victoria".

Sin embargo, se sentía satisfecha. Había llevado a cabo el último de sus propósitos y lo había logrado sin despertar sospechas.

Hasta ahora, la huida se le había antojado muy lejana. Ahora, en cambio, la veía a media distancia.

“Cuaderno de notas de Adam Malone. -26 de junio”

Siento la necesidad de celebrar el término de nuestra segunda semana en Más a Tierra anotando lo siguiente para mi archivo particular.

Estamos a jueves, a primeras horas de la tarde, y me hallo sentado en el porche, sin camisa, tomando un poco el sol de este cálido día y aprovechando mientras para escribir.

El Mecánico y el Agente de Seguros están ausentes y estoy, por tanto, en libertad de dedicarme a este ejercicio.

Hace quince minutos se han ido con el cacharro para comprobar el estado de la camioneta de reparto.

Puesto que hace días que no se usa, han querido asegurarse de que no haga falta cargar la batería.

La última vez que le he visto, el Perito Mercantil se encontraba dormitando en el salón sentado frente a la pantalla de televisión, que estaba emitiendo un serial.

En realidad, recordando el lunes pasado y las primeras horas del martes, que fueron el punto culminante de mi semana aquí, debo decir que he alcanzado un hito histórico en mi vida.

Para evitar tanto los fríos términos clínicos como las ordinarieces, prefiero aludir a esta memorable ocasión utilizando un lenguaje literario.

En nuestra unión amatoria, el Objeto y yo hemos experimentado simultáneamente el supremo goce de la "pequeña muerte".

Jamás, jamás olvidaré la respuesta del Objeto a mi ofrecimiento. El Kama Sutra afirma que la reacción oral de la mujer en el abandono total puede clasificarse exactamente en ocho categorías, a saber: llanto, arrullo, trueno, hin, fut, fat, plat, sut.

Todos estos sonidos combinados no podrían describir adecuadamente el torrente de gratitud que brotó de las cuerdas vocales de mi amada, ni tampoco las vibraciones que advirtió al alcanzar la cima de su satisfacción y de la mía.

Esta consecución personal del Nirvana, palabra sánscrita que significa liberación final y que en mi caso se logró a través de la satisfacción y la dicha sexual, me hizo pensar, como es lógico, en la importancia del papel que interpreta la sexualidad en la vida humana y de la preocupación que nuestra sociedad pone de manifiesto en relación con este tema.

El interés hacia la sexualidad en épocas pasadas es comprensible porque se trataba de un misterioso tema prohibido.

No obstante, en los más tolerantes y abiertos tiempos actuales, la sexualidad no se aborda con naturalidad y ligereza, sino que sigue constituyendo una fascinación para todos y una obsesión para muchos.

No es la primera vez que reflexiono acerca del tema de la sexualidad. Es más, poco tiempo antes de la fundación del Club de los Admiradores, había tenido en proyecto escribir un artículo acerca del interés constante de nuestra cultura por el tema de la sexualidad.

Hice entonces algunas anotaciones que me propongo desarrollar aquí.

A cada pocas generaciones que transcurren, aparece un nuevo "gurú" en el horizonte con la promesa de liberar sexualmente a la gente, solucionar sus problemas y dificultades e ilustrarla por medio de historias clínicas e informes estadísticos.

Pensemos en "gurús" tales como Havelock Ellis, Richard von Krafft-Ebing, Sigmund Freud, Robert Dickinson y en los más recientes libertadores sexuales, como el doctor Alfred Kinsey, el doctor Killiam H. Masters y la señora Virginia E. Johnson, en todos los "gurús" habidos y por haber y veremos que los salvadores sexuales no han salvado a nadie.

La mayoría de las personas seguirán mostrándose inseguras y confusas en relación con la sexualidad mientras el hombre siga siendo un ser pensante y civilizado y, por consiguiente, una criatura inhibida.

Por informada que esté la gente y por liberada que se sienta en materia sexual, le cuesta poner en práctica lo que otros predican.

En mi opinión, la sexualidad es el único sector en el que el hombre y la mujer de la época moderna, a pesar de la educación sexual y de la apertura de la sociedad, seguirán tropezando secretamente con preocupaciones y problemas en la mayoría de relaciones individuales.

A causa de estas interminables preocupaciones y problemas, la fascinación del tema de la sexualidad será eterna.

Por amplia que sea la libertad sexual, no podrá evitarse que los hombres y mujeres piensen en su fuero interno que en la sexualidad hay algo más, algo esquivo que no han conseguido apresar.

Y siempre anhelarán algo mejor a cualquier cosa que hayan conocido con cualquier compañero. La búsqueda, el deseo, el hambre de sexualidad perfecta y, por consiguiente, la preocupación por el tema de la sexualidad seguirá subsistiendo, sobre todo porque el acto sexual es tan íntimo, sencillo y relativamente breve, que jamás colma las aspiraciones de los participantes, sometidos a la influencia de los novelistas de todos los tiempos.

Pero ya basta. Me temo que, escribiendo este diario, me he dejado arrastrar demasiado por el tema de la sexualidad.

Al fin y al cabo, ¿qué es la sexualidad? Creo que Mae West, uno de mis primeros ídolos, lo definió insuperablemente al decir: "La sexualidad es una emoción en movimiento".

Muy bien, Mae. Volviendo a mi informe de la primera campaña del Club de los Admiradores, he anotado todas mis reacciones, consecuencia de mi perfecta experiencia sexual del lunes por la noche con el Objeto.

Sigamos. El martes por la noche, una vez el Perito Mercantil se hubo recuperado lo suficiente como para acompañarnos en nuestras actividades, yo entré en primer lugar, y mi satisfacción fue tan absoluta como en el transcurso del anterior encuentro.

Los demás se manifestaron igualmente satisfechos, pero me resisto a creer que hayan logrado conocer la totalidad del amor de una mujer que el Objeto ha reconocido que sólo me reserva a mí.

Reconozco sinceramente que estoy resentido, aunque lo disimule, contra mis compañeros del Club de los Admiradores, por tener que compartir con ellos, a estilo comuna, alguien que me ama y a quien yo amo con todo mi corazón.

Se trata de un sentimiento que, para ser fiel a nuestro pacto, tengo que arrancar de mi alma.

El miércoles por la noche, es decir, ayer, técnicamente el primer día de la segunda semana de nuestra memorable empresa, se produjo una variación.

El Mecánico y el Agente de Seguros la visitaron por la tarde, explicándole que deseaban dedicar la velada a jugar a las cartas.

Si bien no soy contrario a las sesiones diurnas, se me antoja extraño que un hombre prefiera pasarse la noche jugando a las cartas en lugar de pasársela en compañía del Objeto.



Librodot

En cambio, el Perito Mercantil y un servidor de ustedes efectuaron sus habituales visitas nocturnas.

Por lo que a mí respecta, estuve en el séptimo cielo y en el octavo si lo hubiera.

He reservado para el final la descripción de la única nota discordante que se ha producido en el transcurso de los últimos días.

Me refiero a la acalorada conversación que tuvo lugar anoche y que me propongo exponer rápidamente antes de que el Mecánico regrese de su inspección automovilística.

Si bien no puede esperarse que un determinado grupo de hombres procedentes de ambientes y herencias genéticas muy distintas puedan estar en total armonía constantemente (sobre todo viviendo en una área limitada), cabe sin embargo esperar que las diferencias puedan resolverse a través de la discusión y la aplicación de la razón.

He comprobado que, siempre que estamos en desacuerdo, el Mecánico es incapaz de avenirse a razones.

El conflicto que tuvo lugar anoche es un perfecto ejemplo de su manera de pensar o, mejor dicho, de no pensar.

A mi regreso de una prolongada y apasionante cita con el Objeto, la dejé sumida en un profundo sueño, y yo, por mi parte, decidí leer un rato antes de entregarme igualmente a los brazos de Morfeo.

Al pasar por el salón, vi que el Mecánico y el Agente de Seguros se hallaban todavía ocupados jugando al “gin rummy”.

El Perito Mercantil se encontraba en su compañía en calidad de simple observador.

El Mecánico me hizo señas de que me acercara y dijo que ya se habían hartado de jugar al “gin rummy” y que, si me unía a ellos, podrían jugar al póker.

Yo le contesté que estaba profundamente inmerso en la lectura de “La olla de oro”, de James Stephens, que me proponía terminar aquella noche, antes de iniciar la lectura de un volumen de Lafcadio Hearn y una colección de ensayos críticos sobre el arte cinematográfico de D. W. Griffith.

El Mecánico me increpó por ser un aguafiestas y no participar en las actividades del grupo. Ello, en sí mismo, no hubiera bastado para apartarme de la lectura.

Pero al recordarme el Agente de Seguros que yo era el presidente del Club de los Admiradores y tenía la obligación de participar, comprendí que tal vez estaba obligado a conservar la unidad social del grupo anteponiéndola a mis egoístas intereses individuales.

Yo les dije que consideraría la posibilidad de unirme a ellos si jugábamos a la banca y no ya, al póker.

Les dije que era contrario al juego y que en el póker suele dominar el afán de dinero en detrimento de la habilidad y la distracción.

Los demás no se opusieron y me uní a ellos para jugar sobre la mesa del comedor.

El Mecánico preparó sendos tragos para sí y para el Agente de Seguros.

El Perito Mercantil y yo nos abstuvimos de beber.

Empezamos la partida llevando la banca el Perito Mercantil. El Mecánico, que siempre se toma todos los juegos en serio y es muy mal perdedor, jugó concentrándose mucho y sin apenas hablar.

De esta forma nos marcó a todos la pauta y nos dedicamos a barajar, a pasar y a jugar en suma casi en silencio.

Pero, al cabo de tres cuartos de hora, tal vez porque estaba a veinte puntos de su más inmediato oponente, o tal vez porque el alcohol le había soltado la lengua (para entonces ya

se había tomado tres tragos), el Mecánico empezó a referirse a la sexualidad en general y al Objeto en particular.

Ahora, quince horas más tarde, no estoy en condiciones de recordar con exactitud todas las palabras que se pronunciaron, pero poseo una excelente memoria que me permite recordar el meollo de cualquier conversación en la que haya intervenido y estoy seguro de que lo que estoy poniendo sobre el papel constituye un fiel reflejo del espíritu que presidió anoche nuestra discusión.

Ingiriendo ruidosamente whisky, el Mecánico inició la conversación que tan siniestro sesgo adquiriría al final.

"Mirad, todos nos hemos estado contando lo colaboradora que se muestra la tía (es decir, el Objeto), lo estupenda que es y lo bien que nos lo estamos pasando con ella -dijo-.

Muy bien, eso es cierto y yo he sido el primero en reconocer que me gusta. Y lo sigo diciendo.

Por consiguiente, no vayáis a interpretar mal lo que os voy a decir. No reniego de nada que haya dicho antes. Sigo afirmando que está muy bien dotada, que está construida como es debido y que, es muy apasionada.

Pero permitidme que os diga que pensando en las dos últimas veces si me paro a reflexionar, bueno, tengo que decir que, cuando te metes allí abajo, reconozcámoslo a oscuras son todas iguales. Quienquiera que lo dijera dio en el blanco".

"Lo dijo Benjamín Franklin -le interrumpí yo-. Al aconsejar a un joven amigo, escribió que una vieja es preferible a una joven y, al poner sus razones, afirmó que las arrugas y el aspecto no importaban porque, "cubriendo la parte de arriba con un cesto y examinando sólo lo que hay de cintura para abajo, es imposible adivinar si una mujer es joven o vieja".

Y después añadió: "De noche todos los gatos son pardos "".

"Eso de que las viejas son mejores es una idiotez -dijo el Mecánico-, pero nuestro amigo Benjy tenía razón al decir que a oscuras son todas iguales, y eso es precisamente lo que yo estaba diciendo.

Si lo pensarais un poco, me daríais la razón.

Porque tenemos en nuestro poder al supernido de la sexualidad, todo el mundo se gasta miles de millones para verla y soñar con ella, y nosotros la tenemos aquí con nosotros y ¿a qué se reduce todo? Tenemos a una muchacha muy bien equipada, es cierto. Pero también lo están cientos de otras mujeres que he conocido.

Y, en cuanto a la diversión, ¿qué tiene ella que no tengan otras? Quiero decir que, una vez te has acostado con ella una docena de veces, acaba agotando los trucos y ya sabes lo que tiene y lo que puede darte, y entonces te das cuenta de que es lo mismo que puede darte cualquier otra mujer con quien te hayas acostado, sólo que ésta no es tan famosa ni ha sido objeto de tanta publicidad.

¿No os parece? ¿Qué os da una superestrella que no os dé cualquiera de las demás? Pensadlo bien. Son los mismos pechos, los mismos traseros, los mismos manguitos apretados, los mismos trabajos de mano y a la francesa, los mismos gritos, en nada distintos a los que he conocido con cientos de otras mujeres con quienes me he acostado, desde secretarias y camareras hasta mujeres de la alta sociedad.

Es más, si queréis que os diga la verdad, en más de una ocasión me he acostado con bocados mucho mejores que esta tía tan famosa".

Me irrité ante la injusta parrafada del Mecánico pero no dije nada y preferí escuchar la opinión de los demás.

Sentía curiosidad por saber si se atreverían a manifestar su opinión. Para mi asombro, el Perito Mercantil fue el primero en hablar y dijo lo siguiente: "Como es natural, yo no tengo la

misma experiencia que algunos de vosotros en materia sexual, pero, basándome en mis conocimientos, yo diría que las cualidades de nuestra invitada son muy superiores a las corrientes y, en cierto sentido, bastante especiales.

La encuentro muy atractiva, bien proporcionada, interesante y complaciente. Además, posee un grado impresionante de experiencia y una admirable afición a la variedad sexual.

Considero que se trata de algo que puede apreciarse mejor en el caso de que lleves casado mucho tiempo con la misma mujer. Claro que cuando uno disfruta de un soberbio banquete todas las noches, tal como nos ha ocurrido a nosotros, se acaba perdiendo un poco el apetito.

Si se consume habitualmente, hasta el más apreciado bocado de “gourmet” se convierte en una cosa vulgar, ésa es la trampa. Lo reconozco.

-carraspeó y terminó la frase-y tal vez, en cierto sentido, sea en esencia lo que nuestro amigo ha estado diciendo.

Cuando anoche abandoné su lecho, tras habérmelo pasado de maravilla, mientras bajaba por el pasillo empecé a pensar en la muchacha desnuda de que os hablé una vez, aquella a quien fotografié y con quien mantuve relaciones sexuales en el salón Malrosa.

No hacía más que pensar en ella".

"De noche todos los gatos son pardos", repitió el Mecánico con voz de aburrimiento.

Esperé a que hablara el Agente de Seguros y éste así lo hizo: "Me fastidia tener que mostrarme de acuerdo con mi amigo de Tejas pero, puesto que estamos hablando con toda sinceridad, creo que no tengo más remedio que mostrarme de acuerdo.

Sí, esta tarde lo he estado pensando un poco, incluso en los momentos en que me encontraba en su compañía.

Me parece estupendo, magnífico pero, ¿dónde está la novedad? Las primeras veces, sobre todo cuando decidió colaborar, me parecía emocionante y distinto porque, bueno, supongo que por ser quién es y, además, porque se trata de alguien que desea todo el mundo.

Pero una vez se desvanece la novedad y el misterio, no tienes más remedio que reconocer que no es mejor que muchas mujeres de que hayas gozado antes.

Es más, esta tarde estaba pensando bueno, una vez me hube serenado, claro que no es ni mucho menos tan buena como algunas prostitutas que he tenido ocasión de conocer.

Y que conste que no la menosprecio. Puede codearse con las mejores. Pero cuando ya te has saciado de una cosa, estás en condiciones de verla desde otra perspectiva.

Y te dices: está muy bien pero no la considero superior a cualquier otra muchacha.

Mirad, os confesaré una cosa. Esta tarde ni siquiera me apetecía ir. Lo hice porque me pareció que estaba obligado. Pero sabía que vería lo que ya había visto otras veces no sólo en ella sino también en otras. Sabía que haría lo que ya ha hecho otras veces y lo hizo.

Me lancé a ello pero no me emocioné demasiado. Es más, lo que más me apetecía era la partida de cartas de esta noche".

Ya había llegado el momento de que manifestara mi opinión y lo hice con firmeza, lealtad y corrección.

"Lamento tener que discrepar -les dije-. Estoy totalmente en desacuerdo con vosotros sin ninguna reserva. Yo la considero una persona única y extraordinaria. Cada día espero con impaciencia el momento de poder verla.

Sé que cada noche gozaré de una nueva aventura. He conocido a bastantes mujeres. Jamás he conocido a ninguna mujer que vistiera mejor que ella.

Colma todas mis aspiraciones y sabéis muy bien cuán altas son éstas. Es más hermosa que ninguna otra mujer de la tierra. Es más amable, más dulce y más excelente que ninguna. Y, finalmente, se muestra más imaginativa y creadora que ninguna en el arte amoroso.

A diferencia de lo que les ocurre a la mayoría de sus hermanas, goza del amor por sí mismo. Para ella, se trata de una forma de expresión. Por eso se muestra siempre lozana, espontánea y variada.

Jamás he conocido ni he oído hablar de ninguna mujer capaz de dar lo que ella puede dar".

El Agente de Seguros me lanzó un desafío.

"Dime una cosa que ninguna otra mujer pueda dar. No la hay. Lo malo es que la sigues viendo con cristales de color de rosa.

Insistes en convertirla en lo que no es. Anda, dime una sola cosa que tenga ella y no tenga otra mujer que hayas conocido".

El Mecánico se me adelantó antes de que yo pudiera contestar.

"Sólo tiene una cosa que no tiene ninguna otra mujer -dijo-. ¿Sabéis lo que es?" "¿Qué?", preguntó el Agente de Seguros.

"Pues, dinero.

Eso es lo que tiene".

"De eso no me cabe la menor duda", dijo el Agente de Seguros.

"¿Sabéis lo forrada que está? ¿Sabéis cuántos billetes ganó el año pasado? Anoche estuve hablando con ella y le dije que era injusto que alguien como ella ganara tanto, siendo así que los demás apenas ganamos nada.

¿Sabéis cuánto reconoció que había ganado el año pasado, en sólo un año? Un millón.

¡Un millón de dólares!" "Para ser más exactos, permíteme que te recuerde su declaración de ingresos -le interrumpió el Perito Mercantil-.

En el transcurso de los doce meses del año pasado alcanzó unos ingresos de un millón doscientos veintinueve mil cuatrocientos cincuenta y un dólares y noventa centavos".

"¿Lo veis? -dijo el Mecánico-. Pues, si queréis saber mi opinión, para mí eso es lo más atractivo que tiene. A eso no me importaría nada meterle mano".

No me gustaba nada el sesgo que estaba adquiriendo la conversación y llegué a la conclusión de que había llegado el momento de exponerles a los demás lo que el Objeto me había dicho.

Me pareció que si comprendían cuánto apreciaba ella la ausencia de interés económico de la aventura y lo mucho que les respetaba por sus puras motivaciones, se avergonzarían y desistirían de aquella conversación tan materialista.

Tomé por tanto la palabra.

"Creo que debiera deciros algo que viene muy a cuento de esta conversación -les dije-. La otra noche estuve hablando con ella a propósito de sus relaciones con nosotros y de su actitud. Debo añadir que se mostró de lo más sincera.

Si bien no minimizó la importancia del secuestro, me confesó que, desde que ello había ocurrido, había conseguido ver las cosas de una forma más desapasionada. Y me confesó que ahora, tras haberse producido el secuestro y haberse acostumbrado a su suerte, sobre todo desde que empezamos a tratarla mejor, ha descubierto que existe un aspecto de nuestra empresa que le causa mucha admiración.

Me dijo que nos respetaba precisamente por ese motivo".

"¿Ah, sí? -preguntó el Mecánico-. ¿De qué se trata?"

"Aprecia la pureza de nuestras intenciones. Le gusta la idea de que nos arriesgáramos por el hecho de desearla y no ya para mantenerla como rehén a cambio de un montón de dinero. Considera que nuestros motivos constituyen un cumplido. Hemos coqueteado con el peligro, hemos logrado llevar a cabo un difícil secuestro y lo hemos hecho por amor, no por dinero. Por eso nos respeta".

"Ni hablar, hombre -dijo el Mecánico soltando un gruñido-. Debe estarse burlando de nosotros y pensando que somos un hato de imbéciles, por habernos tomado todas estas molestias a cambio de su amor en lugar de hacerlo a cambio de lo que interesa realmente, que es el dinero contante y sonante y nada más".

"Te equivocas -dije yo-. Se enorgullece sinceramente de nuestro comportamiento. Se siente muy halagada".

"Bueno, tal vez lo considere un cumplido, maldita sea, pero yo no.

Yo pienso que estamos haciendo el ridículo. ¿Sabéis una cosa? Cuanto más lo pienso, cosa que llevo haciendo toda la semana, más me doy cuenta de lo tontos que hemos sido al habernos arriesgado tanto a cambio de un trasero como hay otros, sobre todo teniendo en cuenta que cualquier persona en su sano juicio sabe perfectamente que, cuando se lleva a cabo algo de este estilo y se alcanza el éxito, es posible disfrutar de todos los traseros que te apetezcan junto con el dinero. Os digo que somos unos idiotas".

"No lo somos -insistí yo-. Si lo hubiéramos hecho a cambio de dinero, no seríamos más que unos vulgares delincuentes, cosa que no somos. Lo hicimos porque éramos unos seres humanos honrados, que queríamos llevar a cabo una empresa romántica".

"De romántica, nada -me espetó el Mecánico claramente molesto-. Os digo que fuimos unos idiotas. Mirad, cuando un tío va y arriesga deliberadamente el pellejo lo importante es que lo haga por algo que merezca la pena.

Hacerlo a cambio de un poco de amor, qué demonios, eso se hace, se acaba y se olvida y entonces ¿qué te queda? Por el contrario, arriesgas el pellejo a cambio de algo que pueda cambiar tu vida para siempre, eso sí merece la pena.

Mirad, yo os digo lo que pienso. -Hizo un gesto en dirección al dormitorio principal-. Cuando todo termine, haber disfrutado de su trasero en aquella habitación no va a cambiar mi vida. En cambio, disponer de unos cuantos millones de los que ella tiene guardados, eso podría permitirme volver a casa convertido en un rey y modificar todo mi futuro.

Qué demonios, ella misma me dijo que tenía más billetes verdes de los que le hacen falta, aunque viviera hasta los noventa años. No los podrá aprovechar todos".

"Pues nosotros no se los vamos a quitar -dije yo-. El Club de los Admiradores no se fundó con vistas a estudiar su situación económica, y no se hable más del asunto".

"Muy bien, chico, muy bien -dijo el Mecánico y después esbozó una ancha sonrisa para darme a entender que no se proponía insistir en el tema-.

No tienes por qué enojarte. No estaba proponiendo nada en concreto. Estaba haciendo simplemente conjeturas, pensando en voz alta".

"Pues procura no pensarlo -le dije-. Quede esto bien claro de una vez por todas. Su riqueza no nos concierne".

"Yo no diría tanto -replicó el Mecánico. Levantó el vaso, ingirió un sorbo y se lamió los labios-. Tal vez no nos concierna pero yo sólo sé una cosa: y es que cuando pienso en todo el dinero que tiene, me excito más que si pensara en su trasero".

"Cállate ya y baraja -le dije-. Sigamos la partida".

Pero me sentía muy enojado a causa de aquella insensata conversación. En el transcurso de la primera mano, una vez reanudamos el juego, me alegré mucho de poderle ganar y dejarle atascado con trece puntos.

Habían transcurrido veinticuatro horas sin incidente alguno, y a la noche siguiente volvieron a reunirse los cuatro alrededor de la mesa del comedor para beber, conversar de vez en cuando y jugar indiferentemente a la banca.

En aquellos momentos, mientras descartaba tres veces a Yost y aceptaba los tres naipes que Brunner le ofrecía, Adam Malone estaba muy lejos de la partida. Estaba repasando el día y, a primera vista, aquel viernes no se le antojaba nada distinto a los demás días transcurridos en aquel confinamiento, si bien había algo que le inquietaba.

Todos habían dormido hasta tarde, lo cual no era nada raro. La tarde se la habían pasado: Brunner, dormitando frente al aparato de televisión; Yost limpiando su escopeta de caza de dos cañones y saliendo a dar un paseo, y Shively, tan nervioso como siempre, fumando sin cesar, cortando un poco de leña, revisando el cacharro de ir por las dunas y bebiendo tequila.

Malone se había conformado con descansar en el porche y terminar finalmente la lectura de la novela de James Stephens.

Ahora Malone estaba pasando mentalmente revista a los acontecimientos que habían tenido lugar antes y durante la cena. Hasta aquel día, siempre habían hecho lo mismo.

Siempre se habían reunido en el salón para tomar un trago, charlar acerca de su pasado y su trabajo, contarse anécdotas y pasar el rato.

En tales ocasiones, Shively siempre resultaba ser el conversador más animado, refiriéndose a menudo a sus aventuras con los mequetrefes del Vietnam, o a sus acrobacias sexuales con infinidad de mujeres, o a sus vehementes discusiones con las autoridades y la gente rica que no dejaba de humillarle.

En el transcurso de sus monólogos, uno o dos de sus compañeros se levantaban y se iban a la cocina a preparar la cena. Después devoraban la comida y a continuación se entregaban al rito de echar las cartas para determinar el orden de visitas a Sharon Fields.

Después bajaban por el pasillo siguiendo un riguroso turno y se encerraban en el dormitorio en compañía de Sharon.

Sólo una vez -de ello hacía cuatro días-habían variado un poco las cosas, y ello había ocurrido cuando Brunner había preferido no visitar a Sharon con vistas a recuperar energías.

Pero esta noche las cosas habían cambiado considerablemente y Malone suponía que estaba desazonado a causa de aquel cambio de comportamiento.

Poco antes de cenar, Shively se había dedicado a ingerir más tequila que de costumbre, aparte las bebidas alcohólicas que ya se había tomado en el transcurso de la tarde, y, en lugar de llevar la voz cantante de la conversación, se había sumido en un insólito silencio.

Además, no había permanecido en compañía de los demás hasta la hora de la cena sino que, sin dar explicación alguna, se había retirado a su cuarto.

Normalmente, siempre que Shively no llevaba la voz cantante, Yost se encargaba de animar el cotarro contándoles chistes archisabidos.

Pero esta noche, tras haber abandonado Shively el salón, Yost adoptó una actitud introspectiva y apenas abrió la boca.

Al llegar la hora de preparar la cena, Brunner, que siempre solía ofrecerse para ayudar a Yost o a Malone, no hizo ademán alguno de reunirse con este último en la cocina.

Se quedó sentado en el sofá bebiendo y haraganeando. La cena también había sido en cierto modo distinta. Shively y Yost, que eran hombres de muy buen apetito, se limitaron a mordisquear la comida, mostrando muy poco interés por el plato que les había sido servido.

Malone se había sorprendido mucho, dado que había preparado un sabroso estofado de buey, uno de los platos preferidos de Shively, y éste sólo había probado un bocado.

Malone se percataba de que reinaba una atmósfera de hastío. Sin embargo, el verdadero cambio, por lo menos desde el punto de vista de Malone, se había producido Después de cenar.

Había llegado el momento de echar a suerte el turno de sus privilegios de visita. Malone sacó la baraja y le ofreció a Brunner la oportunidad de elegir primero. Brunner rehusó alegando que prefería dejarlo porque se sentía cansado y en la televisión daban un programa especial que no deseaba perderse.

En sí mismo, ello no hubiera sido de extrañar, puesto que Brunner se había saltado otra vez una sesión con Sharon.

Malone se sorprendió muchísimo en cambio cuando, tras ofrecerle la baraja a Yost, éste vaciló y después anunció que también lo dejaría correr.

-No necesito acostarme todas las noches con una mujer -explicó Yost como para justificarse-. No necesito demostrar nada. No me apetece y basta. Además, estamos en vacaciones, ¿no? Por consiguiente, cuando se está de vacaciones, no está de más sentarse un poco a descansar.

Tal vez me dedique un poco a hacer solitarios o a jugar al “gin”, caso de que Shiv quiera acompañarme.

Malone le ofreció los naipes a Shively pero éste no le hizo caso y se dirigió a Yost:

-Me estás tentando, Howie. Tuviste mucha suerte en las dos últimas manos de anoche. Estoy dispuesto a darte una buena paliza.

-Muy bien, ¿por qué no pruebas?

Shively reflexionó unos momentos y después, para asombro de Malone, se volvió a mirar la bajara que éste le estaba ofreciendo.

-No sé, qué demonios, tal vez podamos jugar más tarde. Creo que aprovecharé la ocasión. Ya casi se ha convertido en una costumbre.

Puesto que la tenemos a nuestra disposición en el dormitorio de al lado, ¿por qué no aprovecharlo?

-Anoche nos dijiste que ya no te divertías tanto -le dijo Yost-. No te sentará nada mal saltártelo una noche y hacer lo que más te apetezca tal como yo hago.

-Yo no he dicho que piense otra cosa. Lo que sucede es que, puesto que tengo el material a mi disposición, poco trabajo me cuesta aprovecharlo.

Considéralo un ejercicio. Tú has dado un paseo, Howie. Pues imagínate que estoy haciendo un ejercicio para mantenerme en forma.

-Muy bien, haz lo que gustes.

Shively miró a Malone.

-¿Y tú qué dices, muchacho? ¿Vas a aprovecharlo como de costumbre?

-Claro -repuso Malone-. Sabes que estoy deseando verla. Yo no pienso lo mismo que vosotros.

-Muy bien, Don Juan -dijo Shively-, puesto que eres el único que todavía se emociona con ella -cosa que, dicho sea entre nosotros, yo no creo-puedes ir primero y que sea enhorabuena.

No es necesario que lo echemos a suerte. Ve tú primero y, si me apetece, te seguiré.

Malone fue primero, visitó a Sharon, la encontró más acogedora y cariñosa que nunca y abandonó el dormitorio más enamorado y agradecido que nunca por el placer sexual que con ella experimentaba.

Regresó al comedor y encontró a Shively intensamente concentrado en una partida de “gin rummy” con Yost.



Librodot

-Está a tu disposición -le dijo Malone a regañadientes.

-Sí -le contestó Shively con indiferencia-, ya veremos. No me molestes ahora.

Dos manos más tarde consiguió ganar la partida y con ella doce dólares y, por primera vez en toda la noche, empezó a mostrarse de buen humor.

Se disponía a iniciar una nueva partida cuando Malone le recordó que Sharon le estaba esperando. Si no tenía intención de verla, sería conveniente avisarla añadió Malone, al objeto de que pudiera tomarse la píldora para dormir y descansar un poco.

-Qué mierda -masculló Shively poniéndose en pie-. Siempre tiene uno que hacer algo. ¿Por qué no le dejarán a uno en paz? Todo ello se le antojó a Malone sumamente incomprensible.

-No tienes por qué ir, Kyle. Sigue jugando a las cartas. Ya iré yo a decirle que puede tomarse la píldora.

-No empieces a decirme lo que debo y lo que no debo hacer -le dijo Shively con aspereza-.nDéjame en paz. -Después le gritó a Yost-: Guárdame caliente la baraja, Howie, vuelvo en seguida.

Se dirigió al dormitorio principal como un individuo en libertad bajo palabra que tuviera que presentarse al agente encargado de su vigilancia.

Regresó muy irritado al cabo de una hora, mirando enfurecido a Malone como si éste le hubiera obligado a hacer algo en contra de su voluntad.

-¿Qué tal ha ido? -le preguntó Yost.

-¿Y qué quieres que te cuente? Ya lo sabes. Lo mismo de siempre.

Ah, puesto que ya ha terminado el programa de Leo, ¿qué os parece si los cuatro echamos una buena partida de banca? Y ahora seguían jugando a las cartas, pensó Malone, en un juego que al principio había despertado entusiasmo pero que ahora les estaba aburriendo a todos, Sus rostros reflejaban falta de interés y sus frecuentes errores constituían una prueba evidente de su escasa atención.

Pero lo que más desazonaba a Malone era la creciente indiferencia que les estaba inspirando Sharon (no es que eso a él le importara, es más, tal vez por este medio consiguiera hacer realidad su sueño de disfrutarla en exclusiva) y, junto con la indiferencia, la inquieta murria que parecía presidir todas sus actividades.

Era como si el Club de los Admiradores navegara por aguas embravecidas.

El, en su calidad de capitán, tenía que encargarse de empuñar el timón.

-Santo cielo, a ver si dejas de una vez de tomar cartas -le dijo Shively malhumorado-.

Te toca a ti. Juega oros, si tienes. Otra mano y otra.

Malone se percataba de la opresiva atmósfera de tedio que emanaba del silencioso comportamiento de robot de Shively, Yost y Brunner.

Le tocaba barajar a Shively y éste había empezado a mezclar los naipes, cuando juntó la baraja, la tomó en la mano y la apartó deliberadamente a un lado.

Después, apoyando ambas manos sobre los bordes de la mesa, contempló las inquisitivas miradas de sus compañeros.

Shively no sonreía y la expresión de su rostro era muy torva.

-Que se vayan al infierno las cartas -dijo-. Esta noche tenemos que ocuparnos de algo mucho más importante. Lo he estado pensando todo el día y ahora os lo voy a decir.

Es importante, es lo más importante que ha ocurrido desde que estamos aquí.

Malone se tensó en espera de las palabras de Shively.

-¿Qué has estado pensando, Shiv? -le preguntó Yost preocupado.

-Es posible que no a todos os guste lo que voy a decir pero lo diré. Vivimos en un país libre. -Los pequeños ojos de Shively se posaron en sus compañeros y se detuvieron finalmente en Malone-. Y creo que, cuando me hayáis escuchado, os mostraréis de acuerdo conmigo.

Voy a proponeros algo que hará que nuestra empresa valga la pena. ¿Estáis dispuestos a escucharme?

-Sigue, por favor, Kyle -dijo Brunner.

Todo el aspecto de Shively pareció experimentar una transformación. Era como si el doctor Frankenstein le hubiera aplicado unos electrodos y le hubiera suministrado una carga eléctrica que le hubiera infundido vida y energía con vistas a una actividad de tipo físico.

-¿Recordáis lo que estuve comentando anoche? -preguntó-. A propósito de la Diosa de la Sexualidad que tenemos en la habitación de al lado. ¿Os acordáis?

-Quieres decir que ya te has cansado de ella -terció Brunner.

Pero Malone se acordó de otra cosa, del verdadero núcleo de las conjeturas de Shively, e inmediatamente se atemorizó.

-No se trata simplemente de que me haya cansado de ella -dijo Shively-, sino también de otra cosa.

No me gusta repetirme. Procuraré abreviar y estoy seguro de que lo comprenderéis. El hecho de estar cansado no es más que una faceta de la cuestión. Desde luego que ya me he hartado de la tía, tal como suele hartarse uno de una mujer tras haberse acostado con ella las suficientes veces.

Al cabo de algún tiempo, resulta de lo más monótono. Pero, si queréis que os sea sincero, me he cansado también de otra cosa.

Estoy cansado de permanecer oculto en este escondrijo, dentro de las mismas cuatro paredes, sin poder hacer nada ni ir a ningún sitio. Estoy harto de la misma cochina comida tres veces al día.

El sabor acaba resultándote cada vez más desagradable. Y, si queréis que os diga una cosa, y que nadie se ofenda, me estoy hartando de vosotros tres.

Es humano cansarse de ver constantemente las mismas caras todo el día. No me extrañaría nada que vosotros pensarais lo mismo.

-Bueno, yo estoy acostumbrado a la vida retirada -dijo Yost-, porque cada año suelo salir de caza y pesca con mis amigos.

-Pero yo comprendo lo que quiere decir -le dijo Brunner a Yost.

-Pues claro, yo también lo comprendo. Le ha entrado claustrofobia.

-Yost volvió a dirigirse a Shively-. Bueno, Shiv, ¿a dónde quieres ir a parar?

-Es como cuando estaba en el Vietnam -prosiguió Shively-, viviendo semana tras semana con los mismos individuos en el campamento.

Es un asco. Juré que jamás volvería a hacerlo y ahora me encuentro aquí encerrado otra vez.

Estoy empezando a hartarme. Por consiguiente, he llegado a la conclusión de que ya estoy cansado.

Quiero terminar, hacer lo que tengamos que hacer, largarnos y regresar de nuevo a la vida normal. -Levantó la mano-. Con una diferencia.

Quiero volver a la vida normal, pero no a la que he conocido siempre sino a la que siempre he dicho que merecía.

Brunner le escudriñó a través de los gruesos cristales de sus gafas.



Librodot

-Kyle, debo decirte que no te entiendo lo más mínimo. ¿Qué es eso de que quieres decir la vida que siempre te has dicho que merecías?

-Quiero decir largándome de aquí convertido en un ricacho -repuso Shively con una sonrisa-y pudiendo gastar el dinero a manos llenas.

-Bueno, eso nos gustaría a todos -dijo Brunner decepcionado-, pero, a no ser que hayas descubierto una mina de oro.

-Tienes razón en eso de la mina de oro -dijo Shively con firmeza-, la tenemos durmiendo en la habitación de al lado.

Malone se medio levantó.

-No, no debes, no es posible, no empieces otra vez.

-!O te callas la boca o te la callaré yo! -le amenazó Shively.

Después se dirigió a los demás-.

¿Recordáis lo que os dije anoche? No sé si anoche hablaba en serio, pero hoy lo he estado pensando y permitidme que os diga, caballeros, que la cosa me ha parecido pero que muy bien.

Yost inclinó toda su mole hacia el tejano.

-¿Te refieres a pedir un rescate, Shiv?

-Exactamente. Ni más ni menos. ¿Por qué no? Está forrada de billetes verdes.

Leo no ha sido el único que nos lo ha confirmado. Ya os dije que hace unos días Sharon y yo estuvimos hablando de estilos de vida y cosas de ésas, y ella me dijo cuál era su situación, maldita sea, no tiene más que veintiocho años y ya es doce veces millonaria. Y ahora os voy a decir una cosa.

Los demás guardaron silencio.

-Hace una hora, cuando estaba con ella, he traído el tema a colación para asegurarme bien, para cerciorarme de que no fueran historias inventadas por los periódicos o de que Leo hubiera dado con una declaración de impuestos excepcional.

Y he empezado a hacer averiguaciones. He conseguido sonsacarla. ¿Sabéis cuánto vale esta mujer? Pues unos quince millones de dólares, todos bien guardaditos.

-¿Quince millones? -preguntó Brunner asombrado-. ¿Una vez deducidos los impuestos?

-Puedes estar seguro, una vez deducidos los impuestos. Y no te sorprendas tanto.

El Zigman ese se ha dedicado a invertirle los ingresos desde que empezó a tener éxito y ha hecho toda clase de inversiones: edificios comerciales, edificios destinados a viviendas, ganado, petróleo, una empresa de cosmética, una cadena de restaurantes, lo que quieras.

Y me ha dicho que ahora gana más con las inversiones que con los honorarios que le pagan los estudios.

-Probablemente lo tendrá todo invertido -dijo Yost.

-No -repuso Shively sin perderse la observación-. No, eso lo hemos aclarado muy bien. Tiene mucho dinero en efectivo, como dice ella ¿ésa es la palabra, verdad, Leo?

-Sí, exactamente -repuso Brunner-. Quiere decir dinero disponible.

-Lo tiene en bonos exentos de impuestos, acciones, compañías de ahorro y préstamo y cosas de ésas. Y resulta que, encima, dispone de tarjeta de crédito de primerísima categoría en todos los bancos.

Basta con que levante un dedo para que le entreguen la cantidad que quiera.

-Gracias, Kyle -dijo Malone sin poder contenerse por más tiempo-, pero la situación económica de Sharon Fields no nos interesa.



Librodot

-Tal vez no te interese a ti, muchacho, pero a mí sí me interesa -dijo Shively. Una vez más hizo caso omiso de Malone y se dirigió a los otros dos-.

Escuchadme, me he pasado todo el día pensando en lo que os dije anoche sin estar muy convencido. Ahora estoy dispuesto si vosotros lo estáis. -Se detuvo-.

¿Cuánto tiempo nos queda? Siete días, es decir, apenas una semana antes de que terminen las vacaciones.

Pronto llegaremos a la encrucijada. Volveremos a nuestras cochinas preocupaciones y a nuestros cochinos trabajos. ¿De qué nos habrá servido tanto esfuerzo? De nada, como no sea para poder presumir de habernos acostado con la tía más famosa del mundo, sólo que ni eso podremos decir so pena de meternos en un buen lío. ¿Qué nos queda entonces? Cuatro miembros agotados.

Nada más. Y cuatro cuentas corrientes un poco más menguadas por culpa del dinero que nos ha costado este proyecto.

Bueno, hoy me he estado diciendo: Shiv, no puedes ser tan estúpido como para largarte de aquí sin otra cosa que no sea el recuerdo de una famosa y elegante mujer. Shiv, será la única oportunidad que se te ofrezca de largarte de aquí con algo que pueda cambiar toda tu vida y convertir en realidad aquello que siempre has soñado.

¿Y qué es eso? Yo lo sé y vosotros también lo sabéis. Es lo único que es mejor que la sexualidad cuando se carece de él. ¿Lo sabéis, no es cierto?

-El dinero -dijo Yost como hablando consigo mismo.

-Exactamente, do-re-mi-fa-sol, el verdadero botín -dijo Shively enfervorizado-. La mayoría de la gente jamás consigue alcanzarlo. Nosotros hemos tenido suerte.

En la habitación de al lado tenemos el mismísimo Tesoro de los Estados Unidos. Es una ocasión que sólo se presenta una vez en la vida y, si no la aprovechamos, ello significará que nos tenemos merecido vivir pobres toda la vida, cosa que ocurrirá efectivamente.

Escuchadme, hombres, por el amor de Dios. Es la única oportunidad que he tenido de cambiar totalmente mi vida. Y alguno de vosotros también podréis cambiar las vuestras. A no ser que a alguno de vosotros no le haga falta el dinero, claro.

-Qué demonios, el dinero le hace falta a todo el mundo -dijo Yost encogiéndose de hombros-. La gente que se encuentra en nuestra situación, sobre todo si se trata de personas casadas y con hijos, no está en condiciones de ahorrar ni un céntimo tal y como están las cosas.

Yo sé por experiencia que siempre estoy con el agua al cuello. Es más, en estos momentos, he contraído algunas deudas. El trabajo ha flojeado un poco. Cualquiera sabe si volverá a animarse. Si enfermara o me separara de la compañía, no sabría hacia qué parte volverme.

Estaría perdido. Me preocupa verme siempre acorralado en un rincón, tener que preocuparme siempre por la seguridad.

Leo Brunner se convirtió ahora en el centro de la atención de todos los demás.

Mantenía la frente fruncida. Comprendiendo que esperaban escuchar su opinión, se dispuso a exponerla.

-Por mi parte diré que me preocupa uno de los aspectos de la propuesta de Kyle. -Reflexionó unos instantes y después prosiguió-. Mirad, cuando se inició este proyecto, yo me mostré muy reacio, como sabéis.

Me preocupaba el secuestro por tratarse de un delito grave. Eso fue lo primero. Después me preocupó la violación por tratarse también de otro delito grave.

No obstante, dado que el secuestro pasó inadvertido y todavía no se ha descubierto, en la práctica no se trata de un delito del que se nos pueda acusar. Y puesto que puede decirse

que la señorita Fields ha colaborado y ha accedido a mantener relaciones sexuales con nosotros, ello elimina toda probabilidad de que podamos ser acusados de violación.

En resumen, que nuestra situación se me antojó más segura. Comprendí que, una vez hubiéramos terminado, no habría forma de que la señorita Fields pudiera saber quiénes éramos y acusarnos, y todo sería como si estas dos semanas no hubieran existido.

Hubiéramos vivido la experiencia y podríamos reanudar nuestras vidas sin temor. Sin embargo, la propuesta de Kyle arroja nueva luz sobre nuestra situación.

-Pues claro que sí -dijo Shively-. Nos convierte en unos ricachos.

-Pero ello sucederá a cambio de un precio -dijo Brunner-. Significa que tendremos que revelar el secuestro inicial.

Hasta ahora, no existe ninguna prueba que permita deducir que la señorita Fields es mantenida prisionera contra su voluntad. En cuanto enviemos la nota de rescate o demostremos que estamos en posesión de la persona de la señorita Fields y exijamos dinero a cambio de su regreso sana y salva, habremos anunciado al mundo que hemos cometido un delito, que la señorita Fields ha sido secuestrada por unos delincuentes.

-Este hecho no se daría a la publicidad -dijo Yost-. El representante de Sharon no se atrevería a acudir a la policía. Estaría demasiado preocupado por su seguridad. Si decidiéramos hacerlo, estoy seguro de que podríamos conseguir que se tratara de una transacción particular.

-Tal vez sí y tal vez no -dijo Brunner-. Me atrevería a afirmar que tal vez estés en lo cierto.

Pero lo que yo digo es que, en cuanto se envíe una nota de rescate, alguien sabe que se ha cometido un delito y que hay de por medio unos delincuentes.

-¿Y qué? -preguntó Shively-.

El tipo que recibiera la nota, este Zigman, se cagaría de miedo. No haría ni una maldita cosa. Estaríamos tan a salvo como estamos ahora sólo que más ricos, mucho más ricos. No me digas que no te gustaría ser más rico, Leo.

-No niego que una inesperada ganancia a estas alturas de mi vida podría significar mucho para mí -dijo Brunner-.

Pero me preocupa mucho el peligro que correremos a cambio de obtener un resultado tangible. Me inclino a dejar las cosas tal como están.

Malone no hizo el menor esfuerzo por disimular su constante desaprobación.

-Permitidme que os manifieste ahora mismo que sigo pensando lo mismo acerca del asunto del rescate. Soy contrario a ello de la misma manera que fui contrario a tu comportamiento de la primera noche en que la asaltaste por primera vez, Kyle. Yo era contrario al empleo de la fuerza.

Y ahora me muestro igualmente contrario a la idea del rescate. A mí no me hace falta ese maldito dinero. No lo quiero.

Creo que debiéramos dejar de hablar de este asunto del rescate. No fue éste el propósito de nuestro proyecto.

-No estoy yo tan seguro -dijo Shively-. Tal vez fuera éste el “verdadero” propósito aunque jamás nos atreviéramos a reconocerlo abiertamente.

Lo que quiero decir es que, cuando se lleva a cabo un secuestro, uno sabe que secuestro equivale a rescate. Son cosas que van unidas. Tal vez lo hayamos pensado en secreto todos estos días.

Ahora yo estoy dispuesto a comentarlo claramente y a decir que muy bien, ya hemos hecho la mitad, ahora hagamos el resto. Vamos a ver si conseguimos el premio que nos merecemos y tú, Leo, puedes creerme, no corremos ningún peligro.

El verdadero peligro lo corrimos al llevárnosla y ocultarla. Y eso ya está hecho. Lo que queda no es más que papeleo burocrático.

Pensándolo bien, ¿qué nos falta? La obligamos a escribir una nota -tal vez dos, ya veremos-para que reconozcan su caligrafía y sepan que está bien.

Le pedimos que le ordene a Zigman reunir secretamente la pasta y dejarla dónde y cuándo nosotros digamos, añadiendo que no lo comunique a las autoridades ni intente poner en práctica ninguna jugarreta si quiere volver a verla viva. El cumplirá la orden.

Podéis estar bien seguros de que no se atreverá a correr ningún riesgo. Porque querrá volver a verla entera. Para él, constituye una inversión fabulosa.

Y tal como ya te he dicho -ella misma me lo ha confesado-el dinero lo tiene disponible y, qué demonios, tiene tanto que ni siquiera lo echará en falta.

El cerebro de Yost ya se estaba adelantando a los acontecimientos.

-Kyle -dijo-, ¿cuánto tenías pensado pedir por ella?

Shively esbozó una sonrisa de satisfacción y formuló la siguiente frase deleitándose en cada una de sus palabras:

-Un millón de dólares, compañero. Un millón de dólares en efectivo.

-¿Tanto? -preguntó Yost emitiendo un bajo y prolongado silbido.

-Un número redondo, ¿eh? -dijo Shively-. Un millón dividido por cuatro significa un cuarto para cada uno. -Miró a su alrededor-¿Qué tal te suena eso, Leo? ¿Te vendrían bien doscientos cincuenta mil dólares libres de impuestos?

Brunner se mostraba visiblemente aturdido y tragó saliva antes de contestar.

-¿Y a quién no? Es mucho dinero, no cabe duda. Ya tendría asegurada la vida. ¿Estás seguro de que podría hacerse sin correr peligro?

-Completamente seguro.

-Si yo pudiera estarlo. -murmuró Brunner.

-Te lo garantizo, Leo. Es como en el banco, compañero. Mirad, chicos, os he ayudado a llegar hasta aquí sin dificultades. ¿Por qué no me dejáis llevar las riendas a partir de ahora? Dejadme manejar el asunto y podremos regresar a casa y retirarnos.

-Shiv, escúchame y no pierdas la sensatez -le dijo Malone en tono de súplica-. Nosotros no somos unos secuestradores de esa clase. No somos como Bruno Hauptmann ni nadie de ese estilo.

No lo hicimos para obtener dinero. Lo hicimos para poder vivir una experiencia romántica. Y ahora ya la estamos viviendo.

-¿Has probado alguna vez a depositar en el banco una experiencia? -le interrumpió Shively.

-No somos unos secuestradores, maldita sea.

-Los secuestradores son aquellos a quienes apresan -replicó Shively-. A nosotros no nos han apresado y no van a hacerlo. En realidad, este último paso que os estoy aconsejando es el más fácil.

-En este sentido Shiv tiene razón -convino Yost-.

La última fase no es más que una transacción en la que nosotros tenemos la sartén por el mango. La persona con quien negociaremos no tendrá más remedio que obedecer. Yo creo que merece la pena estudiarlo un poco.



Librodot

-Sí -dijo Shively satisfecho-. Empecemos a estudiar todos los detalles. Y después lo someteremos a votación. ¿Os parece bien a todos?

Acordaron estudiar todas las ventajas e inconvenientes de la propuesta de Kyle Shively. Permanecieron hablando por espacio de setenta minutos, primero uno y después otro, sentados alrededor de la mesa.

Transcurrido ese tiempo, comprendieron que ya habían pasado revista a todos los pros y los contras.

-Creo que ya lo hemos estudiado exhaustivamente -dijo Shively-. Estoy dispuesto a emitir mi voto.

-Recuerda que está en vigor la norma revisada -le dijo Yost-. El voto por mayoría la aprueba o la rechaza. Un empate significa que se rechaza la propuesta. Propongo que el Club de los Admiradores inicie las votaciones. ¿Tú qué votas, Shiv?

-¿A ti qué te parece? Soy partidario de ello. ¡Voto un sí como una casa!

-¿Y tú, Adam?

-No, absolutamente no.

-Muy bien, ahí va mi voto: Howard Yost vota sí. Dos estamos a favor de la nota de rescate y uno está en contra. La cuestión está en manos del ilustre Leo Brunner. ¿Qué dices, Leo?

-Recuerda, Leo -le gritó Shively-, un cuarto de millón de dólares en el bolsillo. Di que sí y lo tendrás. -Sonrió-. Libre de impuestos, Leo, un cuarto de millón libre de impuestos.

-No, vota no, Leo -le suplicó Malone-. No nos conviertas en unos delincuentes. Tu voto negativo será el final de esta maldita propuesta.

Brunner parpadeaba sin cesar detrás de las gafas mirando alternativamente a Shively y a Malone.

-Tienes que decidirte, Leo -le apremió Yost-. Habla. ¿A favor o en contra? ¿Sí o no? Brunner se esforzó por articular una palabra.

Pareció que sus labios estuvieran a punto de formar un no pero de repente se escuchó su reseca voz:

-¡Sí!

Yost y Shively se pusieron en pie y le aplaudieron.

-¡Tres a uno! -exclamó Shively pavoneándose-. ¡Ya está arreglado! ¡Somos ricos!

Afligido y derrotado, Malone se apartó de la mesa y se levantó. Observó apenado el alborozo de sus compañeros y esperó a que éste cediera un poco.

Cuando los demás se hubieron callado, Malone consiguió hablar y se dirigió a Shively.

-No pienso discutir más. Lo hecho, hecho está. Pero una cosa. No llegarás muy lejos en este asunto del rescate sin la colaboración de Sharon Fields.

-Claro, necesitamos su colaboración -dijo Shively.

-¿Y si se lo preguntas y ella se niega a colaborar?

-Te prometo que no ocurrirá tal cosa -le dijo Shively guiñándole el ojo.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque esta noche se lo he preguntado cuando la he visitado -repuso Shively sin dejar de sonreír-. No habrá ninguna dificultad. Se ha mostrado de acuerdo. Colaborará.

-¿Quieres decir que ha accedido a escribir la nota de rescate?

-No una sino dos -dijo Shively preparándose el trago de la victoria-. Te asombrarías de lo fácil que ha sido. Yo le he dicho: "Hermana -le he dicho-, quiero que le escribas a Zigman que reúna el dinero y después quiero que le escribas dónde tiene que dejarlo".

Le he dicho que era necesario que escribiera ella las notas para demostrar que estaba en buenas condiciones. Al principio se ha hecho de rogar un poco.

Me ha dicho: "¿Y si me niego a escribir las notas de rescate?" Y yo voy y le digo: "Cariño, te lo diré muy claro. Si no conseguimos una carta escrita de puño y letra por ti, me temo que tendremos que enviar tu mano para demostrar que te tenemos en nuestro poder". -Se echó a reír-. Y ya no ha habido dificultades.

Malone le miró aterrado.

-Ya aprenderás, muchacho -le dijo Shively sacudiendo la cabeza-. Tienes que aprender a manejar a las mujeres. -Levantó el vaso-. Por nosotros y por nuestro primer millón.

La habitación estaba a oscuras y Sharon estaba demasiado adormilada para poder encender la lámpara y mirar la hora, pero se imaginaba que debían ser las doce de la noche.

A pesar del Nembutal, le estaba resultando difícil aislarse del día y sumirse en el sueño.

Se imaginaba que aquel estado de duermevela debía ser voluntario y obedecía al deseo de saborear el mayor triunfo de su cautiverio.

Con cuánto esmero había preparado lo que para ella constituía su última esperanza. Con qué habilidad y astucia había conseguido grabarle a Shively en la cabeza, y después a aquel otro cuyo nombre todavía no conocía, pero al que apodaba el Soñador, la idea de su riqueza y de que sería una estupidez no aprovechar parte de la misma a través de una nota de rescate. Con cuánta desesperación había rezado para que picaran el anzuelo y de qué manera tan maravillosa habían picado.

Durante diez largos días, toda una eternidad, no había sido una persona, no había existido para los del mundo exterior.

Ahora, al final, y por primera vez en el transcurso de sus angustias, se convertiría en una persona, en un ser humano necesitado de la ayuda del reducido pero poderoso círculo de aquellos que la conocían y se preocupaban por ella y lo arriesgarían todo por salvarla. Su adormecida mente intentó recordar las escenas de triunfo que se habían desarrollado hacía escasas horas.

A primeras horas de la noche la había visitado el Soñador, con sus acostumbradas y nauseabundas efusiones románticas, y ella había interpretado para él un prodigioso papel, una actuación de aquellas que su más reciente productor-director, Justin Rhodes, hubiera considerado innecesario repetir y hubiera ordenado imprimir sin más.

Dado que el Soñador no había hecho referencia alguna a ninguna nota de rescate, suponía que aún no habrían resuelto la cuestión de si revelar o no el hecho de haberla secuestrado.

La única indicación de que se estaba fraguando algo había sido la aclaración que le había hecho el Soñador, en el sentido de que aquella noche sólo la visitarían él y Shively, nacido Scoggins.

Tanto Yost como Brunner habían decidido saltarse la visita, lo cual significaba que su impulso sexual había disminuido, tal como suele suceder siempre.

¿Cuál había sido la observación de Roger Clay a este respecto? Sí, "la costumbre mata el deseo", o algo por el estilo. Sea como fuere, ello le había dado a entender que se habían producido las primeras señales de pasividad, es decir, que ya se estaba acercando el momento en que decidirían terminar. Soltarla o -¿cuál era el eufemismo vietnamita?-, sí, devastarla.

Después se había producido la visita del Malo, de Kyle T. Shively, el monstruo.

Al igual que siempre, se había sentido presa del terror y la angustia. Pero, a diferencia de lo que solía ocurrir cuando se acostaba con él, todo resultó fácil y relativamente breve.

Estaba muy claro que aquella noche no tenía el cerebro centrado en la fornicación. Había llevado a cabo el acto de una forma muy rápida, rutinaria y ausente, como si se



Librodot

estuviera acostando con uno de aquellos hinchados troncos femeninos que las "sex shops" japonesas les venden a los onanistas.

Después se había mostrado deseoso de hablar y, al exponerle sus ideas, Sharon intuyó por primera vez el éxito alcanzado.

-Estamos pensando en soltarte -le dijo él.

Ella procuró disimular su gratitud.

-Pero no a cambio de nada -añadió él-. Estamos pensando en la posibilidad de pedir un rescate a cambio.

Al fin y al cabo, nos merecemos algo a cambio del alojamiento y manutención que te hemos ofrecido.

El muy hijo de puta.

-Pero, como es natural, esperamos que nos prestes tu colaboración -dijo.

-¿Cómo?

-Si lo hacemos, tendremos que demostrarle a tu gente que te tenemos en nuestro poder. Te dictaremos una nota de rescate que escribirás tú misma. El instinto le dijo que tenía que seguir simulando que ya no le apetecía la libertad, que estaba disfrutando de aquellas vacaciones y que la idea de cambalachearla a cambio de dinero le resultaba ofensiva.

-¿Y si me niego a escribir la nota de rescate?-le preguntó burlonamente.

Shively decidió seguir interpretando su papel.

-Cariño -le dijo-, te lo diré muy claro. Si no podemos enviar una carta escrita de tu puño y letra, no tendremos más remedio que enviar tu mano. ¿Supongo que eso no te gustaría, verdad?

-No.

Santo cielo, era espantoso, el mismísimo Calígula en persona.

-Muy bien, hermana, ya te comunicaré lo que hayamos decidido.

Se tomó la píldora para dormir en la creencia de que no podría conocer su decisión hasta el día siguiente, pero estaba demasiado alborozada ante aquella posibilidad de éxito y no conseguía conciliar el sueño.

Después, mucho más tarde, cuando ya estaba a punto de sumirse en la inconsciencia, hacía algo menos de media hora, se había abierto la puerta y ella se había sobresaltado e incorporado en la cama comprobando entonces que dos de ellos habían entrado en la habitación.

Uno de ellos había encendido una lámpara -era Yost-y a su espalda Sharon había visto de nuevo a Shively.

-Ya lo hemos decidido -le dijo Shively acercando una silla para Yost y otra para sí mismo-.

Hemos pensado que te gustaría saberlo en seguida.

-¿Estás bien despierta? -le preguntó Yost.

-Bastante -repuso ella y esperó conteniendo el aliento.

Yost había decidido encargarse de las explicaciones.

-Te lo diré muy resumido. Mañana cuando estés más despierta te facilitaremos todos los detalles. Mañana te dictaremos una breve nota de rescate. Queremos que la escribas de tu puño y letra. ¿A qué personas deberá enviarse? ¿A Félix Zigman?

-Sí.

-¿Reconocerá tu caligrafía?

-Inmediatamente.

-Le contarás lo que te ha ocurrido. No demasiado, simplemente que has sido secuestrada y que se te mantiene prisionera a la espera de un rescate.

Que estás bien y que serás puesta en libertad una vez se haya efectuado el pago. Le dirás que lo haga todo en forma confidencial. Que si lo notifica a la policía o al FBI, jamás volverá a verte viva.

Si hace alguna tontería con el dinero del rescate, billetes marcados o cosas de ese tipo, los descubriremos inmediatamente y ello será tu sentencia de muerte.

Nuestras instrucciones acerca de los billetes serán muy explícitas. Le dirás a Zigman que publique un anuncio en la sección clasificada del “Los Angeles Times” cuando tenga preparado el dinero. Cuando se publique el anuncio, le enviarás una segunda nota escrita de tu puño y letra y nosotros se la enviaremos por correo urgente.

En esta nota le indicarás exactamente cómo y dónde depositar el dinero.

Una vez lo tengamos en nuestro poder, nos hayamos cerciorado de que no hemos sido seguidos y hayamos comprobado que los billetes están bien, serás puesta en libertad inmediatamente en algún lugar de las afueras de Los Angeles. Podrás entonces dirigirte a un teléfono y te facilitaremos las monedas necesarias para que puedas llamar a Zigman. ¿Lo has entendido?

-Sí -repuso ella vacilante y después preguntó-: ¿Cuándo ocurrirá eso?

-¿Qué?

-Me refiero a cuándo esperáis cobrar el rescate y dejarme en libertad.

-Si todo sale bien, de acuerdo con el programa, y no ocurre ningún contratiempo, podrás regresar a tu casa el viernes cuatro de julio. Es decir, dentro de siete días.

-Gracias.

Ambos se levantaron.

-Muy bien, ya estás al corriente de la situación -le dijo Yost-. Ahora descansa un poco.bLa primera nota la enviaremos mañana. Buenas noches.

-Buenas noches.

Se dirigieron hacia la puerta y ya la habían abierto para cuando Shively se volvió y la miró esbozando su helada sonrisa de siempre.

-Oye, ¿no te interesa saber lo que pensamos que vales?

-No me atrevía a preguntarlo.

-No temas. Es algo que te enorgullecerá. Te dará una idea de lo que pensamos de ti ¿Quieres saberlo?

-Claro.

-Un millón de dólares -le dijo él. Tras lo cual la saludó con la mano y se cerró la puerta.

Tendida ahora en la oscuridad y pensando en todo ello, el millón de dólares dejó de revestir importancia. Su caudal neto no se acercaba ni con mucho a la cantidad que le había comunicado a Shively cuando decidió jugar al juego de la tentación pero era suficiente, tenía más que suficiente y tal vez, si las cosas rodaban tal como ella esperaba, pudiera recuperarlo.

Si las cosas no rodaban tal como ella esperaba, no le haría falta más dinero que el necesario para pagar los gastos de entierro.

En cuanto a la entrega del dinero, estaba segura de que ésta no constituiría ningún problema. Conociendo a Félix Zigman como le conocía, sabía que éste obedecería las instrucciones de las notas de rescate.

Era frío e impasible, si bien, bajo su helada capa exterior, Sharon sabía que estaría muerto de miedo pensando en su seguridad. Reuniría el dinero y haría exactamente lo que se le ordenara.

Y dejaría la suma del rescate en el lugar que se le indicara. Pensando exclusivamente en su seguridad, no se atrevería a presentar ninguna denuncia ante las autoridades.

Lo haría todo solo y tal vez confiara únicamente en Nellie Wright o quizás utilizara a la policía de una forma muy discreta y entre bastidores. Sí, podía confiar en aquellos que obraban en su nombre.

Quedaba, sin embargo, una pregunta cuya respuesta sólo podría conocer al final: ¿Podría confiar en que sus secuestradores cumplieran su palabra? Eran unos animales sin principios, muy cierto, pero pertenecían a distintas razas.

Comprendía intuitivamente que Yost, Brunner y el Soñador se mostrarían dispuestos a cumplir con la palabra dada. Si su destino dependiera exclusivamente de ellos, estaba segura de que podría regresar sana y salva a Bel Air, terriblemente asustada pero viva e incólume, dentro de una semana.

Pero sabía que su destino no lo controlaban éstos sino que dependía por entero del capricho y la voluntad de Kyle T. Scoggins.

En estos momentos estaba pensando en el cabo Scoggins y no en Shively.

En el cabo Scoggins de pie junto a aquella zanja vaciando su mortífera ametralladora en los cuerpos de aquellos pobres, indefensos y aterrados niños morenos.

En Scoggins que le había dicho a alguien que nunca debe dejarse vivo a nadie que pueda más tarde señalarte con el dedo.

Cuando dispusiera de su parte del dinero, ¿cómo calibraría Shively las posibilidades de que ella pudiera señalarle con el dedo? Su brillante esperanza empezó a nublarse.

Estaba medio dormida pero pudo comprender con terrible claridad que no se atrevería a dejar su posibilidad de supervivencia en manos de Shively.

Su única garantía de sobrevivir a aquel terrible episodio sería hallar el medio de desplazar la responsabilidad de su seguridad desde el Club de los Admiradores a Félix Zigman, al Departamento de Policía y al FBI.

No debía confiar en que el Club de los Admiradores la devolviera sana y salva junto a las personas que la apreciaban. Tendría que hallar el medio de atraer a éstas hacia donde ella se encontrara.

Donde ella se encontrara, donde ella se encontrara: no estaba lejos de Arlington, en las cercanías había un lago y se trataba de una desolada zona montañosa.

En realidad, era más que suficiente para que pudieran encontrarla. ¿Pero cómo transmitir la valiosa y salvadora información, tan duramente ganada, antes de que fuera demasiado tarde? Una cosa era comunicarle a alguien del exterior que estaba en poder de unos secuestradores.

Haber conseguido tal cosa constituía todo un éxito pero no bastaba.

Otra cosa muy distinta era comunicarle a alguien del exterior “ dónde” te encontrabas prisionera y esta noche ello se le antojaba un obstáculo insuperable.

Sin un tercer acto, toda su representación podría considerarse un fracaso. Todo quedaría en agua de borrajas. Si el desenlace no resultaba adecuado, el éxito potencial se desvanecería como por ensalmo.

Procuró pensar, pero estaba demasiado adormilada y sus pensamientos vagaban confusamente y sin concierto. Evocó fugazmente el día en que el Soñador había regresado de ver una vieja película suya, su película, su reacción, la película, no había estado nada mal aquella película, había sido una buena película y su final había sido mejor que aquel que ahora la aguardaba.

Los finales de las películas siempre eran mejores. ¿Por qué no se producían en la vida los finales felices? Basta de películas.



Librodot

La vida. La vida era lo que importaba. Pero en la vida no se daban los resultados felices, por lo menos para ella. Estaba muy cansada.

Bostezó, se volvió de lado, se subió un poco la manta y encogió las piernas. Lástima. Había conseguido llegar tan lejos. Le quedaba muy poco trecho que recorrer para alcanzar la libertad.

Pero había tropezado con un muro vacío. Y no había forma de rodearlo ni de superarlo.

Atascada. Perdida. Muerta.

Después, a través de los últimos retazos de consciencia, vislumbró una diminuta luz a lo lejos, muy lejos en el pasado, mostrándole el camino, iluminándole una vez más la lejana huida, la imposible posibilidad posible.

No lo olvides, Sharon, no lo olvides, por favor recuérdalo cuando despiertes. Acuérdate de recordarlo si no quieres morir, porque no quieres, ¿verdad? No quieres. Recuérdalo.

***Tercer acto.***

***A*** las nueve en punto de la mañana, tal como solía hacer todas las mañanas de cinco de los siete días de la semana, Félix Zigman aparcó el sedán Cadillac en su plaza particular del garaje del sótano del lujoso edificio Blackman de la calle South Beverly de Beverly Hills. Recorrió en rápidas zancadas los treinta metros que le separaban del ascensor, entró en el elegante ascensor revestido de madera, pulsó el botón deseado y subió suave y lentamente hacia el quinto piso.

Presa del malhumor, tal como solía sucederle todos los lunes por la mañana -siempre le esperaban un montón de recados telefónicos porque sus clientes se habían pasado el fin de semana entregados a su paranoia y se habían dedicado a quejarse de las inversiones, reserva de pasajes, campañas, problemas hogareños-, Zigman pudo observar en el espejo del ascensor que éste reflejaba un rostro más torvo que de costumbre.

Por lo general, mientras subía, se examinaba por última vez para ver si estaba presente con vistas a la inevitable corriente de visitantes que iba a recibir, no fuera que algún cabello de su impecable peluquín gris no estuviera en su sitio, que hubiera alguna partícula de polvo adherida a sus gafas de montura de concha o un poco de barba mal afeitada en su ancho, bronceado y tenso rostro magistral.

Normalmente, aprovechaba aquellos momentos para quitarse cualquier hilo que pudiera haber en sus elegantes trajes tropicales confeccionados a la medida, para arreglarse el nudo de la corbata de tejido paisley y el pañuelo de seda de bolsillo con las iniciales bordadas y, para decidir si llamar o no al limpiabotas de abajo para que multiplicara el brillo de sus zapatos de charol Gucci.

Por lo general, Félix Zigman solía mostrarse muy puntilloso en relación con su aspecto exterior, pero esta mañana, al igual que otras mañanas recientes, su aspecto le preocupaba mucho menos.

El misterio de la desaparición de Sharon Fields le abrumaba terriblemente.

De entre todos los famosos clientes que integraban su impresionante establo, Sharon era la preferida. La adoraba, disfrutaba de su compañía, la entendía.

Era soltero de toda la vida y el único pesar que le inspiraba la circunstancia de no haber estado casado jamás se debía al hecho de no tener una hija. Sharon era la que más contribuía a llenar este vacío.

Plenamente consciente de su caprichoso comportamiento y de su volubilidad y carácter impulsivo -a pesar de que llevaba dos años más tranquila-, en el transcurso de las primeras cuarenta y ocho horas de su desaparición no se había preocupado demasiado.



Librodot

Nellie Wright, en cambio, de temperamento mucho más emotivo, se había preocupado ya desde un principio. Pero al irse alargando la desaparición de Sharon de dos a tres y a cuatro días, Zigman empezó a compartir los temores de Nellie.

Sabedor de la inutilidad de presentar una denuncia ante el departamento de Personas Extraviadas de la policía de Los Angeles sin que existiera la menor prueba de que Sharon hubiera sido asaltada o secuestrada, Zigman se limitó a efectuar una visita oficiosa a un oficial del departamento amigo suyo.

Por desgracia, la noticia de dicha visita había trascendido -al parecer, en la época actual todo estaba intervenido y no era posible guardar ningún secreto-y sólo gracias a un oportuno y enérgico mentís logró Zigman evitar que la historia se convirtiera en algo que posteriormente pudiera constituir motivo de cuchufletas públicas.

Pero esta mañana su preocupación por la suerte de Sharon empezó a mezclarse con el temor, auténtico temor de que hubiera sucedido algo grave y Sharon pudiera hallarse en dificultades sin posibilidad de establecer contacto ni con él ni con Nellie.

Había considerado fugazmente la posibilidad de que hubiera sido asaltada o secuestrada. El paso del tiempo sin que se recibiera ninguna petición de rescate le había impedido pensar seriamente en tal posibilidad.

Repasando la lista de desventuras que podían ocurrirle a una persona, Zigman se detuvo especialmente en tres de ellas.

Una. La amnesia.

Desde luego que este fallo de la memoria, con la subsiguiente pérdida de la propia identidad, no es que fuera muy frecuente. Sin embargo, sabía que podía ocurrir. La desaparición de Sharon tal vez se debiera a un estado de amnesia que le impidiera recordar quién era y de dónde procedía, y ello como consecuencia de alguna causa desconocida o bien de una lesión cerebral.

Es más, hacía dos días que Zigman había consultado a un médico forense sobre dicha afección. No obstante, a Zigman se le antojaba una posibilidad muy poco probable porque, aunque Sharon no supiera quién era, habría innumerables personas que la reconocerían y lo comunicarían a las autoridades.

Dos.

Un coma debido a una lesión física accidental.

En el transcurso de su paseo matinal, tal vez hubiera abierto la verja (habían descubierto que faltaba el candado de la caja del motor) y hubiera echado a andar por alguna calleja de las cercanías de la calle Stone Canyon siendo alcanzada por algún conductor que se hubiera dado a la fuga o bien por algún árbol que hubiera caído.

Sin embargo, tanto él como Nellie y los O’Donnell habían rastreado la zona numerosas veces en el transcurso de la pasada semana sin encontrar huella alguna de Sharon.

Como es natural, cabía la posibilidad de que algún peatón o automovilista hubiera tropezado con su cuerpo, demasiado desfigurado como consecuencia de las gravísimas heridas, y, al no llevar ella encima documentación alguna, hubiera sido trasladada a toda prisa por el Buen Samaritano a alguna pequeña clínica municipal u hospital poco conocido. Y era muy posible que en aquellos momentos allí estuviera ella, sumida en un estado de profundo coma, bajo el nombre de Jane Doe.

Nellie se había puesto en contacto con todos los hospitales de la ciudad y el condado y con todas las clínicas de urgencia facilitando una descripción general de Sharon (para que no se descubriera su identidad ni la preocupación que la embargaba) con el pretexto de localizar a una pariente (facilitando para ello un nombre falso), pero su búsqueda había resultado infructuosa.

Tres.

Escapar impulsivamente con algún hombre.

Zigman había considerado tal posibilidad porque en su primera época Sharon había hecho una escapada de este tipo. Pero ahora tal cosa se le antojaba muy poco probable y Nellie se negaba firmemente a creerlo.

La madurez y los cambios que se habían operado en Sharon y su estado de ánimo de la víspera de la desaparición hacían que esta posibilidad fuera la menos probable de las tres. Además, en la elección de sus compañeros varones, cada vez se mostraba más exigente y, caso de haber existido algún hombre que le interesara, Nellie o Zigman hubieran sabido de su existencia y hubieran podido hacer averiguaciones acerca de su persona.

Nellie se mostraba más inclinada a pensar que Sharon se había largado por su cuenta a descansar un poco en algún sitio, pero eso también era improbable porque la nueva Sharon se hubiera mostrado demasiado sensible como para sumir en la angustia a sus allegados y a estas horas ya se hubiera puesto en contacto con ellos.

A estas horas.

Zigman reflexionó acerca de estas palabras. A estas horas. Santo cielo, ya habían transcurrido trece días desde la desaparición de Sharon.

Eso de que ya hubiera llegado el treceavo día, se le antojaba más siniestro si cabe.

Pero no cabía duda de que había desaparecido y se había disipado como el humo. Por mucho que intentara reflexionar racionalmente, todo ello se le antojaba absurdo.

Como hombre lógico que era, Zigman se enorgullecía de creer que siempre había una respuesta o explicación que pudiera aclarar todos los aparentes enigmas humanos.

Al fin y al cabo, el cerebro humano era la computadora más perfecta de la tierra y, cuando a la computadora se le facilitaban los correspondientes datos de información y las posibles alternativas, ésta no tenía más remedio que facilitar respuestas razonables.

Sin embargo, aquí se disponía de una cantidad conocida.

Sharon Fields.

Se disponía de innumerables informaciones y estadísticas acerca de su persona. Se facilitaba a la computadora todo lo que se sabía de su aspecto, de su comportamiento, de sus pensamientos, ambiciones, listas de amigos y enemigos, se le facilitaban a la computadora todos estos datos y esperabas la tarjeta.

Pero, cuando recibías la tarjeta, ésta aparecía en blanco.

Este fallo del supremo instrumento de la lógica era contrario a toda lógica.

Nellie le había dicho que el I Ching podría resultarles más útil que el cerebro.

Y aquí estaba él, experto en la ciencia de las respuestas, atascado por una vez, y a cada día que transcurría cada vez más perplejo a causa de la decepción y el temor.

La puerta del ascensor se abrió automáticamente y Zignman se quedó de pie ante el pasillo alfombrado de azul del quinto piso que conducía a su despacho de cinco habitaciones.

Con el corazón apenado, Zigman salió del ascensor y echó a andar en dirección a su despacho. A través de sus lecturas, sabía que había misterios que jamás llegaban a desentrañarse.

En 1809, el embajador británico en Viena, Benjamín Bathurst, abandonó una posada de Perleberg, Alemania, para dirigirse a su carruaje, rodeó a los caballos y desapareció para siempre en pleno día.

En 1913, el escritor Ambrose Bierce cruzó la frontera de México y desapareció de la faz de la tierra.

En 1930, el juez Joseph Crater subió a un taxi y jamás le volvieron a ver.



Librodot

Y otros muchos que había habido, desde los colonos perdidos en la isla Roanoke a la tripulación del barco abandonado “Marie Celeste”.

Todos se habían esfumado en el aire. Ninguno de ellos fue hallado jamás. ¿Engrosaría acaso Sharon Fields esta lista? No, se dijo Zigman, eso no podía ocurrirle a la más popular, famosa y celebrada actriz joven del mundo.

Y, sin embargo, ahí estaba el hecho que no podía pasarse por alto, había llegado la mañana del treceavo día de la desaparición de Sharon.

Félix Zigman leyó su nombre ostentosamente escrito en letras negras sobre la puerta de madera de roble de su despacho, se avergonzó de la leyenda “Representación Personal” que figuraba debajo y entró rápidamente.

Cruzó rápidamente el vestíbulo de recepción y el despacho de su secretaria sin apenas saludar a las dos mujeres y entró en el espacioso despacho elegantemente amueblado evitando mirar la pared de la que colgaban las enmarcadas fotografías autografiadas de sus célebres clientes, con la más llamativa de todas ellas, la fotografía de Sharon con la dedicatoria: "Tu amiga para siempre, con estima y afecto, Sharon Fields".

Se dirigió a su gran escritorio de roble cubierto ahora por los numerosos recados telefónicos y el acostumbrado y gigantesco hormiguero de correspondencia del lunes por la mañana, se acomodó en el sillón giratorio de alto respaldo e hizo la última concesión al sentimentalismo antes de iniciar su jornada laboral.

Tal como había venido haciendo por espacio de diez de los trece días, descolgó el teléfono particular, el que disponía de clavija de desconexión, y marcó el número de Sharon Fields de Bel Air que no figuraba en la guía.

Respondieron a la llamada al primer timbrazo. Estos días no tardaban nada en contestar a las llamadas.

-¿Nellie? Soy Félix.

-¿Sabes algo?

-Ni una palabra ¿Y tú?

-Nada, nada. Félix, no sé si podré soportar un día más esta tensión. Estoy francamente asustada.

Intentó tranquilizarla, procuró reprimir su habitual aspereza e impaciencia, habló vagamente de algo que ocurriría muy pronto y prometió ponerse en contacto con ella más tarde.

Tras colgar, sus ojos repasaron los recados telefónicos en la esperanza de descubrir el nombre de Sharon o el de algún desconocido que pudiera haber telefoneado para facilitar información acerca del paradero de ésta, pero no lo descubrió y todos los demás nombres pertenecían a sus clientes o a agentes de inversiones y de cambio y bolsa o a expertos en relaciones públicas.

Apartó los recados a un lado y empezó a dedicar su atención al montón de correspondencia. Mientras examinaba el correo con todos los sobres perfectamente abiertos por su eficiente secretaria Juanita Washington, su cerebro empezó a fotografiar los remites, se imaginó el contenido de cada uno de los sobres y empezó a dictar automáticamente las rápidas, oportunas y claras respuestas.

Siguió examinando los sobres y, de pronto, sus dedos tropezaron con uno de tacto distinto.

Estaba sin abrir lo cual significaba que la por regla general infalible Juanita Washington había olvidado abrirlo o bien había observado que figuraba en él la palabra "Personal" o "Confidencial".

En el sobre, con grandes letras mayúsculas escritas en tinta negra, figuraban las palabras Personal e Importante.

Zigman tomó el sobre, apartó los demás a un lado y lo examinó.

No había remite. El matasellos era de Beverly Hills. Se trataba de un sobre de baja calidad de los que se adquieren en las tiendas de mala muerte. Su nombre y dirección aparecían escritos muy toscamente en tinta.

Rasgó el sobre para abrirlo y, al sacar las páginas que contenía, tuvo una rápida premonición. Desdobló rápidamente la carta y la alisó sobre el papel secante del escritorio.

Reconoció inmediatamente la inclinada caligrafía, los diminutos círculos sobre las íes, los rabos sin cerrar de las y griegas.

Pasó la página y sus ojos se detuvieron en la parte inferior de la segunda. Allí estaba: Sharon L. Fields.

!Al final! Regresó de nuevo a la primera página, al principio de la misma, y empezó a leer apresuradamente: Al señor Félix Zigman, Confidencial Querido Félix: Sé que habrás estado preocupado por mí. Esta breve nota te lo explicará todo.

La nota me la están dictando. La escribo de puño y letra para que sepas que procede de mí.

Fui secuestrada el día 18 de junio. He estado prisionera desde entonces. Nadie se puso en contacto contigo al principio porque había que tomar ciertas decisiones.

Me encuentro bien. Seré puesta en libertad si tú te avienes exactamente a las condiciones que te expondré en esta nota de rescate.

Si no accedes a avenirte a estas condiciones o las alteras, ello significará mi muerte.

Si no te avienes a la entrega de la suma, la forma de pago y el secreto, seré asesinada.

Eso es indudable. Las condiciones para mi puesta en libertad son las siguientes: El rescate que se pide por mi vida asciende a un millón de dólares (1.000,000) en efectivo y en billetes de tamaño normal.

Los billetes deberán ser de 100, 50 y 20 dólares.

La suma total deberá contener 1.000 billetes de 100 dólares, 2.000 de 50 y 40.000 billetes de 20 dólares.

Sólo una mitad podrá constar de billetes nuevos. La otra mitad deberá estar integrada por billetes ya usados.

Sólo podrá haber hasta 8 billetes con número de serie consecutivo pero no más. Es necesario que ninguno de los billetes esté marcado visible o invisiblemente.

No seré puesta en libertad hasta que se hayan analizado químicamente los billetes. Ello retrasará en unas doce horas mi puesta en libertad. Si se descubriera un sólo billete marcado, ello significará para mí la muerte segura.

Los billetes deberán guardarse en dos maletas marrones de fácil acarreo.

La maleta más grande deberá medir menos de noventa centímetros de largo y menos de sesenta de alto.

La segunda maleta deberá ser más pequeña, pero lo suficientemente grande como para poder contener el resto del dinero.

Cuando hayas reunido la suma del rescate, publica un anuncio en la columna de "personales" de la sección clasificadora del diario “Los Angeles Times”. Deberá publicarse en la edición del miércoles por la mañana del día 2 de julio. El anuncio que indicará que ya has reunido el dinero y esperas las instrucciones acerca de dónde dejarlo deberá decir lo siguiente: "Querida Lucie.

Todo se ha solucionado.

Espero tu regreso.

Con afecto, papá".

Cuando se publique este anuncio, yo te escribiré una segunda nota más breve indicándote dónde y cuándo deberás dejar el dinero.

Procura estar libre los días jueves, 3 de julio, y viernes, 4 de julio, para efectuar la entrega en alguno de estos días. Cuando efectúes la entrega no deberá acompañarte ni seguirte nadie.

Félix, te suplico que no comuniques a nadie el contenido de esta nota ni el de la siguiente Si se enteraran las autoridades, ello se sabría aquí y significaría mi ejecución inmediata. Mi vida está enteramente en tus manos. No me falles.

Siempre tuya, Sharon L. Fields.

Félix Zigman notó que se le ponía piel de gallina en los brazos y que un estremecimiento helado le recorría la columna vertebral.

Se quedó aturdido y petrificado a causa del contenido de la nota de rescate y del amenazador tono de la misma. Volvió a leer la carta y buscó las frases peligrosas: “si no te avienes a la suma, la forma de pago... seré asesinada... un sólo billete marcado, ello significará para mí la muerte segura... Si se enteran las autoridades... significaría mi ejecución inmediata”.

Y con frases que no dejaban lugar a ninguna duda, Sharon le cargaba con toda la responsabilidad de su supervivencia.

“Si no accedes a avenirte a las condiciones o las alteras, ello significará mi muerte.

Mi vida está enteramente en tus manos. No me falles”.

Zigman se reclinó abrumado contra el respaldo del sillón giratorio y se cubrió los ojos con las manos.

-Dios mío -murmuró en voz alta. Había perdido el aplomo y la seguridad, cosa que jamás le había ocurrido.

Su “raison d’tre”, su valor ante los simples mortales que solían ser víctimas de las emociones, su mismo éxito se basaba en su imperturbabilidad y en su capacidad de pensar con claridad por grave que fuera una situación.

Pero jamás en su vida se había visto en el centro de una situación parecida, una situación en la que tenía que cargar él solo con la responsabilidad de la supervivencia o aniquilamiento de otro ser humano, especialmente de un ser humano más querido para él que ningún otro que conociera.

El delito que acababa de revelársele era tan inesperado y sobrecogedor, la situación en que se encontraba la víctima era tan aterradora que tardó mucho rato en reaccionar.

Su primer pensamiento racional le indujo a no creerlo. La incredulidad era la reacción que mejor sabía manejar.

Considerar que la nota del rescate no era más que una broma, una burla e incluso un timo resultaba muy fácil y consolador y le quitaba de encima todo el peso de la responsabilidad.

Claro, ésa debía ser la explicación, intentó decirse a sí mismo, ésa debía ser. Alguien se había enterado de la desaparición de Sharon. Tal vez los criados de la casa, los O’Donnell, lo hubieran comentado con algún conocido poco discreto y este sinvergüenza se había apresurado a urdir un cruel timo en la esperanza de hacerse con la fortuna que en la nota se exigía.

Claro, ése debía ser el motivo de la carta. La gente normal jamás se atrevería a secuestrar a alguien tan famoso como Sharon Fields, de la misma manera que a nadie se le ocurriría secuestrar a la reina de Inglaterra o al presidente de los Estados Unidos.

Zigman llevaba viviendo tanto tiempo en el ambiente cinematográfico y entre personas de este ambiente, llevaba tanto tiempo desenvolviéndose en un mundo falso e imaginario que un horror como aquél lo archivaba automáticamente en los sótanos de los estudios junto con las cintas de episodios de mentirijillas. Aquello era una fantasía más.

Examinando con más detenimiento la nota de rescate, observó que la caligrafía del autor de la misma, siendo a primera vista muy parecida a la de Sharon Fields, no era en realidad más que una miserable imitación de la auténtica. Cesó el aturdimiento de su cerebro.

Estaba empezando a pensar de nuevo con claridad.

Si la carta era una patraña, no había que hacerle caso. No tenía por qué prestarle atención. Recuperaría la cordura, la responsabilidad en relación con la vida de otra persona ya no sería suya y el día computado podría seguir su curso.

Zigman se irguió en su asiento. Seguía correspondiéndole cierta parte de responsabilidad. Era necesario que aquella nota falsa de rescate se estudiara exactamente igual que si se tratara de un asunto de negocios cualquiera.

Había que cerciorarse. Había que ver si la propiedad correspondía a su descripción.

Había que establecer si era susceptible de proporcionar los beneficios anunciados.

Muy bien, lo comprobaría todo de una forma rutinaria, le echaría un rápido vistazo para experimentar la satisfacción del deber cumplido antes de quitarse de la cabeza aquella estupidez.

Se inclinó hacia adelante, pulsó el botón y llamó a su secretaria.

-¿Sí, señor Zigman? -le dijo la voz de ésta.

-Juanita, tráigame el archivo de la correspondencia de Sharon Fields del último año. Tráigamelo inmediatamente.

-Sí, señor.

Tamborileó con los dedos sobre el escritorio mientras esperaba impacientemente el archivo. ¿Qué demonios estaría haciendo esta muchacha? Le parecía que había transcurrido una hora.

Miró el reloj del escritorio.

Sólo había transcurrido un minuto.

Con una carpeta de papel manila, Juanita estaba acercándose a él pisando la mullida alfombra. El extendió la mano y casi le arrebató la carpeta de un tirón. Pero no se disculpó.

-Gracias -murmuró en voz baja.

Depositó inmediatamente la carpeta sobre el escritorio y la abrió. En el momento en que se disponía a revisar su contenido, se percató de que Juanita todavía se encontraba de pie junto al escritorio.

Levantó los ojos y vio que le estaba mirando con aire preocupado.

-¿Qué ocurre? -le preguntó bruscamente.

-Perdone -repuso la muchacha muy turbada-.

Es que estaba preocupada. ¿Se encuentra usted bien, señor Zigman?

-¿Qué significa eso de si me encuentro bien?

-No, no lo sé.

-Pues claro que me encuentro bien. Me encuentro perfectamente bien. Ahora déjeme solo. Estoy ocupado.

Esperó a que se cerrara la puerta tras la muchacha y volvió a dirigir su atención a la carpeta.

Examinó rápidamente varias cartas, suyas a Nellie Wright, de Nellie a él en nombre de Sharon y, al final, encontró una y después otra y una tercera que le había escrito de puño y letra la propia Sharon desde distintos lugares con su conocida caligrafía inclinada.

Apartó la carpeta a un lado y colocó las tres cartas auténticas de Sharon Fields al lado de la falsa nota de rescate.

Las estudió detenidamente, las examinó palabra por palabra e incluso letra por letra. Terminó en cinco minutos.

Ahora ya lo sabía. La vida de Sharon Fields estaba enteramente en sus manos. No le cabía la menor duda, absolutamente ninguna.

La nota de rescate era Sharon auténtica, escrita de puño y letra por la propia Sharon.

Su deseo de una broma había sido un autoengaño y un intento involuntario de evitar que sucediera un hecho nefasto. Pero no podía evitar que no sucediera. La prueba la tenía delante.

Había sucedido. Sharon Fields había sido secuestrada. Había que comprar su seguridad. No podía esquivar la propuesta. Tendría que efectuar la inversión y en seguida.

Un millón de dólares. Había intervenido en numerosas transacciones en las que la suma exigida había sido no de un millón sino de cinco o diez millones. Pero jamás con veinticuatro horas de plazo.

Jamás en dinero efectivo, en billetes de determinado valor y con estrictas limitaciones en cuanto a los números de serie y en cuanto a la cantidad de billetes nuevos y viejos.

Y lo más grave era que todo ello tenía que hacerlo con el máximo sigilo.

La computadora de arriba se estaba poniendo en marcha, zumbaba rápidamente en silencio y estaba empezando a vomitarle los procedimientos a seguir. Bajo ninguna circunstancia se lo insinuaría a nadie y tanto menos a la policía y al FBI. Tenía que ser una operación de un solo hombre.

La operación Zigman.

Se mostraría tan reservado como un sacerdote o un psicoanalista. Pero había una persona a quien tendría que notificárselo.

Tendría que acudir a entrevistarse con Nellie Wright y comunicárselo. Con ello no rompería el pacto sellado con la secuestrada y los secuestradores.

Nellie y él eran como una sola persona en lo concerniente al afecto que le profesaban a Sharon.

Parecían dos personas pero funcionaban como una sola cuando se trataba de cuestiones relacionadas con Sharon. Aparte de Nellie, tendría que haber una tercera persona.

Otra persona que tendría que intervenir sin pérdida de tiempo. El hombre del dinero. Lo encontró inmediatamente.

Había muchos candidatos pero sólo uno de ellos resultaba idóneo.

Nathaniel Chadburn, el compañero de golf de Zigman en el transcurso de los fines de semana en el Club de Campo de Brentwood y veterano presidente del Sutter National bank.

El hombre más idóneo por dos motivos. Chadburn se encargaba de todos los asuntos bancarios de Zigman, desde cuentas corrientes de clientes a préstamos y financiaciones. Eran íntimos amigos desde hacía más de diez años.

Chadburn y el Sutter National no sólo trabajaban por cuenta de Zigman sino que, además, financiaban varios proyectos de la Aurora Films, los estudios que producían las películas de Sharon y con los que ésta tenía firmado un contrato.



Librodot

Chadburn era un mago de las finanzas. Encontraría el medio de obtener un millón de dólares en efectivo de la noche a la mañana.

Era probable que en los sótanos del Sutter National dispusieran incluso de una cantidad superior a ésta.

En caso contrario, sabría dónde conseguirla aunque para ello tuviera que cerrar un trato con la Reserva Federal de Los Angeles.

En cuanto a las enojosas exigencias -la mitad en billetes nuevos y la mitad en billetes usados y todo ello en billetes de cien, de cincuenta y de veinte con variedad en los números de serie-, Chadburn conocía a otros banqueros de la zona e intercambiaría con éstos los billetes necesarios para conseguir la suma requerida.

Pero había otra razón por la cual Chadburn resultaba el hombre más idóneo y esta razón era la más importante: En el transcurso de todos los años que llevaban trabajando juntos, Chadburn jamás había hecho comentario alguno acerca de los asuntos particulares o situación económica de sus clientes.

Era un hombre reservado, tranquilo y discreto en grado sumo.

En el transcurso de aquellos diez años, Chadburn ni siquiera había tenido el atrevimiento de preguntarle a Zigman si estaba o había estado casado.

El despacho particular de Chadburn era un confesionario tan sagrado y seguro como el del Papa en el Vaticano.

Y, además, Chadburn era el único hombre que Zigman conocía que no hiciera trampa al anotar los tantos de golf en la tarjeta.

Añádase a ello un último factor. No era probable que exigiera aval por el préstamo y, caso de hacerlo, aceptaría los bienes raíces y los bonos de Zigman bajo palabra de éste.

Zigman sopesó otra cuestión. ¿Tendría que confesarle al banquero el uso a qué se destinaría el millón? ¿Haría falta mostrarle a Chadburn la nota de rescate? Sería conveniente hacerlo así.

Zigman estaba seguro de que sí pero después comprendió que no sería necesario traicionar la petición de Sharon en el sentido de que guardara absoluto secreto.

Porque, en cuanto Zigman le pidiera el préstamo y le señalara la necesidad de que éste fuera en efectivo, en billetes de determinado valor y con determinadas limitaciones en cuanto a la clase de billetes y numeración y le hablara del carácter urgente de la operación, Chadburn lo “comprendería”.

El banquero sabría con toda certeza para qué y para quién se necesitaba el millón de dólares.

El también iba al cine y leía novelas. No preguntaría y no haría falta contarle nada. Y no se quebrantaría ningún pacto de confianza.

Zigman dobló la nota de rescate y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Se levantó del sillón giratorio y entonces se preguntó por primera vez por qué el secuestrador o los secuestradores habían esperado trece días antes de exigir el rescate y se preguntó también qué penalidades habría sufrido Sharon en el transcurso de aquellos trece días.

Rápidamente lo apartó de su imaginación. No quería preguntarse nada. Sólo deseaba que su niña regresara a casa sana y salva.

Cruzó velozmente la estancia, salió al pasillo y se encaminó hacia el ascensor.

“Cuaderno de notas de Adam Malone -2 de julio”: Estamos a media mañana del miércoles y, dado que los demás consideran que se trata del momento culminante de nuestra

estancia en Más a Tierra y lo están celebrando por medio de una borrachera, he llegado a la conclusión de que merecía la pena dejar constancia de ello por escrito.

Yo me he ido -están demasiado embriagados y no me echarán en falta-y he encontrado un umbroso robledal a menos de un kilómetro de nuestro refugio.

Me encuentro sentado bajo un árbol y reclinado contra un tronco al amparo del cálido sol, escribiendo mis impresiones y lo que he observado y oído.

Lo que ha sucedido hace apenas unas horas es que el Agente de Seguros se ha ido con el cacharro a las cercanías de la ciudad para comprar la edición de esta mañana del Los “Angeles Times”.

Ha regresado muy pronto teniendo en cuenta lo dificultoso y escarpado que es el camino y ha irrumpido en el refugio en el momento en que estábamos quitando la mesa del desayuno.

Ha lanzado una gran exclamación y ha arrojado el periódico sobre la mesa.

-!Somos ricos! -ha gritado.

Todos nos hemos acercado al periódico, que estaba doblado por la página de los anuncios clasificados, y, en la segunda columna, entre "Pérdidas" y "Cambios" estaba "Personales" y debajo había seis anuncios, uno de ellos rodeado por un círculo de tinta roja.

En dicho anuncio podía leerse lo siguiente: "Querida Lucie.

Todo está solucionado.

Espero tu regreso.

Con afecto, papá".

Eso era exactamente lo que le habíamos dictado al Objeto, las palabras que ella había incluido en su nota al Representante de tal forma que éste pudiera darnos a entender que había recibido el mensaje, se interesaba por nuestra oferta de negocios y estaba dispuesto a realizar la inversión.

Yo temía que el Representante no considerara auténtica la nota de rescate.

Al parecer, la caligrafía y el empleo del nombre "Lucie" su segundo nombre, que sólo utiliza en su correspondencia con los amigos íntimos-ha inducido al Representante a tomarse en serio la nota y a contestar en la sección de anuncios clasificados.

Tras leer el anuncio, el Mecánico ha pegado un salto casi hasta el techo.

Abrazó al Agente de Seguros y le ha dado unas palmadas en la espalda gritando: "¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Ya te dije que lo conseguiríamos! ¡Mi idea ha dado resultado! ¡Un millón, eso es lo que tenemos!" El más pausado de nosotros, es decir, el Perito Mercantil, ha procurado calmarle diciendo: "Todavía no lo tenemos en nuestro poder, por consiguiente, todavía no podemos celebrarlo".

Pero el Mecánico ha hecho caso omiso de sus recelos y ha dicho canturreando: "¡Está en el banco! ¡Es nuestro, es nuestro!" Su entusiasmo resultaba tan contagioso que, al final, el Perito Mercantil se ha dejado convencer y ha accedido a participar en la alegría general.

Aunque yo había censurado desde el principio aquella transacción, no deseaba ser un aguafiestas.

He sonreído y les he felicitado.

El Agente de Seguros ya estaba trayendo whisky, hielo y vasos e insistía en que brindáramos por el día más memorable de nuestras vacaciones.

Yo he aceptado un trago y he participado hipócritamente del brindis por el día más memorable a pesar de constarme en mi fuero interno que no se trataba del día más memorable.

Mi mejor día fue aquel en que gané todo el amor del Objeto, y alcancé la dicha de unirme a ella.

Sabía que la satisfacción que nace del amor jamás podría ser comparable al burdo placer que procede de las ganancias materiales.

Mientras nos trasladábamos con nuestras bebidas al salón, he tenido ocasión de comprobar que el hecho de alcanzar el éxito con la mujer más deseable de la tierra jamás puede compararse con el éxito de la riqueza repentina.

Está muy claro que para los hombres el máximo pináculo, la perfecta consecución del orgasmo, no se alcanza a través de la sexualidad sino del dinero.

No sé si Wilhelm Reich debió darse cuenta alguna vez de esta circunstancia.

Como es lógico, aunque llegue a esta conclusión, yo no la suscribo puesto que formo parte de una minoría y soy un anticonformista.

He conservado el trago y me he abstenido de beber, observando en cambio cómo los demás se iban llenando una y otra vez los vasos.

A continuación se ha iniciado una conversación en la que al principio no quería participar si bien después me he visto obligado a hacerlo.

Repantigado en el sofá, el Mecánico no cabía en sí de gozo y satisfacción.

"Un cuarto de millón para cada uno -se repetía una y otra vez como si no consiguiera creérselo, y ha sido la única vez en que le he oído hablar en tono auténticamente amable-.

Imaginaos, imaginaos lo que habrán cambiado nuestras vidas para el sábado. Basta de preocupaciones. Basta de luchas.

Seremos unos ricachos y bastará que chasquemos los dedos para conseguir lo que se nos antoje, igual que Onassis y Getty".

"Yo aún no me lo creo -ha dicho alegremente el Agente de Seguros-, no sé qué haré primero".

"Podremos permitirnos hacer lo que más nos agrade -ha dicho el Perito Mercantil, pero después ha añadido un prudente consejo muy propio de su carácter-.

Claro que sería conveniente invertir una buena cantidad en bonos municipales exentos de impuestos.

Ello evitaría que nos gastáramos todo el dinero atolondradamente y nos permitiría obtener unos ingresos regulares".

"Primero yo quiero tener las cosas que siempre he deseado", ha dicho el Mecánico.

"¿Cómo qué?", le ha preguntado el Agente de Seguros.

Observando la expresión del rostro del Mecánico, se me ha ocurrido pensar momentáneamente en un pobre huérfano que hubiera sido adoptado de repente por una acaudalada familia y estuviera pasando sus primeras Navidades con ésta y acabara de abrir las docenas de paquetes amontonados bajo el árbol de Navidad alegremente adornado.

"¿Qué es lo que quisiera hacer con la pasta? -El Mecánico ha empezado a reflexionar, cosa insólita en él puesto que no parece una persona acostumbrada a utilizar demasiado la imaginación.

Cada persona dispone seguramente de un armario cerebral en el que guarda y conserva los posibles sueños que con frecuencia se avergüenza de manifestar.

Y el Mecánico ha revelado los sueños que ahora, con esta repentina ganancia, podrían convertirse en realidad-.

Pero una cosa es segura -ha dicho-, pienso pasarme mucho tiempo sin trabajar y, si vuelvo a trabajar, lo haré por mi cuenta.

Creo que lo primero que voy a hacer será buscarme un nuevo apartamento. Tal vez me compre un elegante apartamento de soltero, el más grande que haya, o tal vez una casa en la playa de Marina del Rey, donde hay tanto ambiente, o tal vez en alguna zona de Malibú".

"Una casa en la playa será muy cara", le ha recordado el Perito Mercantil.

"Estás hablando con un ricacho -le ha contestado el Mecánico esbozando una ancha sonrisa-.

Sí, un sitio todo para mí en la playa, y todas las noches organizaré fiestas en honor de esas chicas en bikini que se exhiben por la playa.

Y después me compraré un coche deportivo extranjero de carrocería especial, tal vez un Ferrari o un Lamborghini rojo, y me iré a pasear por ahí como uno de esos "playboys" de Africa del Sur.

Y después, vamos a ver, creo que me gustará hacer alguna inversión, tal como sugiere nuestro Perito Mercantil.

Tal vez compre un auténtico coche de carreras -uno de esos Porsches de doce cilindros blanco y verde-con el que pueda participar en algunas de esas carreras que organizan por el país y ganar algunos premios y trofeos.

Bueno, eso para empezar. Hay muchas otras cosas que también quiero. -Ha señalado con el vaso lleno hacia el Agente de Seguros y ha derramado parte del contenido-. Y tú, ¿qué? ¿Qué vas a hacer con el botín?"

El Agente de Seguros, con el mofletudo rostro arrebolado a causa del alcohol y la satisfacción, ha empezado a reflexionar seriamente.

"Pues mira, puedes creerme, me he preguntado a menudo lo que haría si heredara de repente una elevada suma de dinero. Por consiguiente, ya estoy bastante hecho a la idea.

Ante todo, tal como tú has dicho, me gustaría dejar el trabajo inmediatamente.

Ser vendedor tiene sus ventajas pero en el fondo es una forma humillante de ganarse la vida un día sí y otro también.

Siempre luchando, sonriendo, procurando resultar simpático, embaucar a la gente, y la mayoría de las veces para que te miren por encima del hombro y te insulten. Ya estoy harto de eso".

"Pero, en concreto, ¿qué quieres hacer?", le ha preguntado el Perito Mercantil.

"Bueno, me gustaría hacer un depósito para Nancy y Tim, mis hijos, para asegurarles el futuro.

Después me gustaría trasladarme a vivir a Beverly Hills, comprarme una de esas preciosas casas de dos pisos de estilo español que hay por Rodeo o Linden, una casa con piscina en la parte de atrás.

Y dejaría la decoración y la elección del mobiliario en manos de mi mujer, ella siempre ha deseado tener la oportunidad de poder hacerlo.

Como es natural, me haré socio de algún elegante club de golf y me pasaré mucho tiempo jugando dieciocho hoyos al día y alternando con la mejor sociedad.

Y haré buenas inversiones en el mercado bursátil.

Siempre he pensado que en la bolsa podría ganar mucho dinero.

Tal vez pueda doblar el capital. Y, bueno, y en cuanto a las aficiones, jamás se lo he dicho a nadie porque siempre me ha parecido ridículo y rebuscado, pero ahora que tengo el suficiente dinero como para convertir este sueño en realidad, me gustaría volver al fútbol americano.

No para jugar, claro. Para eso ya soy un poco mayor. Pero buscar por ahí, tratar de introducirme como capitalista en alguna asociación que tenga en proyecto organizar un

equipo -no tiene por qué ser necesariamente en Los Angeles, podría ser en Chicago, Cleveland, Kansas-e intervenir activamente en la dirección del mismo convirtiéndome para ello en asesor del equipo de entrenadores.

Eso sería estupendo, me parecería que vuelvo a vivir mi época universitaria.

Creo que lo que te he dicho me mantendría ocupado durante muchos años.

Ah, sí y... -Ha mirado al Perito Mercantil-espero contar con tu colaboración para que revises mis inversiones y cuides de mis impuestos. Siempre y cuando no pienses retirarte, claro".

"Gracias por la confianza que me demuestras -ha dicho el Perito Mercantil-. No, creo que no me imagino retirado.

Me temo que mis planes de utilización de la parte que me corresponde os parezcan muy ridículos comparados con los vuestros.

Pero a mi edad es difícil cambiar. Desde luego que no me imagino dejando el trabajo y el barrio donde vivo. Es posible que me compre una casa más grande en la misma zona o que reforme la mía si eso resultara más económico.

Desde un punto de vista práctico, tal vez estudie la posibilidad de ampliar el negocio, asociarme a ser posible con alguien y alquilar unos despachos más bonitos".

"Vamos, hombre -le ha dicho el Mecánico burlándose de él-, todo eso que dices es muy aburrido y pesado. Puedes hacer cosas mejores, amigo mío. Divertirte un poco, compañero. Tienes un cuarto de millón de dólares. ¿No te gustaría pasártelo bien? Cómprate uno de esos salones de masaje en los que hay tantas chicas".

El Perito Mercantil ha esbozado una débil sonrisa.

"Ya he pensado en eso, ya. Creo que me gustaría ser capitalista del club nocturno del señor Ruffalo. El Traje de Cumpleaños.

Dado que le llevo los libros, sé cuál es el valor exacto de este negocio. Creo que al señor Ruffalo no le importaría aceptarme como socio. Sería un buen negocio.

En cuanto a las mujeres, sí, me gustaría encontrar a una joven que resultara adecuada, una joven bonita y discreta a la que pudiera poner un apartamento, que se mostrara agradecida a cambio de mi ayuda e interés y que no fuera tan exigente como para complicarme la situación matrimonial. Eso sería muy agradable".

"!Y que lo digas!", ha exclamado el Mecánico.

"Otra otra cosa -ha añadido el Perito Mercantil casi con timidez-. Me gustaría ir a Hunza".

"¿Ir a dónde? -le ha preguntado el Mecánico-. ¿Qué demonios es Hunza?"

Yo hubiera podido informarle pero he preferido permanecer al margen y dejar que hablara el Perito Mercantil.

"Como tú sabes, soy un adepto de la comida sana. En general me interesa cualquier cosa -tanto si es un régimen alimenticio como un lugar geográfico-que contribuya a la buena salud y, por consiguiente, a la prolongación de la vida.

Y ciertamente que los Estados Unidos no constituyen un sitio adecuado para aquellos que se interesan por la longevidad".

"Tienes razón -le ha interrumpido el Agente de Seguros-.nA este respecto, podría referirte dos datos de nuestras tablas actuariales.

La esperanza de vida del varón americano al nacer es de sesenta y siete años. En relación con la esperanza de vida de los varones, existen veinte naciones que nos llevan la delantera.

En Suecia y en Noruega el hombre corriente alcanza la edad de setenta y dos años y en Islandia y los Países Bajos alcanza los setenta y uno".

"Y en Hunza -ha dicho el Perito Mercantil-vive hasta los noventa años y a veces hasta la edad de ciento cuarenta".

"Todavía no nos has contado qué demonios es Hunza", le ha dicho el Mecánico.

El Perito Mercantil ha asentido como para calmarle.

"Hunza es un lejano y pequeño país de trescientos veinte kilómetros de longitud y uno y medio de anchura situado en un valle himalayo del norte del Pakistán.

Se cree que fue fundado por tres desertores griegos del ejército de Alejandro Magno que huyeron a dicho valle en unión de sus esposas persas.

Hunza es insólito por muchos conceptos. Está gobernado por un Mir hereditario y su población es aproximadamente de treinta y cinco mil almas. En Hunza no hay aduaneros, ni policía, ni soldados, ni cárceles, ni bancos, ni impuestos, ni divorcios, ni úlceras, ni infarto, ni cáncer y prácticamente no se conoce el delito.

Y tampoco existe aquello que nosotros masoquísticamente calificamos de vejez. En Hunza existen años jóvenes, años medianos y años ricos.

En Hunza abundan sobre todo los centenarios. Los visitantes han podido observar que la mayoría de hunzukuts viven hasta los ochenta y noventa años, con un elevado porcentaje de población que rebasa la edad de cien años o más.

En Hunza los hombres conservan la virilidad y son capaces de procrear a los setenta y a los ochenta años".

"Pero, bueno, ¡qué maravilla! -ha exclamado el Mecánico-. ¡Y eso cómo es posible?"

"Nadie conoce la causa. Puede deberse a muchos factores.

No obstante, uno de dichos factores es, sin lugar a dudas, el régimen alimenticio.

La persona corriente consume en Hunza mil novecientas veintitrés calorías diarias. La gente se dedica a los cultivos orgánicos, sólo ingiere alimentos naturales, alimentos sin preparar ni aderezar. Por eso yo... -El Perito Mercantil ha vacilado y ha esbozado una tímida sonrisa-. Bueno, la comida sana que me veis comer está adaptada a la típica dieta Hunza.

Ya sabéis, pan de cebada, albaricoques secos, calabaza, pollo, estofado de vaca, manzanas, nabos, yogourt, té.

Pero bueno, yo siempre he deseado algo más que limitarme a seguir el régimen alimenticio de Hunza.

Mi auténtica ambición ha sido siempre visitar Hunza, aprender sus secretos y beneficiarme de su Fuente de la Juventud. Es más, no me importa revelaros un secreto.

Hace años que tengo preparado el pasaporte en mi despacho y lo renuevo cada vez que caduca por si se me presentara la ocasión de realizar el viaje. Pero el viaje siempre ha estado más allá de mis medios y mis limitaciones de tiempo.

Ahora, disponiendo de tiempo y dinero, espero poder hacer el viaje dentro de uno o dos años." "Podrías llevarme contigo -le ha dicho el Agente de Seguros-.

Me gustaría confeccionar unas tablas actuariales acerca de las posibilidades de conservar la virilidad más allá de los cien años." "Cuando organice el viaje, te lo comunicaré", le ha prometido el Perito Mercantil.

He observado entonces que el Mecánico me miraba con ojos legañosos.

"Estás muy serio para ser un chico que acaba de heredar una fortuna".

"Os estaba escuchando", he contestado.

"Formas parte del Club de Admiradores. Tienes que mostrarte activo. Todos hemos manifestado la forma en que pensamos gastarnos nuestro botín. ¿Cómo vas a gastarte el tuyo?"

En realidad, yo no había pensado todavía en cómo gastarme mi parte de aquellas ganancias mal adquiridas.

Había estado escuchando atentamente y llegando a distintas conclusiones como resultado de esta conversación centrada en qué-se-hace-cuando-el-sueño-seconvierte-en-realidad.

Había observado que esta fantasía de la riqueza había hecho palidecer primero y suplantado después la inicial fantasía de la satisfacción sexual. Ello a su vez me ha inducido a hacer ciertas reflexiones.

Me he preguntado si, una vez convertida en realidad, esta fantasía llegaría a resultar tan poco satisfactoria para los participantes como habían resultado las relaciones sexuales con el Objeto.

"Bueno, ¿cómo te lo vas a gastar?", ha repetido el Mecánico.

"No lo sé -he contestado con toda sinceridad-. Tal vez consiga dejar el empleo a horas, que siempre me ha impedido disponer de tiempo para escribir.

Supongo que ahora podré escribir a pleno rendimiento.

Tal vez me aleje algún tiempo de Los Angeles y me vaya a vivir a la “Rive Gauche” de París por la experiencia personal que ello significará y por el estímulo creador que me proporcionará".

"Y por las francesas", ha añadido el Mecánico con su acostumbrada vulgaridad.

Yo no le he hecho el menor caso.

"Me gustaría viajar un poco, ver mundo, ver cómo viven otras personas.

Creo que un autor necesita un “Wanderjahr”. Tal vez me detenga en Mallorca, en Venecia y Florencia, en Samarcanda y posiblemente en Atenas y Estambul. No sé.

Aparte de eso, no he pensado demasiado en el dinero ni en la forma de gastarlo".

"Podrías convertirte en productor cinematográfico -ha dicho el Agente de Seguros-, contratar a tus propias actrices y hacer tus propias películas".

"No -he contestado-, no me interesa esta faceta de las películas.

Me gusta ir al cine, disfrutar de las películas y leer comentarios acerca de las mismas. Tal como ya os he dicho, no hay demasiadas cosas que me interese comprar.

A decir verdad, estoy totalmente satisfecho de lo que ahora tenemos. Es lo que siempre he querido".

El Mecánico se ha preparado chapuceramente otro trago.

"Ya cambiarás de idea. Todavía no estás acostumbrado. Espera a tocar con la mano tu parte del botín".

"¿Y qué hacemos con éste? -ha preguntado el Agente de Seguros-. Me refiero al botín. ¿Os parece que dejemos de beber y empecemos a preparar la nota final de rescate? Tenemos que organizar las medidas necesarias con vistas al cobro del dinero".

"Vamos, no te preocupes. -le ha dicho el Mecánico-. Ya está en tu poder. Lo demás vendrá por sus pasos contados.

Divirtámonos un poco. Una ocasión así no se produce todos los días. Disfrutemos de ella y después terminaremos lo que tengamos que hacer".

En ese momento, sin que los demás se dieran cuenta, me he alejado de su presencia.

He salido fuera para buscar un poco de soledad y reflexionar acerca de mi situación.

Acaba de ocurrírseme pensar que hemos estado tan ocupados celebrando nuestra suerte que nadie ha tenido la delicadeza de informar acerca de lo que ha sucedido a la persona a la que debemos nuestra futura riqueza.

Estará deseando saber si se ha cerrado el trato y si pronto podrá regresar a su público.

Voy a cerrar el cuaderno de notas y a comunicarle la noticia.

Los demás estaban demasiado sumidos en su borrachera para poder percatarse del regreso de Adam Malone al refugio.

Evitando cualquier contacto con ellos, Malone recorrió rápidamente el pasillo y entró sigilosamente en el dormitorio de Sharon Fields.

La encontró vestida con un jersey color púrpura y una falda marrón, sentada con las piernas cruzadas sobre la tumbona y leyendo.

Al verla, recordó que, desde que se había redactado y echado al correo la primera nota de rescate del sábado, es decir, desde hacía cuatro días, ninguno de los demás había experimentado el deseo de seguir manteniendo relaciones sexuales con ella.

Prueba fehaciente de que el dinero constituía el máximo orgasmo.

El, en cambio, había sido más constante, La había visitado todas las noches, si bien sólo se había acostado con ella dos noches.

Se habían hecho el amor el sábado por la noche.

Ella había empezado a experimentar molestias menstruales el domingo y éstas se habían prolongado a lo largo de todo el lunes y el martes.

Anoche había estado en condiciones de recibirle de nuevo y la unión entre ambos había constituido una inmensa dicha. Al verle entrar, Sharon puso rápidamente una señal en el libro y lo dejó.

Malone se alegró de comprobar que había estado leyendo uno de los volúmenes que él le había traído: la colección de bolsillo de las obras de Moliére.

Se sentó frente a ella y observó que se estaba esforzando por disimular su inquietud.

-Hola, cariño -le dijo dirigiéndole una fugaz sonrisa y sumiéndose de nuevo en su estado de ansiedad-. Me alegro de que hayas venido. He estado oyendo un barullo terrible. ¿Qué es lo que ocurre?

-He pensado que debemos informarte de ello. Tu representante, el señor Zigman, ha recibido la nota. Siguiendo las instrucciones ha insertado el anuncio en el “Los Angeles Times” de esta mañana.

Al parecer, lo tiene todo arreglado. El dinero está listo. Como es natural, mis amigos se han alegrado mucho. ¿Qué te parece?

Ya se había percatado de su suspiro de alivio. Sin embargo, pareció como si la noticia no la hubiera alegrado.

-No sé qué decir. En cierto sentido, lamentaré alejarme de ti. Lo lamentaré de veras, cariño. Pero, desde un punto de vista más práctico, me alegro de que todo se haya solucionado satisfactoriamente.

No me censuras, ¿verdad? La alternativa que se planteaba en la nota no es que fuera muy halagüeña que digamos. Si la nota de rescate no hubiera dado resultado, yo habría muerto.

-¿Muerto? -repitió él-. Totalmente imposible. Eso jamás hubiera ocurrido. No era más que una simple amenaza para asegurarnos el pago del rescate.

-Pues, yo no estoy tan convencida como tú.

En cualquier caso, habida cuenta de la amenaza que pesaba sobre mi cabeza, es indudable que me alegro de mi próxima puesta en libertad. -Se detuvo y añadió-: ¿Cuándo recogeréis el dinero? ¿Será mañana o bien el viernes?

-Será pasado mañana con toda seguridad. El viernes, 4 de julio.

Nos hacía falta otro día para poder enviar la segunda carta con las instrucciones al objeto de que el señor Zigman sepa dónde tendrá que dejar el dinero.

-¿Cuándo, se la vais a enviar? -preguntó ella preocupada-. No olvides que el cuatro de julio es fiesta. No pasa el cartero.

-El señor Zigman la recibirá. Se la enviaremos por correo urgente desde una estafeta de correos cercana a su despacho. Lo arreglaremos esta tarde.

Es probable que te la dicte el más alto. Será muy breve. Después yo la echaré al correo esta noche o mañana por la mañana lo más tarde.

Le dijimos al señor Zigman que estuviera en su despacho mañana y el viernes. Por lo tanto, estoy seguro de que allí estará. Y la recibirá a tiempo.

-¿Y entonces me soltaréis?

-En cuanto regresemos aquí con el dinero.

-¿Tardaréis mucho tiempo en efectuar los análisis químicos?

-No habrá análisis químicos. Lo hemos dicho para asegurarnos de que no marque los billetes. Ahora nadie se atreverá a marcarlos.

Cuando tengamos el dinero en nuestro poder, supongo que nos lo repartiremos. Y entonces ya habremos terminado. Te cubriremos los ojos con una venda y te conduciremos a algún lugar de Los Angeles en el que podamos dejarte sin peligro.

Te aflojaremos las cuerdas de las muñecas para que, una vez nos hayamos ido, puedas librarte de ellas, quitarte la venda de los ojos y dirigirte a la casa o gasolinera más próxima para llamar al señor Zigman y decirle que pase a recogerte. Será muy fácil.

Cuando tengamos el dinero en nuestro poder, serás puesta en libertad.

Sharon guardó silencio por espacio de unos segundos. Mantenía la boca y la barbilla rígidas.

-¿Cómo sabes que van a soltarme? -le preguntó mirándole directamente a los ojos.

-Porque es el trato, Sharon -repuso él sorprendido ante su preocupación-. ¿Por qué no iban a soltarte?

-Tú es posible que lo hicieras -dijo ella muy seria-. Dos de los demás quizá también. Pero el cuarto de ellos... me refiero al más alto de ése no me fío.

-Pero, te fías de tres de nosotros, ¿no es cierto? Somos mayoría. No tendrá más remedio que aceptarlo.

-Ya ha roto otras dos veces su palabra haciendo caso omiso del acuerdo a que habíais llegado y de las promesas que me habíais hecho -dijo ella sin mostrarse muy convencida-.

Te prometió que no me violaría pero entró aquí y me violó. Prometió que no intentaría cobrar ningún rescate pero ha seguido adelante y ha convertido esta situación en un secuestro a cambio de un rescate.

Ahora se ha comprometido, junto con los demás, a ponerme en libertad en cuanto cobréis el dinero. ¿Cómo sabré si esta vez cumplirá con su palabra, no habiéndolo hecho así en las restantes ocasiones?

-Pero es que esta vez será distinto, se tratará del resultado final -dijo Malone muy perplejo-. ¿Qué otra cosa quieres que hiciera contigo como no fuera ponerte en libertad?

Pareció que ella fuera a contestarle, pero, en su lugar, decidió guardar silencio. Resultaba evidente que estaba preocupada por algo. Malone esperaba que se lo dijera.

-No sé -dijo ella al final-. Confío en vosotros tres pero no confío en él. Es violento y cruel. Es de las personas que no se detendrían ante nada en el caso de que alguien se interpusiera en su camino.

Podría llegar a la conclusión de que es peligroso ponerme en libertad no sea que quiera vengarme e intente averiguar su identidad.

-No es posible que ello ocurra -dijo Malone sacudiendo la cabeza-. Sabe que no le buscarás ni querrás verle jamás.

No creo que se le haya pasado siquiera por la imaginación. En cuanto a la violencia, es cierto que es violento pero se reprime como suele hacer la mayoría de la gente. No tienes por qué preocuparte, Sharon.

Ya tiene lo que quería. Lo que no quiere es que el dinero se convierta en dinero ensangrentado que le manche las manos.

Te lo repito, una vez tengamos el dinero en nuestro poder, serás puesta en libertad sin sufrir el menor daño.

Ella volvió a guardar silencio y, al final, dijo:

-Si tú lo dices. Tendré que depositar mi vida en tus manos. Cuando hayáis cobrado el rescate, tendré que confiar en ti y esperar que logres convencer al más alto de la conveniencia de cumplir con su palabra.

-Te lo prometo -dijo Malone levantando la mano-. Le pondré en cintura. Te lo juro por mis padres. ¿Qué te parece?

-Muy bien -dijo ella esbozando una débil sonrisa-. Una vez más te tomo la palabra.

-No olvides que te quiero.

Ella se inclinó hacia adelante y le besó acariciándole la mejilla.

-Yo también te quiero, cariño. Y recuerda que dependo de ti.

Cuando el Soñador se hubo marchado, Sharon Fields permaneció sentada en la tumbona sin apartar los ojos de la puerta.

Sabía que le había mentido. No podía depender de él. Era demasiado débil. Y también lo eran los otros dos.

Ninguno de ellos era tan fuerte y decidido como Kyle Shively. A excepción de ella misma.bPara sobrevivir no podía depender de nadie más que de Sharon Fields.

Tomó el libro con aire ausente pero no lo abrió. Estaba pensando, procurando urdir un plan. Al final, consiguió trazar un plan. Era una posibilidad muy remota pero o eso o que le pegaran un tiro.

Se reclinó en su asiento, encendió un cigarrillo sacándolo de la cajetilla que le habían dejado y se concentró en lo que se proponía hacer.

Al reunirse con sus compañeros en el salón, Adam Malone comprobó que éstos se encontraban borrachos perdidos.

Shively se hallaba sentado en el sofá, entonando una canción obscena.

Yost se había hundido en un sillón y miraba a su alrededor con los ojos vidriados.

Y hasta Brunner, que se había terminado el vaso, se había levantado y se había dirigido por la botella con piernas vacilantes, estaba como desmelenado.

-Vaya, mirad quién está aquí -dijo Shively-. El gran cerebro en persona presentándose ante el público. Señoras y señores, les presento al mayor delincuente del siglo, el presidente del Club de los Admiradores, a quien se debe el mayor éxito comercial de los tiempos modernos y gracias al cual hemos conseguido gozar, además, de un dulce bocado.

Hola, señor Malone. Hoy eres un hombre.



Librodot

Shively empezó a aplaudir y Yost y Brunner imitaron su ejemplo.

Malone se sentía molesto pero no deseaba provocar ningún antagonismo o perturbación. Decidió seguirles la corriente e hizo una reverencia.

-Gracias, queridos consocios. Es un honor encontrarme entre ustedes.

-Ven a tomarte un trago -le ordenó Shively-. Te mereces beber a tu salud.

-Eso voy a hacer. Malone se acercó a la mesa de café, tomó la botella de J&B casi vacía que le ofrecía Brunner y se preparó un trago.

Shively se estaba dirigiendo a los demás.

-Sí, hombre, es fantástico lo que ha ocurrido. ¿Os hubierais atrevido al principio a apostar un dólar falso por el feliz resultado de la puesta en práctica del sueño de Adam? Yo no.bY, sin embargo, aquí estamos, como cuatro pachás o mejor todavía.

Nos hemos acostado con el material más célebre del mundo. Y, por si fuera poco, vamos a cobrar un dineral. No está pero que nada mal. ¿Quién hubiera podido imaginarse, cuando empezamos a acostarnos con ella, que íbamos a alcanzar un resultado todavía mejor? Durante algún tiempo, nos pareció que acostarnos con ella ya no bastaba.

Sí, no olvido que, antes de que empezáramos a aburrirnos, y cuando todavía constituía una novedad, la cosa estuvo pero que muy bien. Sí, hombre. -Se irguió parcialmente y miró a los demás con ojos legañosos-. Ahora que estamos a punto de separarnos, tengo que hacerles una confesión a mis compañeros de aventura.

Y, oídme bien, no quiero que penséis que pretendo menospreciaros, pero, ¿sabéis una cosa? Os la voy a contar.

Aquí el viejo Shiv -y podéis preguntarle a la señora si no lo creéis-, aquí el viejo Shiv es el único que ha conseguido excitarla. ¿Qué os parece?

Malone ingirió un sorbo y miró a Shively enojado. Era necesario poner en ridículo a aquel fanfarrón.

-Eso no es cierto -dijo-. Conmigo también experimentó un orgasmo.

-Muy bien, entonces somos dos -dijo Shively.

-Tonterías -gritó Yost con voz de borracho-.vYo conseguí excitarla tanto como vosotros. Ella podrá atestiguarlo.

-Yo también lo conseguí -dijo Brunner con un hilillo de voz.

-¿Todos vosotros? -preguntó Shively con expresión sombría-. La muy mentirosa. Lo que ocurre es que nos ha estado engañando.

¿Le dijo a alguno de vosotros que era el mejor, que era el que más apreciaba, el único que le gustaba?, Porque eso es lo que me dijo a mí. ¿Os lo dijo a vosotros?

-A mí me dijo que era el mejor -dijo Yost eructando.

-A mí también -dijo Brunner asintiendo.

La irritación de Malone fue en aumento.

-Todo lo que os dijo os lo dijo para mostrarse amable, lo cual me parece muy bien. Pero podéis creerme, no es que importe demasiado pero yo soy el único a quien ama Sharon Fields. ¿Por qué no? Sabe que vosotros sólo la queríais como medio de obtener dinero mientras que yo la quería por sí misma.

Eso es muy importante para una mujer. No quisiera ponerla en un compromiso pero, caso de hacerlo así, apuesto a que confesaría los sentimientos que yo le inspiro.

El hombre siempre sabe si una mujer le ama sinceramente.



Librodot

-Eso sucedió contigo, conmigo y con todos nosotros -dijo Yost eructando por segunda vez-. Todos le hemos gustado. Bueno, ¿y qué? No pretendía gozar de ella en exclusiva. He seguido lo que quería.

Mirad, jamás olvidaré cómo estaba y olía la noche en que le traje el bikini y el perfume. Quizá me conviniera regalarle a mi mujer alguna de esas cosas.

-Un momento -dijo Shively irguiéndose en el sofá-. ¿De qué estás hablando, Howie? Yo no he visto ningún bikini ni he aspirado ningún perfume. ¿De dónde ha salido eso? Nosotros no lo trajimos.

-Lo compré yo -repuso Yost encogiéndose de hombros. Fue nuestro último derroche.

Una noche, cuando ya había empezado a prestarnos su colaboración, me pidió que le comprara unas cuantas cosas para poder estar más atractiva.

Es comprensible. Las mujeres siempre quieren ofrecer un aspecto inmejorable. Por consiguiente, cuando Malone y yo bajamos a Arlington a comprar comida, aproveché para comprarle a Sharon unas cosillas. Pensaba que lo sabías.

-¿Comprasteis allí abajo prendas de mujer aparte de la comida? ¿Te pidió ella que se las compraras? -preguntó Shively con voz pastosa, si bien parecía que se estuviera serenando por momentos.

-Eso no tiene nada de malo, Shiv -dijo Yost-.Nadie hubiera podido adivinar para quien eran.

Los hombres suelen comprarles cosas a sus mujeres y novias. Para eso están las tiendas.

-Eso no me gusta nada -dijo Shively frunciendo el ceño-. Siempre recelo de las mujeres y tal vez tenga mis motivos. Sobre todo de ésta.

Acabamos de averiguar que nos ha mentido a todos. Ahora hemos descubierto que te ha utilizado.

-Vamos, Shiv -dijo Yost haciendo un gesto despectivo-, ¿cómo quieres que me utilizara? Lleva dos semanas encerrada las veinticuatro horas del día en aquella habitación.

-No sé -dijo Shively esforzándose por pensar-. No me gusta. Estoy empezando a experimentar aquella sensación que experimentaba en el Vietnam siempre que intuía la necesidad de volver la cabeza por si me acechaba algún peligro.

Creo que no me fío de esta perra. Tal vez esperaba que dejaras puesta alguna etiqueta que le permitiera descubrir dónde habías estado.

-Lo revisé todo -dijo Yost-.

Pero, aunque averiguara dónde habíamos estado -me refiero a la ciudad-, ¿de qué iba a servirle eso?

Shively se puso vacilantemente en pie.

-Te digo que no me gusta -repitió obstinadamente-. Tal vez haya averiguado alguna otra cosa.

Desde luego que, como haya averiguado algo más, de aquí no sale. Voy a revisar todo lo que le trajisteis para asegurarme.

-Déjala en paz, Kyle -dijo Malone poniéndose en pie-. No armes un alboroto por nada. No podrás encontrar nada. No la asustes ahora que la necesitamos para que nos escriba la última nota de rescate.

-Voy a efectuar una inspección, muchacho, por consiguiente, no te interpongas en mi camino.

Shively salió al pasillo y se dirigió al dormitorio. Abrió la puerta y entró seguido de Yost y Brunner.

Malone se había quedado rezagado y esperó fuera, dudando entre si intervenir o no. Llegó a la conclusión de que sería mejor no contrariar a Shively, dado que le constaba que éste era víctima de un acceso de paranoia intensificada a causa del exceso de bebida, y no conseguiría encontrar nada que fuera sospechoso.

Una vez cesaran sus temores paranoicos, se calmaría y todo seguiría igual que antes. Malone observó la escena.

Shively se había plantado en el centro del dormitorio y estaba mirando a su alrededor como si fuera la primera vez que lo viera.

Alarmada ante su comportamiento, Sharon se había levantado de la tumbona y se había acercado rápidamente a Shively.

-¿Qué ocurre? ¿Sucede algo?

-¿A ti qué te importa, perra? -Empezó a examinarla-. Jamás te había visto con estas ropas. ¿De dónde las has sacado? Ella se alisó la falda marrón, miró a Yost con aire preocupado y le dijo a Shively:

-Tu amigo tuvo la amabilidad de traerme un poco de ropa para cambiarme.

-Ya. ¿Y dónde tienes los otros trapos?

-Pues, en aquellos cajones. Ya te lo enseñaré.

Fue a dirigirse hacia la cómoda pero Shively la agarró por el brazo y la empujó.

-Apártate de mi camino -le dijo.

Se dirigió con paso vacilante hacia los cajones y los abrió uno tras otro. Rebuscó entre el escaso guardarropa y volvió del revés algunas prendas arrojándolas después al suelo. Cuando hubo terminado, se dirigió al cuarto de baño dando traspiés.

Brunner se acercó a Sharon bizqueando y le dio unas palmadas en el hombro para intentar consolarla.

-No te preocupes -le murmuró con voz pastosa-. Está revisando las cosas antes de soltarte.

Ella asintió en ademán de gratitud pero esperó nerviosamente la reaparición y el veredicto de Shively.

Procedentes del cuarto de baño, se escuchaban los rumores de los distintos artículos de tocador, del armario botiquín abriéndose y cerrándose de golpe y de alguna cosa al caer al suelo.

Al final, Shively emergió claramente decepcionado y con las manos vacías. La miró enfurecido y entonces descubrió el montón de libros y revistas.

Ella se adelantó automáticamente para impedirle el paso, y demostrarle que era valiente y no tenía nada que ocultar.

-¿Qué buscas? -le preguntó-. Tal vez pueda ayudarte.

Shively se enfureció inesperadamente.bFue a apartarla a un lado pero de repente la agarró por los hombros y empezó a sacudirla.

-Sí, seguro que quieres ayudarnos, perra embustera. Nos has mentido a todos diciéndonos a cada uno que estabas enamorada, grandísima perra. Intentando ablandarnos. -Volvió a sacudirla con violencia-. ¿Qué sabes de nosotros? ¿Qué sabes y qué vas a contarle a la policía?

-¡Nada, ni una sola cosa, lo juro! -Forcejeó por librarse de él, pero sus manos la agarraron por la garganta.

Se asfixiaba y le gritó-: Detente, me estás ahogando.

-Te estrangularé como sigas mintiéndome. Empieza a hablar, y rápido, y cuéntanos toda la verdad. ¿Por qué nos engañaste a todos y le dijiste a cada uno de nosotros que era el mejor?

¿Por qué le pediste al tonto de mi amigo que te comprara ropa sin que los demás lo supiéramos?

-Vamos, hombre, eso no es verdad -protestó Yost.

Shively no le hizo caso y siguió apretando la garganta de Sharon con los dedos.

-Voy a darte tu merecido, grandísima puta. A mí no vas a engañarme. Estos tíos llevan casi dos semanas acostándose contigo y gimiendo encima tuyo, y no vayas a decirme que no intentabas conseguir algo a cambio.

Creíste que podrías ganarte su confianza y averiguar muchas cosas que después pudieras contarle a la policía.

Pues, muy bien, será mejor que me digas lo que sabes porque, de lo contrario, te mato de una paliza. Ya estás hablando.

-¡No hay nada! Estás loco.

Shively se enfureció, le soltó la garganta y le cruzó el rostro de una bofetada.

Al recibir el golpe, Sharon tropezó, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Se quedó acurrucada viéndole acercarse, seguido de Brunner y Yost. El la miró con el rostro lívido de furia.

-O escupes la verdad o te la saco de la maldita boca a patadas.

-No, no -le imploró ella levantando el brazo para protegerse la cara.

-Lo has pedido y lo tendrás. Echó el pie hacia atrás y, en aquellos momentos, Brunner se acercó a él como para distraerle.

-Por favor-, por favor -dijo Sharon buscando a un posible protector-, señor Brunner, ¡dígale que no sé nada!

Shively la miró con ojos helados y después miró al confuso perito mercantil.

-Ah, conque “señor Brunner”, ¿eh? Al final, hemos averiguado la verdad. “Sabe” el nombre de uno de nosotros. Sólo quería saber eso, sólo eso.

-Le volvió a Sharon la espalda y se encaminó con Yost y Malone hacia el pasillo, sacudiendo la cabeza satisfecho-.

Muy bien, me parece que tendremos que pedirle al señor Brunner ciertas explicaciones, ¿verdad? Vamos -dijo al llegar junto a la puerta.

El paralizado Brunner se movió, le dirigió a Sharon una mirada de conejo asustado y se encaminó con paso vacilante hacia la puerta siguiendo a los demás.

Sharon Fields permaneció tendida en el suelo en el mismo lugar en que había caído, mirándoles como mira un acusado al jurado que se retira para deliberar acerca de su destino.

Veinte minutos más tarde, encontrándose los demás sentados y él de pie, Shively dio por concluido el implacable interrogatorio a que había sometido a sus consocios del Club de los Admiradores.

Se había serenado bastante, pero ahora ya se estaba preparando otro whisky. Ingirió un buen trago, se lamió los labios y posó el vaso sobre la mesa de café.

-Muy bien, hemos llegado a la siguiente conclusión -dijo-. Por lo que recordamos, la señora desconoce el nombre de Yost, el de Malone y el mío, y no sabe de nosotros nada en absoluto.

Por consiguiente, has sido tú, Leo. Eres el único que nos ha descubierto y le ha facilitado una pista.

-Ya te lo he dicho, no sé cómo ocurrió -dijo Brunner sacudiendo la cabeza asombrado-. Se me escapó.

-¿Estás seguro de que no te provocó ni intentó engañarte? ¿Estás bien seguro?

-Completamente seguro. Ella no tuvo la culpa. Fue un desliz, un accidente. Como es lógico, lo recuerdo muy bien.

A principios de esta semana, cuando ya habíamos terminado, yo me estaba vistiendo y me sentía de muy buen humor y empecé a contarle no sé qué de mi mujer.

Sin mencionarle su nombre, claro. Le estaba diciendo lo sorprendida que estaba mi mujer de mis conocimientos y de mi habilidad en las reparaciones domésticas.

Empecé a imitar la voz de mi esposa y, sin darme cuenta, le dije mi nombre tal como lo pronuncia Thelma y comprendí, cuando ya era tarde, que se lo había dicho.

Me inquietó mucho pero ella me juró que no lo había oído. Confié en su palabra.

Más tarde pensé que, aunque lo hubiera oído, no tenía por qué preocuparme. ¿Para qué iba ella a decírselo a nadie? ¿Quién soy yo al fin y al cabo?

-¿Que quién eres tú? -repitió Shively-. Eres el más estúpido de nosotros si piensas que ella se iba a guardar la información.

-Bueno, en tal caso, seré el único que sufrirá las consecuencias de mi error -dijo Brunner con cara de mártir-.

Ella no conoce vuestros nombres ni sabe quiénes sois. Eso hemos podido establecerlo con toda certeza.

Por consiguiente, vosotros tres estáis a salvo.

Shively sacudió la cabeza con un gesto de disgusto y se dirigió a Yost.

-Howie, dile lo estúpido que es para ser un tipo con estudios universitarios. -Volvió a mirar a Brunner-.

Conque eres el único que corre peligro y los demás estamos a salvo, ¿eh? Santo cielo, me cuesta creer que seas tan estúpido ¿Qué crees que sucederá cuando recojamos el dinero el viernes y la pongamos en libertad? Yo no soy escritor como nuestro imaginativo Malone, pero eso si te lo sabré contar.

La soltamos. La dejamos en libertad. Llama a su representante o a quien sea. Corren a recogerla.

Y, ¿adónde van luego? Directamente a la policía como una bala que saliera de un cañón. Sí, directamente a la policía. Cuenta lo que le ha ocurrido y todo lo que sabe, que éramos cuatro pero que sólo conoce el nombre de uno de nosotros, el del señor Leo Brunner.

Muy bien, y, ¿qué ocurre después? Que la policía empieza a hacer averiguaciones, localiza su casa y su despacho, rodea ambos sitios y apresa a nuestro amigo el señor Brunner. -Shively se volvió para mirar al angustiado perito mercantil-. Muy bien, ya te tienen, señor Brunner.

Te piden que seas buen chico y hables. Tú no lo haces. Dices que ha habido un error. Preparan una rueda de tíos. Ella te identifica incluso sin el disfraz. Pero tú sigues diciendo que no has tenido nada que ver con eso.

Entonces te someten al tercer grado, porque quieren que hables y les facilites los nombres de los demás, nuestros nombres. Te meten en una habitación con una luz cegadora sobre la cara, sin comida, sin agua, sin cuarto de baño, te mantienen despierto veinticuatro horas, cuarenta y ocho horas.

-No -protestó Brunner-, esas cosas ya no se hacen. Hablas de cosas que ves en las películas. Hoy en día, los oficiales de las fuerzas del orden son muy humanos y todos los ciudadanos tienen sus derechos.

-Santo cielo, ¿cómo demonios se puede seguir hablando con alguien tan estúpido e ingenuo como tú, Leo? ¿Cómo crees que interrogábamos a los prisioneros en el Vietnam? ¿Cómo crees que hizo cantar la policía a algunos amigos míos acusados de traficar con drogas

y otras cosas en Tejas y Los Angeles? Te estaba contando lo más delicado, Leo, y no toda la verdad porque sé que no tendrías el valor de soportarlo. ¿Qué es lo que dice uno cuando le arrancan las uñas? ¿O le dan nueve o diez rodillazos contra los testículos? ¿O le queman la piel con el extremo de un cigarrillo? Uno dice muchas cosas.

Uno canta. Uno habla. Y habla mucho. Y lo que tú les dirías serían los nombres del señor Howard Yost, del señor Adam Malone y de un servidor, el señor Kyle T. Shively.

Y entonces van y nos detienen por secuestro, extorsión y violación. Y ninguno de nosotros vuelve a ver jamás la luz del sol.

Brunner había empezado a sudar.

-Eso no ocurriría jamás -juró-. Aunque ella hablara, yo no lo haría. Moriría antes que revelar vuestros nombres.

Shively soltó un gruñido e hizo una concesión.

-Muy bien, supongamos que no hablas. Supongámoslo. Eso no lo sabríamos hasta que la policía te echara el guante.

Pero no eres tú quien me interesa. No se trata de ti, Leo. No es lo que tú digas lo que importa.bLo que importa es lo que diga ella.

Si no pudiera hablar, habríamos solucionado el problema. Entonces tú estarías a salvo. Yo estaría a salvo.bHowie y Adam estarían a salvo.

Si no consigue revelarle tu nombre a la policía, estaremos todos a salvo y seremos ricos y nos lo pasaremos muy bien. ¿Me has entendido?

-No -dijo Brunner con voz temblorosa-, no estoy seguro de haberlo entendido.

-Habla claro -le dijo Yost.

Shively contestó más tranquilo y confiado.

-Todos estamos metidos en esto y vais a escuchar a vuestro amigo Shiv. Yo me pasé algún tiempo en el Vietnam, ¿comprendéis?, y aprendí muchas cosas acerca de la supervivencia y creo que será mejor que me hagáis caso.

Allí jamás nos fiábamos de nadie -y al decir de nadie me refiero a cualquier persona que estuviera viva y tuviera una edad comprendida entre los siete y los setenta años-, no nos fiábamos de nadie de quien sospecháramos que supiera más de la cuenta y pudiera meternos en algún lío.

Les saltábamos la tapa de los sesos, ¿sabéis?, y entonces ya no quedaba nadie que pudiera hablar y decir cosas feas de nosotros. -Se detuvo significativamente-. La situación es la misma.

Zona de combate. O ella o nosotros. Por consiguiente, con la mayor elegancia posible, os digo apelando a vuestro sentido común que, en cuanto haya escrito la nota, nos libremos de ella.

Desaparecerá con la misma facilidad con que se chasquean los dedos. Nos libramos de ella y nos libramos del problema. Ya está, muchachos.

-¡No! -exclamó Brunner aterrado-. No lo dices en serio, Kyle. Nos estás tomando el pelo.

-Señor Brunner, yo no gasto bromas. O ella o nosotros.

-No, me niego a intervenir. ¿Un asesinato a sangre fría? Has perdido el juicio. No, jamás lo consentiré. -Se le había puesto la cara de color ceniciento-.bParticipar en el secuestro y después en la violación y el rescate, ya son delitos graves que pesan sobre nuestras conciencias.

Malone estaba demasiado sobrecogido y no se atrevía a hablar, pero pensó que ya era hora de que le escucharan.

-Estoy con Leo en todo.

El secuestro es el límite máximo. El asesinato está excluido. Tanto si nos metemos en un lío como si no, yo no me mancharé las manos de sangre.

Shively le miró despectivamente y después se dirigió a Yost.

-Tú eres más práctico que nuestros amigos, Howie. ¿Qué dices a eso?

Yost se removió inquieto.

-Desde luego, comprendo tu punto de vista, Shiv. Nos encontramos en una situación muy apurada. Pero, francamente, considerando todos los pros y los contras, me pongo del lado de Leo y Adam. No creo que sea necesario matarla. Ante todo, se trata de un crimen castigado con la pena de muerte.

-¿Has oído hablar alguna vez de la ley Lindbergh?

-En cierto modo, el asesinato es peor -dijo Yost-. En segundo lugar, tal vez nos convenga tenerla viva.

Quiero decir que, si ocurriera algún contratiempo una vez hubiéramos recogido el dinero del rescate, podríamos conservarla en calidad de rehén para protegernos.

-Cuando la soltemos, ya estará en libertad. Y estaremos en peligro por causa de Leo.

-Yo estoy pensando otra cosa -dijo Yost-. Si recogemos el dinero y descubrimos que nos han seguido o algo así, mientras la tengamos viva, estaremos a salvo.

Aunque tengamos que ocultarnos de nuevo con ella o hacer otro trato.

-No lo veo muy claro -dijo Shively-. Mientras esté viva, podrá revelar el nombre de Brunner y, tanto si éste quiere como si no, la ley se nos echará encima.

-Bueno, si se diera ese caso, hay otras dos soluciones menos drásticas -dijo Yost.

Malone comprendió, al escucharle, que Yost se esforzaba por mostrarse conciliador y, al mismo tiempo, llegar a una solución de compromiso.

Yost prosiguió-: Dado que sólo conoce el nombre de Leo y no el nuestro, podríamos amenazarla antes de ponerla en libertad. Asustarla en serio.

Decirle que nos dedicaríamos a espiarla por turnos, y que si acudía a la policía y facilitaba a ésta el nombre de Leo volveríamos a apresarla.

Le diríamos que permaneceríamos al acecho y nos la llevaríamos otra vez. Eso tal vez la indujera a callarse.

-No, eso no me lo creería ni yo. ¿Por qué iba a creérselo ella?

-Pues, bueno, escucha entonces la segunda idea, ésta podría dar resultado. Si ocurriera lo que nos tememos -no creo que ocurra, pero si ocurriera-podríamos conseguir que Leo abandonara el país, se trasladara al extranjero y se quedara allí algún tiempo, hasta que se calmaran los ánimos y se olvidara todo el asunto.

-La policía le agarraría antes de que pudiera subir a un avión o a un barco.

-No ocurriría tal cosa si se largara antes de que la soltáramos.

-¿Y qué me dices de la extradición? -preguntó Shively tras reflexionar unos momentos.

Malone aprovechó la ocasión para exponer otra alternativa.

-Hunza. El quiere irse a Hunza de todos modos. Nadie podría averiguar que estaba allí.

-O a Argelia o algún sitio como el Líbano -añadió Yost.

Hasta aquellos momentos, Brunner se había dedicado a mirar de un lado para otro de Shively a Yost y de Yost a Shively, como un espectador de un partido de tenis demasiado fascinado ante el peloteo verbal como para poder darse cuenta de que él era el objeto del mismo.

Las voleas habían terminado y Brunner comprendió que no era un espectador sino un participante, al oír que Shively se estaba dirigiendo a él.

-Bueno, creo que eso podría dar resultado. Si te quitamos de en medio, Leo, no tendríamos necesidad de librarnos de la chica. Tienes que estar dispuesto a emprender el vuelo el viernes.

Uno de nosotros te acompañará al aeropuerto para comprobar que te vas y después la pondremos en libertad.

-¿Emprender el vuelo? -preguntó Brunner quitándose las gafas, mirando a sus tres compañeros con los ojos contraídos y volviendo a ponérselas-.

No podría hacerlo. No es razonable. ¿Y mi trabajo? ¿Y mis clientes? Mi mujer no me lo permitiría.

-Tu mujer que se vaya al cuerno -dijo Shively-. Estamos hablando de nuestras vidas, incluida la tuya.

-Pero uno no se larga así, sin más. Tienes que estar preparado.

-Ya estás preparado -le dijo Shively-. Tienes el pasaporte en regla. Tendrás el dinero. Serás dueño de tu vida. ¿No te basta?

-No. Oye, tú no lo entiendes. Uno no se exila así por las buenas de la noche a la mañana. Tendría que dejar arreglados mis asuntos, dejarlo todo resuelto y, además, que no me guste. No me gusta vivir en un país extranjero para siempre.

-Entonces, ¿acaso prefieres vivir para siempre en una celda de piedra del pasillo de la muerte? -le preguntó Shively.

-Desde luego que no pero...

Yost se inclinó hacia adelante para actuar de mediador.

-Permitidme hacer una sugerencia. Tres de nosotros hemos votado a favor de no causarle ningún daño a Sharon.

Eso ya está fuera de toda discusión. Aún disponemos de tiempo para reflexionar acerca de los peligros que pueda ser ponerla en libertad estando al corriente del nombre de Leo.

Tal vez bastara con que Leo cambiara de nombre y se ocultara en otra ciudad, por ejemplo, una ciudad del Medio Oeste, donde nadie pudiera encontrarle.

-¡Eso sí lo haría! -exclamó Brunner dispuesto a aceptar cualquier solución de compromiso.

-Bueno, la decisión final podemos aplazarla a mañana, cuando ya dispongamos del dinero y antes de soltar a Sharon.

Tal vez entonces podamos devolverle a Leo su aspecto normal y uno de nosotros le pueda acompañar a su casa, para que recoja a su mujer y a su cuñada, y meterles a los tres en un tren que se dirija a algún lugar aislado.

-Pero, ¿cómo se lo explicaré a Thelma? -preguntó Brunner.

-Tratándose de tu trabajo, será muy fácil -repuso Yost-. Un jaleo monetario, un cliente cree que le has falseado los libros para timarle.

Va a acusarte de este delito, Tu abogado te ha aconsejado que te esfumes una temporada. Si tu mujer opone resistencia, creo que tu recién adquirida riqueza logrará calmarla. Sí, creo que tendrá que ser mañana, Leo.

-Muy bien, ya nos inventaremos algo -dijo Brunner deseoso de dar por terminada la discusión y tranquilizar a los demás-.

Haré cualquier cosa que sea razonable con tal de que no tengamos que vernos envueltos en un asesinato.

-Muy bien, Shiv. ¿Satisfecho? -preguntó Yost mirando a Shively con expresión radiante.

Shively ingirió el whisky que le quedaba en el vaso.

-Mientras Leo no pueda ser señalado con el dedo por nuestra amiga, estoy dispuesto a soltarla.

-Solucionado -dijo Yost levantándose para dirigirse a la cocina-. Voy a abrir otra botella.

A Adam Malone, que había permanecido deliberadamente al margen de la comedia que se había estado interpretando, la acción que se había desarrollado se le había antojado fascinante.

Lo que más le había fascinado al principio había sido la intuición de que había hecho gala Sharon Fields en relación con el carácter de Shively.

Había comprendido que Shively no era digno de confianza, había observado su tendencia a no cumplir con la palabra dada, y había predicho y temido que se mostraría dispuesto a llegar a la máxima violencia, con tal de asegurarse la supervivencia.

Malone no tuvo más remedio que reconocer que Sharon había estado en lo cierto, y que él se había equivocado con respecto a la forma en que Shively se comportaría llegado el momento de canjearla por el dinero del rescate.

Malone recordó que había jurado por sus padres encargarse del cumplimiento del trato con Zigman.

Ahora le renovó a Sharon en silencio esta misma promesa.

Otro descubrimiento que le fascinaba -hasta el extremo de haberse dedicado a hacer conjeturas acerca del mismo a lo largo de todo el período de confinamiento en Más a Tierra-, era la transformación que se había operado en sus tres compañeros, que, de hombres corrientes y normales (en el sentido de ciudadanos honrados, observantes de la ley y de las normas fiscales), habían pasado a convertirse en unos salvajes, inclinados exclusivamente a la satisfacción de sus más inmediatos apetitos.

Había observado a tres hombres adultos, que, en cualquier sondeo de opinión pública, hubieran podido ser seleccionados como típicos representantes de los ciudadanos de los Estados Unidos, unirse para convertir en realidad una descabellada fantasía esencialmente inofensiva, participar con ciertas reticencias en un secuestro, pasar rápidamente a convertirse, de los persuasores esperanzados que habían tenido intención de ser, en unos salvajes y desencadenados violadores, descender ulteriormente y convertirse en secuestradores de los que exigen dinero a cambio del regreso de la víctima, y hundirse finalmente en la máxima sima posible, en la que ya se permitían el lujo de hablar como asesinos en potencia calibrando las ventajas de la supresión de la vida de otro ser humano.

La persona civilizada que todos creemos ser, pensó Malone, apenas logra disimular la bestia salvaje que todos hemos sido y que podemos volver a ser inesperadamente en cualquier momento.

Observó que Yost había regresado de la cocina y estaba escanciando más whisky en el vaso de Shively.

-Muy bien, muchachos -estaba diciendo Shively al tiempo que levantaba el vaso-, brindo por nuestra amistad y por lo que ya sabéis. -Hablaba con voz pastosa y se le estaban cerrando los ojos-.

Muy bien, será mejor que organicemos la última fase, es decir, lo que nos quede por hacer.

Oye, Adams o como te llames, ¿qué nos queda por hacer?



Librodot

-Tenemos que tomar una decisión acerca del lugar en el que Zigman debe depositar las dos maletas con el dinero -dijo Malone pacientemente-. El lugar exacto.

Debemos indicarle la hora, y el límite absoluto dentro del cual deberá depositar el millón de dólares.

Debemos recordarle de nuevo la necesidad de que no le acompañe nadie y advertirle que, si nuestro emisario es seguido, pondrá en peligro la seguridad de Sharon.

-Ya lo creo que sí -dijo Shively-. Que quede eso bien claro.

-Debemos también, con toda justicia, indicarle al señor Zigman cuándo y dónde podrá tener noticias de Sharon una vez se haya cobrado el dinero del rescate. Esta será la esencia de la segunda y última nota que Sharon escribirá. Tras lo cual, yo la echaré al correo.

Y después tendremos que empezar a hacer las maletas, eliminar de este refugio todas las pruebas que permitan adivinar que alguien se ha alojado en él y nada más.

Shively se puso dificultosamente en pie. Le costaba mucho esfuerzo conservar el equilibrio.

Malone jamás le había visto tan bebido.

-Arregladlo vosotros -dijo-. Yo ya he hecho lo que me correspondía. Haced ahora vosotros lo que os corresponda. Estoy borracho como una cuba y soy lo bastante hombre como para reconocerlo. Voy a acostarme y a dormir la mona. ¿De acuerdo?

-Por mí, de acuerdo -repuso Malone-, déjanoslo de nuestra cuenta.

-Sí -dijo Shively-. Voy a dejártelo a ti. Tú eres el escritor, Maloney.

-Malone.

-Yo digo Maloney y no me discutas. Tú eres el escritor y sabes lo que hay que escribir. Encárgate de que lo escriba. No pierdas el tiempo. Hazlo y envíalo por correo urgente desde la estafeta de correos de Beverly Hills antes de la última recogida de esta noche. Hazlo.

-Lo haré -dijo Malone.

Una hora más tarde, Brunner, Yost y Malone ya habían resuelto todos los detalles.

Entre los distintos lugares sometidos a discusión en el transcurso de las últimas cuarenta y ocho horas, escogieron uno por su fácil acceso, tanto para Zigman como para ellos, por su relativo aislamiento y porque Yost conocía muy bien su situación.

Puesto que Yost conocía la zona, se acordó que éste sería el emisario encargado de recoger el dinero del rescate.

Malone quedó encargado de la redacción de la segunda y última nota de rescate y de dictársela posteriormente a Sharon.

Malone se había ofrecido voluntario para trasladarse con el cacharro hasta el lugar del transbordo, desplazarse con la camioneta hasta Los Angeles y enviar la carta crucial desde la estafeta de correos del paseo Santa Mónica.

Brunner había aceptado con entusiasmo la misión de encargarse de eliminar del refugio todas las pruebas antes de abandonarlo. Todas las maletas se harían por la noche para poder trasladarse posteriormente en el cacharro hasta la camioneta de reparto, una vez Yost hubiera regresado con ésta el viernes.

Las provisiones que no quisieran llevarse consigo las enterrarían en algún lugar aislado de la montaña. A media tarde ya lo habían organizado todo.

Faltaba dictarle a Sharon la nota final de rescate dirigida a Félix Zigman.

Mientras Shively dormía y Brunner, ayudado por Yost, se encargaba de las maletas y de la revisión del refugio, Malone salió al porche para redactar la nota que le dictaría a Sharon y que posteriormente enviaría a Zigman.



Librodot

Ahora, con el borrador, varias hojas y un bolígrafo en la mano cuidadosamente enguantada -no quería dejar huellas digitales en la nota de rescate-, Adam Malone se encontraba una vez más a solas con Sharon Fields en el dormitorio de ésta.

Ella se hallaba sentada en la tumbona, comprimiéndose una toalla húmeda contra la barbilla donde la había golpeado Shively.

-¿Estás bien? -le preguntó Malone muy preocupado.

-No es más que una magulladura -repuso ella-. Lo hago para evitar que se me hinche. -Le miró mientras quitaba los objetos que había sobre la mesa del tocador y acercaba dos sillas a la misma-. Es un sádico -prosiguió-. Menuda manera de entrar. Ha sido todo tan absurdo.

-Estaba embriagado -dijo Malone estudiándola unos momentos-. ¿Es cierto que le dijiste a cada uno de ellos que querías más que a ningún otro?

-¿Y qué querías que hiciera? Tú hubieras hecho lo mismo en mi lugar.

-Supongo que sí.

-Ahora te estás preguntando si fui sincera contigo -le dijo ella apartando a un lado la toalla-. No dudes que fui sincera. A ti te lo decía en serio. Cuando te decía que te quería, te lo decía de verdad. Y ahora también te lo digo.

No eres como los demás. Eres distinto, puedes creerme.

-Quiero creerte, Sharon -dijo él aspirando de alivio.

Depositó sobre la mesa los papeles y el bolígrafo, se quitó un guante, buscó la cajetilla de cigarrillos, sacó uno y recordó sacar otro para ofrecérselo a Sharon y después encendió ambos cigarrillos.

Ella levantó la mano derecha sosteniendo el cigarrillo entre los dedos.

-Mírame, estoy temblando.

-Lo lamento. Ha sido una escena muy desagradable, teniendo en cuenta lo bien que habían salido las cosas durante toda la semana. Pero terminará. Ya ha terminado.

Ahora está durmiendo la borrachera. Esta noche y mañana ya se habrá serenado. Todo saldrá bien.

-¿De veras? -le preguntó ella en tono de recelo-. He cometido un terrible error al habérseme escapado el nombre del señor Brunner, ¿verdad? Estaba tan asustada que se me escapó. No hago más que darle vueltas. -Buscó en el rostro de Malone algún posible consuelo pero Malone la miraba con aire inexpresivo-.

Todos habéis salido a discutirlo, ¿verdad?

-Desde luego que hemos hablado de ello.

Sharon quiso averiguar masoquísticamente las consecuencias de su error.

-¿Qué sucedió cuando hablasteis? Quiere matarme, ¿no es cierto?

Malone vaciló, pero no había forma de evitar la verdad.

-Sí, pero recuerda que estaba muy bebido. Estando sereno no hubiera llegado tan lejos. No era él mismo y cuando uno está bebido exagera y tiende a los extremismos.

Además, estaba preocupado por su seguridad una vez todo haya terminado. No confía en ti. -Malone se apresuró a tranquilizarla-. Pero no te preocupes. No tienes por qué estar preocupada.

Ya lo hemos arreglado. Nosotros tres, como un solo hombre, nos hemos opuesto enérgicamente.

A ninguno de nosotros se nos ha pasado por la imaginación semejante locura. Hemos votado en contra. No somos asesinos.

-Pero él sí lo es.



Librodot

-No lo creas, Sharon, quédate tranquila. Es perverso, cruel y violento, pero, cuando las cosas se ponen mal, se reprime. Tiene que pensar en su futuro.

No puede cometer un asesinato, de la misma manera que no lo cometeríamos nosotros.

-Pero, ¿y si lo intentara?

-Te digo que no lo hará.

Si volviera a pensarlo, bueno, todos nosotros nos dedicaríamos a vigilarle sin descanso a partir de ahora.

Sólo faltan treinta y seis horas, tal vez algo más, para tu puesta en libertad. Le mantendremos apartado de ti hasta que te soltemos.

-Así lo espero.

-Lo importante es que Zigman siga las instrucciones del viernes.

-Lo hará. Sabes que lo hará.

-Y otra cosa es que no conoces los nombres de los demás.

-Te juro que no.

-Y que, una vez en libertad, no le comunicarás a la policía el nombre de Brunner.

-Jamás se me ocurriría tal cosa. ¿Para qué iba a hacerlo? Cuando me soltéis y vuelva a casa sana y salva, querré olvidarme de todo este asunto, de todo menos de ti. ¿Qué ganaría yo con acudir a la policía? No ganaría nada.

No me interesa este tipo de publicidad. ¿Y por qué iba a perseguir a ese pobre hombre y a su mujer? No tengo la menor intención de perjudicarle siempre que tú me protejas ahora.

-Entonces no tienes por qué preocuparte, Sharon. Tengo tu palabra. Tú tienes la mía. -Dejó el cigarrillo, se puso el guante, tomó los papeles y el bolígrafo y le señaló a Sharon la mesa-. Vamos a escribir la última nota. A pesar de que no soy partidario de ello, no he tenido más remedio que acceder.

Creo que esta nota puede considerarse el billete de tu libertad. Te conviene escribirla.

-De acuerdo, estoy dispuesta.

Sharon se levantó, apagó la colilla del cigarrillo y siguió a Malone hasta la mesa del tocador. Malone le ofreció una silla y ella se sentó. Después tomó otra silla, le colocó delante una hoja de papel en blanco y le entregó el bolígrafo. Ella lo tomó con mano temblorosa.

-Estoy muy nerviosa -dijo-. Espero que no sea una nota muy larga. No sé si podría escribirla.

-No es excesivamente larga. Podrás hacerlo. Lo haremos en seguida.

Ella esperó con la punta del bolígrafo apoyada sobre el papel mientras él desdoblaba el borrador.

-¿Preparada, Sharon?

-Todo lo que pueda estar.

-Dime si voy demasiado aprisa o demasiado despacio.

-Sí.

-Ahí va. -Empezó a dictar lentamente-.

"Al señor Félix Zigman.

Confidencial.

Querido Félix.

Estas son las instrucciones finales que deberás seguir exactamente si quieres volverme a ver.

El día de la entrega será el viernes, 4 de julio. Toma la autopista de la Costa del Pacífico en dirección norte, gira al paseo Topanga Canyon, gira después a la izquierda y avanza por la calle Fernwood Pacific por espacio de unos diez minutos hasta que veas la entrada del Templo del Fuego de la Luna, sigue avanzando unos tres kilómetros hasta que veas una gran roca de piedra arenisca a la izquierda, llamada Fortress Rock.

Enfila el camino del costado sur de la Fortress Rock, avanza a pie unos 20 pasos y deposita las dos maletas detrás de la roca de tal forma que no puedan verse desde la carretera.

Hazlo entre las doce del mediodía y la una y abandona el lugar inmediatamente. Por favor...

-Espera, maldita sea -le interrumpió ella-, me he armado un lío con esta última frase. Soy un desastre. Déjame tacharla.

-No te pongas nerviosa. -Esperó a que la tachara-. Volveré a repetirte la última frase. ¿Preparada? Ahí va: "Hazlo entre las doce del mediodía y la una y abandona el lugar inmediatamente". -Se detuvo-. ¿La has escrito?

-Sí, creo que sí. Me tiembla tanto la mano que mi caligrafía resulta ilegible.

-Ya casi hemos terminado. Ya hemos escrito lo más importante. Ahora sólo tenemos que recordarle que tu seguridad depende de que no se lo comunique a la policía.

-Y de que no procure ganar tiempo -le dijo ella.

-Muy bien -dijo Malone consultando el borrador-. Pasemos a la siguiente frase.

"Por favor, no informes de ello ni a la policía ni a la prensa".

-Lo pondré más claro para que sea mejor. No sé, algo así como que aparte los impedimentos y no gaste tiempo estudiando las noticias porque así adelantaremos.

-Muy bien, pónselo todo lo claro que puedas. Yo lo revisaré para comprobar que quede muy claro.

Sharon empezó a escribir pero después se detuvo.

-Quisiera decirle que me pondrán en libertad el viernes y que permanezca en mi casa de Bel Air esperando mi llamada.

Malone vaciló recordando que Brunner tendría que abandonar la ciudad, con su mujer y cuñada, antes de la puesta en libertad de Sharon.

-Bueno, será mejor que no se lo digas con mucha seguridad. Es posible que por distintos motivos no podamos soltarte hasta el día siguiente, es decir, el sábado.

-Pero, ¿sería el sábado día 5? -preguntó ella muy inquieta.

-Lo más tarde -repuso Malone.

-Pues, ¿por qué no le digo que me pondrán en libertad el sábado lo más tarde? Entonces Félix no se pondrá nervioso y no temerá que le hayáis traicionado.

-Creo que sería mejor.

Ella empezó a escribir, maldijo por lo bajo y dejó el bolígrafo nerviosa.

-Es horrible -dijo-, quisiera llorar. Tengo los nervios de punta. Casi no puedo dominar la mano. Fíjate. -Le mostró la hoja de papel-. Si ni yo misma me reconozco la caligrafía, ¿cómo podrá Félix reconocérmela? Tal vez crea que no la he escrito yo. Apenas resulta legible.

El leyó la nota vacilando.

-No sé, “es” un poco difícil.

-Déjame copiarla de nuevo. Debo hacerlo. Para que pueda entender las instrucciones y esté seguro de que la he escrito yo y estoy con vida.

Malone se miró el reloj.



Librodot

-Se nos está haciendo tarde.

-No tardaré demasiado. Necesito diez minutos o un cuarto de hora para calmarme un poco y recuperarme. Entonces la volveré a escribir con mucho cuidado. Dentro de treinta o cuarenta minutos habré terminado.

-Muy bien, Sharon, hazlo. Tranquilízate un poco y termínalo.

Hay más papel y un sobre. -Se levantó-. Regresaré dentro de tres cuartos de hora. ¿Te parece bien?

-Ya habré terminado. Quiero que se envíe cuanto antes.

Le devolvió el beso a Malone y esperó a que éste saliera del dormitorio. Oyó que sus pisadas se alejaban por el pasillo.

Finalmente se volvió de nuevo hacia la mesa, tomó otra hoja de papel y empuñó e bolígrafo. Tras reflexionar unos instantes, acercó el bolígrafo al papel. Con cuidado y mano firme, empezó a escribir.

Era el 4 de julio más caluroso que Félix Zigman podía recordar.

Secándose la frente con un pañuelo de seda e inclinándose hacia adelante para despegar la camisa de la tapicería de cuero de su Cadillac, Zigman se reprendió a sí mismo por haber olvidado mandar revisar el acondicionador de aire (tantas cosas había olvidado en el transcurso de la pesadilla que llevaba viviendo estos días) y esperó impacientemente que Nellie Wright pulsara el botón para que se abriera la verja del Camino Levico de Bel Air.

Inclinado sobre el volante, esperando lo que se le antojó una eternidad, comprendió lo agotado que se sentía.

Se preguntó qué temperatura debía hacer. Por la forma en que estaba sudando, diríase que estaban a más de 40 grados, pero entonces ello no se debiera al calor y la humedad. Probablemente no estaban a más de 35 grados y el calor que estaba experimentando se debía a la presión a que había estado sometido aquella mañana, a causa de los acontecimientos que se habían sucedido y, especialmente, a la actividad que había estado desarrollando en el transcurso de las últimas dos horas.

Aquella mañana, estando todo cerrado y habiéndose marchado todo el mundo a pasar el fin de semana fuera, había esperado en el vestíbulo del edificio de sus oficinas la llegada de la carta urgente, temeroso de que ésta no llegara, pensando angustiado en lo que tendría que hacer cuando la recibiera.

La carta urgente había llegado a las diez y diez de la mañana. Zigman había subido en el ascensor hasta el quinto piso, se había encerrado en sus oficinas vacías y había leído atentamente la segunda nota de rescate escrita por Sharon.

La había leído tres veces antes de llamar a Nellie y leérsela apresuradamente por teléfono.

-Gracias a Dios -dijo ésta-.

Saldré con tiempo. Cuando abandone la autopista de la Costa del Pacífico no conozco el camino. Pero me parece que las instrucciones están muy claras.

Las instrucciones habían resultado clarísimas. Al principio, al enfilar Topanga Canyon, se había preocupado por la posible presencia de turistas, visitantes y motoristas.

Pero, al llegar a la calle Fernwood Pacific y ascender con su vehículo por el empinado camino montañoso, el tráfico se había reducido.

Tras detenerse frente a una verja de tres barrotes, hasta que un joven con gafas y pantalones de tela gruesa que entraba le indicó que aquello era el Templo del Fuego de la Luna, reanudó camino y muy pronto se encontró totalmente solo.



Librodot

No había nadie ni nada, la desolación era absoluta y había experimentado la sensación de ser el único ser humano que quedaba sobre la faz de la tierra y se había sentido absurdamente amenazado.

Tras lo cual se concentró y siguió al pie de la letra las instrucciones contenidas en la nota de rescate.

A su izquierda se levantaba la siniestra y mellada roca de piedra arenisca. Se había acercado con el Cadillac hacia un polvoriento camino algo más allá de la Fortress Rock, aparcó, regresó con las dos maletas a la roca, la rodeó y encontró por el lado sur el camino que se curvaba alrededor de la misma.

Cargado con las pesadas maletas y jadeando sin cesar, había recorrido la distancia exigida.

En el lugar en que el camino se curvaba detrás de la roca había colocado una maleta marrón y, después, la otra, en una estrecha concavidad de piedra oculta detrás de un reborde de la roca que se elevaba hasta la cima.

Mientras retrocedía, se preguntó si en aquel lugar habría una persona o más de una vigilándole y enfocándole con unos prismáticos.

Pensó en aquellos momentos que el apresador o apresadores de Sharon habían escogido muy bien el lugar.

Las dos maletas no podían verse desde la carretera asfaltada. Tras haber cumplido con su deber, se apresuró a alejarse cuanto antes de aquel espantoso escenario.

A pesar del cansancio y aturdimiento que experimentaba como consecuencia de la presión y el bochorno del día, regresó a su Cadillac en menos de un minuto.

Félix Zigman no se sintió a salvo hasta encontrarse en el interior de su elegante vehículo, con los cristales de las ventanillas parcialmente subidos, el motor en marcha y los chirriantes neumáticos alejándole velozmente de aquel mercado de ladrones situado en aquel lugar tan primitivo y desierto.

La experiencia le había inducido a recordar aquello que había estado intentando olvidar, es decir, la situación de Sharon en aquellos momentos; si él se había asustado tanto, qué debía sentir ella.

Bajando las colinas en dirección a la localidad de Topanga, rezó en silencio por ella, por la única persona que amaba. Ahora, siguiendo las instrucciones de la nota, se encontraba finalmente en Bel Air apuntando con su automóvil la ornamentada verja de la mansión de estilo colonial español, sin apartar la mirada del reloj del tablero de instrumentos.

Era la una y cinco. Sharon le había indicado que la recogida del dinero tendría lugar después de la una. Se preguntó si tardarían mucho en hacerlo. ¿Lo estarían haciendo ahora, a los cinco minutos? ¿O bien dentro de media hora? Procuró no hacer conjeturas acerca de lo que pudiera estar ocurriendo.

Tenía que pensar en el futuro. En lo que ocurriría al cabo de algunas horas. O mañana.

Hoy, viernes, o mañana, sábado, Sharon volvería a estar a su lado sana y salva. La espera sería insoportable; Nellie y él al lado del teléfono toda la tarde, toda la noche, tal vez durante parte de la mañana, esperando que sonara el teléfono para escuchar la voz de Sharon.

Escuchó un chirrido metálico y pudo ver a través del parabrisas que se estaba abriendo la verja de hierro forjado. El pie de Zigman se apartó del freno y pisó el acelerador.

El Cadillac abandonó el Camino Levico y enfiló el camino asfaltado que, a través de las palmeras y olmos, conducía hasta la impresionante mansión del altozano.

Al llegar frente a la casa, acercó el Cadillac a una zona del aparcamiento protegida por la sombra de los árboles y se dirigió a toda prisa hacia la entrada.



Librodot

Se abrió la puerta y el umbral quedó parcialmente ocupado por la rechoncha figura de Nellie Wright, vestida con un bonito traje pantalón, mirándole con expresión apenada y sin quitarse de la boca el cigarrillo que estaba fumando.

A sus pies, la pequeña Yorkshire de Sharon ladraba nerviosamente.

Sin responder inmediatamente a la inquisitiva y preocupada mirada de Nellie, Zigman la besó en la mejilla, acarició a la Yorkie y penetró en el espacioso salón con aire acondicionado.

Cuando Nellie hubo cerrado la puerta, Zigman se quitó la chaqueta deportiva y la colgó del brazo de un sillón.

-¿Es que hace tanto calor como yo creo o es que me ocurre algo? -preguntó. -Le diré a Pearl que te traiga una bebida fría.

-Pepsi de régimen -le gritó él a su espalda.

Empezó a pasear por la estancia, procurando no mirar las muchas fotografías y los dos retratos de Sharon, sintiéndose vacío e impotente, y preguntándose qué otra cosa tiene que hacer una persona tras haber hecho todo lo que se le ha ordenado.

Nellie regresó con un gran vaso lleno a rebosar de líquido y cubitos de hielo. Se lo entregó a Zigman y después encendió otro cigarrillo utilizando la colilla del anterior.

El tomó un sorbo, posó el vaso con aire ausente y empezó a pasear de nuevo.

Nellie se sentó en una banqueta.

-Estás más nervioso que una mona -le dijo.

-¿Y tú no?

-Más que tú. -Entrelazó los dedos de ambas manos y esperó a que él le dijera algo más. Al final, no pudo contenerse por más tiempo-. Bueno, ¿es que no vas a contármelo?

Zigman se sobresaltó como si acabara de descubrir que no estaba solo en la habitación.

-¿Qué quieres que te cuente? -preguntó acercándose a ella.

-Tenías que ir a Topanga Canyon para dejar el dinero. ¿Lo has dejado?

-Lo he dejado.

-¿Cuándo?

El se miró el reloj.

-Hace cuarenta minutos. Con tiempo más que suficiente.

-¿Te ha visto alguien?

-No creo. Siendo un día de fiesta y con este calor, nadie sube a la montaña. La gente se va a la playa. -Buscó el vaso, lo encontró y tomó un sorbo-. Allí arriba, en la carretera, parecía un horno. No soplaba la menor brisa del mar. Se estaba mejor en la montaña.

-¿Estás seguro de que has encontrado el sitio?

-Completamente seguro -contestó Zigman tranquilizándola-. Las instrucciones estaban muy claras. Me parece que no había nadie. Aquellas dos maletas pesaban como si contuvieran piedras.

-Pepitas de oro querrás decir. Por valor de un millón de dólares.

-Mientras me alejaba de la carretera no hacía más que preocuparme por tonterías. ¿Y si me viera algún oficial del "sheriff" o algún guardabosques o un vigilante de incendios? Le extrañaría ver a un desconocido por aquellos andurriales con dos maletas marrones completamente nuevas.

Me dirigiría preguntas, tal vez me ordenaría que abriera las maletas y entonces encontraría todos aquellos billetes. Tendría que dar muchas explicaciones. Se descubriría toda la historia. Y la pobre Sharon estaría perdida.

No hacía más que pensar en eso. Y otra cosa que me ponía muy nervioso era pensar que el secuestrador pudiera estar oculto allí cerca, siguiendo mis movimientos con unos prismáticos. Te digo que he pasado mucho miedo, Nellie.

-Si yo que no he estado allí estoy que no veo de miedo, me imagino lo que habrás sufrido tú -dijo Nellie comprensiva.

-Tonterías -dijo Zigman-. Tú y yo no estamos sufriendo. La que me preocupa es Sharon. Pienso en lo que estará pasando.

-No hablemos siquiera de ello. Has hecho lo que tenías que hacer. No podemos hacer otra cosa más que esperar su llamada. No sé cuándo la recibiremos.

-Lo que me preocupa es si la recibiremos. Has revisado todos los teléfonos, ¿no es cierto? ¿Funcionan bien?

-Todos funcionan como es debido, Félix.

-Si llama alguna otra persona, quítatela en seguida de encima. No podemos tener la línea ocupada.

-No habrá llamadas. Estamos a fin de semana, Todo está cerrado. Tal vez llame alguno de estos periodistas que me han estado dando la lata estos días.

-¿Y qué les dices? ¿Les dices que no tenemos ninguna noticia?

-Eso les he dicho últimamente. Había decidido que la próxima vez que me llamaran les diría que ya habíamos recibido noticias, que nos había enviado una postal desde México, donde está pasando unas vacaciones. Para que dejaran de fastidiarme.

-Muy bien. No se ha publicado nada desde aquel jaleo que armó Sky Hubbard. Creo que lo hemos mantenido bastante en secreto. -Zigman se dirigió hacia donde tenía la chaqueta y sacó un puro. Lo desenvolvió y dijo como hablando consigo mismo-: Hemos mantenido la tapa cerrada.

Eso es una ventaja. Pero, no sé estoy preocupado.

Nellie asintió.

-Y con razón. Está prisionera. Dios sabe dónde. Pero cuando tengan el dinero en su poder, estoy segura de que la soltarán. Ellos o él o quienesquiera que sean estos criminales. Zigman mascó pensativo el puro sin encender.

-Creo que lo que más me preocupa es el tono de las notas. Tengo la impresión de que está desesperada.

-Probablemente ha escrito lo que le han ordenado. Procuraron que el tono fuera de desesperación para asegurarse de que efectuarías la entrega.

-Pero el estilo era el suyo. Tal vez exagere, Nellie, pero... -Hizo una mueca y sacudió la cabeza-. Tengo miedo de que ocurra algo.

-Puesto que has seguido las instrucciones con toda exactitud, no es posible que ocurra nada. -Nellie vaciló-. Las seguiste al pie de la letra, ¿verdad?

-Claro que sí. Ya te lo he dicho. Eran muy sencillas. Te las he leído esta mañana por teléfono.

-Creo que estaba demasiado nerviosa y apenas me acuerdo.

-Bueno, pues, léelo tú misma. -Zigman se acercó a la chaqueta colgada del brazo del sillón, rebuscó en el interior del bolsillo de la misma y sacó la segunda nota de rescate-. Toma -le dijo a Nellie entregándosela-. He seguido todas las instrucciones.

Nellie desdobló la carta y examinó la pulcra caligrafía.

-Está escrita por Sharon, eso seguro. Muy regular. No le temblaba la mano. No vacilaba. Debía estar muy tranquila. -Nellie frunció el ceño y murmuró-. Deja que la lea.

Empezó a leer lentamente para sí misma.



Librodot

Al señor Félix Zigman Personal y Confidencial Miércoles, 2 de julio.

Querido Félix, éstas son las instrucciones finales que deberás seguir exactamente si quieres volverme a ver.

El día de la entrega será el viernes, 4 de julio.

Toma la autopista de la Costa del Pacífico en dirección norte, gira al paseo Topanga Canyon, sigue por Topanga hasta que llegues a la calle Fernwood Pacific donde girarás a la izquierda y avanzarás unos diez minutos hasta que veas la entrada del Templo del Fuego de la Luna, entonces sigues avanzando unos tres kilómetros hasta que veas una gran roca de piedra arenisca llamada Fortress Rock, a la izquierda de la carretera.

Enfila el camino del costado sur de la Fortress Rock, avanza a pie unos 20 pasos y deposita las dos maletas detrás de la roca, de tal forma que no puedan verse desde la carretera (procurando hacerlo entre las doce del mediodía y la una) y abandona el lugar inmediatamente.

Aparta realmente los impedimentos, no ganes tiempo ordenando noticias clave: “Arlington”. Así ganarás un adelanto clave: “agua”.

Mi oportunidad nacerá totalmente este sábado clave: “montes”. Procura que no se entere ni la policía ni la prensa.

Si quieres que sobreviva, deberás actuar solitariamente y en secreto.Te ruego que hagas lo que se te dice y, si todo sale bien, espera mi llamada en mi casa.

Con afecto, Sharon Lucie Fields.

Al terminar de leer la nota de rescate, Nellie Wright frunció de nuevo el ceño y la examinó con detenimiento.

-Es curioso -dijo mirando a Zigman.

-¿Qué?

-Todo está muy claro menos una cosa: la manera de firmar. -Nellie volvió a mirar la nota-. Sharon Lucie Fields. Qué extraño. Jamás ha tenido un segundo nombre.

-Yo creí que debía ser su segundo nombre cuando se llamaba Susan Klatt.

-No.

-Y, además, lo utilizó también en la primera nota de rescate.

¿Recuerdas el anuncio que tuve que insertar en la sección clasificada del “Times”? Me indicó que empezara con las palabras "Querida Lucie".

Pensé que me lo habría dicho porque Lucie era su segundo nombre y de esta manera tú sabrías con toda seguridad que la carta la había escrito ella.

-No -repitió Nellie doblando la carta y devolviéndosela a Zigman-, No. Estoy al corriente de toda su vida y de todo su pasado.

Tú te encargas de sus asuntos profesionales, Félix, pero yo me conozco al dedillo todo lo demás. Jamás ha habido nada relacionado con el nombre de Lucie. Es absurdo.

Quiero decir que yo sabría. -Se encaminó hacia la banqueta y después se detuvo en seco, giró en redondo y miró a Félix con los ojos muy abiertos-. ¡Félix! -exclamó-. Acabo de recordarlo se me acaba de ocurrir.

El se le acercó inmediatamente.

-¿De qué se trata, Nell? ¿Hay algo que...?

-Sí, ya lo creo que sí -dijo ella agarrándole el brazo-. ¡Félix, tienes que ponerte inmediatamente en contacto con la policía y el FBI! ¡Tienes que decírselo! ¡Les necesitamos!

-Nellie, ¿acaso has perdido el juicio? Se nos ha advertido. Una palabra a las autoridades y Sharon morirá. No, no puedo.

-Félix, “debes” hacerlo -le imploró Nellie.

-¿Por qué? ¿Qué te sucede? ¿Qué has recordado? Estábamos hablando del nombre de Lucie que había utilizado.

-¡De eso se trata! -dijo Nellie sacudiéndole el brazo-. El empleo de este nombre. Acabo de acordarme, Casi lo había olvidado. Hace años, cuando llegué aquí, Sharon era muy infantil y siempre quería jugar.

Y hubo una época. -Se estaba devanando los sesos pero no conseguía aclarar sus ideas-. Bueno, no sé cuándo fue ni por qué razón, no lo recuerdo exactamente, le entró una especie de manía con este nombre de Lucie, sí, creo que lo sacó de Lucie Manette, ya sabes, de “Historia de dos ciudades” -la chica francesa que se casó con Darney, la chica de la que está secretamente enamorado Sydney Carton-.

No sé por qué, Sharon escogió este nombre y, solía utilizarlo para firmar "Sharon Lucie" en las notas que me dejaba sobre el escritorio por la mañana, o en las cartas que me enviaba cuando se iba de viaje para darme a entender que en la carta el verdadero mensaje figuraba en clave.

El hecho de firmar con "Lucie" era como una especie de aviso, ¿comprendes? Significa que había un segundo mensaje en clave, raras veces lo utilizaba en serio, alguna que otra vez cuando quería comunicarme algo que no deseaba que supiera nadie más, por lo general se trataba de tonterías, pero esta vez debe querer decirnos algo en serio e importante, ha usado "Lucie" en la esperanza de que yo me acuerde.

Zigman procuró detener el torrente de palabras de Nellie.

-Espera, espera, vamos a ver, si el hecho de que Sharon utilice el nombre de "Lucie" significa que tenemos que descifrar un mensaje secreto.

-¡Eso es lo que significa exactamente!

-Muy bien, cálmate, Nellie, escucha si tú jugabas a este juego con ella y ella solía escribirte notas para que las descifraras y tú las descifrabas, debes conocer la clave. ¿Por qué arriesgarnos a llamar a la policía? No nos hace ninguna falta.

Dime la clave y descifraremos la nota de rescate.

-Félix, Félix, de eso se trata precisamente, ¿acaso no lo comprendes? ¡No recuerdo esta maldita clave! Sharon la recuerda, lo recuerda todo y espera que yo también me acuerde pero no me acuerdo.

Hasta me sorprende haber recordado que "Lucie" significa que desea que descifre el mensaje.

-Nellie, tranquilízate -dijo Zigman perdiendo la paciencia-. Si recuerdas una cosa, podrás recordar otra.

¿Qué te indica que debes hacer el nombre de "Lucie"? ¿Te indica que descifres el mensaje contando una palabra sí y otra no? ¿Te indica que cada letra significa otra distinta, por ejemplo que "a" significa "e" o algo de este tipo? ¡Piensa, por favor!

Nellie se vino abajo por completo. Estaba a punto de echarse a llorar.

-No puedo, Félix, por favor, créeme, no puedo recordarlo. Lo intento, lo intento con todas mis fuerzas, pero no puedo. Ojalá pudiera acordarme pero no puedo.

Y pensar en lo que está en peligro. Está en peligro la vida de la pobre Sharon y cualquiera sabe lo que está ocurriendo en estos momentos.

La gravedad de la situación, el apuro por el que estaban pasando, el descubrimiento de que lo que se había hecho no bastaba para estar tranquilo y de que todavía les faltaba saber algo, todo ello empezó a reflejarlo gradualmente la expresión del rostro de Zigman. Este asintió lentamente.

-Sí, tienes razón -dijo-. Intenta decirnos algo que debemos saber. Siempre y cuando no te equivoques, siempre y cuando estés segura de que "Lucie" equivale a mensaje cifrado.

-Félix, estoy segura, completamente segura -repitió Nellie casi sin aliento-. El hecho de que se haya atrevido a arriesgar su vida para comunicarnos algo, significa que se trata de una cosa de importancia vital.

Apuesto... Miró a Zigman con los ojos muy abiertos sin poder terminar lo que había estado a punto de decir.

-¿Qué es lo que apuestas? -dijo Zigman.

-Apuesto a que intenta decirnos que, a pesar de lo que nos hayan dicho los secuestradores -que la soltarán cuando reciban el dinero-, éstos no se proponen cumplir su palabra.

Que se proponen matarla. Y tal vez quiere decirnos que no esperemos a que la pongan en libertad porque ello no ocurrirá e intenta decirnos dónde está, darnos alguna pista para que podamos encontrarla y salvarla antes de que sea demasiado tarde. No puede ser otra cosa. Debe ser eso.

-Sí -dijo Zigman esforzándose por pensar.

-Tenemos que descifrar el mensaje, Félix. No podemos arriesgarnos a jugar al hágalo-usted-mismo.

No podemos esperar a que yo recuerde algo tan complicado, algo que he olvidado por completo. Necesitamos expertos. La policía y el FBI tienen expertos. Estos podrían hacerlo en seguida.

Y, en cuanto se enteraran de algo, actuarían con rapidez. Se trata de una cuestión de vida o muerte, de la vida o la muerte de Sharon, y estamos perdiendo el tiempo.

Cuando recojan el dinero que les has dejado, ya será demasiado tarde. Por favor, Félix, por favor, debemos hacer algo antes de que sea demasiado tarde.

Zigman miró a Nellie echó un vistazo a su alrededor y cruzó rápidamente la estancia en dirección al teléfono más próximo.

Lo descolgó y marcó 0. Esperó respuesta y, al recibirla, dijo:

-Señorita, se trata de un asunto urgente. Póngame con el Departamento de Policía de Los Angeles.

***E***n el tercer piso del Departamento de Policía de Los Angeles, ubicado en las cercanías del barrio comercial japonés-norteamericano del centro de Los Angeles, la actividad que se estaba desarrollando en el transcurso de aquella tarde de fiesta era moderada y rutinaria, a excepción de lo que estaba ocurriendo más allá de la puerta de la Sala 327, la puerta en la que figuraba la siguiente placa: “Sección de Robos y Homicidios”.

Aquí, en el mismísimo centro de la extensa sala, en cuyas cuatro paredes se veían grises armarios, grises archivadores metálicos, ventanas con las persianas bajadas, una mesa con radios de cuatro bandas y fotografías de delincuentes buscados, el jefe de la sección, el capitán Chester Culpepper, un delgado y fuerte veterano del cumplimiento de la ley y el orden, de cabello corto, color herrumbre, y rostro impasible, se encontraba de pie junto a una de las cuatro hileras de mesas amarillas de madera de pino sosteniendo el teléfono entre el hombro y la oreja.

Estaba hablando lacónicamente y en voz baja con alguien, y sus dos docenas de subordinados, sargentos y agentes secretos, fingían no oírle y estar ocupados con sus respectivas tareas.

Sin embargo, el tono de voz del superior les había dado a entender que estaba ocurriendo algo especial.

-Sí, es importante -estaba repitiendo el capitán Culpepper por teléfono-, por consiguiente, deja lo que estés haciendo ahí abajo y sube a la Tres Veintisiete. Me reuniré contigo en la sala de interrogatorios.

Momentos antes, el capitán Culpepper había entrado en la sala de la patrulla en busca del teniente Wilson Trigg, su ayudante de más confianza.

Al enterarse de que Trigg se encontraba en el segundo piso, le había llamado por teléfono.

Ahora, tras colgar el teléfono, cruzó la sala y, sin pronunciar palabra, hizo caso omiso de las miradas inquisitivas de varios de sus compañeros.

Volvió después sobre sus pasos, y cruzó la puerta del tabique de separación, avanzando entre librerías y escritorios de secretarias y fotografías enmarcadas de algunos oficiales muertos en acto de servicio.

El capitán Culpepper entró en su despacho, recogió unas hojas de papel y un cuaderno de notas que había encima del escritorio, descolgó del perchero su chaqueta azul oscuro de anchos hombros y regresó a la zona de las secretarias.

A punto de dirigirse a la pequeña sala de interrogatorios para esperar en ella al teniente Trigg, cambió de idea y pensó que ahorraría tiempo si se reunía con su ayudante en el ascensor.

Al salir al pasillo del tercer piso, sus ojos se posaron en el reloj de pared colgado encima del surtidor de agua.

Se detuvo para poner en hora su reloj. Iba adelantado y lo puso a la una y cuarenta y siete. Llevaba todavía la chaqueta a medio poner y en la mano sostenía las hojas de papel y el cuaderno de notas de tamaño legal.

Acostumbrado a hacer lo mismo en otras muchas ocasiones, Culpepper consiguió llevar a cabo la acrobática hazaña de ponerse del todo la chaqueta sin soltar los papeles.

Culpepper vio entonces al teniente Wilson Trigg, su ayudante preferido en numerosas investigaciones secretas, salir corriendo del ascensor y dirigirse hacia él a toda prisa.

Impaciente y deseoso de poner manos a la obra, Culpepper avanzó a grandes zancadas para reunirse con Trigg a medio camino.

El teniente Trigg delgado, elástico, con cara de niño, de treinta y tantos años, y diez años más joven que Culpepper, estaba que no cabía en sí de curiosidad.

-Debes estar muy nervioso porque ni siquiera me has esperado -dijo-. Bueno, ¿de qué se trata? -añadió con fingido enojo-. ¿A qué viene este acertijo? Me llamas y me dices que suba porque es importante. vamos, Chet, ¿Qué es eso tan importante? Echando un vistazo al pasillo para asegurarse de que estaban solos, Culpepper repuso en voz baja:

-Lo más importante que puedas imaginarte. Secuestro.

-¿Quién?

Culpepper separó el cuaderno de notas de las hojas de papel sueltas que llevaba y se lo entregó a Trigg.

-Léelo tú mismo, si puedes descifrar mis jeroglíficos.

Trigg posó los ojos en el fondo de la página amarilla y los detuvo allí.

Arqueó después las cejas muy asombrado y soltó un silbido.

-¿No es una broma? ¿Te refieres a ella? No puedo creerlo.

-Pues será mejor que lo creas.

Trigg empezó a leer de nuevo y levantó la página. La página siguiente aparecía en blanco.

-¿No tienes más que eso, Chet? -preguntó sorprendido.

-Es lo que he podido saber a través del teléfono. Ha sido su representante personal, un tipo llamado Félix Zigman. No quería hablar demasiado. Destacó especialmente que existía un problema de tiempo. Ya ha depositado el dinero del rescate.

-Ya lo veo. Un millón de dólares.

-Pero teme decirme dónde. Lo comprendo. Están preocupados por su seguridad, y en las notas de rescate se advertía que no se efectuara ninguna denuncia a la policía so pena de convertirla en un cadáver.

Por consiguiente, tendremos que actuar lo que se dice con pies de plomo.

-Como de costumbre.

-Sí, como de costumbre. Estas cuestiones de los secuestros son siempre muy delicadas. Y ésta más que ninguna. Se trata de alguien muy famoso.

Es el secuestro más importante que se produce desde que Bruno Hauptmann secuestró al pequeño de los Lindbergh en 1932.

-Estoy de acuerdo contigo -dijo Trigg muy impresionado-. ¿Vas a comunicárselo a Wescott?

-Todavía no. Quiero saber algo más. De todos modos, él y los del FBI intervendrán en esto automáticamente dentro de veinticuatro horas.

Pero, dadas las circunstancias, me parece que el caso se habrá resuelto, para bien o para mal, antes de que transcurran las veinticuatro horas.

Se lo notificaré a Wescott en cuanto no tenga más remedio que hacerlo. En estos momentos, Willie, muchacho, el asunto es nuestro. Y tenemos que actuar con rapidez.

-¿Cómo es posible que la información sea tan esquemática? -preguntó Trigg consultando de nuevo el cuaderno.

-Ya te lo he dicho. Porque por teléfono no ha querido decirme más y no desea perder el tiempo. Depositó el dinero para que pudieran recogerlo pasada la una.

Desde entonces, este Zigman y la secretaria personal de la Fields, una tal Nellie Wright, han descubierto algo, una especie de clave -no ha querido decirme de qué se trata-que les hace temer no poder manejar el asunto solos.

Por el bien de la víctima estaban dispuestos a seguir las normas, e interpretar un papel pasivo y confiar en los secuestradores. Pero ahora han descubierto algo que les tiene muy preocupados.

Temen estar solos. Solicitan nuestra ayuda inmediata en lo que acaban de descubrir.

Por consiguiente, he pensado que será mejor que tú y yo nos dirijamos al lugar donde esperan Zigman y la Wright -se encuentran en la residencia de la víctima en Bel Air-, averigüemos lo que podamos y veamos después lo que puede hacerse.

-Vamos allá.

Trigg hizo ademán de dirigirse al ascensor pero Culpepper le detuvo.

-Todavía no. Tenemos que prever la posibilidad de que el caso se complique en cuestión de horas. Quiero preparar el terreno, tenerlo todo a punto y dispuesto a ponerse en marcha inmediatamente si el caso lo requiriera.

El jefe me ha concedido un presupuesto ilimitado, qué demonios, Sharon Fields debe ser una de las seis personas más importantes de este país.

-Del mundo. ¿Qué quieres que haga?

-De momento le dejaré a Marion una sinopsis en “Clets” para que pueda transmitirse inmediatamente si fuera necesario, y después me trasladaré en seguida a la residencia de la Fields.

El jefe me ha encomendado la dirección de este asunto y a ti, Wilson, muchacho mío, te nombro mi ayudante de campo. Primero quiero que hagas una cosa aquí y después quiero que me acompañes a Bel Air.

-A tus órdenes, Chet.

-Vete a mi, escritorio y organiza un equipo de urgencia. Simplemente los hombres que basten para encargarse de lo más esencial, labor de investigación, llamadas que puedan producirse, ya lo sabes.

Empecemos con diez hombres. Infórmales a partir de las notas de mi cuaderno. -Culpepper arrancó la hoja escrita, se la entregó a Trigg y se quedó con el cuaderno-. Infórmales y después ordénales que callen la boca.

Que no hablen ni hagan nada hasta que les demos instrucciones. Limítate a preparar el equipo para que esté dispuesto a actuar de inmediato. -Miró el reloj de pared-. Por ahora, es suficiente.

Está pasando el tiempo. Vete a mi escritorio. En cuanto estés listo, reúnete conmigo en Bel Air. Ya tienes la dirección.

Trigg se despidió con un saludo militar.

-Sí, señor. A mí que me había parecido un Cuatro de Julio muy aburrido y ahora resulta que va a haber fuegos artificiales.

-Espero que sean de los buenos. Se trata de un asunto terrible, Willie. Adelante y buena suerte.

Trigg giró en redondo y se alejó a toda prisa de la Sección de Robos y Homicidios.

Culpepper le observó pensativo unos momentos y después rodeó la esquina en dirección a los ascensores.

Minutos más tarde, al llegar al segundo piso, avanzó por el pasillo hacia las oficinas de la Cadena de Información Automatizada del Departamento de Policía de Los Angeles. Una vez dentro y rodeado por la fantástica ferretería del Sistema Automatizado de órdenes de Busqueda, se sintió como se sentía siempre que entraba en aquel lugar: como un chiquillo en libertad en una tienda de juguetes en vísperas de Navidad.

Recorriendo las distintas estancias sin apenas prestar atención a las computadoras IBM, a las pantallas visuales y a los equipos de cintas magnéticas en las que varias especialistas, estaban grabando órdenes de busqueda, Culpepper entró en el reducido despacho en el que la única empleada que estaba de servicio aquel día de fiesta, se hallaba sentada ante el impresionante teletipo electrónico Scantlin, la máquina mágica en la que su hoja sería trasladada a una cinta perforada que transmitiría el mensaje a todo el Estado e incluso a toda la nación.

La empleada sentada ante la máquina era Marion Owen, una joven morena de rostro muy serio y bonitas piernas. Tenía treinta y tantos años, era muy introvertida, poseía una extraordinaria capacidad mecánica y parecía que no fuera a casarse, hasta que la había cazado últimamente un ambicioso periodista, algo más joven que ella, que la admiraba por su inteligencia y sus dotes de buena cocinera.

Culpepper había asistido a la breve ceremonia de la boda para demostrarle al novio que su novia tenía amigos, amigos que ocupaban altos cargos.

-Hola, Marion -dijo saludándola-. ¿Cómo está la recién casada? Ella levantó la mirada del libro que estaba leyendo y lo apartó rápidamente a un lado.

-Hola, capitán. Muy bien, gracias. Con Charley me va todo a las mil maravillas. Lo que hoy quisiera es tener un poco más de trabajo.

-Es posible que lo tenga, es muy posible.



Librodot

-¿Se está fraguando alguna cosa? Olvidándose de la conversación social, Culpepper le entregó sombríamente el mensaje que su secretaria había redactado en la hoja perforada a partir de sus notas.

-Es un boletín que tengo preparado para el “Clets”. Pero de momento no quiero que lo transmita.

Quiero que me lo tenga preparado, ¿comprende? Voy a hacer unas gestiones y tal vez dentro de una hora ya sepa si es necesario transmitirlo o no.

-¿A Sacramento y a Washington?

-No puedo decírselo todavía. Pero pronto lo sabrá. Recuerde una cosa, Marion, “no” deberá transmitirlo hasta que yo se lo ordene directamente. ¿Me ha entendido?

-Sí, señor. No transmitiré ni una palabra hasta que usted me lo ordene.

-Muy bien. Ahora será mejor que me vaya en seguida.

Culpepper se dirigió apresuradamente hacia la salida y Marion le saludó cariñosamente con un gesto de la mano. Apoyando un codo sobre el borde del teletipo electrónico Scantlin, con el mensaje en la mano y sin molestarse en leerlo, Marion Owen se sintió de repente mucho mejor.

Había sido un día muy solitario y aburrido, teniendo que trabajar en día de fiesta cuando casi todo el mundo se había marchado por ahí a divertirse.

El día hubiera resultado doblemente aburrido si Charley hubiera estado libre y ella se hubiera visto obligada a acudir al trabajo.

Afortunadamente, deseoso de causar buena impresión a su nuevo patrón, Charley se había prestado voluntariamente a sustituir a uno de los veteranos redactores del equipo de Sky Hubbard, se había desplazado muy temprano a los estudios de televisión, y probablemente seguiría trabajando cuando ella regresara a casa.

A Marion Owen le gustaba su trabajo en la Cadena de Información Automatizada del Departamento de Policía, pero sólo cuando se trataba de días muy ajetreados. Le encantaba recibir aquellos boletines ya digeridos, en los que se describía a las víctimas de los delitos o a algún desertor de la justicia y transmitirlos a través del “Clets”, es decir, del California Law Enforcement Teletype System.(1)

*(1) California Law Enforeement Teletype System. Sistema de Teletipos para el Cumplimiento de la Ley de California.*

Siempre procuraba imaginarse las reacciones del personal de los demás extremos de las líneas directas, desde el “Clets” de Sacramento y el Departamento de Vehículos Motorizados de Califomia, hasta el Centro de Información Nacional del Crimen de Washington, D. C., y la forma en que los distintos departamentos de policía, oficinas de los "sheriffs" y patrullas de vigilancia de carreteras respondían a la información.

A veces se enteraba de las repercusiones de la información que ella había transmitido, y en tales ocasiones experimentaba la sensación de haber contribuido activamente al mantenimiento de la ley y el orden.

Mientras pensaba, sus ojos se posaron en la primera línea del boletín que sostenía en la mano. No podía dar crédito a sus ojos. ¡Su actriz preferida, su ídolo! Antes de que pudiera seguir leyendo, sonó el teléfono que tenía al lado.

Lo descolgó, molesta ante aquella interrupción, pero se alegró inmediatamente al oír la voz de Charley, la voz de su marido -marido, tendría que acostumbrarse a esta palabra- hablándole desde el otro extremo de la línea.

-¿Marion? -dijo él-. Te llamaba..

-Charley, no te lo vas a creer -le dijo ella interrumpiéndole-pero han secuestrado a Sharon Fields.

-¿Cómo? ¡Bromeas!

-Es cierto. El capitán Culpepper me ha entregado el boletín hace escasos segundos. Iba a leerlo cuando has llamado.

-Eso es increíble -estaba diciendo él tan emocionado como ella-. ¿Algún detalle?

-Estoy leyendo. -Marion se detuvo bruscamente-. Oye, Charley, no debiera de habértelo dicho. Se me ha escapado. Lo olvidarás, ¿verdad?

-Pero, bueno, ¿que estás diciendo? Estamos casados, ¿no? Si no puedes confiar en mí, ¿en quién podrás confiar?

-Confío en ti pero ya conoces las normas de aquí. Sobre todo en un caso como éste, en el que se me ha dicho que no transmita nada hasta que me lo ordenen oficialmente.

Me parece que el capitán quiere averiguar si la información debe permanecer en secreto o bien puede transmitirse por la cadena sin poner en peligro su vida.

-Entonces no hablemos más -dijo Charley-. Sólo te llamaba para decirte que te quiero.

-Yo también te quiero a ti.

-Y para decirte que esta noche regresaré a casa temprano. Es un día de muy poco trabajo y el señor Hubbard está dedicando mucho espacio a cosas que ya tenía grabadas. ¿Te apetece que nos comamos una hamburguesa por ahí y nos vayamos al cine?

-Ya estás citado, señor Owen. Charley, oye...

-Perdona, cariño, me están llamando. Nos veremos a las seis.

Su marido le colgó el teléfono y Marion lo colgó también decepcionada.

Había querido recordarle una vez más que fuera muy discreto en relación con la noticia que acababa de comunicarle.

Pero después llegó a la conclusión de que no tenía por qué preocuparse.

Tal como él le había dicho, si no podía confiar en su marido, ¿en quién podría confiar? Pero diez minutos más tarde empezó a preocuparse de nuevo a causa de su error accidental.

Empezó a preocuparse porque, a pesar de que llevaban escaso tiempo juntos, ya estaba al corriente del alcance de la ambición de Charley.

Sabía, además, lo mucho que ansiaba Charley destacar en su trabajo. La oportunidad de actuar de colaborador de un comentarista tan famoso como Sky Hubbard, se le antojaba como un primer paso y andaba siempre a la caza de noticias, al objeto de que Hubbard se percatara de sus cualidades.

Era posible que Charley le repitiera a su patrón la noticia confidencial del Departamento de Policía.

Caso de hacerlo, justificaría su proceder alegando que lo había hecho por los dos, para conseguir un aumento de sueldo, para abrirse camino y alcanzar una posición desahogada.

O tal vez disimular la traición afirmando que él no le había dicho ni media palabra a Sky Hubbard, que el comentarista ya se había enterado del secuestro a través de alguno de sus numerosos espías pagados, aquellos a quienes los mercaderes de sensacionalismo suelen calificar de "fuentes no identificadas".

Se avergonzó de no confiar en su Charley, pero tenía que pensar en su propia situación y en la confianza que en ella depositaban los amables oficiales como el capitán Culpepper. Decidida a enmendar su error, a decirle a Charley que se había equivocado en lo que le había dicho, que había leído erróneamente el mensaje del boletín, que no habían secuestrado a Sharon Fields, llamó al despacho de Charley.

El teléfono estaba comunicando. Llamó una vez y volvió a llamar sin lograr establecer comunicación.

Le contestaron a la cuarta vez. Una secretaria le dijo que lo sentía pero que el señor Owen había salido.

Marion colgó el teléfono lentamente.

Rezó para que la salida de Charley no tuviera nada que ver con Sharon Fields.

Y después se preguntó quién podría ser el insensato capaz de secuestrar a una persona tan famosa como Sharon Fields.

Al volante de la camioneta de reparto sin leyenda alguna, Howard Yost pisó el freno al llegar al semáforo en rojo del cruce del paseo Sunset y la autopista de la Costa del Pacífico.

Desde Arlington hasta Los Angeles, el tráfico había sido muy denso, y había aumentado más si cabe al llegar a la zona en que el paseo Sunset confluía con la autopista de la playa.

Casi todos los automóviles llevaban tablas de "surf" amarradas a la capota, y a cada semáforo en rojo Yost envidiaba a los muchachos que pronto se divertirían en la arena y el agua, en un día tan bochornoso como aquél.

Se preguntaba qué estarían pensando de él. Probablemente sentirían lástima por aquel pobre conductor de camioneta que tenía que trabajar en día de fiesta, eso si es que los chiquillos se molestaban en echarles un vistazo a los mayores y eran capaces de sentir lástima.

Al llegar al mar, Yost empezó a sentir lástima de sí mismo por estar pasando los apuros que estaba pasando en el transcurso de un día destinado al descanso teniendo que emprender una misión tan potencialmente arriesgada.

Al detenerse ante un semáforo, vio la playa de Santa Mónica parecida a un hervidero de bronceados cuerpos semidesnudos y experimentó la tentación de abandonar el vehículo, comprarse unos calzones de baño y reunirse en la playa con todos aquellos despreocupados hijos del sol.

Pensó automáticamente en Nancy y Timothy.

En aquellos momentos ya habrían regresado de Balboa y se preguntó si Elinor les habría traído a esta playa si se encontrarían entre toda aquella gente.

Pero entonces pensó que no era probable.

A Elinor no le gustaban las aglomeraciones de gente y seguramente estaría trajinando por la casa y Nancy y Timothy se habrían ido a casa de los Manyard para jugar con los hijos de éstos y utilizar la piscina que estos vecinos acababan de instalar.

Yost escuchó un claxon a su espalda y se percató entonces de que el semáforo había cambiado a verde.

Enfilando la autopista de la Costa del Pacífico y siguiendo el carril de más a la derecha, avanzó en dirección norte.

E inmediatamente experimentó dos transformaciones psíquicas.

Su estado de hipnosis cedió el lugar a una sensación casi dolorosa de cansancio.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan nervioso y agotado, desde la época en que jugaba al fútbol americano.

Estaba seguro de que no se trataba de miedo ni de nada parecido al miedo.

Las personas que se dedicaban a su profesión estaban familiarizadas con las probabilidades -probabilidades basadas en estadísticas actuariales en las que se establecían las tarifas de los seguros de vida-y él hubiera estado en condiciones de recitar todas las probabilidades relacionadas con la muerte por enfermedad de un hombre de cuarenta años, las probabilidades que se tienen de resultar herido por un ladrón, las probabilidades que tiene uno de fracturarse la pierna al meterse en la bañera.

Si morías por accidente, había dos probabilidades contra una de que ello se debiera a un accidente de tráfico (con tres probabilidades contra una de que ello le ocurriera a un hombre y no ya a una mujer), y tenías siete probabilidades contra una de morir de una caída y seis contra una de morir en un incendio o bien ahogado.

Pues, bien, había calculado las probabilidades de que Félix Zigman les traicionara, hablara con la policía y entregara la vida de Sharon Fields a cambio de apresar a un secuestrador.

Había una probabilidad contra mil de que Zigman no cumpliera con la palabra dada.

A Yost no le cabía la menor duda.

El millón de dólares estaría en el interior de las dos maletas marrones y las maletas habrían sido depositadas detrás de la Fortress Rock antes de la una.

Recoger las maletas entrañaba un riesgo mínimo, inferior al que entraña meterse en una bañera.

¿A qué se debía, pues, su creciente desazón? El descubrimiento de la respuesta fue la causa de la segunda transformación psíquica que en él se produjo.

Su temor se desvaneció porque comprendió que, dentro de treinta o cuarenta minutos, según fuera la intensidad del tráfico, se convertiría en millonario o, mejor dicho, en un cuarto de millonario por primera vez en su vida.

Le aturdía pensar que aquél iba a ser el día más importante de su vida.

Contemplando a los bañistas y nadadores se preguntó qué pensarían aquellos muchachos si supieran la verdad acerca de aquel conductor de camioneta aparentemente normal, si supieran lo que había hecho y lo que estaba haciendo y sí supieran que pronto nadaría en la abundancia.

Esta era la explicación de su inquietud, claro.

El hecho de que hubiera tanto dinero esperándole, el sueño de toda una vida esperándole en un aislado lugar de una carretera poco transitada, y de que él todavía no hubiera llegado para poder recogerlo, acariciarlo y poseerlo.

Estaba nervioso porque ardía en deseos de hacerse con la recompensa y porque ansiaba apoderarse de ella antes de que lo hiciera accidentalmente alguna otra persona.

¿Y si algún estúpido muchacho amante de la naturaleza o algún "boy scout" o quien fuera encontraba las maletas antes de que él llegara, las abría y las entregaba a la policía? Santo cielo.

Pisó el acelerador, pero pronto dejó de hacerlo porque el tráfico se estaba intensificando.

Aminoró la marcha. Estando ya tan cerca, no era oportuno cometer imprudencias.

Apartó brevemente los ojos del parabrisas y los posó en la escopeta de calibre 10 que había en el asiento de al lado.

Su coartada por si casualmente encontrara a alguien.

Iba adecuadamente vestido con una camisa deportiva y unos ligeros pantalones caqui y, con la escopeta bajo el brazo, pronto se parecería a un cazador cualquiera.

Estaba al corriente de las temporadas de caza y sabía que la temporada estaba abierta en julio y todo el año en lo concerniente a la caza de conejos y ardillas en el caso de que ésta tuviera lugar en la propia finca o en la de un amigo.

Sabía que cerca de la Fortress Rock aún había bastante terreno de propiedad particular -en cierta ocasión había estado a punto de comprar una parcela en calidad de inversión, pero le había faltado la suficiente garantía para el préstamo-y, si alguien le detenía o le hacía alguna

pregunta, bastaría con que dijera que se estaba dirigiendo al rancho de un amigo para dedicarse un poco a la caza menor.

El reloj del tablero de instrumentos de la camioneta no funcionaba.

Yost apartó el brazo del volante para ver la hora en su reloj. Por culpa del maldito tráfico ya llevaba casi una hora de retraso.

Su intención había sido la de llegar al lugar poco después de que Zigman depositara el dinero.

Ahora llegaría por lo menos con una hora y media de retraso. No importaba. Mejor tarde que nunca.

Procuró imaginarse el futuro. Se imaginó que ya había recogido las dos maletas.

Había regresado a las Gavilán Hills y al escondite. El dinero se había repartido a partes iguales. Estaban a última hora de la tarde.

Le atarían a Sharon las muñecas, le cubrirían los ojos con una venda, le cubrirían la boca con un esparadrapo y le administrarían una inyección ligera para dejarla inconsciente por espacio de cosa de una hora.

La ocultarían en la parte de atrás de la camioneta y se despedirían del escondite, de las montañas y de Arlington.

Regresarían a la ciudad, después se dirigirían al Laurel Canyon, subirían hasta el cruce con la calle Mulholland y girarían.

En un lugar aislado que él conocía, la desatarían apresuradamente y la abandonarían.

Ella estaría medio adormilada, pero consciente, y para cuando hubiera logrado quitarse la venda de los ojos y el esparadrapo, se orientara un poco y se dirigiera a la casa más próxima para efectuar la llamada, ellos cuatro ya estarían muy lejos.

A las diez o las once de esta noche ya habría regresado a casa junto a Elinor y los niños. Y con un cuarto de millón de dólares en el bolsillo.

Tendría que guardarlo en algún sitio hasta que se sacara de la manga alguna falsa inversión, capaz de justificar su repentina riqueza.

Esta noche ya habría regresado sano y salvo junto a su familia y todos podrían vivir el resto de sus días sin preocupaciones. Pero entonces lo recordó.

Esta noche tal vez no, maldita sea. Se había olvidado del peligroso asunto de Brunner, del hecho de que Sharon conociera el nombre de Brunner y Shively quisiera liquidar a Sharon, y del compromiso a que habían llegado en el sentido de que Sharon no sufriría el menor daño siempre y cuando Brunner abandonara la ciudad durante algún tiempo.

Ello significaba que no podría regresar a casa hasta mañana. Bueno, qué demonios, toda una vida de seguridad personal bien valía el precio de veinticuatro horas de retraso.

Después empezó a pensar en algo desagradable. Shively. El tejano se había avenido finalmente a una solución de compromiso a propósito del destino de Sharon.

Pero Shively era muy voluble. Tal vez esta noche o mañana llegara a la conclusión de que no bastaba con que Brunner se alejara de Los Angeles durante uno o dos años. Que su supervivencia sólo podía garantizarse eliminando a Sharon.

Y eso, pensó Yost, no iba a permitirlo. En su vida no todo estaba muy claro. Había estafado un poco. Había mentido y engañado un poco en su trabajo. ¿Quién no lo hacía? últimamente se había visto mezclado en un asunto, de secuestro y violación, si bien, qué demonios, ella había accedido en cierto modo a colaborar voluntariamente con ellos.

En cuanto al dinero del rescate, Sharon ni siquiera lo echaría en falta. Todo eso había estado muy mal, se dijo Yost, pero de aquí no pasaría.

No participaría ni sería cómplice de un asesinato. Tal vez no se llegara a este extremo pero caso de que ello ocurriera o de que Shively se pusiera pesado, bueno, tendría que recordarle a Shively que no era el único que poseía un arma.

Nada mejor que una buena escopeta de caza para mantener el orden y promover la moderación.

Vio por el rabillo del ojo a una bronceada belleza californiana de cabello negro vestida con un traje de baño color rojo de dos piezas de pie junto a la cuneta.

Labios fruncidos. Cuerpo esbelto, jugoso busto en sazón. Ombligo hundido. Encantador montículo entre las piernas.

De pie junto a la cuneta esperando cruzar la carretera para bajar a la playa o tal vez que alguien la recogiera para divertirse un poco.

Nena, nena, hubiera querido decirle, espera a Howie que volverá en seguida y, cuando vuelva, será un cuarto de millonario. Nena, vas a querer mucho a Howie.

En aquellos momentos él ya estaba queriendo a Howie, al acaudalado Howie que tanto se iba a divertir. Pisó el acelerador.

Fortress Rock y veinte pasos, allá voy.

A la entrada de la vasta propiedad de Sharon Fields, sentado al volante de un vehículo negro de patrulla, el sargento López jugueteaba nerviosamente con la radio del automóvil, que le podía poner en contacto con el centro de comunicación del Departamento de Policía de Los Angeles y con el recientemente instalado teleimpresor capaz de recibir inmediatamente datos computadorizados desde el Centro Nacional de Información del Crimen de Washington, D. C.

Aunque se encontraba estacionado a la sombra, el sargento López se estaba achicharrando de calor y no apartaba la vista de la ornamentada puerta de estilo español a la espera de que desde dentro se le ordenara algo que pusiera en marcha la paralizada operación.

En el salón de Sharon Fields, donde el criado Patrick O'Donnell había colocado un semicírculo de sillas bajo la araña de cristal, la presión estaba empezando a aflorar al rostro de todos y cada uno de los participantes en aquella reunión de estrategia.

Sentada en el centro se encontraba una pálida, agotada y nerviosa Nellie Wright.

A uno de sus lados, cruzando y descruzando constantemente las piernas y sin dejar de fumar, se encontraba Félix Zigman.

Al otro lado, con un cuaderno de notas amarillo apoyado sobre las rodillas, se hallaba acomodado el sargento Neuman, que ya había dejado de tomar notas.

Detrás de Neuman, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla de éste, se encontraba de pie el teniente Trigg sin dejar de fruncir el ceño.

En segundo plano, tomados de la mano, escuchando angustiados, estaban los criados Pearl y Patrick O'Donnell.

La única persona que se movía en aquellos momentos era el capitán Chester Culpepper.

Con las copias de ambas notas de rescate en la mano, profundamente inmerso en sus pensamientos, paseaba arriba y abajo ante el grupo intentando decicidir la siguiente medida a tomar.

Había llegado hacía veinte minutos en compañía del sargento Neuman. Y hacía diez minutos que había llegado sin resuello el teniente Trigg, a quien se había informado de todos los detalles.

Zigman y Nellie Wright habían facilitado apresuradamente por turnos al capitán Culpepper la escasa información que poseían acerca de Sharon Fields desde su repentina desaparición del día 18 de junio por la mañana, pasando por la primera nota de rescate



Librodot

recibida el día 30 y por la publicación del anuncio clasificado el día 2 de julio hasta llegar a la segunda nota de rescate recibida por la mañana de este 4 de julio.

Zigman había referido con todo detalle su experiencia de primeras horas de la tarde al depositar las dos maletas marrones conteniendo la suma de un millón de dólares en efectivo.

Zigman había explicado que había querido seguir al pie de la letra las instrucciones de Sharon o, mejor dicho, del secuestrador para proteger la seguridad de la víctima actuando al margen de la ayuda de la policía.

Pero, tras reconocer Nellie la clave que Sharon les había enviado, comprendió que ésta intentaba decirles que el secuestrador o secuestradores no eran de fiar y que, al parecer, había algo más que ella deseaba revelar.

Fue entonces cuando Zigman comprendió que era necesario recabar la ayuda de los expertos y llamar a la policía.

Tras lo cual, el capitán Culpepper había interrogado a Nellie Wright para cerciorarse de que la utilización del nombre "Lucie" en la firma de "Sharon Lucie Fields" significaba que en la segunda nota de rescate se ocultaba efectivamente una clave secreta.

Nellie se lo había confirmado, confesando que no le era posible recordar la clave. Ahora habían llegado a un momento de indecisión, y todos ellos eran perfectamente conscientes de la gravedad de la situación, de los preciosos minutos que se les estaban escapando habiendo una bomba de relojería oculta en alguna parte, una bomba que podía estallar de un momento a otro haciendo añicos todas sus esperanzas.

El capitán Culpepper interrumpió su movimiento continuo para dirigirse una vez más a Nellie.

-¿Y está usted absolutamente segura, señorita Wright, de que no puede recordar ni un solo detalle de la clave que Sharon Fields solía utilizar cuando le escribía?

-Ni una sola cosa, se lo juro Me he devanado los sesos pero no lo recuerdo.

-Pero, ¿insiste usted en que existía dicha clave y que tanto usted como la señorita Fields la conocían?

-Pues claro que la conocía -contestó Nellie indignada-. Recuerdo lo mucho que nos divertíamos jugando a este juego Ambas nos habíamos aprendido la clave de memoria. Me la conocía al dedillo.

-Si se la conocía de memoria, no podía ser muy complicada. A no ser que posea usted una de estas mentalidades capaces de recordar cualquier cosa.

-Sharon sí la posee. Es capaz de aprenderse de memoria todo un guión en una tarde.

Yo no puedo. Tengo que repetir una y otra vez un pasaje escrito para poder recordarlo.

Y, además, está claro que no poseo retentiva, de lo contrario recordaría esta maldita clave.

-Debía tratarse de un sistema cifrado muy sencillo -dijo Culpepper-. Nada que exigiera consultar un manual o unas tablas para transponer o sustituir los caracteres alfabéticos con vistas a cifrar o descifrar.

Porque si hubiera exigido un libro o unas tablas, usted conservaría aún algo de este estilo en la casa o en su despacho.

-No, no, estoy segura de que no necesitábamos consultar nada. Tiene usted razón. Debía tratarse de un método muy sencillo.

Culpepper miró hacia el fondo de la estancia.

-Tal vez el señor y la señora O’Donnell les oyeran hablar de ello a usted o a la señorita Fields y puedan recordar algo.

Nellie sacudió la cabeza enérgicamente.

-No, eso ocurrió antes de que Sharon contratara sus servicios.

Culpepper extendió las manos.

-Muy bien, ya veo que así no llegaremos a ninguna parte.

-Agitó las notas de rescate que sostenía en una mano-. Ciertamente que disponemos de muchos expertos capaces de descifrar esta clave.

No nos hace falta disponer de ninguno con plena dedicación, porque muy raras veces se presentan casos que exijan la ayuda de un criptógrafo.

Sé que hay uno, un profesor de Pomona, cuyos servicios ha utilizado el Departamento en una o dos ocasiones a lo largo de los diez últimos años.

Ya hemos intentado localizarle. Se ha marchado a pasar el fin de semana fuera y ninguno de sus colegas sabe dónde está.

Podemos ponernos en contacto con la Sección de Investigación e Identificación Criminal del Estado de Sacramento.

-O con el FBI -dijo Zigman-.vDeben tener cientos de especialistas.

-El FBI de Washington, sí. Podemos ponernos en contacto con ellos y pienso hacerlo ahora mismo.

Transmitiremos el contenido de estas notas, de tal forma que tanto en Sacramento como en Washington reciban reproducciones exactas del original. Estoy seguro de que podrán descifrar en seguida el mensaje de la señorita Fields. -Se detuvo y sacudió la cabeza-.

Pero me temo que no con la rapidez que nos haría falta. Podríamos ganar tiempo comunicando por teléfono el contenido de la segunda nota de rescate, pero es posible que el carácter de la clave se refiera no sólo al contenido sino también al estilo de escribir.

Es necesario que los criptógrafos puedan ver la nota.

Suponiendo que todo se haga con la máxima velocidad, la transmisión, la labor de los expertos, la interpretación de la clave, la llamada para la comunicación del mensaje, yo diría que el tiempo necesario será como mínimo de dos horas. ¿No crees, Wilson?

Trigg se mostró totalmente de acuerdo.

-Dos horas sería lo mínimo, mi capitán. Yo más bien diría tres.

-Ya ve usted el problema con que tropezamos -le dijo Culpepper a Zigman-.

Hemos sido llamados transcurridas once horas, es decir, cuando ya se estaba recogiendo el dinero del rescate de la señorita Fields.

Repito, no obstante, que hay muchas cosas que podemos hacer y haremos. Transmitiremos estas notas de rescate a los criptógrafos. Organizaremos un equipo de urgencia al objeto de rastrear todas las pistas.

Algunos de nuestros hombres recorrerán este barrio interrogando a los vecinos. Otros interrogarán a los amigos y conocidos de la señorita Fields.

Otros examinarán la correspondencia de la señorita Fields, tanto aquí como en la Aurora Films, en busca de posibles cartas de amenaza o de cartas de chiflados, y los remitentes serán identificados e interrogados.

Esta investigación requeriría dos, tres o cuatro días antes de que pudiéramos averiguar algo, “si” es que averiguamos algo.

Aparte de ello, lo mejor que podemos hacer es tratar de descifrar el mensaje que la señorita Fields ha incluido en la nota. Tampoco, estamos seguros de que ello nos pueda indicar algún dato concreto.

Pero es posible que sí. En cualquier caso, tardaremos varias horas en descifrar lo que haya querido decirle.

Y quiero ser muy sincero con usted, señor Zigman, y con usted, señorita Wright.

En mi opinión, no disponemos de mucho tiempo.

-Tal vez el secuestrador cumpla con su palabra -dijo Zigman sin demasiado convencimiento-. Cuando tenga en su poder el dinero del rescate, quizá deje en libertad a Sharon tal como ha prometido.

-Claro, existe la posibilidad de que así suceda -dijo Culpepper asintiendo-. Lo que me preocupa -de la misma manera que les ha preocupado a ustedes, ya que de otro modo no nos hubieran llamado-es el hecho de que la señorita Fields haya intentado decirnos que no confiemos en la nota que ella misma ha escrito.

Ello me induce a pensar que la señorita Fields teme por su seguridad.

-Ciertamente, eso es lo que nos asusta -dijo Zigman hundiéndose débilmente en su asiento.

-Por consiguiente -dijo Culpepper bajando la mirada y paseando lentamente en círculo frente a ellos-, voy a exponerles una idea que he estado fraguando mentalmente.

Se trata de una acción que podría dar resultados inmediatos pero que no puedo emprender sin su permiso. Porque, francamente, entraña ciertos riesgos.

-Díganosla -le apremió Nellie Wright.

El capitán Culpepper se detuvo.

-Tenemos que partir de la base de que el secuestrador o secuestradores no se proponen cumplir su promesa.

Tenemos que partir del supuesto según el cual se proponen recoger el dinero del rescate pero no soltar a Sharon Fields.

-¿Cree usted realmente que la matarían? -preguntó Nellie con voz entrecortada.

-No lo sé. Es posible que no. Pero tenemos que actuar basándonos en la premisa de que puede ocurrir lo peor.

-Sí -dijo Zigman-. Siga, capitán, por favor.

-Gracias. El tiempo es oro, por consiguiente, permítanme hablar sin interrupciones. -Culpepper reflexionó brevemente acerca de lo que iba a decir y después siguió hablando-. Si nos tememos lo peor, es necesario que nos enfrentemos con el hecho de que nos encontramos al borde del abismo.

En la nota se especificaba claramente que el dinero tendría que depositarse en el lugar indicado antes de la una.

El señor Zigman así lo hizo. Ello significa que el secuestrador -más probablemente uno de los dos o tres secuestradores-tenía en proyecto presentarse en el lugar de Topanga Canyon quince minutos o media hora más tarde, al objeto de no ser visto por el señor Zigman.

En todo caso, me imagino que no debió aparecer por allí antes de la una y media. Por otra parte, dudo mucho que dejara allí el dinero hasta las dos y media o las tres. -Culpepper se miró el reloj de acero inoxidable-. Son ahora las dos y veintiocho.

Ello significa que están recogiendo el dinero o están a punto de hacerlo.

Si ya han recogido el dinero no podemos hacer gran cosa, como no sea esperar que suelten a Sharon. Si no la sueltan, sólo podemos esperar que descifren el mensaje y que éste nos facilite alguna información útil.

Si todavía no han recogido el dinero, aún podemos hacer algo pero sólo si actuamos con rapidez.

-¿De qué se trata? -preguntó Zigman ansiosamente.

-Procurar apresar al secuestrador o mensajero de éste en el lugar en que se ha depositado el dinero.

Rodearle y capturarle. Apresarle vivo a toda costa. Cuando le tengamos en nuestro poder, conseguiremos hacerle hablar.

Sabríamos dónde mantienen prisionera a la señorita Fields y tendríamos muchas probabilidades de rescatarla.

Culpepper se detuvo para que pudieran calibrar su propuesta.

-Tengo miedo -dijo Nellie.

-Al insertar el anuncio y depositar el dinero del rescate -dijo Zigman inclinándose hacia adelante-, dimos nuestra palabra de que no permitiríamos que la policía interviniera en el asunto.

-Lo sé -dijo Culpepper-. Accedieron ustedes a permitirles recoger el dinero sin correr ningún riesgo.

Y ellos, a su vez, prometieron poner a Sharon Fields en libertad. Pero ahora ya no creemos que vayan a cumplir su promesa. ¿Por qué se preocupa usted de cumplir la suya?

Zigman comprendió que el razonamiento era lógico.

-¿Sería muy arriesgado intentar tenderle una emboscada al mensajero y capturarlo? -preguntó.

-Si está allí, no nos costará nada apresarle. Si está solo y ha dejado a la señorita Fields atada en algún sitio, conseguiremos que nos conduzca hasta ella.

Pero dudo mucho que lo haya hecho solo. Este caso no tiene visos de deberse a un solo hombre.

Habida cuenta de los preparativos que fueron necesarios, de la penetración en esta propiedad, de las dificultades que debió entrañar el secuestro de una persona tan célebre como Sharon Fields, llevándosela lejos y manteniéndola prisionera tantos días, es lógico suponer que los autores son dos o tal vez más. Como es natural, esta circunstancia acrecienta el peligro. ¿Desea que se lo explique?

-Por favor -dijo Zigman-. Y no lo minimice.

-Muy bien. Es posible que dos de los secuestradores se trasladen al lugar en que ha sido depositado el dinero, uno para recogerlo y el otro para vigilar y proteger a su compañero desde lejos como medida de precaución.

En tal caso, si apareciera la policía, correríamos el riesgo de apresar a uno de los hombres y dejar al otro en libertad de causarle daño a la señorita Fields.

No es probable que ocurriera porque tendríamos bloqueadas todas las salidas o puntos de huida del Topanga Canyon.

Pero tenemos que prever la posibilidad de que, aun sin poder escapar, el segundo secuestrador pueda comunicarse por medio de un transmisor con un tercer compañero o cómplice que pudiera estar vigilando a Sharon en la zona del Topanga Canyon.

En tal caso habríamos perdido la partida. Pero lo más probable es que la señorita Fields no se encuentre prisionera en aquella zona y que el dinero del rescate lo recoja una sola persona.

-Supongamos que está usted en lo cierto -dijo Zigman-. Supongamos que sus hombres rodean el lugar, bloquean todas las salidas y logran capturar a los secuestradores.

Toda esta actividad llamaría la atención, ¿no es cierto? Y se extendería el rumor de lo que ha ocurrido.

-Me temo que así sucedería, antes de que transcurriera una hora.

-El segundo secuestrador que estuviera vigilando a Sharon es posible que se entera de la captura de su compañero a través de la radio o la televisión.

-Sí, es probable que se enterara.



Librodot

-Por consiguiente, es probable que antes de que el secuestrador capturado les condujera hasta Sharon, su compañero ya habría asesinado a Sharon y se habría escapado.

-Es posible.

-Peligroso, demasiado peligroso -dijo Zigman frunciendo el ceño.

-No se lo niego. De todos modos, debe usted decidir si ello es más peligroso que no actuar y confiar en que los secuestradores pongan a la señorita Fields en libertad una vez hayan recogido el dinero.

-No lo sé -dijo Zigman tragando saliva. Después miró a Nellie-. ¿Qué piensas, Nellie?

-Yo tampoco lo sé -repuso ella confusa-. Ambas cosas me parecen peligrosas. Te dejo a ti la decisión, Félix. Te secundaré en lo que decidas.

Zigman se cubrió el rostro con las manos y se frotó las sienes por encima de las gafas.

-Es posible que se propongan soltarla una vez dispongan del dinero y si intervenimos, tal vez le hagamos perder a Sharon la única oportunidad de salir con vida.

-Sí -dijo Culpepper.

-Si no se proponen soltarla y perdemos la oportunidad de apresar a uno de ellos, también habremos perdido la oportunidad de salvarla de la muerte.

-Eso también es cierto -dijo Culpepper.

-Es un dilema terrible, terrible -dijo Zigman-. ¿Podemos discutirlo un poco antes de tomar una decisión?

Con las manos metidas en los bolsillos, el capitán Culpepper miró fijamente a Zigman.

-Tenemos dos alternativas, señor Zigman. Una de ellas es no intervenir y que suceda lo que Dios quiera. La otra es que mis hombres intervengan.

En esta última alternativa el elemento tiempo es de primordial importancia. Por consiguiente, si va a elegir, tenga muy en cuenta el factor tiempo.

Muy bien, discutámoslo un poco. Pero, ¿cuánto? Le doy un minuto para que decida o nos deje decidir a nosotros.

Todo había ido como la seda, mucho mejor de lo que se había imaginado.

Tras abandonar el intenso tráfico de la autopista de la Costa del Pacífico y adentrarse en el Topanga Canyon, girando a la izquierda al llegar al cuartelillo de bomberos de la calle Fernwood Pacific, había empezado a tranquilizarse.

El camino le era conocido, y cuanto más subía menos tráfico encontraba.

Con los ojos clavados en la empinada carretera que rodeaba las colinas, había comprendido que estaba dejando atrás todas las señales de vida.

Aquí y allá, entre manchas de verdor, había visto alguna que otra choza o casa al borde de un barranco pero pronto llegó a la entrada del Templo del Fuego de la Luna. (Recordó haberles leído la guía a sus hijos en cierta ocasión en que lo visitaron: "El Templo del Fuego de la Luna, así llamado porque se cree que la luna y el fuego son para el hombre los primeros símbolos de la vida y la muerte, no está dedicado a ninguna religión determinada sino simplemente al vegetarianismo y a la abstención de matar".) Y, tras dejar el templo, experimentó la sensación de haber superado una barrera y de haberse adentrado en un mundo perdido, en un territorio vacío, abandonado y salvaje, totalmente exento de vida.

A los dieciocho minutos de haber abandonado la costa, vislumbró finalmente la Fortress Rock, aquella mellada roca de piedra arenisca color herrumbre, recortándose contra el azul del cielo, que tanto conocía por las muchas veces que, en el transcurso de los fines de semana, había realizado excursiones por aquellos parajes en compañía de Nancy y Tim explorando con ellos los alrededores.

Un minuto más y la sombra de la enorme roca cubrió la camioneta, y Yost aminoró la marcha para buscar un sitio donde aparcar.

Más allá de la roca había un promontorio de tierra junto a la carretera pero decidió no utilizarlo.

Siguió avanzando, perdió de vista la Fortress Rock por el espejo retrovisor al rodear la montaña, y buscó algún camino lateral.

Al final, unos doscientos metros más allá de la roca, más lejos de lo que había pensado teniendo en cuenta lo que iban a pesar las maletas, encontró un camino estupendo, una vereda bastante ancha para caminantes, que se curvaba más allá de unos altos arbustos y se perdía de vista.

Se adentró en el camino con su vehículo, avanzó y, al final, se detuvo en un lugar desde el que no podía divisarse la carretera.

Sin pérdida de tiempo regresó a la carretera a pie y echó a andar hacia la Fortress Rock.

La carretera estaba vacía, pero él se sentía muy satisfecho de su atuendo tan cuidadosamente preparado.

Era la perfecta imagen del cazador de caza menor, con su escopeta bajo el brazo dirigiéndose a pie a la propiedad de un amigo para pasar la tarde.

Mientras se acercaba a la roca, se detuvo un momento para mirar la hora.

El reloj le dijo que eran las tres menos diez de la tarde.

Comprendió que iba con mucho retraso y que regresaría al escondite de las Gavilán Hills una o dos horas más tarde de lo previsto.

Se imaginaba que para entonces los muchachos estarían subiéndose por las paredes, preguntándose qué le habría ocurrido, temiendo tal vez lo peor, pero cuando apareciera con el millón de dólares en efectivo, olvidarían todo su enojo y se entregarían a una alegría sin fin.

Echó a andar de nuevo y llegó a la sombra de la roca. Se elevaba a su lado la Fortress Rock, la antigua roca con sus parapetos de piedra arenisca, con sus oquedades grandes y pequeñas trabajadas por las tormentas.

Howard Yost se detuvo en seco. Había llegado al término de la cuenta atrás. Contempló la mole de piedra. La alquimia de su cerebro la transformó en oro puro.

Reconozcámoslo, al llegar aquí no era más que un pobre desgraciado de la clase media. Pero ahora se marcharía convertido en un creso.

Sacudió la cabeza pensando en aquel milagro, respiró hondo, apretó bien la escopeta bajo el brazo y echó una vez más a andar.

Al llegar al extremo sur de la roca, se encontró con unos restos de una valla de alambre de púas. Todo estaba exactamente tal y como él lo recordaba.

Había una abertura en la valla y después un arenoso camino que se apartaba de la carretera y se curvaba bordeando la roca a lo largo de unos quince metros. A la derecha del camino había un reborde de la roca que arrancaba de la misma base de ésta.

Más adelante, el camino y la roca terminaban bruscamente en un precipicio y a lo lejos podían distinguirse vagamente las trémulas y resplandecientes aguas del Pacífico.

A la izquierda del camino había una loma cubierta de maleza que descendía gradualmente hacia unos prados.

Yost se volvió. Al otro lado de la carretera había más tierra, hierba seca, arbustos y maleza descendiendo gradualmente hacia una vasta extensión de terreno.

No se veía a nadie, ni a su espalda ni en la carretera, y el camino que tenía delante se abría para él solo. Contuvo el aliento y pasó a través de la abertura de la valla.



Librodot

Contó deliberadamente los veinte pasos. Un paso, dos, tres, cuatro pasos, cinco, seis, siete, ocho pasos, nueve, diez, once.

Contó quince pasos, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve y sus ojos distinguieron una mancha de cuero marrón.

Avanzó rodeando la mellada roca y allí estaban, en la concavidad de detrás del reborde de la roca, las dos abultadas maletas marrones, sin lugar a dudas “las” maletas, el tesoro amontonado, la riqueza de las Indias.

Posó los ojos en ellas y se emocionó al pensar en la hazaña del Club de los Admiradores.

Viejo Zigman, dondequiera que estés, un millón de gracias, mejor dicho, un cuarto de millón de gracias. Y a ti también, Sharon, buena chica, buena chica Sharon Fields.

Yost se adelantó y se arrodilló ante las maletas. Estuvo tentado de abrirlas para asegurarse, pero no le cabía la menor duda y ahora no había tiempo que perder.

Echó la cabeza hacia atrás para mirar una vez más a su alrededor, para asegurarse de que ningún testigo le hubiera observado, y permaneció inmóvil unos momentos contemplando el azul y maravilloso cielo sin nubes.

Estaba solo, estaba a salvo, era uno de los benditos de la tierra, un hombre rico, un hombre muy rico, el conocido filántropo señor Howard Yost.

Posó la escopeta en el suelo, tomó una maleta, la colocó de pie y después hizo lo propio con la otra. Pesaban mucho pero se sentía demasiado alborozado para darse cuenta.

Se puso en pie. Recogió la escopeta, se la colocó bajo el brazo, y con la mano derecha levantó la maleta más pequeña.

Después extendió la izquierda y recogió la más grande. Parpadeando a causa de la intensa luz del sol bajó con las pesadas maletas por el arenoso camino.

Una breve mirada al mar más allá del precipicio, de los valles y los montes, el primer espectáculo que contemplaba en su calidad de hombre rico.

Olvidándose de la belleza del panorama, apretó con fuerza las asas de las maletas y avanzó de cara a Fernwood Pacific. Calculó que, con aquella carga, tardaría unos diez o quince minutos en llegar al lugar en que había ocultado la camioneta.

Siguió rodeando la roca en dirección a la carretera. Se encontraba a medio camino, jadeando a causa del esfuerzo, a unos dos tercios del camino y empezando a sudar, cuando se detuvo bruscamente.

Ladeó la cabeza y escuchó. Nada, nada, pero después tal vez algo, un sonido apenas audible. Procuró escuchar y entonces lo oyó. Se oía un débil y lejano sonido estridente. Extraño.

Permaneció inmóvil para tratar de volverlo a escuchar, para estar seguro. Silencio. Pero después volvió a oírlo, el mismo sonido que iba aumentando de intensidad.

Ahora se oía con mucha más claridad. Las vibraciones del sonido resultaban incongruentes, estaban en desacuerdo con la desolación y el silencio de aquel paraje, donde no podían escucharse más que los gorjeos de los pájaros, el zumbido de los insectos y la respiración de Howard Yost.

Inclinó la cabeza hacia la dirección del sonido tratando de identificarlo y, en aquel instante, el ronroneante sonido se transformó en un ruido ensordecedor y, momentos después, Yost estuvo en condiciones de establecer de qué se trataba y de qué dirección procedía.

Estaba escuchando el chirriante y pulsante sonido de un helicóptero. Se volvió escudriñando el horizonte en dirección al océano y entonces, desde detrás de la cadena de colinas de la lejanía, apareció el aparato acercándose a él a toda prisa.



Librodot

Contrajo los ojos para distinguir la leyenda del helicóptero y su aspecto general -sus conocimientos aeronáuticos se los debía a su hijo Tim-, pero todavía no le era posible identificarlo.

Sin embargo, una cosa era segura. El rumor cada vez se oía más cerca. Pero entonces sucedió una cosa muy extraña: el sonido chirriante del helicóptero pasó a convertirse de un solo en un dúo.

Yost se volvió una vez más y miró el cielo por encima de la autopista.

Acercándose en dirección contraria, desde el este, sobrevolando las colinas y acercándose a la Fortress Rock, descubrió un segundo helicóptero, hermano gemelo del primero. El corazón empezó a latirle con fuerza pero él procuró no asustarse.

Podía ser cualquier cosa, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de un fin de semana festivo. Podían ser helicópteros de patrulla -siempre vigilaban los lagos y las playas y las carreteras, en el transcurso de los fines de semana de mucho tráfico-o tal vez fueran helicópteros del servicio de correos o helicópteros de esos que trasladan a la gente importante, desde los aeropuertos a los hoteles, o tal vez unos helicópteros que hubieran salido en alguna misión especial. Tal vez.

Los miraba alternativamente a los dos, pero ahora su aspecto empezó a antojársele más sospechoso porque les vio descender cada vez más, y ambos se estaban acercando como si la Fortress Rock fuera su aeródromo de destino.

Yost soltó instintivamente las pesadas maletas y las dejó rodar por el camino arenoso, e inmediatamente cayó de rodillas y empezó a gatear hacia la pared de piedra arenisca, en un esfuerzo por resultar menos visible.

Temblando, sin poderlo creer, vio que un helicóptero y después el otro se iban acercando a él.

Ahora podía distinguir su color. Ambos eran azules, con rayas blancas. En aquellos momentos presintió el desastre. No te asustes, Howie, se dijo a sí mismo, pero se asustó.

Hubiera querido agarrar las maletas y echar a correr. Pero no podía moverse: el terror le había inmovilizado por completo. Al diablo las malditas maletas. Aunque pudiera correr, ya no se atrevía a hacerlo. El caso era ocultarse de la vista hasta estar seguro.

Soltó la escopeta y avanzó serpenteando aplastado contra el suelo. El sonido de los helicópteros era atronador y le martilleaba los tímpanos.

Tendido en el suelo, rígido como un riel, advirtió que la tierra temblaba debajo suyo. Levantó la cabeza, miró a su izquierda y se quedó petrificado.

Uno de los panzudos helicópteros azules, parecidos a unos tiburones, estaba aterrizando en la zona cubierta de maleza que había algo más abajo del camino donde él se encontraba.

Se incorporó un poco, miró por encima del hombro y vio para su horror que el segundo helicóptero también estaba tomando tierra.

En aquellos segundos experimentó el sobresalto de la comprensión y el cuerpo se le estremeció como sacudido por una corriente eléctrica.

Ambos helicópteros eran Bell Jet Rangers A-4. Ambos tenían unas letras blancas orgullosamente pintadas en los laterales. Decían: LAPD ¡La policía! Se estaba levantando polvo por todas partes. Tosiendo y ahogándose, Yost comprendió lo que estaba ocurriendo. Habían aterrizado.

Se puso trabajosamente en pie y escudriñó a través de las partículas de polvo y arena para asegurarse de que no estaba viviendo una pesadilla.

Y entonces pudo verlo.

El helicóptero más próximo, el situado más abajo del camino, aparecía como agachado en el suelo, a no más de cincuenta metros de distancia.



Librodot

Su hélice había cesado de girar. Estaba siniestramente inmóvil. Ahora se estaba abriendo la portezuela de la carlinga. Yost vislumbró una figura emergiendo de la portezuela del Jet Ranger. Se trataba de un corpulento oficial de policía con casco blanco y uniforme caqui extrayendo de la funda un arma amenazadora, santo, cielo, hasta el arma podía identificar, era el acostumbrado revólver Smith &Wesson del 38.

Presa del pánico, Yost no esperó por más tiempo. Recogió apresuradamente la escopeta, se agachó y echó a correr hacia el lugar en que había encontrado el dinero del rescate.

Corriendo y tropezando en dirección al reborde de la roca, llegó a la altura de éste, lo rodeó y se arrojó a la concavidad que había detrás, dejándose caer sobre la protectora tierra jadeante y casi sin resuello.

Al cabo de unos momentos levantó la cabeza por encima del parapeto. Contempló la escena con incredulidad: dos, tres, cuatro, cinco hombres uniformados, con sus cascos y sus relucientes placas, todos ellos armados y, subiendo cautelosamente la pendiente.

Y después le distrajo otro movimiento que estaba teniendo lugar a su izquierda: había tres, cuatro, cinco hombres procedentes del otro helicóptero, atravesando al unísono la carretera, deslizándose por la abertura de la valla y corriendo para reunirse con sus compañeros y completar el semicírculo.

Yost les observó congelado por el miedo. Se estaban acercando, estaban tan cerca que ya podía verles claramente los implacables y torvos rostros. Yost hubiera deseado huir pero no podía.

Estrangulado por el miedo y loco de terror miró primero la escarpada roca y después el precipicio de abajo.

No podía ir a ninguna parte, no podía huir. Estaba atrapado. No podía ocurrir pero estaba ocurriendo. Le habían traicionado. Todos habían sido traicionados.

¡Malditos traidores! La policía, los asesinos, habían salido a atraparle.

No. No, nunca. A él no. No era justo. Estaba mal. Debía tratarse de algún error. Averiguarían que era un error y seguirían su camino. Aquella increíble pesadilla seguiría también su camino. Y sería como si jamás hubiera ocurrido.

Ahora se habían acercado más y estaban cerrando el lazo y él era como un pobre perro mestizo acorralado.

¿Acaso no sabían quién era? No era un criminal, no era un golfo, no era una de esas personas, no, era el señor Howard Yost, héroe del fútbol americano, columna vertebral de la respetable Compañía de Seguros de Vida Everest, era el señor Howard Yost, marido de Elinor, padre de Nancy y Timothy, con amigos por todas partes y hasta casa propia.

A veinte metros de distancia distinguió un extraño objeto pegado a un rostro carnoso y despiadado. Un megáfono, un megáfono como los que usaban sus incondicionales para animar a la muchedumbre de las gradas a vitorear a Howie Yost, a Howie el Grande, a Howie el Invencible, el hombre de hierro, aguanta firme, aguanta firme.

Se imaginó que pronto iba a escuchar los vítores lanzados a través del megáfono pero, en su lugar, escuchó una atronadora voz de bajo.

-¡Está usted rodeado! ¡Arroje la escopeta! !Levante las manos! ¡Salga con las manos en alto! Perdió la cordura.

¿Hacerle eso al señor Howard Yost, súbdito americano? ¡Noooo, jamás, jamás, jamás! Enloquecido, se apoyó la escopeta contra el hombro, apoyó el cañón sobre el terraplén y, sin apuntar, empezó a disparar a diestro y siniestro, cargando de nuevo el arma, disparando a todas partes para decirles quién era, para ordenarles que se fueran, que le dejaran en paz, pero ninguno de los patibularios componentes del círculo que se iba cerrando sobre él se había marchado ni había contestado a sus disparos.



Librodot

Buscó las dos últimas cápsulas, cargó apresuradamente el arma pensando en lo extraño que resultaba aquel silencio y, súbitamente, recuperó la cordura y comprendió lo que estaba ocurriendo.

Efectuó otro disparo al tuntún, comprobó que no le quedaba más que una cápsula y soltó la escopeta al comprender la verdad.

No contestaban a sus disparos porque les habían ordenado que le apresaran vivo. Le querían vivo para pegarle una paliza, para aplicarle el tercer grado, para obligarle a hablar, para obligarle a confesar dónde mantenían prisionera a Sharon Fields.

Y entonces se sabría toda la sucia y cochina historia. Ya se imaginaba en las primeras planas de los periódicos. Ya se veía en las pantallas de televisión. Ya se veía condenado por los tribunales.

Ya se veía a través de los ojos de Elinor, de Nancy y de Timothy, a través de los ojos de sus clientes, de sus colegas y amigos. Desnudo.

Un violador pervertido, un secuestrador y un ladrón, un monstruo repugnante.

Pobre Elinor, pobres, pobres niños, cuánto os quiero.

El eco de la atronadora sentencia del megáfono se escuchaba por todas partes.

-¡No tiene ninguna posibilidad! ¡Entréguese! ¡Arroje la escopeta! ¡Levántese y adelántese con las manos en alto!

No, no. No. No le podía hacer eso a Elinor, te quiero Elinor, y a los niños tampoco, pobres niños, niños guapos, papá os quiere, os querrá siempre.

El enloquecedor megáfono resonaba en su oído.

-¡Le quedan cinco segundos para entregarse, de lo contrario iremos a apresarle!

No.

El megáfono.

-Uno, dos, tres, cuatro.

No, nunca. La póliza, la póliza de seguros, había una cláusula de indemnización.

-!Cinco!

Vio borrosamente la línea color caqui catapultándose hacia él, cruzando el camino, avanzando hacia él como si fuera un infractor de la ley, disponiéndose a aplastarle y engullirle.

Os quiero, os quiero, os quieroooooo.

Se introdujo el cañón de la escopeta en la boca. Estaba ardiendo. Cerró los ojos. Apoyó el pulgar en el gatillo y después lo presionó con fuerza hacia atrás.

A las tres de la tarde de aquel Cuatro de Julio parecía que en el escondite de las Gavilán Hills se hubiera suspendido temporalmente toda animación humana.

Se trataba, para cada uno de ellos, de un intermedio expectante, de un período destinado a marcar el paso antes de que se reanudara la actividad final.

Esperaban el triunfal regreso de su mensajero, quien había calculado al partir que regresaría hacia las cinco aproximadamente.

Faltaban dos horas.

En sus aposentos cerrados con llave, donde el calor resultaba asfixiante, Sharon Fields se hallaba sentada en la bañera llena de agua, procurando calmarse, pensando por centésima vez en lo que debía estar ocurriendo fuera y en lo que le traerían las próximas horas.

Fuera, junto a los peldaños del porche, Kyle Shively se entretenía cortando una rama y soñando despierto.



Librodot

Leo Brunner se encontraba en el salón, sentado frente al aparato de televisión, dispuesto a presenciar su programa preferido para evitar pensar en el imposible plan que le obligaría a desorganizar su vida abandonando la ciudad.

En una de las literas del dormitorio más pequeño, Adam Malone permanecía sentado procurando concentrarse en la lectura de un libro, a pesar de que sus pensamientos estaban en otra parte.

Durante algunos minutos, aquella profunda quietud siguió reinando en el refugio. Pero a las tres y ocho minutos se desvaneció el silencio para siempre.

Leo Brunner había conseguido finalmente sintonizar con su programa de concursos preferidos y se había acercado al aparato para subir el volumen cuando, de repente, se produjo una insólita interrupción en la pantalla.

Estaba escuchando las voces roncas y las graciosas payasadas de los participantes cuando súbitamente, tanto los presentadores como los concursantes, fueron sustituidos por un letrero colgado de la pared de otro estudio.

En el letrero podía leerse: “Noticiario local”. Después se escuchó la incorpórea voz de un locutor.

"Interrumpimos nuestro programa habitual para facilitarles una noticia en exclusiva de nuestro célebre comentarista. Sky Hubbard".

Sin experimentar la menor curiosidad y enojado por aquella interrupción, Leo Brunner fue a apagar el aparato. Pero, antes de que pudiera hacerlo, apareció en la pantalla un primer plano de Sky Hubbard sobre el trasfondo de una maravillosa fotografía de Sharon Fields, ataviada con uno de los trajes que había lucido en su más reciente película.

Brunner retrocedió con aire ausente y se sentó aturdido esperando la noticia.

El conocido comentarista empezó a hablar casi en voz baja y con una sombría expresión en el rostro.

"Les facilitamos ahora en exclusiva una noticia de interés nacional que estremecerá y helará la sangre de todos los norteamericanos.

A través de una fuente autorizada del Departamento de Policía de Los Angeles, acabamos de saber que la mundialmente famosa actriz cinematográfica Sharon Fields ha sido víctima de un secuestro.

Se nos dice que en estos momentos la policía de Los Angeles está utilizando todos los recursos de que dispone y el contingente de todas sus fuerzas con vistas a la resolución de este caso. No se conocen más detalles de este terrible delito. El día y la hora en que Sharon Fields fue secuestrada, los medios a través de los cuales se ha establecido contacto, con las personas más allegadas a Sharon Fields, las exigencias del rescate, todos estos detalles aparecen envueltos en el máximo secreto.

Repetimos, lo único que se sabe con toda seguridad es que Sharon Fields ha sido secuestrada, y que los oficiales encargados del mantenimiento de la ley y el orden en el sur de California están organizando la más grande operación de búsqueda de los últimos tiempos".

Brunner contemplaba la pantalla con una mezcla de incredulidad y horror. Después, como galvanizado de repente, se puso en pie de un salto y llamó a gritos a sus compañeros.

Corrió al comedor y al pequeño dormitorio, y aquí encontró a Malone que ya se había levantado al escuchar sus gritos.

-¡Lo han averiguado, lo han averiguado! -chilló Brunner-.

Sharon Fields ¡saben que ha sido secuestrada! Segundos más tarde, tras haber arrastrado al salón al desconcertado Malone, Brunner vio a Shively cruzando el porche.

Quiso correr a la puerta para llamarle pero, alertado por el barullo, Shively ya estaba entrando en la estancia. Con las gafas medio caídas y sin poder hablar, Brunner empezó a brincar ante el tejano y, al final, logró encontrar las palabras.

-Se ha anunciado, lo han dicho por las ondas, en el noticiario, lo acabo de oír, acaban de decirlo.

-Maldita sea, ¿quieres calmarte y hablar como es debido?

-En el noticiario -dijo Brunner jadeando-. ¡Acaban de anunciar que Sharon Fields ha sido secuestrada! ¡La policía ha empezado a buscarla!

-¿De qué demonios está hablando el viejo? -le preguntó Shively a Malone-. ¿Tú has oído algo?

-No, acabo de entrar, espera, van a repetir un importante comunicado, ahí está Sky Hubbard, tal vez podamos averiguarlo.

Los tres hombres se apiñaron alrededor del aparato de televisión. Sobre el trasfondo de una fotografía de Sharon Fields, Sky Hubbard había vuelto a tomar la palabra.

"Para los espectadores que acaban de sintonizar con nosotros, comunicamos en exclusiva la noticia que hemos obtenido a través de una fuente autorizada del Departamento de Policía.

Hemos sabido que la bellísima y mundialmente famosa estrella cinematográfica e ídolo de millones de personas, la inimitable Sharon Fields, ha sido secuestrada.

Se la mantiene prisionera a cambio de un rescate, y ha sido presentada una denuncia a la policía de Los Angeles, que en estos momentos ha tomado cartas en el asunto.

Si bien las circunstancias que rodearon el delito se hallan todavía envueltas en el misterio, se sabe que se ha efectuado un despliegue de todos los medios disponibles al objeto de organizar una de las mayores cazas al hombre de la época moderna.

Desde el secuestro del hijo de los Linbergh en Hopewell, Nueva Jersey, en 1932, jamás se había producido un secuestro de una persona tan querida y admirada."

Brunner corrió hacia el aparato y lo apagó.

-¡No quiero oír más! -gimió y se volvió hacia los demás chillando histéricamente-. ¡Nos van a encontrar! ¡Tenemos que marcharnos de aquí en seguida, librarnos de ella, soltarla, tenemos que marcharnos de aquí, largarnos, desaparecer!

Shively extendió ambas manos y agarró a Brunner por la pechera de la camisa, zarandeándole y levantándole casi en vilo.

-¡Cállate, estúpido, calla la maldita boca!

Al verse amenazado, Brunner enmudeció.

-Así está mejor -dijo Shively soltándole-. No sé cómo se habrá averiguado esta historia pero no basta para perjudicarnos. Si hubiera habido algo más, nos hubiéramos enterado. Por consiguiente, tranquilizaos y escuchadme.

Que alguien le haya hablado del secuestro a este tío de la televisión no significa que se sepa quién lo ha hecho ni dónde estamos. ¿Cómo podrían saberlo? No pueden.

Estamos tan a salvo como antes. Nos quedaremos aquí hasta que Howie regrese con el dinero. Cuando tengamos la pasta en nuestro poder, podremos largarnos.

-¿C-cuándo? -preguntó Brunner.

-Te digo que te calmes. Esta noche. Nos repartimos el dinero y nos largamos esta misma noche. ¿Estás ya más tranquilo?

-S-sí.

-Y será mejor que no apaguemos el aparato -le dijo Shively a Malone.

-Será mejor -repitió Malone dirigiéndose al aparato.

Shively miró a su alrededor y vio que Brunner estaba retrocediendo y se disponía a abandonar la estancia.

-Pero, ¿a dónde vas? -le preguntó con aspereza.

Brunner empezó a temblar y le señaló el comedor con el dedo.

-A la cocina, a la cocina, será mejor que me prepare un trago fuerte.

-Muy bien, hazlo y, cuando hayas terminado, vuelves aquí en seguida para que podamos vigilarte.

-Sí, sí -dijo Brunner-, vuelvo en seguida.

Shively contempló a Brunner mientras éste salía de la estancia y sacudió la cabeza.

-Será tonto.

Malone había acercado una silla al televisor.

-Eso no me gusta nada, Kyle.

-A mí tampoco -dijo Shively acercándose también una silla-. Pero, si procuras no perder la cabeza, comprenderás que nada ha cambiado. Se ha divulgado la noticia.

La han secuestrado, ¿y qué? Es lo único que saben. Estamos a salvo hasta esta noche. Podremos marcharnos de aquí sin dificultades y con los bolsillos llenos, pero sólo si no perdemos la cabeza.

-Vuelve Sky Hubbard -dijo Malone señalando la pantalla-. Vamos a ver qué dice.

Sky Hubbard repitió una vez más la noticia.

Shively soltó un gruñido.

-Las mismas tonterías de siempre. No tienen ni la menor idea. No hay motivo para que nos preocupemos.

-Creo que tienes razón -dijo Malone.

Shively miró a su alrededor.

-Oye, ¿dónde demonios se ha metido este atontado? ¿Dónde está Brunner?

-Probablemente llenándose el depósito.

-Le he dicho que volviera en seguida -dijo Shively levantándose-. Voy a encargarme de que cumpla la orden.

Shively se dirigió a la cocina. No había trazas de Brunner. Le buscó en el cuarto de los trastos y después en el cuarto de baño Sin trazas de Brunner. Se dirigió después al dormitorio más pequeño. Vacío. Cruzó a toda prisa el salón y avanzó por el corredor.

Abrió la puerta de la habitación de Sharon y asomó la cabeza sobresaltándola con su repentina aparición. No, allí tampoco estaba. Volvió a cerrar la puerta sin dar explicaciones. Recorrió de nuevo apresuradamente el pasillo, salió fuera y rodeó todo el refugio. Al final regresó al salón lívido de rabia.

-¿Sabes una cosa? -le dijo a Malone-. El muy hijo de puta de Brunner se ha largado.

-¿Estás seguro?

-No le veo por ninguna parte. Ni siquiera ha tocado las botellas. Se ha cagado de miedo, ha roto su promesa y se ha escapado por la puerta de atrás.

En estos momentos estará bajando la montaña para largarse a casa con el cacharro.

-¿Qué vamos a hacer?

-Yo sé lo que no vamos a hacer. No debemos permitir que se largue. En las condiciones en que se encuentra resultaría muy sospechoso y haría o diría algo.



Librodot

Además, llegamos al acuerdo de que no le permitiríamos quedarse en Los Angeles, donde es posible que le capturen y le obliguen a señalarnos con el dedo. Tenemos que vigilarle, ¿entendido? Tenemos que permanecer juntos hasta que llegue la hora de separarnos.

-Creo que sí.

-Muy bien, muchacho, tú quédate aquí vigilando a Sharon. Voy en busca de ese pequeño hijo de puta.

No permitiré que ande por ahí hablando como un chiflado. Le agarraré y le traeré aquí en seguida. Después le vigilaremos y le calmaremos hasta que regrese Howie, y entonces podremos largarnos sabiendo que lo tenemos todo controlado.

Tras lo cual Shively salió a toda prisa del refugio, echó a correr por el camino y se perdió de vista.

El salón de juego, convertido en despacho, situado en la parte de atrás de la residencia Fields, solía ser una estancia alegre y acogedora.

Su mobiliario estaba pintado a mano y la tapicería era a cuadros escocesa. En la mesa francesa antigua, que Nellie utilizaba en calidad de escritorio, había un teléfono de color de rosa, una máquina de escribir eléctrica portátil de diseño italiano y un jarrón de rosas rojas.

Colgaban de la pared dos multicolores retratos enmarcados, uno de ellos era un óleo de Sharon firmado por Chagall, y el otro una acuarela de Nellie firmada por Sharon Fields.

Durante buena parte del día el despacho aparecía iluminado por el sol que se filtraba oblicuamente a través de las persianas de las dos ventanas. Inevitablemente, cualquier visitante que penetrara en el despacho de Nellie para tratar con ésta de asuntos relacionados con su señora y amiga Sharon Fields, reaccionaba a la alegre atmósfera que allí se respiraba mostrándose jovial y de buen humor.

Pero en aquellos momentos de la tarde del Cuatro de Julio el despacho de Nellie Wright más parecía la sala de recepción de una empresa de pompas fúnebres. La tristeza se cernía pesadamente sobre la estancia.

Sosteniéndose la cabeza con las manos, Zigman aparecía sumido en un profundo abatimiento.

La propia Nellie que por regla general solía mostrarse optimista en todas las circunstancias, era el vivo retrato del dolor.

E incluso el animado semblante del teniente Wilson Trigg reflejaba una sombría introspección.

El único que no había sucumbido a la melancolía era el capitán Chester Culpepper.

Quince minutos antes se había emocionado visiblemente al recibir el primer informe de las fuerzas de policía que estaban actuando en Topanga Canyon.

La noticia le había llegado a través del centro de comunicación de la jefatura de policía del centro de la ciudad. Pero se había recuperado rápidamente.

En su calidad de veterano de miles de esperanzas fallidas en el cumplimiento del deber, se negaba a dejarse arrastrar por los contratiempos.

Como siempre, su reacción ante el fracaso fue la de redoblar sus esfuerzos con vistas a salvar la precaria situación. Al enterarse de que el secuestrador enviado al lugar en que habían sido depositadas las maletas con el millón de dólares del rescate, había escapado a la emboscada que le había tendido la policía suicidándose con el último cartucho que le quedaba, Culpepper maldijo por lo bajo su mala suerte y reaccionó ante la noticia diciendo:

-Si sale cara, ganas y, si sale cruz, pierdes. Esta vez ha salido cruz. Muy bien, volveremos a lanzar la moneda.



Librodot

Tras lo cual se había transformado en un torbellino de actividad y le había encomendado al teniente Trigg toda una serie de medidas de emergencia.

Ponte en contacto con el agente Westcott del FBI del 11000 del paseo Wilshire, infórmale del caso, dile que vamos a enviarle de inmediato copias de las dos notas de rescate y que las transmita a la central del FBI de Washington para que las examinen y descifren.

Envía aquí otros tres vehículos de patrulla. Que las fuerzas del equipo de emergencia se pongan en marcha.

Que empiecen a buscar la posible existencia de cartas amenazadoras enviadas a la señorita Fields y recibidas en los estudios Aurora.

Que empiecen a interrogar inmediatamente a los amigos y conocidos de la señorita Fields y que busquen en esta zona de Bel Air las posibles pistas llamando puerta por puerta.

Comunícame en cuanto la sepas la identidad del cadáver de Topanga Canyon. Que la señora Owen transmita el boletín sobre la señorita Fields a través del “Clets”. Procuremos que no trascienda a los medios de comunicación.

¿Cómo? ¿Que López dice que Sky Hubbard ha revelado la noticia del secuestro de Sharon Fields hace veinte minutos? ¡Maldita sea! Bueno, menos mal que no conoce los detalles y podemos mantenerlos en secreto. Diles a los muchachos que mantengan la boca cerrada. ¡En marcha!

Trigg abandonó como un rayo la estancia y se puso en movimiento toda la maquinaria de las fuerzas destinadas al mantenimiento de la ley y el orden.

-¿Y de qué va a servir todo eso? -preguntó Zigman-. Usted mismo ha reconocido que, si perdíamos la partida, tal vez ya no tuviéramos tiempo de salvar a Sharon.

Culpepper no se molestó siquiera en disimular la gravedad de la situación. Reconoció que las circunstancias les eran desfavorables.

-No obstante, según el último informe recibido, no parece que al mensajero encargado de la recogida de las maletas del rescate le acompañara otra persona.

No se ha descubierto a nadie intentando abandonar la zona. Por consiguiente, si la suerte nos acompaña, quienquiera que se haya quedado vigilando a la señorita Fields, suponiendo que haya alguien, no se ha enterado de nuestra emboscada y es posible que tarde un rato en enterarse. Eso nos permite disponer de un poco de tiempo.

-Pero, ¿de cuánto tiempo? Ahí está lo malo -dijo Zigman-. Los medios de comunicación se han enterado del secuestro. Averiguarán lo que ha ocurrido en Topanga. El bloqueo de las carreteras, los helicópteros, la ambulancia, lo averiguarán todo.

-Sí, es cierto. Es probable que ya se hayan enterado -reconoció Culpepper sin evasivas.

-Lo proclamarán a los cuatro vientos por la radio y la televisión y lo publicarán los periódicos -dijo Zigman.

-Así es. Pero quienquiera que esté vigilando a la señorita Fields, dondequiera que esté, tal vez no disponga de aparato de radio o televisión o, caso de disponer de ellos, tal vez no los tenga encendidos.

Aunque se entere de lo que ha sucedido en Topanga, creo que disponemos todavía de media hora o tal vez de una hora.

-¡Es horrible! -exclamó Nellie llorosa-. ¡Pobre Sharon, pobrecilla! Sonó musicalmente el teléfono y todos guardaron silencio mientras Culpepper, sentado en el mullido sillón giratorio de Nellie, lo descolgó.

-Aquí el capitán Culpepper -dijo éste-. Muy bien, dígame. -Contestaba en monosílabos y no cesaba de anotar datos en su cuaderno amarillo. Al final dijo-: Entendido. Gracias, Agostino.



Librodot

Sigo aquí. Manténgase en contacto conmigo. -Colgó y dijo al sargento Neuman-. Ya se ha llevado a cabo la identificación. -Giró un cuarto de circunferencia y se dirigió a Zigman y Nellie-. Han identificado el cadáver del mensajero.

Howard Yost. Cuarenta y un años. Estatura, un metro ochenta. Peso, ciento diez kilos. Se ha saltado la tapa de los sesos, cabello castaño y, al parecer, con bigote postizo.

El cadáver ha sido enviado al forense para la práctica de la autopsia. -Culpepper revisó las notas del cuaderno y añadió-: Antecedentes estables.

Graduado por la Universidad de Berkeley, de California. "Tackle" derecho de un equipo de fútbol americano ganador de campeonatos y jugó el "Rose Bowl".

Agente de seguros independiente por cuenta de la Compañía de Seguros de Vida Everest.

-Es una empresa muy importante -le interrumpió Zigman-. Una firma respetada.

-Yost era propietario de una casa en Encino -dijo Culpepper asintiendo-. Llevaba catorce años casado con Elinor Kastle Yost. Dos hijos. Timothy, de doce años, y Nancy, de diez.

Y, sí, aparte alguna que otra infracción del tráfico, sin antecedentes penales. Todo limpio hasta ahora. -Sacudió la cabeza-. Está claro que no era un criminal encallecido.

-¿Cómo es posible que un hombre semejante hiciera eso? -preguntó Nellie.

-No sé, no sé -repuso Culpepper suspirando y arrojando el cuaderno sobre el escritorio.

-Probablemente debía estar atravesando algún apuro económico -terció el sargento Neuman.

-Tal vez -dijo Culpepper encogiéndose de hombros y dirigiéndose una vez más a Zigman y a Nellie-.

Como es natural, el dinero del rescate ha sido recuperado. Intacto.

-Qué importa eso ahora -dijo Zigman.

-En el bolsillo de la víctima se han encontrado unas llaves de automóvil.

En estos momentos es probable que ya hayan encontrado su vehículo y es posible que ello nos facilite alguna pista. En estos momentos los investigadores ya han salido para el domicilio de Yost al objeto de comunicarle la noticia a su esposa e interrogarla.

Es posible que eso nos permita obtener otra pista. Nuestros hombres interrogarán también a los vecinos, amigos y compañeros de Yost, en un intento de averiguar alguna cosa.

Hemos enviado también algunos hombres a la compañía de seguros de Yost.bDe momento, es todo lo que tenemos. Tendremos que armarnos de paciencia.

-¿Paciencia? -preguntó Nellie indignada-. Está pasando el tiempo y Sharon se está acercando a la muerte a cada minuto que pasa, eso si no está muerta.

-Lo siento, señora.

-Perdone -se disculpó Nellie rápidamente-. Sé que están haciendo todo lo que pueden.

Zigman sacó otro puro.

-¿Cuándo cree que recibirá la nota de rescate descifrada? -preguntó.

Culpepper giró en su asiento y miró el reloj que había sobre el escritorio de Nellie.

-Dentro de una hora y media. O tal vez antes si tenemos suerte.

-No será con la suficiente rapidez -dijo Nellie sacando un pañuelo y sonándose la nariz-. Dios mío, me siento culpable porque no puedo recordar esta maldita clave.

Culpepper la miró fijamente.



Librodot

-“Si” es que hay una clave, señorita Wright -dijo sin ánimo de provocarla, como hablando consigo mismo-. Al fin y al cabo, está usted trastornada, todos nos trastornamos a veces y la memoria puede gastar unas bromas muy extrañas.

Nellie Wright se inclinó hacia delante.

-Capitán, “había” una clave. No estoy tan loca como para inventarme cosas que no existen.

Ahora lo recuerdo claramente fue la mañana en que se terminó de rodar la película, encontré una nota sin sentido sobre el escritorio y no la entendí hasta que vi que Sharon la había firmado con el nombre de "Sharon Lucie Fields", es decir, añadiendo el nombre de la heroína que acababa de interpretar en la película. Por consiguiente....

Nellie se detuvo en seco.

Para su asombro, el capitán Culpepper la estaba mirando con una extraña expresión en los ojos.

-Señorita Wright -le dijo éste suavemente-, ¿la mañana en que se terminó de rodar “qué” película? Dígame qué película.

Nellie le miró asombrada y parpadeando.

-Pues, la película en la que se utilizaba la clave, formaba parte del argumento. Así fue cómo empezó Sharon a utilizarla. -Súbitamente se acercó la mano a la boca-. Dios mío -exclamó con voz entrecortada.

-Nellie, por el amor de Dios, ¿por qué no nos lo has dicho antes? -le preguntó Zigman.

-Lo había olvidado, Dios mío, Perdóname. Sí, claro, lo sacó de la película. Fue una de sus primeras películas.

Una película histórica en la que ella conseguía enviar un mensaje destinado a salvar a su padre adoptivo de la guillotina y avisaba a alguien que podía ayudarles utilizando "Lucie" como segundo nombre, un nombre en clave.

Culpepper la miró severamente sin moverse.

-¿Qué película? -le preguntó de nuevo.

Nellie le miró con rostro inexpresivo y se esforzó por recordarlo.

Todas las personas que había en la estancia la observaban expectantes y en silencio. Al final, Nellie respiró hondo, abrió mucho los ojos y se levantó.

-Lo sé, ahora lo sé -dijo alborozada y con labios temblorosos-. Aquella sobre la revolución francesa. Sharon interpretaba el papel de la hija adoptiva de un noble perseguido por Danton y ella se ocultaba con su padre adoptivo y otras personas y tenía que ponerse en contacto con un joven diplomático americano a punto de abandonar París tenía que enviarle un mensaje desde el manicomio dirigido por un tal doctor Bel... -Juntó histéricamente las manos-. ¡Ya lo tengo! “Los clientes del doctor Belhomme”. ¡La película se llamaba “Los clientes del doctor Belhomme”!

Culpepper la asió del brazo y le preguntó.

-¿Y la clave pertenecía a esta película? -le preguntó.

-¡Con toda seguridad! Formaba parte del argumento, hacia el final, por eso Sharon se acordaba y decidió después utilizarla en broma. -Presa de la excitación se libró de la mano del capitán y a punto estuvo de tropezar con las piernas de Zigman al intentar cruzar la estancia-. ¡Sé dónde está! Tengo los guiones de todas las películas de Sharon, todos los guiones encuadernados en cuero. La clave se explica en el guión.

Se acercó a las estanterías de libros que había al otro lado de la estancia. Se inclinó hacia delante para estudiar la primera estantería situada detrás de un anaquel con dos pequeñas matas de violetas africanas.



Librodot

Recorrió con los dedos los lomos de los volúmenes de los guiones encuadernados en cuero azul y con estampaciones en oro.

-"¡Los clientes del doctor Belhomme!" -gritó al tiempo que sacaba el volumen y los demás corrían a reunirse con ella.

Estaba pasando las páginas del final-. Tiene que estar hacia el final, antes del desenlace. Era muy emocionante.

Lo recuerdo, lo recuerdo muy bien, no puedo estar equivocada. Sharon finge, con los demás, ser una paciente del manicomio, y envía a alguien con un mensaje en el que aparentemente pide un medicamento.

Teme que, si escribe la verdad acerca del apuro en que se encuentra y de la necesidad de que se la salve, los revolucionarios del Terror averigüen sus planes y la detengan junto con su padre.

Entonces su padre recuerda una inteligente clave secreta, una clave muy sencilla que probablemente utilizaba el rey Luis Xiv.

Y se la explica a Sharon. Y ella la usa y... -Nellie guardó silencio y empezó a leer para sí misma frunciendo el ceño-.

¡Maldita sea! -exclamó cerrando de golpe el volumen-. Menciona la clave, pero no explica su utilización.

-Pero, ¿qué...? -empezó a preguntarle el capitán Culpepper.

-Sólo dice: "Primer plano. Giséle y el conde de Brinvilliers explicándole a Giséle una clave secreta que había aprendido en su infancia. Ella la repite ansiosamente y empieza a escribir.

En la siguiente escena, ella entrega el mensaje cifrado a un sirviente del manicomio que se dirige a la legación americana de París".

Eso es absurdo porque en la película se especificaba. -Por primera vez su mofletudo rostro se relajó y se dibujó en él una radiante sonrisa de triunfo-.

Ya recuerdo -le dijo a Culpepper ya más tranquila y dueña de sí misma-. Claro.

El guionista sabía que tenía que describir una clave, pero al director o al productor no les gustó la que éste se inventó por considerarla de difícil comprensión para el público.

Entonces le dijeron que la omitiera y contrataron los servicios de un criptógrafo profesional al objeto de que éste actuara de asesor técnico en relación con esta escena.

El experto intervino el día anterior al rodaje de la escena. Habló con Sharon y el director y el guionista en el camerino de ésta, no, con el guionista no, éste ya había dejado de intervenir en la película, fue con el revisor del guión y ella anotó los detalles de la clave en la versión del guión que utilizaba para hacer anotaciones y que deben tener archivadas en los estudios.

-¿Y eso no es un poco extraño? -preguntó Culpepper poco versado en los misterios cinematográficos.

-No -repuso Nellie con aire ausente-, eso se hace siempre, se añaden diálogos en los mismos platós, tendremos que... -Chasqueó los dedos-.

Un momento, aquí en la casa tenemos copias de todas las películas de Sharon, las tenemos en el piso de arriba, en el sitio donde guarda los abrigos de pieles.

Tiene que haber una copia de "Los clientes del doctor Belhomme". Bastará con que proyectemos la última parte.

Estará en este rollo, estoy segura. Félix, acompaña a todo el mundo a la sala de proyecciones.



Librodot

Yo buscaré la película y Patrick nos la proyectará.bAbandonó el despacho casi corriendo y, al llegar junto a la puerta, se detuvo sin aliento y miró inquisitivamente a Culpepper.

-Capitán, ¿tenemos tiempo?

-No lo sé -repuso Culpepper frunciendo el ceño-.

Pero ahora, bueno, ahora se nos ofrece otra posibilidad.

Diez minutos más tarde se encontraban todos acomodados en la sala de proyecciones particular de Sharon Fields con sus paredes revestidas de madera de nogal.

Nellie Wright se había sentado entre el capitán Culpepper y Félix Zigman en el diván de cuero que había al fondo de la sala.

Más abajo, en sillas separadas se habían sentado el teniente Trigg y el sargento Neuman.

Observaron hipnotizados cómo descendía la pantalla desde el techo.

En la pared de atrás, dos Dufys enmarcados se elevaron eléctricamente y dejaron al descubierto las dos rendijas gemelas destinadas a los proyectores.

Se apagaron las luces.

Se oyó un timbre y se escuchó el acento irlandés de Patrick, O'Donnell a través del interfono.

-Cuando usted quiera, señorita Wright.

Nellie pulsó el botón de la unidad de control instalada en el brazo del sillón.

-¡Adelante, Patrick!

La pantalla vacía se llenó inmediatamente de un caos de color.

Una abarrotada panorámica de la plaza Luis XVI, la actual plaza de la Concordia, con la muchedumbre gritando hasta que la cámara se detenía en una carreta y después enfocaba al desgraciado rey Luis XVI ascendiendo los peldaños de la guillotina.

-Una de estas escenas -dijo Nellie asiendo el brazo del capitán Culpepper-.

Observe. Otra escena. El interior del manicomio del doctor Belhomme. Un rincón de la antigua casa de locos.

Sharon, muy hermosa, leyendo afligida el mensaje que acaba de escribir.

"No conseguiremos enviarlo. Sabrán lo que nos proponemos hacer. Nos descubrirán".

Primer plano del anciano conde perdido en sus pensamientos.

"Tal vez haya un medio" La cámara retrocede y enfoca a otros aristócratas fugitivos y a Sharon, todos mirándole. -El conde prosigue." una clave que recuerdo de mi infancia inventada por el matemático Antoine Rossignol que se convirtió en un genio criptográfico al servicio del Rey Sol. -El conde se entusiasma-.

El caballero amigo tuyo, Giséle, tu admirador Tom Parsons de la legación americana la entendería.

Una noche mantuve con él una larga conversación acerca de los mensajes secretos. El se encarga de cifrar y descifrar todos los mensajes de la legación americana.

Conocía muchos sistemas. Recuerdo haber comentado con él el sistema utilizado por el señor Rossignol.

La clave del sistema se encierra siempre en el segundo nombre que el remitente añade a su firma.

-El conde se levanta, se dirige a Sharon y se sienta a su lado sobre una banqueta que hay junto a la tosca mesa de madera-.

Giséle, te la explicaré y entonces tal vez puedas intentarlo".

Mientras se disolvía la escena de la pantalla, se escuchó la voz de Nellie en la sala a oscuras.

-Observen la siguiente escena. Creo que es ahí donde se explica Cuando ella firma el mensaje.

Verán que Giséle de Brinvilliers añade un segundo nombre y firma Giséle Lucie Brinvilliers.

El nombre de "Lucie" significa que el destinatario de la nota tiene que buscar en ella un mensaje secreto.

-¿Existe alguna razón para que se utilizara el nombre de "Lucie"? -preguntó el capitán Culpepper interrumpiéndola.

-Tenían que inventarse un segundo nombre cualquiera -repuso Nellie-y Sharon tuvo el capricho de escoger "Lucie" porque siempre había admirado a la heroína de Carlos Dickens, Lucie Manette de “Historia de dos ciudades” y cuando rodaban...

-Ssssss -les ordenó Zigman señalándoles la pantalla.

Todos volvieron a prestar atención a la película. La escena mostraba un trozo de pergamino en blanco mientras la mano de Sharon, empuñando una pluma de ave, empezaba a escribir y la voz del conde le iba explicando lentamente la clave a utilizar.

La escena terminó medio minuto más tarde.

-!Dios mío, con lo fácil que era! -exclamó Nellie pulsando el timbre-. Patrick -dijo a través del interfono-, detenga la proyección y retroceda a la escena en la que el conde le indica a Giséle la forma de descifrar la clave y vuélvala a pasar.

La película de la pantalla retrocedió, se detuvo y volvió a rodar.

-Muy bien, ya lo tenemos -anunció Culpepper-. Dígale que puede detener la proyección y encender las luces.

Se detuvo la proyección de la película y se encendieron las luces.

Culpepper se levantó rápidamente del diván y se dirigió a Trigg y Neuman.

Se agachó y le entregó a Trigg el bolígrafo y el cuaderno amarillo.

Le pidió a Neuman la fotocopia de la segunda nota de rescate y la sostuvo al lado del cuaderno mientras Nellie y Zigman se acercaban a toda prisa.

-Muy bien -dijo Culpepper levantando la voz-, ésta es la clave que nos permitirá descifrar la nota de la señorita Fields.

Sabemos que la utilización del segundo nombre de "Lucie" significa que en la nota se oculta un mensaje secreto.

El número de letras de este segundo nombre -Lucie tiene cinco-significa que el mensaje cifrado empieza en la quinta frase.

Después se toma la primera letra de todas las palabras de cada una de las frases.

Estas primeras letras juntas constituyen el mensaje.

Cuando, al final, se llega a una frase las primeras letras de cuyas palabras no significan nada, ello quiere decir que el mensaje ha terminado. ¿Entendido?

-Entendido -repitió Trigg.

Con el bolígrafo en la mano, empezó a leer la nota de rescate de Sharon-.

Muy bien, “Querido Félix” no cuenta porque no es una frase, ¿verdad?

-Verdad -dijo Culpepper.

-Por consiguiente, empezamos con la primera frase, “Estas son las instrucciones finales que deberás seguir exactamente si quieres volverme a ver”.

Esta la pasamos. Después la segunda, la tercera y la cuarta.

“El día de la entrega será el viernes, 4 de julio.

Toma la autopista de la Costa del Pacífico en dirección norte, gira al paseo Topanga Canyon, sigue por Topanga hasta que llegues a la calle Fernwood Pacific donde girarás a la izquierda y avanzarás unos diez minutos hasta que veas la entrada del Templo del Fuego de la Luna, entonces sigues avanzando unos tres kilómetros hasta que veas una gran roca de piedra arenisca llamada Fortress Rock a la izquierda de la carretera.

Enfila el camino del costado sur de la Fortress Rock, avanza a pie unos 20 pasos y deposita las dos maletas detrás de la roca de tal forma que no puedan verse desde la carretera (procurando hacerlo entre las doce del mediodía y la una) y abandona el lugar inmediatamente”.

Muy bien, con estas tres frases se completan las cuatro. Ahora la clave tendría que empezar con la quinta, ¿no es cierto?

-Exactamente -repuso Culpepper asintiendo enérgicamente con la cabeza-. A partir de la quinta frase anotas la primera letra de cada palabra de la frase y de todas las palabras de las frases siguientes hasta que la cosa deja de tener significado.

-Tomó la nota de rescate y dijo-: Muy bien, voy a leértela lentamente a partir de la quinta frase y tú anotarás la primera letra de cada palabra. ¿Preparado?

-Adelante.

Culpepper empezó a leer.

-“Aparta”, anota A, “realmente”, anota R, “los”, anota L, “impedimentos”, anota I, “no”, anota N,, “ganes”, anota G, “tiempo”, anota T, “ordenando noticias”, anota O y N.

Fin de la frase.

-Se inclinó hacia delante mirando el cuaderno-.

¿Qué dicen estas letras? Trigg le mostró el cuaderno en el que podía leerse “Arlington”.

-¿Arlington? -preguntó Culpepper-. Bueno, prosigamos y no perdamos el tiempo. -Leyó la siguiente frase de la nota de rescate-. “Así ganarás un adelanto”. -Ladeó la cabeza-. ¿Qué dicen estas letras? Trigg le mostró el cuaderno. Decía “Agua”.

-Muy bien, la siguiente frase. “Mi oportunidad nacerá totalmente este sábado”. Fin de la frase. ¿Qué palabra forman estas letras?

-“Montes”.

-Montes, ¿eh? Muy bien. La siguiente. “Procura que no se entere ni la policía ni la prensa”. ¿Eso qué dice?

-pqnsenlpnlp.

Culpepper soltó un silbido.

-Carece de significado. Creo que el mensaje ya ha terminado.

Está incluido en las frases quinta, sexta y séptima. Dame el cuaderno. Vamos a ver a qué se reduce todo el mensaje. -Estudió cuidadosamente las tres palabras: “Arlington, agua, montes”-. Arlington, agua, montes -repitió en voz alta rascándose la cabeza pensativo-.

Arlington, Arlington... oiga, Neuman, ¿el sargento López no ha nacido en una ciudad que se llama algo así?

-Pues, sí -contestó el sargento Neuman-. López nació en el condado de Riverside y existe una ciudad llamada Arlington que ahora pertenece al municipio de Riverside.

-Claro, claro, qué tonto soy, si la he pasado cientos de veces yendo por la autopista. -Le hizo un gesto a Trigg-. Wilson, dile al sargento López que entre... no, espera, lo había olvidado, le he enviado a entregar las copias de las notas de rescate al FBI.

Mira, vete a uno de los coches patrulla de ahí afuera y tráeme un mapa detallado del sur de California.

Mientras Trigg abandonaba la estancia a toda prisa, Culpepper volvió a leer el mensaje cifrado.

-Agua, montes -repitió en voz alta-. ¡Montes claro! Arlington está rodeada de montañas. ¡Claro que sí! Por aquellos montes hay unos lugares muy poco accesibles, es lógico que la escondieran allí. Pero agua, ¿qué habrá querido decir con eso de agua?

-Supongo que ha pretendido señalarnos el lugar exacto en que se encuentra -dijo el sargento Neuman-.

Intenta decirnos que se encuentra cerca o en todo caso no muy lejos de un río, estanque o lago. Algo donde haya agua.

-Sí. Pero, ¿dónde demonios está Trigg con el mapa? Trigg entró en aquellos momentos en la estancia, desdobló el mapa y se arrodilló para extenderlo sobre el pavimento de la sala de proyecciones mientras Nellie y Zigman lo observaban todo asustados y en silencio.

Culpepper y Neuman se agacharon al lado del mapa.

El lápiz de Culpepper se convirtió en un puntero.

Arlington está aquí. ¿Y estas Gavilán Hills que se encuentran a unos quince kilómetros al sur? Agua... Dios mío, en mi vida he visto tanta agua.

Hasta en el mismo centro de Riverside hay un laguito, el lago Evans. Vamos a ver. Volvamos a estos montes.

Aquí está la presa Mockingbird pero se encuentra demasiado cerca de la ciudad. ¿Y el lago Mathews? -Miró a los demás-También es una presa. ¿Llamarían ustedes "agua" a una presa?

-Yo, sí -dijo Trigg.

-Muy bien. Esos dos están un poco lejos, el lago Perris y el lago Elsinore. -Miró perplejo a los demás-. ¿Qué les parece?

El sargento Neuman posó en el suelo el cuaderno amarillo y señaló las palabras del mensaje: “Arlington, agua, montes”.

-Creo que intenta decirnos que se encuentra en las colinas no lejos de una extensión de agua cercana a la ciudad de Arlington.

-Muy bien -dijo Culpepper mostrándose de acuerdo-, eso ya limita más las cosas.

Si lo interpretamos bien, ello significaría que se encuentra por estos montes en proximidad de la presa Mockingbird o más probablemente del lago Mathews. -Culpepper soltó el lápiz y se puso en pie-.

Nos basta para poder actuar. Neuman, póngase en contacto con las oficinas del sheriff de Riverside y dígales que nos preparen un cuartel general de urgencia en algún lugar de Arlington.

Dígales que desplacen allí a la mayor brevedad posible su unidad móvil. No tenemos ni un minuto que perder.

Trigg, ponte en comunicación con el jefe superior y ordena que se traslade a Arlington todo el equipo de urgencia. Yo pediré ahora mismo por teléfono dos o tres helicópteros para trasladarnos allí. En su atolondramiento, se había olvidado de Nellie y Zigman pero ahora se percató de la presencia y de los temores de éstos.

Procuró tranquilizarles con una sonrisa pero no lo consiguió.

-No sé qué decirles -les dijo-. Dentro de media hora estaremos recorriendo todo Arlington, todos aquellos montes y todos los lagos.

Esta chica es muy lista y valiente y nos ha dado la posibilidad de que la salvemos. -Tragó saliva-. No sé si podremos hacerlo.

Pero podemos intentarlo, es lo único que puedo decirles, podemos intentarlo.

A punto de marcharse, Culpepper se volvió hacia Nellie Wright y esta vez consiguió esbozar una leve sonrisa.

-Esta película que hemos estado viendo, algún día me gustaría ver el final. Quisiera saber si logró sus propósitos.

***E***n el mismo centro de la zona comercial de Arlington, en medio del aparcamiento vacío de la tienda de muebles McMahan, se había instalado la unidad móvil del “sheriff” del condado con todo su equipo de operaciones.

En el interior del moderno vehículo, el capitán Chester Culpepper se encontraba de pie frente a toda una serie de planchas de corcho fijadas a las paredes.

Sobre cada plancha había un mapa geológico de los Estados Unidos a escala 1:24,000 con la topografía detallada de distintos sectores montañosos de las cercanías de Arlington y de otras zonas del condado de Riverside.

En cada mapa se especificaban las distintas categorías de carreteras con distintos colores y símbolos según se tratara de carreteras para vehículos pesados, medianos o ligeros o bien de caminos no asfaltados.

El capitán Culpepper estaba estudiando con todo detalle estas carreteras. En determinado momento le dijo en voz baja al teniente Trigg:

-Como es natural, es posible que llegaran con su vehículo a su lugar de destino sin utilizar carretera alguna.

El teniente Wilson Trigg se hallaba inclinado sobre el escritorio de la unidad móvil en ausencia del “sheriff” de Riverside, Bruce Varney, que dirigía las operaciones exteriores.

Trigg aparecía rodeado del más moderno y sofisticado equipo de comunicaciones y laboratorio que imaginar se pueda.

Aparte los tres teléfonos que había encima del escritorio, disponía de una radio que le ponía en comunicación con los coches patrulla y de las otras cinco radios que había en el vehículo. A su lado había un teletipo portátil y detrás un aparato de "videotape".

En aquellos momentos Trigg estaba examinando una serie de papeles en los que figuraban los informes de los investigadores y patrulleros que rastreaban las principales carreteras de las inmediaciones de las Gavilán Hills y los resultados obtenidos tras mostrarles a los rancheros y propietarios de la zona las fotografías multicopiadas de Howard Yost.

-No estoy seguro de que se parezca mucho -les había dicho Culpepper a los jefes de equipo de emergencia y al “sheriff” Varney de Riverside al distribuir las impresiones en blanco y negro-. Esta fotografía le fue sacada hace tres años para el carnet de conducir.

No hemos podido conseguir ninguna otra de su mujer. Esta ha sufrido un ataque y han tenido que administrarle sedantes. Pero su secretaria nos ha dicho que solía ir bien afeitado y que llevaba el cabello corto.

Nuestras pruebas de laboratorio indican que probablemente llevaba un poblado bigote postizo y unas patillas largas postizas.

Nuestros dibujantes se han encargado de pintarle bigote y patillas.

Las pruebas han demostrado también que se había teñido el cabello de un color más oscuro que el suyo. No sé si estas fotografías servirán de gran cosa pero muéstrenlas por si alguien le reconoce.

Es lo mejor que podemos hacer. Ahora, a juzgar por la expresión del rostro del teniente Trigg, resultaba evidente que ningún ranchero ni habitante de las zonas más pobladas de las colinas había visto a nadie que se pareciera a Howard Yost en el transcurso de las dos semanas últimas.

Sentados discretamente en dos sillas plegables colocadas en el interior del remolque, ambos al borde del agotamiento, Félix Zigman, mascando un puro sin encender, y Nellie Wright, haciendo distraídamente trizas un pañuelo Kleenex, observaban a Trigg y a Culpepper en cuyos rostros se observaban signos evidentes de desaliento.

El descubrimiento de la clave de la nota de rescate de Sharon y la pista general acerca de su posible paradero habían ejercido en Félix Zigman y Nellie Wright el fugaz efecto de una inyección de adrenalina.

La rapidez con que se había organizado la operación conjunta de los distintos centros policiales les había inducido a abrigar nuevas esperanzas en relación con la posibilidad de que Sharon Fields pudiera ser encontrada con vida antes de que fuera demasiado tarde.

Aturdidos por la velocidad de la operación, ambos habían perdido la noción del tiempo.

Una hora antes o tal vez menos el helicóptero más grande del Departamento de Policía de Los ángeles, un Bell Jet Ranger A-4, había tomado tierra en la propiedad Fields. Era un helicóptero de los que se utilizan en operaciones de emergencia, capaces de albergar a cinco personas, incluido el piloto.

Zigman y Nellie habían subido a bordo del mismo en compañía de Culpepper, Trigg y Neuman, les habían seguido en dos helicópteros Bell 47-B más pequeños.

En constante comunicación con el Departamento de Policía de Los ángeles y la oficina del “sheriff” del condado de Riverside, el gran helicóptero había realizado el vuelo desde Bel Air hasta el mismo corazón de Arlington en cuarenta minutos y sus pasajeros habían desembarcado en el aparcamiento de la avenida Magnolia cuyo tráfico estaba siendo controlado por oficiales motorizados.

Varios oficiales de la policía acordonaban la zona para impedir el paso a los mirones.

Zigman y Nellie habían seguido al rápido Culpepper y a sus ayudantes a través del aparcamiento bloqueado del que habían sido apartados los automóviles de los compradores y en el que ahora se encontraba el enorme remolque.

Se encomendaron misiones a los ayudantes del “sheriff” de Riverside y a varios oficiales del Departamento de Policía de Los Angeles y empezaron a llegar automóviles con hombres clave del equipo especializado de emergencia reunido por Culpepper.

Se habían congregado también gran número de coches patrulla blanco y negros del “sheriff” de Riverside con los emblemas de la campana de misión pintados en los laterales. Se rogó a los representantes de la prensa, radio y televisión que utilizaran una tienda sin ocupar que había al otro lado de la calle en calidad de sala de información.

Se comunicó bruscamente a éstos las escasas noticias que se conocían y se les indicó que no recibirían más detalles hasta que se produjera un resultado definitivo y pudiera anunciarse oficialmente alguna cosa en uno u otro sentido.

-En uno u otro sentido -había murmurado Zigman por lo bajo pensando que ello significaba Sharon viva o Sharon muerta (o no hallada).

Diez minutos antes, al recibirse informes negativos de los helicópteros de patrulla Bell 47-G que sobrevolaban la zona y de los patrulleros que estaban recorriendo las cercanas colinas, el capitán Culpepper decidió concentrar todos sus esfuerzos en una investigación más localizada.

-¿Han transcurrido dieciséis días desde su desaparición, no es cierto? -les preguntó a Zigman y a Nellie Wright.

-Esta mañana se han cumplido los dieciséis días -le confirmó Zigman.

-Muy bien -dijo Culpepper llamando al sargento Neuman desde la entrada del remolque.



Librodot

-Sargento, hasta ahora no hemos obtenido ningún resultado positivo. Como no encontremos inmediatamente una pista, estaremos perdidos.

Hasta ahora no hemos podido descubrir nada en estas malditas colinas. Si los secuestradores de la señorita Fields la han mantenido prisionera en algún lugar aislado durante tanto tiempo -dieciséis días son muchos-es lógico pensar que se les agotaran algunos suministros, por ejemplo, alimentos perecederos.

Cabe la posibilidad que uno de ellos haya bajado un par de veces a Arlington para surtirse de provisiones. Me parece lógico que así haya sido.

-Creo que merece la pena investigarlo -repuso, Neuman.

-Sí, eso estaba pensado. Que todos los hombres que no estén cumpliendo otras misiones se dediquen a recorrer la zona comercial de Arlington. Que nuestros oficiales les muestren la fotografía de Howard Yost a todos los tenderos y dependientes de Arlington.

Que se les pregunte también acerca de todos los forasteros que puedan recordar, sobre todo si les comentaron que venían de las montañas o les vieron nerviosos e inquietos. Ya sabe usted el procedimiento.

No disponemos de muchas alternativas, por consiguiente, que no se diga que no le damos a Arlington una oportunidad. Ya habían transcurrido diez minutos sin llegar a ningún resultado positivo. El capitán Culpepper se apartó de los mapas con aire sombrío.

-Hay demasiadas carreteras y caminos que conducen a estas zonas aisladas.

Quedan después bruscamente interrumpidos y no hay más que arbustos, zonas desiertas, árboles y precipicios.

Tardaríamos muchos días en explotar todos los kilómetros cuadrados de las Gavilán Hills aunque redujéramos la búsqueda a las zonas cercanas a los dos lagos.

Willie, ¿se ha conseguido algún resultado que merezca la pena con los helicópteros o las entrevistas que se están realizando por las colinas?

-Un par de falsas alarmas -repuso Trigg con aire abatido-. Nada concreto. Ni el menor indicio.

-Voy a salir fuera a fumarme un pitillo.

A medida que pasaban los minutos, Zigman y Nellie Wright se iban sumiendo en una desesperación cada vez más honda. Después, poco a poco, empezó a desarrollarse una mayor actividad en el interior del remolque.

Culpepper entró con dos investigadores. Habían estado recorriendo toda la zona comercial de Arlington. Habían estado en un comercio de antigüedades, en una tienda de muebles, en una tienda de óptica, en un taller de reparaciones de televisores, en una academia de karate, en un comercio de granos y piensos, en dos barberías y en otros establecimientos.

-¿Qué es esta nota de la barbería? -preguntó Culpepper.

-Creíamos haber descubierto una pista -repuso uno de los investigadores-. El dueño de la barbería ha dicho que hace tres días vino un joven muy nervioso que quiso que le arreglaran la barba.

Dijo que quería estar guapo porque había conocido a una chica preciosa. No conocía la zona y, por consiguiente, debía tratarse de un forastero.

Nos han facilitado la descripción, seguido su pista pero hemos fracasado. En Riverside ya le tenían fichado.

Le detuvieron poco después de haber abandonado la barbería por conducir un vehículo robado en estado de embriaguez. Resultó que estaba cumpliendo el servicio.

Vino la policía militar y se lo llevó. Lo lamento.

Zigman y Nellie se dedicaron después a observar el ir y venir de los numerosos investigadores y oficiales de policía que acudían para comunicar el resultado de sus misiones.

Las fotografías de Yost no habían conducido a ninguna pista y, en relación con los forasteros, en Arlington solían detenerse muchos automovilistas para efectuar compras y regresar posteriormente a la autopista.

Ningún tendero había observado en sus clientes la menor señal sospechosa.

El sargento Neuman ya estaba de vuelta.

-He decidido estirar también un poco las piernas -les dijo a Culpepper y Trigg-. Pero me temo que no he averiguado nada. -Consultó el cuaderno de notas-. Vamos a ver.

Tras haber abandonado el aparcamiento. Equipos Estereofónicos Wizard's. La fotografía de Yost les recordó a alguien. Un tipo parecido a él estuvo en la tienda hace cosa de un mes.

Estuvo mirando las listas de artículos rebajados. He pedido el nombre del cliente. Es un guarda forestal que tenía el día libre. Nada.

El Banco de Seguridad del Pacífico. He perdido mucho tiempo y nada.

Y oigan esto. Madame Cole -una costurera-ha resultado ser la casa de putas de la localidad. -Al percatarse de la presencia de Nellie, tragó saliva y murmuró-: Perdón, señorita.

-¿Algo más? -le preguntó. Culpepper.

-En las Especialidades Alimenticias Tawber's una chispa.

Un tipo gordo de aspecto adinerado -dejó aparcado en la calle un Buick nuevo-, un tipo que jamás habían visto aunque no se parecía a este Yost, dijo que quería caviar para llevárselo a una actriz que aquella noche la había invitado a cenar.

En Tawber's sólo tenían dos latitas -no es corriente que les pidan caviar-y él las adquirió y pagó con un cheque. Le recuerdan porque resultó ser un cheque sin fondos.

En cualquier caso, le detuvieron por intentar pagar con otro cheque sin fondos en Wyoming y en estos momentos se encuentra en la cárcel de Laramie, por consiguiente la chispa no nos ha proporcionado ninguna luz.

-Bueno -dijo Culpepper leyendo por encima, del hombro de Trigg los informes de las explotaciones aéreas-, creo que seguimos estando en un callejón sin salida.

El sargento Neuman había llegado a la última página de sus notas.

-La última visita la he efectuado a la Droguería y Farmacia Arlington de la esquina.

El propietario, Ezra Middleton, había salido a una entrega, pero a la dependienta la fotografía de Yost no le ha recordado a nadie. En cuanto a los forasteros o algún hecho insólito que hubiera podido ocurrir, sólo recuerda un incidente que se produjo la semana pasada.

Bueno, ella no se encargó de atender al cliente, pero Middleton se lo contó cuando entró a trabajar.

Un cliente de aspecto acaudalado le pidió un perfume francés -no puedo pronunciar el nombre-que ellos no tienen, y unas pastillas de menta importada que se llaman... que se llaman Altoid y que tampoco tenían, y Middleton le dijo a la dependienta que encargara estos artículos. Después vino una mujer de mediana edad que...

-Un momento. -La interrupción procedía de Nellie Wright que se había levantado y se estaba acercando a los dos policías.

Mantenía el ceño fruncido-. No estaba escuchando pero, ¿ha dicho usted que alguien pidió unas pastillas de menta importadas?

-Pues, sí -repuso Neuman confuso-. Altoid. En mi vida las había oído nombrar. ¿Usted sí?

-Ya lo creo. Se las compro siempre a Sharon. Las importan de Inglaterra y vienen en unas cajas de hojalata rojiblanca. No es fácil encontrarlas, por eso me extraña. ¿Y dice que pidieron un perfume francés?

-Sí -repuso Neuman asintiendo-. Lo he anotado pero no puedo pronunciarlo es...

-¿Es Cabochard de Madame Grés? -preguntó Nellie rápidamente.

-¡Exacto! ¿Cómo lo sabe?

-Porque es el perfume preferido de Sharon. -Se dirigió al capitán Culpepper-. Creo que estoy exagerando un poco. Debe haber miles de mujeres que usan Cabochard y a las que gustan estas pastillas de menta para después de las comidas.

-¿En Arlington, California? -preguntó Culpepper animándose súbitamente-. No, eso no es nada corriente.

No irá usted a creer que es lógico que pidiera ambas cosas un mismo cliente en una localidad tan pequeña como Arlington, ¿verdad?

-Desde luego que no -repuso Nellie mirando a Zigman que ahora se estaba acercando a ella.

-¿Le ha dicho alguna otra cosa la señora de la farmacia? -le preguntó Culpepper a Neuman.

-No tengo anotado nada más. Me parece que no le hice demasiadas preguntas porque pensé que no merecía la pena.

Culpepper se bajó rápidamente las mangas de la camisa y se abrochó los puños.

-Tal vez no tenga importancia pero tal vez la tenga. En momentos así, cualquier cosa merece la pena. Sargento, ¿dice usted que se lo han referido de oídas? Quiero decir si la dependienta que le ha facilitado la información se la oyó contar a su patrón.

-Sí, señor. Su patrón, el señor Middleton, fue el que atendió al cliente.

Se le espera de un momento a otro pero he pensado que no merecía la pena esperarle.

-Pues, vamos a ver si merece o no la pena esperarle -dijo Culpepper dirigiéndose con el sargento Neuman hacia la portezuela del remolque-. Acompáñeme a esta farmacia. -Después gritó por encima del hombro-: Señorita Wright, señor Zigman será mejor que vengan. Tal vez les necesitemos.

Cinco minutos después, acompañados por el sargento Neuman, abandonaron el sofocante calor de las calles de Arlington y entraron en la pequeña y desordenada farmacia con aire acondicionado.

Junto al mostrador de la caja registradora, un hombre calvo y panzudo de hombros encorvados -debía tener cerca de setenta años-y una nariz y barbilla muy puntiaguda, estaba envolviendo un paquete y chismorreando con una oronda mujer de aspecto porcino.

El capitán Culpepper se dirigió a él sin esperar.

-¿El señor Middleton? El propietario siguió envolviendo sin levantar los ojos.

-En seguida estoy con usted.

-Lamento no poder esperar -dijo Culpepper abriendo la cartera y mostrándole la placa a Middleton-. Policía. Tengo que hacerles algunas preguntas. Es urgente.

Middleton le prestó inmediatamente atención.

-La policía. Claro. He oído decir que ha ocurrido algo en la calle -Estiró el cuello en dirección a la trastienda-. ¡Señorita Schamberg! ¿Quiere venir a terminarle de envolver el paquete a la señora Czarnecki? ¡Tengo visita oficial!



Librodot

Momentos más tarde la señorita Schwnberg sustituyó a su patrón junto al mostrador, y Middleton acompañó al capitán Culpepper a la trastienda lejos del alcance del oído de cualquier cliente curioso.

-¿En qué puedo ayudarle? -preguntó Middleton.

-No estoy muy seguro de que pueda ayudarme -repuso Culpepper indicándoles a Neuman, Zigman y Nellie que se acercaran-.

Tal vez se haya usted enterado de que se ha producido un importante delito.

-Acabo de saber que han secuestrado a Sharon Fields. No podía dar crédito a mis oídos. En qué tiempos vivimos. La próxima vez va a ser el presidente.

Sí, lo he oído por radio. Y he sabido que uno de los secuestradores ha muerto al intentar recoger el dinero del rescate. Yo digo que le ha estado bien empleado.

-Oh, no -dijo Nellie mirando a Zigman angustiada.

-Me temo que ya se sabe -dijo Zigman sacudiendo la cabeza-. Ya lo sabe todo el mundo.

Culpepper no les prestó atención y se concentró en el propietario de la tienda.

-Señor Middleton estamos trabajando en este caso y buscamos desesperadamente una pista que pueda ayudarnos. Tenemos fundadas sospechas de que los secuestradores se encuentran por esta zona.

-¿Por esta zona? Vaya, ahora comprendo todo el jaleo.

-Sí, y creemos que es posible que uno de los sospechosos acudiera a Arlington a efectuar algunas compras.

Hemos estado interrogando a distintos propietarios de establecimientos de esta ciudad. El sargento Neuman ha venido aquí hace cosa de media hora. Usted no estaba y ha hablado con la señorita Schomberg.

Ha sabido que un forastero aparentemente rico vino aquí un día de las dos últimas semanas, efectuó algunas compras y pidió varios artículos que eran bueno, que no eran muy corrientes, puesto que usted no los tenía y ordenó encargarlos.

-Me extrañó un poco tratándose de una ciudad como ésta -dijo Middleton moviendo la cabeza-.

Pero nos gusta servir bien a los clientes y los anoté para que la señorita Schomberg los encargara.

Y ahora, poco antes de entrar ustedes, la señorita Schomberg me estaba diciendo que había venido un investigador a hacerle unas preguntas y he echado un vistazo a la lista de encargos. Creo que la tengo en el bolsillo. -Se metió una nudosa mano en el bolsillo de la blanca bata de farmacéutico y sacó la hoja de papel-. Aquí está.

-El caballero que compró -dijo Culpepper-, pidió el perfume Cabochard de Madame Grés, ¿verdad?

-Lo tengo aquí anotado.

-Y también pastillas de menta de importación Altoid. ¿Es eso?

-También -repuso Middleton complacido. -¿Tiene anotada alguna otra cosa?

El propietario de la droguería y farmacia siguió leyendo la lista.

-Sí, señor. Otra cosa. Largos. Dijo que eran unos cigarrillos como...

Nellie se adelantó excitada.

-¡Largos! -exclamó-. ¡La marca de Sharon! Hace muchos años que los fuma. No puede ser coincidencia.



Librodot

-Ya veremos -dijo Culpepper levantando una mano y volviendo a dirigirse a Middleton-. ¿Alguna otra cosa?

-Me temo que no -repuso Midleton doblando la hoja-. Estoy intentando recordar. Quería no sé qué publicación. Jamás había oído nombrarla. No me acuerdo.

-¿"Variety"? -le preguntó Zigman.

-Lo lamento, no puedo acordarme -dijo Middleton sacudiendo la cabeza-. Lo siento mucho. -Súbitamente, su rostro compungido se iluminó con una sonrisa-. Recuerdo que compró otra cosa.

Quería uno de esos bikinis tan reducidos. Y yo le digo: "¿De qué talla?" Y él dice: "La talla no la sé, pero conozco sus medidas fundamentales". Y me las indicó y eran de las que hasta a un viejo impresionan -dijo riéndose.

-¿Qué medidas eran? -preguntó Culpepper.

-Yo diría que poco corriente. Eran noventa y cinco, sesenta y dos, noventa y tres.

Culpepper miró a Nellie que había empezado a brincar de excitación.

-¡Son las suyas! -exclamó ésta muy orgullosa-. ¡Noventa y cinco, sesenta y dos, noventa y tres! ¡Son las de Sharon!

-Muy bien -dijo Culpepper sin inmutarse y mirando al anciano propietario de la tienda-.¿Cuándo estuvo aquí este cliente?

-A principios de semana. Debió ser el lunes o el martes.

-¿Cree usted que podría reconocerle si viera su fotografía?

-Es posible. Tal vez sí. Viene tanta gente pero, si no me equivoco, era un hombre corpulento, amable y cordial, hizo algunos comentarios jocosos.

-Sargento Neuman, muéstrele la fotografía.

Neuman le mostró al propietario la fotografía de Yost. Middleton la examinó vacilando.

-Pues, no sé.

-Es una fotografía antigua. Pensamos que ahora llevaba bigote y tal vez el cabello un poco más largo. El bigote que ve aquí se lo han pintado.

-Tengo idea de haberle visto. Tal vez fuera él. Me parece que llevaba gafas ahumadas de esas grandes, por consiguiente, es un poco difícil recordarle la cara. Pero era una cara ancha y la cabeza era así.

-¿Está usted seguro de que puede identificarle?

-No podría jurárselo sobre la santa Biblia pero, tal como le digo, me parece que le he visto. -Le devolvió la fotografía a Neuman-. Tal como le digo, aquí entra y sale mucha gente todo el día y no puedo recordar a todo el mundo.

-¿Le dijo de dónde venía o a dónde iba?

-No recuerdo.

Culpepper le dirigió a Neuman una mirada de cansancio.

-Bueno, me parece que de aquí no pasamos. -Le dirigió al propietario de la farmacia una amable sonrisa-. Gracias por su... ah, otra pregunta si no le importa. ¿Iba solo este hombre?

-Aquí en la tienda entró solo -repuso Middleton-. Pero, cuando salimos, vi que le recogía un amigo.

Culpepper se animó de improviso.

-¿Un amigo, dice usted? ¿Y había salido usted a la calle? ¿Vio al amigo?

-No muy bien. El tipo se encontraba sentado detrás del volante del cacharro de ir por las dunas. No le vi muy bien y, además, no había ningún motivo para que le prestara atención.



Librodot

-Cacharro de ir por las dunas -repitió Culpepper-¿Iban en uno de esos cacharros?

Middleton se lo confirmó entusiasmado.

-Eso sí lo recuerdo muy bien porque me enteré de algo que no sabía y que hoy mismo he querido comprobar.

-Me gustaría que me lo contara, señor Middleton -dijo Culpepper haciéndole un gesto a Neuman para indicarle que deseaba que tomara notas-. ¿De qué se enteró usted?

-No tiene importancia pero se trataba de una cosa que no sabía y por eso me quedó grabada en la memoria.

Este hombre de quien estamos hablando, el que efectuó estas compras, me pagó y me dijo que tenía prisa porque pasarían a recogerle. Y salió corriendo. Pero entonces observé que se había dejado el cambio sobre el mostrador. No recuerdo la cantidad.

-No importa -dijo Culpepper impaciente.

-Bueno, no quería que pensara que le habíamos estafado pero pensé que ya se habría ido. Sin embargo, al levantar la vista, vi que había vuelto a entrar en la tienda para recoger otro paquete que había dejado junto a la puerta.

Le llamé pero no me oyó porque ya había salido a la calle. Entonces recogí el dinero y salí tras él para entregárselo.

Y le encontré colocando los paquetes en el cacharro. Le entregué el cambio antes de que subiera y él me dio las gracias. Entonces me fijé en el cacharro porque yo había tenido uno en mi rancho.

-¿Y qué tenía de insólito el vehículo?

-Yo no diría tanto. Todos ofrecen distintos aspectos pero son iguales, no sé si me explico; éste me parece que tenía como una especie de toldo para protegerse del sol. Pero eso no fue lo que me llamó la atención.

Mire, lo malo de estos cacharros -lo descubrí en el mío hasta que al final me desprendí de él por este motivo-es que pueden usarse por terreno escabroso, por las montañas y en el rancho, pero en la ciudad no sirven porque el asfalto se les come los neumáticos.

Lo cual significa que tienes que disponer de dos coches, un cacharro para el campo y un automóvil distinto para la ciudad, cosa que muy poca gente puede permitirse.

Y yo le hice una advertencia a aquel hombre y le dije que no utilizara el cacharro para ir por la ciudad porque le estropearía los neumáticos nuevos que llevaba.

Y entonces él me dijo una cosa que yo no sabía, es decir, que ahora han sacado unos neumáticos para todo terreno que pueden utilizarse tanto en terreno escabroso como sobre asfalto.

Miré los neumáticos para ver cómo eran por si me decidía a comprar otro cacharro.

Los neumáticos eran de marca Cooper Sixties y decidí hacer averiguaciones al respecto.

-¿Las hizo usted?

-Hoy precisamente. Me he encontrado al joven Conroy en el bar -es el propietario de la tienda de accesorios de automóvil que hay aquí abajo-y le he preguntado si conocía la marca Cooper Sixties y él me ha dicho que sí, que hoy en día había muchas marcas de neumáticos de doble uso pero que él recomendaba especialmente el neumático Cooper Sixty Paso Rápido.

Ha dicho que resultaba tan adecuado para el campo como para la ciudad. Es un neumático muy ancho -creo que ha dicho que es el más ancho que se fabrica-que sirve también para circular por las calles, y tiene una cara de nueve surcos para aumentar la atracción sobre la tierra o la arena.

-¿No le parecen muchos surcos?



Librodot

-Bueno, hay algunas que también los tienen pero no es corriente. En cierto modo todos son distintos.

Este Cooper Sixty del cacharro tenía una línea en zig-zag.

-¿Eran nuevos los neumáticos?

-Completamente nuevos. Eran estupendos.

-¿Habló usted de algo más con el cliente o con el conductor?

-No recuerdo. Salieron a la Avenida Magnolia y se alejaron.

-¿Qué dirección tomaron?

-Subieron por Magnolia y giraron a la derecha al llegar a la siguiente bocacalle -repuso Middleton señalándole la dirección con la mano-. Tomaron ese camino.

-¿Les hubiera llevado este camino a las Gavilán Hills?

-Si hubieran girado de nuevo a la derecha para salir a Van Buren, sí.

-Muchas gracias, señor Middleton. Nos ha ayudado usted mucho.

Una vez en la calle, el capitán Culpepper apenas pudo disimular su alivio.

-El primer resultado positivo que obtenemos desde que hemos descifrado la clave -les dijo a Nellie y a Zigman.

-Ahora ya sabe que hay más de uno -dijo Zigman.

-Y la dirección que tomaron -añadió Nellie-. Eso es muy útil, ¿verdad?

-Todo es útil. Pero lo más importante es la marca de los neumáticos que llevaban. Es un dato que nos facilitará mucho el trabajo. -Se volvió hacia el sargento Neuman-. Ya sabe lo que tiene que hacer, sargento, ¿no es cierto? Vaya a esta tienda de Conroy o a cualquier otra de por aquí y saque una fotografía muy clara de la configuración de los surcos del neumático Cooper Sixty Paso Rápido.

Sáquela de un neumático auténtico que esté a la venta o pida que le entreguen una fotografía de catálogo.

Mande que la amplíen y que se hagan copias. Distribúyalas por todos los coches patrulla que estén recorriendo estas malditas colinas. Dígales que no presten atención a ninguna carretera asfaltada.

Que se limiten a todos los caminos sin asfaltar que encuentren. Sólo caminos sin asfaltar. Ya ha oído que el viejo ha dicho un cacharro de ir por las dunas.

Eso significa que utilizaron un camino sin asfaltar y que se encuentran ocultos en una zona de terreno muy escabroso. Quiero que se examinen todos los caminos poco transitados en busca de huellas que puedan parecerse a las del Cooper Sixty de nueve surcos.

Los oficiales utilizarán las fotografías como punto de referencia. Y dígales que se trata de neumáticos nuevos y que las huellas tienen que ser muy claras. Si encontramos huellas, serán fácilmente identificables.

Si tropiezan con alguna huella que se parezca a la del Cooper Sixty, que la fotografíen y que hagan vaciados en yeso para estar seguros. Después lo compararemos todo con un neumático nuevo.

En marcha antes de que anochezca.

Neuman salió rápidamente en dirección al cuartel general provisional de la policía instalado en el aparcamiento de la tienda de muebles.

Culpepper miró a Zigman y a Nellie Wgriht con los labios fruncidos.

-Ustedes quieren saber si hay esperanzas -les dijo.

-Ahora hay más posibilidades, ¿verdad? -le preguntó Zigman.

-Mire -contestó Culpepper respirando hondo-. Hasta ahora no había ninguna.

Nuestros helicópteros no han descubierto nada desde el aire, ni una sola cosa que pueda parecerse a un escondite habitable. Es natural. Los sospechosos no se hubieran ocultado en un lugar fácilmente visible desde arriba.

En cuanto a nuestro equipo de tierra, las entrevistas que han mantenido con los habitantes de la zona no han podido descubrir ninguna pista.

Pero aquí, en Arlington, hemos descubierto un hilo de esperanza. Muy escasa, deben comprenderlo.

-¿Escasa hasta qué extremo, capitán? -preguntó Nellie ansiosamente.

-¿Quiere saber cuántas probabilidades tenemos? Dígame cuántos caminos sin asfaltar hay por todos estos kilómetros de monte.

Súmelos y éstas son las probabilidades que tenemos de encontrar el camino que nos conduzca hasta la señorita Fields antes de que sea demasiado tarde.

Mientras se dirigía con Nellie Wright y con Zigman al remolque, el capitán Culpepper intentó animarles y consolarles un poco.

-Bueno -dijo-, por lo menos ahora tenemos algunas probabilidades sobre las que apostar. Antes no teníamos ninguna.

Pero, a partir de ahora; bueno ahora, cualesquiera que sean las posibilidades, por lo menos podemos apostar.

En el salón de Más a Tierra, tras haber salido Shively en busca de Leo Brunner, Adam Malone se dedicó a mirar el noticiario especial de Sky Hubbard que había pasado a sustituir la programación habitual.

En realidad, no se había añadido ningún otro detalle a la noticia en exclusiva, según la cual la famosa actriz cinematográfica Sharon Fields se encontraba en poder de unos secuestradores y la policía había intervenido en el caso.

A los equipos móviles de televisión que se habían trasladado a la mansión que la actriz poseía en Bel Air, se les había impedido la entrada pero, filmando a través de los barrotes de la verja de hierro forjado, habían conseguido captar las constantes entradas y salidas de los vehículos blanco y negros de la policía.

Otro equipo de televisión enviado a los estudios de la Aurora Films habían encontrado los estudios cerrados por ser día festivo, habiendo averiguado que Justin Rhodes, el productor de Sharon, no se encontraba en la ciudad.

Tales fracasos habían inducido al equipo de producción de Sky Hubbard a preparar un programa retrospectivo dedicado a la fabulosa vida y carrera de Sharon Fields.

La preocupación inicial de Malone en relación con la divulgación de la noticia del secuestro, se había ido atenuando progresivamente tras contemplar éste en la pantalla distintos fragmentos de famosas películas de Sharon.

A pesar de que dichos fragmentos le resultaban muy conocidos, se distrajo volviendo a vivir el pasado de Sharon y el suyo propio.

Después, en el transcurso de un anuncio, comprendió sobrecogido -era ridículo que casi lo hubiera olvidado-que el objeto de su adoración se encontraba bajo aquel mismo techo a una habitación de distancia.

Puesto que no parecía que fueran a facilitar nuevas noticias, Malone apagó el televisor, salió al Pasillo, abrió la puerta del dormitorio de Sharon y entró.

Ella se encontraba sentada junto a la mesa del tocador, vestida con el atuendo de la blusa y la falda que llevaba cuando la habían secuestrado hacía dieciséis días.

Se estaba mirando al espejo antes de aplicarse el maquillaje. Le saludó con una sonrisa forzada.

-No es por vanidad. Me quería arreglar un poco para estar más presentable cuando nos digamos adiós. -Vaciló-. Será esta noche, ¿verdad?

-Esta noche o mañana a primera hora.

-Bueno. ¿Ya habéis recogido el dinero del rescate?

-Creo que sí. Nuestro mensajero está al llegar. Estás muy guapa, Sharon.

-Gracias. Y tú también. ¿No vas a besarme?

Se inclinó para besarla y ella le rodeó con sus brazos sin querer soltarle. Tenía los labios húmedos y suaves y su lengua jugueteó con la suya hasta excitarle.

-¿Quieres hacerme el amor? -le preguntó en un susurro-. Quizá sea la última vez.

El lo hubiera deseado con toda el alma, pero los acontecimientos que habían tenido lugar aquella tarde le impedían hacerlo.

Sabía que era mejor estar a mano cuando regresaran Yost y Shively.

-Quisiera hacerlo pero en estos momentos será mejor que no.

-¿Por qué? ¿Ocurre algo? -preguntó ella soltándole-. Te veo preocupado.

-¿Has encendido el televisor?

-Sólo esta mañana.

-Se ha sabido. La noticia de que has sido; bueno, de que se te echa en falta y estás prisionera y hay de por medio un rescate.

A Malone la reacción de Sharon se le antojó extraña porque, de momento, pareció que se le iluminaba el rostro, pero tal vez él hubiera estado en un error porque a los pocos segundos la vio levantarse preocupada y asustada.

-¿Cómo es posible que haya ocurrido? -preguntó-Zigman no se lo habrá dicho a nadie.

-No lo sé, de veras que no lo sé. No han facilitado detalles, sólo la noticia del llamado secuestro y la noticia de que la policía interviene en el caso.

-¡Qué horrible! Es lo que menos hubiera deseado. ¿Están muy enojados los demás? Tienen que comprender que yo no he podido ser responsable. ¿No me lo van a reprochar?

-No, Sharon, no, no te preocupes. Ya te he dicho que, cuando tengamos el dinero -eso ocurrirá de un momento a otro-decidiremos el mejor momento de soltarte. Lo más probable es que sea esta noche. Será mejor que te prepares.

-No tengo nada que llevarme. A excepción de tus libros, claro.

Sharon le acompañó a la puerta, le dio un prolongado beso y, al final, él la dejó, cerró la puerta y regresó al salón.

Ahora, diez o quince minutos más tarde, tras haberse preparado un bocadillo de queso y carne, a pesar de que no tenía demasiado apetito, Malone se encontraba de nuevo en el salón.

Iba a encender el televisor cuando le distrajo la presencia de Shively que había cruzado el patio y estaba subiendo los peldaños del porche.

Shively venía con la camisa chorreando sudor y, al entrar en el salón, se la empezó a desabrochar y se la quitó.

Vio a Malone, hizo una mueca y sacudió la cabeza.

-El muy hijo de puta -murmuró-, el muy cochino hijo de puta de Brunner; te digo que estoy furioso.

-¿Qué quieres decir? ¿Es que...?

-El muy cobarde se ha largado. Le he buscado y he llegado hasta el claro donde tenemos escondido el cacharro.



Librodot

Le he buscado por todas partes. No hay ni rastro. No sé cómo se las ha arreglado. No es posible que se me haya adelantado tanto. Y, además, soy más fuerte y rápido que él.

-Tal vez te ha visto y se ha ocultado.

-Tal vez. Pero hemos tenido suerte. Ha dejado el cacharro. Aún estaba allí. Temía que se hubiera llevado las llaves y se hubiera largado con él.

Claro que, cuando Howie regrese, no nos hará falta. -Shively parecía preocupado-. ¿Dónde demonios estará? Ojalá ya hubiera regresado con la pasta para que pudiéramos largarnos.

-Está al llegar.

-No sé por qué tarda tanto. Será el tráfico, supongo. Bueno, espero que llegue pronto cargado con las dos maletas.

Pero el muy cochino de Brunner va a plantearnos dificultades.

Santo cielo, espero que mantenga la boca cerrada y se esconda en algún sitio.

-Estoy seguro de que lo hará por su propio bien.

-Pero, aunque él mantenga la boca cerrada, no estoy seguro de que haga lo mismo ésta que tenemos ahí encerrada.

-Lo hará, Shiv, tranquilízate. Sé que podemos confiar en ella. Se alegrará tanto de recuperar la libertad que ni siquiera querrá volverá a pensar en nosotros.

-Ojalá pudiera estar tan seguro como tú -dijo Shively con expresión sombría-. Creo que, una vez la hayamos soltado, será conveniente que vayamos a casa de Brunner y nos encarguemos de meterles a él y a su señora en un tren o un avión que les lleve lo más lejos posible, a Montana o a Maine o algún sitio de ésos.

-Ya hablaremos cuando vuelva Howie.

-Muy bien. Oye, ¿han dicho alguna otra cosa en la televisión?

-No. Al parecer, ni la policía ni los medios de comunicación saben ninguna otra cosa. No hacen más que repetir la misma noticia una y otra vez.

-Bueno, menos mal que podemos alegrarnos de algo. Creo que esta caminata me ha abierto el apetito. Este bocadillo que tienes me sentaría muy bien. ¿Qué es?

-Queso y carne -repuso Malone ofreciéndoselo-. Termínatelo. Yo sólo he tomado un bocado. No me apetece comer.

-¿Estás seguro? Muy bien -dijo Shively aceptándolo e hincándole el diente.

Mientras masticaba, miró a Malone-.

-¿Qué te sucede, muchacho? ¿Estás nervioso?

-No. Tal vez un poco inquieto porque ya quisiera irme ahora que casi todo ha terminado. Nada más.

-Cálmate. Pronto nos iremos con la pasta. -Se lamió los resecos labios-. Tengo sed. Creo que voy a prepararme un trago y después miraré un rato la televisión.

-Muy bien. ¿Te importa sustituirme un rato? Me apetece dar un paseo y moverme un poco. Voy a tomar el aire y a estirar las piernas. Tal vez me tropiece con Howie.

Shively se detuvo junto a la puerta del comedor y le guiñó el ojo.

-Vete, muchacho. Pero no vayáis a olvidaros tú y Howie de volver. Un tercio del dinero me pertenece.

-¿Un tercio? ¿Y Leo?

-¿Estás loco, muchacho? él ya está fuera. Ha renunciado a su parte. Lo único que le regalaremos será el precio del viaje para que se largue de Los Angeles.

-Lo que tú quieras -dijo Malone encogiéndose de hombros.



Librodot

Abandonó el refugio, cruzó el bosquecillo de robles y empezó a ascender por el camino que, desde el valle, conducía a la cumbre de la colina.

Una vez en la cumbre, empezó a recorrer la hermosa meseta y se dirigió a toda prisa hacia el camino que rodeaba el Mount Jalpan.

A Shively no le había revelado el auténtico motivo de su paseo. No quería hacer ejercicio sino buscar a Leo Brunner.

El viejo le daba lástima. Brunner era un buen hombre en el fondo, muy honrado y serio, y el pánico y el temor que se habían apoderado de él al enterarse de que se había divulgado la noticia del secuestro eran muy comprensibles.

A medida que envejecen, las personas se van haciendo cada vez más conservadoras. Y, además, temen también cometer cualquier delito susceptible de ser castigado por la ley.

Impulsivamente, Brunner había querido librarse de cualquier responsabilidad en relación con el Club de los Admiradores.

Malone consideraba que era necesario encontrar a Brunner y razonar con éste. Consideraba también que él era el único que podía tranquilizar a Brunner y hacerle comprender que al único que tenía que temer era a sí mismo, citando la frase de un gran presidente.

Malone estaba seguro de que Shively.

hubiera podido dar fácilmente alcance a Brunner y hablar con éste si Brunner hubiera querido que Shively le hablara.

Pero no cabía duda de que a Brunner no le gustaba Shively, le temía y probablemente ya no quería tener más tratos con él.

Lo más probable era que Brunner hubiera descubierto desde algún punto ventajoso de observación que Shively había salido en su busca y se hubiera ocultado y hubiera permanecido en su escondite hasta ver que Shively se daba por vencido y regresaba al refugio.

Tras lo cual, lo más probable era que Brunner hubiera reanudado su marcha por la montaña en dirección al lago Mathews, donde seguramente esperaba que le recogiera algún automovilista que le trasladara a Riverside, para desde allí tomar un autobús en dirección a Los ángeles.

Al llegar al camino de montaña, Malone decidió aligerar el paso para poder dar alcance al viejo.

A pesar de su afirmación en el sentido de que se mantenía en forma gracias a la alimentación sana y al ejercicio, Brunner tenía la desventaja de la edad.

Era una caminata agotadora incluso para alguien tan joven como Malone, y a éste no le cabía la menor duda de que Brunner tendría que detenerse de vez en cuando para recuperar el resuello.

Malone estaba convencido de que, una vez encontrara al viejo, podría convencerle a regresar al refugio hasta aquella noche, de tal manera que pudieran preparar sus planes con más cuidado y marcharse todos juntos tal como habían venido.

Un aliciente: recordarle a Brunner que, si regresaba, podría beneficiarse de la parte del millón de dólares que le correspondiera.

Además, era necesario convencer a Brunner de la necesidad de obedecer la orden de Shively en el sentido de esfumarse durante algún tiempo de la ciudad.

Malone consideraba innecesaria dicha precaución porque creía firmemente que Sharon no delataría a Brunner, pero había que tranquilizar a Shively para que éste no volviera a traer a colación la horrenda alternativa.

Mientras avanzaba mirando a ambos lados del camino en un intento de encontrar al viejo, Malone empezó a ensayar los argumentos que utilizaría con vistas a tranquilizar a Brunner y conseguir regresar con éste a Más a Tierra.

Además, estaba deseando contarle a Brunner los detalles del caso de Armand Peltzer, el ingeniero de Amberes, famoso en los anales de las auténticas huidas criminales por haber urdido uno de los más ingeniosos proyectos de la historia con vistas a la perpetración de un asesinato.

Para eliminar al marido de la mujer que amaba, Peltzer se sirvió de su hermano. Siguiendo las indicaciones de Peltzer, el hermano cambió de aspecto, atuendo e identidad, fingió ser otra persona, concertó con la futura víctima un encuentro de negocios y le asesinó.

Tras lo cual, el hermano se libró de su ficticia identidad. El crimen había sido cometido por una persona que no existía. La policía no podía buscar a nadie.

Precioso. Ascendiendo dificultosamente por la montaña, Malone iba pensando alborozado en este caso.

Pues, bien, el caso Peltzer sería el modelo del plan que había urdido en relación con Brunner. Le hablaría a Brunner del enigma de Leon Peltzer.

Le aconsejaría a Brunner que le dijera a su esposa que era sospechoso de haber cometido una estafa y tenía que ocultarse hasta que se apresara al verdadero culpable.

Era necesario que Brunner obtuviera la colaboración de su mujer. Después, adoptando un disfraz, sometiéndose incluso a una operación de cirugía estética, adoptando un nuevo nombre tal como había hecho el hermano de Peltzer, yéndose a vivir a otra casa e iniciando un nuevo tipo de negocios, Brunner podría permanecer tranquilamente en Los Angeles y seguir en contacto con su esposa.

Y un día, dentro de uno o dos años, una vez se hubiera olvidado por completo el asunto del secuestro de Sharon Fields, Brunner podría recuperar su antigua identidad.

Era absolutamente necesario que le expusiera a Brunner aquella idea. Sabía que lograría convencer a Brunner y tranquilizar a Shively y a Yost.

Tras resfrescar la memoria en relación con el caso Peltzer y elaborar la adaptación del mismo a las circunstancias de Brunner, Malone recuperó el buen humor. Entonces se percató de que había llegado a un lugar que le era conocido.

A su izquierda había un precipicio y a su derecha el bosquecillo en cuyo claro se encontraba oculto el cacharro.

Malone se detuvo para respirar un poco, confiando en que ya no estaría muy lejos de Brunner y le podría dar alcance en cuestión de minutos.

La confianza de Malone se basaba en que, a diferencia de lo que había ocurrido en el caso de Shively, a quien Brunner había esquivado, él sería bien recibido por parte del fugitivo.

Brunner sabía que Malone era su aliado y amigo y le constaba que siempre se había puesto de su parte. A punto de reanudar su camino, Malone experimentó una súbita punzada de preocupación.

Shively le había indicado que el cacharro se encontraba en su sitio y que Brunner no se había largado con él. Y, sin embargo, si la teoría de Malone no fallaba, Brunner se había ocultado algo más atrás, permitiendo que Shively pasara por su lado y comprobara que el vehículo estaba en su sitio, y esperando a que Shively se diera por vencido y regresara al refugio.

Si la teoría era cierta, tal vez Brunner, emprendiendo de nuevo su huida, hubiera llegado momentos antes hasta el lugar en que se encontraba el cacharro huyendo con éste.

En tal caso, resultaría imposible darle alcance yendo a pie, y Malone tendría que abandonar su búsqueda. Para asegurarse de que el cacharro estuviera todavía en su sitio, Malone dio la vuelta y se adentró en el bosquecillo de árboles y arbustos.

Una vez en él, avanzando entre el follaje, pudo ver claramente el achaparrado vehículo bajo su camuflaje de ramas en el mismo lugar en que Yost y Shively lo habían dejado. Malone iba a marcharse aliviado cuando algo le llamó la atención.

En cierta ocasión había estudiado las habilidades de los exploradores y rastreadores indios, y todavía recordaba aquello que siempre buscaban los perspicaces ojos de éstos.

Podía descubrirse si alguien había pasado por un lugar antes que tú, aunque no hubiera dejado huellas, si encontrabas alguna roca o piedra removida.

Si ésta llevara removida algún tiempo, el sol habría secado la humedad de su parte inferior.

Si la acababan de remover, no habría tiempo de que el sol la hubiera secado y la roca aparecería todavía húmeda. Y allí al otro lado, entre los arbustos, Malone pudo distinguir claramente varias piedras que habían sido removidas.

Estaban húmedas. Qué curioso, pensó Malone adentrándose en el bosquecillo. ¿Quién habría estado allí? Tal vez Shively buscando a Brunner. Tal vez el propio Brunner. O -se estremecía al pensarlo-otra persona, un desconocido, un intruso.

Malone se dirigió rápidamente hacia el lugar, cuya tierra había sido hollada recientemente.

Se arrodilló para tocar las húmedas piedras y, al hacerlo, sus ojos se posaron en un espectáculo inesperado.

Las suelas de unos zapatos. Avanzando a gatas y arañándose los brazos con las zarzas, Malone llegó hasta los zapatos, observó que estaban llenos y jadeó dando un respingo. Se puso en pie sin atreverse a mirar y, al final, se esforzó por hacerlo. Separó los arbustos y descubrió inmediatamente el cuerpo.

Era ni más ni menos que Leo Brunner, grotescamente tendido boca abajo sobre la tierra. Se observaba un horrible agujero en la espalda de su chaqueta, un agujero del que seguía brotando lentamente la sangre que ya formaba un oscuro círculo congelado alrededor de la herida mortal.

Malone avanzó tropezando como en sueños y se arrodilló para averiguar si su amigo estaba con vida. Giró la rígida cabeza hacia sí y vio los ojos ciegos con los globos levantados hacia arriba, la helada boca abierta y la inmovilidad de la muerte.

Malone dejó escapar un sollozo, retrocedió, se puso rápidamente en pie y abandonó a toda prisa el bosquecillo en dirección al claro. Leo Brunner había sido alcanzado a sangre fría por un disparo en la espalda, le habían matado, asesinado.

Temblando a pesar del calor, el primer instinto que afloró en Malone fue el de conservación, el de hacer lo que Brunner había intentado hacer, es decir, huir, escapar, dejar a sus espaldas para siempre aquella insensata escena. Pero le impidió hacerlo el recuerdo de Sharon a la que había dejado encerrada bajo llave en su dormitorio del refugio, el recuerdo de sus húmedos labios y de su absoluta confianza en él.

Aquella muchacha a la que amaba tomo jamás había amado a ninguna, había depositado su supervivencia enteramente en sus manos, y él había jurado protegerla y encargarse de que fuera puesta sana y salva en libertad. Pensó en ella, sola en el refugio con el monstruo.

Dirigió una vez más la mirada hacia cl bosquecillo y se estremeció. Aquella pesadilla era auténtica y él la estaba viviendo.

Pero tal vez lograra alejarla. Aunque estaba aturdido y sabía que era un cobarde, no tenía más remedio que regresar a Más a Tierra.



Librodot

Dio la espalda al camino, que conducía a Arlington y a la civilización y volvió lentamente sobre sus pasos emprendiendo con piernas temblorosas el regreso al escondite.

Dado que la oficina del “sheriff” del condado de Riverside tenía jurisdicción sobre la zona de las Gavilán Hills, y dado que muchos de sus patrulleros estaban familiarizados con la zona montañosa que rodeaba la presa Mockingbird y el lago Mathews, el capitán Culpepper accedió a que el “sheriff” Varney, de Riverside, se encargara de llevar a la práctica lo que ahora se le antojaba la última esperanza de hallar con vida a la víctima del secuestro.

Poniendo inmediatamente manos a la obra, el “sheriff” Varney reunió gran número de coches patrullas y ordenó que acudieran a Arlington, a la mayor brevedad posible, todos los vehículos de reserva que pudieran encontrarse.

Sin perder el tiempo en preámbulos, el capitán Culpepper informó a los oficiales y patrulleros acerca de la única y más reciente pista de que disponían, y Varney distribuyó entre ellos copias ampliadas de las fotografías del neumático de nueve surcos Cooper Sixty Paso Rápido, supuestamente análogo a los neumáticos nuevos del cacharro de ir por las dunas utilizado por los presuntos secuestradores.

Armada con aquellas huellas digitales del vehículo, la flota de vehículos del “sheriff”, con su luz roja y su luz ámbar y la sirena instalada en la capota, con su teléfono-radio y su escopeta ajustada a un soporte del pavimento, se distribuyó por las Gavilán Hills en busca de huellas de neumáticos idénticas a las de la fotografía.

Ahora que ya había empezado a ponerse el sol y la luz del día estaba muriendo, el vehículo de patrulla número 34 del departamento del “sheriff” de Riverside se encontraba detenido en el interior del rancho McCarthy con el “sheriff” adjunto Foley al volante, mientras su compañero, el investigador Roebuck, regresaba al vehículo sosteniendo la fotografía en la mano.

Roebuck ascendió al automóvil sumido en el desaliento.

-Había algunas huellas de neumáticos; unas se parecían a las de un jeep y otras a una camioneta de reparto Chevrolet, pero ninguna se parecía a los surcos de este Cooper Sixty.

-Bueno, ¿y ahora qué? -preguntó el “sheriff” adjunto Foley sin poder disimular su cansancio.

Llevaban mucho rato deteniéndose a inspeccionar todos los caminos sin asfaltar, veredas y senderos de la zona sur del lago Mathews, y el único resultado de sus investigaciones eran sus doloridos músculos y espaldas.

-Creo que podríamos seguir un poco mientras haya luz -repuso Roebuck-. Nos han ordenado recorrer toda la zona desde la confluencia con el Temescal Canyon donde empezamos.

-Pues, adelante -dijo Foley poniendo en marcha el vehículo y cruzando el rancho McCarthy-.

Yo solía venir mucho por aquí, pero ahora ya he olvidado dónde están los caminos.

-Me parece que hay uno que pasa por la Camp Peter Rock.

-Ah, si -dijo Foley recordándolo-. Aquella choza junto al miembro indio de piedra. Recuerdo que una vez, en mi época de adiestramiento, salía con una chiquita, y una noche me la llevé allí para hacerle el amor y comprobar si la estatua conseguía estimularla.

-¿La estimuló?

-Sí, pero tras haber visto la roca, al verme a mí se desilusionó. -Ambos se echaron a reír y Foley añadió-: ¿Sabes una cosa? Pensándolo bien, aquella chica se parecía un poco a Sharon Fields.

-No hay nadie que se parezca a Sharon Fields -dijo Roebuck sacudiendo la cabeza en gesto de duda-. El Señor la hizo perfecta.

Me enfurezco al pensar que algún sinvergüenza haya podido atreverse a ponerle las manos encima. Imagínate, secuestrar a Sharon Fields. Imagínate.

-Cuesta de imaginar.

-Daría cualquier cosa por encontrar a estos sinvergüenzas. Te aseguro que les llenaría el vientre de plomo.

Aminora, Foley, hay un camino que se dirige a Camp Peter Rock.

Será mejor que me dejes echar un vistazo a la carretera antes de que gires.

Una vez más, el investigador Roebuck descendió del automóvil para examinar el terreno y regresó desilusionado.

El tráfico de aquella zona había sido demasiado intenso y no se podía distinguir ninguna huella.

Ahora, tras hallar enfilado el camino, pudieron ver en la hoyada que había a la izquierda del camino la roca fálica india de metro ochenta de altura.

-Camp Peter Rock -anunció Roebuck-. Detente un momento y déjame echar un vistazo.

El "sheriff" adjunto, Foley dejó el motor en marcha, mientras su compañero inspeccionaba el camino sin asfaltar.

Roebuck regresó una vez más desanimado.

Foley esperaba al volante.

-¿Y ahora qué? ¿Sigo adelante o regreso hacia el Temescal Canyon? El investigador Roebuck se mordió el labio inferior y miró hacia el frente.

-Jamás he pasado por este camino. ¿Qué hay más adelante?

-No lo sé. No parece que tenga que haber gran cosa. Una zona desértica con el Mount Jalpan a la derecha.

-Bueno, mira, por si acaso, sigamos durante cinco o diez minutos antes de que anochezca.

-Como quieras.

El coche patrulla siguió avanzando durante seis o siete minutos, mientras los perspicaces ojos del investigador Roebuck contemplaban las cuestas que había ambos lados del camino.

Estaba mirando directamente hacia adelante cuando, por el rabillo del ojo vio algo que le indujo a dar unas palmadas al brazo de su compañero.

-Un momento, Foley. Retrocede unos diez o quince metros. Creo que hemos pasado un camino secundario sin asfaltar.

-Yo no he visto nada -dijo Foley poniendo marcha atrás y retrocediendo lentamente.

-Párate -le dijo el investigador Roebuck señalándole hacia la izquierda.

Casi oculto por el denso follaje de los arbustos que había a ambos lados, podía verse un estrecho y curvado camino sin asfaltar.

-¿Y a eso le llamas un camino? -le preguntó Foley con aire despectivo-. Por aquí no podría pasar un coche como el nuestro.

-Tal vez podría o tal vez no -dijo Roebruck abriendo la portezuela, Pero el caso es que no estamos buscando un camino por el que pueda pasar un coche como el nuestro. Estamos buscando un camino, cualquier camino, por el que pueda pasar un cacharro de ir por las dunas.

-Pierdes el tiempo.

-Déjame echar un vistazo de todos modos. No será más que un minuto.

El “sheriff” adjunto Foley se apoyó resignado sobre el volante y observó a su compañero avanzar lentamente por el camino, arrodillarse una vez para examinar el terreno, mirar la fotografía que sostenía en la mano y seguir recorriendo el camino hasta perderse de vista detrás de los frondosos arbustos.

Foley se quitó la gorra de policía, apoyó la cabeza sobre los nudillos de las manos y bostezó.

De repente, se sobresaltó al oír que le llamaban por su nombre. Se irguió, miró a través de la portezuela abierta y distinguió a Roebuck que le estaba haciendo señas llamándole.

Foley apagó inmediatamente el encendido, se guardó las llaves en el bolsillo y corrió hacia el oscuro camino. Bordeándolo ágilmente, pasó entre los arbustos y corrió hacia su compañero.

-¡Creo que hemos descubierto algo! -gritó Roebuck-. ¡Creo que ya lo tengo!

Cuando Foley estuvo junto a él, Roebuck hincó una rodilla en tierra y le señaló la fotografía que había dejado en el suelo.

Después le señaló unas huellas profundamente hundidas en la tierra. Correspondían a un neumático muy ancho.

-Echa un vistazo -le dijo emocionado-. A no ser que sea bizco, parece como si nuestra fotografía hubiera sido tomada de esta huella.

Fíjate en los surcos, cuéntalos, la forma, los bordes de la goma que no están gastados. Creo que son iguales.

Foley se arrodilló junto a su compañero. Sus ojos examinaron la huella del camino, se desplazaron después a la fotografía y volvieron a posarse en el camino.

-Dios Todopoderoso -dijo aterrado-, vaya si son iguales. Ambos hombres se levantaron y sus miradas se posaron simultáneamente en el empinado camino ascendente hasta que éste se perdía de vista detrás de la parte más baja de la ladera del Mount Jalpan.

-La deben tener prisionera en algún lugar de este monte -dijo el investigador Roebuck suavemente.

-Si. Hay mucho terreno aquí arriba. ¿Te parece que lo intentemos?

Roebuck apretó con firmeza el brazo de su compañero.

-No -repuso acompañándole al coche patrulla-. Tenemos la orden de comunicar inmediatamente por radio lo que sepamos a Varney y Culpepper que se encuentran en el cuartel general de Arlington. -Levantó los ojos al cielo-. Aún hay suficiente luz como para que los helicópteros sobrevuelen todas las cumbres y valles de esta montaña. Será el medio más rápido.

Y, según dicen, aquí lo que importa es ganar tiempo si es que queremos volver a ver alguna otra película de Sharon Fields. ¡Date prisa, tenemos que comunicar que sabemos dónde se encuentra!

Con los pies doloridos, asustado, rezando para que el regreso de Yost le permitiera disponer de un aliado, Adam Malone subió los peldaños de Más a Tierra esperando, contra toda esperanza, que no tuviera que enfrentarse con Kyle Shively.

Pero, al entrar en el vestíbulo, vio a Shively y vio que Shively le había visto.

Shively le dirigió inesperadamente una mirada enfurecida, se levantó y apagó el televisor.

Sin poder escapar a Shively, Malone se dirigió a regañadientes hacia el salón.

Shively se volvió inmediatamente con las facciones alteradas por la rabia y las manos cerradas tan fuertemente en puño que parecían exangues.



Librodot

Malone ya había visto a Shively enojado en otras ocasiones pero nunca le había visto en aquel estado. Presintiendo lo peor, Malone no esperó a que hablara su compañero.

-¿Qué sucede, Shiv? ¿Te ocurre algo?

-Howie Yost -repuso Shively con voz enronquecida-. No volverá.

-¿Qué estás diciendo?

-Lo acaban de decir en la televisión. Estos hijos de puta que trabajan para ella nos han traicionado con todas las de la ley. Nos han delatado a la policía. Han hablado. Le han tendido a Howie una emboscada y le han pillado en el momento en que recogía el botín.

Le han atrapado cuando se disponía a regresar a la camioneta. Los policías llegaron hasta allí en helicóptero. Le rodearon y acorralaron para apresarle vivo.

La habitación empezó a dar vueltas. Malone se agarró al respaldo de una silla.

-No, no es posible.

-Sí lo es -dijo Shively enfurecido mostrando la dentadura-. Pero no lo han conseguido. Hay que reconocerle a Howie este mérito; se ha pegado un tiro menos mal, se ha pegado un tiro para que no le apresaran. Eso nos salva. Hemos perdido el botín pero podremos salvar el pellejo.

El aturdido Malone no podía dar crédito a sus oídos.

-¿Howie "muerto"? ¿Estás seguro? No es posible.

Los amigos de Sharon no hubieran.

-Lo han hecho, maldita sea, ya te dije que lo harían. Acabo de verlo. En la televisión han mostrado imágenes aéreas de los policías que actuaban en Topanga.

Después han mostrado cómo sacaban las dos maletas marrones y el cuerpo de Howie en una camilla cubierta por una manta para su traslado a una ambulancia. Han entrevistado a un hijo de puta de uniforme que no ha querido revelar el nombre del muerto hasta que la noticia se comunicara a su familia, pero ha reconocido que era uno de los secuestradores implicados en el secuestro de Sharon Fields.

Y después ha salido otro y ha anunciado que el muerto era un agente de seguros de Encino llamado Howard Yost, y han dicho que la policía esperaba poder descubrir a sus cómplices, a los demás componentes de la banda de secuestradores.

Malone procuró sobreponerse, pero la habitación seguía dando vueltas a su alrededor.

-¿Qué nos ocurrirá?

-Nada, ni la menor cosa -contestó Shively secamente-. Saldremos con bien siempre y cuando Brunner o la chica no nos señalen con el dedo.

Malone se esforzó por centrar los ojos en la amargada y tensa figura del tejano y tragó saliva.

-Brunner -dijo-. Sabes muy bien que Brunner no va a señalar a nadie con el dedo. He... -Malone no pudo contenerse por más tiempo-. Acabo de tropezarme con su cuerpo.

Si esperaba que Shively reaccionara, éste no lo hizo. Sin dar muestras de la menor emoción Shively le dijo:

-A veces hay que hacer ciertas cosas para protegerse. Si tú no miras por ti, ¿quién va a mirar?

Hubiera querido decirle a Shively muchas cosas pero ahora le parecía que todo carecía de importancia y la mayoría de ellas se le habían olvidado a causa del temor. Miró a Shively, y éste se le antojó un niño cruel y perverso que no podía evitar ser como era, y con el que no era posible razonar.

Malone se limitó a decirle débil e inútilmente:

-No debieras haberlo hecho, Shiv. No debieras haberle matado. Era inofensivo. No hubiera hecho daño ni a una mosca.

Pareció como si Shively no le hubiera escuchado, éste se dirigió a la silla que había frente al televisor y sacó algo que guardaba en el bolsillo de la chaqueta.

-En nuestras circunstancias -oyó que le decía-, no se pueden correr riesgos ni dejar en libertad a nadie que pueda señalarte con el dedo. Se volvió y Malone pudo ver entonces qué es lo que había sacado.

Sostenía en una mano una fea y pesada pistola, y con la otra estaba comprobando el cilindro.

Era el Colt Magnum 44, con las empuñaduras de nogal que Malone ya había visto en otra ocasión. La contemplación del arma indujo a Malone a adelantarse como hipnotizado hasta encontrarse casi cara a cara frente a Shively.

Malone apartó la mirada del arma y la posó en las endurecidas facciones del rostro de Shively.

-¿Qué estás haciendo, Shiv?

-Preparándome para asegurarme de que tú y yo estamos a salvo. Howie Yost se ha ido. A Brunner ya le hemos quitado de en medio. Ya no tenemos que preocuparnos por ellos. Entre nosotros y la libertad sólo se interpone la chica.

Malone le miró aterrado y sin poderlo creer. Sus más íntimos temores se estaban haciendo realidad.

-No, Shiv -dijo con voz temblorosa-. No, eso no. Es inocente. No ha hecho nada contra nosotros. No puedes, Shiv.

-Puedo y voy a hacerlo -repuso Shively perversamente-porque ella y su gente pueden hacer muchas cosas contra nosotros. Pueden crucificarnos.

Este hijo de puta de Zigman nos ha traicionado. Nos ha metido en un buen lío. Es el único responsable, él es quien ha antepuesto el dinero a su vida.

Ha quebrantado su promesa y ha sido el responsable de la muerte de Howie. Nos ha delatado. Pues, bueno, si él no ha cumplido su promesa, no tenemos nosotros por qué cumplir la nuestra. Le advertimos que, si nos delataba, la perdería.

-Tal vez no haya sido así -dijo Malone con voz suplicante.

-No me importa cómo haya sido. Yo sólo sé lo que ha ocurrido.

Y sé otra cosa.

Si su gente la encuentra con vida, los que van a morir seremos nosotros, no ella. Les conducirá directamente hasta la mujer de Brunner, que tal vez le oyera mencionar a Leo nuestros nombres en alguna ocasión. O tal vez conduzca a la policía directamente hasta nosotros.

Esta tía es probable que sepa más de lo que pensamos. No quiero correr ningún riesgo. Yo no quiero dejar mi vida en sus manos.

Apretó firmemente el arma y miró a Malone.

-No hay alternativa, muchacho, ¿acaso no lo comprendes? Lo hago también por ti.

Cuando haya muerto, todo eso será como si jamás hubiera ocurrido porque no habrá nadie que pueda decir que ocurrió.

Jamás tendremos que volver a preocuparnos. Podremos seguir viviendo. Todavía nos queda mucha vida por delante. Pero no podremos vivirla mientras esta perra esté viva y pueda señalarnos con el dedo.

Fue a adelantarse pero Malone extendió el brazo en un esfuerzo desesperado por impedirle el paso.

-No permitiré que la mates, Shiv. No puedes ejecutarla. No tenemos ningún derecho a quitarle la vida a nadie. Bastantes muertes ha habido ya.

-Apártate de mi camino.

-Shiv, sé razonable. Escúchame. Yo soy el responsable de toda esta situación. Yo me la inventé. Es mía.

Tú te uniste a mí por casualidad. Ya has conseguido bastante. No tienes derecho a hacer más. Yo soy responsable de la seguridad de Sharon Fields.

No puedes destruir lo que es mío. No te lo permitiré.

Mientras forcejeaba en un intento de impedir que Shively abandonara la estancia, notó súbitamente un objeto duro, comprimido contra sus costillas. Hizo una mueca y bajó la mirada.

Shively le estaba encañonando con la pistola y mantenía el índice apoyado sobre el gatillo.

-Muchacho, o estás de su lado o estás del mío. Dispongo de suficientes municiones como para despanzurrar a un oso.

Por consiguiente, decídete pronto si no quieres que tus restos se esparzan por toda esta habitación. Pórtate bien y no me des la lata si no quieres acabar igual que ella. -Miró despectivamente el brazo que Malone mantenía extendido y le ordenó-: Baja el brazo.

Malone notó la presión del arma contra sus costillas y bajó lentamente el brazo.

-Así está mejor, muchacho. Yo sé que puedes ser muy listo cuando el caso lo requiere.

Shively se adelantó unos pasos y después se detuvo. La expresión de crueldad de su rostro se desvaneció por unos momentos.

-Mira, muchacho, en momentos así no queda sitio para el sentimentalismo. Quien cuenta eres tú. El ejército me lo enseñó en el Vietnam y jamás he olvidado la lección.

Ahora yo entro allí y tú procura no pensar en ello. Vuelvo en seguida. Terminaré en menos de un segundo.

Ella ni siquiera se dará cuenta. Una bala y quedaremos libres.

Después la enterraremos, limpiaremos la casa, lo eliminaremos todo, incluidas las huellas digitales, nos dirigiremos al cacharro, nos largaremos de aquí y habrán terminado las vacaciones.

-Shiv, es una terrible equivocación. Por favor, no.

-Déjame hacer las cosas a mi modo. Tú no tienes nada que ver con eso. Te lo digo para que no sientas remordimiento. Del trabajo sucio me encargaré yo. ¿Por qué no vas a prepararte un buen trago?

Tras lo cual, Shively se volvió para dirigirse al corredor que conducía al dormitorio.

Malone se quedó clavado e inmovilizado donde estaba, como si, una vez más, se encontrara atrapado y perdido en las redes de un sueño.

Sharon Fields había estado viendo en la pantalla del televisor portátil -con el volumen muy bajo-el enjambre de policías uniformados del Topanga Canyon, había visto el traslado del cuerpo de Yost a la ambulancia y la desintegración de su última esperanza.

Era como si se encontrara junto a su propia tumba contemplando cómo bajaban su propio cadáver. Angustiada ante el inesperado sesgo que habían tomado los acontecimientos, estaba demasiado aturdida para poder imaginarse lo que había ocurrido.

Pero de una cosa estaba segura.

Félix y Nellie no podían haberla traicionado poniendo en peligro su vida y sacrificándola a aquel insensato y fallido intento de apresar vivo a uno de sus secuestradores.

Hubiera querido que Félix y Nellie recabaran la ayuda de la policía, claro, pero hubiera deseado que lo hicieran de una forma discreta e invisible para proteger su vida mientras no la encontraran.

Pero la policía había fracasado. Y todo el mundo lo sabía. Pensó en los tres supervivientes que había en las otras habitaciones de la casa. ¿Qué estarían haciendo? ¿Se habrían enterado? Mantenía una vez más la incrédula mirada pegada a la pantalla de televisión.

Mientras se esforzaba por escuchar los apenas audibles comentarios, en un intento de aferrarse a algo que pudiera resucitar su esperanza librándola de la sensación de sentencia inminente que estaba experimentando, escuchó un segundo sonido que poco a poco sustituyó al de la televisión y la distrajo.

Se esforzó por averiguar el origen del segundo sonido y lo descubrió intuitivamente. Alguien se estaba acercando a su puerta.

Las pisadas se iban acercando y resultaban tan siniestras y aterradoras como la primera noche en que las había oído antes de ser violada. Extendió la mano hacia el botón del aparato. Lo giró rápidamente a la izquierda y se borró la imagen de la pantalla.

Estaban abriendo la puerta y corriendo el pestillo. Indiferencia, indiferencia, como si no supiera nada de lo ocurrido.

Fue a sentarse rápidamente en la silla del tocador, buscó un cosmético cualquiera, encontró la barra de carmín y se la acercó temblorosa a los labios Se abrió la puerta y ella se volvió sonriendo con fingida sorpresa.

Shively estaba cruzando la estancia, y en aquellos momentos su asombro fue sincero y se mezcló con un temor que se esforzó por disimular, ya que, por primera vez, Shively no se había molestado en cerrar la puerta.

-Vaya, me estaba preguntando cuándo volverías -le dijo levantándose de la silla para saludarle, él se le estaba acercando sonriendo misteriosamente, con una mano metida en el bolsillo derecho del pantalón.

-Estás muy guapa, encanto -le dijo-. casi me había olvidado de lo guapa que eras.

Ella esperó pensando que iba a estrecharla entre sus brazos pero le vio detenerse a cosa de un metro y medio de distancia.

-¿Es que ni siquiera vas a besarme? -le preguntó.

-Te tengo preparada otra cosa -contestó él sin dejar de sonreír.

-¿De veras? -le preguntó ella aparentando coquetería-. ¿Podré adivinarlo?

-No sé. Tal vez sí. -La miró de arriba abajo-. Bueno, ya ha llegado el gran día. Voy a echarte de menos.

Ella se esforzó por averiguar si hablaba con sinceridad.

-Gracias. Y yo a ti también. -Vaciló-. Ya conoces la frase partir es morir un poco.

-Sí -dijo él mirándole la blusa con los ojos contraídos-. Lástima que todo haya terminado. -Hizo un gesto con la mano libre-. Estos pechos, no creo que vuelva a ver jamás otros iguales.

-En estos momentos son para ti si los quieres.

-Quítate la blusa, nena.

-Pues, claro.

Presa de la confusión, Sharon se desabrochó la blusa y se la quitó. Arrojándola al suelo, hizo ademán de desabrocharse el sujetador.

-¿Cómo es posible que lleves eso?

-Me estaba vistiendo para mi regreso a casa, él la contempló en silencio mientras se quitaba el sujetador y lo dejaba caer al suelo.

Después la vio erguirse y echar los hombros hacia atrás, permitiéndole posar los ojos en sus blancos pechos y en los generosos pezones pardo rojizos.

Sharon observó que se le movían los finos labios y le preguntó inmediatamente:

-¿Quieres que me lo quite todo? ¿Quieres que nos hagamos el amor?

La estaba mirando con ojos brillantes y su sonrisa se había trocado en una mueca.

-Me gustaría mucho, nena, pero ya no disponemos de tiempo. -Fijó la mirada en sus pechos desnudos-. Sólo quería echarles un último vistazo antes de irnos.

-¿Acaso habéis cobrado ya el rescate? -le preguntó ella desconcertada-. ¿Vamos a irnos ahora? .

-No vamos a irnos. Voy a irme yo. Tú te quedas. -Su sonrisa había desaparecido-. Sabes que no hemos cobrado el rescate. Sabes que no tenemos nada. Sabes que mi compañero ha muerto. Sabes que tu gente nos ha traicionado, ha intentado engañarnos y no ha cumplido la parte del trato que le correspondía.

-No lo creo -dijo ella jadeando y acercándose las manos al pecho-. ¿Cómo podría saberlo?

-Lo “sabes” pequeña perra. -Shively se desplazó de lado y apoyó la palma de la mano sobre el televisor-. Aún está caliente. Sabes todo lo que ha ocurrido. Y también sabes por qué estoy aquí.

-Yo no -empezó a decir ella retrocediendo.

-El trato era el dinero o tu vida -le dijo Shively lentamente-. No hay dinero, pues, muy bien, no hay vida.

-¿Qué estás diciendo? -empezó a decirle ella tartamudeando aterrorizada.

-Estoy diciendo que ojo por ojo. Justicia estoy diciendo. Por culpa tuya ha muerto Brunner. El viejo ha muerto.

Por culpa de los hijos de puta ricachones que trabajan para ti, Yost -sí, así se llamaba-, Yost ha muerto. Por consiguiente, sólo queda una persona que puede delatarnos y señalarnos con el dedo.

-No, te juro que no, yo no lo haré, te lo prometo, te lo juro. -dijo ella retrocediendo hacia la pared.

-No te esfuerces, -le dijo él despiadadamente-. Sabes que nos odias. Sabes que darías cualquier cosa con tal de echarnos el guante. Pero no te lo vamos a permitir, ¿comprendes?

Petrificada y sin poder hablar observó cómo extraía la mano del bolsillo. La mano que empuñaba un arma.

Levantando el arma en dirección a ella y acercando el índice al gatillo le dijo:

-Cierra los ojos. Ni siquiera te darás cuenta.

Ella, se comprimió contra la pared y se fue hundiendo lentamente hacia el suelo gimiendo y sin poder apartar la mirada del cañón metálico que la iba siguiendo, de aquel mortífero hocico que apuntaba contra su corazón.

Hubiera querido suplicarle, intentar explicarle, explicarle que no quería morir, que todavía no, ahora no, por favor.

En aquellos instantes la distrajo otro movimiento y sus ojos se desplazaron instintivamente hacia el mismo.

Detrás de su verdugo junto a la puerta, se encontraba el Soñador, Sharon ahogó un grito en la garganta en el momento en que la segunda e inesperada imagen se adelantaba con el brazo extendido blandiendo un largo cuchillo de cocina, como alguien que hubiera enloquecido.

Alertado por el movimiento de sus ojos, e inmediatamente consciente de que a su espalda estaba ocurriendo algo inesperado, Shively fue a volverse rápidamente dispuesto a utilizar el arma para defenderse.

En aquellos momentos, la hoja de acero descendió hundiéndose entre sus paletillas y desgarrándole la carne empujada hasta el fondo por la mano del Soñador. El arma de Shively se disparó contra el techo astillando una viga de madera. Sharon yacía tendida contra la pared, contemplando boquiabierta y sin dar crédito a sus ojos la escena que se estaba desarrollando ante su mirada como en cámara lenta.

Shively lanzó un grito estridente, abrió mucho los ojos, contrajo el rostro y abrió y cerró la boca al tiempo que la pistola se le escapaba de los dedos y caía ruidosamente al suelo.

Se adelantó tambaleándose y gruñendo y procurando arrancarse frenéticamente el cuchillo que le sobresalía de la espalda.

Después se desplomó lentamente de rodillas con los brazos colgantes y, al final, cayó de bruces.

Aterrada y fascinada, Sharon miró a Shively y después al Soñador, que permanecía de pie con la mano que había empuñado el cuchillo todavía en alto, y con una expresión como de incredulidad y repugnancia, incredulidad en relación con lo que había hecho y repugnancia a causa del espectáculo que tenía ante sus ojos.

Como un autómata empezó a retroceder y a experimentar involuntarios espasmos de vómito. Intentó vomitar pero no lo consiguió y entonces se cubrió la boca y después los ojos con las manos al ver que la sangre brotaba como un surtidor de la herida de la espalda de Shively.

Apretándose contra la pared y cubriéndose parcialmente los ojos, Sharon observó que la mano derecha de Shively serpeaba sobre el suelo.

Entonces se apartó las manos de los ojos y le miró estupefacta.

El animal yacía tendido frente a ella con la hoja del cuchillo sobresaliéndole de la espalda, con la cabeza ladeada y los ojos enrojecidos muy abiertos.

Le manaba de la boca un hilillo de sangre, pero lo más curioso era que estaba arrastrando la mano por el suelo.

Entonces Sharon comprendió la verdad. No había muerto. El animal aún vivía. Su fuerza resultaba increíble. Y sus dedos se estaban acercando a la pistola que sólo se encontraba a escasos centímetros de su mano.

Miró al Soñador que se encontraba al otro lado de la estancia, pero éste aún estaba luchando contra sus propias náuseas, presa de un incontenible acceso de tos.

Sharon comprendió instantáneamente que su vida estaba de nuevo en sus manos.

Quiso actuar, pero sus músculos estaban paralizados por el miedo y se negaban a obedecerle.

Volvió a mirar la mano de Shively que seguía serpeando y serpeando, a cinco centímetros, cuatro centímetros, tres centímetros del arma mortífera.

Se sobrepuso, se llenó de vida, se levantó del suelo y cruzó la estancia. Los dedos de Shively ya habían alcanzado a tocar la culata de la pistola pero, en aquellos momentos, ella se la apartó de la mano, de un puntapié y la envió contra la pared al lado de la mesa del tocador.

Aquel instintivo acto de defensa había sido un acto de recuperación.



Librodot

Sharon advirtió que la sangre abandonaba su cabeza y que se reducía el martilleo de su corazón permitiéndole recuperar el dominio de sí misma.

Corrió apresuradamente hacia la mesa del tocador, se agachó y recogió el arma. Sin prestar atención al pobre muchacho del otro lado de la estancia, se volvió y avanzó lentamente hacia el sangrante y apuñalado cuerpo de Shively tendido en el suelo.

Con el arma en la mano se quedó de pie junto a él contemplando al monstruo herido, viendo cómo se le escapaba la sangre por delante y por detrás manándole de la boca en un hilillo y escapándosele a borbotones de la espalda.

Introdujo la punta del pie debajo de su cuerpo, le levantó parcialmente y después se apoyó con todo su peso y le giró de lado; él levantó confuso las pupilas de sus desorbitados ojos y, al final, la distinguió y la enfocó con la mirada.

Ella le estaba sonriendo. Shively murmuraba como si quisiera decir algo y ella se inclinó ligeramente para poder entender sus palabras. Estaba dirigiéndole un ruego.

-Déjeme, déjeme, déjeme vivir -graznó.

Sharon esbozó una ancha sonrisa y se irguió.

-Dímelo otra vez, cerdo. Implórame la vida. Implora como yo lo hice. Implora como yo imploré; él se esforzó por articular algunas palabras.

-Déjame vivir, yo no quería, Por favor, no, no....

-¿Que no te deje sufrir? -le preguntó ella-.

No, no te dejaré sufrir. Te tendré más compasión de la que tú me tuviste. Acarició con el dedo el frío gatillo del revólver Colt.

Sin dejar de sonreír inclinó el cañón apuntándole a la cabeza y después le fue apuntando deliberadamente al pecho y al estómago hasta llegar a la bragadura.

Y se la encañonó con mano firme.

-Nooooo, -suplicó él. Pero su grito quedó ahogado por la ensordecedora explosión del disparo.

Silencio. La mitad del cuerpo la tenía desgarrada.

El cadáver, el suelo, todo estaba lleno de fragmentos de carne y huesos de Shively y del hedor de la muerte de su virilidad y su vida.

Ella se volvió, recogió pausadamente el sujetador y la blusa y, mirando al Soñador con el rabillo del ojo, posó la pistola sobre una silla.

Se puso tranquilamente el sujetador, se lo abrochó, se puso después la blusa abrochándosela también y, al final, recogió de nuevo el arma.

Observó que el Soñador se había recuperado, que había presenciado el “coup de grice” y la ejecución y que ahora ya estaba mirando con su rostro juvenil como envejecido.

Fue a acercarse a él, pero después se detuvo bruscamente y prestó atención. Se estaba escuchando un ruido, un ruido nuevo y conocido, el ruido de un helicóptero que se iba acercando cada vez más.

El Soñador lo escuchó también y apartó la mirada confuso, pero después volvió a posarla en Sharon.

Sharon comenzó a avanzar en dirección a él pero, al llegar a su lado, no se detuvo. Pasó de largo y cruzó la puerta por primera vez desde su cautiverio. Se detuvo brevemente para orientarse y después avanzó por el pasillo en dirección a la ventana.

Se detuvo junto a la misma y miró más allá del porche entre el bosquecillo y el arroyo.

Escuchó el repiqueteo cada vez más próximo del helicóptero y pudo distinguirlo a la grisácea luz del atardecer mientras descendía y se mantenía momentáneamente inmóvil.

Estaba claro que habían descubierto el emplazamiento del escondite ya que ahora el helicóptero estaba descendiendo rápidamente y sólo se encontraba a cosa de unos cien metros de distancia dirigiéndose hacia la zona llana que había al lado del bosquecillo.

Sin emocionarse lo más mínimo, Sharon observó que el helicóptero se disponía a aterrizar.

Adam, Malone se había quedado en el dormitorio, junto a la puerta, evitando mirar el cuerpo mutilado, castrado y sin vida de Shively, procurando recuperar la cordura y comprender el rápido sesgo que habían adquirido los acontecimientos de aquel día terrible y lo que él había hecho y lo que había hecho ella y lo que iba a ocurrirle.

Al final, cuando el rumor de las hélices del helicóptero le martilleó los tímpanos indicándole que todo estaba a punto de terminar, sacó fuerzas de flaqueza y abandonó el dormitorio.

La vio al fondo del pasillo junto a la ventana mirando tranquilamente a través de la misma.

Increíble, increíble. Experimentó el impulso de acercarse una vez más a ella. Avanzó lentamente, se detuvo a su lado y miró hacia el exterior.

El helicóptero blanco y azul estaba a punto de tomar tierra y Malone pudo distinguir las letras que aparecían pintadas en su fuselaje.

No le sorprendió que el helicóptero perteneciera al Departamento de Policía de Los Angeles.

Sabía que ya no disponía de tiempo. No podía irse a ningún sitio. No tenía la menor posibilidad de huida.

Además, aquél ya no era su país. Ella se había adueñado del territorio e impondría sus propias leyes.

Apartando la mirada de la ventana para contemplar por última vez su perfil, se sorprendió de que ella no estuviera mirando a sus salvadores sino a él.

Le estaba mirando con una fría y despectiva sonrisa de triunfo. Una sonrisa que revelaba algo que él no sabía. Había creído saberlo todo pero aquella sonrisa le estaba facilitando un dato que él desconocía.

Para Malone, se trató de un instante de descubrimiento de la verdad final. Sin los adornos de la fantasía, bajo la implacable luz de la realidad, le fue dado finalmente verla tal y como era.

Por primera vez la vio tal como era y no como él había querido que fuera. Vio claramente a Sharon Fields: una bruja tenaz y resistente.

Observó que sus labios se movían.

-Bueno, tú que eres tan aficionado al cine -le dijo-, ¿qué te parece? Le señaló el helicóptero.

Al final siempre acaban llegando los marinos, ¿verdad, hijito?

-Tú les has conducido hasta aquí, ¿verdad, Sharon? -le preguntó él sin dejar de mirarla.

-Eres más listo de lo que suponía.

-Tú me utilizaste para conseguir que los demás aceptaran la idea de pedir un rescate, ¿verdad?

-Muy listo.

-Mentiste al decir que me querías, ¿no es cierto? -Vaciló-. Tú no te quieres más que a ti misma, a ti y a nadie más y siempre te has querido, ¿no es cierto?

-Veo que estás a punto de doctorarte -repuso ella dirigiéndole una helada sonrisa-.

Te diré una cosa. He conocido a muchos hombres, estúpido, a muchísimos y jamás he conocido a ninguno que no fuera un cerdo. Tú incluido.

No fuiste más que uno de tantos. -Se detuvo-. Hace mucho tiempo que aprendí una cosa. Y es ésta: ¿Quién va a preocuparse por mí más que yo? Sharon Fields se apartó de la ventana y después se acercó de nuevo a ella.

El helicóptero acababa de aterrizar. La hélice había dejado de girar. Estaban abriendo la portezuela.

Vio a un oficial de policía con uniforme caqui agachado y dispuesto a saltar. Sharon Fields se apartó de la ventana.

-Hola y adiós, atontado -dijo encaminándose hacia la puerta principal.

La abrió, salió al porche y saludó con la mano al policía que estaba descendiendo del helicóptero.

Desconcertado y perdido, Malone miró a su alrededor buscando frenéticamente algún medio de escapar.

Sabía que era inútil porque ella ya se había reunido con la policía y pronto empezaría a contarles la historia. Sin embargo, le resultaba imposible quedarse allí.

Retrocedió, se agachó, se dirigió al salón y después corrió hacia el pequeño cuarto, el cuarto de baño y la pequeña estancia que les había servido de dormitorio temporal, abrió la puerta del cobertizo de los coches y salió al exterior por la parte de atrás de la vivienda.

Miró a su alrededor y descubrió un alto seto de alheñas -evidentemente un trabajo de jardinería debido al propietario ausente de aquel refugio-muy descuidado y frondoso.

Corrió hacia el mismo, se arrojó al suelo y se introdujo a gatas entre una abertura del denso follaje.

Oculto tras las hojas, se comprimió contra la roca que había a su espalda.

Estaba cayendo la noche y él se encontraba acorralado e impotente, temblando en la oscuridad en su calidad de último miembro del Club de los Admiradores, esperando lo inevitable y el final de su ya resquebrajado sueño.

Oculto allí en medio de la creciente oscuridad con los músculos entumecidos, los huesos rígidos y el juicio trastornado, no tenía la menor noción del tiempo que había transcurrido.

Media hora, una hora, tal vez más.

Le pareció que había transcurrido una eternidad antes de escuchar las voces de sus perseguidores y el ruido de la puerta del cobertizo al abrirse y antes de distinguir tres pares de pantalones uniformados y un par de torneadas piernas formando un grupo a cosa de unos cuatro metros de distancia.

La luz de una linterna estaba recorriendo el seto. Contuvo el aliento y cerró los ojos fuertemente mientras la luz se filtraba a través de los verdes arbustos casi iluminándole antes de pasar de largo.

Otra vez las voces.

-Bueno, creo que ya está todo arreglado -estaba diciendo una recia voz varonil-.

Me parece que esta noche no nos queda nada más por hacer, señorita Fields. Usted se ha encargado de todo.

¿Y dice que se encuentra bien?

-Me encuentro perfectamente bien, capitán Culpepper.

-¿Y está segura de que no había otros cómplices, señorita Fields? Malone se acurrucó si cabe para evitar que se oyeran los apresurados latidos de su corazón.

Al final escuchó su respuesta, aquella voz gutural que tan característica le era.

-Estoy segura, capitán -estaba diciendo-. Había tres, no más y todos han muerto y les hemos ajustado, las cuentas.

-Muy bien, señorita Fields, muchas gracias. -Era de nuevo la voz del capitán Culpepper-. Creo que por ahora es suficiente.

-Malone adivinó que se estaban alejando porque la voz del capitán se estaba perdiendo-.

Debo decirle, señorita Fields, que es usted una muchacha extraordinaria. No sé de ninguna otra mujer capaz de sobrevivir a semejante suplicio como usted lo ha hecho.

Es todo lo que siempre había oído contar de usted. Bueno, creo que ya ha sufrido bastantes penalidades.

Es hora de que regrese a la civilización y a su casa. La trasladaremos directamente a Los Angeles en helicóptero para que pueda evitar a la prensa.

Les indicaremos por radio al señor Zigman y a la señorita Wright que se reúnan con nosotros en Bel Air.

Otra voz masculina.

-Capitán, ¿desea que me quede aquí esta noche?

-No, no creo, sargento. No es necesario. Enviaremos inmediatamente a un equipo para que levante el cadáver y mañana, cuando se haga de día, procuraremos localizar el otro cadáver.

Bueno, señorita Fields, ha sido un final feliz como en...

Se cerró la puerta y cesaron las voces.

Malone lanzó al final un suspiro de alivio. Era tarde, muy tarde, en realidad pasada ya la medianoche, cuando Adam Malone con todas las fibras de su ser debilitadas por la fatiga, descendió finalmente de las colinas y llegó a las afueras de Arlington.

No había descansado desde que el helicóptero de la policía había despegado alejándose y él había abandonado su escondite.

A excepción de los espectros de sus antiguos compañeros, pudo decirse que estuvo solo. Se encontraba solo en medio de la carnicería de Más a Tierra y todo aquello se le antojaba pavoroso y hubiera deseado dejarlo a sus espaldas cuanto antes.

Trabajando silenciosamente con rapidez y eficacia, recogió todos sus efectos personales, eliminó de todos los objetos cualquier señal susceptible de delatarle y se lo guardó todo en la bolsa de lona.

Dobló el saco de dormir.

Regresó temblando al dormitorio principal y al Lecho Celestial para echar un último vistazo y observó que el cadáver de Shively había sido cubierto con una sábana blanca.

Buscó la revista que le había prestado a Sharon, aquella de la que había eliminado su nombre, la rompió en pedazos y, junto con otras cosas susceptibles de delatarle, la arrojó al excusado y echó el agua.

Después, tomando unas cuantas toallitas, se encargó de llevar a cabo la labor más enojosa.

Tras procurar no eliminar las huellas digitales de Sharon, sin quitar el polvo de algunos lugares en los que sólo podrían encontrarse las huellas de ésta, recorrió una a una todas las estancias desde el dormitorio principal hasta la puerta del cobertizo de los coches, limpió cuidadosamente todas las superficies, todos los objetos, todos los muebles, y todos los utensilios de cocina en los que hubieran podido haber delatoras huellas digitales y al final se acordó de la maletita vacía que iba a dejar junto con el equipaje de los demás y la limpió también con sumo esmero.

Tras lo cual, con la bolsa conteniendo sus efectos personales colgada de un hombro y el saco de dormir colgado del otro, abandonó el refugio y se alejó del valle ascendiendo dificultosamente monte arriba.

Desde lo alto de la loma se detuvo una vez para mirar hacia atrás y contempló la oscura silueta de lo que había deseado que fuera su castillo y el territorio que había tenido intención de convertir en su bosque de ciervos.

Y después prosiguió su marcha alrededor del Mount Jalpan.

Al llegar al claro, se adentró en el bosquecillo y, no sin cierta dificultad, localizó el cacharro en la oscuridad retirando, del mismo, el camuflaje.

Colocó sus pertenencias en la parte de atrás del pequeño vehículo, lo sacó de su escondrijo y pisó el freno maniobrándolo de tal forma que los faros delanteros enfocaran el lugar en que había descubierto el cadáver de Leo Brunner.

Después descendió del vehículo, se acercó al cadáver de Brunner, lo asió por los tobillos y lo arrastró hasta el borde del claro donde pudiera verlo la policía cuando pasara por allí al día siguiente.

Más tarde o más temprano, los restos del viejo serían enterrados como es debido.

Respeto para los ancianos. Respeto para los muertos. Respeto para los respetables y para aquel que figuraría para siempre al lado de Armand Peltzer y el doctor Harvey Crippen en el Quién Es Quién de la criminalidad.

Tras lo cual abandonó el Mount Jalpan a bordo del cacharro, pasó frente a la Camp Peter Rock y se detuvo una vez para desprenderse de sus efectos personales y del saco de dormir arrojándolo todo a una profunda hondonada cubierta de maleza.

Poco antes de llegar al rancho McCarthy, desvió el cacharro de la carretera y avanzó con él por una zona rocosa e intransitada.

Allí aminoró la marcha y se adentró en una barranca.

Una vez abajo, apagó los faros y recorrió todo el interior del vehículo asegurándose de que no quedaba ninguna huella dactilar.

Y después abandonó la barranca, cruzó los campos en dirección a la carretera e inició el largo recorrido a través del rancho McCarthy para dirigirse a las carreteras que le alejarían de aquella zona montañosa y le conducirían a Arlington.

Al llegar a las afueras de la ciudad notó que se sentía hambriento y pensó brevemente en la conveniencia de buscar un sitio donde comer algo pero después llegó a la conclusión de que su estómago podía esperar.

A una manzana de distancia de la rampa de acceso a la carretera, se detuvo junto a la cuneta con el pulgar levantado en la esperanza de que alguien le recogiera y le llevara a Los Angeles.

A aquellas horas pasaban muy pocos vehículos y los pocos que pasaban, tras aminorar la marcha y percatarse de su aspecto, de su largo cabello enmarañado, de su barba y su estropeada chaqueta y pantalones vaqueros, decidían no detenerse.

Al cabo de más de una hora, un viejo Volvo conducido por un obeso universitario barbudo -hola, hermano, hola, hermano-le recogió y reanudó a toda prisa su viaje a Los Angeles.

El muchacho del volante no es que fuera precisamente muy hablador.

Tenía una "cassette" instalada bajo el tablero de instrumentos y estaba escuchando una cinta de larga duración de éxitos de jazz.

Canturreaba y se movía y, de vez en cuando, apartaba una mano del volante y se golpeaba la rodilla siguiendo el compás.

Al llegar a la ciudad, le preguntó a Malone que a dónde iba y Malone le contestó que a Santa Mónica.

El muchacho dijo que él iba a Westwood y que Santa Mónica casi le pillaba de paso.

A las dos menos cuarto de la madrugada, Malone descendió del vehículo a una distancia de dos manzanas de su casa.

Caminando solo por la desierta calle en dirección a su hogar, dejó finalmente de preguntarse por qué le habría Sharon perdonado la vida.

Dejó de preguntárselo porque, al final, había conseguido dar con la respuesta. En su calidad de aficionado al cine sabía, como sabía Sharon Fields, que si ésta deseaba desempeñar el papel de heroína y transformar aquel oscuro episodio de su vida en una romántica historia verosímil que le hiciera soportable la vida, en aquella historia tenía que haber un héroe e incluso un anti-héroe.

Lo comprendió. Al fin y a la postre, había resultado que ambos se parecían mucho.

Mientras se acercaba a su lugar de destino, comprendió que le quedaba por resolver otra cosa, una cosa que tenía que afrontar y reconocer.

Su experimento de alquimia no había dado resultado. El polvo de oro de la fantasía no podía convertirse en el ladrillo de oro que exigía la realidad.

La materia de los sueños era demasiado frágil y se evaporaba y desvanecía. En resumen, que había una frase, una cita que no debería olvidar cuando, dentro de uno o dos días, volviera a escribir en el Cuaderno de Notas de Adam Malone.

Se metió la mano en el bolsillo de los pantalones y suspiró aliviado.

El cuaderno de notas estaba intacto. Ah, sí, la cita que tendría que anotar.

"En la vida hay dos tragedias -había dicho George Bernard Shaw-.

Una es no ver cumplido el deseo del propio corazón.

Y la otra verlo cumplido".

Llegó a su apartamento. Le resultó agradable. Entró y se dirigió a su habitación sabiendo que ella debía estar experimentando en aquellos instantes los mismos sentimientos que él experimentaba: sentimientos de gratitud por haber dejado a sus espaldas el doloroso, horrible y violento mundo de la realidad y haber regresado al eufórico y pacífico mundo de mentirijillas, al mejor de los mundos posibles en el que sucede cualquier cosa que quieras que suceda.

“Cuaderno de notas de Adam Malone-5 de julio”: He dormido toda la mañana.

Me he cortado el cabello con las tijeras. Después me he afeitado el bigote y la barba. Vuelvo a ser el de antes.

Me he pasado una tranquila y provechosa tarde poniéndome al día en la lectura de los periódicos atrasados.

Mientras echaba un vistazo a los últimos números de varias revistas cinematográficas, me ha llamado la atención un reportaje fotográfico publicado por una de ellas. Era un reportaje dedicado a un día de la vida de una joven actriz en ascenso, una muchacha pecosa, un hermoso símbolo sexual de veintidós años llamado Joan Dever.

No podía quitarle los ojos de encima. Es extraña, exquisita, volátil y obsesionante. En uno de los pies de fotografía se afirmaba que la señorita Dever será la heredera de Sharon Fields en el trono de Diosa de la Sexualidad Universal.

Debo confesar que estoy de acuerdo. Me fascina enormemente esta Joan Dever.

He decidido recortar este reportaje fotográfico. Y me dedicaré a coleccionar otras fotografías y reportajes. Creo que merece la pena no perderla de vista.

Claro, que no dispongo de mucho sitio en el archivador. De todos modos, creo que tengo demasiadas cosas de Sharon Fields.

Puedo librarme de buena parte de ellas en cuyo caso me quedaría sitio suficiente para Joan Dever.

En este momento en que escribo, se me acaba de ocurrir una idea pensando en Joan. La idea es ¿Merecerá la pena que resucite para ella el "Fan Club"? Me siento una vez más rebosante de emoción y determinación.

***FIN***